

Juliano el Apóstata

Gore Vidal

Título original: Julian

Publicado en 1964

Traducción: Eduardo Masullo

Juliano el Apóstata

Gore Vidal

Título original: Julian

Publicado en 1964

Traducción: Eduardo Masullo

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Contraportada:

Considerado en diferentes épocas de la historia como un personaje heroico, el emperador Juliano es el símbolo del mundo, el del siglo IV que se resiste a desaparecer bajo el empuje de los godos y de la Cruz. Este filósofo y gran militar se opuso con las únicas armas de la razón y el diálogo al absolutismo de los cristianos, unos bárbaros intelectuales que habían

conquistado la civilización. Su intento de revivir el helenismo posee aun un romántico atractivo, y sin duda el devenir de Europa habría sido diferente de haber triunfado en su empeño.

Gore Vidal nació en 1925 en West Point, Nueva York. Escritor polifacético y precoz, en su obra sobresalen una serie de magníficas novelas de contenido histórico y biográfico. Es también un prestigioso ensayista y un agudo crítico de la vida americana, faceta esta última que se hace patente a lo largo de toda su producción literaria y que le ha consagrado como uno de los más originales escritores norteamericanos de hoy

Revisado por Hyspastes .

Junio 2005

Para Lucien Price

Revisado por Hyspastes .

Junio 2005

NOTA

Cuando Robert Graves escribió la continuación de I, Claudius, observó en un prefacio algo airado que un buen número de críticos parecían pensar que se había limitado a novelar las habladurías de Suetonio, labor que estimaron demasiado simple. En Claudius the God, Robert Graves consultó cuidadosamente una larga bibliografía, considerando casi todos los textos de importancia que se habían conservado del mundo antiguo. Por desgracia no he llegado a leerlos todos. Sin embargo, para anticiparme a aquellos que pudiesen pensar que mi única fuente ha sido la historia de Amiano Marcelino (o incluso la de Edward Gibbon), he incluido al final del libro una bibliografía parcial.

La vida del emperador Juliano se halla muy bien documentada. Se dispone de tres volúmenes de sus cartas y ensayos. Por otra parte, personas que lo conocieron, como Libanio y san Gregorio Nacianceno, dejaron vivas descripciones de su

persona. Aunque he escrito una novela, y no una obra histórica, he intentado respetar los hechos modificando sólo ocasionalmente algunas cosas. Por ejemplo, es improbable que Prisco se encontrara con Juliano en Galia; sin embargo, este encuentro resultaba necesario para el desarrollo de la narración.

Siempre se ha visto en Europa a Juliano como una especie de héroe oculto. Su intento de detener a la cristiandad y de revivir el helenismo posee todavía un romántico atractivo, y su personalidad ha ido reapareciendo en lugares dispares, en particular durante el Renacimiento y posteriormente en el siglo XIX. Dos escritores tan diferentes como Lorenzo de Médicis y Henrik Ibsen escribieron obras teatrales sobre él. Sin embargo, independientemente de la singular aventura que representa la vida de Juliano, es el mismo siglo IV el que mantiene su fascinación. Durante los cincuenta años transcurridos entre el ascenso al trono de Constantino el Grande, tío de Juliano, y la muerte de éste, a la edad de treinta y

dos años, se estableció la cristiandad. Para bien o para mal, en la actualidad somos en gran medida la consecuencia de lo que ellos fueron entonces.

Al nombrar ciudades, he preferido utilizar sus nombres modernos (Milán, y no Mediolano), salvo en aquellos casos en que el nombre originario resulta más familiar (Éfeso, y no Selçuk). Consigné las fechas según nuestra costumbre (a. C. y d. C.). Puesto que la corte de Juliano era de carácter militar, utilicé la forma de fechar de nuestro propio ejército, p. ej.

3 de octubre de 363. La moneda plantea un complejo problema. Nadie está seguro del poder adquisitivo del dinero en el siglo IV; no obstante, el valor de un sólido de oro equivalía probablemente a unos cinco dólares. Juliano, Prisco y Libanio, los tres narradores de esta historia, escribían en griego. Su latín era bastante pobre, como se apresuran a reconocerlo, pero ocasionalmente utilizan expresiones latinas, del mismo modo que nosotros.

*A los lectores que busquen infructuosamente las
postreras y famosas palabras de Juliano,*

*«¡Habéis vencido, Galileo!», debo advertirles que
nunca las pronunció. Son una muestra de la fina
retórica de Teodoreto, quien las escribió un siglo
después de la muerte de Juliano.*

*Deseo finalmente expresar mi agradecimiento a la
American Academy de Roma y a la American
School of Classical Studies de Atenas por haberme
permitido utilizar sus bibliotecas.*

GV

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

JUVENTUD

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

I

LIBANIO A PRISCO

Antioquía, marzo de 380

Ayer por la mañana, cuando estaba a punto de entrar en el salón de clases, fui detenido por un estudiante cristiano que me preguntó con voz maliciosa:

—¿Habéis oído hablar del emperador Teodosio?

Me aclaré la garganta mientras pensaba en el sentido de la pregunta, pero mi interlocutor fue más rápido que yo.

—Ha sido bautizado como cristiano —agregó.

No dije palabra. En estos tiempos nunca se sabe

cuándo se está ante un agente secreto.

Además, la noticia no me sorprendía demasiado. Cuando Teodosio cayó enfermo el último invierno y los obispos llegaron como buitres para rogar por él, comprendí que si el emperador se recobraba les otorgaría toda su confianza por haberlo salvado.

Ha sobrevivido. Y ahora tenemos un emperador cristiano en Oriente, para competir con Graciano, nuestro emperador cristiano de Occidente. Era inevitable.

Me volví para entrar en el salón, pero el joven aún no había finalizado su agradable tarea.

—Teodosio también ha promulgado un edicto. Acaba de ser leído frente al edificio del Senado. Fui a oírlo. ¿No habéis ido?

—No, pero siempre me ha deleitado la prosa imperial
—dije cortésmente.

—Pues ésta no os deleitará. El emperador ha declarado herejes a todos aquellos que no siguen al credo Niceno.

—Me temo que la teología cristiana no sea desde luego mi especialidad. Veo difícil que el edicto se aplique a quienes aún tienen fe en la filosofía.

—Se aplica a todos en Oriente —dijo esto despaciosamente, sin dejar de mirarme—.

El emperador ha designado a un inquisidor para que determine la fe de cada ciudadano.

Se acabaron los días de tolerancia.

Me quedé sin habla. El sol me deslumbraba. Todas las cosas se me hacían confusas y me pregunté si estaría a punto de desmayarme o de morir. Pero las voces de dos colegas me volvieron a la realidad. Por la forma en que me saludaron, puedo decir que también ellos estaban enterados del edicto y tenían curiosidad por conocer mi reacción. Pero no les di satisfacción.

—Ya lo esperaba —les dije—. La emperatriz Póstuma me escribió esta misma semana para decirme que... — inventé lo que quise. Por supuesto, no había tenido noticias de la emperatriz desde hacía meses, pero pienso que el enemigo no olvidará hasta qué punto gozo del favor de Graciano y Póstuma. Es humillante verse obligado a defenderse de esta manera, pero estos tiempos están llenos de peligro.

Ayer no di clases. Fui directamente a casa. A propósito, ahora vivo en Dafne, un encantador suburbio que prefiero a Antioquía por su tranquilidad. A medida que envejezco me molesta el más leve ruido nocturno y, una vez despierto, me resulta difícil volver a dormirme. Podéis imaginar cuán insoportable se me fue haciendo mi vieja casa de la ciudad.

Seguramente la recordaréis; fue allí donde di la recepción al emperador Juliano cuando él...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pero me olvidaba, ¡no estuvisteis y se os echó mucho en falta! Estos días la memoria me hace demasiadas jugarretas. Aún peor, a menudo extravía las notas que tomé para ayudarme, o (terrible confesión) cuando las hallo muchas veces soy incapaz de descifrar mi propia letra.

Los años no perdonan, mi querido amigo. Como viejos árboles, empezamos a morir por la copa.

Pocas veces voy a la ciudad, salvo para asistir a alguna conferencia ocasional. No puedo evitar que la gente me moleste con sus fuertes voces y sus continuas peleas, con sus juegos y su sensualidad. El pueblo es desesperadamente frívolo. Las noches se hacen día con la luz artificial. Casi todos los hombres usan ahora depiladores y se hace difícil distinguirlos de las mujeres... ¡Pensar que alguna vez hice la apología de esta ciudad! Sin embargo, debemos ser tolerantes al recordar que los habitantes de Antioquía son las víctimas de un clima increíblemente sofocante, de la proximidad de Asia y, por supuesto, de la perniciosa

doctrina cristiana, que afirma que una aspersión de agua (y un pequeño donativo) lavarán los pecados, una y otra y otra vez.

Ahora, mi viejo amigo, sentado en mi estudio y rodeado de nuestros proscritos amigos (me refiero a aquellos libros de Grecia que construyeron el espíritu del hombre), dejadme decir las cosas que he pensado esta última noche; una noche de insomnio, no sólo por el edicto, sino también porque dos gatos juzgaron conveniente avivar mi desesperación con el bullicio de la concupiscencia (sólo un egipcio podía rendir culto al gato). Por eso hoy me encuentro fatigado, pero decidido. Debemos devolver golpe por golpe. Aquello que nos suceda no tiene importancia, pero aquello que suceda a la civilización es de enorme importancia. Durante mi noche de insomnio pensé en diversas súplicas que debieran hacerse a nuestro nuevo emperador. Mientras escribo tengo una copia del edicto ante mis ojos. Está redactado en un pésimo griego burocrático, al estilo oficial de los obispos, cuya grosería de lenguaje sólo puede equipararse a la

confusión de su pensamiento. ¡En nada se parecen a aquellas famosas actas —¿de dónde eran? ¿Calcedonia?— que solíamos leernos en voz alta con tanto deleite! Felices días que nunca volverán. A menos que actuemos inmediatamente.

Prisco, tengo sesenta y seis años y vos tenéis, me parece recordar, una docena más que yo. Hemos llegado a una edad en que la muerte es un lugar común al que no debe temerse, especialmente nosotros. ¿Qué es toda filosofía sino la preparación para una muerte serena?

¿Y qué podemos perder los verdaderos filósofos sino aquello que en cualquier caso abandonaremos más tarde o más temprano? Los diversos ataques que he sufrido en los últimos años, que me dejaron inconsciente y débil, y también mi tos crónica, agravada por un invierno especialmente húmedo, amenazan con llevarme a la muerte en cualquier momento.

Estoy perdiendo la vista, y sufro una de las formas más

dolorosas de gota. Unamos por lo tanto sin temor nuestras fuerzas y devolvamos golpe por golpe a los cristianos, antes de que destruyan totalmente el mundo que amamos.

Os expongo mi plan. Hace diecisiete años, cuando volvisteis de Persia, me dijisteis que nuestro querido amigo y discípulo, el emperador Juliano, había escrito el fragmento de una memoria que vos tomasteis en el momento de su muerte. A menudo he pensado en pedir os una copia, simplemente para mi propia ilustración. Comprendí entonces, como vos, que la publicación era imposible, aunque Juliano era popular y aún lo es, pese a que su obra de restauración de los verdaderos dioses ha quedado inacabada.

Bajo los emperadores Valentiniano y Valente debíamos ser políticos y cautos para que se nos permitiese continuar en la enseñanza. Pero ahora, a la luz de este nuevo edicto, yo digo: ¡Terminemos con la cautela! Podemos perder dos viejos cuerpos, o alcanzar la gloria eterna publicando las memorias de Juliano, con

una biografía adecuada escrita por uno de los dos, o por ambos. Yo conozco mejor sus cualidades, por supuesto, pero vos estuvisteis con él Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

en Persia y lo visteis morir. De este modo, entre los dos —yo, su maestro, y vos, su compañero filósofo— podemos rehabilitar su memoria y demostrar racionalmente la justicia de su lucha contra los cristianos. He escrito sobre él en el pasado, y con valentía. Me refiero en particular a la apología que le hice inmediatamente después de su muerte, capaz entonces de provocar lágrimas incluso en los secos ojos de los cristianos. Poco después publiqué mi correspondencia con Juliano. En aquella ocasión os envié una copia y, aunque nunca me agradecisteis ese regalo, espero que la habréis hallado interesante. Si por casualidad no la hubierais recibido, me gustaría enviaros otra. Guardo todas las cartas que me envió Juliano durante años y las copias de mis respuestas. No es

posible confiar en los grandes hombres para guardar las propias canas; y, si estas canas desapareciesen, quedarían como la misteriosa mitad de un diálogo que sólo podría reconstruirse vagamente a partir de la otra mitad superviviente del intercambio epistolar. En este momento estoy trabajando en una obra que se titulará *En venganza del emperador Juliano*, y que pienso dedicar a Teodosio.

Hacedme saber lo más rápidamente posible si colaboraréis en mi plan. Repito: no tenemos nada que perder. Y el mundo tiene mucho que ganar. A propósito, como síntoma de los tiempos que corren, ya existe una Academia «Latina» en Antioquía, con gran cantidad de inscritos. Esto basta para helar la sangre. Los jóvenes abandonan los estudios helénicos para dedicarse al derecho romano, con la esperanza de gozar de las preferencias del gobierno. Mis clases son todavía numerosas, pero muchos de mis colegas casi se están muriendo de hambre.

Últimamente un estudiante (cristiano, por supuesto)

sugirió con el mayor tacto que yo, Libanio, ¡aprendiese latín! ¡A mi edad y después de una vida dedicada a los griegos! Le contesté que, como yo no era abogado, no necesitaba leer en ese horrible idioma que sólo ha producido un poema, lamentable paráfrasis de nuestro gran Homero.

Tras tantos años de silencio espero que esta carta os encuentre a vos y a vuestra admirable esposa, Hípia, con buena salud. Os envidio vuestra vida en Atenas, el centro natural de nuestro universo. ¿Es necesario agregar que costearé cualquier gasto que os ocasione el mandar copiar las memorias de Juliano? Por suerte el precio de las copias es menor en Atenas que en Antioquía. ¡Los libros siempre cuestan más en las ciudades donde menos se los lee!

P.D. : Acaba de confirmarse un viejo rumor. El gran rey de Persia, Sapor, ha muerto por fin. Había superado los ochenta años y reinó la mayor parte de su vida. Es una extraña coincidencia que el rey que mató a nuestro querido Juliano muriese precisamente cuando

nosotros queremos reivindicar su memoria. Una vez me comentaron que Sapor había leído mi *Vida de Demóstenes* y que le parecía admirable. ¡Qué maravillosos son los libros! Cruzan mundos y siglos, y vencen la ignorancia e incluso el tiempo cruel. ¡Demos nueva vida a Juliano, y para siempre!

PRISCO A LIBANIO

Atenas, marzo de 380

Sí, el edicto es bien conocido aquí. Sin embargo, la opinión imperante en la Universidad es que, pese a su tono severo, no se nos perseguirá. Las escuelas florecen y los pequeños cristianos se congregan a nuestro alrededor para ser civilizados; yo los encuentro muy semejantes a nuestros hermanos helénicos. Pero además todos los jóvenes me resultan cada vez más parecidos. Plantean las mismas preguntas y dan las mismas respuestas a las preguntas que hacen. He perdido la esperanza de enseñar nada a nadie, y menos a mí mismo.

No he tenido una nueva idea desde los veintisiete años.
Por eso no mando publicar mis clases.

Además, muchos de nosotros publican por simple
vanidad o por atraerse estudiantes. A los Revisados
por Hyspastes.

Junio 2005

setenta y cinco años (tengo nueve, y no una docena de
años más que vos) soy un frasco vacío.

Si me golpeaseis, oiríais un abrumador sonido a hueco.
Mi cabeza es una tumba tan vacía como aquella que,
según se supone, abandonó Jesús. En la actualidad me
inclino hacia Crates y los primeros cínicos, y menos
hacia Platón y el resto. No estoy convencido en lo más
mínimo de que exista una Divina Unidad en el centro
del universo. Tampoco soy sensible a la magia, a
diferencia de Juliano, que era desesperadamente
crédulo. A menudo pienso que Máximo explotó su
buen corazón, Pero además nunca pude soportar a
Máximo. ¡Cómo solía desperdiciar el tiempo de Juliano

con sus sesiones de espiritismo y su jerga arcana! Una vez molesté por ello al emperador, pero Juliano sólo sonrió y me dijo: «¿Quién sabe a través de qué puerta andará la sabiduría?»

Respecto de vuestro proyecto de publicación, no estoy totalmente seguro de que una biografía favorable a Juliano tuviese el mínimo efecto en estos tiempos. Teodosio es un político militar, impresionado por los obispos. Por supuesto, daría su aprobación para una biografía de su predecesor simplemente porque Juliano ha sido muy admirado hasta hoy, aunque no por su filosofía. Juliano es admirado porque era joven y hermoso, y el general más victorioso de nuestro siglo. El pueblo tiene una patética admiración por los generales que ganan batallas, y por esa razón no hay héroes en la actualidad.

Pero, en el caso de que Teodosio permitiese la difusión de la biografía, debería eludirse el problema religioso. Los obispos se encargarían de esto. Y no existe ferocidad en la tierra que pueda parangonarse a la de

un obispo cristiano cazando «herejías», como llaman a cualquier opinión contraria a la suya. Se sienten especialmente seguros en ese asunto, del que son tan ignorantes como el resto de la humanidad. Me refiero a la muerte. De todos modos, no deseo luchar contra ellos, porque yo soy uno y ellos muchos. Y aunque viejo —como vos insinuáis amablemente— y próximo al fin de mis días, gozo de una extraordinaria salud. Me comentan que no estoy diferente de cuando tenía cuarenta años, y todavía soy capaz de realizar el acto sexual casi en cualquier momento. Esta vitalidad repugna a Hippias, que ha envejecido notablemente en los últimos años, aunque parece deleitar a algunas mujeres jóvenes de un cierto barrio de Atenas del que sin duda habréis oído hablar... ¡en las novelas de la escuela milesia!

¿Me expreso con claridad? No deseo ser quemado vivo, o lapidado o clavado a las puertas de una iglesia cristiana u «osario», como solía llamarlas Juliano. Vos seréis todo lo valiente que queráis, y yo os aplaudiré con todo mi corazón. Pero personalmente no tengo la

intención de escribir una sola frase sobre Juliano, pese a todo el aprecio que siento por él y a mi preocupación ante el extraño rumbo que toma nuestro mundo desde que el emperador Constantino nos vendió a los obispos.

Las memorias de Juliano fueron escritas durante los últimos cuatro meses de su vida.

Las inició en marzo del 363 en Hierápolis. Casi todas las noches durante nuestra invasión a Persia dictaba los recuerdos de sus primeros tiempos. El resultado es algo desordenado, ya que como escritor y como hombre era rápido e impulsivo. Una vez me dijo que le gustaría escribir una autobiografía como las *Conversaciones* de Marco Aurelio, pero le faltaba la disciplina del escritor. También había sufrido la influencia de la *Anábasis* de Jenofonte, pues en gran medida este autor había recorrido la misma ruta que seguimos nosotros siete siglos después. Juliano siempre tuvo un gran interés por la historia y fue un hombre muy curioso.

Como consecuencia, sus memorias resultan algo híbridas. Pese a todo, a menudo se revelaba como un escritor de talento, si no lo fue mejor se debió sin duda a la dificultad de ser simultáneamente emperador, filósofo y general. Solía ser indiscreto respecto de todo el mundo. Espero que lo perdonéis. Yo así lo he hecho. Sospeché que le quedaba muy poco *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

tiempo y deseaba decir todo. Tengo una teoría sobre lo ocurrido y sobre su misteriosa muerte, que os explican en el debido momento.

Nunca he sabido bien qué hacer con esta obra. Cuando Juliano murió tomé todos sus escritos personales, sospechando que su sucesor cristiano los destruiría. No tengo, por supuesto derecho a estos escritos, pero no me arrepiento de mi robo. No hablé a nadie de las memorias hasta que me hallé a salvo en Antioquía, donde os hablé de ellas el día en que leísteis vuestra

famosa apología. Me sentí tan conmovido por vuestra elocuencia que traicioné mi propia seguridad.

Ahora estoy haciendo una buena copia del manuscrito. Estáis confundido si pensáis que las copias son más baratas aquí que en Antioquía. Todo lo contrario. El importe ascenderá a unos ochenta sólidos de oro, que os sugiero me enviéis con la próxima carta.

Cuando lo reciba, os enviaré el libro para que le deis el uso que os parezca conveniente. Sólo os pido que no mencionéis a nadie mi relación con este asunto. No tengo el menor deseo de sufrir martirio ni ahora ni nunca.

Creo que os he escrito acerca de vuestra colección de cartas. Recibí el libro. Fuisteis muy amable al enviármelo. Todos estamos en deuda con vos por aquellas cartas, en especial las que enviasteis a Juliano. Son sabias. No conozco otro filósofo tan sensible ante la posteridad como para guardar copias de todas las cartas que escribe, comprendiendo que hasta su efusión

más trivial tiene, dentro del contexto de su extensa obra, valor eterno. Hípias y yo os deseamos buena salud.

LIBANIO A PRISCO

Antioquía, abril de 380

No podéis imaginar el placer que he experimentado al recibir vuestra carta esta tarde.

Estaba tan ansioso por tener de nuevo noticias vuestras, que rompí los broches y desgarré involuntariamente la misiva esperada durante tanto tiempo. Pero no os preocupéis; vuestra preciosa carta será conservada, pues cualquier expresión de vuestro genio es un reflejo esencial del espíritu helénico, que debe pasar a la posteridad.

Dejadme deciros ante todo cómo me encantó saber de vuestro incansable vigor sexual.

Siempre nos anima a los demás conocer que en

determinados y extraños seres humanos no se cumple el ciclo habitual de la triste declinación. Por cierto, habéis sido favorecido por los dioses y en vuestro obvio goce de este favor nunca podréis decir a los ochenta años, como Sófocles: «¡Por fin me he liberado de un amo cruel e insano!». Vuestro amo es evidentemente un buen compañero, más deleitoso aún por la aquiescencia de Hípia. Pocas esposas de filósofos darían a sus maridos la libertad de unirse a aquellas damas deliciosamente civilizadas de Atenas en cuyas reuniones nocturnas solía deleitarme en mi época de estudiante. Por supuesto, ahora mi vida está dedicada a la filosofía y a los asuntos de estado.

Dejo a los hombres más jóvenes los encantos de Afrodita..., a los hombres más jóvenes y ahora, Prisco, a vos, que habéis mantenido a prudente distancia el tiempo cruel. ¡Hombre afortunado! ¡Mujeres afortunadas por ser amadas de esa manera!

Desde la última vez que os escribí, no he estado ocioso. Mediante los oficios del prefecto pretorio de

Constantinopla, he solicitado una audiencia con el emperador. Teodosio se ha encontrado con pocos de nosotros. No olvidemos que viene de España, país que se caracteriza por su falta de cultura. También pertenece a una familia de militares y no hay pruebas de que alguna vez haya estudiado filosofía. Fuera de la política, su principal interés es criar ovejas. Sin embargo, sólo tiene treinta y tres años y su carácter es amable, según se Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

dice. Aunque no debemos contar con esto. ¡Cuántas veces en el pasado hemos sido víctimas de príncipes con fama de buenos, pero que, al subir al trono del mundo, se convirtieron en monstruos ante nuestros ojos! El difunto Valente, por ejemplo, o el propio hermano de Juliano, el César Galo, un joven encantador que llenó de terror a Oriente. Debemos estar en guardia, como siempre.

El problema con el que nos enfrentamos ahora es saber

hasta qué punto Teodosio pondrá el edicto en vigor. Es común que los emperadores que escuchan a los obispos lancen insultos a la misma civilización que los creó. Son incoherentes, pero la lógica nunca ha sido el punto fuerte de la doctrina cristiana. La extraña paradoja reside en la confabulación entre nuestros príncipes y obispos. Los emperadores se precian de ser los primeros magistrados del Imperio Romano, a través de cuyo Senado ejercen su poder; aunque en realidad no hemos sido romanos durante un siglo, de todos modos, la forma persiste, y hace imposible, podría pensarse, que ningún príncipe llamado Augusto sea cristiano, mientras el Altar de la Victoria permanezca en la cámara de senadores de Roma. Pero las confusiones de este tipo tienen tan poca importancia para los espíritus cristianos como las nubes para un día de verano, y como profesor no trataré de refutarlas; puesto que la mayoría de mis estudiantes son cristianos, supongo que debo agradecer que hayan acudido a mí para que les enseñe la misma filosofía que su fe destruye. ¡Es una comedia, Prisco! ¡Es una tragedia!

Mientras tanto, sólo podemos esperar para ver qué ocurre. La salud del emperador es cada día mejor, y se piensa que pasada esta primavera saldrá a combatir contra los godos, que, como es habitual, amenazan las fronteras de Macedonia. Si decide partir hacia el norte, no regresará a Constantinopla hasta fines del verano o del otoño; en ese caso, deberé ir a verlo a Tesalónica o, peor aún, al campo de batalla. Si así ocurre, confío que sea mi último viaje, ya que mi salud, a diferencia de la vuestra, continúa empeorando. Tengo accesos de tos que me dejan debilitado y ansiando la tumba. También me ha salido una extraña erupción en el dorso de las manos y en los antebrazos, que puede ser la consecuencia de haber ingerido un lenguado en mal estado la última semana (¡sombras de Diógenes y el fatal pulpo!) o el síntoma exterior de un desarreglo sanguíneo. ¡Cómo deseo que Oribaso esté en Antioquía! Es el único médico en quien he confiado, como Juliano, quien solía decir: «El dios Asclepio confió a Oribaso secretos que sólo el cielo conoce.»

A través de los años he preparado una serie de notas

para una biografía de Juliano.

Ahora las tengo ante mis ojos. Sólo resta dar la organización final al material, y, por supuesto, a las memorias. Por favor, enviádmelas en cuanto esté lista la copia. Trabajaré en ella este verano, ya que no daré más clases. Pienso que es bueno recluirse hasta saber de qué lado soplan los vientos.

No necesito decirles que Antioquía ha ignorado el edicto. No recuerdo que Antioquía haya obedecido alguna vez a la autoridad imperial, salvo bajo la amenaza de muerte. A menudo he prevenido al Senado local de que a los emperadores no les gusta la desobediencia, pero nuestro pueblo se siente más allá de la ley y la represalia. La insensatez del inteligente es siempre mayor que la del tonto. Tiemblo por Antioquía, aunque ahora resulte beneficiada por su falta de respeto a los decretos del César.

No ha habido incidentes por el momento. Mis amigos cristianos vienen a verme como de costumbre (muchos

de mis viejos alumnos son ahora obispos, una ironía singular). Los colegas que todavía dan clases me dicen que éstas no han cambiado. El próximo paso lo ha de dar Teodosio o, más exactamente, los obispos. Por fortuna para nosotros, están tan ocupados en perseguirse entre sí que podemos salvar la vida. Sin embargo, leyendo el edicto entre líneas, sospecho una matanza. Teodosio ha proscrito con particular dureza al partido del ex obispo Arrio, porque ahora los galileos deben tener una iglesia con una única doctrina que Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

será considerada universal.. ¡Nada menos que una iglesia católica! Para equilibrar esto debemos redactar una biografía veraz de Juliano. Unámonos, pues, para agregar una última guirnalda al laurel de Apolo y colocarla sobre la frente de la filosofía, como un valiente emblema contra el invierno que amenaza esta postrera época tormentosa del mundo. Quiero que nuestros seguidores comprendan qué esperanzas

teníamos para la vida, y qué cerca estuvo Juliano de detener la enfermedad de Galilea. Tal trabajo, adecuadamente realizado, sería como una semilla plantada en el otoño a la espera de una nueva primavera.

Según parece, el costo de las copias en Atenas se ha elevado de forma increíble desde el último año en que debí realizar algún trabajo. Encuentro que ochenta sólidos de oro es un precio exorbitante para lo que vos llamáis un fragmento, o un libro de moderada extensión. El último verano pagué treinta sólidos por una obra de Plotino que, en longitud, debe triplicar las memorias de Juliano. Mediante un amigo que mañana embarca hacia Atenas, os envió treinta sólidos de oro y esta carta. Recibid nuevamente mis mejores deseos para la admirable Hipia y para vos, mi compañero de luchas en las batallas de la filosofía.

PRISCO A LIBANIO

Atenas, junio de 380

Os envío por intermedio de mi alumno Glaucón algo menos de la mitad de las memorias del emperador Juliano. La copia me ha costado exactamente treinta sólidos. Al recibo de los cincuenta sólidos restantes os enviaré el resto del libro. Sólo puedo suponer que la copia que os hicieron el pasado verano en Atenas es obra de un admirador que os hizo un precio especial como muestra de su alta estima por las contribuciones que habéis hecho a la filosofía y a la retórica.

No comparto vuestro pesimismo acerca del nuevo emperador. De ninguna manera es quien nosotros hubiésemos elegido en caso de que se nos permitiese la elección, pero por otra parte nunca hubiéramos gozado de esta posibilidad. El ascenso de Juliano al trono fue obra de la Fortuna, una deidad caracterizada por su ausencia en los asuntos humanos. Difícilmente podemos esperar otro Juliano en nuestra vida. Hay que aceptar las cosas como son.

He estudiado el edicto desde que os escribí por última vez y, aunque es de tono algo más severo que el de

Constantino, sospecho que sus únicas víctimas inmediatas serán aquellos cristianos que siguen a Arrio. Sin embargo, puedo equivocarme. Casi siempre me ocurre en temas políticos, una debilidad sin duda del espíritu filosófico. No obstante, puedo concebir esperanzas con la designación, hecha el año último, del «poeta» Ausonio como cónsul. ¿Lo conocéis? Estoy seguro de que lo habéis leído. En caso contrario, deberíais hacerlo. Últimamente me he convertido casi en un especialista en su carrera. Comenzó como hijo de un acomodado doctor de Bordeaux. Su extraordinaria suerte dio comienzo cuando el emperador Valentiniano lo nombró tutor de su hijo Graciano. Como dice el mismo Ausonio,

«moldeé el débil espíritu del príncipe niño». Cuando el príncipe se convirtió en emperador, recompensó a su tutor haciéndolo primero prefecto pretorio de Galias, y cónsul el año pasado.

Menciono todo esto porque Ausonio se inclina a nuestro favor, y ejerce gran influencia no sólo sobre

Graciano (demasiado ocupado cazando jabalíes salvajes en la Galia como para perjudicarnos), sino también sobre Teodosio. Evidentemente es el hombre con quien debéis tratar.

No hace mucho tiempo envié a un esclavo a la biblioteca para que averiguase qué había allí de Ausonio.. El esclavo volvió con una carretilla llena de libros. ¡Es necesario leer a Ausonio para creerlo! Como poeta, nada le resulta trivial; como cortesano, ninguna lisonja le parece excesiva. Ha escrito un poema aceptable sobre el Mosela, pero no soy especialista Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

en ríos. El resto de su obra es maravillosa por su aburrimiento; en particular esos versos escritos por encargo de Valentiniano. Entre los temas elegidos por el emperador se hallaba la fuente del Danubio (Ausonio no la sitúa, pero hace un buen ensayo), la Pascua de Resurrección y, lo mejor de todo, cuatro odas a los

cuatro caballos favoritos del emperador.

Sólo tengo la copia de una de esas odas equinas, que Hipia me lee cada vez que me encuentro deprimido. Comienza así: «Oh negro y lustroso corcel, cuya fortuna es desplegar los dorados muslos y las firmes convexidades similares a Marte del divino Augusto... » No recuerdo haber gozado nunca tanto de un poema. Trataré de adjuntaros una copia. De todas maneras, os sugiero que veáis a Ausonio lo más pronto posible. ¡Y, por supuesto, acordaros de expresarle vuestra admiración por su obra! Por una buena causa, la hipocresía se convierte en virtud.

Nunca concurre a reuniones. El barrio a que me refiero en mi carta no son las elegantes calles de Sardis, sino el barrio de las prostitutas cercano al ágora. No voy a reuniones porque detesto a las mujeres charlatanas, especialmente a nuestras damas atenienses que se consideran herederas de la era de Pendes. Su conversación es desesperadamente pretenciosa y artificial. Sus comidas no son comestibles y, por alguna

razón, todas tienden a ser bastante rechonchas, con vestigios de bigotes negros. Sin duda, ésta es la venganza de Afrodita con las charlatanas. Paso mis días tranquilo en mi casa y sólo visito ese barrio ocasionalmente.

Hipia y yo nos llevamos mejor que de costumbre. Gran parte de su encanto reside en el desagrado que siempre ha sentido por la literatura. Habla de sirvientes, comida y familiares, y yo me encuentro cómodo. Además, tengo en casa a una muchacha goda, traída cuando tenía once años. Ahora es una hermosa mujer, alta y de buen aspecto, con ojos grises como las atenienses. Nunca habla. Posiblemente le compre un marido y los libere a ambos como recompensa por su serena aceptación de mis atenciones, que la deleitan mucho menos que a mí. Pero esto ocurre a menudo con la mitad femenina de la bestia más horrible de Platón. Sin embargo, Platón no gustaba de las relaciones sexuales entre hombres y mujeres.

Naturalmente, tendemos a divinizar a Platón, pero temo

que fuese bastante parecido a nuestro amigo Ificles, cuya pasión por los jóvenes se ha tornado tan desahogada que vive noche y día en los baños, donde los muchachos lo llaman la reina de la filosofía.

Me duele saber que vuestra salud empeora, pero eso debe esperarse a nuestra edad. La erupción a que os referís me hace pensar en el pescado en mal estado. Os sugiero una dieta de pan y agua, y no demasiado abundante. Al recibir el dinero os enviaré la cuenta de las memorias. Esta os perturbará y entristecerá. Tengo curiosidad por saber cómo utilizáis el material. Hipia se une a mí para desearos buena —¿o debería decir mejor?— salud.

Notaréis en las memorias que Juliano se refiere invariablemente a los cristianos como

«galileos» y a sus iglesias como «osarios»; éstas son denominaciones sarcásticas debidas a la algo necrófila pasión cristiana por las reliquias de los muertos. Me parecería una buena idea alterar el texto, y convertir los

osarios en iglesias y a los galileos en cristianos. Nunca injuriéis poco a un enemigo.

En algunos lugares del texto he hecho notas marginales. Espero que no las halléis demasiado fuera de lugar.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

II

LAS MEMORIAS DE JULIANO AUGUSTO

Del ejemplo de mi tío el emperador Constantino, llamado el Grande, muerto cuando yo tenía seis años, extraje la enseñanza de que es peligroso unirse a cualquiera de las facciones galileas, ya que tienden a destruir y encubrir las cosas verdaderamente sagradas. Apenas puedo recordar a Constantino, aunque una vez fui presentado a él en el Sagrado Palacio.

Recuerdo vagamente a un gigante, muy perfumado, que

usaba un manto cubierto de joyas. Mi hermano mayor, Galo, siempre decía que intenté sacarle su peluca. Pero Galo tiene un humor cruel, y dudo de la veracidad de la historia. Si hubiera tirado de la peluca del emperador, seguramente no me habría ganado su afecto, porque tenía una vanidad femenina por su apariencia; esto lo admiten incluso sus admiradores galileos.

De mi madre Basilina he heredado el amor por el conocimiento. Nunca la conocí.

Murió poco después de mi nacimiento, el 7 de abril de 331. Era hija del prefecto pretorio Julio Juliano. Según los retratos, me parezco más a ella que a mi padre; tengo en común con ella una nariz recta y labios bastante gruesos, a diferencia de la familia imperial de los Flavios, cuyos miembros generalmente tienen narices aguileñas y una boca fina y arrugada.

El emperador Constancio, mi primo y predecesor, era un Flavio típico; se pareció a su padre Constantino, excepto en que era mucho más bajo. Sin embargo, de

los Flavios he heredado el tórax y el cuello anchos, legado de nuestros antepasados ilirios, que eran hombres de las montañas. Mi madre, aunque galilea, amaba la literatura. Fue instruida por el eunuco Mardonio, que también fue mi tutor.

De Mardonio aprendí a caminar modestamente, mirando al suelo, sin pavonearme ni calcular el efecto que causaba en los demás. También me enseñó a aplicar la autodisciplina respecto de todas las cosas; particularmente trató de evitar que hablase demasiado. ¡Por fortuna, ahora que soy emperador, todos gozan con mi conversación! Mardonio también me convenció de que el tiempo dedicado a los juegos o al teatro era tiempo perdido. Gracias a Mardonio, galileo amante del helenismo, conocí a Homero y a Hesiodo, a Platón y a Teofrasto. Fue un buen maestro, aunque severo.

De mi primo y predecesor, el emperador Constancio, aprendí a disimular y disfrazar mis verdaderos pensamientos. Una terrible lección, pero, de no haberla aprendido, no hubiera vivido más de veinte años. En el

año 337 Constancio mató a mi padre. ¿Su delito?

Consanguinidad. Fui perdonado porque tenía seis años, y mi medio hermano Galo —que tenía once— porque estaba enfermo y no se esperaba que sobreviviese.

Si, estoy tratando de imitar el estilo de las *Conversaciones* consigo mismo de Marco Aurelio, y he fracasado. No sólo porque me falta su pureza y bondad, sino porque él podía escribir sobre las buenas cosas que había aprendido de una buena familia y de buenos amigos, y yo debo escribir sobre las cosas amargas que he aprendido de una familia de asesinos en una época corrompida por las luchas y la intolerancia de una secta cuyo propósito es destruir esa civilización cuya primera nota fue sacada de la deslumbrante lira de Homero. Yo no puedo compararme con Marco Aurelio, ni en cualidades ni en experiencia. Así que debo hablar con mi propia voz.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Nunca he visto a mi madre. Pero recuerdo a mi padre. Julio Constancio era un hombre que imponía por su estatura. Por lo menos así me parecía entonces. En realidad, supongo que fue algo más bajo de lo que yo soy ahora, y más corpulento. Era muy amable con Galo y conmigo cuando lo veíamos, cosa que no ocurría a menudo pues siempre estaba de viaje, ocupándose de los numerosos y pequeños asuntos que le había encargado el emperador. Debo decir aquí que una vez se pensó que mi padre tenía más derechos al trono que su medio hermano Constantino. Sin embargo, no iba con su carácter el protestar. Era gentil; era débil; fue destruido.

El 22 de mayo del año 337 Constantino murió en Nicodemia, para su propia sorpresa, pues acababa de realizar una cura de agua en Helenópolis y todos los augurios le concedían una larga vida. En su lecho de muerte mandó llamar a mi primo, el obispo Eusebio, para que lo bautizase. Se supone que, poco antes de que llegase el obispo, Constantino dijo muy nervioso: «Ojalá no haya cometido ningún error.» Temo que haya

sido así. No era una persona que pudiese dejar, como señala tan ingeniosamente Aristófanes, una sola piedra fuera de su lugar. Constantino nunca fue un verdadero galileo; se limitó a utilizar el cristianismo para extender su dominio sobre el mundo. Era un hábil soldado profesional, de escasa instrucción, y no le interesaba lo más mínimo la filosofía, aunque las disputas doctrinarias satisfacían enormemente alguna inclinación perversa en él.

De acuerdo con el testamento de Constantino, el imperio fue dividido entre los tres hijos sobrevivientes, cada uno de los cuales ya había sido elevado al rango de César. (Todos los niños de escuela saben esto, pero ¿lo sabrán siempre?) A los veintiún años Constantino II fue a la prefectura de Galia. Constancio, a los veinte, a Oriente. Y a los dieciséis, Constante a Italia e Iliria. Cada uno debió asumir automáticamente el título de Augusto.

Sorprendentemente, esta división del mundo se realizó en forma pacífica. Después del funeral (al que yo no

asistí por ser demasiado joven), Constantino II se retiró inmediatamente a su capital en Vienne, Francia. Constante partió para Milán. Y Constancio ocupó el Sagrado Palacio en Constantinopla.

Entonces comenzaron los asesinatos. Constancio sostuvo que existía un complot para acabar con su vida, instigado por los hijos de Teodora, legítima esposa de su abuelo Constancio Cloro, cuya concubina Elena, madre de Constantino, había sido rechazada cuando su padre fue elevado al rango de emperador. Sí, todo esto puede sonar a embrollo para los que lo lean, pero para nosotros, cogidos en la trama, estas relaciones eran tan evidentemente criminales como las de la araña y la mosca.

Algunos dicen que existió tal complot, yo lo dudo. Estoy seguro de que mi padre no era desleal en modo alguno. Él no había protestado cuando su medio hermano Constantino se convirtió en emperador. ¿Por qué iba a protestar ante el ascenso de su hijo? De cualquier modo, a lo largo de ese terrible verano fueron

arrestados y ejecutados secretamente una decena de descendientes de Teodora, entre ellos mi padre.

El día de su arresto, Mardonio y yo habíamos salido a pasear por los jardines del Sagrado Palacio. No recuerdo dónde estaba Galo; probablemente en cama, enfermo y con fiebre. Por alguna extraña razón, cuando Mardonio y yo volvimos a casa entramos por la puerta delantera, en vez de hacerlo por la trasera, nuestra entrada habitual.

Era una tarde agradable. También contra lo acostumbrado, busqué a mi padre en un lugar del atrio donde solía sentarse con el administrador de sus propiedades. Recuerdo los rosales blancos y rojos que trepaban por unos enrejados dispuestos entre las columnas. Y...,

¿qué más recuerdo? La silla con patas de león. Una mesa redonda de mármol. El rostro oscuro Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

del administrador español sentado en una banqueta a la izquierda de mi padre, con unas hojas sobre sus rodillas. A medida que dicto todo esto puedo recordar súbitamente cada cosa. Sin embargo, hasta este momento —qué extraño— había olvidado las rosas y el rostro de mi padre, que ahora recuerdo con toda claridad. ¡Qué curiosa es la memoria! El rostro de mi padre era rubicundo, con pequeños ojos grises, y en su mejilla izquierda tenía una cicatriz pálida y superficial, en forma de cuarto creciente.

—Esta es la mejor parte de mi propiedad —dijo volviéndose hacia el administrador—.

Cuidádmelo bien.

Yo no tenía idea de lo que estaba diciendo. Seguramente me sentía turbado. Mi padre no acostumbraba a hablarme. Y no por falta de afecto, sino porque era más tímido y modesto que yo, y no sabía cómo tratar a los niños.

Los pájaros —los oigo nuevamente— parloteaban en

las ramas de los árboles. Mi padre seguía hablándome, y yo oía a los pájaros y miraba la fuente, consciente de que algo extraño estaba a punto de suceder. Dijo que Nicomedia era «segura», y me pregunté qué quería decir con eso. El administrador se mostró de acuerdo. Hablaron de nuestro primo, el obispo Eusebio; también era «seguro». Yo clavé la mirada en la fuente; correspondía al estilo griego del último siglo, una ninfa marina y un delfín que lanzaba agua por la boca en un estanque. Al recordar todo esto comprendo por qué hice instalar una fuente similar en mi jardín cuando estuve en París. ¿Puede uno recordar todo si lo intenta? (Nota: Conseguir copia de la fuente hecha para Constantinopla si no puede hallarse el original.) Entonces mi padre me despidió con una única y torpe palmada, sin una última palabra, sin una expresión de afecto indebido. Así es la timidez.

Mientras yo cenaba, llegaron los soldados. Mardonio estaba aterrorizado y yo tan sorprendido por su terror que al principio apenas pude entender lo que ocurría. Cuando oí a los soldados en el atrio, me levanté de un

salto.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? —pregunté.

—Sentaos —dijo Mardonio—. No os mováis. No hagáis nada.

Su dulce rostro lampiño de eunuco, arrugado como un viejo trozo de seda, tenía el color de un cadáver. Me aparté de él, sorprendido por su temor. Torpemente trató de impedir que abandonase el cuarto, pero entonces, más alarmado por su temor que por el barullo provocado por extraños en casa, me escapé hacia el atrio vacío. En el vestíbulo contiguo lloraba una esclava. La puerta de entrada se hallaba abierta. El portero estaba pegado al marco como si lo hubieran clavado. Cuando el llanto de la mujer se hizo más sosegado, pude oír el ruido que hacían hombres armados en la calle: los crujidos de cuero, el apagado rechinar del metal contra el metal y el sordo golpear de las botas contra el suelo.

El portero trató de detenerme, pero pude escabullirme

y salir a la calle. Vi a mi padre que caminaba en medio de una formación de soldados, conducido por un joven tribuno. Eché a correr detrás de él, gritando. Los soldados no se detuvieron, pero mi padre se volvió mientras caminaba. Su rostro estaba más pálido que la ceniza. Con un gesto severo como Zeus, con una voz terrible, una voz que no le conocía, exclamó:

—¡Vuelve! ¡Vuelve inmediatamente!

Me detuve azorado en medio de la calle, a algunos metros de distancia. El tribuno también se detuvo y me miró con curiosidad. Entonces mi padre se volvió hacia él y le dijo perentoriamente:

—¡Vamos! No es espectáculo para un niño.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

El tribuno se burló.

—Pronto volveremos a por él.

Entonces me agarró el portero y me llevó hasta casa, mientras yo lloraba y me revolvía.

Algunos días después, mi padre fue decapitado en una de las bodegas subterráneas del Sagrado Palacio. No se le hicieron acusaciones. No hubo proceso. No sé dónde fue enterrado, ni si lo fue.

Es sorprendente la cantidad de curiosos detalles que vienen a mi mente a medida que escribo. Por ejemplo, la sonrisa del tribuno que había olvidado durante veinte años.

De pronto me sorprende preguntándome: ¿Qué se hizo de él? ¿Dónde está ahora? ¿Lo conozco? ¿Es uno de mis generales? ¿Puede haber sido Víctor, Joviano? Tienen la edad apropiada. No, mejor olvidar el pasado, preservarlo solamente aquí, en el papel. La venganza debe detenerse en alguna parte, y ¿dónde mejor que en el príncipe?

Rápidamente descubrí el sentido de la críptica conversación entre mi padre y su administrador. Íbamos a ser enviados a nuestro primo Eusebio, obispo de Nicomedia. Él sería nuestro guardián. Al día siguiente del arresto de nuestro padre, Mardonio nos metió a Galo y a mí en un carruaje con sólo nuestras ropas. Hicimos el camino a Nicomedia sin más paradas que las imprescindibles para cambiar de caballos. En una ocasión fuimos detenidos por tropas de caballería. Con voz temblorosa, Mardonio les dijo que estábamos bajo la protección personal del emperador Constancio. Nos dejaron pasar. Viajamos durante todo el día y toda la noche.

¡Qué noche! Galo lo pasó muy mal debido a la fiebre, que estuvo a punto de matarlo.

En su delirio, torturado por los demonios de la fiebre, se retorció sobre el jergón colocado en el piso del coche. Mardonio le ponía trapos mojados en vinagre sobre el rostro —agrio olor el del vinagre—. Sí, el vinagre aún me recuerda aquella terrible noche. En una

ocasión toqué su rostro y lo sentí caliente como la ropa húmeda puesta al sol para secarse. Sus dorados cabellos estaban negros debido al sudor. Agitaba sus brazos al aire, profería palabras durante el sueño, y lloraba.

Completamente despierto, me senté en el banco junto a Mardonio, mientras saltábamos sobre los caminos de tierra. La noche era cálida y luminosa como el día bajo la gran luna amarilla, que nos servía de faro como a los navegantes.

No dije una palabra en toda la noche. Y, aunque sólo tenía seis años, pensaba que iba a morir, y me preguntaba cómo sería estar muerto. Pienso que esa noche me convertí en filósofo, pues aun siendo joven e ignorante fui más curioso que asustadizo. Sospecho que incluso estaba algo excitado por este viaje desesperado a través de campos desconocidos, con una luna encendida y dorada, con Galo retorciéndose a mis pies, pidiéndome un palo para luchar contra los demonios.

Sorprendentemente, conseguimos sobrevivir. Durante cinco años Galo y yo vivimos con el obispo Eusebio en Nicomedia y más tarde en Constantinopla. Eusebio era un anciano serio y, aunque no le gustaban los niños, nos trató con bondad. Además prohibió a Constancio Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

que se nos acercase, y Constancio lo obedeció, pues Eusebio gozaba de un gran poder en la jerarquía de los galileos. Dos años después de haberse convertido en nuestro guardián, fue designado obispo de Constantinopla, donde prácticamente gobernó sobre la Iglesia oriental hasta su muerte.

Los niños se habitúan a todo. Durante algún tiempo añoramos a nuestro padre, pero luego lo olvidamos. Mardonio siempre estaba con nosotros, como vínculo con nuestra vida anterior. Por otra parte, el hermano de mi madre, el conde Juliano, nos visitaba a menudo. Era un encantador burócrata que gustaba de la intriga y nos

mantenía informados de lo que sucedía en el mundo. Fue él quien nos explicó cómo Constancio se había convertido en el único amo del estado. En el año 340, Constante y Constantino II tuvieron un enfrentamiento y entraron en guerra. Constantino II cayó en una celada en Aquilea y fue ejecutado. Constante se convirtió en el dueño de Occidente. Luego un general llamado Magnencio se proclamó Augusto y envió a Constante de Autun a los Pirineos, donde fue asesinado en el invierno del año 350. En Occidente reinaba el caos. Mientras Magnencio trataba de mantener unido a su Imperio, un general del Danubio llamado Vetrano se proclamó emperador.

En honor a la verdad, es preciso reconocer que Constancio tenía talento para la guerra civil. Sabía cuándo golpear y, lo que es más importante, a quién golpear. Siempre triunfó. A menudo he pensado que si hubiese vivido más años, posiblemente me hubiera vencido como hizo con todos sus enemigos. En el año 350 tuvo que enfrentarse a dos usurpadores. Vetrano fue aplastado inmediatamente y, caso único en nuestra

historia, se le perdonó la vida.

Magnencio fue derrotado en la batalla de Mursa, el 28 de septiembre del año 352. Éste fue uno de los momentos cruciales de nuestra historia. Hasta hoy el ejército no se ha recobrado de la pérdida de cincuenta y cuatro mil hombres de nuestras mejores tropas.

Es innecesario decir que no he conocido a ninguno de estos emperadores y usurpadores. En realidad, no recuerdo haber visto nunca a mis primos Constante y Constantino II. Tampoco conocí a Constancio hasta que tuve 16 años, en un encuentro que describiré con detalle.

Mientras los príncipes tramaban y combatían fui educado por Mardonio. Era un maestro estricto, aunque sabía transmitir interés. Me gustaba. Galo lo odiaba, porque Galo, tarde o temprano, odiaba a casi todos. Recuerdo una vez en que quise presenciar una carrera de carros, y Mardonio me dijo: «Si deseáis juegos, leed a Homero. Nada en la vida puede igualar a

lo que escribí sobre los juegos, o sobre cualquier otra cosa. » Una recomendación sabia, aunque irritante para un niño. Así que fui haciéndome hombre antes de concurrir al teatro o al circo. Y aun entonces sólo para complacer a los demás. Era excesivamente escrupuloso, ¡y todavía lo soy!

Sólo conservo un recuerdo claro del obispo Eusebio. Una tarde decidió instruirme sobre la vida del Nazareno. Durante horas estuvimos sentados en una de las naves de la catedral de Nicomedia, mientras él me hacía preguntas. Yo me vi obligado a soportarlo. El obispo sólo tenía talento para explicar aquellas cosas que uno ya conocía, y en cambio dejaba en el misterio las que uno deseaba saber. Era un anciano pesado, pálido, de hablar lento y tedioso. Para entretenerme, fijé la vista en el cielo raso, abovedado y dividido en cuatro partes, que representaban las cuatro estaciones. Flores, parras, peces y pájaros se entremezclaban en mosaicos de brillantes colores. Conocía de memoria ese cielo raso pues Galo y yo orábamos tres veces al día en esa nave. Durante los tediosos rezos

acostumbraba a imaginarme ascendiendo por el aire y penetrando en ese mundo de pavos reales, palmeras y Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

parras, un mundo dorado y centelleante donde no se oía otra cosa que el fluir del agua y el canto de los pájaros. Un mundo donde, por cierto, no había sermones ni rezos. Cuando Nicomedia fue destruida por un terremoto hace unos años, lo primero que pregunté fue por la catedral. ¿Estaba aún en pie?

Se me dijo que sí pero que se había derrumbado el techo. Así que el mágico refugio de mi infancia se ha convertido en escombros.

Evidentemente, debía estar con la mirada puesta en el techo cuando el obispo me preguntó de improviso:

—¿Cuál es la enseñanza más importante de Dios?

Sin pensarlo respondí:

—No matarás. —Luego cité rápidamente todos los textos del Nuevo Testamento (muchos de los cuales conocía de memoria) y los que podía recordar del Antiguo. El obispo no esperaba esta respuesta. Sin embargo, movió su cabeza con satisfacción.

—Habéis citado bien. Pero, ¿por qué pensáis que este mandamiento es el más importante?

—Porque si se hubiese respetado mi padre estaría vivo. Yo mismo me sorprendí por la rapidez de mi respuesta.

La pálida cara del obispo tomó un color aún más ceniciento que el habitual.

—¿Por qué decís eso?

—Porque es verdad. El emperador asesinó a mi padre. Todos lo saben. Y supongo que también nos matará a Galo y a mí, cuando tenga ocasión. —La audacia, cuando se manifiesta, es difícil de controlar.

—El emperador es un hombre santo —dijo el obispo

severamente—. Todo el mundo admira su piedad, su lucha contra los herejes, su apoyo a la verdadera fe.

Esta respuesta me hizo aun más temerario.

—Pues si es tan cristiano, ¿cómo pudo matar a tantos miembros de su propia familia?

Después de todo, ¿no está escrito en el Testamento de san Mateo y también de san Lucas que...?

—¡Bobo! —El obispo estaba furioso—. ¿Quién os ha dicho esas cosas? ¿Mardonio?

Tuve el buen sentido de proteger a mi tutor.

—No. Lo que sucede es que la gente habla de todo delante nuestro. Deben creer que no entendemos. De todos modos, es verdad, ¿no es cierto?

El obispo había recuperado su compostura. Su respuesta fue lenta e inflexible.

—Todo lo que debéis saber es que nuestro primo, el emperador, es un hombre devoto y bueno, y nunca olvidéis que estáis a su merced.

Como castigo por mi imprudencia, el obispo me hizo recitar durante cuatro horas.

Sin embargo, no aprendí la lección que él deseaba. Todo lo que entendí es que Constancio era un cristiano devoto. Pero había matado a alguien de su propia sangre; por lo tanto, si era a la vez un buen cristiano y un asesino, algo fallaba en esa religión. Es innecesario decir que no inculpo a la fe de Constancio por sus fechorías. Tampoco el helenismo sería responsable de mis errores. Pero este tipo de contradicción perturba a un niño, y no es fácil de olvidar.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

En el año 340 Eusebio fue designado obispo de Constantinopla. Así que Galo y yo pasamos nuestro

tiempo entre Nicomedia y la capital. De las dos ciudades, prefería Constantinopla.

Fundada el año anterior a mi nacimiento, Constantinopla no tenía pasado; sólo un ruidoso presente y un espléndido futuro, de creer en los augurios. Constantino eligió deliberadamente a la antigua Bizancio como capital del Imperio Romano, y allí creó una nueva ciudad sobre la vieja. Con típica modestia, le dio su propio nombre. Como la mayoría de los niños de la ciudad, gozaba de su vitalidad y su fresca novedad. El aire está siempre lleno del polvillo y el olor de la argamasa. En las calles se oye el ruido del martillo. Esta confusión puede ser desagradable, pero llena de vigor. La ciudad cambia de un día para otro.

Casi todos los lugares familiares de mi juventud han sido reemplazados por nuevos edificios, nuevas calles, nuevas perspectivas. Aunque sólo sea por eso, me parece más maravilloso contemplar el comienzo de algo grande que su fin.

Cuando el tiempo era bueno, Mardonio nos sacaba a pasear por la ciudad. Llamábamos a estos paseos «Caza de estatuas», porque tenía un interés apasionado por las obras de arte y nos llevaba de un extremo a otro de la ciudad sólo para mirarlas. Pienso que habremos visto las diez mil estatuas de bronce y mármol que Constantino robó de todos los rincones del mundo para decorar su ciudad. Aunque no pueden aprobarse sus robos (principalmente los cometidos en templos helénicos), lo cierto es que alrededor y bajo las arcadas de la Calle Media, la principal vía pública de la ciudad, había más obras de arte que en cualquier otro lugar de la tierra, excepto Roma.

Una de nuestras expediciones nos llevó al osario galileo, cercano al Hipódromo.

Mientras Mardonio consultaba el mapa de la ciudad tratando de orientarse, Galo y yo arrojábamos pedazos de mármol a una casa a medio terminar. En las calles de Constantinopla los niños encuentran siempre una agradable cantidad de objetos para tirar: astillas de

mármol, tablillas de madera, pedazos de tejas. Los constructores nunca se preocupan de limpiar.

—Entonces aquí estaría la famosa Némesis de Fidias adquirida hace algunos años por el divino Constantino —dijo Mardonio, señalando el mapa—. Aunque se tiene por auténtica, algunos sostienen que es una copia realizada en el mismo siglo, en mármol de Paros. Por lo tanto no romana, no corrupta.

Súbitamente se abrió la puerta del osario y salieron corriendo dos ancianos perseguidos por una docena de monjes, armados con bastones. Los ancianos llegaron hasta la arcada donde nos hallábamos y entonces los monjes les dieron alcance. Los tiraron al suelo y empezaron a pegarles mientras gritaban: «¡Herejes! ¡Herejes!».

Me volví sorprendido hacia Mardonio.

—¿Por qué les pegan?

Mardonio suspiró.

—Porque son herejes.

—¿Asquerosos atanasianos? —Galó, mayor que yo, ya conocía la mayoría de las supersticiones de nuestro nuevo mundo.

—Eso creo. Será mejor que nos vayamos.

Pero yo era curioso. Quería saber qué era un atanasiano.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Locos que creen que Jesús y Dios son exactamente lo mismo...

—Cuando todos saben que sólo son similares —dijo Galó.

—Exacto. Como nos enseñó el obispo Arrio, tan admirado por vuestro primo el divino emperador.

—Ellos envenenaron al obispo Arrio —dijo Galo, que ya había tomado partido abiertamente—. ¡A matar a los herejes! —gritó al tiempo que lanzaba una piedra con sorprendente precisión sobre uno de los ancianos. Los monjes se detuvieron en su tarea para alabar el tino de Galo. Mardonio estaba furioso debido a su rectitud.

—¡Galo! —Mardonio sacudió a mi hermano con violencia—. ¡Sois un príncipe, no un camorrista callejero! —Nos cogió firmemente de un brazo y nos sacó de allí en forma precipitada. Es innecesario decir que yo estaba fascinado por todo lo ocurrido.

—Pero esos hombres son inocentes.

—¿Inocentes? Ellos asesinaron al obispo Arrio. —Los ojos de Galo brillaron de honestidad.

—¿Esos dos? ¿Fueron ellos en realidad?

—No —dijo Mardonio—, pero son discípulos del obispo Atanasio...

—¡El peor hereje de todos los tiempos! —Galo se entusiasmaba siempre que su necesidad de violencia coincidía con lo que los demás consideraban como una acción justa.

—Y se cree que Atanasio ordenó que envenenasen a Arrio en un concilio de la Iglesia, hace algunos años. Como consecuencia, Atanasio fue condenado al exilio por vuestro divino tío. Y ahora, Juliano, debo recordaros por centésima vez que no debéis morderos las uñas.

Dejé de morderme las uñas, un hábito que aún no he logrado desterrar del todo.

—¿Pero no son también cristianos? —pregunté—. ¿No creen en Jesús y en los Evangelios?

—¡No! —dijo Galo.

—Si —dijo Mardonio—, ellos también son cristianos. Pero están equivocados.

Siempre he tenido una mentalidad lógica, incluso de niño.

—Si son cristianos como nosotros no debemos luchar contra ellos sino ofrecerles la otra mejilla. Además es indudable que nadie debe matar, porque Jesús nos dice que...

—Creo que no es tan simple como decís —replicó Mardonio.

Aunque sí que lo era. Hasta un niño podía notar la diferencia entre lo que los galileos decían creer y lo que en realidad creían, a juzgar por sus acciones. Una religión de hermandad y moderación que diariamente asesina a los que están en desacuerdo con su doctrina, sólo puede ser considerada hipócrita, o algo peor.

Aunque quedara bien decir en mis memorias que en ese momento dejé de ser galileo, no sería la verdad. Me preocupaba lo que veía pero aún tenía fe. Mi liberación del Nazareno todavía tardó bastante en llegar. Ahora, al mirar hacia atrás, pienso que el primer eslabón de la

cadena se rompió aquel día en la calle, cuando vi cómo los monjes golpeaban a dos ancianos inocentes.

Durante el verano solía visitar las propiedades de mi abuela materna en Bitinia. Era una pequeña granja a dos millas del mar. Detrás de la casa se levantaba una pequeña colina desde cuya cumbre se divisaba una hermosa vista del mar de Mármara. Hacia el norte, sobre Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

el lejano horizonte, se elevaban las torres de Constantinopla. Allí pasaba muchas horas, leyendo y soñando.

Una tarde, arrullado por el zumbido de las abejas, el aroma del tomillo y el cálido aire cargado de sal, caí dormido y soñé que peleaba contra Galo. Deseaba huir de él. Comencé a correr. A medida que corría daba pasos cada vez más largos, hasta que empecé a saltar como un ciervo. Cada salto me elevaba más en el aire, hasta que al fin planeaba sobre los campos.

Abajo, la gente observaba con sorpresa cómo yo flotaba sobre sus cabezas, completamente libre. No hay sueño más placentero que el de volar.

De pronto, mientras viajaba, oí cómo alguien me llamaba por mi nombre. Miré a mí alrededor, hasta donde me alcanzaba la vista, pero no había nadie. Sólo las pálidas nubes, el cielo azul, el negro mar. Volaba hacia Constantinopla, sobre el mar de Mármara, cuando volví a oír la voz.

—¿Quién me llama? —pregunté.

No sé cómo, pero comprendí entonces que era el sol quien me llamaba. El sol, enorme y dorado, me tendía sus ígneos brazos sobre la ciudad. Y con un sentimiento sorprendentemente conmovedor de haber llegado al hogar, me sumergí en la luz cegadora. Al despertar, el sol me daba en el rostro. Me detuve, deslumbrado por la luz. También me hallaba perplejo. Había ocurrido algo importante. Pero, ¿qué?

No hablé a nadie de esta visión. Sin embargo, algunos

meses después, cuando Mardonio y yo estábamos a solas en los jardines del palacio mirando distraídos el Bósforo, le hice algunas preguntas sobre la antigua religión. Comencé con cierta audacia:

—¿Es verdad todo lo que escribió Homero?

—¡Por supuesto! ¡Palabra por palabra!

—Entonces deben existir Zeus, Apolo y los demás dioses, porque él lo dice. Y si son verdaderos, ¿qué ocurrió con ellos? ¿Los destruyó Jesús?

¡Pobre Mardonio! Era un devoto del clasicismo y al mismo tiempo un galileo. Como otros muchos en aquellos tiempos, se encontraba desesperadamente dividido. Sin embargo tenía la respuesta preparada:

—Debéis recordar que cuando Homero escribía, Cristo aún no había nacido. Por más sabio que fuese Homero, no tenía forma de conocer la verdad última como nosotros. Así que debió ocuparse de los dioses en que siempre había creído el pueblo...

—Dioses falsos, según Jesús. Y si son falsos, no puede ser verdad lo que Homero escribe sobre ellos.

—Sin embargo, como todas las cosas, esos dioses son manifestaciones de la verdad —

Mardonio cambió de posición—. Homero creyó tanto como nosotros creemos. Rindió culto al Dios Uno, el único principio del universo. Sospecho que tenía conciencia de que el Dios Uno podía adoptar muchas formas, y que entre éstas se hallaban los dioses del Olimpo. Después de todo, hasta ahora Dios ha tenido muchos nombres porque nosotros tenemos muchos idiomas y tradiciones, pero Él siempre es el mismo.

—Dime algunos de sus antiguos nombres.

—Zeus; Helios, el sol; Serapis...

—El sol. —Mi deidad—. Apolo... —comencé.

—Apolo también tuvo muchos nombres, Helios, compañero de Mitra...

Junio 2005

—Apolo, Helios, Mitra —repetí suavemente. Desde donde estábamos sentados, en la umbría arboleda de la ladera que bajaba del Palacio de Dafne, pude vislumbrar un resplandor fugaz de mi deidad, en la que se incrustaba la rama verde oscura de un ciprés.

—El culto a Mitra fue el más diabólico. En realidad todavía quedan algunos creyentes, en su mayoría soldados, gente ignorante, aunque unos pocos filósofos (o supuestos filósofos) se inclinan hacia Mitra, como Jámblico... Una vez me encontré con él. Un hombre sumamente feo, un sirio, de Calcis, creo. Murió hace pocos años, muy admirado por un reducido círculo, aunque siempre he pensado que su prosa es innecesariamente oscura. Pretendía ser discípulo de Platón. Por supuesto, sostuvo que Jesús era un falso profeta y calificó de absurda a nuestra Trinidad. Luego —increíble locura— inventó una trinidad propia,

basada en Platón.

Llevado por su pasión por el tema, Mardonio apenas era consciente de la presencia de su extasiado oyente, quien quizá comprendiese la mitad de sus palabras, aunque el sentido general estaba perfectamente claro: Helios era un aspecto del Dios Uno, y algunos, como el misterioso Jámblico, todavía le rendían culto.

—Según Jámblico existen tres mundos, tres ámbitos del ser, cada uno presidido por el Dios Uno, cuya manifestación es el sol. Ahora bien, el primero es el mundo inteligible, que sólo puede ser comprendido mediante la razón. Cuando lo estudiemos —si es que llegamos a estudiarlo, al ritmo actual— encontraréis todo esto en Platón. El segundo es un mundo intermediario (invención de Jámblico); un mundo dotado de inteligencia y presidido por Helios-Mitra, con un conjunto de ayudantes que resultan ser los antiguos dioses con distintos ropajes, particularmente Serapis, a quien retornan nuestras almas después de la muerte; Dionisos, el hermoso; Hermes, la inteligencia

del universo, y Asclepio, médico famoso que vivió realmente, según se cree, y que fue adorado por nuestros antecesores como salvador capaz de curar enfermedades.

—¿Como Jesús?

—Sí, de una manera parecida. Por último, el tercer mundo es nuestro mundo, el mundo de los sentidos y de la percepción. Entre los tres mundos media el sol. La luz el bien, la oscuridad el mal, y Mitra el puente, el vínculo entre el hombre y la deidad, entre la luz y la oscuridad. Como podéis ver —o como ya veréis— sólo una parte de esta historia proviene de Platón. La casi totalidad es de origen persa. Se basa en el héroe Mitra, que vivió, si es que vivió, hace mil años. Afortunadamente, con el nacimiento de Jesús y el misterio de la Trinidad se puso fin a toda esta tontería.

—Pero el sol aún existe.

—Para ser exactos, el sol en este momento no existe
—Mardonio se levantó. —Lo que existe es el

crepúsculo. Se nos está haciendo tarde para la cena.

Así es cómo tomé conciencia de la existencia del Dios Uno. En un sueño, Helios-Mitra me había llamado y literalmente había contemplado su luz. Desde ese día no volví a estar solo. El sol era mi protector.

Debo decir que durante todos esos años necesité todo el solaz posible ya que constantemente estaba obsesionado por mi situación. ¿También yo iba a ser asesinado como mi padre? En una de las fantasías que se me aparecían una y otra vez, Constancio y yo nos encontrábamos casualmente en la colina junto a la casa de mi abuela. En el sueño, el emperador siempre estaba solo. Era severo, pero bueno. Hablábamos de literatura. Él estaba encantado con mis vastos conocimientos (me gustaba ser halagado por mis lecturas). Luego nos hacíamos íntimos amigos. Al final del sueño me concedía permiso para seguir viviendo durante el resto de mi vida en la granja de mi abuela. Una mirada a mis ojos lo había Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

convencido de que no deseaba su trono ni vengarme por la muerte de mi padre. En mi imaginación, lo convencía una y otra vez con brillantes argumentos y él me concedía mi deseo con lágrimas en los ojos por mi sinceridad y por no querer engañarlo.

¡Qué curiosos son los hombres! Verdaderamente, en aquel entonces yo era sincero. Era como acabo de describirme. No deseaba el poder, o así lo pensaba. Creía sinceramente que mi deseo era llevar una vida oscura. ¿Y luego? Destituí a Constancio. Ocupé el trono. Sabiendo ahora eso, si yo hubiera sido Constancio y él ese muchacho soñoliento de la colina bitinia, hubiera acabado con la vida de ese joven filósofo allí mismo. Pero entonces ninguno de nosotros comprendía quién era yo, o en qué me convertiría.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

III

A los once años, mi vida volvió a cambiar súbitamente. Una mañana de mayo tenía clase con Mardonio. Estaba recitando a Hesíodo y cometiendo gran cantidad de errores cuando Galo entró en el cuarto.

—Está muerto. El obispo ha muerto. En la iglesia. Ha muerto. ¡Tal como lo oís!

Mardonio hizo la señal de la cruz sobre su pecho. Yo también la hice. Un momento después acudieron clérigos, funcionarios y sirvientes. Todos estaban asombrados y alarmados, ya que la muerte del obispo de Constantinopla es un gran acontecimiento, y la elección de su sucesor un asunto de importancia nacional. Si el emperador es galileo, participa siempre en la elección. Pero Constancio se hallaba a miles de millas de distancia, en las fronteras de Persia. Así que durante algunas semanas no se designó ningún obispo, y nadie sabía qué hacer con Galo y conmigo. Por fortuna mi tío el conde Juliano estaba en la ciudad y vino a

vernos al día siguiente del funeral.

—Nos va a matar, ¿no es cierto? —Ante una crisis, Galo podía ser temerario.

La sonrisa del conde Juliano no era muy convincente.

—Seguro que no. Después de todo, sois los herederos de Constantino el Grande.

—También lo era nuestro padre —dijo Galo inflexible—. Y todos los demás.

—Pero el divino Augusto es vuestro amigo.

—¿Entonces por qué estamos arrestados? —Galo se refería a la policía secreta que había llegado justamente ese día. Cuando Galo y yo intentamos salir, se nos dijo amablemente que nos quedaríamos donde estábamos «hasta nueva orden».

—Están para protegeros.

—La única protección que necesitamos es la de Constancio —dijo Galo, pero bajó el tono de su voz. Aunque de temperamento decidido, no era suicida. El conde Juliano se mostraba sumamente impaciente y nervioso.

—Eso no es verdad, Galo. Escuchadme con atención. Alguien próximo al emperador, muy próximo, me ha dicho que Constancia cree que no puede tener hijos porque él... porque tantos miembros de su familia... porque ellos fueron... ¡muertos!

—Si, pero desde el momento en que es culpable de tantas muertes como para ir al infierno, ¿por qué se va a detener ante nosotros? No tiene nada que perder.

—Tampoco nada que ganar. Después de todo sólo sois niños.

Galo resopló. A los dieciséis años ya tenía cuerpo de hombre, aunque su carácter siguiese siendo de niño violento y destructor.

—Creedme, estáis seguros —nos dijo el conde Juliano tratando de calmarnos.

Estaba de excelente humor, ya que había sido designado gobernador de Egipto, y yo temía que se preocupase más por su cargo que por el destino de sus sobrinos. Sin embargo nos confortó lo mejor que pudo, cosa que al menos le agradezco. Se despidió de nosotros con huecas palabras:

—Nada tenéis que temer.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Cuando se fue, Galo rompió intencionadamente la copa en que había bebido. El romper cosas siempre le proporcionaba un desahogo físico. El destrozo de esa copa tuvo un significado ritual.

—¡Es como todos los demás! —La voz de Galo se quebraba por la ira mientras permanecía inmóvil bajo

aquel sol radiante de mayo. Su largo cabello claro se enredaba sobre su frente, sus centelleantes ojos azules se tornaban más hermosos por la aparición de súbitas lágrimas—. ¡No hay manera de salir de esto!

Traté de decir alguna cosa esperanzadora, pero él se volvió contra mí.

—Tú no eres nadie, ¡renacuajo! Pero yo, ¿por qué tengo que morir?

Realmente, ¿por qué? Todos nos hacemos esta pregunta tarde o temprano. Nadie puede amarnos tanto como nosotros mismos. Galo no veía justicia en un mundo donde una belleza y una vitalidad como las suyas pudiesen ser apagadas como el pábilo de una lámpara. El destino es cruel, por supuesto. Pero los niños no pueden aceptar esto. Ni tampoco los hombres que, como Galo, lo ven todo en relación consigo mismo. Yo quería a Galo, pero al mismo tiempo lo odiaba. Durante los primeros años de mi vida estuve tan absorbido por él que apenas tenía conciencia de mí

mismo, salvo cuando me reflejaba en aquellos vivos ojos azules, que nada veían de mí, y poco de otras cosas.

Pese a todo, el conde Juliano tenía razón. Constantino sufría remordimientos por sus crímenes. Por el momento, estábamos seguros. Al cabo de un tiempo llegó un mensaje del chambelán Eusebio. Galo y yo seríamos enviados a Macelo, en Capadocia, «para continuar nuestra educación».

—Educación, ¿para qué? —preguntó Galo cuando acabaron de leernos el mensaje.

Pero Mardonio lo hizo callar:

—El Augusto es misericordioso. No olvidéis nunca que ahora es vuestro padre y vuestro señor.

Ese mismo día partimos para Macelo. Yo estaba muy trastornado, ya que Mardonio no iba a acompañarnos. No conocía el motivo de tan mezquina crueldad. Tal vez el chambelán Eusebio pensara que como Mardonio

también era eunuco, una persona con su misma característica nos resultaría un aliado muy sutil. Lloriqueando, fui metido en un coche con Galo.

Mardonio también se sintió apesadumbrado, pero supo controlarse.

—Nos volveremos a encontrar —dijo—. Y espero que cuando eso ocurra, Galo sepa tanto sobre Hesíodo como Juliano.

Mientras partíamos, Mardonio permaneció erguido frente al palacio del obispo. Nos escoltaba una cohorte de caballería, como si fuésemos importantes príncipes, cosa que éramos, o importantes prisioneros, que también éramos. Suspiré. Galo lanzó terribles juramentos en voz baja. En la calle se había reunido una multitud, ansiosa por vernos. Un vecino metió la cabeza por un costado del coche para vernos de cerca. Galo escupió en la sorprendida cara del hombre. Luego se cubrió la cabeza con la túnica y no quiso destapársela hasta encontrarse fuera de las puertas de la ciudad.

Nadie esperaba volver a vernos vivos.

Todos los viajeros coincidían en que Macelo es uno de los lugares más hermosos del mundo. Yo, hasta el día de hoy, lo detesto. Macelo no es una ciudad sino una residencia imperial, utilizada en un principio por los antiguos reyes capadocios como lugar de caza.

Constantino la amplió hasta convertirla en un conjunto de muchas construcciones ubicadas en bosques solitarios al pie del monte Argeo, aproximadamente a cuatrocientas millas al sudeste Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

de Constantinopla. Cuando Constancio heredó este principado adquirió el pabellón, junto con otras propiedades de la vecindad. En realidad, nuestras rentas familiares privadas derivan en su casi totalidad de las tierras de la corona de los capadocios.

Una noche, mientras le hablaba a Prisco de mi infancia,

me dijo que le parecía envidiable.

—A fin de cuentas, has vivido en un palacio, con jardines, baños, fuentes, capilla privada —gozaba atormentándome—, en la mejor zona para la caza, sin tener que hacer otra cosa que leer. Tuvisteis una vida perfecta.

Bueno, no era perfecta; Galo y yo igualmente podríamos haber sido rehenes en una prisión persa. No teníamos con quién hablar, con excepción de algunos maestros de escuela de las cercanías de Cesarea. Nadie permaneció con nosotros mucho tiempo debido a Galo. No podía dejar de atormentarlos. Se encontraba mejor con nuestros carceleros, particularmente con los más jóvenes. Galo podía aprender cuando se lo proponía y muy pronto hizo que le enseñaran el uso de la espada, la lanza, el escudo y el hacha. Era un atleta nato, especialmente dotado para el uso de las armas. Me hubiera gustado practicar con él, pero Galo prefería estar con sus compañeros militares.

—¡A leer libros! —me decía con brusquedad—. Yo debo ser soldado.

Así que yo leía libros.

Oficialmente estábamos a cargo del obispo Jorge, de Capadocia, que vivía en Cesarea.

Nos visitaba por lo menos una vez al mes, e insistía en que nuestra educación fuera exclusivamente galilea.

—No hay razones para que no seáis sacerdote —decía mientras me señalaba con su largo dedo.

Era un hombre pequeño y delgado, con un rostro enjuto que siempre parecía sin afeitarse.

Aunque yo, con respeto, trataba de pensar en una serie de razones por las cuales no debía ser sacerdote, Galo decía con atractiva sonrisa:

—Obispo, Juliano sueña con el sacerdocio. Es toda su vida. No hace otra cosa que leer.

—Así era yo a vuestra edad —y el obispo Jorge se mostraba satisfecho por hallar ese parecido.

—Pero yo leo filosofía... —comencé a decir.

—Así hacemos todos, por supuesto. Pero luego llegamos a la historia de Jesús, que es el comienzo y el fin de todo conocimiento. Sin embargo creo que habéis tenido una buena preparación en manos de vuestro difunto primo, mi viejo amigo, el obispo Eusebio. Los que somos verdaderos cristianos lo extrañamos enormemente.

El obispo Jorge empezó a caminar de una punta a la otra del cuarto, chasqueando los dedos, un hábito característico. Galo me sonreía, muy satisfecho de sus palabras.

De pronto el obispo Jorge se volvía hacia mí y me señalaba de nuevo con su largo dedo:

—*Homoiousios*. ¿Qué significa?

Lo sabía. Le respondí como un cuervo al que han enseñado a hablar:

—Quiere decir que Jesús, el hijo, es de una substancia similar a Dios, el padre.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—*Homoousius*. ¿Qué significa?

—Que Jesús, el hijo, es una substancia con Dios, el padre.

—¿Cuál es la diferencia?

—Según el primer argumento, Jesús fue creado por el padre antes de que este mundo comenzase a existir. Es hijo de Dios por la gracia, pero no por la naturaleza.

—¿Por qué?

—Porque Dios es uno. Por definición singular. Dios no

puede ser muchos, como sostuvo el difunto obispo Arrio en el concilio de Nicea.

—Estupendo —me premió con unos cariñosos golpecitos de dedos—. ¿Y el segundo argumento?

—*Homoousius* es esa perniciosa doctrina —había sido bien instruido por el obispo Eusebio— en la que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno y el mismo.

—¡Lo que no puede ser!

—Lo que no puede ser —gorjeé obedientemente.

—Pese a lo ocurrido en Nicea.

—Donde en el año 325 el obispo Atanasio de Alejandría...

—Un mero diácono en aquel tiempo...

—Se opuso a mi primo el obispo Eusebio, así como al obispo Arrio y forzó al consejo a aceptar la doctrina

atanasiana de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una misma persona.

—Pero la batalla está lejos de haber terminado. Todos los años ganamos terreno.

Nuestro sabio Augusto tiene nuestras mismas creencias, como las tenía el difunto obispo Arrio. Hace dos años, los obispos de Oriente nos reunimos en Antioquía para apoyar la verdadera doctrina. Este año nos volveremos a reunir en Sardica y, con la ayuda del emperador, los verdaderos creyentes destruirán de una vez por todas las doctrinas de Atanasio. Hijo, debéis ser sacerdote. Tenéis la marca. Seréis una gran fuerza para la Iglesia.

Mañana os enviaré a uno de mis diáconos. Él os dará a los dos instrucción religiosa.

—Pero yo seré soldado —dijo Galo, alarmado.

—Un soldado temeroso de Dios tiene la fuerza de veinte —contestó automáticamente el obispo Jorge—. Además, la preparación religiosa no os perjudicará.

Y así, de una forma bastante curiosa, Galo se convirtió en el devoto galileo, mientras yo volví a las antiguas formas, como todo el mundo sabe.

Pero en aquellos tiempos no llegaba a ser filósofo. Estudié lo que me señalaron. El diácono que me proporcionó la instrucción fue de lo más lisonjero.

—Tenéis un don extraordinario para el análisis —dijo un día en que revisábamos el parágrafo 14, versículo 25, del Evangelio según san Juan, texto en el que los arrianos se apoyaban en su argumentación contra los atanasianos—. Tendréis un destacado futuro, estoy seguro.

—¿Como obispo?

—Por supuesto, seréis obispo, puesto que pertenecéis a la familia imperial. Pero aún hay algo más espléndido que ser obispo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Mártir?

—Mártir y santo. Tenéis aspecto de ello.

No es necesario decir que esto acrecentó mi vanidad infantil. Debido a esta lisonja, durante algunos meses consideré que había sido especialmente elegido para salvar al mundo del error. Cosa que, en otro sentido, resultó verdad, para horror de mis primeros maestros.

El obispo Jorge era un hombre arrogante y difícil, pero yo armonicé con él, en gran medida debido a su interés por mí. Le apasionaban las controversias. Al hallarme moderadamente inteligente, vio su oportunidad. Yo sería un poderoso aliado para los arrianos, que ya habían sido superados en número por los atanasianos, pese a la ayuda del emperador Constancio. Por supuesto, en la actualidad la «perniciosa» doctrina de Dios a la vez tres y uno se ha impuesto en forma casi total, por los esfuerzos del obispo Atanasio. Sólo Constancio consiguió mantener a ambos partidos en un

cierto equilibrio. Ahora que él ha muerto, la victoria de los atanasianos es sólo cuestión de tiempo. Pero en estos momentos nada de eso importa, pues los galileos no son sino una de las numerosas sectas religiosas, y de ninguna manera la mayor. Han pasado los días de la dominación. No sólo les he prohibido que nos persigan a nosotros, los helenistas; les he prohibido que se persigan unos a otros. ¡Les parezco insoportablemente cruel!

¿Fui un auténtico galileo en aquellos años de Macelo? Yo mismo me lo pregunto. Ni siquiera yo puedo dar una respuesta clara. Durante mucho tiempo creí en aquello que me enseñaban. Acepté la tesis arriana de que un Dios (cuya existencia aceptamos todos) produjo misteriosamente un tipo de hijo que nació judío, se convirtió en maestro y fue finalmente ejecutado por el estado por razones que nunca me resultaron muy claras, pese a los esfuerzos del obispo Jorge. Además, mientras estudiaba la vida de los galileos leía también a Platón, que era más de mi gusto. A fin de cuentas, yo era algo así como un diletante literario.

Mardonio me había enseñado el mejor griego. No podía dejar de comparar el bárbaro y rústico lenguaje de Mateo, Marco, Lucas y Juan con la clara prosa de Platón. Sin embargo, acepté como verdadera la leyenda galilea. De todos modos era la religión de mi familia y, aunque no la encontraba atrayente, no se me presentó otra alternativa hasta una tarde, cuando tenía alrededor de catorce años. Había estado sentado durante dos horas mientras el diácono me cantaba las canciones del obispo Arrio... Si, este gran pensador religioso escribía canciones populares para adoctrinar a los analfabetos. Todavía puedo recordar las letras de media docena de esas tontas baladas que «probaban» que el hijo era el hijo y el padre era el padre. Cuando por fin terminó el diácono, yo elogí su canto.

—Es el espíritu lo que importa, no la voz —dijo el diácono, satisfecho por mi lisonja.

Luego, no sé cómo, se mencionó a Plotino. Para mí sólo era un nombre. Pero para el diácono constituía objeto de anatema.

—Un pretendido filósofo del pasado siglo. Un discípulo de Platón, según él decía. Un enemigo de la Iglesia, aunque existan algunos cristianos lo suficientemente tontos como para colocarlo en un sitial. Vivió en Roma. Era un favorito del emperador Gordiano. Escribió seis libros absolutamente ininteligibles que publicó su discípulo Porfirio.

—¿Porfirio?

Como si fuera ayer puedo recordar el momento en que oí ese nombre por primera vez, sentado frente al enjuto diácono, en uno de los jardines de Macelo. El verano florecía alrededor de nosotros, y el día nos abrumaba con su calor.

—¡Aún peor que Plotino! Porfirio procedía de Tiro. Estudió en Atenas. Se autoproclamó filósofo; pero sólo era un ateo. Atacó a la Iglesia con sus libros.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Con qué argumentos?

—¿Cómo puedo saberlo? Nunca he leído sus libros. Ningún cristiano debe hacerlo.

—El diácono mantenía una posición firme.

—Pero seguramente Porfirio habrá tenido alguna razón...

—El diablo entró en él. Ésa es una razón suficiente.

Fue entonces cuando decidí leer a Plotino y a Porfirio. Escribí al obispo Jorge una carta muy política, pidiéndole que me enviase los libros de esos hombres «incorregibles». Le dije que deseaba ver directamente el rostro del enemigo. Naturalmente, le pedí consejo al obispo, no sólo porque era mi mentor religioso, sino porque poseía la mejor biblioteca de Capadocia. En gran medida, dirigía mi mirada hacia ella.

Para mi sorpresa, el obispo Jorge me envió de inmediato las obras completas de Plotino, así como el

ataque de Porfirio contra la cristiandad. «Joven como sois, estoy seguro de que apreciaréis la locura de Porfirio. Era un hombre inteligente confundido por su mal carácter. Mi predecesor, como obispo de Cesarea, escribió una espléndida refutación de Porfirio, respondiendo para siempre a sus declaraciones de supuestas "incoherencias" halladas en las Escrituras. Os envío también las obras del obispo. No sé expresaros mi alegría al ver el interés con que os acercáis a los temas sagrados. Lo que el obispo no sabía era que los argumentos de Porfirio constituirían los fundamentos de mi propio rechazo del Nazareno.

Ese mismo verano el obispo Jorge sugirió que Galo y yo construyésemos una capilla en Macelo para dedicarla a san Mamas, un pastor de la localidad, cuyas reliquias eran consideradas particularmente portentosas: las enfermedades de la piel eran curadas inmediatamente con sólo aplicar las tibias del santo a la zona dañada. El obispo Jorge pensaba que Galo y yo realizaríamos un gesto fortificante si construíamos un osario para los restos del pastor muerto. Así que

trabajamos en este proyecto durante todo un verano. Yo gozaba colocando los ladrillos, pero Galo odiaba cualquier tipo de esfuerzo prolongado, y me temo que pasó mucho tiempo maldiciendo a san Mamas mientras sudábamos bajo el sol. Poco después de finalizada la capilla cayó el techo. Me han dicho que ahora los galileos están convencidos de que cayó sólo mi sector del edificio, porque yo era apóstata. Pero eso no es cierto. Cayó toda la construcción, por un error de diseño.

En aquel entonces no creía ni dejaba de creer. Sin embargo, el elocuente argumento de Porfirio contra el Nazareno ya se había introducido en mi mente. Cuando intenté argumentar sobre algunos puntos de la doctrina, con el obispo Jorge, pronto me desanimé ante frases como éstas: «La misma idea de la trinidad es un misterio. Sólo puede ser comprendida mediante la fe, y nunca en forma total.» Yo prefería decididamente a Plotino, que cuatro veces en cinco años llegó a la total conciencia del Uno, que es meta última de la práctica religiosa. Pese a la sabiduría de Porfirio, él sólo

experimentó una vez esta elevada conciencia, a los sesenta y seis años. Y puesto que yo la he experimentado dos veces, todos los días ruego para tener una nueva revelación.

Galo y yo no teníamos amigos ni aliados. Con excepción de sus tenaces esfuerzos para hacerme sacerdote, el obispo Jorge no mostró un interés personal por ninguno de nosotros.

Alarmábamos a la gente; les recordábamos los asesinatos; éramos víctimas muy manifiestas.

Seguí con mis lecturas. No hacía ningún tipo de ejercicios, pese a que era fuerte por naturaleza, particularmente en los brazos. Galo siguió superándome en todos los deportes y Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

habilidades físicas. Era más alto que yo, de hermoso aspecto y con un rostro divino. Los soldados

encargados de nuestro cuidado estaban enamorados de él, que se aprovechaba con descaro de ello. Lo llevaban a cazar cuando quería y supongo que tenía relaciones con algunos, aunque los dos estuvimos comprometidos casi al mismo tiempo con la misma muchacha, o más bien mujer. Ella tenía veinticinco años y era la esposa de un funcionario que se ocupaba de controlar nuestras propiedades. Primero me sedujo a mí, y después a Galo. Era insaciable. Su esposo lo aceptaba. Tampoco podía hacer otra cosa. Acostumbraba a reírse sin motivo cada vez que veía a alguno de nosotros. Era gordo y pequeño. Recuerdo que una vez la pregunté a ella cómo aceptaba su esposo que la tocara.

—Tiene virtudes —dijo ella con astucia.

Recuerdo todavía cómo brillaba su negro cabello al caer sobre sus hombros desnudos y oscuros. Nunca he sentido una piel tan suave. Supongo que utilizaba ungüentos, pero en todo caso debía hacerlo como una artista, pues al acariciarla nunca quedaban en los dedos

aceites perfumados como ocurre a menudo con las mujeres de ese tipo.

Era de Antioquía. ¿Qué más puedo decir? Hacer el amor es el único arte que el pueblo de Antioquía ha tomado con seriedad. Decía que me encontraba atractivo, pero quien realmente la atraía era el dorado Galo. Él acostumbraba a decirme con orgullo que «ella hace todo y yo no me muevo». Su pasividad era desconcertante. En ese tiempo nunca llegué a entender a Galo. Más tarde, cuando se convirtió en un monstruo, no me sorprendí. Pudo haber sido cualquier cosa porque nada tenía en el corazón. Pero cuando estaba en un salón, todos los ojos se dirigían hacia él, porque su aspecto era fascinante. Atraía tanto a los hombres como a las mujeres y, puesto que él no sentía nada por nadie, toda mujer lo sentía como un desafío al amor. Así Galo podía tener su placer como quería... ¡casi sin moverse!

La mujer siria fue concubina nuestra durante tres años. Aunque ahora soy célibe, a menudo pienso en ella,

especialmente durante la noche. ¿Dónde estará ahora? No quiero preguntarlo. Tal vez es gorda y vieja, vive en algún pueblo de provincias y paga a los jóvenes para que duerman con ella. Sin embargo, durante cien días fue la Afrodita de mi Adonis.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

IV

Pasaron cinco años. Nos llegaban escasas noticias del mundo exterior. Sapor, el gran rey de Persia, amenazó nuestra frontera oriental mientras los germanos se infiltraban por Galia. Eso era todo lo que sabíamos. La política era un tema prohibido. Estudié a Homero y a Hesíodo. Leí a Plotino y a Porfirio. Hice el amor con la mujer de Antioquía. Peleé con Galo hasta que un día lo dejé fuera de combate y nunca volvió a desafiarme. Era un cobarde salvo cuando estaba furioso; entonces podía hacer cualquier cosa.

Mientras pudiese leer, no me sentía totalmente desdichado. Sin embargo quería ver el mundo más allá de Macelo. No es nada natural que un joven se críe entre soldados y esclavos, ninguno de los cuales se atreve a ser su amigo. Galo y yo nos hacíamos compañía, pero no éramos buenos hermanos salvo en un sentido estrictamente familiar y además sólo éramos medio hermanos, ya que teníamos diferentes madres. Nos sentíamos como dos animales potencialmente hostiles metidos en la misma jaula. No obstante, me atraía su belleza y me impresionaba su energía. Galo siempre hacía algo que yo deseaba imitar. A veces me dejaba hacerlo, pero en la mayoría de los casos me lo prohibía, porque gozaba mortificándome. Le proporcionaba un particular placer pelearse conmigo antes de salir a cazar. Entonces podía exclamar: «¡Muy bien! Te quedas en casa. Hoy es un día para hombres.» Y los soldados se reían de mí. Yo huía y el exuberante Galo salía en su caballo a cazar, mientras ladraban los perros y sonaban los cuernos, a través de los verdes y oscuros bosques. Sin embargo, cuando se me permitió ir con él, estuve a punto de entrar en éxtasis.

Una tarde de setiembre el obispo Jorge llegó de improviso a Macelo. No lo habíamos visto desde hacía meses.

«Parece que al obispo Jorge van a enviarlo a la sede de Alejandría —nos había comentado el diácono, advirtiéndonos que no repitiéramos una sola palabra (como si dos prisioneros pudieran confiar en alguien) —. Si el obispo Atanasio tiene Alejandría es sólo porque el emperador Constante de Occidente consiente en ello. Pero ahora el emperador Constancio está arreglando las cosas para que Atanasio sea exiliado nuevamente. Y si esto ocurre, ¡nosotros iremos a Alejandría!»

La idea de marchar a Alejandría exaltaba al diácono. Pero el obispo Jorge nada nos comentó de la política eclesiástica cuando nos reunimos en el salón principal de la villa.

Tenía otras noticias de mayor importancia. Su rostro cetrino estaba enrojecido de excitación, mientras sus

dedos golpeteaban nerviosamente acompañando a sus palabras.

—El divino Augusto os visitará en los próximos diez días. Vuelve desde Antioquía y se desvía con el expreso propósito de veros.

Yo estaba demasiado asustado como para hablar. Fue Galo quien preguntó:

—¿Qué quiere?

El obispo estaba impaciente.

—Es vuestro primo. Vuestro guardián. Vuestro emperador. Desea veros. ¿Qué más?

Ver en qué clase de hombres os habéis convertido. Ver el resultado de vuestra educación.

Ahora bien, estará particularmente interesado por vuestra preparación religiosa. Por lo tanto, me quedaré aquí hasta que llegue. Repasaremos todo lo que he

intentado enseñaros. Galo, esto significa mucho trabajo para vos. Os sugiero que penséis en esto, ya que vuestro futuro puede depender de la impresión que se lleve el emperador.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

«Y también vuestro obispo», recuerdo que pensé, ansioso por incorporar a cualquiera en lo que, estaba seguro, se iba a convertir en un duro destino.

Estudiamos mucho. Pasábamos horas sin movernos mientras el obispo nos instruía despiadadamente. Por suerte, tengo una memoria excelente y puedo recordar —¡aunque no siempre comprender!-- una página entera después de un solo vistazo. Entre una lección y otra tratábamos de descubrir todo lo que podíamos sobre la manera de ser de Constancio. ¿Tenía buena predisposición hacia nosotros? ¿Deberíamos quedarnos en Macelo? Pero el obispo no nos daba satisfacción.

—El divino Augusto hará lo que crea más conveniente, como siempre hace. Nada tenéis que temer, si sois leales y obedientes.

Pero, por supuesto, lo temíamos todo. No conseguí dormir una sola noche entera durante ese tiempo de espera.

La corte imperial llegó a Macelo un día antes que Constancio. Algunos personajes de la corte habían estado con Constancio en Antioquía, pero la mayoría venían directamente del Sagrado Palacio de Antioquía. Todos los altos funcionarios del estado se alojaron en la villa, en tanto que los centenares de secretarios y notarios que dirigían los asuntos del estado se acomodaban en los centenares de tiendas instaladas en los campos circundantes.

A primeras horas de la mañana comenzó a llegar la comitiva. Galo y yo nos quedamos boquiabiertos, en el patio del palacio, como dos palurdos. Ninguno de nosotros había visto hasta entonces un cortejo imperial

y, en medio de la excitación y del deslumbramiento generales de ese frío día de otoño, olvidamos por un momento nuestro terror.

El obispo Jorge se apostó a la entrada de la villa. Vestía una casulla cubierta de joyas y empuñaba el báculo pastoral de plata. A ambos lados, la guarnición militar de Macelo estaba preparada para rendir honores a los grandes magnates del Imperio Romano. Unos llegaron a caballo; otros en literas. Cada uno iba acompañado por un séquito de soldados, secretarios, eunucos y esclavos. Todos utilizaban algún tipo de ropa militar, ya que desde la época de Diocleciano la corte había adoptado un aspecto militar, símbolo del estado de sitio de Roma.

El patio se vio rápidamente inundado por secretarios y esclavos, caballos y mulas.

Sólo se mantuvo despejada la zona situada frente a la puerta. Al bajar del caballo, cada oficial podía cruzar la puerta de entrada con la seguridad de que el obispo

Jorge le daría la bienvenida con todos sus títulos. El obispo era un maestro del protocolo. Conocía con exactitud quién era cada uno y cómo dirigirse a todos. Un don envidiable pues en los días que corren existen cientos de sutiles títulos y distinciones. El rango más alto correspondía a los *clarissimi*. Éstos incluían a dos cónsules anuales, todos los cónsules anteriores, los prefectos pretorios y gran parte del Senado. A éstos seguían los funcionarios calificados como *spectabiles*; luego los jefes de los departamentos del gobierno que eran llamados *illustres*.

Pero no es fácil recordar con precisión a qué grupo corresponde cada persona, pues un importante representante del estado como el cuestor (asesor legal del emperador) sólo es un *illustris*, mientras que el gobernador de una insignificante provincia puede ser un *clarissimus*.

Además, el problema de los condes es confuso. Antiguamente, «conde» era tan sólo un título de cortesía que se aplicaba a todo oficial o funcionario de alto

rango que viajaba en el séquito del emperador. Pero Constantino, con su sentido pérsico de la jerarquía, convirtió el título de

«conde» en una recompensa para los servicios de importancia. De ese modo, algunos condes son *clarissimi*, mientras que otros son simplemente *spectabiles*. Es sorprendente cómo personas sensatas para otras cosas se obsesionan por esos tontos títulos. He pasado horas en compañía de hombres que no podían discutir de otra cosa que no fuese quién poseía un determinado título y por qué razón no era merecedor de él. No obstante, un emperador hábil Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

puede ejercer una considerable presión sobre los hombres ambiciosos concediéndoles o retirándoles esos títulos huecos. Constancio era un maestro para ese tipo de cosas. Pero por desgracia para mí, como me resulta difícil recordar qué título poseía cada uno, a casi

todos los llamo «mi querido compatriota», imitando a Platón. Esto escandaliza a quienes ostentan las dignidades.

El primero en llegar fue el conde de la Sagrada Dádiva. Su tarea es vigilar que cada provincia pague sin retrasos sus impuestos el primero de marzo de cada año. También administra el monopolio del gobierno sobre la sal y los bancos provinciales, así como los talleres, las minas y, por supuesto, la casa de la moneda, propiedad del estado. Nunca es un funcionario popular, pero muere rico. A éste lo siguió el conde del Patrimonio Privado, que administra las propiedades personales de la familia imperial. Este funcionario iba acompañado de veinte esclavos que llevaban baúles de madera oscura tachonada con metal; contenían las grandes cantidades de oro y plata con las que debía viajar el emperador. Puesto que el conde del Patrimonio Privado es responsable de cada moneda, acostumbra a ser un personaje nervioso e inquieto, ocupado siempre en contar los cajones. El siguiente fue el conde de Oriente, que gobierna Siria y Mesopotamia. Luego el maestro

de ceremonias, un gran hombre, por cierto. Administra el sistema de transporte y el correo del estado; es el jefe de los agentes secretos; dirige la guardia del palacio; organiza las audiencias con el emperador. El obispo Jorge le dedicó una reverencia particularmente ceremoniosa.

Durante seis años, Galo y yo no habíamos visto a nadie a excepción del obispo Jorge y de nuestros guardianes. En ese momento pasó de golpe ante nosotros todo el poder del estado.

Nuestros ojos estaban deslumbrados por las resplandecientes armaduras y por las complejas capas, en medio del alboroto de mil secretarios y notarios que se movían apresuradamente alrededor del patio pidiendo su bagaje, discutiendo entre sí, reclamando por las más diversas prerrogativas. Estos ruidosos funcionarios, con sus entintados dedos y sus rostros orgullosos e inteligentes, constituían el verdadero gobierno de Roma, y lo sabían.

El último funcionario en llegar fue el más importante de todos: el gran chambelán del Sagrado Palacio, el eunuco Eusebio. Era tan grande que se necesitaban dos esclavos para sacarlo de su litera de marfil y oro. Era alto, gordo y muy blanco. Debajo de la túnica de seda azul podía notarse el estremecimiento de sus rollos de grasa, a medida que caminaba. Era el único funcionario del estado que usaba ropas civiles. En realidad, parecía una atractiva dama con los labios artísticamente pintados y el cabello dispuesto en largos y aceitados bucles. El tejido de oro de su capa destellaba al sol.

Eusebio miró astutamente a su alrededor y de pronto comprendí que nos estaba buscando. Medio ocultos tras un montón de alforjas, Galo y yo tratamos de no dejarnos ver, pero aunque el chambelán nunca nos había visto hasta entonces, en seguida supo quiénes éramos. Cortésmente nos pidió que nos acercáramos. Nos encaminamos hacia él arrastrando los pies como esclavos que esperan su castigo. Puesto que no estábamos seguros sobre la forma en que debíamos saludarlo, intenté hacer un saludo militar, que Galo

imitó. Eusebio esbozó una disimulada sonrisa, mostrando sus dientes negros y pequeños; algunos hoyuelos infantiles aparecieron en sus carrillos llenos. Inclino la cabeza; su gordo cuello se llenó de arrugas; un largo rizo cayó sobre su frente.

«*Nobilissimi*», dijo con una dulce voz. Este era un excelente augurio. El título de *nobilissimus* sólo se utiliza para los miembros de la familia imperial. Ni el obispo Jorge ni nuestros guardianes lo emplearon nunca con nosotros. Ahora, según parecía, se nos había devuelto nuestro rango.

Tras un prolongado examen, Eusebio nos tomó de las manos. Todavía recuerdo la fofa humedad de su palma.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¡Estaba deseando conoceros! ¡Qué crecidos estáis!
Especialmente el noble Galo.

Tocó el pecho de Galo con delicadeza. Este tipo de impertinencia solía irritar a Galo, pero ese día estaba demasiado atemorizado. También supo instintivamente que su única protección era su belleza. En forma complaciente permitió que el eunuco lo acariciase mientras entrábamos en la villa.

Eusebio tenía la voz y las maneras más seductoras que he conocido en mi vida. Quiero comentar algo sobre las voces de los eunucos. Los actores y en general la gente que trata de imitarlos siempre tienden a elevar mucho sus voces y a chillar. Pero muy pocos eunucos hablan así. Si lo hiciesen así, ¿quién encontraría soportable su compañía? Y en una corte se deben tener modales particularmente agradables. En realidad, la voz de un eunuco es como la de un niño muy cariñoso y esto hace que los hombres y las mujeres tengan con ellos una conducta paternal. De esta manera, nos desarman en forma sutil, ya que tendemos a perdonarlos, como haríamos con un niño, y olvidamos que sus espíritus son tan maduros y complejos como incompletos sus cuerpos. Eusebio preparó su trampa para Galo. No se

preocupó por mí; yo era demasiado joven.

Galo y Eusebio cenaron juntos. Al día siguiente, Galo era un devoto admirador de Eusebio.

—También es un amigo —dijo Galo. Estábamos solos en los baños—. Me dijo que había ido recibiendo informes sobre mí desde hace años. Está enterado de todo lo que he hecho. Incluso tenía referencias sobre ella —Galo hizo alusión a la muchacha de Antioquia con una sonrisita—. Eusebio dijo que tendré mucho éxito en la corte. No sólo por mi físico, sino porque tengo una inteligencia bien desarrollada, ésas fueron sus palabras. Me dijo que puede hablar con el emperador para que me deje en libertad. Que eso puede tardar algún tiempo, pero que él tiene alguna influencia sobre Su Eternidad, dijo exactamente eso. Es muy interesante, aunque a veces es difícil saber sobre qué está hablando. Espera que se sepan todas las cosas que uno no tuvo oportunidad de conocer, enterrado en este condenado lugar.

De todos modos, Constancio hace lo que Eusebio le dice, según comentan todos. Eso significa que tener a Eusebio a favor es haber ganado la mitad de la batalla. Y yo lo tengo.

—¿Qué dijo sobre mí? —le pregunté. Galo casi nunca se apartaba de su principal interés: él mismo.

—¿Y por qué iba a hablar de ti?

Galo me tiró al frío estanque. Luego lo tiré yo a él. Se escabullía como un pez, pero logré mantener su cabeza debajo del agua durante un buen rato. A los dieciséis años yo era tan fuerte como él a los veintiuno. Salió del agua farfullando y con el rostro morado.

—Él va a hacerte monje, eso es lo que va a hacer. Aunque si yo digo una palabra, serás eunuco.

Trató de darme puntapiés en las piernas, pero resbaló en el mármol y cayó al suelo. Se puso a dar gritos mientras yo reía, hasta que acudieron los esclavos que nos ayudaron a vestir.

Como Galo ya era un hombre, el maestro de ceremonias había decidido que podía utilizar el uniforme de las tropas de palacio aunque no fuese oficial. Por desgracia, el *nobilissimus* Juliano era sólo un estudiante y debía vestirse de acuerdo con ello. Así que fui eclipsado por mi brillante medio hermano. Sin embargo, me sentía muy contento de pasar inadvertido. Dejé brillar a Galo. Yo preferí la oscuridad, y sobrevivir.

Constancio había llegado al mediodía y se había dirigido directamente a sus habitaciones. Eso era todo lo que se sabía. Debía reunirse con nosotros a los pocos minutos, al cabo de unas pocas horas, o no reunirse. Mientras tanto, nosotros esperábamos nerviosos en *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

el gran salón de la villa. De las vigas colgaban siempre vivas, y el interior, habitualmente con olor a rancio, olía a pino y eucalipto. En un extremo del salón, sobre un estrado, se había colocado un trono de oro. A

la derecha del trono, pero a la altura del suelo, se encontraba la silla de marfil del prefecto pretorio de Oriente que había llegado con el emperador. Los funcionarios eran distribuidos, de acuerdo con su rango, a la izquierda y a la derecha del trono. Precisamente al pie del estrado se encontraba el obispo Jorge en toda su gloria, con Galo a su derecha y yo a su izquierda.

Como un enorme pavo real, Eusebio se encontraba en la puerta, rodeado por su equipo de conserjes. Nadie hablaba ni se movía. Estábamos como estatuas.

Aunque en el salón no hacía calor, mis nervios me hacían sudar. De reojo miré a Galo y vi que su boca temblaba.

Después de unos minutos que me parecieron días, sonaron las trompetas. Entonces comenzó a oírse el grito de «¡Augusto!», primero lejos y tenue; luego más cerca y más fuerte:

«¡Augusto! ¡Augusto!» Mis piernas comenzaron a temblar. Temía desfallecer. Súbitamente, con

estruendo, se abrieron las dobles puertas y allí estaba Flavio Julio Constancio, Augusto de Oriente. Con un gentil gemido Eusebio abrazó las rodillas de Constancio, murmurando melodiosamente suaves palabras de ceremonia, no audibles para el resto de nosotros que nos habíamos arrodillado, mientras el Señor del Mundo, con lentitud y extraordinaria dignidad, cruzaba el salón hasta llegar al trono. Yo estaba demasiado ocupado mirando el piso de mosaicos como para levantar un momento la vista hacia mi imperial primo. Hasta que el maestro de ceremonias dio la señal para que todos nos levantásemos, no pude observar al asesino de mi padre.

Constancio era un hombre de una sobrecogedora dignidad, su rasgo más notable, e incluso sus gestos más habituales parecían ensayados con gran minuciosidad. Al igual que el emperador Augusto, usaba sandalias con tacones para parecer más alto. Se afeitaba totalmente y tenía grandes ojos melancólicos. Su nariz era grande y su boca fina, algo displicente. La parte superior de su cuerpo era impresionantemente

musculosa, pero sus piernas eran cortas.

Vestía la púrpura, un manto pesado que colgaba desde sus hombros hasta los tobillos; sobre su cabeza llevaba una red de plata engastada de perlas.

Constancio permaneció muy quieto sobre su trono, mientras el maestro de ceremonias conducía ante su presencia al obispo Jorge, quien le dio la bienvenida a Macelo. En ningún momento el emperador dirigió su mirada hacia Galo o hacia mí. Las ocasionales respuestas de rigor las hizo en un tono bajo que ninguno de nosotros pudo entender.

Entonces llegó el momento. El obispo Jorge nos condujo a Galo y a mí hasta el maestro de ceremonias, quien a su vez nos hizo subir al estrado y nos presentó formalmente al emperador. Yo estaba aterrorizado. Sin saber cómo había llegado hasta allí, me encontré abrazando las rodillas de Constancio, como exige el protocolo de la corte.

La voz del emperador me llegaba mesurada y algo más

alta, de lo que había esperado:

—Recibimos con mucho placer a nuestro noble primo Juliano —sentí que una mano grande y callosa me cogía firmemente del codo y me ayudaba a incorporarme.

Por un instante estuve tan cerca de Constancio que pude ver todos los poros de su rostro, oscurecido por el sol como el de un persa. Observé que su pelo, castaño, lacio y sedoso, comenzaba a ponerse gris. Tenía treinta y dos años, pero yo lo vi como un anciano.

Recuerdo que pensé: ¿qué se debe sentir siendo emperador de Roma, sabiendo que el propio rostro se encuentra en las monedas, en los monumentos, pintado y esculpido, y que es conocido en todo el mundo? Y estaba el original de ese rostro famoso en todo el mundo, no de bronce ni de mármol, sino de suave carne y huesos, como yo, como cualquier otro hombre,
Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

y tan cerca de mí que sentía el calor de su piel. Me pregunté con sorpresa cómo se sentirla siendo el centro del mundo.

Por primera vez sentí la ambición. Me llegó como una revelación. Sólo en comunión con el Dios Uno he conocido algo semejante. ¡Qué franco soy! ¡Nunca admití ante nadie que en mi primer encuentro con Constancio lo único que pude pensar fue cuánto me gustaría tener el dominio de esta tierra! Sin embargo, el momento de locura fue breve. Balbuceé un discurso de lealtad y ocupé mi lugar junto a Galo, sobre el estrado. De ese día no puedo recordar nada más.

Constancio permaneció una semana en Macelo, dedicado a los asuntos de estado y a la caza. El obispo Jorge sostuvo con él una larga entrevista el día de su llegada, pero luego, para su disgusto, Constancio lo ignoró. Aunque Galo y yo cenábamos en la misma mesa que el emperador todas las noches, nunca nos dirigió la palabra.

Yo comenzaba a temer lo peor. Pero Galo, que veía a Eusebio todos los días, dijo que el eunuco era optimista.

—Dice que este año se nos permitirá ir a la corte. Por lo menos a mí. También dice que en el Sagrado Consistorio se habló de que se me haría César de Oriente —Galo estaba lleno de excitación—. Entonces podré vivir en Antioquía. Tendré mi propia corte. Después de todo, ¡para eso he nacido!

Galo causó a todos muy buena impresión, cosa que no dejó de sorprenderme pues siempre había sido bastante hosco con el obispo Jorge y absolutamente cruel conmigo y sus maestros. Pero entre los grandes funcionarios del estado era otra persona. Sonreía, halagaba, encantaba. Era un cortesano innato. Uno por uno sedujo a todos los miembros del Sagrado Consistorio, como se llama al consejo del emperador. Sólo con Constancio no hizo progresos.

Nuestro primo estaba aguardando el momento

oportuno.

Durante el tiempo en que la corte estuvo en Macelo, los funcionarios jóvenes y los oficiales inferiores comieron en el salón principal del palacio, mientras el emperador y los dignatarios superiores lo hacían en el salón de banquetes, algo más pequeño. Una hora antes de las comidas, todos acostumbraban a reunirse en el salón principal para charlar. Así fue nuestra primera experiencia cortesana. Yo estaba perplejo, pero Galo se sumergió en ella como un pequeño cisne en las aguas.

Una tarde Galo me permitió caminar a su lado a través de tan espléndidas personas.

Galo era un excelente político. Hacía amigos no sólo entre los dignatarios superiores, sino también entre los secretarios y notarios, que realizaban la verdadera labor de gobierno. Era astuto. Yo, por supuesto, me mantenía completamente mudo.

En el gran salón Galo gravitó hacia el grupo de oficiales

con los cuales había salido a cazar ese día. Recuerdo que miraba a aquellos hombres con admiración, porque habían matado a otros hombres en batallas y en lugares tan lejanos como Germania y la Mesopotamia. Me sorprendió que fueran tan reservados y tranquilos, a diferencia de los secretarios y notarios, habladores en exceso, ansiosos por impresionar a los demás con sus conocimientos de asuntos confidenciales.

Galo parecía particularmente encantado por un tribuno, un oficial de unos treinta años llamado Víctor (que es ahora uno de mis generales). Víctor era, es, un hombre de aspecto impresionante que habla el griego con corrección, aunque originario del mar Muerto. Es patizambo y tiene ojos claros como muchos rusos.

—¿Es éste el nobilísimo Juliano? —preguntó volviéndose hacia mí.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Galo me presentó descuidadamente al grupo. Yo me sonrojé y no dije palabra.

—¿Serviréis con nosotros en las tropas nacionales? — me preguntó Víctor.

Galo respondió por mí.

—No. Va a ser sacerdote.

Antes de que yo pudiese negarlo, Víctor dijo con mucha seriedad:

—No conozco una forma de vida más valiosa que la dedicada al servicio de Dios.

Me sorprendió la naturalidad con que dijo esto. No hubo ninguna ironía en sus palabras.

Galo quedó algo desconcertado.

—No para mí —terminó por decir.

—Ni para mí, por desgracia —Víctor me sonrió con

simpatía—. Debéis rezar por nosotros.

Galo cambió de tema. Mientras hablaba de caza con Víctor yo permanecí en silencio y comencé a sentirme ya como uno de esos monjes galileos que llaman «solitarios», designación errónea porque ningún monje es solitario. Son los hombres más gregarios del mundo, siempre comiendo, bebiendo y murmurando entre sí. La mayoría de ellos se retiran del mundo para vivir en una continua reunión.

—¿De verdad seréis sacerdote?

La voz era baja. Me volví y vi a un hombre joven que estaba parado detrás. Era obvio que permanecía allí desde hacía tiempo. Moví la cabeza.

—No —dije.

—Bien —dijo con una sonrisa.

Debajo de sus cejas unidas tenía penetrantes ojos azules. Parecía como si estuviese continuamente

concentrado en algún objeto distante. Vestía ropas civiles, hecho extraño pues a su edad todos los miembros de buena familia usaban uniforme en la corte.

—¿Quién sois? —pregunté.

—Oribaso de Pérgamo, médico del divino Augusto, que no me necesita. Vuestro primo es el hombre más sano que he conocido.

—¡Me alegra oírlo! —exclamé mostrando sinceridad. Mi cabeza dependía de este tipo de respuestas.

—Es una cuestión de dieta —dijo Oribaso como algo evidente—. Es un perfecto ejemplo de vida moderada. Casi no bebe vino. Nunca come demasiado. Vivirá siempre.

—Ruego porque así sea —dije mientras se espaciaban los latidos de mi corazón.

¿Cómo sería mi vida a la sombra de un Constancio eternamente vivo y siempre suspicaz?

—Pero, ¿por qué vuestro hermano dice que vais a ser sacerdote?

—Porque leo libros. Lo encuentra extraño.

—¿Y asocia lo extraño con el sacerdocio?

Traté de no reírme.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Algo así, pero a mí me gustaría ser filósofo o retórico. Parece que no poseo talento para la vida militar. Por lo menos, así lo dice Galo. Pero todo depende de la voluntad del divino Augusto.

—Sí—dijo Oribaso, y me miró con curiosidad. Reconocí la mirada. La había visto durante toda mi vida. Una mirada que significa ¿matarán al muchacho? Y si lo hacen, ¡qué interesante es todo esto! Desde mi nacimiento había sido tratado como el personaje de una

tragedia.

—¿Os gusta Macelo?

—¿Os gustaría en mi caso?

No tenía intención de decir tal cosa pero la mirada me había irritado y súbitamente me rebelé ante el hecho de ser tratado como una mera cosa, una víctima, el mudo sacrificio de una leyenda sangrienta.

—No —dijo Oribaso con suavidad—. No me gustaría.

—Bien, entonces sabéis cómo es esto.

De pronto me sentí temeroso de haber hablado demasiado y comencé a balbucear algunas cosas sobre la bondad de mi primo, la rectitud del obispo Jorge y la belleza de Capadocia. De acuerdo con lo que sabía, Oribaso podía ser agente secreto. Por suerte, llegó uno de los chambelanes para anunciar que se acercaba el emperador, y apresuradamente abandoné el salón principal para ocupar mi lugar en la mesa.

He referido este encuentro con Oribaso porque él se convertiría después en mi amigo más íntimo. Pero no volví a verlo en Macelo, o por lo menos, no lo recuerdo.

—Nunca vi a nadie tan asustado como vos —me recordó en una ocasión.

Cuando le dije que yo creía tener aquellos días un sereno autocontrol, Oribaso sonrió.

—Estaba seguro de que os encontrabais al borde de la locura. Incluso pensé que erais epiléptico, equivocadamente, desde luego.

—¿Qué pensasteis de Galo?

—Él si que parecía sereno. Me impresionó mucho.

—Y, por supuesto, Galo se volvió loco.

—No pretendo ser infalible.

Las personas nunca causan la impresión que creen. Sin embargo, Oribaso tenía razón en una cosa: yo estaba aterrizado.

Mi entrevista con Constancio tuvo lugar el último día de su estancia en Macelo. El obispo Jorge se pasó toda la mañana enseñándonos lo que debíamos decir. Estaba tan nervioso como nosotros, pues su carrera también estaba en juego.

Galo fue el primero en ser recibido. Recuerdo que durante la media hora que estuvo con el emperador, recé a todas las deidades que podía recordar, ¡ya entonces era ecléctico!

Por fin vino a buscarme el maestro de ceremonias, impresionante con su manto de corte. Tenía el aspecto de un verdugo. El obispo Jorge me dio una rápida bendición. El maestro me instruyó acerca de la forma en que debía saludar al emperador y la fórmula de *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

salutación que debía usar. Me las repetí una y otra vez mientras me zambullía —ésa era mi exacta sensación— en la presencia de Augusto.

El emperador estaba sentado sobre una silla en el ábside del salón. Eusebio estaba a su lado, con un montón de documentos. Galo estaba en un banquillo a los pies de Constancio.

Parecía estar satisfecho de si mismo.

Cumplí con la fórmula del ceremonial. Las palabras salieron vacías de mis labios.

Constancio me dirigió una mirada larga, astuta y curiosa. Después no volvió a mirarme durante toda la entrevista. Era uno de esos hombres que nunca pueden mirar a los ojos. Esta costumbre no debe tomarse necesariamente como un signo de debilidad o de mala conciencia.

En este sentido soy bastante parecido a Constancio. Siempre he tenido dificultad para mirar a otro hombre a

los ojos. Esta dificultad deben tenerla todos los gobernantes. ¿Por qué? Por lo que ven: egoísmo, codicia, temor. No es agradable sentir que la mera presencia de uno provoca un terror animal en los demás. Constancio a menudo realizó malas acciones, pero nunca gozó con el dolor de otros. No era un Calígula ni un Galo.

Constancio me habló con rapidez y en forma impersonal:

—Hemos recibido alentadores informes sobre nuestro nobilísimo primo Juliano. El obispo Jorge nos dice que vuestro deseo es prepararos para el sacerdocio.

Se detuvo, no tanto por lo que yo podría decir sino para destacar lo que pensaba decir a continuación. En ese momento yo me sentí incapaz de decir una palabra: Constancio continuó:

—Debéis saber que nos alegra vuestra voluntad de ingresar en el servicio de Dios. No es habitual que los príncipes decidan alejarse del mundo, pero tampoco es

habitual que los hombres sean llamados por el cielo.

Súbitamente vi con perfecta claridad la prisión que iba a ocupar. Con habilidad, Constancio hilaba su tela de araña. Un sacerdote no era una amenaza para él. Yo sería sacerdote.

—El obispo Jorge me ha dicho que habéis estudiado profundamente las disputas que por desgracia dividen a la santa Iglesia. Me asegura que en vuestro estudio de los temas sagrados habéis visto la verdad y creéis, como debe hacerlo todo cristiano, que el hijo es de una substancia similar a la del padre, aunque no la misma. Naturalmente, como miembro de nuestra familia no debéis vivir como un simple sacerdote; será necesario que os hagáis cargo de responsabilidades. Por esa razón vuestra educación debe continuar en Constantinopla. En la Iglesia ya sois un lector. En Constantinopla podéis tener la esperanza de ordenaros, lo que os proporcionará placer y os hará más agradable ante los ojos de Dios, que os ha elegido para su servicio. Por ello, saludamos a nuestro sobrino y

encontramos en él un valioso descendiente de Claudio Gótico, el fundador de nuestra casa.

Eso fue todo. Constancio me tendió su mano para que la besase. En ningún momento dije una palabra fuera de las incluidas en el ceremonial. Mientras salía del salón vi cómo Galo sonreía a Eusebio.

Ahora me pregunto en qué pensaba Constancio entonces. Sospecho que incluso en esa circunstancia, puede haberse hecho problemas por mí. Galo era fácil de comprender. ¿Pero quién era ese joven silencioso que quería hacerse sacerdote? Yo había hecho planes para decirle muchas cosas a Constancio, pero él no me había dado oportunidad.

Sorprendentemente, Constancio era tímido con todo el mundo. Tenía dificultades para hablar, salvo cuando podía hacerlo desde el trono. Con excepción de su esposa, Eusebia, y del gran chambelán, no mantenía relaciones íntimas con nadie. Era un hombre extraño. Ahora que Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

ocupo su lugar le tengo más simpatía que entonces, aunque no me gusta. Había crecido su desconfianza al tener que tratar con personas algo más inteligentes que él. Esto, unido a su inquietud, lo convirtió en un hombre humanamente inaccesible. Como estudiante había fracasado en retórica por la lentitud de su mente. Más tarde se dedicó a escribir poesía, hecho que produjo embarazo en todos. Su único ejercicio «intelectual» se realizaba alrededor de las disputas galileas. Me han dicho que para esto poseía bastante talento, pero cualquier sofista de aldea podría hacerse famoso en un sínodo galileo. ¡Piénsese si no en Atanasio!

La entrevista me tranquilizó. Por supuesto, no deseaba hacerme sacerdote, aunque si ése era el precio que debía pagar por mi vida estaba perfectamente dispuesto a ello.

Constancio partió de Macelo rodeado de gran pompa. Galo, el obispo Jorge y yo permanecimos sin movernos

en el patio mientras pasaba por delante de nosotros. A caballo y con su armadura de oro cincelado aún parecía más majestuoso. No saludó a nadie mientras se iba de Macelo. Su trato frío le hacía más impresionante, y llegué a envidiarle su majestad.

Podía estar durante horas sin mirar a derecha ni a izquierda, inmóvil como una estatua, tal como exigen nuestros ceremoniales. Fue el emperador Diocleciano quien decidió que deberíamos convertimos en reyes asiáticos —de hecho ya que no de título— para ser exhibidos en raras ocasiones como brillantes efigies de dioses. La razón de Diocleciano era comprensible, quizá ineludible, ya que en el último siglo los emperadores fueron puestos y sacados con toda facilidad según el capricho del ejército. Diocleciano pensó que si éramos apartados, santificados ante los ojos del pueblo y rodeados por un ritual imponente, el ejército tendría menos oportunidades de tratarnos con tan fácil desdén. En cierta medida esta política logró sus objetivos. Sin embargo, todavía cuando cabalgo con gran ceremonia y veo el temor en el rostro del pueblo,

un temor no inspirado por mí sino por la teatralidad de la pompa, me siento un perfecto impostor y me entran ganas de sacarme todo el oro de encima y de gritar:

«¿Deseáis una estatua o un hombre?» Por supuesto, no lo hago porque me responderían:

«¡Una estatua!»

Mientras mirábamos la larga procesión que se alejaba de la villa hacia la carretera principal, Galo exclamó de pronto:

—¡Cuánto daría por ir con ellos!

—Iréis dentro de poco, nobilísimo Galo. —El obispo Jorge empleaba ahora nuestros títulos.

—¿Cuándo? —pregunté.

Galo respondió:

—Dentro de pocos días. Así lo prometió el emperador.

«Cuando todo esté listo, os uniréis a nosotros.» Así dijo. Me darán un título militar, y luego... —Pero Galo era lo suficientemente listo como para no mencionar sus esperanzas para el futuro. En cambio, me dirigió una deslumbrante sonrisa. —Y luego —repitió con su característica malicia-, os convertiréis en diácono.

—El comienzo de una sacratísima carrera —dijo el obispo Jorge, sacándose su corona de plata y entregándola a un sirviente. Alrededor de su frente quedó señalada una línea roja donde había descansado la corona—. Desearía continuar con vuestra educación, pero, por desgracia, el divino Augusto tiene otros planes para mí. —Por un instante una mirada de puro deleite iluminó su rostro flaco y sombrío.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Alejandría? —pregunté.

Llevó su dedo hasta los labios y entramos, cada uno

contento con su destino. Galo como César en Oriente, Jorge como obispo de Alejandría y yo..., bien, por lo menos continuaría mis estudios; mejor un sacerdote vivo que un príncipe muerto.

En las pocas semanas que siguieron vivimos en una constante expectativa ante la posible llegada de las órdenes imperiales. Pero las semanas se hicieron meses, y las esperanzas murieron lentamente en cada uno de nosotros. Se nos había olvidado.

De golpe, el obispo Jorge perdió todo interés por nuestra educación. Pocas veces lo veíamos y, cuando esto ocurría, su actitud mostraba un oscuro resentimiento, como si en cierto modo fuésemos responsables de su mala suerte. Galo se mostraba torvo y propenso a las explosiones de violencia. Si un prendedor no se ajustaba correctamente, lo tiraba al suelo y lo hacía pedazos bajo sus talones. Cuando hablaba, lo hacía para gritar a todo el mundo.

Pero la mayor parte del tiempo permanecía silencioso,

con mirada ceñuda. Su único interés era la furiosa seducción de muchachas esclavas. Yo tampoco estaba con el mejor ánimo, lo confieso, pero al menos tenía a Plotino y a Platón. Podía estudiar, y esperar.

Por aquellas fechas ocurrió un hecho curioso. En la villa se encontraban un buen número de jóvenes capadocios, humildes muchachos campesinos que trabajaban en los establos como lacayos y entrenadores. Constituían un grupo alegre, y cuando llegué por primera vez a Macelo se me otorgó permiso para jugar con ellos. Eran los únicos compañeros de mi misma edad que había tenido hasta entonces. Me gustaba uno en particular, Hilario, un apuesto mozo dos años mayor que yo. Tenía una inteligencia rápida y recuerdo que traté de enseñarle a leer cuando yo tenía tan sólo diez años. ¡A los diez años ya era pedagogo! Pero a medida que nos hicimos mayores, cada uno tomó conciencia de su condición y cesó nuestra intimidad. Aun así, yo continué interesándome por su bienestar, y cuando me dijo que deseaba casarse con una muchacha de Cesarea cuyo padre desaprobaba la

alianza, pude persuadir al padre. También convertí a Hilario en mi sirviente personal.

Una mañana de abril, cuando pedí mi caballo me lo trajo otro lacayo. ¿Dónde estaba Hilario? Afuera, cabalgando con el nobilísimo Galo. Quedé sorprendido. Galo tenía su propio lacayo y nunca nos quitábamos los sirvientes personales. No pensé más en el incidente.

Contento de estar solo, cabalgué hacia las colinas que se encontraban al pie del monte Argeo, mientras gozaba del fresco día de primavera. Nuevas hojas de un verde amarillento brillaban contra las negras ramas, y de la tierra subía un vapor blanquecino mientras yo me dirigía hacia mi lugar preferido, donde los enebros y los cedros crecían alrededor de una fuente natural.

Mientras me aproximaba al desmonte oí un grito agudo, como de un animal herido. Vi entonces a dos caballos atados a un combado cedro al pie de cuyo tronco estaban esparcidas las ropas de un hombre. Cerca de allí, atado de pies y manos, Hilario estaba desnudo y

echado sobre su vientre mientras Galo le pegaba con una fusta. A cada azote, Hilario lanzaba un grito. Lo más extraordinario era la expresión del rostro de Galo. Sonreía con el rostro transfigurado de placer ante el dolor del sirviente.

—¡Detente!

Cabalgué directamente hacia él. Atemorizado, Galo se volvió hacia mí. El muchacho me pidió desde el suelo que lo salvara.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¡Fuera de aquí! —gritó Galo con voz ronca.

—Es mi lacayo —atiné a decir, bastante fuera de lugar por cierto ya que si el muchacho había desobedecido tanto derecho tenía Galo como yo a castigarlo.

—¡Dije fuera de aquí! ¡Regresa! —Galo levantó el

látigo hacia mí, pero el golpe cayó sobre el flanco del caballo. Éste se encabritó. Galo, alarmado, abandonó el látigo. Enfurecido yo también, lancé mi caballo sobre mi hermano, según se enseña a los soldados de caballería a atacar a los de infantería. Él saltó. Yo dominé mi caballo precisamente cuando él montaba el suyo. Nos enfrentamos por un instante, con la respiración entrecortada. Galo aún sonreía con sus dientes desnudos como los de un perro preparado para morder.

Traté de mantener la calma. Con gran esfuerzo pregunté:

—¿Qué ha hecho?

—¡Nada! —respondió Galo.

Luego espoleó su caballo y se alejó con una sonrisa en los labios. Hasta hoy puedo recordar la forma en que dijo «¡Nada!»». Así como la Pitonisa está hinchada por el espíritu de Apolo, así mi hermano Galo estaba poseído por el mal. Era horrible.

Bajé del caballo, desaté al muchacho que sollozaba y gemía que no había hecho nada

—nuevamente «¡nada!»—; sin una palabra de ira o reproche, Galo le había ordenado que desmontase y se desnudase. Quería golpearlo hasta matarlo. Estoy seguro.

Regresé a Macelo dispuesto a matarle yo mismo. Pero cuando por la noche Galo y yo nos reunimos para cenar, mi ira había desaparecido y en cambio experimentaba cierto temor.

En la práctica podía enfrentarme con cualquier hombre. Joven como era, tenía mucha confianza en mí mismo. Pero un demonio era otra cosa, especialmente un demonio que yo no comprendía.

Durante toda la cena tuve la mirada fija en Galo, quien prefirió mostrarse juguetón y encantador, y en su rostro sonriente no pude hallar ningún vestigio de esa sonrisa de agudos dientes —casi diría colmillos— que había visto pocas horas antes. Empecé a pensar si todo

aquello no habría sido más que un sueño. Pero cuando al día siguiente visité a Hilario y vi las cicatrices sobre su espalda, me convencí de que no había sido un sueño. «¡Nada!» La palabra me persigue hasta hoy.

Durante el resto de nuestra estancia en Macelo, Galo y yo procuramos no encontrarnos a solas. En las ocasiones en que hablamos entre nosotros, lo hicimos educadamente. Nunca mencionamos lo sucedido en el desmante.

Un mes después llegó una carta del gran chambelán: el nobilísimo Galo debía trasladarse a las propiedades de su difunta madre en Éfeso; allí permanecería a disposición del emperador. Galo estaba exaltado y meditabundo al mismo tiempo. Se libraba de Macelo, pero seguía siendo un prisionero, y además en la carta no se mencionaba la posibilidad de hacerlo César.

Galo se despidió de sus oficiales amigos en una cena a la que fui invitado para mi sorpresa. Pronunció un agradable discurso, en el que prometió recordar a sus

amigos si llegaba a tener alguna vez mando militar. El obispo Jorge le entregó un testamento galileo encuadernado en plata maciza.

—Estudiadlo bien, nobilísimo Galo. Fuera de la Iglesia no hay salvación posible.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¡Cuántas veces he oído esta presuntuosa frase!

Al día siguiente, en el momento de despedirse, Galo me dijo simplemente:

—Ruega por mí, hermano, como yo rogaré por ti.

—Lo haré. Adiós, Galo.

Y nos separamos como dos extraños que tras coincidir una noche en una posada, toman al día siguiente caminos diferentes. Cuando Galo marchó, lloré por

última vez como un niño. No obstante, lo odiaba. Suele decirse que conocerse a sí mismo es saber que todo es humano. Pero, por supuesto, nadie puede conocerse a sí mismo. Nada humano es en último término predecible. Somos extraños incluso para nosotros mismos.

El primero de junio del año 348, casi como una ocurrencia tardía, fueron enviadas al obispo Jorge las órdenes relativas a mi destino. Debía viajar a Constantinopla. Aunque mi tío Juliano estaba en Egipto, su casa estaba a mi disposición. Allí estudiaría filosofía bajo la dirección de Eccebolio, un favorito de Constancio. No se hablaba de sacerdocio, cosa que me alegró, aunque no al obispo Jorge.

—No concibo por qué razón Augusto ha podido cambiar de idea. Estaba bastante decidido mientras permaneció aquí.

—Quizá piensa darme otro destino —dije tanteando el terreno.

—¡Qué mejor destino que el servicio de Dios!

El obispo Jorge estaba de mal humor. Atanasio seguía aún en Alejandría, y parecía que Jorge estaba predestinado a pasar el resto de su vida en Capadocia. De mala gana organizó mi partida.

Recuerdo que el día de mi partida hacia Constantinopla era caluroso y húmedo. En el momento de partir, el obispo Jorge me preguntó si estaba seguro de haber devuelto todos los volúmenes de Plotino a su biblioteca. Su secretario le había informado que faltaba uno. Juré que lo había devuelto, sólo que lo había hecho aquella misma mañana (lo cual era verdad: había estado copiando apresuradamente pasajes del libro en un cuaderno de notas). El obispo me dio entonces su bendición y un testamento galileo, no encuadernado en plata sino en cuero barato. A lo que parecía, mi destino no iba a ser el de convertirme en César. Pese a ello, se lo agradecí mucho y me despedí de él. El conductor hizo restallar el látigo. Los caballos se lanzaron al trote. Por primera vez en seis años abandonaba los límites de

Macelo. Había pasado mi infancia, y aún estaba vivo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

V

—¿Y también os gusta la poesía de Baquílides? ¡Ah, tenemos un gusto extraordinario!

Es indudable.

Estaba tan subyugado por los halagos de Eccebolio que si me hubiera pedido en ese mismo momento que saltase desde el tejado de la casa de mi tío Juliano, lo hubiera hecho con alegría como un ejercicio literario, cayendo con una cita apropiada de Hesíodo en mis labios.

Parloteé como un monito mientras me examinaba detalladamente en Hesíodo, Homero, Herodoto, Tucídides y Teognis. Durante siete horas me oyó recitar

los muchos millares de versos que había aprendido de memoria en Macelo. Se mostraba sorprendido.

—Sabía que el obispo Jorge era un magnífico estudioso..., ¡con su envidiable biblioteca! ¡Pero no tenía idea de que fuese un maestro tan genial!

Yo rebosaba de alegría como un tonto y seguía hablando. Por fin había desarrollado mi capacidad para hablar, y hay quienes piensan que desde entonces no he dejado de hacerlo.

De pequeño había estudiado en la Escuela de Patricios con Eccebolio. Así que rápidamente retomamos aquello que habíamos abandonado, casi como si nada hubiese cambiado, excepto que entonces yo era ya un rudo adolescente con una barba tupida en el mentón, desigual sobre el labio e invisible en las mejillas. Tenía un aspecto horrible, pero me negaba a afeitarme. Iba a ser filósofo, decía orgulloso; y así era.

En Constantinopla fui abandonado en gran medida a mí mismo. Sólo tuve una audiencia con el gran chambelán

Eusebio. Digo «audiencia» pues Eusebio no sólo ejercía el poder real del emperador, sino que también imitaba su posición. Se decía en broma que si uno deseaba algo debía hablar con Constancio, que según habladurías tenía alguna influencia sobre Eusebio.

Eusebio me recibió en su departamento del Sagrado Palacio. Se levantó para saludarme (aunque era el segundo dentro de la jerarquía del poder del imperio, sólo era un *illustris* y yo pertenecía a un estrato superior). Me dio la bienvenida con su suave voz de niño y me pidió que me sentase a su lado. Noté que en sus dedos gordos brillaban diamantes y rubíes indios.

Estaba empapado en esencia de rosas.

—¿Está cómodo el nobilísimo Juliano en casa de su tío?

—Oh, sí, muy cómodo.

—Pensamos que preferiríais eso al... confinamiento del Sagrado Palacio. Pero, por supuesto, sólo estáis a unos

pocos metros de distancia. Podéis visitarnos a menudo.

Esperamos que lo hagáis —dijo, mientras me dedicaba una sonrisa que acentuaba los hoyuelos de las mejillas.

Le pregunté cuándo volvería el emperador.

—No tenemos idea. Ahora está en Nisibe. Circulan rumores de que puede enfrentarse a Sapor en una batalla decisiva de un momento a otro. Pero yo sé tanto como vos. —Me hizo entonces un lisonjero gesto de cortesía—. Hemos tenido excelentes informes sobre vuestros progresos. Eccebolio nos dice que poseéis dotes para la retórica poco comunes a vuestra edad, aunque no para un miembro de vuestra familia, si así puedo decirlo.

Nervioso como estaba, sonreí ante esta hipérbole. Ni Constancio ni Galo podían desarrollar un razonamiento ni pronunciar siquiera un discurso adecuado.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Eccebolio propone que también sigáis un curso de gramática con Nicocles. Estoy de acuerdo. Es necesario saber esas cosas, especialmente quien debe ascender muy alto. —Dejó caer esto para que yo lo comprendiese.

Mientras charlaba para expresar mi admiración por Nicocles y mi pasión por la gramática, Eusebio me estudió como si fuese un actor recitando en un escenario. Pude ver que sentía curiosidad por mí. Evidentemente Galo le había encantado, pero Galo no era ni inteligente ni sutil. No constituía ninguna amenaza para el gran chambelán. Podía ser gobernado del mismo modo que Constancio. Pero, ¿quién era este tercer príncipe, este joven a medio crecer, con una barba desigual, que hablaba demasiado rápido y usaba diez citas donde bastaba una? Eusebio todavía no había llegado a ninguna conclusión sobre mí. Así que hice lo posible para convencerlo de que era inofensivo.

—Mi interés es la filosofía. Mi meta la Universidad de Atenas, el faro del mundo. Me gustaría dedicarme a la literatura, a la filosofía. «Los hombres buscan a Dios y buscándolo lo encuentran», como escribe Esquilo.

Pero, naturalmente, nosotros conocemos a Dios como pudieron conocerlo nuestros antepasados. Jesús vino al mundo por una gracia especial para salvarnos. Es como su padre, aunque no de la misma substancia. Sin embargo, es bueno estudiar las antiguas costumbres, para hablar sobre todos los asuntos, incluso sobre el error.

Como escribe Eurípides, «un esclavo es aquel que no puede expresar su pensamiento», y

¿quién querría ser esclavo, excepto de la razón? Sin embargo, un amor excesivo por la razón puede ser una trampa, ya que como dice Horacio, «incluso el sabio es un tonto si busca la virtud más allá de lo necesario».

Recuerdo con cierta vergüenza mi abrumadora cháchara de esos días. Estaba tan inseguro sobre mí

mismo que nunca hacía una observación personal sobre nada. En cambio, recitaba citas. En esto me parecía a muchos grandes sofistas contemporáneos que, al no tener ideas propias, enhebran frases de muertos célebres, y se consideran tan sabios como aquellos a quienes citan. Una cosa es citar un texto para ilustrar el tema que uno está tratando, y otra bastante distinta citar para mostrar la excelencia de la propia memoria. A los diecisiete años yo pertenecía a la clase más detestable de sofista. Probablemente esto salvó mi vida. Aburrí profundamente a Eusebio; nunca tememos a aquellos que nos aburren. Por definición, un latoso es predecible. Si uno piensa que sabe por adelantado aquello que un hombre va a hacer o decir, no corre el peligro de ser sorprendido desagradablemente por él. Estoy seguro de que en esa entrevista, sin darme cuenta, salvé mi vida.

—Haremos todo lo posible para que el divino Augusto preste atención a vuestro deseo, recomendable deseo, de ingresar en la Universidad de Atenas. Por el momento debéis continuar aquí vuestros estudios.

También sugiero... —se detuvo con tacto, sus ojos se fijaron en mis ropas de estudiante tanto como en mis dedos de los que acababa de quitar las manchas de tinta— que seáis instruido en los modales cortesanos. Os enviaré a Euterio. Aunque armenio, es maestro de ceremonias. Él os pondrá en contacto con las delicias de nuestras formas de trato dos veces por semana... o quizás tres.

Eusebio hizo sonar una delicada campanilla de plata. En el vano de la puerta apareció una figura familiar: mi antiguo tutor Mardonio. No parecía muy distinto de aquel día en que, seis años antes, se había despedido de nosotros frente a la casa del obispo. Nos abrazamos emocionados.

Eusebio comentó:

—Mardonio es mi brazo derecho. Es el jefe de mi equipo de secretarios. Un clasicista notable, un hombre leal, un buen cristiano de incommovible fe. —Eusebio pronunciaba las Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

palabras como si recitase una oración fúnebre—. El os conducirá afuera. Ahora, si me perdonáis, nobilísimo príncipe, debo reunirme con el Sagrado Consistorio.

Se levantó, nos saludamos y luego se retiró, pidiéndome que recurriese a él en cualquier momento.

Cuando Mardonio y yo quedamos solos, le dije con jovialidad:

—¡Estoy seguro de que no pensabais volver a verme con vida!

Esto era precisamente lo que no debía decir. El pobre Mardonio se puso pálido como un cadáver.

—No aquí —susurró—. El palacio..., agentes secretos..., en todas partes. Venid.

Mientras hablábamos de temas indiferentes me condujo a través de corredores de mármol hasta la puerta

principal del palacio. Cuando atravesábamos la puerta exterior, los guardias escolares me saludaron y, por un momento, sentí una excitación que no correspondía en absoluto al carácter que le había demostrado a Eusebio.

Mis servidores me esperaban bajo la arcada del otro lado de la plaza. Les hice una seña para que se quedasen donde estaban. Mardonio fue breve.

—No creo que pueda volver a veros. Le pregunté al gran chambelán si podía instruirnos en el ceremonial de la corte, pero dijo que no. Manifestó claramente que no debía veros.

—¿Qué podéis decirme de ese armenio del que me habló Eusebio?

—Euterio es un buen hombre. Os gustará. No creo que lo envíen para que os acuse, aunque, por supuesto, enviará informes con regularidad. En todo momento debéis cuidar vuestras palabras. Nunca critiquéis al emperador...

—Eso lo sé bien, Mardonio —no pude dejar de sonreír. Me estaba hablando exactamente en la forma en que acostumbraba hacerlo—. Me las he ingeniado para seguir viviendo.

—Pero esto es Constantinopla, no Macelo. Éste es el Sagrado Palacio que es un... un...

imposible describirlo.

—¿Ni siquiera Homero? —lo desafié en broma. Él sonrió con tristeza—. Homero no conoció esta clase de vicio y de corrupción.

—¿Qué piensan hacer de mí?

—El emperador aún no lo ha decidido.

—¿Decidirá Eusebio por él?

—Quizás. Mantened buenas relaciones con él. Mostraos inofensivo.

—No es difícil.

—Y esperad —súbitamente se convirtió en el viejo Mardonio—. Por casualidad leí uno de vuestros trabajos: «Alejandro el Grande en Egipto.» Demasiado perifrástico. Además, había una cita equivocada. De la Odisea, 16.187: «No soy un Dios. ¿Por qué entonces queréis asemejarme a los inmortales?» Usasteis el verbo que significa «ubicar entre» en lugar de

«asemejar». —Me sentí humillado cuando Eusebio me señaló el error.

Me disculpé con humildad. Además, quedé atónito al descubrir que todos mis trabajos de estudiante estaban archivados en el departamento del gran chambelán.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—De esa manera ellos elaborarán sus argumentos en favor o en contra vuestra. —

Mardonio frunció el ceño y las miles de arrugas de su rostro tomaron súbitamente la forma de una tela de araña ante el brillante sol—. Tened cuidado. No confiéis en nadie. —Y

apresuradamente volvió a entrar en el Palacio.

El resto del año permanecí en Constantinopla. Tenía una renta suficiente de mi abuela, que había muerto ese año. Se me permitió verla antes de su muerte, pero no me reconoció.

Hablaba inconexamente. Temblaba de paludismo y los temblores se hicieron tan violentos que fue necesario atarla a la cama. Al irme me besó, murmurando, «dulce, dulce».

Por orden del gran chambelán no se me permitió reunirme con muchachos de mi misma edad. Por la misma razón no se me permitió tampoco relacionarme con ninguna persona ajena a mis instructores Eccebolio, Nicocles y el eunuco armenio. Eccebolio tenía muchos encantos, pero a Nicocles lo detestaba. Era bajo y de

aspecto ridículo. Muchos lo consideraban el primer gramático de la época. Pero yo siempre lo consideré como a un enemigo. Tampoco yo le resultaba una persona grata. Me divierte en particular recordar una de nuestras conversaciones.

—El nobilísimo Juliano está en un período de su vida en que se es particularmente impresionable. Debe tener cuidado con lo que oye. Ahora el mundo está lleno de falsos maestros. En religión tenemos al partido de Atanasio, un grupo sumamente divisionista. Y en filosofía todo tipo de charlatanes, como Libanio.

Ésa fue la primera vez que oí el nombre de quien tanto iba a significar para mí como pensador y como maestro. Sin demostrar gran interés, pregunté quién era Libanio.

-Un antioqueno..., y ya sabemos cómo son. Estudió en Atenas. Luego vino aquí para dedicarse a la enseñanza, hace unos doce años. Se llevaba mal con sus colegas, con aquellos de nosotros que éramos, si no más sabios,

por lo menos más experimentados que él.

Nicocles emitió un crujido como el de las alas de un insecto en un día de verano...

¿Risa?

—Tampoco tenía tacto respecto a la religión. Todos los grandes maestros de aquí son cristianos, él no lo era. Como muchos de los que van a Atenas (deploro, si así puedo decirlo, vuestro deseo de estudiar allí), Libanio tiene predilección por las formas vacías de nuestros antecesores. Se llama a si mismo helenista, y prefiere Platón a las Escrituras y Homero al Antiguo Testamento. En los cuatro años que estuvo aquí desorganizó completamente la comunidad académica. Siempre estaba ocasionando problemas. ¡Qué hombre! Incluso preparó un escrito para el emperador sobre la enseñanza del griego, ¡sugiriendo cambios en nuestros programas! Me alegra decir que se marchó, hace ocho años, muy desacreditado.

—¿A qué se debió el descrédito? —Yo estaba

extrañamente interesado por la conversación.

Extrañamente, porque los académicos de todas partes siempre están atacándose entre sí, y sabía desde hacía mucho tiempo que nunca debe darse crédito a lo que un maestro dice de un colega.

—Tuvo complicaciones con una muchacha, la hija de un senador. Debía darle instrucción privada sobre los clásicos; pero lo cierto es que la dejó encinta. Su familia protestó. El emperador exilió a Libanio de la capital para salvar la reputación de la muchacha y de su familia, una familia muy importante (sabríais quién es si os lo dijera, cosa que no debo hacer).

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En Nicomedia, donde, como de costumbre, está creando problemas. Le apasiona hacerse notar.

Cuanto más negaba Nicocles a Libanio, más interesado me sentía yo por conocerlo.

Decidí encontrarme con él. Pero, ¿cómo? Libanio no podía venir a Constantinopla, y yo no podía ir a Nicomedia. Afortunadamente tenía un aliado.

El eunuco armenio Euterio me resultaba tan simpático como antipático Nicocles.

Euterio me enseñaba el ceremonial de la corte tres veces por semana. Era un hombre serio, con natural dignidad, que no tenía la apariencia de eunuco ni hablaba como tal. Su barba era normal; su voz grave. Había sido castrado a los veinte años, y sabía por tanto lo que significaba ser hombre. Me había contado con espantosos detalles cómo estuvo a punto de morir durante la operación, «debido a la pérdida de sangre, ya que cuanto mayor se es más peligrosa resulta. Sin embargo soy feliz, he tenido una vida agradable. Y es una ventaja no perder tiempo en la búsqueda del placer sexual». Pero aunque esto fuese verdad en el caso de

Euterio, no lo era respecto a todos los eunucos, especialmente a los de palacio. A pesar de su incapacidad, los eunucos pueden realizar actividades sexuales, tal como tuve ocasión de comprobar un día en una escena que describiré en su momento adecuado.

Cuando le dije a Euterio que deseaba ir a Nicomedia, se ofreció a solicitar el permiso en el departamento del gran chambelán. Diariamente se intercambiaron cartas entre mi casa y palacio. A menudo Euterio se encontraba en la absurda situación de tener que escribir mi carta de solicitud, y luego la elaborada carta de negativa de Eusebio. «Es una buena práctica para mí», solía decir Euterio cansado a medida que pasaban los meses.

Poco después del comienzo del año 349, Eusebio me permitió ir a Nicomedia con la condición de no concurrir a las clases de Libanio. Como dijo Nicocles: «Así como alejamos a nuestros jóvenes de quienes sufren fiebres, así debemos protegerlos de las ideas peligrosas, para no mencionar la pobre retórica. Como

estilista, Libanio tiene una desagradable inclinación hacia el humor. Como filósofo, está peligrosamente comprometido con los disparates del pasado». Para asegurarse de que no los engañaría, se ordenó a Eccebolio que me acompañase.

Llegamos a Nicomedia en febrero del año 349. Disfruté enormemente de aquel invierno. Concurrí a conferencias. Escuché los debates de los hábiles sofistas. Me reuní con estudiantes de mi misma edad. Esto no me resultaba fácil, pues ellos se aterrorizaban ante mí, mientras yo apenas sabía cómo comportarme con ellos.

En la ciudad se hablaba mucho de Libanio, pero sólo pude verlo una vez. Estaba rodeado de estudiantes en uno de los pórticos próximos al gimnasio de Trajano. Era un hombre moreno bastante esbelto. Eccebolio me lo señaló con expresión torva:

—¿Quién mejor que él para imitar a Sócrates en todo menos en sabiduría?

—¿Tan malo es?

—Es una persona que se dedica a crear problemas. Y peor que eso: es un mal retórico.

Nunca aprendió a hablar con propiedad. Simplemente parlotea.

—Pero sus escritos son magníficos.

—¿Cómo lo sabéis? —me preguntó Eccebolio mirándome con severidad.

—Yo..., lo he oído comentar por aquí. Se habla mucho de él.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Eccebolio no ha sabido nunca que yo acostumbraba a pagar para obtener copias de las clases de Libanio. Aunque le habían prevenido para que no se acercase a

mí, secretamente me enviaba copias de sus clases, que yo le pagaba bien.

—Él solamente puede corromper —dijo Eccebolio—. No sólo es un pobre modelo de estilo, sino que menosprecia nuestra religión. Es un impío.

PRISCO: Es característico de Eccebolio, ¿no? Por supuesto, cuando Juliano se convirtió en emperador, Eccebolio abrazó el helenismo. Luego, cuando Valentiniano y Valente fueron coemperadores, Eccebolio se arrojó al suelo frente a la iglesia de los Santos Apóstoles, gritando: «¡Pisadme! ¡Soy como la sal que ha perdido su sabor!» Siempre me he preguntado si alguien lo pisó. Me hubiera gustado. Cambió de religión cinco veces en treinta años, y murió anciano, apreciado por todos. Si en esta conducta hay una moraleja, a mí se me escapa.

Recuerdo esa historia acerca de vos y la hija del senador. ¿Es verdad? Siempre sospeché que habíais sido un mujeriego; hace años, por supuesto.

LIBANIO: No, no daré a Prisco la satisfacción de una respuesta. También suprimiré las referencias de Juliano a ese antiguo escándalo. No es nada útil escarbar en el pasado en una forma tan insubstancial. Siempre he sabido que circuló una historia parecida sobre mí, pero ésta es la primera vez que me he enfrentado con toda su malicia. Los sofistas llegan a cualquier extremo para demoler una reputación. No existió ninguna «hija de senador», por lo menos según se la describe. Todo es absurdo, por una razón: si había sido destituido por el emperador bajo tal acusación, ¿por qué luego fui llamado por la corte para que volviese a Constantinopla en el año 352? Efectivamente regresé a Constantinopla y permanecí allí algunos años antes de volver a Antioquía.

Lo que más me irrita es la referencia de Eccebolio a mi «humor». ¡Qué él diga eso!

Siempre me he inclinado por un estilo grave —a veces me parece demasiado grave—

iluminado por el humor sólo en forma ocasional.

Además, si soy un estilista tan pobre como él dice, ¿por qué soy el más imitado de los escritores vivos? Incluso en aquellos días, ¡un príncipe pagaba por los apuntes de mis clases! Juliano comenta que me pagaba por las clases.

Eso no es cierto. Juliano pagaba a uno de mis estudiantes que poseía su juego completo de apuntes. También empleó a un copista para que tomase nota de mis conversaciones. Yo nunca recibí ningún dinero suyo. ¡Cómo se confunde la verdad!

JULIANO AUGUSTO

Al mirar hacia atrás me parece haber seguido una línea recta hacia mi destino. He pasado de una persona a otra como si cada una de ellas hubiera sido elegida en forma deliberada para mi instrucción. No obstante, sólo tuve entonces un agradable sentimiento de libertad, nada más. Pese a ello, se fue conformando el rumbo de mi vida y cada hombre sabio que hallé añadió otro

eslabón a esa cadena que me condujo hacia la revelación final, que Plotino describió con tanta belleza: «El vuelo del solo al Solo».

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

En Nicomedia forjé un importante y nuevo eslabón. Como la mayoría de las ciudades universitarias, Nicomedia posee un baño particular donde se reúnen los estudiantes. El baño de estudiantes es habitualmente el más barato de la ciudad, aunque no siempre, porque los estudiantes tienen gustos extraños y cuando de pronto deciden que tal taberna, baño o arcada es su lugar preferido para reunirse, no piensan para nada en el costo o en la comodidad.

Yo anhelaba ir solo a los baños y mezclarme con los estudiantes de mi edad, pero Eccebolio nunca me abandonaba. «Ordenes del chambelán», decía siempre que entrábamos en los baños y nos seguían dos guardias como si fuésemos posibles ladrones de

mercado. Incluso en el caluroso salón tenía a mi lado a sudorosos guardias mientras Eccebolio rondaba por los alrededores para que nadie se presentase ante mí sin haber hablado antes con él. Esto espantaba a los estudiantes con quienes deseaba reunirme.

Pero una mañana Eccebolio despertó con fiebre.

—Debo quedarme en cama con este cruel dolor por enfermera —murmuró mientras le castañeteaban los dientes. Le dije cuánto lo sentía y después me fui hacia los baños muy contento. Mis guardianes me prometieron que una vez estuviésemos dentro se mantendrían algo alejados de mí. Comprendieron cuánto deseaba sentirme un ser anónimo, cosa que entonces resultaba posible pues no era muy conocido en Nicomedia. Nunca había ido al ágora, y cuando concurría a clases llegaba último y me sentaba atrás.

Los estudiantes van a los baños por la mañana, cuando es más barata la entrada. Poco antes de mediodía me puse en la fila y seguí a los demás hasta los vestuarios,

donde me desvestí en el extremo opuesto al que se encontraban mis dos guardias, que simularon ser soldados de permiso.

Como el día era caluroso salí a la palestra, donde algunos jóvenes hacían ejercicios gimnásticos y practicaban deportes. Eludiendo al inevitable grupo de viejos que se demoraban mirando desde la sombra, crucé hasta un bullicioso grupo que ocupaba un banco soleado.

Cuando me senté a su lado, me ignoraron.

—¿Y tomasteis el dinero?

—Sí. Todos lo tomamos. Seríamos unos cien.

—¿Y después qué ocurrió?

—Nunca fuimos a sus clases.

—¿Estaba enfadado?

—Por supuesto.

—Pero no tan furioso como cuando...

—...¡cuando todos nosotros volvimos con Libanio!

Se rieron de lo que entonces era una famosa historia. Al año de llegar a Nicomedia se había convertido en el maestro más popular de la ciudad. Esto, como es natural, enfureció a sus rivales los sofistas, uno de los cuales intentó comprar a los estudiantes de Libanio para quitárselos. Los estudiantes tomaron el dinero que este hombre les ofrecía y continuaron concurriendo a las clases de Libanio. Fue una buena treta, hasta que los furiosos sofistas recurrieron a sus amigos de la corte que detuvieron a Libanio con alguna acusación injusta.

Afortunadamente, pronto fue puesto en libertad.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

LIBANIO: Esto originó mi interés por la reforma penal. A través de los años he escrito bastante sobre el tema, y existen síntomas de que empiezo a conmover la conciencia de Oriente. Por lo menos nuestros actuales gobernantes son conscientes de las bárbaras condiciones en que se tiene a los presos. Nunca había comprendido lo desesperante de nuestro sistema carcelario hasta que fui detenido. Pero las mejoras son difíciles de realizar. Pese a todas las evidencias que existan en contra, no creo que los seres humanos sean malvados por naturaleza, pero temen cualquier tipo de cambio. Aunque ésta es una digresión.

¿Será la edad? Ayer tuve una curiosísima conversación sobre el tema con un viejo amigo y colega. Le pregunté por qué ahora cada vez que me dirijo a la Asamblea de Antioquía todos los senadores tosen y hablan entre sí. Comprendo que no soy un maestro de oratoria, pero después de todo debo hablar y lo que digo, así como la forma en que lo digo —

no pienso que en esto sea inmodesto— es de obvio

interés para todos. Soy el más famoso escritor vivo de Grecia. Como cuestor, soy el representante oficial de mi ciudad.

—Entonces ¿por qué la gente deja de escuchar cuando yo empiezo a hablar? ¿Por qué cuando termina la sesión y trato de hablar con diversos senadores y funcionarios en la galería me dejan a media frase con la excusa de que tienen cosas que hacer?

—Porque, mi querido y viejo amigo, os habéis convertido en un pesado. Me pedisteis que os dijera la verdad, recordadlo.

Quedé pasmado. Por supuesto, como maestro profesional tiendo más a dar clases que a mantener conversaciones, pero ésta es una costumbre en la que caen muchísimos hombres públicos.

—Pero, aun así, pienso que lo que digo es de algún interés...

—Lo es. Siempre lo es.

—...más que la forma en que lo digo, que quizás sea demasiado explícita.

—Sois demasiado grave.

—Nadie puede ser demasiado grave cuando habla de cosas importantes.

—Por lo que se ve, en Antioquía no piensan de este modo.

—He pensado en sus palabras durante todo el día. ¿Tanto he envejecido? De pronto siento deseos de escribir algún tipo de justificación acerca de mí mismo, para explicar mi impropia gravedad. Debo hacer algo... ¡Pero garrapatear estas observaciones tan personales en el dorso de las memorias de Juliano no es una respuesta!

JULIANO AUGUSTO

Cuando me senté en el banco bajo el sol, gozando del calor y el anonimato, se me acercó un hombre de piel

oscura. Me echó una cuidadosa mirada y me dijo:

—¿Macelo?

Al principio me molestó que me reconocieran. Sin embargo, cuando advertí que ese hombre joven era el médico Oribaso me alegré de que me hablase. Un momento después conversábamos como amigos de toda la vida. Tomamos juntos los baños en el caliente salón circular, mientras nos pasábamos el aceite. Oribaso me dijo que había abandonado la corte.

—¿Para dedicaros a la medicina privada?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—No. Asuntos de familia. Mi padre murió. Y ahora debo volver a Pérgamo para hacerme cargo de las propiedades.

—¿Cómo me reconocisteis? Han pasado dos años.

—Siempre recuerdo los rostros que he conocido, especialmente los de los príncipes.

Le pedí que bajase la voz. Frente a nosotros, dos estudiantes trataban de oír nuestra conversación.

—También os delata vuestra tremenda barba —susurró Oribaso.

—Todavía no ha crecido del todo —dije, acariciándomela con tristeza.

—En Nicomedia todos saben que el nobilísimo Juliano está tratando de tener una barba de filósofo.

—Bueno, a mi edad siempre hay esperanzas.

Tras una zambullida en la piscina de agua fría salimos hacia el salón del tepidario, donde estaban reunidos algunos centenares de estudiantes que hablaban en voz alta, cantaban y de vez en cuando peleaban, para desespero de los servidores del baño, que en esos casos se colocaban rápidamente en medio, golpeando

cabezas con sus llaves de metal.

Oribaso pronto me convenció de que debía ir a visitarle a Pérgamo.

—Tengo una casa grande y vacía. También podréis conocer a Edesio...

Como todo el mundo, yo admiraba a Edesio. Era el más famoso filósofo de Pérgamo, el maestro de Máximo y Prisco, y amigo del difunto Jámblico.

—Os gustará Pérgamo. Miles de sofistas discuten durante todo el día. Incluso tenemos una mujer sofista.

—¿Una mujer?

—Bueno, quizás sea una mujer. Existe el rumor de que posiblemente sea una diosa.

Debéis preguntárselo a ella, que inició el rumor. De todos modos, da clases de filosofía, practica magia y predice el futuro. Os gustará.

—¿Y a vos no os gusta?

—A vos sí que os gustará.

En ese momento se nos acercaron los dos jóvenes que habíamos visto en el salón de baños calientes. Uno era alto y de hermoso cuerpo, de maneras graves. El otro era bajo y flaco, con una mesurada sonrisa y penetrantes ojos negros. Mientras se aproximaban, los latidos de mi corazón se detuvieron. Había sido reconocido. El más bajo se presentó.

—Gregorio de Nacianzo, nobilísimo Juliano. Y éste es Basilio. Somos de Capadocia.

Os vimos el día en que el divino Augusto llegó a Macelo. Estábamos en medio de la multitud.

—¿Estudiáis aquí?

—No. Estamos de camino hacia Constantinopla, para estudiar con Nicocles. Pero Basilio desea quedarse aquí para asistir a las lecciones del impío Libanio.

Basilio protestó con suavidad.

—Libanio no es cristiano, pero es el mejor maestro de retórica de Nicomedia.

—Basilio no es como nosotros, nobilísimo Juliano — dijo Gregorio—. Es mucho más tolerante.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Descubrí entonces que me gustaba Basilio y me disgustaba Gregorio, supongo que por ese presuntuoso «nosotros». Gregorio siempre tuvo muchos modales de cortesano. Sin embargo, ha llegado a gustarme, y ahora los tres somos amigos, a pesar de nuestras diferencias religiosas. Son compañeros agradables, y todavía recuerdo con deleite el día en que nos encontramos, siendo yo un simple estudiante, sin ninguna vigilancia que me prohibiese la conversación. Cuando por fin llegó el momento de abandonar los baños, prometí a Oribaso que de una u otra manera me reuniría con él en

Pérgamo. Mientras tanto, Gregorio y Basilio acordaron cenar conmigo. Eran exactamente el tipo de personas que Eccebolio aprobaba: devotos galileos desinteresados por la política. Pero yo sabía por instinto que Oribaso alarmaría a Eccebolio. Había estado en la corte y se había movido en las altas esferas. Además era rico y mundano, justamente el tipo de amigo que no debe tener un príncipe secuestrado. En consecuencia decidí mantener a Oribaso en secreto, por el momento.

Después se vio lo sensato de mi decisión.

En enero del año 350 Eccebolio y yo obtuvimos permiso para trasladarnos a Pérgamo.

Hicimos el viaje de trescientas millas en medio de un intenso frío. Mientras cabalgábamos acompañados del vapor de nuestro propio aliento, pensaba que así serían seguramente las campañas de Alemania o Rusia. Campos áridos, caminos helados, un cielo negro al mediodía y soldados a mis espaldas, con sus armas

resonando en el silencio. Soñaba despierto con la vida militar, hecho extraño en aquellas fechas ya que pocas veces pensaba en algo que no fuese la filosofía y la religión. Sospecho que nací soldado, y que sólo me «hice» filósofo.

En Pérgamo Eccebolio insistió para que permaneciésemos en el palacio de los reyes griegos, que había sido puesto a mi disposición. Pero cuando el prefecto de la ciudad (que nos recibió con la mayor amabilidad a nuestra llegada) nos indicó que deberíamos pagar el mantenimiento del palacio, Eccebolio estuvo de acuerdo en que estaríamos mejor como huéspedes de Oribaso, que también se nos reunió a las puertas de la ciudad, simulando no conocerme, aunque como buen cortesano estaba deseoso de alojar al primo del emperador. En aquellos tiempos Oribaso era mucho más rico que yo y menudo me prestaba dinero cuando me hacía falta. Éramos como hermanos.

Para Oribaso fue un placer mostrarme la ciudad.

Conocía mi interés por los templos (yo todavía no era un helenista muy consciente), y nos pasamos varios días rondando por los desiertos templos sobre la acrópolis y el río Selinos, que divide a la ciudad. Incluso entonces me sorprendió la tristeza que se había apoderado de esos edificios que habían sido sagrados y que ahora sólo habitaban las arañas y los escorpiones.

Únicamente estaba cuidado el templo de Asclepio, y eso porque el Asclepion constituye el centro de la vida intelectual de la ciudad.

Es una gran construcción con teatro, biblioteca, gimnasio, pórtico, jardines y el habitual templo circular dedicado al dios. La mayor parte de las construcciones datan de hace siglos, cuando la arquitectura se hallaba en su máximo esplendor.

Los distintos patios están llenos de estudiantes a todas horas. Los maestros se sientan bajo los pórticos y enseñan. Cada maestro tiene sus propios discípulos. Por desgracia, cuando llegamos al pórtico donde solía encontrarse Edesio, se nos dijo que se hallaba enfermo.

—A fin de cuentas, ya pasa de los setenta —dijo un joven irrespetuoso, vestido como un nuevo cínico—. ¿Por qué no vais a las clases de Prusias? Es el hombre del momento.

Absolutamente de primera. Os acompañaré hasta él.

Pero Oribaso nos libró con firmeza de las garras del joven admirador de Prusias, que nos dejó marchar maldiciéndonos. Volvimos hacia el ágora.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Así es como viven muchos estudiantes en Pérgamo. Por cada nuevo alumno que llevan a su maestro reciben una comisión.

Cuando estuvimos detrás del viejo teatro, Oribaso me señaló una casa pequeña de una calle angosta.

—Allí vive Edesio.

Mandé a uno de mis guardianes para que preguntase si el filósofo podía recibirme.

Después de una larga espera, apareció en la puerta una mujer gorda con una fina barba gris y un puntiagudo bigote que nos dijo con firmeza:

—No puede ver a nadie.

—¿Y cuándo podrá?

—Quizás nunca —dijo ella, y cerró la puerta.

Oribaso se echó a reír.

—Su esposa. No es tan bella como parece.

—Pero debo hablar con él.

—Lo arreglaremos de otra manera. De todos modos, esta noche tengo algo especial para vos.

Ese algo especial era Sosípatra, la mujer filósofo. Tenía alrededor de cuarenta años, pero parecía mucho más

joven. Era alta y, aunque algo pesada, su rostro se mantenía juvenil y hermoso.

Cuando llegamos a su casa, Sosípatra vino directamente hacia mí. Sabía exactamente quién era yo sin que se lo hubiésemos dicho.

—Nobilísimo Juliano, bienvenido a nuestra casa. Vos también, Eccebolio. Oribaso, vuestro padre os envía saludos.

Oribaso se mostró alarmado, y debía estarlo: hacía tres meses que su padre había fallecido. Pero Sosípatra estaba seria.

—Acabo de hablar con él. Está bien. Se encuentra en el tercer arco de Helios, y a un ángulo de ciento ochenta grados respecto a la luz. Os aconseja vender la granja de Galacia.

No la que tiene la arboleda de cedros, sino la otra. Con la casa de piedra. Entrad, nobilísimo príncipe. Habéis ido a ver a Edesio, pero su esposa os echó. No

importa, mi viejo amigo os verá dentro de unos pocos días. En este momento está enfermo, pero se recuperará. Todavía tiene cuatro años de vida. Un hombre sagrado, bueno.

Yo estaba sobrecogido mientras ella me llevaba firmemente de la mano hasta un comedor con paredes decoradas con imágenes de los misterios de Deméter. Había divanes para nosotros y una silla para ella. Unos esclavos nos sacaron las sandalias y nos lavaron los pies. Luego nos distribuimos alrededor de la mesa. Mientras tanto, Sosípatra continuó hablando con una voz tan melodiosa que incluso Eccebolio, que no tenía muy buenas referencias de ella, quedó impresionado.

—¿Conocéis la historia de Edesio y su padre? ¿No? ¡Es tan significativa! El padre deseaba que su hijo participase en el negocio de la familia. Pero primero lo envió a la escuela de Atenas. Cuando Edesio volvió de la escuela le dijo a su padre que ahora le resultaba imposible participar en el negocio. Prefería convertirse en filósofo. Furioso, su padre lo echó de la casa,

gritándole: «¿De qué os sirve ahora la filosofía?» Edesio le replicó: «Me ha Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

enseñado a respetar a mi padre, aunque me eche de su casa.» Desde entonces Edesio y su padre son amigos.

Todos sacamos provecho de esta historia. Sosípatra era por cierto una fuente de sabiduría, y nosotros seres afortunados por beber de sus profundidades.

PRISCO: ¿Os habéis encontrado alguna vez con ese monstruo? Una vez pasé una semana con ella y su marido en Pérgamo. No dejó de hablar. Incluso Edesio, que la apreciaba (pienso que alguna vez fue su amante), la tenía por ignorante, aunque nunca lo admitió. Entre paréntesis, él era un hombre excelente. A fin de cuentas, fue mi maestro. ¿No soy yo, después de Libanio, el hombre más sabio de nuestra época?

LIBANIO: ¿Ironía?

PRISCO: Sin embargo, aunque difícilmente pueda considerarse a Sosípatra una filósofa, era una brillante maga. Hasta yo estuve a punto de creer en sus hechizos y predicciones. También poseía un sentido del drama sumamente excitante. Juliano fue totalmente engañado por ella, y creo que en esa comida se originó su atracción fatal por ese tipo de cosas.

Uno de mis amigos tuvo relaciones con Sosípatra en forma incidental. Luego ella insistió para que él quemase incienso ante su cuerpo, mientras yacía entre las desordenadas sábanas. «Porque yo soy Afrodita, diosa venida entre los hombres.» Él quemó el incienso, pero nunca volvió a acostarse con ella.

Máximo también piensa que Sosípatra era divina, o, por lo menos, «habitada de vez en cuando por el espíritu de Afrodita». Nos la presenta como una posada. Siempre la encontré tediosa. Sin embargo, sus predicciones a menudo se cumplían. ¿Adivinanzas con suerte?

¿Quién sabe? Si los dioses existen, cosa que dudo, ¿no serán tan aburridos como Sosípatra?

LIBANIO: Como siempre, Prisco va demasiado lejos. Pero estoy bastante de acuerdo con su opinión sobre Sosípatra. Hablaba demasiado. Por otra parte, ¿quién soy yo para criticarla cuando uno de mis más viejos amigos acaba de decirme en la cara que aburro a toda Antioquía?

JULIANO AUGUSTO

Después de la cena, Sosípatra nos presentó a sus hijos. Tenían aproximadamente mi edad. Dos de ellos iban a ser comerciantes en granos, y eran muy sosos. Sobre el tercero, Anatolio, he oído últimamente algunos comentarios. Durante algunos años perteneció al culto de Serapis en Alejandría. Pero cuando el obispo Jorge destruyó el templo, Anatolio se encaramó a una columna rota y ahora mira continuamente al sol. ¡Cómo envidio la pureza de Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s

.

Junio 2005

esa vida! Pero durante la noche de la cena, el hombre que luego sería sagrado parecía un joven muy ordinario, con un leve tartamudeo.

Cuando los hijos se retiraron, Sosípatra hizo traer un trípode e incienso.

—Ahora querréis saber qué os aconsejan los dioses. Dónde ir. Con quién estudiar —

concluyó ella dirigiéndome una seductora sonrisa.

—Quiero estudiar aquí, con vos —dije sin pensar.

Pero ella denegó con la cabeza, para alivio de Eccebolio.

—Conozco mi propio futuro y en él no entra ningún príncipe. Por otra parte, lo desearía —agregó con suavidad; y en ese momento me enamoré de ella, como lo habían hecho otros muchos estudiantes antes que yo.

Sosípatra encendió el incienso. Cerró sus ojos. Murmuró una oración. Luego, en voz baja, imploró a la Gran Diosa para que nos hablara. El humo llenó el salón. Todas las cosas se volvieron vagas e imprecisas. Me empezó a doler la cabeza. De pronto, con una voz aguda que no era la suya, Sosípatra exclamó:
«¡Juliano!»

La miré fijamente. Sus ojos estaban entreabiertos; sólo mostraban el blanco; dormía mientras la poseía el espíritu. «Os amamos más que a ningún hombre vivo.» Eso era enigmático. «Os» debería referirse a los dioses. Pero ¿por qué amaban a un galileo que dudaba de su existencia? Por supuesto, yo había empezado a cuestionar la divinidad del Nazareno, lo que no me hacía helenista ni galileo, creyente ni ateo. Estaba suspendido en algún intermedio, esperando una señal. ¿Podía ser ésta?

«Vos reconstruiréis nuestros templos. Haréis que el humo de mil sacrificios surja de mil altares. Seréis nuestro servidor y todos los hombres serán vuestros

servidores, como muestra de nuestro amor.»

Eccebolio se agitó nerviosamente:

—No debemos oír esto —murmuró.

La voz continuó con serenidad. «El camino es peligroso. Pero os protegeremos, hemos protegido desde la hora de vuestro nacimiento. La gloria terrenal será vuestra. Y la muerte, cuando os llegue en la lejana Frigia, por el acero enemigo, será una muerte de héroe, sin dolorosas dilaciones. Luego estaréis con nosotros para siempre, cerca del Uno de donde fluye toda luz, al cual retorna toda luz. Oh, Juliano, querido nuestro... ¡Mal!» La voz cambió totalmente. Se tomó áspera. «¡Loco y profano! Os derrotaremos. Desesperación. Vuestra es la muerte frigia. Pero el alma atormentada será vuestra para siempre, ¡lejos de la luz!»

Sosípatra empezó a gritar y a retorcerse en la silla. Sus manos se agarraban de su manto como si perdiesen algún vínculo invisible. Las palabras salían desordenadamente de su boca. Era un campo de

batalla entre los espíritus en lucha. Por último prevaleció el bien, y ella quedó tranquila.

«Éfeso», dijo, y su voz era otra vez suave y acariciadora. «En Éfeso hallaréis la puerta de la luz. Eccebolio, cuando erais niños ocultasteis tres monedas en el jardín de la casa de vuestro tío en Sirmio. Una era una moneda del reinado de Septimio Severo. Un jardinero las desenterró y las gastó. Esa moneda de Severo ahora está en Pérgamo, en una taberna.

Oribaso, vuestro padre insiste en que vendáis la propiedad; pero confía en que no cometáis el mismo error del último año, cuando arrendasteis el prado bajo a vuestro vecino sirio, que no os pagará. Juliano, vigila el destino de Galo. Recuerda... ¡Hilario!» Sosípatra se detuvo y volvió en sí misma.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Me duele la cabeza —dijo con voz cansada.

Todos estábamos bastante conmovidos. Yo más que ninguno, puesto que prácticamente me había dicho que me convertiría en emperador, lo que constituía una traición, pues nadie podía consultar a ningún oráculo sobre la sucesión imperial, ni siquiera especular en privado sobre tal asunto. Eccebolio se había alarmado con razón.

Sosípatra no recordaba lo que había dicho. Escuchó con atención cuando le dijimos aquello que la diosa, y la otra, habían dicho. Estaba intrigada.

—Es obvio que el nobilísimo Juliano tendrá un gran futuro.

—Por supuesto —dijo Eccebolio nerviosamente—, como príncipe leal a la causa imperial...

—Naturalmente —rió Sosípatra—. No debemos decir más. —Luego frunció el entrecejo—. No tengo idea de quién era el espíritu oscuro. Pero es evidente que la diosa era Cibeles, y ella desea que la honréis puesto que es la madre de todo, y vuestra protectora.

—También parece aconsejable que Juliano evite ir a Frigia —dijo Oribaso con picardía.

Pero Sosípatra tomó esto con mucha seriedad.

—Sí, Juliano morirá gloriosamente en Frigia, en el campo de batalla. —Se volvió hacia mí—. No entiendo la referencia a vuestro hermano. ¿Vos la entendéis?

Moví la cabeza, incapaz de hablar, mientras en mi cerebro rondaban peligrosos pensamientos.

—El resto parece bastante claro. Restauraréis el culto de los verdaderos dioses.

—Es demasiado tarde para hablar de ello. —Por fin, Eccebolio había recuperado el habla—. Aun cuando esto fuera posible, Juliano es cristiano. La casa imperial es cristiana.

Esto lo convierte en un candidato imposible para restaurar los antiguos cultos.

—¿Es imposible para vos? —Sosípatra fijó en mí sus grandes ojos negros.

Yo moví la cabeza desamparado.

—No sé. Debo esperar una señal.

—Quizás ésta era la señal. Os habló la misma Cibeles.

—Y alguien más —dijo Eccebolio.

—Siempre está lo Otro —replicó Sosípatra-. Pero la luz trasciende a todas las cosas.

Como escribió Macrobio: «El sol es el espíritu del universo.» Y en ninguna parte, ni siquiera en la región más oscura del infierno, está totalmente ausente el espíritu.

—¿Qué hay en Éfeso? —pregunté de pronto.

Sosípatra me miró largamente. Luego dijo:

—Allí esta Máximo. Os está esperando. Os ha

esperado desde el día de vuestro nacimiento.

Eccebolio se mostró irritado.

—Estoy seguro de que nada gustaría más a Máximo que instruir al príncipe, pero desafortunadamente para él yo he sido designado por el gran chambelán para supervisar los Revisados por Hyspastes.

Junio 2005

estudios de Juliano, y no tengo el menor interés en que mi alumno se comprometa con un conocido mago de Éfeso.

—Pensamos que Máximo es algo más que un «conocido mago» —la voz de Sosípatra fue fría-. Es verdad que puede hacer que se le aparezcan los dioses, pero...

—¿Aparecen en realidad? —Yo estaba fascinado.

—Actores de teatro —refunfuñó Oribaso—,

cuidadosamente preparados, trucos e iluminación...

—¡Oribaso! —Sosípatra sonrió—. ¡Esto es indigno de vos! ¿Qué diría vuestro padre?

—No tengo idea. Ahora vos sabéis de él más que yo.

Sosípatra ignoró la respuesta. Se volvió hacia mí.

—Máximo no es un charlatán. Si lo fuese, yo lo habría desenmascarado hace muchos años. Por supuesto, la gente cuestiona sus poderes. Es necesario que lo haga. No debe aceptarse nada con fe ciega. Sin embargo, cuando habla a los dioses...

—Él les habla a ellos, pero, ¿realmente ellos le hablan a él? Ésa es la cuestión —dijo Eccebolio.

—Lo hacen. Estuve en Éfeso cuando un grupo de ateos se lo preguntó, como ahora lo hacéis vos.

—No creer en Máximo no significa ser ateo.

—Eccebolio estaba cada vez más irritado.

Pese a su irritación, Sosípatra continuó:

—Máximo nos pidió que nos reuniésemos con él por la noche en el templo de Hécate.

Ahora bien, el templo hace años que no se usa. Es un edificio sencillo. Sólo contiene una estatua de bronce de la diosa, así que no había forma de que Máximo «preparase» un milagro.

—Miró fijamente a Oribaso—. Cuando llegamos, Máximo se volvió hacia la estatua y dijo:

«Gran Diosa, mostrad a estos incrédulos un signo de vuestro poder.»

Hubo un momento de silencio. Luego las antorchas de bronce que sostenía con sus manos de bronce se llenaron de llamas.

—Líquido inflamable —comentó Oribaso.

—Pero eso no fue todo. La estatua nos sonrió. El bronce sonrió. Luego Hécate lanzó una carcajada. ¡Nunca he oído semejante estruendo! Todo el cielo parecía reírse de nosotros mientras huíamos de allí.

—Debo ir a Éfeso —dije.

Sosípatra se volvió hacia Eccebolio.

—Ya sabéis que no puede elegir. En Éfeso comienza su vida.

Al día siguiente me informaron que Edesio me recibiría. Lo hallé descansando sobre un catre, junto a su barbuda mujer. Era un hombre pequeño que había sido gordo, pero ahora, a causa de la enfermedad y la vejez, le colgaba la piel llena de arrugas.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Era difícil creer que este frágil anciano había sido una

vez el pupilo de Jámblico y que estuvo presente cuando su maestro hizo que dos jóvenes divinos surgiesen de dos fuentes gemelas en la roca de Gadara. No obstante, pese a su fragilidad, Edesio estaba alerta y afable.

—Sosípatra me ha dicho que tenéis dotes para la filosofía.

—Si una pasión puede llamarse dote.

—¿Por qué no? La pasión es un don de los dioses. También me habló de vuestro plan de ir a Éfeso.

—Sólo si no puedo estudiar con vos.

—Es tarde para eso. —Suspiró—. Como veis, estoy muy mal de salud. Ella me concede todavía cuatro años de vida. Pero no creo que dure tanto. De todos modos, Máximo os gustará más. Fue alumno mío, como sabéis. Después de Prisco de Atenas fue mi mejor alumno. Máximo prefiere la demostración a los argumentos, los misterios a los libros. Pero hay muchos caminos para

llegar a la verdad. Y según lo que me dice Sosípatra, nació para ser vuestro guía. Esto es, en verdad, el destino.

PRISCO: Evidentemente se trataba de un complot. Todos estaban de acuerdo. Años después Máximo lo admitió en lo substancial: «Siempre supe que era el maestro apropiado para Juliano. Pero nunca soñé que sería emperador.» No soñaba con eso, lo deseaba:

«Lo vi como un alma a la que sólo yo podía salvar.» Máximo hizo luego que Sosípatra y Edesio lo recomendaran a Juliano, cosa que hicieron. ¡Qué pandilla tan extraordinaria! A excepción de Edesio, ninguno de ellos era filósofo.

Por lo que he sabido, Juliano era un joven sumamente inteligente que hubiera podido ser «capturado» para la verdadera filosofía. Le gustaba aprender. Era hábil para los debates.

Con una educación adecuada podría haber sido otro Porfirio o, si se considera su desafortunado nacimiento,

otro Marco Aurelio. Pero Máximo llegó primero y explotó su único defecto: la pasión por lo vago y lo incomprensible, que es esencialmente asiática. Este no es un rasgo griego, aunque nos encontramos en una notable decadencia. ¿Sabéis que gracias a la presencia de tantos estudiantes extranjeros en Atenas, nuestro pueblo ya no habla el ático puro sino una especie de jerga, horrible e imprecisa? Sin embargo, pese al barbarismo que poco a poco apaga «la luz del mundo», los atenienses aún nos preciamos de ver las cosas tal como son. Si nos mostráis una piedra, veremos una piedra, no el universo. Pero como muchos otros de nuestra época, Juliano quiso creer que la vida del hombre es mucho más significativa de lo que en realidad es. Sufría la enfermedad de la época. Tanto deseamos no extinguirnos hasta el fin que somos capaces de hacernos juegos de magia simplemente para oscurecer el amargo y secreto conocimiento de que nuestro destino es no ser. Si Máximo no nos hubiera robado a Juliano, lo hubieran hecho los obispos. Estoy seguro de que en el fondo era un místico cristiano equivocado.

LIBANIO: ¡Místico cristiano! Si Prisco tuviese algún sentimiento religioso ya debería haber experimentado el conocimiento de la unidad, que no es ni «amargo» ni «secreto», el que Plotino, Porfirio, Juliano y yo, cada uno a su manera, místicamente, hemos alcanzado. O en ausencia de este conocimiento, si hubiera sido admitido en los misterios de Eleusis, que se Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

encuentran a menos de cuarenta millas de su propia casa en Atenas, hubiera comprendido que puesto que el alma es, no puede discutirse acerca de su posibilidad de no ser.

Pero estoy de acuerdo con Prisco sobre Máximo. Me di cuenta inmediatamente del complot de los magos para capturar a Juliano, pero, puesto que se me prohibía hablar con él, difícilmente hubiera podido prevenirlo. Sin embargo, ellos no le hicieron a Juliano un daño permanente. A veces tuvo demasiada fe en los

oráculos y en la magia, pero siempre conservó una sólida capacidad para la lógica y el reconocimiento filosófico. Difícilmente pueda decirse que fue un místico cristiano. Pero fue un místico..., algo que Prisco no puede entender.

JULIANO AUGUSTO

Eccebolio estaba ansioso por ir a Éfeso, cosa que me sorprendió bastante. Había pensado que desearía alejarme de Máximo. Pero fue complaciente.

—Después de todo, yo soy vuestro maestro, nombrado por el emperador. Oficialmente no podéis estudiar con Máximo, ni con ningún otro. No es que yo quiera impedirlo. Lejos de mi propósito. He dicho que Máximo es muy apasionante, aunque desesperadamente reaccionario. Pero no podemos temer que a estas alturas recibáis su influencia. Dos grandes obispos, Eusebio y Jorge os han enseñado la teología cristiana. ¿Qué base más firme puede tener un hombre? De todas maneras, visitemos Éfeso. Gozaréis

de la vida intelectual. Y yo también.

Eccebolio aprovechó la oportunidad para hacer de Aristóteles de su joven Alejandro.

En todos los lugares donde íbamos, los académicos deseaban conocerme. Esto hacía que conociesen a Eccebolio. En un abrir y cerrar de ojos les proponía con delicadeza que estableciesen un «intercambio» de estudiantes. «Intercambio» significaba que ellos le enviarían estudiantes a Constantinopla sin que recibieran otra cosa que el posible favor del príncipe. Eccebolio hizo su fortuna durante nuestros viajes.

El prefecto y el concejo de la ciudad nos recibieron a las puertas de Éfeso mientras caía una gran tormenta de nieve. Todos estaban muy nerviosos.

—Es un gran honor para Éfeso recibir al nobilísimo Juliano —dijo el prefecto—.

Estamos para servirlo, como servimos al nobilísimo Galo, que también nos hizo el honor de estar con

nosotros.

Ante la mención de Galo, como si lo hubiesen ensayado, todos los concejales comenzaron a murmurar: «Noble, bueno, sabio, amable.»

—¿Dónde está mi hermano?

Hubo una tensa pausa. El prefecto miró con ansiedad a los concejales, que se miraron entre sí. Algunos sacudieron la nieve de sus mantos.

—Vuestro hermano —dijo por último el prefecto— está en la corte. En Milán. Fue llamado por el emperador el mes pasado. Nada sabemos de él. Nada, en absoluto.

Naturalmente, esperamos que haya ocurrido lo mejor.

—Y ¿qué es lo mejor?

—Que sea nombrado César. —No era necesario preguntar qué sería lo peor.

Tras la debida ceremonia se nos llevó a la casa del prefecto, donde yo debía residir.

Eccebolio estaba emocionado ante la posibilidad de que pronto yo fuese el medio hermano de Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

un César. Pero yo estaba alarmado. Mi alarma se convirtió en pánico cuando a última hora de la noche Oribaso me comunicó que a Galo se lo habían llevado de Éfeso arrestado.

—¿De qué se le acusa?

—Es voluntad del emperador. No hay acusación. La mayoría cree que será ejecutado.

—¿Se le dio alguna razón?

Oribaso se encogió de hombros.

—Si es ejecutado, la gente dará cien razones para explicar que el emperador fue justo.

Si es nombrado César, dirán que nunca dudaron de que semejante sabiduría y lealtad serían recompensadas.

—Si Galo muere... —dije con un estremecimiento.

—Pero vos no sois político.

—Nací «político», y nada puedo hacer para evitarlo. Primero Galo, después yo.

—Yo pienso que vos estáis más seguro que nadie; sois el príncipe estudiante.

—Nadie está seguro.

Sentí el frío de la noche como nunca lo había sentido ni lo sentí después. No sé qué hubiera hecho sin Oribaso. Él fue mi primer amigo. Todavía es mi mejor amigo y lo noto a faltar aquí, en Persia. Siempre fue

particularmente útil para descubrir aquellas cosas que yo no podía conocer. La gente nunca habla con sinceridad a los príncipes, pero Oribaso siempre consiguió que le dijese lo que deseaba, una treta que aprendió con la práctica de la medicina.

Inspira confianza.

Al día siguiente de nuestra llegada a Éfeso, Oribaso obtuvo una información completa sobre la vida de Galo en la ciudad.

—Es temido, pero admirado.

—¿Por su belleza? —No podía soportarlo. Después de todo yo había pasado toda mi infancia seducido por esa dorada criatura.

—Es bastante liberal compartiendo su belleza con las esposas de los magnates de la ciudad.

—Naturalmente.

—Piensan que es inteligente.

—Es astuto.

—Políticamente astuto, muy ambicioso...

—Mal carácter. En ocasiones violento.

—Sí. —Pensé en lo ocurrido en la arboleda de Macelo.

—La gente lo teme. No se sabe por qué.

—Pobre Galo. —En parte yo también sentía el mismo temor—. ¿Qué dijeron de mí?

—Les gustaría que os afeitarais la barba.

—Creo que en los últimos tiempos tiene un aspecto bastante decente. Algo parecido a la de Adriano.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

La acaricié con afecto; estaba totalmente crecida. Sólo me disgustaba el color. Aún era más clara que mi cabello, que es castaño claro. A veces le ponía aceite para que pareciese más brillante y oscura. Ahora, mientras el cabello se me vuelve gris, la barba se oscurece misteriosamente. Estoy perfectamente satisfecho con su aspecto. Creo que soy el único.

—También se preguntan qué planes tenéis.

—¿Planes? Pensé que eran evidentes. Soy estudiante.

—Por aquí somos griegos. —Oribaso sonrió—. Nunca pensamos que una cosa es lo que parece.

—Bien, yo no pienso subvertir el estado —dije con melancolía—. Mi único plan es sobrevivir.

Muy a pesar suyo, a Eccebolio le cayó bien Oribaso.

—Ya sabes que estamos desobedeciendo al chambelán. Él dispuso cuánta gente debíamos llevar con nosotros y no pensó en un médico.

—Pero Oribaso es un médico especial.

—De acuerdo, eliminó mi fiebre y ahuyentó a esa «cruel enfermera»...

—Además es más rico que yo. Nos ayuda a pagar las cuentas.

—Verdad. Triste verdad. —Eccebolio tenía un saludable respeto por el dinero, y gracias a ello pude conservar a mi lado a Oribaso.

Llegamos a Éfeso unos días antes de que pudiese ver a Máximo. Estaba de retiro, en comunicación con los dioses. Pero su esposa nos informaba diariamente. Por fin, hacia las dos del octavo día acudió un esclavo para comunicarme que Máximo se sentiría honrado de recibirme esa noche. Conseguí que Eccebolio me permitiese hacer solo la visita. Cedió tras mucho discutir, y a condición de que después le escribiera un informe completo de todo lo que habláramos.

Máximo vivía en una modesta casa en la ladera del

monte Pion, no lejos del teatro excavado en uno de sus flancos. Mis guardianes me dejaron en la puerta. Un sirviente me hizo pasar a un salón interior donde me dio la bienvenida una mujer delgada y nerviosa.

—Soy Placidia, esposa de Máximo. —Soltó el manto cuyos bordes había besado—.

Sentimos mucho que mi esposo no os haya podido ver antes, pero estaba bajo tierra con la diosa Cibeles. — Ordenó a un esclavo que les trajese una antorcha encendida que me entregó—. Mi esposo está todavía en las tinieblas. Os pide que os reunáis allí con él.

Tomé la antorcha y seguí a Placidia hasta un salón de la casa. Una de las paredes estaba cubierta por una cortina que, al ser descorrida por ella, reveló la ladera de la montaña y una abertura en la roca.

—Debéis ir solo hasta él, nobilísimo príncipe.

Entré en la montaña. Durante un lapso que me pareció de horas (pero que debió ser sólo de minutos) fui

tropezando hasta un lejano destello de luz que señalaba el fin del pasadizo. Por fin llegué a lo que parecía una bien iluminada cámara excavada en la roca y llena de humo. Afanosamente caminé hacia delante y a tientas conseguí llegar hasta una sólida pared. Pensé que me había vuelto loco. Frente a mí había un salón, pero no podía entrar. Oí entonces la hermosa y profunda voz de Máximo:

—¿Veis? Toda la vida es ilusión; sólo los dioses son reales.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me volví hacia mi izquierda y vi la cámara que creía tener delante. El humo había desaparecido. El salón parecía vacío. Sin embargo, había oído la voz muy cerca.

—Habéis tratado de entrar en un espejo. De la misma manera, los ignorantes tratan de entrar en la tierra de

los bienaventurados, sólo para ser rechazados por su propio reflejo. Sin renunciar a vos mismo no podréis pasar el laberinto en cuyo extremo se encuentra el Uno.

Me dolía el pie derecho. Tenía frío. Y estaba impresionado e irritado a la vez por la situación.

—Soy Juliano —dije—, de la casa de Constantino.

—Yo soy Máximo, de la casa de los dioses.

De pronto apareció a mi lado. Parecía surgido de la roca. Máximo es alto y bien proporcionado, con la barba como una catarata gris y los ojos centelleantes de un gato. Vestía un manto verde con extraños signos. Me tomó de la mano.

—Venid —dijo—. Hay sorpresas aquí.

En realidad el salón era una gruta natural con estalactitas que colgaban del techo. En su centro había una fuente natural de agua tranquila y oscura. Junto a la fuente se hallaba una estatua de bronce de Cibele, que

mostraba a la diosa sentada, y con el tambor sagrado en una mano. Dos banquillos constituían el mobiliario de la cueva.

Me invitó a sentarme.

—Haréis muchos viajes. —Mi corazón se sobresaltó. Máximo parecía un adivino cualquiera en el ágora—. Y os acompañaré hasta el fin.

—No puedo esperar mejor maestro —dije cortésmente, algo desconcertado. Máximo era presuntuoso.

—No os alarméis, Juliano... —Sabía exactamente lo que yo estaba pensando—. No os estoy forzando. Al contrario, yo estoy tan forzado como vos, por algo que ninguno de nosotros puede controlar. No será fácil lo que debemos hacer. Existen grandes peligros para ambos. En especial para mí. Tengo miedo de ser vuestro maestro.

—Pero yo esperaba...

—Yo soy vuestro maestro... —concluyó—. ¿Qué es lo que más o gustaría conocer?

—La verdad.

—¿La verdad de qué?

—¿De dónde venimos, adónde vamos, y cuál es el significado del viaje?

—Sois cristiano. —Dijo esto con cautela, sin hacer una afirmación ni una pregunta.

Si hubiera habido algún testigo de esta escena, a lo mejor yo hubiera cerrado mi mente.

Ante la forma en que se desarrollaban las cosas, me quedé en silencio. Pensé en el obispo Jorge, que interminablemente me explicaba que lo «similar» se opone a lo «mismo».

Escuché al diácono que cantaba las canciones de Arrio. Me escuché a mí mismo leyendo la lección en la capilla

de Macelo. Y de pronto vi ante mí los testamentos encuadernados en cuero que me había dado el obispo Jorge: «No debéis injuriar a los dioses.»

—No, porque ese camino conduce a las tinieblas eternas —dijo Máximo con gravedad.

Estaba sorprendido.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—No he dicho nada —aclaré.

—Habéis citado el Éxodo, el libro de los judíos: «No debéis injuriar a los dioses.»

—Pero yo no he dicho nada.

—Lo habéis pensado.

—¿Podéis ver mis pensamientos?

—Cuando los dioses me dan ese poder, sí.

—Entonces mirad ahora atentamente y decidme: ¿soy cristiano?

—No puedo deciros lo que veo.

—Creo que existe un primer creador, un poder absoluto...

—¿Que es el mismo dios que le habló a Moisés cara a cara?

—Así me lo han enseñado.

—Sin embargo, ese dios no era absoluto. Hizo la tierra y el cielo, los hombres y las bestias. Pero, de acuerdo con Moisés, no hizo las tinieblas, ni siquiera la materia, puesto que la tierra ya existía antes que él, invisible y sin forma. Se limitó a dar forma a lo que ya existía. ¿No es preferible el dios de Platón, que hizo que el universo llegase «a ser como una criatura viviente con alma e inteligencia plenas, por providencia divina?».

—Del *Timeo* —dije automáticamente.

—Y además está la confusión entre el libro de los judíos y el libro del Nazareno.

Se supone que el dios del primero es el dios del segundo. Pero en el segundo, él es padre del Nazareno...

—Por la gracia. Son de substancia similar, pero no de la misma.

Máximo se echó a reír.

—Os sabéis bien la lección, mi joven arriano.

—Soy arriano porque no creo que Dios fuera simplemente un hombre ejecutado por traición. Jesús fue un profeta, hijo de Dios por alguna razón misteriosa, pero no el Dios Uno.

—Ni siquiera su representante, pese a los esfuerzos del extraordinario Pablo de Tarso, quien trató de probar

que el dios tribal de los judíos era el Dios Uno universal, aun cuando todos sus argumentos son refutados por el libro sagrado de los judíos.

En cartas a los romanos y a los gálatas, Pablo sostuvo que el dios de Moisés no es sólo el dios de los judíos sino también de los gentiles. Sin embargo, el libro de los judíos niega esto en numerosas ocasiones. Como su dios dice a Moisés: «Israel es mi hijo, mi primogénito.» Ahora bien, si este dios de los judíos era en realidad, según afirma Pablo, el Dios Uno, ¿por qué luego reservó para una sola raza sin importancia la unción, los profetas y la ley? ¿Por qué permitió que el resto de la humanidad permaneciese miles de años en las tinieblas, con falsos cultos? Por supuesto, los judíos admiten que es un dios «celoso». ¡Pero qué rasgo extraordinario para un ser absoluto! ¿Celoso de qué? Y cruel también, porque vengó los pecados de los padres en los hijos inocentes. ¿No describen mejor Homero y Platón al creador? ¿No es un ser que abarca toda la vida, que es todo vida, y de cuya fuente esencial emanan los dioses, los demonios y los hombres? O para citar el famoso

oráculo órfico que los galileos tratan de apropiarse para su propio provecho, «Zeus, Hades, Helios, tres dioses en la cabeza de un Dios».

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Del Uno muchos... —comencé, pero con Máximo nunca hay necesidad de terminar las frases. El se anticipa a la marcha del propio pensamiento.

—¿Cómo puede negarse a los muchos? ¿Son todas las emociones similares? Y si cada raza tiene sus propias cualidades, ¿acaso no les son dadas por dios? Y si no son otorgadas por dios, ¿no pueden ser esas características simbolizadas por un dios nacional específico? En el caso de los judíos, un patriarca celoso y de mal carácter. En el caso de los afeminados e inteligentes sirios, un dios como Apolo. ¿Es casual—o inevitable— que los germanos y los celtas, guerreros y feroces, rindan culto a Ares, el dios de la guerra? Los primeros romanos estaban absorbidos por la tarea de

hacer la ley de gobernar. ¿Cuál es su dios? Zeus, el dios de dioses. Y cada dios tiene muchos aspectos y muchos nombres, ya que hay tanta variedad en el cielo como entre los hombres. Algunos han preguntado: ¿Creamos nosotros esos dioses o ellos nos han creado a nosotros? Éste es un debate antiguo. ¿Somos un sueño de la mente divina, o cada uno de nosotros es un soñador aislado, que evoca su propia realidad? Aunque no puede saberse con seguridad, los sentidos nos dicen que existe una sola creación y que estamos contenidos en ella para siempre. Ahora bien, los cristianos tratan de imponer un mito rígido y último sobre lo que nosotros sabemos que es variado y extraño. No, ni siquiera un mito, porque el Nazareno existió en carne y hueso, mientras los dioses a los que rendimos culto nunca fueron hombres; más bien son cualidades o poderes hechos poesía para que los conozcamos. La poesía desapareció con el culto del judío muerto. Los cristianos quieren reemplazar nuestras hermosas leyendas por los registros policiales de un rabino reformador judío. A partir de este material inverosímil esperan lograr una síntesis final de todas las religiones

conocidas. Ahora se apropian de nuestras festividades. Transforman las deidades locales en santos. Nos quitan nuestros ritos de misterio, en particular el de Mitra. Los sacerdotes de Mitra son llamados «padres». Así los cristianos llaman «padres» a sus sacerdotes. Incluso imitan la tonsura, esperando impresionar a los nuevos conversos con los adornos familiares de un culto más antiguo. Han empezado a llamar al Nazareno «salvador» y

«curador». ¿Por qué? Porque uno de nuestros más amados dioses es Asclepio, a quien llamamos «salvador» y «curador».

—Pero nada hay en Mitra que iguale al misterio cristiano —sostuve para mi mal—.

Por ejemplo la Eucaristía, la toma del pan y el vino, cuando Cristo dijo: «Aquel que coma de mi cuerpo y beba de mi sangre alcanzará la vida eterna.»

Máximo sonrió.

—No descubro ningún secreto sobre Mitra si os digo que nosotros también somos partícipes de un alimento simbólico, al recordar las palabras del profeta persa Zaratustra, que dijo a aquellos que rendían culto al Dios Uno..., y a Mitra: «Aquel que coma de mi cuerpo y beba de mi sangre, se hará uno conmigo y yo con él; él mismo no conocerá la salvación.»

Esto fue dicho seis siglos antes del nacimiento del Nazareno.

Estaba sorprendido.

—¿Zaratustra era un hombre...?

—Un profeta. Fue asesinado en un templo por sus enemigos. Mientras moría, dijo:

«Que Dios os perdone tanto como yo.» No, los galileos no han dejado de robarnos ninguna de nuestras cosas sagradas. La principal preocupación de todos sus concilios es tratar de dar algún sentido a todos sus robos. No los envidio.

—He leído a Porfirio... —comencé.

—Luego tenéis conciencia de las contradicciones de los galileos.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Pero, ¿qué ocurre con las contradicciones del helenismo?

—Las viejas leyendas tienen conflictos. Pero, además, no las consideramos como verdades literales. Son sólo mensajes crípticos de los dioses, quienes a su vez son aspectos del Uno. Sabemos que es necesario interpretarlas. A veces tenemos éxito en esta tarea. A veces fracasamos. Pero los cristianos sostienen la verdad literal del libro escrito sobre el Nazareno mucho después de su muerte. No obstante, ese mismo libro los confunde tanto que deben alterar continuamente su significado. Por ejemplo, en ninguna parte se dice que Jesús fue Dios...

—Excepto en Juan —dije, y cité—: «Y el Verbo se hizo carne y moró entre nosotros.»

—No en vano había sido un lector eclesiástico durante cinco años.

—Eso se presta a interpretaciones. ¿Qué quiso decir precisamente con la palabra

«Verbo»? Se refiere en realidad, como ellos pretenden, al Espíritu Santo, quien es también Dios, quien es también Jesús..., lo cual nos lleva de nuevo a esa triple impiedad a la que llaman «verdad», lo cual a su vez nos recuerda que el nobilísimo Juliano desea conocer la verdad.

—Eso es lo que quiero.

Me sentía extraño. El humo de las antorchas se tornaba denso en el salón. Todas las cosas parecían borrosas e irreales. No me hubiera sorprendido si de pronto se hubiesen abierto las paredes y el sol hubiese caído como una llama sobre nosotros. Pero ese día Máximo

no hacía magia. Estaba dentro de la realidad de los hechos.

—Nadie puede comunicar a otro hombre qué es la verdad. La verdad está alrededor de nosotros. Cada uno debe hallar en ella su propio camino. Platón es parte de la verdad. Tanto como Homero o como la historia del dios de los judíos, si se olvidan sus arrogantes pretensiones. La verdad está allí donde el hombre ha podido vislumbrar la divinidad. La teurgia puede lograr este despertar. La poesía también. Los mismos dioses, por su propia voluntad, pueden, de pronto, abrir nuestros ojos.

—Mis ojos están cerrados.

—Si.

—No obstante, yo sé qué es lo que deseo hallar.

—Pero hay un muro frente a vos, como el espejo que tratasteis de pasar.

Lo miré fijamente.

—Máximo, mostradme una puerta, no un espejo.

Se quedó un buen rato en silencio. Cuando por fin decidió hablar no me miró. En cambio, estudió el rostro de Cibeles.

—Vos sois cristiano.

—Yo no soy nada.

—Pero vos debéis ser cristiano, porque ésa es la religión de vuestra familia.

—Debo parecer cristiano. Nada más.

—¿No teméis convertirlos en hipócrita?

—Temo no llegar a conocer nunca la verdad.

—¿Estáis preparado para ser admitido en los ritos secretos de Mitra?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Es ése el camino?

—Ese es un camino. Si deseáis probarlo, puedo llevaros hasta la puerta. Pero debéis cruzarla solo. No puedo ayudaros.

—¿Y después de atravesarla?

—Sabréis lo que es morir y nacer de nuevo.

—Entonces seréis mi maestro. Y mi guía.

—Ciertamente que lo seré —sonrió—. Es vuestro destino. ¿Recordáis lo que he dicho?

Ninguno de nosotros puede elegir. Ha intervenido el destino. Iremos juntos hasta el fin de la tragedia.

—¿Tragedia?

—La vida humana es trágica, termina en el dolor y la muerte.

—Pero, ¿y después del dolor, después de la muerte?

—Cuando crucéis el umbral de Mitra sabréis qué puede haber más allá de la tragedia, más allá de lo humano, para ser uno con Dios.

PRISCO: Es interesante observar a Máximo en acción. Era inteligente. Hubiera supuesto que en el primer encuentro habría utilizado tretas, hecho bailar a la estatua de Cibele, o algo así.

Pero no. Lanzó un astuto ataque contra el cristianismo. Luego le ofreció Mitra a Juliano, un vínculo religioso para atraer a nuestro héroe. Mitra fue siempre la deidad favorita de los emperadores romanos, y de muchos soldados hasta el día de hoy. Además, Máximo sabía que tendría una relación especial con Juliano si lo apadrinaba durante los ritos.

Tengo la seguridad de que en ese momento de la vida

de Juliano, cualquiera de los cultos de misterio lo hubiera liberado del cristianismo. Estaba ansioso por romper con él. Sin embargo es difícil conocer la razón por la que su espíritu tendía hacia la magia y hacia la religión precisamente en el mismo sentido que el espíritu cristiano. Es evidente que el culto a los difuntos no le llamaba la atención, pero encontró más tarde manifestaciones del Uno en los lugares más extraños. Si Juliano hubiera sido tal como se consideraba —un filósofo de la tradición platónica— podría entenderse su disgusto por las tonterías cristianas. Hubiera sido como vos y como yo. Pero Juliano estaba interesado, en último término, en la idea de la inmortalidad personal, la única obsesión que los cristianos comparten con los que se dedican a los antiguos cultos de los misterios.

Pese a todo lo que Juliano ha escrito al respecto, nunca he entendido bien por qué razón se volvió contra la religión de su familia. A fin de cuentas, el cristianismo le ofrecía casi todo lo que necesitaba. Si deseaba participar simbólicamente del cuerpo de un dios, ¿por qué no permanecer con los cristianos y comer su pan y

beber su vino en vez de buscar el pan y el vino de Mitra? Los cristianos han incorporado con astucia en sus ritos la mayoría de los elementos de los misterios de Mitra, Deméter y Dionisos. La moderna cristiandad es una enciclopedia de las supersticiones tradicionales.

Sospecho que el origen del rechazo de Juliano al cristianismo se encuentra en su familia. Constancio era un cristiano apasionado, absorbido por las disputas doctrinarias, y en buena lógica Juliano odiaba a Constancio. Por consiguiente odiaba a la cristiandad. Esto simplifica el problema. Siempre tiendo a adoptar la perspectiva obvia de las cosas, ya que Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

muchas veces es la correcta, aunque por supuesto nadie puede llegar al fondo de algo tan misterioso como el carácter de otro hombre, donde siempre hay un misterio.

Juliano era cristiano en todo excepto en la tolerancia a

los demás. Era lo que los cristianos llaman un santo. No obstante, se alejó con firmeza de la religión que se adaptaba a la perfección a sus necesidades. Prefirió sus eclécticos orígenes, que después trató de sistematizar en una nueva combinación casi tan ridícula como la síntesis que rechazó. Es una cuestión extraña y no existe una explicación satisfactoria de la conducta de Juliano. Por supuesto, él declara que cuando niño le disgustó el espíritu partidista del obispo Jorge, y que Porfirio y Plotino le abrieron los ojos sobre lo absurdo de las pretensiones cristianas. Muy bien. Pero ¿por qué después se pasó a algo igualmente absurdo? De acuerdo, ningún hombre educado puede aceptar la idea de un judío rebelde como dios. Sin embargo, tras rechazar ese mito, ¿cómo puede creerse que el dios héroe de los persas, Mitra, nació de un rayo que abrió una roca, el 25 de diciembre, mientras los pastores miraban su nacimiento? (Los cristianos acaban de agregar esos pastores al nacimiento de Jesús.) O que Mitra vivió en una higuera que lo alimentó y lo vistió, que luchó con la primera creación del sol, el toro, que fue arrastrado por él (simbolizando de este modo los

sufrimientos del hombre) hasta que finalmente el toro escapó, por orden del dios sol. Mitra apuñaló al toro con un cuchillo y del cuerpo de la bestia salieron flores, hierbas y granos; de la sangre, vino; de su semen, el primer hombre y la primera mujer. Luego Mitra fue llamado al cielo, tras celebrar una última comida sacramental. El fin del tiempo tendrá lugar el día del juicio cuando todos saldrán de sus tumbas y el mal será destruido mientras el bien vivirá para siempre en la luz del sol.

No veo una diferencia esencial entre la historia de Mitra y su secuela cristiana.

Evidentemente, el código de conducta de Mitra es más admirable que el cristiano. Los que rinden culto al primero creen que la acción correcta es superior a la contemplación. Apoyan las antiguas virtudes como el valor y el autodomínio. Fueron los primeros en enseñar que la fuerza es nobleza. Todo esto es preferible a la histeria cristiana que vacila entre el asesinato de los herejes por un lado y un cobarde rechazo del mundo

por otro. Ningún creyente en Mitra puede ser absuelto del pecado mediante la aspersión de agua. En un sentido ético, considero al culto de Mitra como el mejor de los cultos de misterio. Pero es absurdo decir que es «más verdadero» que sus rivales. Cuando alguien adopta una posición absoluta acerca del mito y la magia, el único resultado posible es la locura.

Juliano habla siempre de su amor por el helenismo. Honestamente cree amar a Platón y al razonamiento lógico. En realidad, su anhelo es aquello que muchos desean en esta perecedera época: asegurarse la inmortalidad personal. Prefirió rechazar el camino cristiano por razones que encuentro oscuras, mientras se apoyaba en un absurdo equivalente. Por supuesto, yo le tengo simpatía. Apestó buenos golpes a los cristianos, y eso me encanta. Pero no puedo simpatizar con su temor a la muerte. ¿Por qué es tan importante perdurar después de la muerte? Nunca cuestionamos el hecho demostrable de que antes de nacer no existíamos.

Entonces, ¿por qué tememos convertirnos una vez más en aquello que éramos al comienzo?

No tengo prisa por partir. Pero considero la nada como justamente eso, nada. ¿Cómo puede temerse a la nada?

Respecto de las diversas ceremonias y juicios por los que deben pasar los iniciados en el culto de Mitra, cuanto menos se diga, mejor. Entiendo que una de las doce ceremonias consiste en quitarse uno a uno los pelos del pubis, una disciplina de las más espirituales.

También se me ha dicho que parte de las ceremonias se realizan mientras todos rugen borrachos y tratan de saltar con los ojos vendados sobre zanjas, indudable símbolo de la sorprendente vida de la carne. No cabe duda de que los hombres son impresionados por los Revisados por Hyspastes.

Junio 2005

ritos secretos, tanto más cuanto más horribles y repelentes son. ¡Qué tristes somos! ¡Qué horror

sentimos de ser hombres!

LIBANIO: No es frecuente encontrar un filósofo en quien esté tan absolutamente ausente el sentido religioso. Es como haber nacido sin la capacidad de ver los colores tan evidentes para todos los demás. Prisco posee una mente lógica, una manera precisa de decir las cosas, pero es ciego para lo que realmente importa. Al igual que Juliano, fui admitido en los ritos de Mitra en mis tiempos de estudiante. Los misterios me dejaron una profunda impresión, aunque confieso que su efecto no fue tan revelador para mí como para Juliano. Yo nunca fui cristiano, así que no estaba haciendo una dramática y peligrosa ruptura con el mundo al que pertenecía. Pero Juliano realizó una valiente acción. Si Constancio hubiera sabido lo que estaba haciendo, le hubiera costado la vida. Por suerte, Máximo hizo las cosas con tal habilidad que Constancio nunca supo que a los diecinueve años su primo dejó de ser cristiano en una cueva cercana al monte Pion.

Prisco parece confundido por los misterios de Mitra,

cosa que no me sorprende. Elogia nuestras elevadas normas éticas. Se lo agradecemos. Pero halla a los ritos «repelentes».

Naturalmente, sólo los conoce por rumores, ya que nadie que no sea iniciado puede saber qué ocurre en la cueva. Pero aunque las «pruebas» a menudo sean desagradables, la revelación compensa todo el dolor sufrido. Yo por lo menos no puedo imaginar un mundo sin Mitra.

Prisco observa con su habitual y dura franqueza que los cristianos han absorbido en forma gradual diversos aspectos del culto. De pronto se me ocurre pensar si no será ésta la forma en que finalmente los conquistaremos. ¿No es posible que quien absorbe se asimile tanto al absorbido que con el tiempo ellos sean nosotros?

JULIANO AUGUSTO

En marzo del año 351 fui admitido en los misterios de Mitra. El día señalado contemplé la salida y puesta del

sol, con cuidado de que nadie me observase, ya que, como Constancio declaró ilegal el rezar al sol, la gente incluso había sido arrestada por mirar un crepúsculo. Por todas partes había espías y confidentes.

Le dije a Eccebolio que pensaba pasarme el día cazando en las laderas del monte Pion.

Como odia la caza se excusó según yo tenía previsto. Citó a Homero. Yo cité a Horacio. Él citó a Virgilio. Yo cité a Teócrito. Utilizamos casi todas las referencias literarias existentes respecto a la caza.

El siguiente obstáculo era el cuerpo de guardia. Se me habían asignado doce soldados y un oficial. En todo momento me vigilaban, por lo menos dos hombres. ¿Qué hacer con ellos? Fue Máximo quien observó que, ya que Mitra representaba la religión de los soldados, por lo menos dos de ellos pertenecerían a su culto. Tenía razón. De los doce, cinco eran fieles de Mitra. Así que resultó fácil conseguir que ese día me asignaran dos de los cinco. Como hermanos de culto, están

obligados a guardar secreto.

Oribaso, los soldados y yo abandonamos la casa una hora antes del alba. Al pie de la montaña se nos unieron Máximo y nueve padres. En silencio ascendimos por la ladera. En un lugar prefijado, cerca de una higuera, nos detuvimos y esperamos la salida del sol.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

El cielo se tomó más pálido. La estrella de la mañana brilló azul. Apenas salió el sol sobre el horizonte, un único rayo de luz golpeó la roca que se hallaba detrás de nosotros y comprendí que no se trataba de una roca cualquiera, sino de una puerta sobre la ladera de la montaña. Oramos entonces al sol y a su compañero Mitra, nuestro salvador.

Cuando por fin el sol estuvo sobre el horizonte, Máximo abrió la puerta de la montaña y entramos en una pequeña cueva con asientos excavados en la roca.

Se nos dijo entonces a Oribaso y a mí que esperásemos mientras los padres de Mitra se introducían en otra cueva, el santuario interior. De este modo comenzó el día más importante de mi vida. El día de la miel y del pan y del vino; el día de las siete puertas y de los siete planetas; el día de los desafíos y de las contraseñas; el día de la oración y, a su término (pasados Cuervo, Desposada, Soldado, León, Persa, Correo del Sol y Padre), el día del *Nama, Nama Sebesio*.

LIBANIO: De todos los misterios, a excepción del de Eleusis, el de Mitra es el más excitante, ya que durante él se experimenta en forma concreta la locura de la vanidad terrena. En cada una de las siete etapas, el iniciado realiza aquello que su alma experimentará el día en que se eleve entre las siete esferas, perdiendo, uno a uno, sus defectos humanos. En Ares, el deseo de guerra retorna a su fuente; en Zeus, se pierde la ambición; en Afrodita, el sexo, y así hasta que el alma es purificada. Luego..., pero no puedo decir más. *Nama, Nama Sebesio*.

JULIANO AUGUSTO

Al acabar el día, Oribaso y yo salimos renacidos de la cueva.

Fue entonces cuando ocurrió aquello. Mientras miraba la puesta del sol fui poseído por la luz. Se me dio aquello que es concedido a pocos hombres. Vi al Uno. Fui absorbido por Helios y por mis venas no corrió sangre sino luz.

Lo vi todo. Vi la simplicidad en medio de la creación. Aquello que es imposible captar sin la ayuda de la divinidad, pues está más allá del lenguaje y de la mente. Sin embargo, es tan simple que me maravillé de no haber conocido algo que estaba siempre allí, una parte nuestra tanto como de él. Lo que ocurrió dentro de la cueva fue una prueba y un aprendizaje, pero lo que sucedió afuera fue una revelación.

Vi al mismo dios mientras caía de rodillas entre matorrales de salvia, y los rojos y oblicuos rayos daban de lleno en mi rostro. Oí aquello que no puede

escribirse ni decirse y vi aquello que no puede ser registrado en palabras ni en imágenes. Y aún ahora, años después, es tan vivo en el recuerdo como lo fue en ese momento. Porque yo fui elegido en esa ladera para la gran tarea en la que ahora estoy comprometido: la restauración del culto del Dios Uno, en toda su hermosa singularidad.

Estuve de rodillas hasta la puesta del sol. Permanecí sin moverme en la oscuridad durante una hora aproximadamente, hasta que Oribaso, alarmado, me despertó... o me volvió al sueño, ya que desde entonces el mundo «real» me ha parecido un sueño, y mi visión de Helios la realidad.

—¿Estáis bien?

Afirmé con la cabeza y me levanté.

—He visto... —Pero me detuve, no podía comunicar lo que había visto.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Aún ahora, mientras escribo estas memorias, no puedo describir lo que sentí, porque no hay nada comparable en la experiencia humana. Pero Máximo supo en seguida qué me había ocurrido.

—Ha sido elegido —dijo—. Él sabe.

Regresamos en silencio a la ciudad. No deseaba hablar con nadie, ni siquiera con Máximo, pues todavía estaba envuelto por las alas de la luz. No me dolía ni siquiera el dorso de la mano en que había recibido el sagrado tatuaje. Pero mi concentración fue rota a las puertas de la ciudad por una gran multitud que me rodeó, mientras gritaba: «¡Grandes noticias!»

Quedé perplejo. Sólo acerté a preguntarme: ¿Ha quedado el dios conmigo? ¿Lo que he visto es visible para todos? Traté de hablar a Máximo y a Oribaso, pero no pudimos oírnos entre el griterío.

En casa del prefecto encontré a Eccebolio con el

prefecto de la ciudad y lo que me pareció la totalidad del concejo. Cuando me vieron cayeron de rodillas. Por un instante tuve la certeza que se trataba del fin del mundo, y que yo había sido enviado como mensajero para separar el bien del mal. Pero Eccebolio disipó en seguida todo pensamiento sobre el apocalipsis.

—Nobilísimo Juliano, vuestro hermano ha sido elegido por el divino Augusto para que comparta con él la púrpura. Galo es César de Oriente. ¡Además se casará con Constancia, divina hermana del divino Augusto!

Hubo fuertes vítores y ansiosas manos tocaron mi manto, mis manos, mis brazos.

Se me pidieron favores, se me rogaron bendiciones. Por último, me abrí camino entre la multitud y entré en la casa.

—Pero, ¿por qué se comportan todos como lunáticos?

—Me volví hacia Eccebolio, como si fuera culpa suya.

—Porque ahora sois hermano de un César reinante.

—Mucho bien les reportará a ellos..., o a mí. —Me alivió poder decirlo, aunque no fuera sensato.

—Seguramente no querréis que os amen por vos mismo —bromeó Oribaso—. Os gustaban los agasajos, hasta que oísteis la noticia.

—Sólo porque yo pensé que era el sol... —Me detuve a tiempo.

—¿El sol? —Eccebolio se mostró confundido.

—Sólo el hijo de Dios debe ser tratado de esta manera —dijo Máximo con suavidad—.

Los hombres no deben rendir culto a otros hombres, ni siquiera a los príncipes.

Eccebolio movió afirmativamente la cabeza.

—Una reliquia de los malos tiempos pasados, me temo. El Augusto de Roma es

«divino», por cierto, aunque no un dios verdadero como acostumbran a creer los hombres.

Pero entrad, entrad. Los baños están listos. Y el prefecto nos da un banquete para celebrar las buenas noticias.

Así contemplé al Dios Uno el mismo día en que supe que mi hermano se había convertido en César. El augurio era bastante evidente. Cada uno tenía ahora su destino.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Desde ese día fui helenista o, como gustan llamarme los galileos (¡a mis espaldas, naturalmente!), apóstata. Y Galo reinó en Oriente.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

VI

—Naturalmente, el César está preocupado.

—Pero sin ninguna razón.

—¿Sin ninguna razón? Sois discípulo de Máximo.

—También soy alumno de Eccebolio.

—Pero él no ha estado con vos desde hace un año. Vuestro hermano cree que necesitáis una guía espiritual, especialmente ahora.

—Máximo es responsable.

—Máximo no es cristiano. ¿Lo sois vos?

La pregunta me cayó como una piedra lanzada con honda. Durante un buen rato fijé la mirada sobre el diácono Ecio de Antioquía. Me devolvió la mirada con serenidad. Yo sentía que el pánico se apoderaba de mí. ¿Qué sabían de mí en la corte de Galo?

—¿Cómo podéis dudar de que sea cristiano? —dije por fin—. Fui instruido por dos grandes obispos. Soy un lector eclesiástico. En Pérgamo he concurrido a todas las ceremonias religiosas de importancia. —Lo miré, adoptando el papel de la rectitud puesta en duda—.

¿Dónde pudo originarse tal rumor, si es que tal rumor existe?

—No es posible que os mostréis tan a menudo con un hombre como Máximo sin que la gente se sorprenda.

—¿Qué debo hacer?

—Abandonarlo.

—La respuesta fue rápida.

—¿Es ésa la orden de mi hermano?

—Yo os lo sugiero. Vuestro hermano está preocupado. Eso es todo. Me envió para que os preguntara. Yo lo

he hecho.

—¿Estáis satisfecho?

Ecio sonrió.

—Nada me satisface, nobilísimo Juliano. Pero le diré al César que sois un comulgante regular de la Iglesia. También le diré que ya no estudiáis con Máximo.

—Si eso es lo más sensato, eso es lo que haré. —Esta ambigüedad pareció satisfacer a Ecio. A menudo mis amigos me dicen que yo hubiera sido un buen abogado.

Mientras caminábamos por la calle, Ecio miró a su alrededor y dijo:

—...Oribaso.

—Un médico excelente.

—¿Es prudente que lo vea? —No podía resistirme a hacer comedia.

—Un magnífico compañero —dijo Ecio con suavidad. Se detuvo frente a la puerta de calle—. Vuestro hermano, el César, a menudo se pregunta por qué no lo vais a visitar a Antioquía. Siente que la vida cortesana puede servirlos... «de pulimento». La palabra es suya, no mía.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Temo no haber nacido para la corte, ni siquiera para una tan celebrada como la de mi hermano. Me resisto a todos los intentos de pulirme, y detesto a los políticos.

—Una sabia aversión.

—Y sincera. Sólo deseo seguir viviendo como hasta ahora, como un estudiante.

—¿Para qué estudiáis?

—Para conocerme a mí mismo. ¿Qué más podría

querer?

—Sí. ¿Qué más? —Ecio subió a su carruaje—. Tened mucho cuidado, nobilísimo Juliano. Y recordad: un príncipe no tiene amigos. Nunca.

—Gracias, diácono.

Ecio partió. Volvió a casa. Oribaso me esperaba.

—¿Lo habéis oído todo? —Nunca me quejaría por ello. Oribaso y yo no teníamos secretos. En principio, escucha a escondidas.

—Ciertamente, no hemos sido discretos.

Afirmé con la cabeza. Me sentía triste.

—Supongo que no podré seguir viendo a Máximo, por lo menos durante un tiempo.

—También debéis pedirle que no hable a nadie de su famoso discípulo.

Suspiré. Sabía que Máximo tendía —tiende— a aprovechar su relación conmigo. Los príncipes están muy acostumbrados a ello. No me disgustaba. En realidad, me alegraba que mis amigos progresasen por conocerme. Había aprendido la lección de Oribaso, y no esperaba que se me quisiera por mí mismo. Después de todo, yo tampoco quiero a los demás por sí mismos, sino sólo por lo que pueden enseñarme. Todo tiene su precio.

Llamé a un secretario y le escribí a Máximo pidiéndole que permaneciese en Éfeso hasta nueva orden. También escribí una nota al obispo de Pérgamo diciéndole que leería la lección del domingo siguiente.

—Hipócrita —dijo Oribaso cuando se hubo marchado el secretario.

—Un hipócrita de larga vida es preferible a un muerto... ¿cómo sigue? —A menudo olvido el final de los epigramas. O comienzo uno sin haber pensado en cómo termina. Un mal hábito.

—Un lector muerto. Ecio tiene una gran influencia sobre Galo, ¿no es así?

—Eso dicen. Es su confesor. Pero ¿quién puede controlar a mi hermano? —sin darme cuenta, había bajado el tono de voz hasta convertirla en un susurro. Galo desconfiaba de una traición tanto como Constancio. Sus espías estaban en todas partes.

Culpo a la esposa de Galo, Constancia, por el manifiesto cambio de su carácter. Era hermana de Constancio y daba por sentado que conspirar era la ocupación natural de la raza humana. Nunca la conocí, pero tengo referencias de que era tan cruel como Galo, y mucho más inteligente. También era ambiciosa, cosa que no sucedía con Galo. Estaba contento con su destino como César de Oriente. Pero ella deseaba que fuese Augusto y conspiró para matar a su propio hermano y así lograr su propósito. Respecto a Galo, incluso ahora se me hace insoportable escribir sobre su reinado.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

PRISCO: Yo puedo. ¡Y vos también, por cierto! Vos vivisteis en Antioquía mientras la pequeña bestia era César.

Un hecho bastante curioso es que Juliano casi nunca mencionase a Galo delante de mí, o de otra persona. Siempre he sostenido la teoría —confirmada en parte por las memorias—

de que Juliano sufría una atracción amorosa por su hermano. Continuamente se refiere a su belleza. También escribe a menudo con ese tono dolorido con que se habla de un amante que ha sido frío. Juliano suele hallar misterioso aquello que todos encuentran demasiado evidente: la crueldad de Galo. Juliano era ingenuo, como me repito continuamente (si me refiero demasiado a mí mismo, perdonadme y echad la culpa a mi edad).

En realidad, Constancio es el miembro de la familia que goza de mis mayores simpatías. Como sabéis, fue un gobernante bastante bueno. Tendemos a menospreciarlo porque tenía una inteligencia mediocre y por su manía religiosa. Sin embargo, gobernó bien, si se considera que tuvo que enfrentarse a problemas que convertirían a cualquier hombre en un monstruo. Algunos de sus errores se debieron a la mejor de las intenciones, como el nombramiento de Galo.

Es significativo que Juliano culpe a la esposa de Galo por el reinado del terror en Oriente. Siempre he pensado que ambos eran igualmente culpables. Pero vos vivisteis aquella época terrible. Indudablemente debéis saber quiénes eran los responsables de todo aquello.

LIBANIO: Sí, lo sé. Al principio depositamos grandes esperanzas en Galo. Recuerdo con toda claridad su primera aparición ante el Senado de Antioquía. ¡Qué esperanzados estábamos entonces! Por cierto, era tan hermoso como dicen los hombres, aunque ese día sufría

de una erupción a causa del calor, como a veces le ocurre a la gente hermosa en este sofocante clima.

Pero, pese a su manchado rostro, se presentó muy bien. Nos hizo uno de los más afortunados discursos. Más tarde le fui presentado por mi viejo amigo el obispo Melecio.

—Oh, sí—Galo frunció el ceño—, vos sois el maestro que niega a Dios.

—No niego a Dios, César. Mi corazón está abierto a él en todo momento.

—Realmente, Libanio es uno de los hombres más admirables, César. —Melecio siempre gozaba mortificándome.

—Estoy seguro de ello. —Luego Galo me dedicó una sonrisa tan seductora que quedé abrumado—. Venid a verme —dijo—, y os convertiré personalmente.

Pocas semanas después, me sorprendió recibir una

invitación para ir a palacio. Cuando llegué, a la hora señalada, se me condujo hasta un gran salón donde, juntos sobre un diván, yacían Galo y Constancia.

En el centro del salón dos luchadores desnudos libraban una lucha a muerte. Cuando me recobré del primer impacto que me produjo este indecente espectáculo, traté de hacer notar mi presencia. Musité un saludo, pero fui ignorado. Galo y Constancia estaban completamente absorbidos por el sangriento espectáculo. Como todo el mundo sabe, odio los combates de gladiadores porque reducen a los hombres a la condición de bestias, y no me refiero a esos desafortunados que son obligados a realizarlos. Me refiero a quienes los miran.

Me sorprendió sobre todo Constancia. Era difícil comprender que esa espectadora nada femenina, de ojos brillantes, fuera la hija de Constantino el Grande, hermana del Augusto, esposa del César. Más parecía una cortesana increíblemente cruel. Sin embargo, tenía un aspecto distinguido a la manera de los Flavios,

mandíbula grande, nariz larga, ojos grises.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Mientras mirábamos a los hombres sudorosos y sangrantes, a veces le gritaba a uno u otro:

«¡Mátalo!» Cada vez que se asestaban un golpe particularmente certero, jadeaba en una forma curiosamente íntima, como una mujer en el acto sexual. Constancia resultaba alarmante.

Observamos a los luchadores hasta que por fin uno mató al otro. Cuando cayó el perdedor, Galo se levantó del diván y abrazó al sangriento vencedor, como si hubiera realizado un extraordinario servicio. Después comenzó a patear al hombre muerto, mientras reía y gritaba lleno de alegría. Tenía la expresión totalmente descompuesta. Nunca he visto el rostro de un hombre tan revelador de la bestia que lleva adentro.

—¡Detente, Galo! —Finalmente, Constancia había notado mi presencia. Luego me vio él.

—Oh, sí —dijo, ajustándose la túnica.

Los esclavos retiraron el cadáver del luchador. Constancia se me acercó con una sonrisa radiante.

—Cuánto nos alegramos de tener en nuestro palacio al famoso Libanio. —La saludé con formalidad, y noté con cierta sorpresa que su griego era excelente y su voz baja y musical. En un instante se había convertido de Furia en reina.

Galo se adelantó y me ofreció su mano para que la besase. Sentí sangre en mis labios.

—Bien, muy bien —dijo, con la mirada ausente como la de un borracho. Y sin pronunciar más palabras el César de Oriente y su reina pasaron por mi lado. Ése fue el final de la única audiencia privada que mantuve con ellos. Quedé muy alicaído.

Durante los años siguientes las fechorías de la pareja fueron más allá de todo límite conocido desde la época de Calígula. Para empezar, ambos tenían avidez por el dinero.

Al objeto de favorecer la lucha por sus objetivos políticos, Constancia necesitaba todo el oro que pudiese reunir. Para conseguirlo probó todos los métodos: chantaje, venta de cargos públicos, confiscación. Uno de sus intentos de obtener fondos comprometieron a una familia que yo conocía. Fue una situación singular. Cuando la hija se casó con un joven muy guapo de Alejandría, su madre, una matrona habitualmente seria —así lo pensábamos todos—

, se enamoró súbitamente de él. Durante un año trató en vano de seducir a su yerno. Por último, él le dijo que si no dejaba de importunarlo, volvería a Alejandría. Fuera de sí, la mujer fue a ver a Constancia y le ofreció a la noble reina una pequeña fortuna por el arresto y la ejecución de su yerno. Constancia recibió el dinero, y el desgraciado joven fue ejecutado por un cargo

inventado para el caso. Consumado el hecho, Constancia, que no dejaba de tener un cierto humor amargo, envió a la matrona los genitales de su yerno con una breve nota:

«¡Al fin!»

La mujer enloqueció. Antioquía quedó escandalizada. Y comenzaron los días de terror.

Parecía como si Galo y Constancia hubiesen estudiado deliberadamente las vidas de monstruos anteriores para recrear sus antiguas acciones de horror. Nerón acostumbraba a vagar por las calles con una banda de rufianes, haciéndose pasar por un joven petimetre cualquiera. Igual hacía Galo. Calígula acostumbraba a preguntar a las personas qué pensaban del emperador y, si su respuesta no le complacía las hacía matar en el mismo lugar. Así lo hacía Galo. O lo intentaba. Por desgracia para él, Antioquía tiene el mejor sistema de iluminación del mundo, a diferencia del antiguo imperio romano. Nuestra noche es como el mediodía de

muchas ciudades, y Galo era reconocido casi siempre. En consecuencia, el prefecto pretorio de Oriente, Talasio, pudo persuadirlo de que no sólo no correspondía a un Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

César rondar por las calles de noche, sino que resultaba peligroso. Galo abandonó entonces sus merodeos.

Durante el tercer año de su mandato como César, hubo hambre en Siria. Cuando la escasez de alimentos empezó a dejarse sentir en Antioquía, Galo intentó fijar los precios a un nivel que permitiese a todos comprar trigo. Incluso los gobernantes sabios suelen cometer errores. La medida nunca da resultado porque su efecto es habitualmente el contrario del propuesto. El trigo es retirado del mercado o comprado por los especuladores que lo revenden con grandes beneficios, y aumenta el hambre. Los hombres son así y nada puede hacerse para cambiarlos. El Senado de

Antioquía tiene muchos defectos, pero sus miembros son conocidos comerciantes que saben que el mercado es su vida. Así que previnieron a Galo sobre los peligros de su política. El les ordenó obediencia. Como mantuvieron su resistencia, Galo envió sus guardias a la Cámara del Senado, arrestó a los senadores más relevantes, y los condenó a muerte.

Antioquía tiene razones para estar agradecida a Talasio y a Nebridio, el conde de Oriente. Valientemente dijeron a Galo que si continuaba con las ejecuciones apelarían al Augusto y pedirían la destitución del César. Fue una acción valiente y, para sorpresa de todos, tuvo éxito. Galo dejó en libertad a los senadores, y así terminó el asunto.

Durante algunos meses Antioquía se sintió aliviada al saber que la ciudad tenía un defensor en Talasio. Desgraciadamente poco después murió víctima de la fiebre. Pronto corrió el rumor de que había sido envenenado, pero yo sé que la fiebre lo mató, pues el médico que lo atendía es mi médico. Pero no tengo la

intención de escribir la historia de Galo, que es bien conocida.

JULIANO AUGUSTO

Después de la visita de Ecio sólo me encontré con Máximo en secreto. Me preocupé siempre de que los guardias que me acompañaban fuesen hermanos de Mitra. Creo que no fui traicionado ni una sola vez durante los tres años que viví con Oribaso en Pérgamo. También me propuse hacerme amigo del obispo de la ciudad, y con él concurrí a todas las fiestas galileas. Me despreciaba a mí mismo por este engaño, pero no tenía elección.

Durante esos años tuve libertad para viajar libremente por Oriente. Incluso pude visitar Constantinopla, aunque el chambelán sugirió con tacto que no viviese allí porque se trataba de una capital imperial que, en ese momento, no tenía un emperador residente. Esto significaba que cualquier visita que yo hiciese podría interpretarse como... Comprendí perfectamente y me

mantuve alejado de la ciudad.

No se me concedió permiso para visitar Atenas, por razones que desconozco. Galo me envió varias invitaciones para que fuese a Antioquía, pero yo siempre pude eludirlas. Pienso que se sentía aliviado por no tenerme a su lado. Sin embargo era muy consciente de su papel de hermano mayor y guardián, por no llamarlo gobernante. Cada semana recibía noticias tuyas en las que preguntaba por mi salud espiritual. Estaba ansioso, me decía, de que yo fuese un hombre bueno y devoto, como él. Pienso que era perfectamente sincero en sus exhortaciones. Sus defectos eran los normales. Simplemente desconocía quién era, no veía sus propios defectos, ceguera poco habitual y preferible, en general, a la de quien es incapaz de encontrar cualquier virtud en sí mismo.

Mi amistad con Oribaso fue la única relación íntima que tuve..., consecuencia, supongo, de no haber tenido una vida familiar normal. Oribaso era a la vez un amigo y un

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

hermano, aun cuando no somos muy parecidos en nuestra forma de pensar. Él es escéptico y cree en la experiencia, sólo le interesa el mundo material. Yo soy lo contrario. Él me equilibra, o trata de hacerlo. Y a veces pienso que le he hecho vislumbrar el significado de la metafísica. Durante casi cuatro años vivimos juntos, viajamos juntos, estudiamos juntos.

Incluso compartimos a una mujer durante algún tiempo, aunque esto ocasionó algunos problemas porque descubrí entonces, para mi sorpresa, que soy celoso. Nunca he perdonado a la hija de Antioquía, en Macelo, que Galo fuese su preferido. Sin embargo, debo aceptarlo.

Después de todo, Galo era mayor que yo y más apuesto. Aun así, le he guardado resentimiento. Sólo comprendí hasta qué punto cuando me encontré en la misma situación.

Una tarde pude oír cómo Oribaso y nuestra común

amante —una Gala de ojos azules—

hacían el amor. Escuché la respiración jadeante, oí crujir las correas del cuero de la cama. De pronto quise matarlos. Entonces comprendí con exactitud cuál era la naturaleza de Galo, y casi me desvanecí ante la violencia de mi propia respuesta. Pero el momento pronto pasó y me sentí avergonzado.

Durante esos años Máximo me enseñó muchas cosas. Me mostró los misterios, e hizo posible que pudiera contemplar al Uno. Fue un maestro perfecto. También, en contra de la leyenda, nunca trató de excitar mi ambición. Nunca hablamos de que yo me convirtiese en emperador. Era un tema prohibido.

PRISCO: Esto no es verdad. Por ciertas cosas que me dijeron, tanto Juliano como Máximo, sé que se dedicaban a conspirar para hacer emperador a Juliano. Máximo no estaba dispuesto a desperdiciar su tiempo en un príncipe menor, tampoco Oribaso, aun cuando su amistad con Juliano fuera auténtica o tan auténtica

como puede ser la relación de cualquier persona con un príncipe.

Por lo menos se me ha informado de una sesión en la que Máximo fue informado por uno de sus amigos invisibles de que Juliano estaba destinado a convertirse en emperador.

También sé que Sosípatra y otros magos participaban secretamente en la conspiración.

Naturalmente, cuando Juliano consiguió ser emperador, todos los magos de Asia pretendieron haberle prestado su ayuda. No sé por qué Juliano quiso negar lo que tantos de nosotros sabemos. Quizás para desanimar a otros que quisieran conspirar contra él, del mismo modo como él conspiró contra Constancio.

LIBANIO:«Conspiró» es una palabra equivocada, aunque, claro está, la narración de Juliano es interesada. Estoy de acuerdo con Prisco en que Máximo y Oribaso ya consideraban por adelantado el día en que su amigo sería, si no Augusto, por lo menos

César. También estoy completamente seguro de que Máximo consultó a los oráculos prohibidos, y todo lo demás.

Sosípatra me dijo hace muchos años: «La diosa Cibele siempre favoreció a Juliano, y así lo dijo. La estamos muy agradecidos por su ayuda.»

Pero tengo muchas dudas sobre la existencia de un complot político. Juliano disponía de muy poco dinero. Estaba vigilado por un destacamento de tropas cuyo comandante debía responder directamente ante el gran chambelán. Además, no creo que Juliano en ese momento deseara el principado. Estaba dedicado al estudio. Le aterrorizaba la corte. Nunca había dirigido un solo soldado, ni en tiempos de guerra ni de paz. ¿Cómo podía soñar entonces, a Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

los veinte años, en convertirse en emperador? O quizás si que soñaba —en realidad sabemos que lo hacía—,

pero difícilmente podría hacer planes para ocupar el trono.

JULIANO AUGUSTO

En el otoño del año 355 Galo hizo una visita oficial a Pérgamo. Fue la primera vez que me reuní con él desde que éramos muchachos en Macelo. Yo estaba con el prefecto y los dignatarios locales, y observaba cómo Galo recibía el homenaje de la ciudad.

Durante los cinco años que habíamos pasado sin vernos, me había convertido en un hombre con toda la barba. Pero Galo no había cambiado nada: seguía siendo el hermoso joven que todos admiraban. Confieso que sentí una antigua emoción cuando él me abrazó ceremoniosamente y miré de nuevo esos familiares ojos azules. ¿Qué era esa vieja emoción?

Una pérdida de voluntad, pienso. Yo haría todo aquello que él quisiera. Galo, por el solo hecho de existir, me quitaba fuerzas.

—Estamos contentos de volver a ver a nuestro querido y nobilísimo hermano. —Galo había adoptado por completo las formas imperiales. Antes de que pudiese contestarle se había vuelto hacia el obispo de Pérgamo —. Él es, según hemos oído decir, un pilar de la verdadera Iglesia.

—Por cierto, César, el nobilísimo Juliano es un valioso hijo de la sagrada Iglesia. —

Estaba sumamente agradecido al obispo. Me complacía además que tuvieran tanto éxito mis esfuerzos por parecer un devoto galileo.

Galo pronunció entonces un agradable discurso a los padres de la ciudad, que se preguntaban confundidos cómo una criatura tan encantadora podía tener la reputación de déspota cruel y frívolo. Galo sedujo a todos, incluso a mí.

Esa noche se le ofreció una comida en el palacio del prefecto. Se comportó muy bien, aunque noté que no rebajaba su vino con agua. Al terminar la noche estaba

borracho. Sin embargo mantuvo su dignidad y sólo lo traicionó una cierta lentitud en el habla. Aunque durante la comida estuve sentado junto a él, no me dirigió la palabra ni una sola vez. Todos sus esfuerzos estaban dirigidos a agradar al prefecto de la ciudad. Me sentía desdichado y me preguntaba en qué forma lo habría ofendido. Oribaso, que se sentó en el otro extremo del salón con los funcionarios inferiores de la corte, me guiñaba el ojo para animarme. Pero yo no me animaba.

La comida terminó. De pronto Galo se volvió hacia mí y me dijo:

—Venid conmigo. —Y así lo seguí mientras cruzaba a través de los reverentes cortesanos hasta su aposento, donde lo esperaban dos eunucos.

Nunca hasta entonces había visto la etiqueta de la alcoba de un César y observé, fascinado, cómo los eunucos, murmurando frases ceremoniales, desvestían a Galo mientras permanecía recostado en una silla de marfil, sin reparar en ellos. No tenía tampoco la menor

conciencia de si mismo ni ningún pudor. Cuando estuvo totalmente desnudo agitó los brazos y les ordenó: «¡Traednos vino!» Mientras nos servían el vino me habló a mí, o más bien hacia mí. A la luz de la lámpara su rostro brillaba encendido por el vino y su cabello rubio caía claro sobre su frente. Observé que conservaba todavía un bello cuerpo aunque comenzaba a echar barriga.

—Constancia quiere conoceros. A menudo habla de vos. Pero, por supuesto, no puede venir aquí. Uno de nosotros siempre debe permanecer en Antioquía. Espías. Traidores. Nadie Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

es honesto. ¿Comprendéis? Nadie. No se puede confiar en nadie, ni siquiera en la propia familia.

Traté en ese momento de hacer protestas de lealtad. Pero Galo me ignoró.

—Todos los hombres son malos. Lo entendí pronto. Nacen en pecado, viven en pecado y mueren en pecado. Sólo Dios puede salvarnos. Yo ruego para que me salve. —Galo hizo la señal de la cruz sobre su pecho desnudo—. Pero es una buena cosa ser César en un momento de maldad. Desde aquí —señaló hacia arriba— podéis verlos a todos. Podéis verlos en sus juegos. Pero ellos no pueden veros. A veces por la noche camino disfrazado por las calles.

Los escucho. Los oigo, sabiendo que puedo hacerles cualquier cosa y que ellos no pueden tocarme. Si quiero puedo violar a una mujer o matar a un hombre en un callejón. A veces lo hago. —Frunció el ceño—. Pero eso está mal. Lo sé. Trato de no hacerlo. Sin embargo, cuando hago esas cosas siento que hay algo superior que actúa a través de mí. Soy un hijo de Dios. Indigno como soy, Él me creó y a Él debo retornar. Soy lo que Él deseó que fuese. Ésa es la razón por la que soy bueno.

Debo decir que estaba asombrado por este peculiar

aprecio de sí mismo. Pero mi rostro sólo le mostró un respetuoso interés.

—He construido iglesias, he fundado órdenes religiosas y extirpado la herejía allí donde la he encontrado. Mis acciones favorecen el bien. Deben servirle. Para eso he nacido.

Apenas puedo creer que seáis mi hermano. — Cambiaba de pensamiento sin detenerse. Me miró por primera vez. Los famosos ojos azules estaban inyectados en sangre a la luz de la lámpara.

—Medio hermano, Galo.

—Aun así, somos de la misma sangre, que es lo importante. Eso es lo que me une a Constancia y a ti. Somos los elegidos de Dios para hacer la obra de su Iglesia sobre la tierra.

En ese momento una muchacha de extraordinaria belleza se deslizó silenciosamente en el salón. Ni Galo ni yo dimos importancia a su presencia. Continuó

hablando y bebiendo, mientras ella lo acariciaba delante mío. Fue uno de los momentos más incómodos de mi vida.

Traté de no mirar. Dirigí mi mirada hacia el techo. Miré al suelo, pero mis ojos se desviaban hacia mi hermano reclinado sobre el diván, que apenas se movía mientras la mujer lo complacía con infinita habilidad y delicadeza.

—Constancio hará cualquier cosa que yo le pida. Ese valor tiene el vínculo de sangre.

También escucha las peticiones de su hermana, mi esposa. Ella es la mujer más importante del mundo. Una esposa perfecta, una gran reina. —Cambió de posición sobre el diván para separar las piernas.

—Espero que hagáis una buena boda. Podéis hacerla, como sabéis. Constancio tiene otra hermana, Elena. Es mucho mayor que vos, pero eso no importa cuando se trata de la sangre. Quizás Constancio os case con ella. Quizás incluso os haga César, como a mí. ¿Os gustaría?

Apenas comprendí la pregunta; mis ojos estaban fijos en lo que hacia la muchacha.

Oribaso dice que soy un mojigato. Supongo que tiene razón. Yo sudaba nerviosamente mientras observaba los arrebatos de Galo.

—No —tartamudeé—. No quiero ser César. Sólo quiero ser estudiante. Soy completamente feliz.

—Todos mienten —dijo Galo con tristeza—. Incluso vos, carne de una misma carne.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pero existen pocas posibilidades de que seáis elevado a tal posición. Muy pocas. Yo tengo a Oriente, Constancio a Occidente. No sois necesario. ¿Tenéis mujeres en vuestro personal?

—Una. —Mi voz se quebró nerviosamente.

—¡Una! —Movi6 su cabeza sorprendido—. ¿Y tu amigo? ¿El que vive contigo?

—Oribaso.

—¿Es tu amante?

—¡No!

—Me sorprende. Est6 muy bien. No eres Adriano. No tiene importancia lo que haces.

Aunque si te gustan los muchachos, te sugiero tener esclavos. Desde el punto de vista pol3tico es peligroso tener relaciones con un hombre de la misma clase.

—No estoy interesado... —empec6 a decir, pero 6l continu6 habl6ndome.

—Los esclavos siempre son mejores. Especialmente los caballerizos y lacayos. —De pronto brillaron sus ojos azules, por un instante su rostro se transfigur6 por la malicia. Quiso que recordara lo que hab3a visto en el

monte. —Haced lo que queráis. De todas maneras, mi único consejo para vos, mi única advertencia, no sólo como hermano sino como gobernante es que... — Súbitamente se detuvo y respiró profundamente. La muchacha había terminado; permanecía inmóvil frente a él, con la cabeza inclinada. Él sonrió, seductoramente. Luego se levantó y con todas sus fuerzas la golpeó de lleno en el rostro. Ella dio un traspies, a punto de caer, pero no dijo palabra. Después, a un gesto de él, se retiró. Galo se volvió hacia mí como si nada hubiera ocurrido y retomó la frase que había empezado—. .en ninguna circunstancia debéis ver a ese mago Máximo. Ya hay rumores de que habéis perdido la fe. Sé que no es cierto. ¿Cómo podríais hacerlo? Somos de la casa de Constantino el Grande, el igual de los apóstoles. Somos los elegidos de Dios, pero aun así.. —Bostezó. Se echó sobre el diván—.

Aun así.. —repitió y cerró sus ojos. Durante un momento esperé que continuase, pero estaba dormido.

Reaparecieron los eunucos. Uno echó una manta de

seda sobre Galo. Otro retiró el vino. Actuaban como si lo que yo había presenciado fuese parte de una noche habitual; quizás lo fuese. Cuando Galo empezó a roncar como un borracho salí del cuarto de puntillas.

PRISCO: Siempre pensé que Juliano habría sido un hombre feliz con sólo parecerse un poco más a Galo. Nadie puede decir que Galo no gozara de la vida. No se privó de nada. Le tengo una gran envidia.

LIBANIO: Evidentemente Prisco ha encontrado su ideal.

Al cabo de pocos meses de su visita oficial a Pérgamo, Galo cayó. A lo largo de dos años el emperador había recibido inquietantes informes sobre él. Nebridio le había dicho valientemente que si no era depuesto como César habría guerra civil en Siria. En su última carta a Constancio, Talasio le había dicho algo muy parecido.

Un incidente terminó por rebosar el vaso. La escasez de alimentos había empeorado.

Las clases bajas provocaron tumultos. Tras su fracaso en fijar los precios, Galo había Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

decidido abandonar Antioquía lo más rápidamente posible. Como pretexto anunció que planeaba invadir Persia (aunque no poseía tropas suficientes ni para conquistar una cenagosa aldea del Nilo).

El día en que Galo decidió abandonar la ciudad, el Senado se reunió frente al monumento de Julio César. También se concentró una gran multitud aunque su interés no era despedir al César. Querían comida, y así lo manifestaban. Hicieron la más terrible barahúnda.

Tuve la oportunidad de contemplarla; nunca hasta entonces había visto a una multitud tan enardecida. Protegidos por la guardia personal, que había desenvainado las espadas, el César y el Senado intercambiaron formalidades. Mientras, alrededor nuestro, la multitud rugía y empujaba para acercarse

hasta donde estábamos. Incluso Galo estaba alarmado.

Teófilo, el gobernador de Siria, se adelantó para dirigir un discurso al César. Teófilo era un excelente funcionario, pero impopular. No conozco bien las razones. Los habitantes de Antioquía son totalmente frívolos ante los asuntos públicos. Son capaces de ahorrar a un tirano cruel si es ingenioso. Pero si quien los gobierna no sabe expresarse, lo desprecian aunque sea una buena persona. Y a Teófilo lo menospreciaban; se mofaban de su discurso. De pronto, la multitud comenzó a gritar: «¡Comida! ¡Comida!»

Miré a Galo. Al principio se mostró contrariado; luego alarmado. Pero en seguida dio muestras de ser astuto. Levantó la mano para pedir silencio, pero continuó el griterío. Teófilo dio orden de tocar los tambores, que sonaron siniestramente. La multitud quedó en silencio.

Galo tomó la palabra.

—Mi buen pueblo, el corazón de vuestro César se condeule por vosotros. Pero está confundido. Decís

que os falta comida. Pero ¿por qué? Hay alimentos en Antioquía.

Los depósitos están llenos de trigo. Vuestro César lo guardó allí para vosotros.

—¡Que nos lo den entonces! —se oyó una voz.

Galo movió afirmativamente la cabeza.

—Pero si es vuestro... El gobernador lo sabe. —Se volvió hacia el sorprendido gobernador—. Teófilo, os he dicho que alimentéis al pueblo. ¿Por qué me habéis desobedecido? ¿Por qué habéis sido tan cruel? Aunque estéis aliado con los especuladores, debéis tener piedad del pueblo. ¡Los pobres están hambrientos, Teófilo! ¡Alimentadlos!

En toda mi vida he presenciado una escena de tanta maldad. Deliberadamente, Galo incitó al pueblo contra su propio gobernador, y se alejó cabalgando a la cabeza de sus legiones, dejándonos en medio de la violenta multitud. Como el resto del Senado, huí. Por

suerte nadie resultó lastimado, a excepción de Teófilo, que fue despedazado.

Ese día Galo perdió el escaso apoyo que tenía entre nosotros.

Cuando Constancio tuvo noticias de lo sucedido con Teófilo, comprendió la necesidad de llamar a Galo para que volviese. Pero es más fácil hacer un César que destruirlo.

Constancio sabía que si actuaba contra Galo provocaría la guerra civil. Por ello procedió con cautela. Lo primero que hizo fue ordenar que el ejército de Galo se concentrase en Servia, para preparar una campaña sobre el Danubio. Las tropas inactivas, dijo Constancio, tienden a amotinarse. De este modo, Galo se quedó únicamente con su guardia personal y un destacamento de tiradores. Luego Constancio dio instrucciones al prefecto Domiciano (hasta hacía poco tiempo conde de la Sagrada Dádiva y experto en finanzas) para que fuese a Siria, como si se tratara de

un viaje de rutina por las provincias. En Antioquía Domiciano debía persuadir a Galo para que obedeciese la orden del emperador de ir a Milán «para una consulta». Por desgracia, Domiciano era vanidoso y despótico, y pensaba que nadie era tan Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

inteligente como él. No conozco la razón, pero éste parece un rasgo común a todos los ministros de finanzas.

Domiciano llegó a Antioquía coincidiendo con el regreso de Galo después de un mes de campaña contra la frontera persa. En vez de acudir primero al palacio del César como exige el protocolo, Domiciano se dirigió a los cuarteles militares, explicando que estaba demasiado enfermo como para concurrir a la corte. Durante varias semanas permaneció en los cuarteles, conspirando contra Galo y enviando informes muy críticos al emperador sobre la actuación del César. Por

último, Galo ordenó a Domiciano que acudiese a una reunión del Consistorio. Así lo hizo éste, y en una escena de increíble insolencia, Domiciano le dijo a Galo que si no obedecía inmediatamente al emperador e iba a Milán, «ordenaré personalmente que no os envíen más abastecimiento». Se marchó del palacio y se dirigió a los cuarteles, donde creyó estar a salvo.

No asistí a esa histórica reunión del Consistorio del César, pero quienes estuvieron presentes me dijeron que se produjo un increíble enfrentamiento y que, por una vez, todas las simpatías estuvieron a favor del César insultado.

Galo contraatacó con rapidez. Ordenó que Domiciano fuese arrestado bajo la acusación de haber cometido un delito de lesa majestad. Para dar al arresto visos de legitimidad, envió a su asesor legal, el cuestor Moncio, para que instruyese a las tropas sobre la forma en que debían comportarse. Moncio era un anciano apasionado por la corrección de los procedimientos. Le dijo a Galo con sequedad que el César no tenía

autoridad sobre un prefecto que se ocupaba de asuntos del emperador. Galo hizo caso omiso a sus palabras.

Entonces Moncio se presentó ante las tropas que habían sido convocadas a la asamblea y les dijo que lo que Galo pensaba hacer no sólo era ilegal sino también sumamente peligroso, y que todo soldado que obedeciese al César cometería un delito de traición. «Pero si os decidís a arrestar al prefecto del emperador, os aconsejo que primero destruyáis las estatuas del emperador, así por lo menos vuestra revuelta será honesta.»

Las tropas quedaron confundidas. Pero no por mucho tiempo. Cuando Galo supo lo que Moncio había hecho, se precipitó a la asamblea y arengó a las tropas como sólo él sabía hacerlo.

—Estoy en peligro. Y vosotros también. Estamos en peligro por culpa de los conspiradores, uno de los cuales es mi propio Consistorio. —Y se volvió con fiereza hacia el valiente anciano Moncio—. Sí, incluso

el cuestor Moncio está implicado en esta conspiración. Conspira contra mí, tanto como contra Constancio. Os dice que no puedo arrestar a un insolente prefecto porque se ocupa de algunos asuntos del emperador.

Pero yo tengo el derecho de exigir disciplina a todos los funcionarios de Oriente. Seria infiel al juramento que presté a Constancio si no mantuviese el orden en Antioquía. —Y así siguió.

Cuando Galo terminó su discurso contaba con el apoyo de las tropas, que asesinaron a Moncio en su presencia. Luego se dirigieron contra los cuarteles militares, que no opusieron resistencia. Encontraron a Domiciano en el segundo piso, en la oficina privada del comandante. Tiraron al desdichado prefecto por las escaleras (que son muy inclinadas; una vez me torcí un tobillo subiéndolas). Luego arrastraron por las calles de Antioquía los cuerpos de Domiciano y Moncio, uno junto al otro.

Galo estaba ahora atemorizado. Aunque sus tropas

bastaban para mantener el orden en Antioquía, no tenía posibilidades de resistir a Constancio, y era evidente que pronto se enfrentarían en un abierto conflicto. Pero Galo todavía pretendía cumplir las órdenes del emperador cuando declaró la ley marcial y arrestó a quienes, según sus sospechas, *Revisa d o p o r H y s p a s t e s .*

Junio 2005

conspiraban contra él. Entre los arrestados figuraba la mitad del Senado. Durante esta época de tumultos, yo me retiré a Dafne.

Galo implantó un tribunal militar y procesó ante él a todos los que habían sido acusados de traición. Durante los procesos, en la sala del tribunal, Constancia oyó los testimonios sentada detrás de una cortina, desde donde podía sacar la cabeza en cualquier momento y hacer una pregunta, o dar su opinión. Fue un espectáculo bochornoso. Los rumores eran aceptados como hechos reales y justificados, y nadie se encontraba seguro.

En la tienda de un tintorero, un agente secreto vio un manto purpúreo de los que sólo pueden usar los emperadores. Inmediatamente se supuso que el manto había sido encargado por un supuesto usurpador. Aunque el dueño del comercio tuvo el acierto de desaparecer, rápidamente encontraron su rastro. El servicio secreto se presentó con una carta de un diácono que preguntaba cuándo estaría listo el trabajo que había encargado. Esto resultó suficiente. El «trabajo» era el manto púrpura, de acuerdo con el servicio secreto, que no poseía otra prueba. El inocente diácono fue arrestado, torturado, procesado y condenado a muerte. Eso era típico de la «justicia» de las cortes de Galo.

Al no poder persuadir Constancio a Galo para que fuese a Milán, ordenó que lo hiciese su hermana Constancia. Confiando en que podría solucionar las diferencias existentes entre su esposo y su hermano, Constancia partió para Milán. Pero durante el camino murió de fiebre, y éste fue el golpe final para Galo. Aunque entonces estaba totalmente dispuesto a

proclamarse Augusto de Oriente, le faltaba el poderlo militar necesario para resistir a Constancio.

Finalmente llegó una carta de Constancio en tono más amistoso. El emperador le recordaba a Galo que, bajo Diocleciano, un César siempre obedecía a su Augusto, citando el famoso caso del César Galeno que hizo una milla a pie porque el Augusto Diocleciano estaba disgustado con él. Esta carta fue entregada por Scudilo, un maestro en diplomacia, que le dijo a Galo en privado que Constancio no deseaba hacerle ningún daño.

¿Se lo creyó Galo? Parece imposible. Pero por aquel entonces estaba desesperado.

Había quedado completamente desmoralizado por la muerte de su esposa. Para sorpresa de todos, se mostró conforme en ir a Milán. Sin embargo insistió en hacer el viaje por Constantinopla donde, como César reinante, presidió los juegos en el Hipódromo.

Pero el mismo Juliano describe esta escena.

JULIANO AUGUSTO

A fines de otoño del año 354 me enteré de la súbita muerte de Constancia. Escribí a Galo una carta de pésame que no tuvo respuesta. Ya tenía dificultades en Antioquía, donde un mensajero le ordenó que regresara a Milán. Galo, con bastante razón, decidió no ir. En cambio, mandó a Constancia para que se entrevistara con el emperador, con la esperanza de que ella haría las paces entre ambos. Pero cuando ella murió de fiebre en Bitinia comprendió que debía elegir entre obedecer a Constancio o comenzar la guerra civil. Engañado por los eunucos que le aseguraron que estaría seguro en Milán, Galo partió para Occidente. En el camino me envió un mensaje con la orden de que me uniese a él en Constantinopla. Obedecí.

LIBANIO: Es fascinante observar cómo un hombre tan objetivo y apasionado por la verdad como Juliano puede proteger con tal cuidado la memoria de su hermano. No dice una palabra Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

sobre los asesinatos de Moncio y Domiciano, ni menciona tampoco procesos por traición.

Sospecho que Juliano está más interesado en urdir argumentos contra Constancio que en decir realmente lo ocurrido..., un fallo humano.

JULIANO AUGUSTO

Me encontré con Galo detrás del palco imperial del Hipódromo. El palco es en realidad un pabellón de dos pisos conectado por un largo corredor con el Sagrado Palacio. En el primer piso hay salones para los músicos y funcionarios de menor categoría; el segundo piso contiene una serie de cámaras utilizadas por la familia imperial.

Las carreras de caballos comenzaron cuando llegué. A través de las cortinas que cubrían la puerta del palco pude oír a la multitud gritando a sus jinetes favoritos. De pronto, Galo corrió la cortina.

—Quedaos ahí —dijo, y dejó caer la cortina. Estaba pálido. Sus manos temblaban.

Hablaba en voz baja, y sus gestos eran furtivos—. Oídme. Sé lo que dice el pueblo: que nunca regresaré vivo de Milán. Pero no lo creáis. Todavía soy César. —Hizo un gesto hacia la cortina—. Habéis oído cómo me aclama la multitud. La gente está conmigo. Además, en Servia tengo un ejército que me espera, tropas tebanas leales. Todo ha sido planeado con cuidado. Cuando se me reúnan estas tropas estaré listo para enfrentarme a Constancio. —Pero sus ojos revelaban la inseguridad que sus palabras trataban de disipar.

—¿Os declararéis en rebelión?

—Espero que no. Tengo esperanzas de lograr una tregua. Pero ¿quién puede saberlo?

Deseaba veros para deciros que fueseis a un monasterio si algo me pasase. Tomad los hábitos, si es necesario. Es la única forma en que estaréis seguro. Luego... —De pronto miró a su alrededor como si

estuviese perdido—. Vengadme.

—Pero estoy seguro de que el emperador... —empecé a decir, pero fui interrumpido por un fornido hombre de rostro rojizo quien me saludó alegremente.

—Nobilísimo Juliano, soy el conde Lucilano, que viajo con el César como su...

—¡Carcelero! —Galo enseñó los dientes como un lobo.

—El César goza burlándose de mí. —Se volvió hacia Galo—. La multitud está esperando para que entreguéis a Tórax la corona del vencedor. Acaba de ganar la carrera de carros.

Galo se volvió con brusquedad y corrió las cortinas. Por un instante su silueta se perfiló contra el deslumbrante cielo azul. La multitud que estaba detrás suyo estalló como una tormenta marina.

—¿No se unirá a nosotros el nobilísimo Juliano? —

preguntó Lucilano, consciente de que instintivamente me había alejado de la fuerte luz y del súbito clamor.

—¡No! —dijo Galo—. Va a ser sacerdote. —Luego dejó caer la cortina detrás suyo.

Y eso fue todo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

El resto de la historia es bien conocida. Galo y sus «carceleros» tomaron la ruta por tierras a través de Iliria. Las tropas de las guarniciones a lo largo de la ruta habían sido trasladadas y Galo no pudo pedir ningún auxilio. Era cierto que las tropas tebanas estaban esperando en Adrianópolis, pero Galo no pudo verlas. Era un prisionero en todo menos en el nombre. En Austria fue arrestado por el infame conde Barbaso, que hasta hacía poco había sido comandante de su propia guardia, y encarcelado en Istria, donde se realizó el proceso presidido por el gran chambelán Eusebio.

Galo fue enjuiciado por todos los delitos cometidos en Siria durante los cuatro años de su reinado. La mayoría de las acusaciones eran absurdas y el proceso fue una farsa.

Pero Constancio gustaba tanto del despliegue de legalidad como le disgustaba la idea de justicia. La única defensa de Galo consistió en inculpar a su esposa de todo. Eso fue indigno de él; pero nada que pudiese decir o hacer podía salvarlo. Además, acusando a la hermana de Constancio de un millar de delitos (ella era responsable de muchos más), Galo pudo dar un último golpe a su implacable enemigo. Furioso por la forma en que se defendía, Constancio ordenó que fuese ejecutado.

Le cortaron la cabeza a primeras horas de la noche del 9 de diciembre del año 354. Sus brazos fueron atados a su espalda como si se tratase de un criminal común. No hizo una última declaración. Y si la hizo, fue suprimida. Murió a los veintiocho años. Dice que ese día sufrió terriblemente, acosado por pesadillas. De los

hombres de la familia imperial sólo quedábamos ahora Constancio y yo.

El primero de enero del año 355 fue ordenado mi arresto. Pero para entonces yo ya había ingresado en una orden religiosa de Nicomedia. Estoy seguro de que al principio ninguno de los monjes supo quién era yo. Me presenté ante ellos con la cabeza afeitada y tenía el aspecto de un novicio cualquiera. Oribaso también me protegió. Cuando el mensajero imperial llegó a Pérgamo para arrestarme, Oribaso le dijo que había partido hacia Constantinopla.

Fui monje durante seis semanas. La vida monacal me pareció sorprendentemente placentera; gocé de la austeridad y del trabajo físico ligero. Los monjes mismos no me interesaban mayormente. Supongo que muchos de ellos tenían sentimientos religiosos, pero la mayoría eran simples vagabundos que se habían cansado de las incomodidades de la vida.

Consideraban el monasterio más como un hotel que

como el lugar donde se sirve a Dios Uno.

Sin embargo, eran de trato agradable y si no fuese por los rituales galileos, hubiera podido sentirme bastante feliz entre ellos.

Creo que nunca sabré la forma en que fui descubierto. Quizás me reconoció uno de los monjes o quizás sospecharon los agentes al controlar los registros de los diversos monasterios en busca de novicios. El arresto, independientemente de la forma en que se efectuó, se hizo con rapidez y eficacia. Yo estaba en la cocina del monasterio, ayudando al panadero a encender su horno, cuando entró un destacamento de tropas imperiales haciendo mucho ruido.

Su comandante me saludó.

—El nobilísimo Juliano debe acompañarnos a Milán, por orden del Augusto.

Permanecí callado. Los monjes me miraron en silencio. Me separé de ellos y a través de las frías calles de

Nicomedia llegué hasta el palacio imperial. Allí fui recibido por el prefecto de la ciudad, que estaba muy nervioso. Hacia cinco años que Galo había sido enviado a Milán en circunstancias similares. Había sido nombrado César de Oriente, y lo mismo podía ocurrir conmigo. Para un funcionario, resultaba difícil saber a qué atenerse conmigo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Naturalmente, nos disgustan estas precauciones de seguridad. —El prefecto señaló a los guardianes—. Pero comprenderéis que el departamento del gran chambelán, como siempre, fue muy claro en sus instrucciones. No omitió ningún detalle.

Me mostré cortés y reservado. También me alegró algo el saber que mi escolta militar estaría al mando de Víctor, el mismo oficial que había conocido en Macelo.

—No me gusta cumplir con esta obligación —se

excusó Víctor—. Espero que lo comprendáis.

—A mi tampoco me gusta.

Víctor frunció el ceño.

—En particular me molesta sacar a un sacerdote de un monasterio.

—No soy precisamente un sacerdote.

—Aun así, os estabais preparando para tomar las órdenes. Nadie tiene derecho a apartar a un hombre del servicio de Dios, ni siquiera el emperador.

Víctor era un devoto galileo y por aquel entonces estaba convencido de que yo también lo era. No hice nada por desengañarlo.

Al día siguiente partimos hacia Constantinopla. Aunque fui tratado como príncipe, no como prisionero, me pareció un mal presagio emprender la misma ruta hacia Italia que Galo había tomado algunos meses antes.

Mientras dejábamos Nicomedia, vi una cabeza sobre una pica. Apenas pude distinguirla. Casi siempre se veía expuesta la cabeza de algún reo en la puerta principal de todas las ciudades.

—Lo siento —dijo Víctor de pronto—. Pero se nos ordenó utilizar esta puerta.

—¿Por qué lo sentís?

—Por haceros pasar por delante de la cabeza de vuestro hermano.

—¿Galo? —Me volví en mi montura y miré nuevamente la cabeza. El rostro estaba tan mutilado que sus rasgos resultaban irreconocibles, pero era imposible no distinguir su rubio cabello, pese a estar mezclados con tierra y sangre.

—El emperador la ha exhibido en todas las ciudades de Oriente.

Sentí náuseas y cerré los ojos.

—Vuestro hermano tuvo muchas buenas cualidades — dijo Víctor—. Es una pena.

Desde entonces he respetado a Víctor. Precisamente cuando había agentes secretos por todas partes y nadie podía sentirse seguro, él tuvo el coraje de decir algo favorable de un hombre ejecutado por traición. Víctor también fue franco en mi defensa. Consideraba que las dos acusaciones que me hizo el departamento del gran chambelán no eran demasiado graves (que había dejado Macelo sin autorización, y que me había encontrado con Galo sin permiso cuando él ya era acusado de traición). Del primer cargo era inocente. El mismo gran chambelán le había escrito al obispo Jorge, otorgándome permiso para vivir libremente por Oriente. Por fortuna guardé una copia de esta carta.

Respecto de la segunda acusación, yo había sido llamado a Constantinopla por el César de Oriente, entonces reinante. ¿Cómo podía desobedecer a mi legítimo señor?

—No tenéis nada que temer —dijo Víctor. Pero yo no era nada optimista.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Puesto que viajaba como un príncipe, fui recibido en cada ciudad por los dignatarios locales. Aunque andaba preocupado por mi propio destino, sentí sin embargo algún placer al ver cosas nuevas. Disfruté particularmente cuando Víctor me permitió visitar Ilión, una moderna ciudad cercana a las ruinas de la antigua Troya.

En Ilión fui guiado por el obispo local. Al principio mi corazón dio un brinco; un obispo galileo era la última persona que podía interesarse en mostrarme los templos de los verdaderos dioses. Pero, sorprendentemente, el obispo Pegasio era un ardiente helenista. En realidad, fue él quien se sorprendió cuando le pregunté si podíamos visitar los templos de Héctor y Aquiles.

—Por supuesto. Nada me complacería más. Me sorprende que estéis interesado por los antiguos monumentos.

—Soy un hijo de Homero.

—Como todo hombre instruido. Pero también somos cristianos. Incluso aquí conocemos bien vuestra piedad.

—No estaba seguro de si me hablaba con ironía o no. Todos conocían mi amistad con Máximo, y muchos galileos desconfiaban de mí. Por otra parte, mi arresto en un monasterio había dado lugar a una nueva leyenda: la del príncipe-sacerdote. En este papel, le expliqué al sacerdote que yo era simplemente un estudioso de Homero que deseaba ver los famosos templos que nuestros antepasados les habían construido a esos dioses (¡falsos dioses!) y a los héroes que habían luchado en ese lugar visitado por aparecidos.

Pegasio me llevó primero al pequeño templo donde está la famosa estatua de bronce de Héctor, que se dice fue hecha del natural. En el patio sin techo que

rodea al templo se encuentra también una colosal estatua de Aquiles, enfrentado a Héctor en la efigie tanto como en la vida. Con sorpresa vi que los altares del patio tenían humo de recientes sacrificios, mientras que en la estatua de Héctor brillaba una unción.

Me volví hacia el obispo.

—¿Qué significan esos fuegos? ¿El pueblo todavía rinde culto a Héctor?

Pegasio me contestó con suavidad.

—Ciertamente. Es lógico rendir culto a nuestros héroes de la misma manera que rendimos culto a los mártires que también vivieron aquí.

—No creo que sea lo mismo —dije con severidad.

—Bueno, por lo menos tratamos de conservar muchas obras de arte.

A continuación se dedicó a mostrarme los templos de

Atenea y Aquiles, ambos en perfecto estado. Noté además que cada vez que pasábamos ante la imagen de un antiguo dios, no siseaba ni hacía la señal de la cruz como hacen muchos galileos, temerosos de la contaminación.

Pegasio demostró ser un guía maravilloso para visitar Troya. Me sentí conmovido, en particular cuando me mostró el sarcófago de Aquiles.

—Aquí yace el valiente Aquiles. —Golpeó sobre el antiguo mármol—. Un héroe y gigante..., realmente, un gigante. Hace algunos años abrimos la tumba y encontramos los huesos de un hombre de unos siete pies de alto, y donde debía estar su talón se encontraba la punta de una flecha.

Era aterrador encontrarse tan cerca del pasado legendario. Pegasio pudo observar que yo estaba impresionado. Pese a todos mis esfuerzos, era transparente como el agua.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Aquéllos eran grandes días —dijo con suavidad.

—Volverán —dije sin pensar en lo que decía.

—Ruego para que tengáis razón —repuso el obispo de Ilión. En la actualidad Pegasio es mi sacerdote superior de Capadocia. Nunca fue galileo aunque pretendió serlo, pensando que si alcanzaba una posición importante dentro de esa depravada secta podría preservar los templos de nuestros antepasados. Ahora goza de su libertad.

PRISCO: Y ahora goza de la vida en la corte persa, donde, de acuerdo con las habladurías, se ha convertido al culto persa del sol. Juliano admitió a la gente más dispar.

JULIANO AUGUSTO

A principios de febrero llegamos a Como, un pueblo junto a un lago que se encuentra a unas treinta millas al

norte de Milán. Allí permanecí como prisionero alrededor de seis meses.

Sólo se me permitió ver a los sirvientes que habían venido conmigo. No se me entregaban las cartas de Oribaso ni de Máximo. Muy bien podría haber muerto. Me consolé leyendo las obras completas de Plinio el Joven, que vivió en Como. Recuerdo con qué aversión leí su descripción del «encantador Como». Odio el lugar, e incluso el lago azul verdoso.

Durante ese tiempo no tuve idea de lo que ocurría en el mundo exterior, probablemente porque yo era objeto de un violento debate en el Sagrado Consistorio. De acuerdo con Eusebio, «es otro Galo». Una mayoría del Consistorio estaba de acuerdo con el chambelán.

Curiosamente, la oposición fue dirigida por la emperatriz Eusebia. Aunque ella no era miembro del Consistorio, podía dar a conocer sus opiniones.

—Juliano no ha cometido ningún delito. Su lealtad nunca ha sido seriamente cuestionada. Es el único

sobreviviente masculino de la casa imperial. Hasta que proporcionemos un hijo al emperador, Juliano es el heredero del principado. Pero si Juliano es ejecutado y el emperador muere sin descendencia, el cielo no lo permita, se extinguirá la casa de Constantino y reinará el caos en el imperio.

Finalmente triunfó Eusebia. Pero las discusiones duraron seis meses, durante los cuales Constancio no dijo una sola palabra. Se limitó a oír, tolerar y esperar.

A comienzos de junio llegó a Como un chambelán de la corte.

—El nobilísimo Juliano es esperado por la divina emperatriz Eusebia.

Quedé sorprendido: la emperatriz; no el emperador. Traté de averiguar, pero sólo pude sonsacar al chambelán que sería llevado a una audiencia privada. No, no podía decirme si el emperador me recibiría. No estaba seguro de que el emperador estuviese en Milán. Me demostró de este modo que no estaba dispuesto a

proporcionarme información.

Entramos en Milán a través de la puerta de una de las torres de observación. En completo secreto fui conducido apresuradamente a través de estrechas calles hasta una entrada lateral del palacio. Una vez dentro del palacio me encontré con los chambelanes que me llevaron directamente hasta el departamento de la emperatriz.

Eusebia era mucho más bella de lo que dejaban entrever sus retratos. Los ojos y la boca, que parecían tan severos en el mármol, no eran en la realidad nada severos, sino Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

meramente tristes. Un manto de color fuego destacaba su pálido rostro y su negro cabello. Era mucho mayor que yo.

—Estamos contentos de recibir a nuestro primo, el nobilísimo Juliano —murmuró con formalidad. Llamó a

una de sus acompañantes para que trajese una silla plegable y la colocase junto a la silla de plata de la emperatriz.

—Esperamos que nuestro primo goce de su estancia en Como.

—El lago es muy hermoso, Augusta. —Ante un gesto de ella, me senté en la silla.

—Sí. El lago nos gusta al emperador y a mí.

Por un tiempo, que pareció una eternidad, hablamos de ese desdichado lago. Mientras tanto ella me estudiaba cuidadosamente. Y debo añadir que yo también la estudiaba a ella.

Eusebia era la segunda esposa de Constancio. La primera había sido Gala, la media hermana de Galo. Ella tenía la misma madre que Galo, quien a su vez tenía el mismo padre que yo.

Nunca la vi, y no creo que Galo se encontrase con su

hermana más de una vez o dos. A su muerte, Constancio se casó en seguida con Eusebia. Se dijo que siempre había estado enamorado de ella. Descendía de una excelente familia de cónsules. Era un personaje popular en la corte, y en más de una ocasión había salvado a hombres inocentes de los eunucos de Constancio.

—Se nos ha dicho que pensáis convertirnos en sacerdote.

—Estaba en un monasterio, cuando se me... llamó a Milán. —Empecé a tartamudear como me ocurre a menudo cuando estoy nervioso. Entonces la letra «m» me produce problemas.

—Pero, ¿verdaderamente queréis ser sacerdote?

—No sé. Prefiero la filosofía. Creo. Me gustaría vivir en Atenas.

—¿No os interesa la política? —Sonrió mientras me decía esto, sabiendo cuál iba a ser necesariamente mi

respuesta.

—¡No! Absolutamente nada, Augusta.

—Sin embargo tenéis determinadas responsabilidades ante el estado. Formáis parte de la familia imperial.

—El Augusto no necesita mi ayuda.

—Eso no es totalmente verdad. —Dio unas palmadas y las dos acompañantes se retiraron, cerrando con suavidad las puertas de cedro.

—Nada es secreto en un palacio —dijo—. Nunca se está solo.

—¿Estamos solos ahora?

Eusebia volvió a dar más palmadas. Dos eunucos salieron de detrás de los pilares de un extremo opuesto del salón. Hizo que se retirasen.

—Pueden oír pero no pueden hablar. Una precaución.

Pero además hay otros que escuchan de los cuales una no sabe nada.

—¿Los agentes secretos?

Movió la cabeza afirmativamente.

—Ellos pueden decir todo lo que hablamos entre nosotros dentro de este salón.

—¿Pero dónde...?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Sonrió ante mi sorpresa.

—¿Quién sabe dónde? Pero se sabe que están en todas partes.

—¿Incluso os espían a vos?

—Especialmente a la emperatriz. —Estaba serena—.

Siempre ha sido así en los palacios. Así que recordadlo para hablar... con cuidado.

—¡O no hablar!

Se rió. Me sentí algo tranquilizado. Casi confiaba en ella. Entonces se puso seria.

—El emperador me ha dado permiso para hablar con vos. Se resistía. No necesito deciros que, desde lo ocurrido con Galo, se siente totalmente rodeado de traidores.

No confía en nadie.

—Pero yo...

—En vos confía menos que en nadie. —Eso era audaz. Pero le agradecí su franqueza—

. También contra su propio criterio, nombró César a vuestro hermano. A los pocos meses, Galo y Constancia estaban conspirando para usurpar el trono.

—¿Estáis tan segura?

—Lo hemos probado.

—Se me ha dicho que los agentes secretos muchas veces inventan «pruebas».

Se encogió de hombros.

—En este caso no era necesario. Constanca era indiscreta. Nunca confié en ella.

Pero eso ha pasado. Ahora sois vos la amenaza potencial.

—Fácil de resolver —dije con más amargura de la que quería—. Ejecutadme.

—Hay muchos que lo aconsejan. —Iba directamente al grano, como yo—. Pero yo no soy de éstos. Como vos sabéis, y como todo el mundo sabe, Constanca no puede tener un hijo. —Su expresión se volvió fría—. Mi confesor me ha asegurado que se trata de un castigo

del cielo sobre mi esposo por haber causado la muerte de tantos miembros de su propia familia. No es que no puedan justificarse esas muertes —agregó ella con lealtad—. Pero, justificadas o no, hay una maldición para quienes matan a los de su propia sangre. Esta maldición ha caído sobre Constancio. No tiene herederos y estoy segura de que nunca tendrá ninguno, si os condena a muerte.

Era eso, por fin. Mi rostro debió reflejar un enorme sentimiento de alivio.

—Sí. Estáis seguro. Por el momento. Pero aún queda el problema de lo que se hará con vos. Esperamos que toméis las órdenes religiosas.

—Lo haré si es necesario.

Si, dije eso. Estoy contando mi vida de la manera más honesta posible. En ese momento hubiera rendido culto a las orejas de una mula con tal de salvarme.

Pero Eusebia no era insistente.

—Vuestro amor al conocimiento también parece auténtico. —Sonrió—. Oh, nosotros sabemos a quién veis, qué libros leéis; poco ha escapado a la atención del departamento del chambelán.

—Entonces saben que quiero ser filósofo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Sí. Y creo que el emperador os concederá vuestro deseo.

—Estaré eternamente agradecido, y seré leal. Nada tiene que temer de mí, incluso... —

balbuceé con entusiasmo.

Eusebia me observó, divertida...

—Galo vino a decirle poco más o menos lo mismo.

Después de esta desanimadora observación se levantó

y dio por terminada la entrevista.

—Trataré de concertaros una entrevista con el emperador. No será fácil, es tímido.

—En ese momento me costó creerlo, pero, por supuesto, Eusebia tenía razón.

Constancio temía todos los contactos humanos. Una de las razones residía en su afición por los eunucos que, en general, no eran humanos del todo.

Dos días después fui visitado por el mismo gran chambelán. Me costó creer que esa encantadora criatura, con su voz acariciante y su sonrisa con hoyuelos, aconsejase diariamente al emperador mi ejecución. Casi llenaba con su cuerpo el pequeño aposento en que yo había sido confinado.

—¡Oh, habéis crecido, nobilísimo Juliano! En todas formas. —Eusebio tocó mi rostro con delicadeza—. Y vuestra barba ahora es de lo más filosófica. ¡Cómo os la hubiera envidiado Marco Aurelio! —Por un instante

uno de sus gordos dedos descansó, liviano como una mariposa, en la punta de mi barba. Después nos quedamos frente a frente, mirándonos; yo nervioso, él mesurado—. No necesito decirlo lo contento que estoy de veros en la corte.

Todos lo estamos. Aquí es donde debéis estar, cerca de los de vuestra clase. —Mi corazón se sobresaltó: ¿cuál sería mi destino? ¿Una vida en la corte, donde los eunucos pudiesen vigilarme? Casi era preferible una muerte rápida—. Os sugiero que cuando veáis al divino Augusto, le pidáis que os permita permanecer siempre a su lado. Os necesita.

Me aferré a la única posibilidad.

—¿El emperador me verá?

Eusebio afirmó con la cabeza, encantado, como si él fuese el único responsable de mi sorprendente buena fortuna.

—En efecto. ¿No lo sabíais? Tomó esa decisión esta

mañana en el Consistorio. Todos estamos encantados, porque os queremos aquí. Siempre he dicho que tendría que haber un lugar para vos junto al emperador. Un lugar elevado.

—Me halagáis —murmuré.

—Sólo digo la verdad. En realidad sois un ornamento para la casa de Constantino, ¿y qué mejor lugar que la diadema de la corte para que brille una joya tan delicada?

Me tragué con seriedad las palabras de Eusebio y le respondí con idéntica insinceridad.

—Nunca olvidaré cuánto habéis hecho por mí y por mi hermano.

Los ojos de Eusebio se llenaron de lágrimas. Su voz tembló.

—Mi deseo es servirlos. Eso es todo lo que pido. —Se inclinó, con algún esfuerzo, y besó mi mano. La retórica

del odio es a menudo más efectiva cuando está disfrazada con el idioma del amor. Nos despedimos con demostraciones de mutua admiración.

Uno de los eunucos me instruyó sobre la etiqueta de la corte, tan complicada como la requerida para participar en los misterios de Mitra. Existen una docena de respuestas para Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

preguntas y órdenes establecidas por el emperador. Hay inclinaciones y genuflexiones; pasos a la izquierda y pasos a la derecha; gestos alternativos si se pide que uno se aproxime al trono o simplemente que permanezca en el mismo lugar. El eunuco amaba este trabajo. «¡Nuestras ceremonias son una de las maravillas del mundo! —exclamaba—. Más excitantes, en algunas formas, que la misa.» Estuve de acuerdo.

El eunuco extendió un plano sobre una mesa.

—Éste es el gran salón en que seréis recibido —señaló

—. Aquí se sienta el divino Constancio. Y por aquí entraréis vos. —Todos los movimientos que íbamos a realizar eran planeados por adelantado como en una danza. Cuando por último aprendí la lección, el eunuco enrolló el mapa con una exaltada expresión en su rostro —. Hemos mejorado y refinado considerablemente el ceremonial de la corte desde la época del divino Diocleciano.

Estoy seguro de que él nunca soñó que sus sucesores serian capaces de un estilo tan exquisito y de un simbolismo tan profundo, pues ahora podemos reflejar con hermosura la naturaleza del universo, ¡en una única ceremonia que apenas dura tres horas!

La anulación de las ceremonias de la corte y el despido de los eunucos fue uno de los primeros actos de mi reinado. Y ciertamente resultó uno de los más satisfactorios.

Poco después de la caída del sol, el maestro de ceremonias y sus muchos ujieres me escoltaron hasta el

salón del trono. El maestro de ceremonias me dio las últimas instrucciones acerca de la forma de comportarme ante la sagrada presencia. Yo estaba demasiado ocupado pensando en el discurso que iba a hacerle a Constancio. Era una obra maestra de elocuencia: lo había preparado durante diez años. Frente a frente, quería convertir a Constancio en mi amigo.

El maestro de ceremonias me acompañó por la alta basílica que una vez había sido el salón del trono de Diocleciano. Las columnas corintias tienen una altura doble de la usual y el piso es de pórfito y mármol verde. El efecto es espléndido, sobre todo con luz artificial. En el ábside del extremo más alejado de la basílica se encuentra el trono de Diocleciano, una complicada silla de marfil con placas de oro. Es innecesario decir que recuerdo perfectamente cada cosa de ese salón en el que se decidió mi destino. Las antorchas llameaban mientras a cada lado del trono más lámparas de bronce iluminaban al emperador. Sin contar el encuentro que tuve con Constantino en mi

niñez, ésa era la primera vez que contemplaba a un emperador en toda su majestad. No me hallaba preparado para el efecto teatral de la escena.

Constancio estaba sentado muy tieso y quieto, con los brazos sobre las rodillas a imitación de los reyes egipcios. Llevaba una pesada diadema de oro sostenida por grandes joyas cuadradas. A un lado se encontraba Eusebio, en el otro el prefecto pretorio, y alrededor del salón se distribuían, según su jerarquía, los funcionarios de la corte.

Fui presentado en forma oficial al emperador y le rendí homenaje. Cuando cometí un error de ritual, el maestro de ceremonias rápidamente me susurró en el oído la fórmula correcta.

Constancio no reveló ninguna curiosidad por mi persona. Su rostro bronceado estaba vacío de toda expresión mientras hablaba.

—Recibimos a nuestro nobilísimo primo con placer. —
Pero no había placer en el alto tono de su voz. Me sentí

de pronto abrumado—. Le daremos permiso para que vaya a Atenas a continuar sus estudios. —Miré a Eusebio. Aunque no había prevalecido su siniestro parecer, me hizo una señal afirmativa con la cabeza como diciendo: «¡Hemos ganado!»—. Además...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pero entonces Constancio dejó de hablar. No hay otra manera de describir lo que ocurrió: simplemente se detuvo. No había más palabras para mí. Lo miré, preguntándome si me había vuelto loco. Incluso el maestro de ceremonias quedó desconcertado.

Todos habían esperado un largo discurso de Constancio así como una respuesta de mi parte. Pero la audiencia había terminado. Constancio me alcanzó su mano para que la besase.

Así lo hice. Luego, con la ayuda del maestro de ceremonias, caminé hacia atrás hasta la entrada,

inclinándome a intervalos regulares. Precisamente en el momento en que me retiraba, dos murciélagos se lanzaron directamente sobre Constancio desde el oscuro cielo raso. Él no se movió, aun cuando casi le rozaron la cara. Como siempre, su autocontrol era maravilloso.

Nunca conocí a un hombre tan grave ni tan frío.

Regresé a mi aposento donde encontré un mensaje del gran chambelán. Debía trasladarme inmediatamente a la puerta de Aquileia. Mis pertenencias ya habían sido empacadas. Mis sirvientes estaban listos. Me esperaba una escolta militar.

A la hora estaba ya fuera de los muros de Milán. Mientras cabalgaba a través de la cálida noche, rogaba a Helios que nunca tuviera que volver a la corte o a ver al emperador.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

VII

Llegué al Pireo, puerto de Atenas, poco después de la salida del sol, el 5 de agosto del año 355. Recuerdo cada uno de los cuarenta y siete días que pasé en Atenas. Fueron, con mucho, los más felices de mi vida.

Soplaba el viento esa madrugada. Hacia el este, la luz rasgaba la oscuridad. El mar estaba encrespado. Era como la mañana del mundo. El barco crujía y se estremecía mientras golpeaba contra los pilotes del embarcadero. En parte esperaba ver a un destacamento de tropas en la costa, dispuesto a arrestarme bajo alguna nueva acusación. Pero no había tropas a la vista, sólo veleros de mercaderes extranjeros y el bullicio habitual de un activo puerto. Los esclavos descargaban las mercancías; los funcionarios del puerto se movían con solemnidad de un barco a otro. Hombres con carros y asnos gritaban a los recién llegados y les prometían llevarlos a Atenas más rápido que ese joven que corrió de Maratón a la ciudad en cuatro horas (y cayó muerto, uno quisiera

responder; pero los conductores no comprenden la ironía, ni siquiera los conductores griegos que conocen a Homero).

Estudiantes descalzos con gastadas ropas iban en cuadrilla de barco en barco, tratando de conseguir para las clases a los recién llegados. Cada estudiante era un proselitista de su propio maestro. Se notaba bastante encono entre esos jóvenes que trataban de convencer a los posibles estudiantes (conocidos como «zorros») de que en Atenas no valía la pena oír sino a un único maestro: el propio. A menudo se producían luchas entre los bandos. Incluso mientras yo observaba, dos estudiantes maltrataron a un extranjero; cada uno lo agarró de un brazo y, mientras uno insistía en que asistiese a las lecciones de cierto sofista, el otro gritaba que el sofista era un tonto y que sólo la sabiduría de su maestro, un cínico, merecía el tiempo de un estudiante. Entre los dos casi partieron al pobre hombre por la mitad. No lo dejaron marchar hasta que finalmente aclaró en defectuoso griego que él era un vendedor de algodón egipcio y que no tenía el más mínimo interés

por la filosofía. Por suerte, no llegaron hasta mi barco; así pude ahorrarme sus atenciones.

Cuando un miembro de la familia imperial viaja por mar, el dragón de nuestra casa suele ondear en el mástil. Pero puesto que técnicamente yo estaba bajo «arresto domiciliario», no fui identificado por la gente, lo que me favoreció mucho. Deseaba andar por donde quisiese en Atenas sin ser notado. Pero, por desgracia, se me había asignado una docena de soldados como cuerpo de guardia (en realidad, eran mis carceleros) y el oficial que los dirigía era responsable de mi seguridad. Me sentía algo obligado hacia él, aunque no demasiado.

Tomé una audaz decisión. Mientras los sirvientes se ocupaban del equipaje y los hombres que me vigilaban estaban reunidos en la cubierta delantera del barco en soporífera conversación con los funcionarios del puerto, garabateé una nota a mi principal carcelero comunicándole que me reuniría con él al atardecer en la casa del prefecto. Dejé la nota en uno de nuestros

baúles de viaje. Como el manto de estudiante disimulaba mi identidad, salté por la borda del barco y me dejé caer al muelle sin ser notado.

No tardé en acostumbrarme a la estabilidad de la tierra. No soy un mal marinero, pero me cansan la monotonía de un largo viaje y el continuo sube y baja de un barco en el mar.

Soy de la tierra, no del agua, ni del aire, ni del fuego. Contraté un carro después de mucho regatear (conseguí rebajar la paga del conductor a la mitad de lo que pedía: bien pero no una maravilla). Subí en el pequeño carro, y un rato a pie y otro sentado, fui conducido hasta Atenas por un transitado camino.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

El sol se elevaba en un cielo despejado. La claridad ática no es precisamente una metáfora, es un hecho. El azul del cielo es abrumador. Uno siente que podría

mirar hasta el extremo más lejano del mundo si la montaña Himeto, baja y violeta a la luz de la mañana, no obstruyese la visión. A medida que avanzaba el día, el calor se hacía más intenso. Era el calor seco del desierto, que un viento suave del mar volvía placentero.

Disfrutaba por no ser reconocido. Nadie me miraba. Nadie sabía quién era. Parecía un típico estudiante con mi barba y mi sencillo manto. Había muchos como yo. Algunos iban en carros, la mayoría a pie; todos perseguían la misma meta: Atenas y el conocimiento de la verdad.

Por todos lados rechinaban y crujían los carros, mientras sus conductores maldecían y su carga — hombres o animales— se lamentaba. El ateniense es vivaz, aunque uno busca en vano algún rostro con un rasgo que recuerde a Pendes o Alcibíades.

Como raza han cambiado mucho. Ya no son nobles. Han sido esclavizados demasiado a menudo y su sangre se ha mezclado con la de los bárbaros. Sin embargo,

no los encuentro tan tímidos y afeminados como afirman ciertos escritores latinos. Pienso que la tendencia de los antiguos romanos a menospreciar a los griegos no es más que un resentimiento natural ante la evidente superioridad griega en aquellas cosas verdaderamente importantes: filosofía y arte. Todo lo valioso de la Roma actual es griego. Encuentro falso a Cicerón cuando en una página reconoce su deuda con Platón y en la siguiente habla con desprecio del carácter griego. Parece no tener conciencia de sus propias contradicciones... sin ninguna duda porque eran de lo más corriente en su sociedad. Naturalmente, los romanos pretenden que ellos son hijos de Troya. Pero esa tontería nunca fue considerada con mucha seriedad. De vez en cuando he tenido que opinar sobre el carácter romano, nada muy halagüeño (mi pequeña obra sobre los césares, aunque escrita demasiado deprisa, tiene algunos aciertos, creo). Pero además debe recordarse que, pese a que dicté esas líneas como emperador romano, yo en realidad soy griego. Y había llegado a Atenas, el ojo de Grecia.

Atenas. Han pasado ocho años desde que atravesé la puerta de la ciudad en un carro de mercado, como un anónimo estudiante que se queda con la boca abierta como cualquier germano al ver la ciudad. Mi primera visión de la Acrópolis fue sobrecogedora y espléndida.

Ésta se cierne sobre la ciudad como si la tuviese de una mano Zeus, quien parece decir:

«¡Mirad, hijos, cómo viven vuestros dioses!» La luz del sol relampaguea sobre el escudo de metal de la colosal estatua de Atenea, que guarda la ciudad.

Afuera, a mi izquierda, reconocí la inclinada montaña piramidal del Licabeto, una gran pirámide de roca arrojada sobre la tierra por la misma Atenea; hasta hoy los lobos viven a sus pies.

El conductor tomó de pronto un nuevo camino. Casi me caí del carro. «Camino de la Academia», anunció, con la alta y monótona voz de quien está habituado a hablar con extranjeros. Quedé impresionado. El camino que va desde Atenas hasta la arboleda de la Academia

está flanqueado por viejos árboles. Comienza en la Puerta Dipilón de la ciudad —

que estaba justamente enfrente nuestro— y cruza a través de los suburbios hasta la academia frondosamente verde de Aristóteles.

La Puerta Dipilón era tan bulliciosa en las primeras horas de la mañana como la puerta de cualquier otra gran ciudad al mediodía. Es una puerta doble, como su mismo nombre indica, con dos grandes torres en la parte exterior. Los guardias se apoyan en ellas, sin prestar atención a los carros y a los peatones que van y vienen. De pronto, mientras pasábamos por la puerta exterior, nuestro carro se vio rodeado de rameras. Veinte o treinta mujeres y niñas se arrojaron desde las sombras del muro. Luchaban entre sí para acercarse. Tiraban de mi manto.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me llamaban «Macho Cabrio», «Pan», «Sátiro», y otros epítetos menos cariñosos. Con la habilidad de un acróbata, una hermosa niña de catorce años saltó apoyándose en la baranda de mi carro y con firmeza agarró mi barba con su pequeña mano. Los soldados se rieron ante mi disgusto. Conseguí liberar mi barba de sus dedos, pero no antes que su otra mano se metiese entre mis piernas, para deleite de los que miraban. Por suerte, el conductor era un experto para tratar a esas muchachas. Con un delicado toque de látigo la golpeó en la mano.

Ella la retiró con un grito y se lanzó a tierra. Las demás mujeres se mofaron de nosotros. ¡Sus maldiciones eran vivas y espléndidas, homéricas! Mientras pasábamos por la segunda puerta se volvieron atrás, pues había aparecido tropa de caballería en la puerta exterior. Rodearon a los soldados como abejas pululando en un jardín.

Arreglé mi túnica. La mano de la muchacha me había producido su efecto, y contra mi voluntad pensaba en

hacer el amor. Me preguntaba dónde podría encontrar a las mejores mujeres de Atenas. No era entonces, como lo soy ahora, célibe. Sin embargo, por aquel entonces creía virtuoso mortificar la carne, porque es un hecho que la continencia aumenta la claridad intelectual. Pero tenía veintitrés años y la carne me hacía demandas que la mente no podía controlar. La juventud es la época del cuerpo. No había un día en aquel tiempo que no experimentase la lujuria, ni pasaba una semana sin que la apaciguase. Pero no estoy de acuerdo con esos dionisiacos que afirman que el acto sexual acerca los hombres al Dios Uno.

Si algún efecto tiene es el de alejarlos de Dios, porque en el acto son ciegos y pierden la facultad del pensamiento como un animal durante la ceremonia de la procreación. Sin embargo, ciertas cosas se adaptan a cada época de la vida, y durante unas pocas semanas, hace ocho años, fui joven y conocí muchas muchachas. Aun ahora, en esta caliente noche asiática, recuerdo con inquietud esos días brillantes, y pienso en hacer el amor. Noto que mi secretario se ruboriza. ¡Sin

embargo, él es griego!

El conductor señaló unas grandes ruinas a la derecha. «Adriano —dijo—, Adriano Augusto.» Como todos los viajeros, estoy acostumbrado a oír a los guías referirse a mi famoso predecesor. Aún después de dos siglos, es el emperador de quien todos han oído hablar, por su constante viajar, su continuo construir y, triste es decirlo, su ridícula pasión por el muchacho Antínoo. Supongo que es bastante natural gustar de los muchachos, pero que no lo es tanto, o así parece al menos, amar a alguno con la excesiva e indigna pasión que Adriano demostró por Antínoo. Por suerte, el muchacho fue asesinado antes de que Adriano pudiera convertirlo en su heredero. Pero en su pesadumbre hizo que él mismo y el genio de Roma resultasen absurdos. Levantó miles de estatuas y dedicó innumerables templos al muchacho muerto. ¡Incluso declaró dios al pequeño sodomita! Fue una manifestación conmovedora que permanentemente ensombrece la memoria de Adriano. Por primera vez en la historia un emperador romano fue objeto de burlas y tratado como

un personaje ridículo.

De todos los extremos del mundo se oyó una risa de burla. A excepción de esta única debilidad, hallo simpática la figura de Adriano. Estaba muy dotado, en particular para la música, y era un adepto a los misterios. Acostumbraba a dedicar muchas horas de la noche a observar las estrellas, buscando presagios y portentos, como yo. También llevaba barba. Aún me gusta más por ello. Parece insignificante, ¿no es cierto? Me sorprendo a mi mismo al decirlo; pero el gusto y el disgusto, la aprobación y la desaprobación dependen de muchas cosas triviales. Me disgusta la pasión de Adriano por Antínoo porque no puedo aceptar que un filósofo-emperador sea objeto de las burlas de sus súbditos. Pero me gusta su barba. Somos tan simples en el fondo que nos volvemos insondables.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Apenas pasamos los muros de la ciudad abandoné a mi

conductor. Luego, como quien duerme sobre un libro de historia, me interné en el pasado. Me detuve en la antigua carretera

—conocida simplemente como El Camino— que conduce desde la puerta al ágora y, más allá, a la Acrópolis. Me sumergí entonces en la historia. El presente era parte del pasado y, al mismo tiempo, parte del futuro. El tiempo me abría los brazos y yo veía toda la materia: un círculo sin comienzo ni fin.

A la izquierda de la puerta se encontraba una fuente en la que lavé mi rostro polvoriento. Después anduve a lo largo del camino hasta el ágora. Me habían dicho que Roma era mucho más impresionante que Atenas. No lo sé. Nunca visité Roma. Pero sé que Atenas tiene el aspecto que una ciudad debe tener y que pocas veces tiene. Incluso está mejor planeada que Pérgamo, por lo menos en su centro. Los pórticos destellan bajo el brillante sol.

El intenso azul del cielo resalta los tejados rojos y

parece dar luz a la descolorida pintura de las columnas.

El ágora ateniense es una gran superficie rectangular rodeada por largos pórticos de gran antigüedad. El de la derecha está dedicado a Zeus; el de la izquierda, de fecha más reciente, es donación de un joven príncipe de Pérgamo que estudió allí. En el centro del ágora se encuentra el alto edificio de la Universidad, construida la primera vez por Agripa en la época de Augusto. El edificio original —utilizado como salón de música se derrumbó en forma misteriosa el siglo pasado.

Considero pretenciosa su arquitectura, incluso en la presente versión algo desromanizada. Pero, pretenciosa o no, esta construcción fue el centro de mi vida en Atenas: allí daban clase los más distinguidos filósofos; allí oí tres veces por semana al gran Proeresio, del que luego hablaré.

Detrás de la Universidad hay dos pórticos paralelos, el último al pie de la Acrópolis. A la derecha, en una colina situada sobre el ágora, hay un pequeño templo de Hefaisto rodeado por jardines invadidos por la

hierba. Debajo de esta colina se encuentran los edificios administrativos de Atenas, los Archivos, la Casa Redonda —donde se reunían los cincuenta gobernadores de Atenas—. Esta última es una estructura de aspecto peculiar con un techo inclinado al que los atenienses, que a todo y a todos dan un sobrenombre, llamaban «La Sombrilla». En la Casa Redonda solía haber muchas estatuas de bronce, pero los godos las robaron durante el siglo pasado.

Había poca gente por allí mientras el sol se elevaba hasta el mediodía. Una leve brisa levantaba el polvo del pavimento. Algunos hombres de aspecto importante, con togas usadas en forma inadecuada sobre cuerpos regordetes, se dirigían apresuradamente hacia el Bouletrión. Tenían el característico aire ensimismado de todos los políticos. Sin embargo, ellos eran los herederos de Pendes y de Demóstenes. Traté de recordarlo mientras los veía inquietos por sus asuntos.

Me dirigí hacia la fresca sombra del Pórtico Pintado. Por un instante mis ojos quedaron deslumbrados al

encontrarme súbitamente en la oscuridad. Por unos momentos no pude distinguir la famosa pintura de la batalla de Maratón que cubre totalmente el largo muro del pórtico. Pero cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, vi que en realidad esa pintura era, como se suele decir, una de las maravillas del mundo. Puede seguirse el curso de la batalla caminando a lo largo del pórtico. Sobre la pintura colgaban los escudos circulares de los persas, capturados en esa ocasión. Los escudos habían sido cubiertos con resma para protegerlos.

Me sentí muy impresionado al mirar esas reliquias de una batalla que había tenido lugar ochocientos años antes. Esos hombres jóvenes con sus esclavos —si, por primera vez en la historia los esclavos lucharon con sus amos— salvaron al mundo. Un hecho más importante es que lucharon por su propia voluntad, a diferencia de nuestros soldados que son *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

reclutas o mercenarios. Incluso en tiempos de peligro, nuestro pueblo no lucharía para defender a su país. El dinero, no el honor, es ahora la fuente del poderío romano. Cuando desaparezca el dinero, desaparecerá también el estado.

Por ello debe restaurarse el helenismo, para inculcar de nuevo en el hombre ese sentido de su propio valor que hace posible la civilización, y que triunfó en la batalla de Maratón.

Mientras miraba los alquitranados escudos, se aproximó un joven. Llevaba barba, sus ropas estaban sucias, usaba manto de estudiante y su aspecto era el de un nuevo cínico del tipo que detesto. Últimamente he escrito bastante sobre estos vagabundos. De un tiempo a esta parte, la filosofía de Crates y de Zenón ha sido adoptada por holgazanes que, pese a su desinterés por la filosofía, imitan con deliberación a los cínicos en formas externas tales como no cortarse el cabello o la barba, llevar bastones y alforjas, y mendigar. Pero así como los primeros cínicos despreciaban la riqueza,

buscaban la virtud, cuestionaban todo con el fin de hallar lo verdadero, estos imitadores se ríen de todo, incluso de la verdad, y utilizan la máscara de la filosofía para encubrir la licencia y la irresponsabilidad. En estos tiempos, cualquier joven que no quiera estudiar o trabajar deja crecer su barba, insulta a los dioses y se llama cínico. No es de extrañar que en nuestros días la filosofía sea rechazada por muchos.

Con naturalidad, el nuevo cínico señaló la pared.

—Ése es Esquilo —dijo.

Miré con detenimiento la pintura de un soldado con barba, igual a los demás salvo por el famoso nombre escrito sobre su cabeza. El dramaturgo está pintado luchando contra un persa. Pero aunque arriesga su vida, su sombrío rostro está vuelto hacia nosotros, como si nos dijese: ¡Yo sé que soy inmortal!

—El pintor es afectado —comenté con neutralidad, esperando que me pidiese dinero, aunque no estaba dispuesto a dárselo.

El cínico me hizo una mueca. En apariencia quería tomar la neutralidad como signo de amistad. Golpeó la pintura. Una laminilla de pintura cayó en zigzag sobre la tierra.

—Un día todo esto desaparecerá, y luego, ¿quién sabrá cómo fue Maratón, cuando esta imagen haya desaparecido?

Mientras hablaba, algo me vino a la memoria. Reconocí la voz. Sin embargo, el rostro me era completamente extraño. Confiando en que éramos amigos, dejó de mirar la pintura y se volvió hacia mí. ¿Acababa de llegar a Atenas? Sí. ¿Era estudiante? Sí. ¿Era cínico? No.

Bien, no había razón para negarlo con tanto énfasis (sonrisa). Él se vestía como un cínico porque era pobre. En el momento en que me revelaba estas sorprendentes noticias, habíamos subido los escalones que llevan al templo de Hefaisto.

Desde allí el panorama del ágora es extraordinario. A la clara luz del mediodía puede verse más allá de la ciudad

hasta las pequeñas ventanas oscuras de las casas que se arraciman al pie del Himeto.

—Hermoso —dijo mi compañero, haciendo que incluso esta palabra sonara a ambiguo—. Aunque la belleza...

—Es absoluta —repuse con firmeza.

Luego, para evitar la cháchara del cínico, me volví con brusquedad hacia los desolados jardines del templo. El lugar se hallaba invadido por la maleza y el mismo templo estaba en ruinas. El espectáculo resultaba triste. Pero por lo menos los galileos no lo habían convertido
Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

en osario. Era preferible que un templo quedara en ruinas a que fuese profanado. Y mejor aún, que fuese restaurado.

Mi compañero me preguntó si tenía hambre. Dije que

no, lo que tomó como una afirmación (tendía a no oír las respuestas). Sugirió que fuésemos a una taberna del barrio que quedaba precisamente detrás del templo. Era, según dijo, un lugar frecuentado por estudiantes de la «mejor» clase. Estaba seguro de que me gustaría. Divertido por su descaro (y todavía intrigado por esa voz que me perseguía), lo acompañé a través de las estrechas y calurosas calles del cercano barrio de los herreros. En cada taller centelleaba el azul al golpear el metal en los fragorosos yunques, y las chispas formaban como colas de cometas.

La taberna era una construcción baja con un techo combado del que faltaban demasiadas tejas. Tuve que inclinarme para entrar por la puerta principal. Adentro también me vi forzado a agacharme, porque el cielo raso era excesivamente bajo y las vigas estaban colocadas al azar y resultaban incluso peligrosas en medio de la escasa luz. Mi compañero no tenía dificultades para mantenerse erguido. Retrocedí ante el apestoso olor a rancio del aceite que se freía en ollas dentro del horno.

Dos mesas de caballete con bancos llenaban la sala. Una docena de jóvenes estaban sentados cerca de la puerta trasera, que se abría sobre un lúgubre patio con un olivo seco que parecía dibujado con plata sobre la blanqueada pared trasera.

Mi compañero conocía a la mayoría de los estudiantes. Todos eran nuevos cínicos, con barba, ruidosos, desdeñosos, ignorantes. Nos saludaron con joviales obscenidades. Me sentía incómodo, pero estaba dispuesto a seguir mi aventura. A fin de cuentas, eso era precisamente lo que había soñado. Ser uno entre muchos, incluso entre nuevos cínicos. El momento era único, o así lo sentía yo. Cuando me preguntaron quién era, les dije: «No un cínico.» Se rieron con buen humor. Pero, cuando se enteraron que era nuevo en Atenas, cada uno intentó convencerme para que fuese a las clases de su maestro. Mi compañero me salvó.

—Estudia con Proeresio. —Quedé sorprendido; nada habla dicho a mi guía de Proeresio, aunque por cierto era el maestro que yo había elegido. ¿Cómo lo sabía?

—. Sé todo acerca de vos —dijo con tono misterioso
—. Leo en las mentes, digo la fortuna...

Fue interrumpido por uno de los jóvenes, quien sugirió que me afeitase la barba, para que no fuera confundido con un nuevo cínico y les diera mala reputación con mi buena conducta. La sugerencia fue considerada ingeniosa y pronto se pusieron a discutir si debían llevarme a los baños para lavarme, novatada tradicional para los nuevos estudiantes, y que yo quería evitar a toda costa. ¡Si era necesario, invocaría el delito de lesa majestad!

Pero mi guardián alejó a los estudiantes y me hizo sentar en la mesa opuesta cercana a la puerta del patio, cosa que le agradecí. No soy particularmente sensible a los olores, pero en un ardiente día de calor, el olor de los estudiantes sin lavar combinado con el espeso humo de aceite rancio quemado me resultaba insoportable. El tabernero, asegurándose que yo tenía dinero (en apariencia mi compañero tenía una gran deuda), nos trajo queso, aceitunas amargas, pan duro y vino agrio.

Me sorprendí al notar que tenía hambre. Comí rápido, sin sentir el sabor de lo que comía. De pronto me detuve, consciente de que me observaban. Miré a mi compañero a través de la mesa.

—¿Me habéis olvidado, no es cierto, Juliano?

Entonces reconocí la voz familiar. Identifiqué a Gregorio de Nacianzo. Habíamos estado juntos en Pérgamo. Me eché a reír y le estreché la mano.

—¿Cómo un cristiano tan devoto se ha convertido en un nuevo cínico?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—La pobreza, sólo la pobreza —Gregorio señaló la rota y sucia túnica, la descuidada barba—. Y la protección —bajó la voz, señalando a los estudiantes de la otra mesa—.

Los cristianos son minoría en Atenas. Es una ciudad detestable. No hay fe, sólo dialéctica y ateísmo.

—¿Entonces por qué estáis aquí?

Suspiró:

—Porque aquí están los mejores maestros, los mejores instructores en retórica.

Además, es bueno conocer al enemigo, para poder combatirlo con sus propias armas.

Moví la cabeza afirmativamente y simulé estar de acuerdo. No era muy beligerante ese tiempo. Aunque nunca pude ser sincero con Gregorio, era un compañero entretenido. Él era devoto de las tonterías de los galileos, yo de la verdad. Yo lo atribuía a su desgraciada infancia. Perteneecía a una familia de capadocios. Vivían en una pequeña ciudad a cincuenta millas al sudeste de Cesarea, la capital de la provincia. Su madre era una mujer de un carácter muy fuerte llamada..., no recuerdo su nombre, pero la conocí hace

unos pocos años, y era una de las criaturas más extraordinarias que he conocido. Apasionada, orgullosa y totalmente intolerante con todo lo que no fuese galileo.

El padre de Gregorio era en parte judío y en parte griego. Como consecuencia de las incesantes admoniciones de su mujer, sucumbió finalmente a la religión galilea. Según Gregorio, cuando su padre fue rociado con agua por el obispo de Nacianzo, brilló una gran aureola a su alrededor. El obispo se sintió tan conmovido que exclamó: «¡Aquí está mi sucesor!» ¡Un hombre extraordinariamente generoso, ese obispo! La mayoría de nosotros prefiere no nombrar a su sucesor. A su debido tiempo, el padre de Gregorio se convirtió en obispo de Nacianzo. Así su predecesor tuvo el don de la profecía, si no otra cosa.

Como un torrente, Gregorio me habló de sí mismo:

—...Un viaje terrible, por mar. Cuando llegamos a Egina, la tormenta nos cayó encima.

Estaba seguro de que la barca zozobraría, estaba aterrorizado. No había sido bautizado (ni aún ahora lo está). Así que si moría en el mar... Bien, vos debéis saber lo que ocurriría. —Me miró fijamente—. ¿Habéis sido bautizado?

Dije que había sido bautizado cuando niño. Adopté un aire tan reverente como me fue posible.

—Rogué una y otra vez. Por último caí dormido, exhausto, como todos. Soñé que algo repugnante, algo parecido a una Furia, venía para llevarme al infierno. Mientras tanto, uno de los grumetes, un muchacho de Nacianzo, soñó que veía —y esto es realmente un milagro— a la madre caminando sobre las aguas.

—¿Su madre, vuestra madre, o la madre de Jesús? — Temí que tomara mis palabras como una injuria. No pude contenerme.

Pero Gregorio tomó la pregunta en sentido literal.

—Mi madre —dijo—. El muchacho la conocía y la vio

caminando sobre el encrespado mar. Luego ella tomaba el barco por la proa y lo conducía tras de sí hasta un puerto seguro.

Exactamente lo que ocurrió. Esa misma noche terminó la tormenta. Un barco fenicio nos encontró y nos remolcó hasta el puerto de Rodas. —Se incorporó de su asiento con expresión triunfal—. ¿Qué pensáis de eso?

—Vuestra madre es una mujer notable —dije con cautela.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Gregorio estuvo de acuerdo y habló un largo rato con entusiasmo sobre la dura arpía.

Luego me contó sus aventuras en Atenas, su pobreza (ésta fue una insinuación de la cual me hice cargo: le di una buena cantidad de dinero durante mi estancia), de

nuestro amigo Basilio que también estaba en Atenas y era, sospecho, la razón de la concurrencia de Gregorio a la Universidad. A donde iba Basilio iba Gregorio. En Atenas los llamaban «Los Mellizos».

—Ahora estoy esperando a Basilio. Los dos tenemos que ir a casa de Proeresio esta tarde. Os llevaremos. Sabéis que aquí vivimos juntos; estudiamos juntos. Discutimos casi como un equipo contra los sofistas locales. Y casi siempre ganamos.

Eso era verdad. Tanto él como Basilio eran, y son, elocuentes. Lamento el mal uso que hacen de su elocuencia. En la actualidad son los apologistas más activos de los galileos y a menudo me pregunto qué pensarán de su antiguo compañero que gobierna el estado. Nada bueno, me temo. Cuando me convertí en emperador los invité a visitarme en Constantinopla.

Gregorio estuvo de acuerdo en venir, pero nunca lo hizo. Basilio rechazó la invitación. De los dos, prefiero a Basilio. Es claro en lo que dice, como yo. Se ha

equivocado en sus creencias, pero es honesto.

Sospecho que Gregorio es interesado.

—¿Quién es? —Ante nosotros estaba una esbelta muchacha de ojos negros e inteligentes y una boca tan rápida para el desprecio como para la sonrisa.

Gregorio nos presentó; dijo que yo venía de Capadocia. Se trataba de Macrina, una sobrina de Proeresio.

—Me gusta vuestra barba —me dijo, sentándose sin esperar invitación—. La mayoría de las barbas de hombre son como la de Gregorio, de cualquier forma. La vuestra sugiere un proyecto. ¿Estudiaréis con mi tío?

Dije que lo haría. Estaba encantado con ella. Vestía una versión propia de la túnica de estudiante, de una descolorida seda azul. Sus desnudos brazos eran firmes y estaban tostados por el sol; sus dedos fuertes desmenuzaban las migajas de pan duro que había sobre la mesa.

Nuestros muslos se tocaban sobre el banco.

—Seréis como mi tío. Es con mucho el mejor maestro en este lugar de charlatanes.

Pero odiaréis Atenas. ¡Yo la odio! Fijarse en minucias. Hablar, hablar, hablar; todos tratando de acertar, pretendiendo que su charla tiene algún significado.

—Estáis oyendo lo que se conoce como el «Lamento de Macrina» —dijo Gregorio.

—Pero en realidad es verdad. —Lo señaló como una actriz en una tragedia—. Ellos son los peores. Gregorio y Basilio, Los Mellizos de las discusiones...

Los ojos de Gregorio se iluminaron.

—Deberíais haber oído la argumentación de Basilio ayer, cuando se nos quiso rebatir el nacimiento de una virgen. —Gregorio se volvió hacia mí—. Como os dije, en Atenas hay muchos ateos. Y algunos tienen la misma inteligencia del diablo. Despreciamos a uno en

particular...

—¿Uno? ¡Despreciáis a todos, Gregorio! —Macrina sorbió vino de mi copa, sin esperar invitación—. Si hay un par de obispos, son estos dos. Supongo que vos no seréis un obispo...

Negué con la cabeza.

—Ni por aproximación —dijo Gregorio, y noté astucia en su voz.

—¿Y cristiano? —preguntó Macrina.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Debe serlo —dijo Gregorio con suavidad—. Es preciso que lo sea.

—¿Debe serlo? ¿Por qué? No es ilegal ser helenista. Al menos por ahora.

En aquel momento la amé profundamente. Éramos iguales. La miré con súbito afecto mientras sus finos aunque algo sucios dedos levantaban mi copa y bebía.

—Quiere decir que no puede serlo porque... —miré a Gregorio con el ceño fruncido; no debía decirle a ella quién era yo. Él cambió entonces la dirección de su frase— ...es un gran estudioso y todos los que aman el conocimiento aman a Cristo, aman a la Trinidad.

—Bien, yo no —dejó caer la copa con fuerza—. Me pregunto si él sí.

Pero yo evadí la pregunta. ¿Cuál había sido la defensa de Basilio del nacimiento de una virgen?

—Fue desafiado en los escalones de la Universidad, ayer, poco antes del desayuno —

Gregorio hablaba exactamente como un historiador que refiere los detalles de una batalla que todo el mundo querría conocer—. Un cínico, un verdadero cínico — agregó en mi honor—, detuvo a Basilio y le dijo: «Los

cristianos dicen que Cristo nació de una virgen.» Basilio dijo que no nos limitamos a decirlo, sino que lo proclamamos, porque es verdad. Nuestro Señor nació sin un padre terrenal. El cínico dijo entonces que eso se oponía totalmente a la naturaleza, que no era posible que ninguna criatura naciese si no era mediante la unión del macho y de la hembra. Entonces Basilio replicó (se había reunido ya una multitud bastante grande a su alrededor): «Los buitres se reproducen sin acoplarse.» Bien, ¡hubierais oído los aplausos y las risas! El cínico se fue y Basilio quedó convertido en un héroe, incluso para aquellos estudiantes sin fe.

—Por lo menos los estudiantes conocen a Aristóteles —comenté con indulgencia.

Pero Macrina no estaba impresionada.

—Pero si los buitres no se acoplan...

—La hembra de buitre es fecundada por el viento — Gregorio es una de esas personas que siempre deben embellecer las observaciones de los demás. Por

desgracia, se inclina hacia el tópico. Dice aquello que todos saben. Pero Macrina era inexorable.

—Incluso si los buitres no se acoplan...

—¿Incluso? No se acoplan. Es un hecho.

—¿Alguien ha visto que a una hembra de buitre la fecundase el viento? —Macrina era maliciosa.

—Supongo que alguien debe haberlo visto. —Los ojos de Gregorio se tornaron aún más redondos por la irritación.

—Pero ¿cómo podéis decir eso? El viento es invisible. Entonces, ¿cómo podéis saber qué viento específico, si es que hay alguno, hizo concebir al pájaro?

—Es perversa —Gregorio se volvió hacia mi, muy fastidiado—. Además, si no fuese verdad, Aristóteles no hubiera dicho que lo era y ahora no estaríamos de acuerdo todos en que ésa es, por cierto, la verdad.

—Dudo de que tenga lógica lo que acabáis de decir —
comentó Macrina, pensativa.

—Será condenada por ateísmo uno de estos días —
Gregorio trató de hablar juguetonamente; le falló.

Macrina me sonrió: una sonrisa placentera, suave, nada
maliciosa.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Muy bien. Los huevos del buitre son puestos por una
pájaro virgen. Aceptado. ¿Qué tiene eso que ver con el
nacimiento de Cristo? Maria no era la hembra de un
buitre. Era una mujer. Las mujeres conciben de una
única manera. No acierto a ver por qué razón la
respuesta de Basilio es tan demoledora. Lo que es
verdad para un buitre no es necesariamente verdad
para María.

—La respuesta de Basilio —dijo Gregorio— estaba

dirigida a la argumentación utilizada por el cínico en el sentido de que todas las cosas son concebidas por un macho y una hembra. Ahora bien, si una cosa no es concebida de ese modo, y tal es el argumento de Basilio, entonces otra puede no serlo...

—Pero «puede no», no es un argumento. De pronto podrían crecerme alas y volar a Roma (¡ojalá pudiera!), pero no puedo, es imposible.

—No existen casos de seres humanos con alas, pero existe...

—Icaro y Dédalo —comenzó la valiente Macrina, pero la llegada de Basilio nos salvó.

La cara de Gregorio estaba alterada por la ira. La muchacha, en cambio, estaba muy divertida.

Basilio y yo nos saludamos cordialmente. Había cambiado mucho desde nuestros años adolescentes. Se había transformado en un hombre de bello aspecto, alto y algo delgado: a diferencia de Gregorio llevaba el pelo

muy corto. Le hice una broma por eso:

—Pelo corto quiere decir obispo.

Basilio me dedicó una amable sonrisa y dijo con una voz suave:

—«Aparta de mí este cáliz» —una cita del Nazareno.

Pero, a diferencia del carpintero, Basilio era sincero. Ahora lleva precisamente la vida que yo hubiera deseado para mi mismo; retirada, ascética, dedicada a los libros y a la oración.

Es un verdadero contemplativo y lo admiro mucho. Pese a su religión.

Macrina, que había oído que me llamaban Juliano, dijo de pronto:

—¿No se supone que el primo del emperador, el llamado Juliano, va a venir a Atenas?

Basilio miró sorprendido a Gregorio, quien le hizo una seña para que se quedase quieto.

—¿Conocéis al príncipe? —dijo Macrina y se volvió hacia mí.

Asentí:

—Conozco al príncipe. Pero no muy bien. —Famosa verdad de Solón.

Macrina movió la cabeza.

—Pero claro. Estuvieron juntos en Pérgamo. Los Mellizos a menudo discuten sobre él.

Estaba en una situación embarazosa, pero divertida. Nunca había escuchado a escondidas, ni siquiera en mi niñez. No por virtud, sino porque en realidad no deseaba saber lo que la gente pensaba de mí o, para ser más preciso, lo que decían de mí; cosas a menudo diferentes. Habitualmente puedo imaginar los juicios desagradables, ya que se relacionan con lo que los

demás necesitan que seamos. Por esa razón nuestras reputaciones cambian tan a menudo y en forma tan drástica, sin reflejar ningún cambio nuestro en particular, sino meramente un cambio en el humor de aquellos que nos observan. Cuando las cosas van bien, un emperador es amado; cuando van mal, odiado. Nunca necesité mirarme en un espejo. Me veo con toda claridad en los ojos de quienes me rodean.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

No me sentía violento por lo que Macrina pudiera decir de mí, sino por lo que podía revelar sobre Gregorio y Basilio. No me hubiera sorprendido que tuviesen una mala opinión sobre mí. Los jóvenes inteligentes de humilde cuna tienden a sentir resentimiento ante las pretensiones intelectuales de los príncipes. Yo haría lo mismo en su lugar.

Gregorio miró hacia abajo alarmado. El rostro de Basilio era inescrutable. Traté de cambiar el tema de la

conversación. Pregunté a Macrina a qué hora podría recibirme su tío, pero ella ignoró la pregunta.

—Su principal interés consiste en conocer a Juliano. Discuten sobre él durante horas.

Especulan sobre sus posibilidades de convertirse en emperador. Gregorio piensa que será emperador. Basilio piensa que Constancio lo matará.

Aunque Basilio sabía hacia dónde se dirigía la conversación, no mostraba temor.

—Macrina, ¿como podéis estar segura de que no es uno de los agentes secretos del emperador?

—Estoy segura de que no lo es porque os conoce.

—También conocemos a varios criminales, idólatras y agentes del demonio.

—¿Quién vio alguna vez a un agente secreto con esa barba? Además, ¿por qué he de tener cuidado? Yo no

estoy conspirando contra el emperador —se volvió hacia mí, con brillo en sus ojos negros—. Si sois un agente secreto, recordad que yo rindo culto al emperador. Mi sol sale y se pone en su divinidad. Cada vez que veo esa hermosa cara en el mármol, me emociono, lloro. ¡Perfección, vos sois Constancio!

Gregorio estaba muy nervioso pues no sabía cómo me tomaría yo esa broma. Yo me divertía, pero estaba incómodo porque pensaba que Gregorio, Basilio e incluso Macrina podían ser miembros de la policía secreta. Si así era, Macrina ya había dicho lo suficiente como para hacernos ejecutar a todos. Eso sería el peor destino posible: ¡morir por una broma!

—¡No os portéis como una vieja, Gregorio! —Se volvió hacia mí—. A estos dos no les gusta Juliano. No puedo saber por qué. Celos, supongo. Sobre todo Gregorio. Es muy mezquino. ¿No lo sois? —Gregorio ahora estaba muerto de miedo—. Piensan que Juliano es un diletante y que le falta seriedad. Dicen que su amor por el saber es afectación. Basilio cree que su

verdadera vocación es ser general..., si es que vive, por supuesto. Pero Gregorio piensa que es demasiado atolondrado incluso para eso.

Sin embargo, Gregorio desea que Juliano sea emperador. Quiere ser amigo de un emperador. Ambos son terriblemente mundanos, ¿no es así?

Gregorio se había quedado sin habla. Basilio estaba alarmado, pero mostraba valor.

—Sólo negaría lo que habéis dicho de que somos «mundanos». Nada deseo en el mundo. En realidad, el mes próximo entraré en un monasterio en Cesarea donde estaré lo más lejos posible del mundo, de este lado de la muerte.

Gregorio se rehizo.

—Tenéis una lengua viperina, Macrina —se volvió hacia mi, tratando de aclarar—.

Ella inventa todo. Goza mofándose de nosotros.

Naturalmente, es pagana. Una verdadera ateniense. —
Apenas podía contener su aversión por la muchacha, o
su temor hacia mí.

Macrina le sonrió.

—De todos modos, deseo encontrarme con el príncipe
—se volvió hacia mí—. ¿Dónde viviréis? ¿Con mi tío?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Dije que no, que permanecería con amigos. Ella
sacudió la cabeza.

—Mi tío tiene una buena casa y nunca la niega a nadie.
Mi padre aloja a los que no caben en ella y, aunque es
honesto, odia profundamente a todos los estudiantes,
con desesperación.

Me eché a reír. Los Mellizos también se rieron, algo
insinceros. Basilio entonces propuso que fuésemos a

casa de Proeresio. Pagué al tabernero y salimos. En el caliente polvo de la calle, Macrina susurró en mi oído.

—Todo el rato he sabido que eras el príncipe.

PRISCO: Tendréis conciencia de la ironía de lo que acabáis de leer. El inefable Gregorio debe presidir el Nuevo Concilio Ecuménico. Dicen que será el futuro obispo de Constantinopla.

¡Qué placer ver a este noble obispo en su andrajosa juventud; Basilio, que sólo deseaba la vida contemplativa, ahora gobierna la Iglesia en Asia como obispo de Cesarea. Basilio me gustó durante el poco tiempo en que lo traté en Cesarea. Tiene cierta fogosidad y una buena mente. Hubiera sido un historiador de primera categoría si no se hubiera decidido a ser un poderoso de la Iglesia. Pero, ¿cómo pueden esos jóvenes resistirse a la posibilidad de ascender de categoría? La filosofía no nos ofrece nada; la Iglesia todo.

Juliano estaba más precavido respecto de Gregorio de

lo que yo pensaba. Pero lo comprendió tarde. Cuando Juliano escribía sus memorias, me preguntó qué pensaba de Gregorio y yo le contesté que si tenía un enemigo era ese chacal. Juliano estuvo en desacuerdo. Pero mis palabras aparentemente tuvieron algún efecto. Como os he dicho antes, no deseo tener nada que ver con la publicación de estas memorias. Aun así, si son publicadas, gozaré del efecto que tendrán sobre el nuevo obispo de Constantinopla. No le gustará que se recuerde en público su pseudocínica juventud.

También es divertido comparar la conducta real de Gregorio en Atenas con su propia narración de esa época, que incluyó en su Inyectiva escrita poco después de la muerte de Juliano. Tengo esta obra conmigo. Casi ninguna de sus afirmaciones es honesta. Gregorio describe el aspecto de Juliano del siguiente modo: «Su cuello era vacilante, sus hombros estaban siempre en movimiento, se encogían y levantaban como platillos de una balanza, ponía sus ojos en blanco y miraba hacia un lado y otro con una expresión casi de loco; sus pies eran inquietos y tropezaban, su nariz

respiraba insolencia y desdén, sus explosiones de risa eran descontroladas y despedían mal aliento, sus formas de asentir y disentir eran sumamente inadecuadas, su discurso se interrumpía a menudo y solía detenerse para tomar aliento, las respuestas no tenían sentido del orden, y no eran ni un ápice mejores que las preguntas... » Esta no es ni siquiera una buena caricatura. Por supuesto, Juliano hablaba demasiado, estaba demasiado ansioso por aprender y por enseñar, a menudo podía parecer tonto. Pero no se aproximaba a la criatura espástica que describe Gregorio. La malicia de un verdadero cristiano cuando trata de destruir a un enemigo es única en el mundo. Ninguna religión consideró necesario destruir a otros porque no compartiesen sus mismas creencias.

En el peor de los casos, la creencia de otro hombre puede originar diversión o disgusto. Por ejemplo, los egipcios y sus dioses animales. Sin embargo, quienes rinden culto al Toro no tratan de asesinar a quienes lo rinden a la Culebra, o convertirlos por fuerza de la Culebra al Toro. Nada ha causado tanto mal al mundo,

con tanta intensidad y amplitud como el cristianismo. No necesito deciros que mis observaciones sólo están dirigidas a vuestros ojos y no a la publicación. Las he puesto ahora en esta forma nada característica porque me sentí Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

más conmovido de lo que esperaba al recordar esa temporada en Atenas, no sólo a través de los ojos de mi propia memoria, sino también a través de los de Juliano.

Gregorio también sostiene que por aquel entonces ya sabía que Juliano era un helenista y que conspiraba en secreto contra la cristiandad. Eso no es verdad.

Gregorio puede haber sido el primero en suponerlo (aunque yo lo dudo); pero es evidente que no sabía que Juliano conspiraba contra la religión del estado, porque es difícil que en aquel entonces conspirase contra algo. Estaba bajo una constante vigilancia. Sólo quería sobrevivir. Sin embargo, Gregorio escribe: «Dije de él

estas mismas palabras: "¡Qué buitres está alimentando el estado romano!", aunque deseé ser un falso profeta.» Si Gregorio hubiese dicho esto a alguien, se hubiera convertido en la habladuría de Atenas. También hubiera sido traición, puesto que Juliano era el heredero de Constancio. Si Gregorio hizo tal profecía alguna vez, debió susurrarla al oído de Basilio mientras estaban juntos en la cama.

Encuentro divertida e inocente la referencia de Juliano a Macrina. En el momento apropiado os contaré la verdadera historia, que podéis usar o no, como os parezca. La versión de Juliano sólo es veraz hasta un cierto punto. Supongo que deseaba proteger la reputación de ella, para no mencionar la propia.

Veo ocasionalmente a Macrina. Sigue siendo sincera y directa. Ahora es fea. Pero también lo soy yo. Como todo el mundo, cuando es viejo. Pero en su tiempo Macrina fue la muchacha más interesante de Atenas.

JULIANO AUGUSTO

Incluso hoy, Proeresio es un hombre que goza de toda mi admiración. Digo «incluso hoy» porque es un galileo y se ha opuesto a mi edicto que prohíbe a los galileos enseñar los clásicos. Aunque me he apartado de mis propias disposiciones para exceptuarlo de esta proclama, ha decidido retirarse. Cuando lo conocí, había sido durante cuarenta años el más famoso maestro de retórica de la ciudad. Su casa era grande y estaba cerca del río Iliso. A todas horas estaba llena de estudiantes que hacían preguntas, respondían a preguntas.

Al principio me quedé atrás en el oscuro y concurrido salón y miré a Proeresio que estaba sentado cómodamente en una gran silla de madera. Tenía entonces ochenta años: alto, vigoroso, con un poderoso tórax y extraordinarios ojos negros, nada diferentes a los de su sobrina Macrina. Su cabello era blanco y espeso, y caía en abundantes rizos sobre su frente, como espuma de mar. Era en todos los sentidos un hombre apuesto con una voz que lo complementaba. En realidad, era hasta tal punto un maestro de

elocuencia que cuando mi primo Constante lo envió en una misión a Roma, los romanos no sólo admitieron que era el más elocuente orador sino que le levantaron una estatua de bronce en el foro, con una inscripción que rezaba: «De Roma, la Reina de las Ciudades, a Proeresio, el Rey de la Elocuencia.» Menciono esto para subrayar sus dotes, puesto que el pueblo de Roma es el más saciado y fastidiado por discursos del mundo. O eso dicen todos. Yo todavía no conozco mi capital.

Proeresio consolaba a un estudiante que se quejaba de su pobreza:

—Yo no estoy a favor de la pobreza. Pero, al menos, es soportable durante la juventud.

Ameniza los días. Cuando llegué por primera vez a Atenas desde Armenia viví con un amigo en un ático sobre la Calle del Matadero. Entre los dos teníamos una túnica y una manta. En invierno dividíamos el día en guardias. Cuando él salía, vistiendo la túnica, yo me acurrucaba debajo de la manta. Cuando él volvía, yo

me ponía la túnica mientras él quedaba caliente en Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

la cama. No tenéis idea de lo bueno que es esto para el propio estilo. Preparaba discursos de tal elocuencia que me salían lágrimas cuando los declamaba dentro de la vieja manta, con los dientes castañeteándome por el frío.

Su voz era un murmullo encantador. Tuve la impresión de que ésta era una de sus historias favoritas, contada a menudo.

Luego Gregorio le habló en voz baja. Proeresio asintió y se puso de pie. Me sorprendí al ver que estaba más cerca de los seis que de los siete pies de altura.

—Tenemos un visitante —dijo a los demás. Todos los ojos se volvieron hacia mí, que miraba fijamente el suelo—. Un estudioso de cierto renombre. —Pese a la ironía, dijo esto con amabilidad—. El primo de un

joven amigo mío, ahora muerto. Estudiantes, se trata del nobilísimo Juliano, heredero de todo el mundo material, como nosotros somos herederos de las cosas espirituales, o tratamos de serlo.

Hubo un momento de confusión. Los estudiantes no sabían si dirigirse a mi como miembro de la casa imperial o como estudiante. Muchos de los que estaban sentados se levantaron; algunos se inclinaron; otros simplemente me miraban con curiosidad.

Macrina me susurró al oído:

—¡Adelante, tonto! ¡Habladle!

Recobré la calma y pronuncié un discurso, muy breve y adecuado o así me pareció.

Macrina, me dijo más tarde, que habla sido interminable y pretencioso. Por suerte, ahora que soy emperador, todos mis discursos se consideran graciosos y elocuentes. ¡Cómo mejora el propio estilo con la grandeza!

Proeresio me fue presentando a los estudiantes. Estaban intimidados, aunque yo había aclarado con todo cuidado que asistiría a la Universidad como cualquier otro estudiante.

Proeresio continuó su discurso durante un rato. Luego despidió a los estudiantes y me introdujo en el atrio de su casa. El sol se inclinaba ya hacia occidente. Desde las escaleras pude oír las risas y las discusiones de los estudiantes que se hospedaban allí. A veces salían a la galería para mirarme. Pero cuando se daban cuenta de que estaba mirándolos simulaban que tenían ocupaciones en algún otro cuarto. Hubiera dado cualquier cosa por una vida anónima en uno de esos desnudos dormitorios.

Se me ofreció la silla de honor junto a la fuente, mientras Proeresio me presentaba a su esposa Anficlea; es una mujer triste que nunca pudo superar la muerte de sus dos hijas. Habla pocas veces. Es obvio que la filosofía no le ha servido de consuelo. También conocí al padre de Macrina, Anatolio, un hombre grosero con

aspecto de hotelero, como así era. Macrina no lo apreciaba.

Basilio y Gregorio se excusaron. Gregorio parecía triunfal. Se ofreció para llevarme a todas las clases; sería mi guía. Basilio fue igualmente amable, aunque debió excusarse porque faltaría a menudo.

—Sólo faltan pocos meses para que parta. Tengo mucho que hacer si sobrevivo —y apretó ambas manos sobre su barriga con una mueca de agonizante—. ¡Mi hígado se siente como si lo picasen los buitres de Prometeo!

—Entonces manteneos alejado de las corrientes —se me ocurrió decir sin pensarlo demasiado—, o podéis concebir y poner un huevo de buitre... —Proeresio y Macrina comprendieron la alusión y lanzaron una carcajada. A Basilio no le pareció muy divertido y yo deploré la ligereza con que había hablado. A menudo lo hago; es un defecto. Gregorio me Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

estrechó la mano amistosamente; luego él y Basilio nos abandonaron. Hasta hoy posiblemente tema mi venganza por lo que dijo sobre mí. Pero no soy vengativo, como todo el mundo sabe.

Bebimos vino en el jardín. Proeresio me hizo preguntas sobre cosas de la corte. Estaba muy interesado por la política; en realidad, cuando mi primo Constante quiso hacerlo noble como muestra de admiración, le ofreció el título honorífico de prefecto pretorio. Pero el anciano dijo que él prefería ser interventor de alimentos de Atenas (un significativo título que Constancio siempre reservó para si mismo). Luego, al ejercer la autoridad conferida por dicho título, hizo que la provisión de granos de diversas islas se desviase hacia Atenas. Es innecesario decir que es un héroe para la población de la ciudad.

Proeresio sospechó de mí desde el comienzo. Y pese a toda su simpatía, pareció que sus preguntas trataban de

hacerme confesar alguna oscura razón de mi viaje a Atenas. Habló de los esplendores de Milán y de Roma, de la vitalidad de Constantinopla, de los elegantes vicios de Antioquía, del alto tono intelectual de Pérgamo y Nicomedia; incluso halagó a Cesarea... la «Metrópolis de las Letras», como siempre la llama Gregorio, y no con ironía.

Cualquiera de esas ciudades, declaró Proeresio, debían atraerme más que Atenas. Audazmente le dije que había venido a verlo.

—¿Y a la hermosa ciudad? —interrumpió de pronto Macrina.

—Y a la hermosa ciudad —repetí obedientemente.

—Demos un paseo por el río —dijo—. Los dos.

En el Iliso nos detuvimos frente a la Fuente Calirroo, una especie de isla de piedra tan horadada y desgastada por la naturaleza que parece una fuente; de ella se saca agua sagrada.

Nos sentamos en la orilla, sobre la alta hierba marrón de agosto. Los plátanos nos amparaban del sol que caía. El día era dorado; el aire quieto. Alrededor de nosotros los estudiantes leían o dormían. El Himeto se elevaba al otro lado del río, detrás de una hilera de polvorientos árboles. Yo estaba eufórico.

—Mi querido muchacho. —Ahora Proeresio se dirigió a mí sin ceremonias, de padre a hijo—. Estáis muy cerca del fuego.

Fue un comienzo de lo más inesperado. Me estiré cuanto largo era sobre la tupida hierba marrón mientras él se ponía en cuclillas a mi lado, muy tieso, con su espalda contra el tronco de un plátano. Lo miré y noté cuán redondo y juvenil era su cuello y qué firme la línea de la quijada para su edad.

—¿Fuego? ¿El del sol? ¿El de la tierra?

Proeresio sonrió.

—Ninguno de ellos. Tampoco el del infierno, como

dicen los cristianos.

—¿Según vos creéis? —No estaba seguro de hasta qué punto era galileo; aun ahora, no lo sé. Siempre fue evasivo. No puedo creer que un maestro y helenista tan sutil sea uno de ellos, pero todo es posible, como lo demuestran diariamente los dioses.

—No estamos preparados todavía para ese diálogo —dijo. Hizo un gesto para señalar el río que se retiraba suavemente—. A propósito, allí es donde se hizo el diálogo Fedro de Platón. Ellos tenían mucho de que hablar ese día, en esta misma orilla.

—¿Les igualaremos?

—Algún día, quizás —se detuvo. Esperé, como si se tratase de un presagio—. Seréis emperador un día. —El anciano dijo esto con voz neutra, como si se tratase de un hecho establecido.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—No quiero serlo. Y dudo que lo sea. Recordad que de toda nuestra familia sólo quedamos Constancio y yo. Me iré como se fueron los otros. Por eso estoy aquí. Pero antes quiero ver Atenas.

—Quizás vos deseéis eso. Pero yo... bien, yo confieso que tengo debilidad por los oráculos. —Se detuvo significativamente. Era suficiente. Una palabra más y hubiera cometido traición. Está prohibido consultar al oráculo sobre el emperador; una excelente prohibición, pues, ¿quién obedecería a un rey del que se conociese la fecha de su muerte y el nombre de su sucesor? Debo decir que no estaba sorprendido por el candor del anciano y que me sentía satisfecho de que confiara en mí.

—¿Ha sido predicho? —Yo era tan audaz como él. Cometí el delito yo mismo para probarle mi propia buena fe.

Negó con la cabeza.

—No el día ni el año. Simplemente el hecho. Pero será una tragedia.

—¿Para mi o para el estado?

—Nadie lo sabe. El oráculo no fue explicito —sonrió—. Pocas veces lo es. Me pregunto por qué depositamos tanta fe en él.

—Porque los dioses nos hablan en sueños y fantasías. Eso es un hecho. Tanto Homero como Platón...

—Quizás lo hagan. De todos modos, la creencia es antigua... Conozco a toda vuestra familia —
distraídamente arrancó hierba marrón con sus manos viejas y de gruesas venas—.

Constante era débil. Pero tenía buenas cualidades. No era igual a Constancio, por supuesto.

Vos lo sois.

—No digáis eso.

—Me limito a observar. —De pronto se volvió hacia mí—. Ahora presiento que vais a restaurar el culto de los antiguos dioses. —Me quedé sin respiración.

—Presumís demasiado. —Me tembló la voz, pese a la dureza del tono que no hubiere desmerecido del mismo Constantino. Más tarde o más temprano se aprende la treta de los césares: esa abrupta variación de tono que es un áspero recuerdo del cetro y el hacha que esgrimimos sobre todos los hombres.

—Eso espero —dijo el anciano, con serenidad.

—Lo siento. No debiera haber hablado así. Sois el maestro.

Negó con la cabeza.

—No, vos sois el maestro, o pronto lo seréis. Sólo deseo ser útil. Preveniros, pese a lo que vuestro maestro Máximo pueda decir, de que los cristianos han ganado.

—¡No lo creo! —Con fiereza y sin ningún tacto le recordé que sólo una pequeña parte de la población romana era en realidad galilea.

—¿Por qué los llamáis galileos? —me preguntó, interrumpiendo mi arenga.

—¡Porque él proviene de Galilea!

Proeresio leyó mi pensamiento.

—Teméis la palabra «cristiano» —dijo—, porque sugiere que aquellos que así se llaman son en realidad discípulos de un rey, de un gran señor.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Un mero nombre no puede afectar a aquello que en realidad son —evadí sus palabras. Pero tiene razón. El nombre representa un peligro para nosotros.

Resumo mi argumentación: la mayoría del mundo civilizado no es ni helénico ni galileo, sino que se encuentra entre ambas tendencias. Con buenas razones, una mayoría del pueblo odia a los galileos. Demasiados inocentes han ido al matadero en sus necias disputas doctrinarias. Sólo necesito mencionar el asesinato del obispo Jorge de Alejandría para recordar a quienes lean esto, el salvajismo desplegado por esa religión no sólo hacia sus enemigos (a los que llaman «impíos») sino también hacia sus propios discípulos.

Proeresio trató de discutir conmigo, pero, aunque él es el hombre más elocuente del mundo, no le presté atención. Además, sus argumentos en defensa de los galileos eran considerablemente torpes, cosa que me hizo pensar que no era uno de ellos. Como muchos, se encuentra en un limbo entre el helenismo y el nuevo culto de la muerte. No creo tampoco que esté fingiendo. Está realmente perplejo. Los viejos dioses parecen habernos abandonado.

Siempre he aceptado la posibilidad de que se hayan

retirado de los asuntos humanos, aunque ésa sea una posibilidad terrible. Pero la mente no nos ha abandonado. Desde Homero hasta Platón y Jámblico, los dioses son siempre definidos en sus muchos aspectos y poderes: multiplicidad contenida en el Uno, toda la que emana de la verdad. Como escribió Plotino:

«Por su naturaleza, el alma ama a Dios y anhela ser una con él.» En la medida en que exista el alma humana, existirá Dios. Eso es evidente.

Comprendí que estaba dando un discurso a un maestro de la elocuencia, pero no me detuve. Docenas de estudiantes se sentaron y me miraron con curiosidad, convencidos de que estaba loco, pues movía mis brazos describiendo grandes arcos como hago cuando me apasiono. Proeresio me escuchó sin ofenderse.

—Creed lo que debáis creer —dijo finalmente.

—Pero, ¡vos también creéis! Creéis en lo que yo creo. Debéis creer o no podríais enseñar como lo hacéis.

—Veo las cosas de manera diferente. Eso es todo. Pero tratad de ser práctico. La cuestión ha sido resuelta. Los cristianos gobiernan el mundo a través de Constancio. Han tenido casi treinta años de riqueza y poder. No será fácil vencerlos. Llegáis demasiado tarde, Juliano. Por supuesto, si vos fueseis Constantino y esto hubiese ocurrido hace cuarenta años y tratáramos estos mismos problemas, entonces os diría: «¡Luchad! ¡Proscribidlos!

¡Reconstruid los templos!» Pero los tiempos han cambiado. No sois Constantino. Ellos tienen el mundo. Lo mejor que puede esperarse es civilizarlos. Por eso enseño. Por eso nunca podré ayudaros.

Lo respeté ese día. Lo respeto ahora. Si todavía está vivo cuando termine esta campaña, desearía volver a hablar con él. ¡Cómo deseamos todos hacer conversiones!

Volvimos a su casa como dos conspiradores. Ahora existía entre nosotros un vínculo que no podía

romperse, ya que cada uno había dicho al otro cosas verdaderas y peligrosas. El temor definió nuestra amistad y le dio su sabor.

En el oscuro atrio estaban reunidos nuevamente los estudiantes hablando fuerte y a la vez, como suelen hacerlo. Al veros entrar se quedaron en silencio. No dudé de que mi presencia los alarmaba. Pero Proeresio les dijo que debían tratarme como a otro estudiante.

—No lo es, por supuesto, pese a la barba y a las viejas ropas. —Se rieron—. Es diferente a nosotros. —Yo estaba por decir que incluso los miembros de la familia de Constantino tienen algún parecido (si no mucho) con los de la familia humana, cuando él Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

dijo—: Es un verdadero filósofo. Ha elegido ser lo que debe ser. —Esto fue aceptado con algún deleite. Hasta el día Siguiete no comprendí la ironía de sus palabras.

Macrina me tomó del brazo y me dijo:

—Debéis ver a Prisco. Es el hombre más desagradable de Atenas.

Prisco estaba sentado sobre una silla, rodeado de estudiantes. Es un hombre flaco, de rostro imposible, casi tan alto como Proeresio. Cuando nos aproximamos se puso de pie y nos dijo:

—Bienvenidos.

Estaba contento por encontrarse con este gran maestro cuya reputación conocía desde hacía mucho tiempo, ya que es famoso por su ingenio y por sus ambigüedades. También es una persona desprovista totalmente de entusiasmo, un buen contrapeso para mí que a menudo me excito por trivialidades. Fuimos amigos desde un principio. Ahora está conmigo en Persia.

—Tratad de acosarlo —dijo Macrina, volviéndose hacia mí, con su mano sobre el flaco brazo de Prisco como presentándomelo para que luchásemos—, sobre

cualquier cosa. Lo consideramos el maestro de la evasiva. Nunca discute.

Con una mirada de disgusto que he llegado a conocer tan bien (¡y a temer cuando se dirige a mi!), Prisco libró su brazo de la mano de Macrina.

—¿Por qué he de discutir? Sé aquello que yo sé. Los demás siempre están deseando decirme aquello que ellos saben. No es necesario hacer una confrontación.

—Pero seguramente debéis aceptar que en la discusión aparecen nuevos pensamientos.

—Por supuesto, yo era ingenuo; lo presioné más—. Después de todo, Sócrates conducía a los demás hacia la sabiduría mediante la discusión y la conversación.

—Las dos cosas son lo mismo. Yo enseño mediante la conversación, o trato de hacerlo. Pero la discusión en esta ciudad es un vicio. Los hombres habladores pueden casi siempre triunfar sobre los hombres más sabios, pero que no hablan tan bien. En estos tiempos,

la forma de hablar es todo. La mayoría de los sofistas son actores... peor, son abogados. Y los jóvenes pagan para oírlos actuar, como a cantantes callejeros.

—¡Prisco me ataca! —Proeresio se había unido a nosotros. Estaba divertido con lo que obviamente era una antigua discusión.

—Sabéis lo que pienso. —Prisco era severo—: Sois el peor de todos porque sois quien mejor lo hace —se volvió hacia mí—. Es tan elocuente que todos los sofistas de Atenas lo odian.

—Todos menos vos —observó Macrina.

Prisco la ignoró.

—Hace unos pocos años sus colegas decidieron que era demasiado popular. Así que sobornaron al procónsul..

—Cuidado —dijo Macrina—. No podemos hablar de funcionarios sobornados ante quien un día puede ser el

más grande funcionario de todos.

—Sobornaron al procónsul —repitió Prisco volviéndola a ignorar— para exiliar a nuestro anfitrión. Eso hicieron. Entonces el procónsul se retiró y le sucedió un hombre más joven que se indignó tanto por lo ocurrido que permitió retornar a Proeresio. Pero los sofistas no se dieron por vencidos. Continuaron conspirando contra su maestro. De modo que el nuevo procónsul decidió convocar una reunión en la Universidad...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Por sugerencia de mi tío.

Proeresio se divertía.

—Macrina no nos permite mantener secretos. Sí, yo le propuse eso. Quería tener a todos mis enemigos reunidos en un lugar para...

—Despacharlos —dijo Macrina.

—Ganarles —dijo su tío.

—Derrotarles —dijo Macrina.

Prisco continuó:

—Fue un despliegue magnífico. Todos estaban reunidos en el salón principal de la Universidad. Los amigos estaban nerviosos. Los enemigos activos. Entonces llegó el procónsul. Tomó la dirección de la asamblea; anunció que debía proponerse un tema para que Proeresio pudiese argüir. Cualquier tema. La asamblea podía elegirlo. Al principio nadie dijo una palabra.

—Hasta que mi tío vio a dos de sus peores enemigos acechando en la parte posterior.

Les pidió que eligiesen un tema. Ellos trataron de escapar, pero el procónsul ordenó a sus guardias que los trajesen de nuevo.

Prisco por supuesto se mostraba riguroso.

—Fueron los guardias, dijo, quienes ganaron ese día para la virtud.

—La almibarada lengua de Prisco. —El anciano reía—. Debéis tener razón. Aunque sospecho que más ayudó la falta de juicio de los enemigos, puesto que me impusieron un tema de notable obscenidad y limitado alcance.

—Qué lado de la mujer es el más placentero, el delantero o el trasero —dijo sarcásticamente Macrina.

—Pero él aceptó el desafío —dijo Prisco—. Habló con tal efectividad que la audiencia mantuvo un silencio pitagórico.

—También insistió para que los relatores del tribunal registrasen todas las palabras.

—Macrina estaba orgullosa de la hazaña de su tío—. También pidió que no se aplaudiese.

—Fue un discurso memorable —continuó Prisco—.

Primero presentó la

argumentación en todas sus partes. Luego eligió una de ellas... la delantera. Después de hablar una hora dijo: «Ahora observemos cuidadosamente si recuerdo todos los argumentos que ya he presentado.» Entonces repitió el discurso en todos sus intrincados detalles, sólo que esta vez adoptó el punto de vista opuesto... el trasero. Pese a la orden del procónsul, los aplausos llenaron el salón. Fue el más grande alarde de memoria y de elocuencia de nuestro tiempo.

—¿Y...? —Proeresio sabía que Prisco no terminaría sin dar vuelta a la argumentación.

—¿Y? Vuestros enemigos fueron completamente derrotados. Así que mientras antes os menospreciaban, ahora os odian. —Prisco se volvió hacia mí—. Al año siguiente, casi consiguieron eliminarle. Aún conspiran contra él.

—¿Lo cual prueba? —Proeresio tenía tanta curiosidad

como yo por saber adónde iría a parar Prisco.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Las victorias en las discusiones son inútiles. Son ostentosas. Lo que se dice siempre provoca más ira que el silencio. Ese tipo de debates no convence a nadie. Además de los celos despertados por la victoria existe el problema de los vencidos. Ahora hablo de los filósofos.

Quien es derrotado, incluso cuando comprende que ha luchado con la verdad, sufre por haberse mostrado en público su error. Entonces se enfurece y puede terminar odiando la filosofía. Preferiría que nadie se perdiese para la civilización.

—Bien dicho —exclamó Proeresio mostrando su aprobación.

—Ahora bien —dijo la diabólica Macrina—, quizás

vos mismo no queráis perder una discusión, sabéis que podéis amargaros a causa de la humillación pública. ¡Oh, Prisco, sois vanidoso! No queréis competir por temor a perder. Así ninguno de nosotros conoce lo sabio que sois. El silencio es su leyenda, príncipe. Y por eso él es el más grande. Cada vez que Proeresio habla se limita, ya que las palabras limitan todo, siendo ellas mismas limitadas. Por esa razón Prisco es el más sabio de todos: el silencio no puede juzgarse. El silencio enmascara todas las cosas o ninguna. Sólo Prisco puede decirnos qué oculta su silencio, pero, puesto que no lo hace, suponemos que él es grande.

Prisco no contestó. Macrina ha sido la única mujer que he conocido con capacidad para hablar con tantos cambios y variaciones. La ironía no es habitual en la mujer, pero Macrina era lo contrario de lo habitual. Antes de que tuviésemos oportunidad de ver si Prisco podía responderle, fuimos interrumpidos por la llegada de mi cuerpo de guardia y de un oficial del personal del procónsul. En Atenas se había corrido la voz de que yo me encontraba en la casa de Proeresio. Nuevamente fui

puesto bajo custodia.

PRISCO: Macrina era una Sohar. Todos la detestábamos, pero la soportábamos porque era la sobrina de Proeresio. La descripción que hace Juliano de nuestro primer encuentro no es correcta. Es decir, lo que yo recuerdo no es lo que él recuerda. Por ejemplo, dice que su cuerpo de guardia llegó antes de que yo contestase a Macrina. Eso no es verdad. Le dije allí mismo que mi silencio enmascaraba compasión por los errores de los demás, porque yo no deseaba herir a nadie, ni siquiera a ella. Esto provocó algunas risas. Luego llegaron los guardias.

Transmitiré para la historia mi primera impresión cuando conocí a Juliano. Era un hermoso joven, de amplio tórax como toda su familia, y de fuertes músculos, un don de la naturaleza ya que por aquel entonces pocas veces hacía ejercicios. Hablaba demasiado; Gregorio no se equivoca totalmente cuando describe a Juliano hablando sin respirar y en forma continua. En realidad, yo acostumbraba a decirle:

«¿Cómo esperáis aprender algo si habláis todo el tiempo?» Él sonreía con excitación y decía: «Pero yo hablo y oigo al mismo tiempo. Ése es mi arte.» Lo que posiblemente fuese verdad. Siempre me ha sorprendido lo mucho que asimilaba.

No supe de la conversación con Proeresio hasta leer las memorias. Jamás sospeché que el anciano tuviese tanta astucia, o audacia. Era peligroso admitir ante un príncipe extranjero que se había consultado el oráculo. Pero siempre tuvo debilidad por los oráculos.

Nunca me gustó mucho el anciano. Siempre pensé que tenía más de demagogo que de filósofo. También tomaba con seriedad su papel de gran anciano. Hacía discursos sobre cualquier tema, en todas partes. Trataba a los príncipes del mismo modo que los obispos tratan a las reliquias. Era un formidable orador, pero sus escritos eran triviales.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Permitidme deciros algo acerca de Macrina puesto que Juliano es parte interesada y hay cosas que, si yo no os las dijese, nunca las conoceríais. Ambos tuvieron una relación amorosa que fue objeto de comentarios por la ciudad. Macrina se comportó con su habitual grosería explicando la relación con todos, en sus más íntimos detalles. Declaró que Juliano era un magnifico amante, sugiriendo que su propia experiencia era considerable. En realidad, ella posiblemente fuese virgen cuando se conocieron. Entre los hombres que conocía quizá ninguno hubiera hecho el esfuerzo de quitarle la virginidad. Después de todo, Atenas es famosa por la complacencia de sus mujeres, y pocos hombres desean acostarse con una mujer habladora, especialmente cuando hay tantas calladas para elegir. Estoy seguro de que Juliano fue el primer amante de Macrina.

En ese tiempo circuló una graciosa historia, sin ninguna duda apócrifa. Alguien oyó a Juliano y Macrina mientras hacían el amor. Según parece siguieron hablando durante todo el acto sexual. Se supone que Macrina refutaba a los pitagóricos mientras Juliano

reafirmaba los poderes platónicos, todo esto antes y durante el orgasmo. Hacían buena pareja.

Juliano mencionó a Macrina muy pocas veces delante de mí. Se sentía incómodo al saber que yo conocía su relación. Hablamos de ella por última vez en Persia, cuando escribía sus memorias. Deseaba saber qué había sido de ella, con quién se había casado, qué aspecto tenía. Le dije que estaba algo gorda, que se había casado con un comerciante de Alejandría que vivía en el Pireo, y que tenía tres hijos. No le dije que el mayor era hijo suyo.

Sí. Ahí reside el famoso escándalo. Aproximadamente siete meses después de que Juliano hubiese abandonado Atenas, Macrina dio a luz. Durante el embarazo permaneció con su padre. Aunque sus modales fueran atrevidos, era una mujer convencional. Estaba desesperada por conseguir un marido, pese a que se sabía que el bastardo era hijo de Juliano y que por tanto representaba una distinción honorífica para la madre. Por suerte, el mercader de Alejandría se casó

con ella y declaró que el hijo era suyo.

Lo vi crecer. Ahora tiene alrededor de veinte años y es algo parecido a su padre, por lo que se me hace difícil el estar con él. Pese a lo estoico que soy, reconozco que hay ciertos recuerdos dolorosos. Afortunadamente, el muchacho vive ahora en Alejandría donde se dedica al comercio como su padrastro. No tiene interés por la filosofía, según me dijo una vez Macrina. Es un cristiano devoto. Este es el fin de la casa de Constantino. ¿Supo Juliano que tenía un hijo? No creo. Macrina jura que nunca se lo dijo, y yo casi la creo.

Hace pocos años me encontré con Macrina en lo que los atenienses llaman el ágora romana. Nos saludamos amablemente y nos sentamos juntos sobre los escalones de la torre del reloj de agua. Le pregunté por su hijo.

—¡Es hermoso! ¡Tiene el mismo aspecto que su padre, un emperador, un dios!

—Macrina no ha perdido su fiero lenguaje, aunque el filo de su ingenio está algo romo—. ¡Pero no lo

lamento!

—¿El parecido? ¿O ser la madre del hijo de Juliano?

No respondió. Miró ausente a través del ágora, llena como de costumbre de abogados y recaudadores de impuestos. Sus ojos negros estaban centelleantes como siempre, aunque su rostro sufre los efectos de la papada y sus pesados pechos caen bajo los efectos de la maternidad y la edad. De pronto se volvió hacia mí.

—Quiso casarse conmigo. ¿Sabíais eso, Prisco? Pude ser la emperatriz de Roma. ¡Qué idea! ¿Os hubiera gustado? ¿Pensáis que hubiera sido... decorativa? Por cierto, hubiera sido insólito. ¿Cuántas emperatrices han sido filósofas por derecho propio? Habría sido divertido.

Hubiera llevado gran cantidad de joyas, aunque detesto los ornamentos. ¡Miradme! —Se dio Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

un tirón de los sencillos ropajes que vestía. Pese a la fortuna de su esposo, Macrina no usaba anillos, ni broches, ni peinetas, ni joyas en las orejas—. Pero las emperatrices deben desempeñar su papel. No pueden elegir. Por supuesto, yo habría sido una de mal carácter.

Hubiera seguido el modelo de Mesalina.

—¿Vos, insaciable? —No pude dejar de reír.

—¡Totalmente! —El viejo filo reapareció por un momento; los ojos negros tenían tono irónico—. Ahora soy una mujer fiel porque estoy gorda y nadie me desea.

Por lo menos no me desea nadie que yo quiera. Pero la belleza me atrae. ¡Me encantaría ser una ramera! ¡Con la diferencia de que yo elegiría la clientela! Ésa es la razón por la cual me gustaría ser emperatriz. ¡La historia también se hubiera interesado por mí!

¡Macrina, la Insaciable!

Cualquiera que nos hubiera visto sobre aquellos escalones hubiera pensado: ¡qué pareja tan respetable! Un antiguo filósofo y una digna matrona, discutiendo con dignidad el precio del trigo o el último sermón del obispo. Pero Macrina estaba entonando un himno a la lujuria.

—¿Qué hubiera pensado Juliano? —Me las ingení para interrumpirla antes de que diese demasiados detalles específicos sobre su apetito. Es curioso lo poco que nos interesan los deseos sexuales de aquellas personas que no nos atraen.

—Yo también me lo pregunto —se detuvo—. No estoy segura de que se hubiera opuesto. Sí, sí se habría opuesto. Y no por celos. No creo que fuera capaz de eso.

Simplemente le disgustaban los excesos. A mí también, pero yo nunca tuve la posibilidad de ser excesiva, excepto en la alimentación, naturalmente. ¿Veis el resultado? Por supuesto, todavía puedo ser una belleza

en Persia. Allí sueñan con mujeres gordas. ¿Alguna vez él me mencionó cuando estabais con él en Persia?

Negué con la cabeza. No sé bien por qué razón le mentí, a menos que el disgusto sea un motivo suficiente.

—No. Supuse que no lo haría. —No parecía decepcionada. Es preciso admirar la fuerza de su egotismo—. Antes de volver a Milán me dijo que, si vivía, se casaría conmigo. A diferencia de lo que dicen los chismes, él no sabe que quedé embarazada entonces. Nunca se lo dije. Pero le expresé mi deseo de ser su esposa, aunque si Constancio tenía otros planes para él, que por supuesto tenía, no me apenaría. ¡Oh, yo era una chica magnífica!

—¿Habéis vuelto a tener noticias de él?

Movió la cabeza negativamente.

—No, ni siquiera una carta. Pero poco después de hacerse emperador mandó al procónsul de Grecia que me buscase y me preguntase si deseaba algo. Nunca

olvidaré la mirada de sorpresa del procónsul cuando me vio. Una mirada le bastó para darse cuenta de que Juliano no podía tener ningún interés amoroso en esa mujer gorda. El pobre hombre estaba turbado.

¿Pensáis que Juliano se enteró de la existencia de nuestro hijo? No fue un secreto muy bien guardado.

Le dije que no lo creía. Y no lo creo. Por cierto que nunca se lo dije, ¿y quién otro se hubiera atrevido?

—¿Conocisteis a la mujer de Juliano?

Asentí.

—En Galia. Era mucho mayor que él. Y muy fea.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Eso me han dicho. Nunca fui celosa. Sé que lo forzaron a casarse con ella. ¿Fue realmente célibe después de su muerte?

—Según lo que yo sé, sí.

—Era extraño. Estoy segura de que los cristianos lo habrían convertido en santo si hubiera sido uno de ellos. Sus pobres huesos estarían curando enfermedades en estos momentos. Bien. Todo ha pasado. ¿No es cierto?

Miró el reloj de agua que se levantaba delante de nosotros.

—Se me hace tarde. ¿Con cuánto sobornáis al distribuidor de impuestos?

—Hipia se ocupa de eso.

—Las mujeres somos mejores para estas cosas. Los detalles nos deleitan. Somos pequeñas cotorras. —Se levantó pesadamente, con alguna dificultad. Se apoyó sobre el muro de mármol blanco de la torre—. Si, me hubiera gustado ser la emperatriz de Roma.

—Lo dudo. Si hubierais sido emperatriz, ahora estaríais muerta. Los cristianos os habrían matado.

—¿Creéis que eso me hubiera preocupado? —se volvió hasta ponerse totalmente frente a mí—. No comprendéis; deberías poder decirlo con sólo verme, mi querido y viejo sabio Prisco, que no ha pasado un día en veinte años sin que desease estar muerta.

Macrina me dejó en los escalones. Mientras miraba la pesada figura columpiar sus nalgas entre la multitud, la recordé cómo había sido algunos años antes y debo decir que por un momento me sentí tocado por el grito de su corazón. Pero eso no altera el hecho de que fuera y siga siendo una mujer sumamente desagradable. No he vuelto a hablarle desde ese día, aunque cuando nos vemos siempre nos saludamos a distancia.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

VIII

JULIANO AUGUSTO

Una semana después de mi llegada a Atenas me encontré con el hierofante de Grecia.

Como no quería que el procónsul supiese de este encuentro, la cita tuvo lugar en la biblioteca de Adriano, un edificio no muy frecuentado que se halla a mitad de camino entre las ágoras romana y ateniense.

Al mediodía llegué a la biblioteca y fui directamente al salón de lectura del norte, gozando como siempre del rancio y seco olor de los papiros y de la tinta de los grandes nichos donde se guardan los rollos y códices. El alto salón con su artesonado (que debemos agradecer al protector de Antínoo) estaba vacío. Allí me esperaba el hierofante. Yo estaba sumamente nervioso, porque él es el más sagrado de todos los hombres. Por ley se me prohíbe escribir su nombre, pero puedo decir que pertenece a la familia de los Eumólpidas, una de las dos familias de las que tradicionalmente provienen los hierofantes. No es sólo el sumo sacerdote de Grecia, sino también el custodio e intérprete de los misterios de Eleusis, que se remontan

por lo menos a unos dos mil años de antigüedad, si no a los orígenes de nuestra raza. Los que hemos podido conocer los misterios no podemos decir lo que hemos visto o lo que sabemos. Aun así, como escribe Píndaro: «Feliz aquel que tras ver esos ritos va debajo de la tierra, pues conoce el fin de la vida y su origen en dios.» Sófocles describe a los iniciados como «mortales tres veces felices, que tras haber visto esos ritos parten para el Hades; sólo a ellos se les asegura una verdadera vida allí; para el resto, el mal.» Cito de memoria. (Nota al secretario: Corregir las citas, si están equivocadas.)

Eleusis es una ciudad a cuarenta millas de Atenas. Durante dos mil años se han celebrado allí los misterios, ya que fue en Eleusis donde Perséfone retornó del mundo subterráneo para el que había sido robada por el dios de la muerte, Hades, que la había hecho su reina. Cuando Perséfone desapareció por primera vez, su madre Deméter, la diosa de la cosecha, la buscó durante nueve días, sin comer ni beber. (Mientras cuento esta historia, los iniciados verán desvelarse el misterio, pero nadie más puede conocer su significado.)

Al décimo día Deméter llegó a Eleusis. Fue recibida por el rey y la reina, quienes le dieron un cántaro con hordiate de agradable sabor a menta que ella bebió de un solo trago. Cuando el hijo mayor del rey dijo: «¡Con qué ansia bebes!», Deméter lo convirtió en un lagarto. Pero luego, arrepentida de su acción, confirió grandes poderes al hijo menor del rey, Triptolemo.

Le dio trigo para sembrar, un arado de madera y un carro conducido por serpientes; él recorrió después la tierra enseñando la agricultura a los hombres. Ella hizo esto no sólo para resarcirle de lo que en un momento de ira había hecho a su hermano, sino porque Triptolemo podía contarle lo ocurrido con su hija. Se hallaba en el campo cuando la tierra se abrió de pronto ante él y apareció un carro conducido por negros caballos, procedente del mar. El conductor era Hades, que tomó a Perséfone entre sus brazos. Mientras el carro desaparecía a toda velocidad, la tierra se cerró sobre ellos. Ahora bien, Hades es hermano de Zeus, rey de los dioses, y había robado a la muchacha con el acuerdo de este último. Cuando Deméter lo supo tomó

su venganza. Ordenó a los árboles que no diesen frutos y a la tierra que no floreciese. De pronto, el mundo se tomó estéril. Los hombres morían de hambre. Zeus capituló; si Perséfone todavía no había comido el alimento de los muertos, podía volver junto a su madre. Mientras esto ocurría, Perséfone había comido siete semillas de granada y esto era suficiente para mantenerla para siempre en el mundo subterráneo. Pero Zeus estableció un acuerdo. Debía permanecer seis meses por año con Hades, como reina del Tártaro; los seis meses restantes podía estar con su madre en la superficie. Ésta es la razón por la cual la fría y estéril época del año dura seis meses, y la cálida y fructífera otros seis meses. Deméter Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

también dio al Ática la higuera y prohibió el cultivo de habas. Esta sagrada historia es representada en el curso de los misterios. Sobre esto no puedo decir una palabra más. El origen de la ceremonia se remonta a Creta y,

según algunos dicen, a Libia. Es posible que esos lugares conociesen misterios similares, pero es un hecho que Eleusis es el lugar concreto en donde Perséfone retornó del mundo subterráneo. Yo mismo he visto la caverna de la que emergió.

Ahora bien, para los iniciados he dado en la narración anterior una clara visión de lo que ocurre después de la muerte. A través del número y del símbolo he revelado todo en una página. Pero el profano no puede descifrar el misterio. Simplemente advierte que he contado una antigua historia de antiguos dioses.

El hierofante entró en el salón de lectura. Es un hombre bajo y regordete, nada impresionante. Me saludó con gravedad. Su voz es poderosa y habla el antiguo griego precisamente en la forma en que se hablaba hace dos mil años, pues en la larga descendencia de su familia las palabras han sido repetidas de una a otra generación exactamente de la misma manera. Es sorprendente pensar que Homero oyó lo que nosotros todavía oímos.

—He estado ocupado. Lo siento. Pero éste es el mes sagrado. Los misterios comienzan dentro de una semana. —Así empezó, prosaicamente.

Le dije que deseaba iniciarme en todos los misterios; los menores, los más grandes y el más alto. Comprendí que eso era difícil de conseguir en un plazo tan corto, pero no tenía mucho tiempo.

—Podemos hacerlo, por supuesto. Pero es necesario que estudiéis mucho. ¿Tenéis buena memoria?

Dije que todavía recordaba la mayor parte de los escritos de Homero. Me recordó que los misterios duran nueve días y que hay muchas contraseñas, himnos y oraciones que deben saberse antes de la revelación del más alto misterio. «No debéis equivocaros.» El hierofante era severo. Le dije que pensaba que podía aprender lo que fuera necesario en una semana, porque en verdad tengo una buena memoria, por lo menos es buena cuando está bien inspirada.

Yo era ingenuo; le confié que, si vivía, mi intención era apoyar al helenismo en su lucha contra los galileos.

Fue brusco.

—Es demasiado tarde —replicó, repitiendo las palabras de Proeresio—. Nada de lo que hagáis cambiará aquello que va a ocurrir.

No esperaba tal respuesta.

—¿Conocéis el futuro?

—Soy hierofante —dijo simplemente—. El último hierofante de Grecia. Conozco muchas cosas, todas trágicas.

Me negué a aceptar eso.

—Pero, ¿cómo podéis ser el último? Durante siglos...

—Príncipe, esas cosas están escritas desde el comienzo. Nadie puede cambiar el destino. Cuando yo

muerta, no será sucedido por un miembro de nuestra familia, sino por un sacerdote de nuestra secta. Él será de nombre, aunque no de hecho, el último hierofante.

Entonces será destruido el templo de Eleusis..., todos los templos de toda Grecia serán Revisados por Hyspastes.

Junio 2005

destruidos. Vendrán los bárbaros. Prevalecerán los cristianos. Caerán las tinieblas sobre el mundo.

—¿Para siempre?

—¿Quién puede decirlo? La diosa no me ha mostrado otra cosa que aquello que os he dicho. Conmigo termina la verdadera línea. Los misterios terminarán con el próximo hierofante.

—¡No puedo creerlo!

—Eso no cambia nada.

—Pero si voy a ser emperador...

—Es lo mismo.

—Entonces, evidentemente, no seré emperador.

Al oír esto sonrió sutilmente, porque llegábamos al punto en que la ley prohíbe la profecía.

—Seáis emperador o no, antes de que pase un siglo Eleusis estará en ruinas.

Lo miré fijamente. Estábamos sentados sobre un largo banco debajo de una ventana de altas rejas. Rombos de luz imponían sus formas sobre el piso de baldosas a nuestros pies.

Pese a su terrible convicción, ese hombre pequeño y gordo, con sus ojos saltones y gruesas manos estaba perfectamente sosegado. Nunca he conocido semejante autocontrol, ni siquiera en Constancio.

—Me niego a creer que no podamos hacer nada.

Se encogió de hombros.

—Iremos tan lejos como podamos, como siempre hemos hecho —me miró con solemnidad—. Debéis recordar que el hecho de que los misterios lleguen a su fin no los hace menos verdaderos. Por lo menos aquellos que fueron iniciados serán afortunados en el otro mundo. Por supuesto, uno siente lástima por los que vendrán después. Pero será lo que deba ser. —Se levantó con dignidad, mantuvo su pequeño cuerpo regordete perfectamente erecto, como si mediante la voluntad endureciese la débil carne—. Yo mismo os instruiré.

Necesitaremos varias horas cada día. Venid a mi casa esta noche.

—Con una pequeña reverencia se retiró.

Durante las siguientes semanas nos vimos todos los días. Sin embargo, no llegué a conocer mejor al hierofante. Se negó a hablar de todo aquello que no tuviese relación con los misterios, y me resigné a

aceptarlo tal cual era: un vínculo palpable con el pasado sagrado, pero no un compañero humano.

No necesito describir las ceremonias que preceden a la iniciación, puesto que son conocidas por todos.

Aunque me está prohibido describir los misterios mismos, puedo decir que en ese año participó en las festividades más gente que nunca, para mortificación de los galileos.

Todo duró nueve días. El primero fue caluroso y enervante. Se hizo la proclamación y los objetos sagrados fueron llevados desde Eleusis al Eleusinion, un pequeño templo que se encuentra al pie de la Acrópolis, donde —entre otras cosas interesantes— hay una lista completa de las propiedades personales de Alcibíades, tomadas cuando profanó los misterios una noche de borrachera imitando en una esquina los ritos secretos del hierofante. Los objetos sagrados están contenidos en diversas vasijas cerradas con cintas rojas. Éstas se encuentran Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

en el Eleusinion, y son devueltas a Eleusis durante la procesión principal, que tiene lugar el quinto día.

El segundo día nos bañamos en el mar, y cada uno de nosotros lavó el cordero destinado al sacrificio. Yo elegí la playa de Fulero, y casi pierdo el cordero que había comprado por seis dracmas. Resulta sorprendente ver a varios miles de personas bañándose en el mar, cada una con su cordero balando.

El tercer día con su larga noche es dedicado al sacrificio.

El cuarto día es consagrado a Asclepio. Se permanece en casa.

Durante el quinto día la procesión discurre desde la Puerta Dipilón hasta Eleusis.

Era un hermoso espectáculo. Una imagen del dios Tacco, hijo de Deméter, es colocada en un carro de

madera a la cabeza de la procesión. Esta parte de la ceremonia está consagrada al dios. Aunque se supone que todos deben ir caminando a Eleusis, la mayoría de las personas de posición acomodada van en literas. Yo fui caminando. Mi cuerpo de guardia se quejó, pero yo estaba exaltado. Iba coronado de arrayán y no sólo llevaba las sagradas ramas atadas con lana, sino también, de acuerdo con la tradición, ropas nuevas en un hatillo que colgaba de un cayado apoyado sobre mi hombro. Macrina me acompañó.

El día estaba nublado, lo que hizo la jornada más agradable de lo que suele ser en esta época del año. En total, quizás hubiera mil personas en la procesión. Además estaban los curiosos, entre los que se encontraban muchos galileos que nos gritaban ateas maldiciones.

En las afueras de Atenas, Macrina me señaló un grupo de viejos edificios que lindaban con el camino principal.

—Ese es el burdel más famoso de Grecia —dijo con el

habitual deleite que le proporcionaba el hablar de esas cosas—. El templo de Afrodita.

En apariencia, venía gente de todo el mundo a visitar el templo donde, por un precio determinado, gozaban de las «sacerdotisas». Pretendían que eso era religión. En realidad, se trataba de una prostitución masiva. Lo desapruėjo por completo.

Precisamente detrás del templo se encuentra un antiguo puente, sobre cuyo parapeto se sientan hombres con el rostro cubierto con capuchas. Allí comienza la prueba.

Su función tradicional es recordar a las personas importantes sus errores y condenar su orgullo. Me consolé recordando que Adriano y Marco Aurelio me habían precedido en esa ceremonia. Si ellos habían sobrevivido a la humillación, también yo podía hacerlo.

—No será tan malo —Macrina trataba de mostrarse tranquilizadora—. Temen demasiado a Constancio. —Pero yo recordé cómo habían escarnecido a Adriano a causa de su amor por Antínoo, y Adriano era un

emperador reinante, no un mero primo. Cuando llegamos al puente yo sudaba. Todos los ojos se volvieron hacia mí. Los encapuchados, por lo menos unos treinta, acababan de atormentar a un magistrado local. Entonces se dirigieron hacia mí; Macrina me agarró con fuerza del brazo. El corazón me latía con fuerza y bajé la mirada.

Caminé despacio sobre el puente. Las mofas y las maldiciones fueron formidables. Al principio traté de no oír las, pero después recordé que esta humillación es una parte esencial de los misterios: librarse del propio orgullo. Escuché. La mayoría me acusaba de ser falso y pretencioso. No era un verdadero estudioso. Era un afectado. Parecía un chivo. Era cobarde y temía servir en el ejército (esto era inesperado). Odiaba a los galileos. Esto me puso nervioso, pero por suerte lo dijeron una sola vez. A fin de cuentas, quienes me vituperaban eran fieles de la verdadera religión y no podían volver en mí contra mi antipatía por los galileos.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Por último cruzamos el puente. La ordalía terminó. Me sentí purificado y aliviado (a menudo lo peor no es tan malo como uno cree) y anduve el resto del camino hasta Eleusis con Macrina protestando a mi lado. Temía que ella me vituperase tanto como los hombres del puente. Pero a medida que me internaba en los misterios me sentía tan expectante que nada podía perturbar mi estado de ánimo.

Llegamos a Eleusis por la noche. La ciudad es pequeña y se encuentra en el golfo de Sarrónico, con una vista de la isla de Salamina. Como la mayoría de las ciudades cuya principal fuente de ingresos son los extranjeros, Eleusis está llena de posadas, casas de comida y comerciantes ansiosos por vender reproducciones de los objetos sagrados a precios ridículamente elevados. Sorprende que sigan existiendo lugares sagrados, si se considera la presencia inevitable de aquellos cuya subsistencia depende de engañar a los extranjeros. Se me ha dicho que Delfos aún es peor

que Eleusis; y que Jerusalén —«sagrada» por supuesto para los galileos— es ahora uno de los lugares cuya visita causa más disgusto.

Las antorchas centelleaban en todas las calles de la ciudad. La noche era como el día.

Los posaderos nos ofrecían sus servicios. Incluso se proponía el vicio, prueba de la degradación a que habían llegado sus habitantes, ya que ellos saben mejor que nadie que durante los tres días de peregrinación a Eleusis es preciso ayunar, mantener la continencia y ni siquiera tocar el cuerpo de un muerto o de una mujer que acaba de dar a luz, también se nos prohíben los huevos y las legumbres, incluso después del primer día de ayuno.

Macrina y yo seguimos a la multitud hasta el lugar en que se realizan los misterios.

Homero ha descrito cómo el templo original se encontraba al pie de la Acrópolis, prácticamente en el mismo lugar que el actual, el Telesterion, como lo

llaman. Esa noche todo estaba iluminado en honor de los Grandes Misterios.

Se entra en el recinto sagrado a través de una puerta, más noble aún que el Dipilón de Atenas. Entramos, pasando por una parte rodeada con cuerdas donde los guardianes y los sacerdotes se aseguraban de que fuésemos iniciados, cosa que se advertía por nuestras vestiduras y algunas señales. La puerta está colocada en forma tan inteligente que nadie puede ver a través de ella más que unos pocos metros del camino sagrado; resulta imposible ver más allá por el gran muro de Plutonion, un templo construido sobre el pasaje que conducía al Hades por donde apareció Perséfone.

Con los ojos llorosos a causa del humo de las antorchas, Macrina y yo subimos por el sagrado camino, deteniéndonos por primera vez en la Fuente de Calicoros. Estaba sobrecogido por un temor reverente, pues me hallaba ante la misma fuente descrita por Homero. Es tan vieja que se remonta más allá de la memoria. Se hallaba allí en los tiempos en que los

dioses andaban por la tierra y las mujeres de Eleusis danzaban en honor de Deméter.

La abertura de la fuente se encuentra algunos escalones por debajo de la terraza principal y está cubierta con magnífico mármol. Cerca de allí hay un canal que lleva agua sagrada; lavé mis manos y comencé a conocer a Deméter y su dolor. Me sentía tan conmovido que estuve a punto de olvidarme de pagar al sacerdote la dracma correspondiente por la experiencia.

Luego entramos al Plutonium, que se halla en un hueco de la roca en la Acrópolis. No se nos permitía pasar las puertas de olmo, pero el altar exterior del templo, cavado en la roca viva, estaba iluminado.

Por último llegamos al largo pórtico de Filón, frente al Telesterion. Más allá de este pórtico pintado de azul, la blanca fachada del edificio más sagrado de la tierra se enfrenta a la Acrópolis, que le proporciona su cuarta pared. Existen en el mundo templos más grandes y más espléndidos, pero ninguno de ellos inspira la misma

reverencia que el Telesterion: ha sido sagrado casi desde el primer día de existencia del hombre, una creación de ese hermoso Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

mundo perdido en que los dioses vivían libremente entre nosotros, y la tierra era simple y los hombres buenos.

No pudimos entrar en el templo porque todavía no éramos iniciados. En ese momento se nos reunieron dos sacerdotes que nos condujeron hasta la casa en que habían vivido durante años los Eumólpidas. Allí pasamos la noche. El hierofante, sin embargo, no se reunió con nosotros. En esa noche de noches, ayunó y meditó.

Macrina y yo permanecemos sentados hasta el amanecer.

—Debéis ser admitida en los misterios —la increpé,

como ya lo había hecho antes.

Pero ella era malvada.

—¿Cómo puedo serlo? No soy ni una cosa ni otra. No quiero a los cristianos porque son crueles. No creo en los misterios ni en todo lo demás porque no concibo que nada pueda ayudarnos después de la muerte. O continuamos de alguna manera, o nos detenemos. Pero eso nada tiene que ver con lo que hagamos, está más allá de nuestro control y no hay manera de tratarlo con los dioses. Considerad a los cristianos, que creen que existe un dios único...

—¡En tres partes!

—Bien, el vuestro está en mil trozos. De todos modos, si por casualidad los cristianos tuviesen razón, entonces todo esto estaría equivocado —señaló hacia el Telesterion y vos iríais a su infierno antes que a vuestro Eleusis.

—Pero los galileos están equivocados.

—¿Quién puede decirlo?

—Homero. Miles de años de verdadera fe. ¿Vamos a creer que Dios no existía hasta que surgió un carpintero de la chusma hace trescientos años? Está fuera de toda lógica pensar que la época más grande de la vida del hombre no tuvo Dios.

—Debes discutir con los Mellizos —dijo Macrina. Luego hablamos de temas que no voy a mencionar.

Los tres días siguientes fueron inimaginables. Fui admitido en todos los misterios, incluso en el último y más secreto. Vi a aquel que es actuado, a aquel que es mostrado y a aquel que es dicho. Vi la pasión de Deméter, el descenso de Perséfone al mundo subterráneo, la concesión del grano al hombre. Vi el mundo como era y como será. Perdí mi temor a la muerte en el Telesterion, cuando en una llamarada de luz pude contemplar los sagrados objetos. Era verdad. No puedo decir más. Está prohibido narrar cualquier cosa que uno vea u oiga durante las dos noches

pasadas en el Telesterion. Pero haré un comentario general, una disensión respecto a Aristóteles, quien escribe: «El iniciado no aprende nada, sólo siente ciertas emociones y es puesto en un cierto estado espiritual.» Ante todo es discutible la proposición de que una nueva emoción no es algo aprendido. Pienso que lo es. En todo caso, hasta ahora no me he encontrado con ningún iniciado en Eleusis que no haya aprendido nuevas cosas no sólo de la vida que vivimos sino de la futura. Existe tal lógica en lo que se revela en esas dos noches que uno se sorprende de no haberlo sabido antes, lo que me prueba la verdad de lo visto, oído y demostrado. Somos parte de un círculo sin fin, una luminosa espiral de vida, perdida y recuperada, de muerte para la vida para... pero empiezo a decir demasiado.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

PRISCO: Habla demasiado. Pero en eso reside su

encanto, salvo cuando su narración se hace larga y tediosa. Sé que sois iniciado en Eleusis y sin ninguna duda tenéis, respecto a lo revelado allí, tantos sentimientos como él. Yo no. Es posible que si hubiese pasado a través de todas las tonterías de la iniciación, podría haber tenido una «revelación». Pero lo dudo.

Existen naturalezas demasiado corrientes como para aprehender los misterios. La mía es una de ellas. En la actualidad podemos escribir con cierta libertad sobre los misterios puesto que han llegado a su fin. Se espera que el emperador clausure el Telesterion cuando sienta que el momento es políticamente adecuado.

Naturalmente los obispos anhelan la destrucción de Eleusis, lo cual constituye para mí la única razón válida para su preservación.

Me siento indiferente ante los misterios porque los encuentro vagos y llenos de injustificadas esperanzas. No deseo ser nada el próximo año o el próximo minuto o cuando esta larga vida mía llegue a su fin. (No me parece ni la mitad de larga de lo que sería suficiente.)

Sin embargo, sospecho que la «nada» es mi destino. Si fuese de otro modo, ¿qué podría hacer? Creer, como el pobre Juliano, que uno se encuentra entre los elegidos porque concurrió a una ceremonia de nueve días, que cuesta alrededor de quince dracmas, sin contar los gastos extras, es caer en la misma tontería de la cual acusamos a los cristianos cuando censuramos su absurda exclusividad y lunática superstición.

No sabía que Macrina fuera tan sensata hasta que leí la narración que hace Juliano de su conversación con ella en Eleusis. Podría haber sido una buena esposa para él. Siempre he supuesto que le decía sólo aquellas cosas que él quería oír, como cualquier otra mujer. Ella era extraña, a su manera; pero no de mi gusto.

El resto de la estancia de Juliano en Atenas no tiene importancia. Personalmente era popular. Todos los sofistas lo adulaban para obtener sus favores. Es curioso cómo los hombres dedicados a la filosofía y a las cosas del espíritu son afectos al poder; al simular el repudio de los poderes, inevitablemente son atraídos

por los que gobiernan. Cuando el hombre poderoso es tan amable y amante de la filosofía como lo fue Juliano, los intentos para capturarlo resultan de lo más indecorosos.

LIBANIO: ¡Qué típico de Prisco! Apenas puede contener sus celos hacia mí y su resentimiento por mi influencia sobre Juliano. Sin embargo, mi interés por Juliano no era egoísta. ¿Cómo podía serlo? Cuando rechacé el cargo de prefecto pretorio, dije que el título de sofista me bastaba. Mi gesto todavía es recordado no sólo en Antioquía sino en todos los lugares donde se valora la filosofía. Quienes como yo desean conducir a otros hacia la sabiduría responden a cualquier alma que pregunte, príncipe o mendigo. A veces, como en el caso de Máximo, Juliano demostró falta de buen juicio, pero a la larga cultivó a los mejores espíritus de nuestro tiempo. También encuentro observaciones de Prisco sobre Eleusis que son de mal gusto, e incluso ateas. Cicerón, a quien difícilmente se le puede considerar supersticioso, escribió que los misterios bastarían para que la humanidad quedase por siempre en deuda con

Atenas, aunque se perdiese todo lo demás que los atenienses habían dado al mundo. Prisco ha empeorado con la edad. Supura envidia. Nunca fue un verdadero filósofo. Me da pena cuando leo su amargo comentario.

PRISCO: En todo caso, cuando Juliano miró con admiración a esa espiga de trigo que es revelada con tanta solemnidad en el momento culminante de la ceremonia...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

LIBANIO: ¡Esto es una absoluta blasfemia! Esas cosas no deben revelarse. Prisco sufrirá por esto en la vida futura, y quien le haya comunicado nuestro alto secreto se hundirá para siempre en el estiércol. ¡Es aterrador!

PRISCO: ... se sintió lógicamente exaltado al creer que así como el trigo se marchita, muere y renace, lo mismo ocurrirá con nosotros. Pero ¿es correcta esta analogía? Yo diría que no. Por una cosa: no es la misma espiga

de trigo la que surge de la semilla. Es una nueva espiga de trigo, lo cual sugeriría que nuestra inmortalidad se encuentra entre nuestras piernas. Nuestro semen indudablemente da lugar a un nuevo hombre, pero no a nosotros. El hijo no es el padre.

El padre es enterrado y allí termina. El hijo es otro hombre que sin embargo algún día hará otro hombre y así quizás eternamente, pero la conciencia individual no tiene continuidad.

LIBANIO: ¡Odio a Prisco! Es peor que un cristiano. Homero creía. ¿Acaso estaba equivocado Homero? Naturalmente que no.

PRISCO: Juliano no hizo ningún mal a los cristianos en Atenas pese a que era bien conocida su inclinación por la filosofía. Pero fue discreto. Por lo menos en una ocasión concurrió a la iglesia.

Al hierofante le gustó aunque creyó que estaba condenado, o por lo menos así me lo dijo años después. El hierofante era un hombre interesante. Pero

vos lo conocéis, ya que fuisteis admitido en los misterios durante su reinado. Comprendió con extraordinaria claridad que nuestro mundo había terminado. Hubo momentos, pienso, en que sentía placer de pensar que era el último de una línea que se remontaba a dos mil años atrás. Los hombres son raros.

Si no pueden ser primeros, no desprecian, por lo menos, el hecho de ser últimos.

JULIANO AUGUSTO

Esos maravillosos días de Atenas tuvieron un brusco final cuando llegó un mensaje imperial con la orden de que fuese a Milán a ver a Constancio. No se me dieron razones.

Supuse que iba a ser ejecutado. Un mensaje igual le había sido enviado a Galo. Confieso que tuve un momento de debilidad. Mientras caminaba solo por el ágora pensé en huir. ¿Y si desapareciese por las calles apartadas de Atenas? ¿Y si cambiase mi nombre? ¿Y si

me afeitase la barba? ¿Por qué no salir al camino como un nuevo cínico y caminar hasta Pérgamo o Nicomedia y perderme entre los estudiantes, oculto hasta que se me olvidase, se me supusiese muerto y ya no resultase peligroso?

De pronto abrí mis brazos a Atenea. Miré su estatua sobre la Acrópolis, para sorpresa de los que pasaban por allí (esto tenía lugar frente a la biblioteca de Pantainos). Le rogué que me permitiese permanecer en la ciudad de Atenas; preferiría morir antes que partir. Pero la Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

diosa no respondió. Dejé caer mis brazos con tristeza. En ese momento salió Gregorio de la biblioteca y se me acercó con su sonrisa de lobo.

—Nos abandonáis —dijo. No existen secretos en Atenas.

Le dije que no deseaba marchar, pero que la voluntad

del emperador debía cumplirse.

—Volveréis —me dijo, tomándome del brazo con familiaridad.

—Así lo espero.

—¡Y entonces seréis César, un hombre de estado, con una diadema, guardias y cortesanos! Será interesante ver cómo cambia Juliano cuando esté sobre nosotros como un dios.

—Seré el mismo —prometí, seguro de morir.

—Recordad a los viejos amigos en vuestra hora de grandeza. —Un rollo escondido en el cinturón de Gregorio cayó sobre el pavimento. Lo recogió sonrojado.

—Tengo un permiso especial —tartamudeó—, puedo sacar ciertos libros, libros aprobados...

Me reí ante su confusión. Él sabía como yo que la

Biblioteca Pantainos no permite retirar ningún libro del salón de lectura. Le dije que no se lo diría a nadie.

El procónsul me trató correctamente. Era un buen hombre, pero atemorizado. Reconocí en su rostro la mirada del funcionario que no sabe si uno va a ser ejecutado o elevado hasta el trono. La situación debe resultar muy difícil para esos hombres. Si son amables, se hacen vulnerables a una acusación de conspiración; si son duros, pueden llegar a ver a su víctima grande y vengadora. El procónsul tomó el camino intermedio: fue correcto; fue escrupuloso; arregló mi partida para la mañana siguiente.

Mi última noche en Atenas todavía resulta demasiado dolorosa de describir. La pasé con Macrina. Hice votos de volver si podía. Al día siguiente, a primera hora, abandoné la ciudad. No tuve la suficiente confianza en mí mismo como para mirar al templo de Atenea flotando en el aire, o las líneas violetas del monte Himeto por donde ya despuntaba el sol.

Con los ojos puestos en Oriente y en el sol de la mañana hice el triste viaje hasta el Pireo y el mar.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

IX

JULIANO AUGUSTO

A mediados de octubre llegué a Milán. El tiempo era seco y el aire tan claro que podían verse perfectamente esos azules Alpes que separan la civilización de la barbarie, nuestro mundo del sol de esa melancólica y verde floresta que alberga la némesis romana.

A las puertas de la ciudad salió a recibirnos uno de los eunucos de Constancio, un orondo representante con muchas barbillas y una espontánea expresión de burla. No me saludó de la manera adecuada, un mal presagio. Entregó al comandante de mi guardia una carta del emperador. Entonces comencé a recitar la primera de

las palabras necesarias para mi llegada al reino de la muerte. Pero no iba a ser eliminado todavía. Fui conducido a una casa de los suburbios donde se me puso en prisión.

La palabra prisión describe con exactitud el estado en que me encontraba. Durante el día se me permitía vagar por el atrio, pero por la noche era encerrado en mi dormitorio. Nadie podía visitarme ni había nadie en Milán a quien yo desease ver o que quisiese verme, a excepción de la emperatriz Eusebia. Sólo se me permitió mantener a dos muchachos y dos hombres de mi personal. El resto fue transferido al palacio imperial. No podía hablar con nadie. Esto fue lo peor de todo. Me hubiera gustado tener compañía, aunque fuese un eunuco.

¿Por qué era tratado de esa manera? Desde entonces he podido reunir las diferentes piezas de la historia. Mientras estaba en Atenas, en Galia se había proclamado Augusto a un general llamado Silvano. Estoy convencido de que en el fondo él no tenía ningún

deseo serio de tomar la púrpura, pero la enemistad de los eunucos de la corte lo había llevado a la rebelión.

Apenas ocurrió esto Constancio me arrestó, porque temía que, aprovechando la defección de Galia, me levantase contra él en el Ática. Mientras tanto, antes de mi llegada a Milán, Silvano fue muerto en Colonia. Nuevamente quedó demostrada la fortuna de Constancio en las guerras civiles.

Pero la muerte de Silvano no resolvió el problema de Juliano. Mientras yo permanecía encerrado en la villa se reabrió el viejo debate. Eusebio quería mi condena a muerte. Eusebia no. Constancio se mantenía reservado.

Preparé algunas cartas para enviar a Eusebia, en las que le pedía que intercediese ante el emperador para que se me permitiese retornar a Atenas. Por último decidí no enviarle ningún mensaje, ya que esto provocaría de inmediato las sospechas de Constancio, por lo menos, y cualquier comunicación entre su esposa y su presunto heredero no sólo llegaría a su

conocimiento sino que lo haría volverse contra nosotros dos. Hice lo más sensato.

Al amanecer del decimotercer día de mi cautiverio mi vida se alteró para siempre. Fui despertado por un esclavo que golpeaba en la puerta de mi dormitorio.

—¡Levantaos, señor! ¡Levantaos! ¡Un mensaje del Augusto! —Totalmente vestido, me levanté de la cama. Entonces recordé al esclavo que difícilmente podría recibir al mensajero imperial si alguien no abría la puerta.

La puerta se abrió. El comandante de mi guardia estaba radiante. Supe entonces que la divina voluntad había iniciado su tarea. Iba a ser perdonado.

—Un mensajero, señor. El emperador os recibirá esta noche.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Entré en el atrio y sentí por primera vez lo que significa gozar del favor imperial. La casa estaba llena de extraños. Gordos eunucos vestidos con vistosa seda; secretarios de diversos departamentos de gobierno; sastres, fabricantes de sandalias; jóvenes oficiales inclinados hacia lo que podría ser un nuevo sol y fuente de honor. Causaba vértigos.

El mensajero de Constancio no era otro que Arinteo, que ahora está a mi servicio en Persia. Es sumamente atractivo, y en el ejército lo aman con ese ferviente amor que los ejércitos dispensan a los bellos oficiales. Es totalmente inculto, pero valiente y astuto en la lucha. Tiene cabello castaño rojizo y ojos azules, con un cuerpo fuerte y ágil. Su único vicio es una excesiva afición por los muchachos, una característica que encuentro indecorosa en los generales. Pero los hombres gustaban de su sensualidad. Además, entre los miembros de la caballería la pederastia es una tradición. Debo decir que el día que Arinteo se me aproximó, con los azules ojos brillantes y su rubicundo rostro sonriente, casi lo confundí con el mismo Hermes,

derramando glorias del Olimpo mientras venía a salvar a su indigno hijo. Arinteo me saludó con vivacidad; luego leyó en voz alta la carta que me convocaba para la audiencia.

Cuando terminó de leer (no demasiado bien pues nunca leyó con facilidad) retiró el mensaje, me dedicó su más seductora sonrisa y dijo:

—Cuando seáis César, no os olvidéis de mí. Llevadme con vos. Yo prefiero la acción.

—Acarició la empuñadura de su espada. Yo temblé como un loco. Él partió.

Después se inició una nueva lucha. Debía abandonar mi barba y mis ropas de estudiante. Ahora era un príncipe, no un filósofo. Así fue como me afeité la barba por primera vez en mi vida. Fue como perder un brazo. Dos barberos me afeitaban mientras yo permanecía sentado en medio del atrio y el sol de la mañana brillaba sobre un espectáculo que, al recordarlo, me parece totalmente cómico. Allí estaba yo, un torpe estudiante

de filosofía de veintitrés años que concurría a la Universidad de Atenas, convertido en un cortesano.

Una joven esclava arregló las uñas de mis pies y me los lavó, haciéndome sentir incómodo. Otra trabajó sobre mis manos, lanzando exclamaciones ante las manchas de tinta de mis dedos. El barbero que afeitó mi barba trató de hacer lo mismo con mi tórax, pero lo detuve con un juramento. Me comprometí a que le dejaría arreglarme los pelillos de las ventanas de mi nariz. Al terminar me alcanzó un espejo. Casi no podía reconocer el joven que me miraba con ojos abiertos desde el metal pulido..., y yo era un joven, no un hombre como había pensado, porque la barba, engañosa, me había dado un innmercido aspecto de sabiduría y de edad. Sin ella me parecía a cualquier otro joven de la corte.

Luego me bañaron, me echaron aceites y perfumes, y me pusieron un complejo ropaje.

Mi piel se estremeció ante la lasciva caricia de la seda,

que proporciona una incómoda conciencia del propio cuerpo. Ahora nunca uso seda, prefiero el basto lino o la lana.

Sólo tengo un vago recuerdo del resto de ese día. Se me llevó hasta el palacio a través de calles atestadas de gente que me miraba con curiosidad, insegura de si sería o no apropiado aplaudir. Miré hacia delante como se me aconsejó que lo hiciese cuando me mostrara en público. Traté de no oír las conversaciones de la calle. Intenté recordar con desesperación las instrucciones de los eunucos.

Junto a la plaza principal de la ciudad, el palacio, gris e imponente detrás de sus columnas corintias, se levantó ante mí como el mismo destino. Las tropas estaban formadas con sus trajes de gala a cada lado de la puerta principal. Cuando bajé de la litera me saludaron.

Algunos cientos de milaneses se acercaron para examinarme. En todas las ciudades existe una clase cuya única función aparente es reunirse en los lugares

públicos para mirar a Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

los hombres famosos. No son amistosos ni no amistosos, sino meros curiosos. Más les hubiera satisfecho un elefante, pero, puesto que no había elefante, se contentarían con el misterioso Príncipe Juliano. Pocos de ellos podían identificarme. Ninguno estaba seguro de mi relación con el emperador. Es sorprendente lo poco que nos conocen nuestros súbditos.

Existen lugares en las fronteras del Imperio donde todavía se cree que reina Augusto mismo, y que es un gran mago que no puede morir. El hecho de que cada uno de nosotros recibiese el calificativo de Augusto constituye un intento deliberado de sugerir que la continuidad del poder que emana de Roma es la única constante en un mundo que fluye. Sin embargo, incluso en las ciudades más cultas, el ciudadano medio a

menudo está inseguro de quién es el gobernante. Varias veces algunas delegaciones se han dirigido a mí como si fuese Constancio, mientras un anciano pensaba que yo era Constantino y me felicitó por lo poco que había cambiado desde la batalla del puente Mulvio.

En palacio existía una mezcla de curiosidad, excitación y predicciones. Gozaba del favor del emperador. Leí mi buena fortuna en todos los rostros. En el vestíbulo me rindieron homenaje. Se inclinaron las cabezas y brillaron las sonrisas; mi mano fue estrujada con calor, besada con esperanza. Resultaba molesto... según recuerdo. Pero en aquel momento era una maravillosa prueba de que iba a vivir durante mucho tiempo.

Fui entregado al maestro de ceremonias, quien me susurró las instrucciones finales.

Luego, en medio del estruendo de las trompetas, entré en el salón del trono.

Constancio vestía la púrpura. El manto caía tieso hasta sus zapatos carmesíes. En una mano llevaba un báculo

de marfil, mientras la otra descansaba sobre el brazo del trono con la palma hacia arriba, sosteniendo el dorado orbe. Como es habitual, miraba hacia delante, inconsciente de todo aquello que estuviera fuera de la trayectoria de su visión. Parecía enfermo. Sus ojos estaban rodeados por círculos negros, y su rostro algo manchado, como si bebiera mucho vino; sin embargo, era abstemio. Sobre un trono al nivel del suelo se encontraba Eusebia, radiante de joyas. Aunque también ella desempeñaba el papel de estatua, se las ingeniaba para expresar una comprensiva humanidad. Cuando me vio, sus labios, de triste expresión, se separaron levemente.

A la izquierda y a la derecha, con ropas de corte, se encontraban los miembros del Sagrado Consistorio. Todos fijaron en mí sus miradas mientras cruzaba lentamente hacia el trono, con los ojos bajos. La luz de octubre caía suavemente de las altas ventanas. Había un penetrante olor a incienso en el salón. Me sentí nuevamente en mi niñez, cuando el emperador era Constantino. Por un momento el salón giró ante mis

ojos. Oí la voz de Constancio que pronunciaba la primera fórmula del saludo ritual. Respondí y me postré a sus pies. Le besé la púrpura y fui levantado. Como dos actores, desempeñamos la escena impersonalmente hasta el final; luego se me acercó una silla junto a Eusebia.

Me senté muy quieto, mirando hacia delante, consciente de que Eusebia estaba a mi lado. Podía oler el aroma de flores de sus mantos. Pero no nos miramos.

Los embajadores fueron recibidos, los generales nombrados, los títulos concedidos. La audiencia finalizó al levantarse el emperador. Todos los demás caímos de rodillas. Con sus piernas rígidas e inclinándose levemente ante el peso de sus joyas, Constancio se marchó hacia la zona de los dormitorios del palacio, seguido por Eusebia. En el momento en que las verdes puertas de bronce se cerraron tras ellos, todos nos sentimos libres como por arte de magia.

Los cortesanos me rodearon y me hicieron miles de

preguntas: ¿Iba a ser nombrado César? ¿Dónde viviría? ¿Necesitaba algún servicio? Sólo tenía que ordenar. Respondí de la forma más modesta y evasiva que pude. Entonces se aproximó mi enemigo Eusebio, con su Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

amarilla y redonda cara que trasuntaba grave respeto. Los mantos de seda susurraron mientras el pesado cuerpo me hacía una reverencia.

—Señor, cenaréis con la sagrada familia.

Un excitado murmullo circuló por la corte. Se me concedía el más alto reconocimiento. Era exaltado ante los ojos de todos. Aunque mi primera reacción fue: comida significa veneno.

—Os escoltaré hasta los sagrados aposentos. — Eusebio me condujo hasta las puertas de bronce a través de las cuales acababa de pasar la pareja imperial. No hablamos hasta que estuvimos solos en el

corredor.

—Ya sabéis, señor, que siempre he asegurado al Augusto vuestra lealtad.

—Sé que lo habéis hecho —mentí con igual dignidad.

—Tenéis enemigos en el Sagrado Consistorio. —Hizo un gesto para que un guardia abriese una pequeña puerta de encima. Pasamos a través de ella—. Pero yo siempre me he enfrentado a ellos. Como sabéis, espero desde hace tiempo que toméis el lugar que os corresponde en la corte. Y aunque hay algunos que piensan que el título de César debe desaparecer porque vuestro hermano... —dejó la frase sin terminar—. He instado a Su Eternidad para que os hiciese César.

—No busco tal honor —murmuré, mirando a mí alrededor con cierto interés.

El palacio de Milán es un enorme y complejo edificio. Originariamente era un cuartel general bastante modesto de un gobernador militar. En el último siglo,

cuando Roma dejó de ser el centro real de Occidente, el palacio fue ampliado para convertirlo en la residencia imperial. A causa de las tribus germanas, los emperadores debían permanecer cerca de los Alpes. Además, cuanto más lejos está un emperador de la ciudad de Roma más tiempo puede durar su reino, ya que la población de esa ciudad es versátil y orgullosa, y recuerda a los emperadores que ha derrocado. Ninguno de nosotros permaneció mucho tiempo en Roma mientras pudo evitarlo.

Constantino amplió el palacio de Milán, mandando construir los salones oficiales, y Constancio agregó los dormitorios en el segundo piso, por el que caminábamos. Estos salones daban sobre un gran patio interior. Personalmente prefiero las antiguas formas arquitectónicas, con pequeños salones privados distribuidos alrededor de un atrio, pero Constancio era un modernista en arquitectura tanto como en religión. Encontré demasiado grandes los salones y muy difíciles de caldear.

Los guardias y los eunucos se encontraban en todas las puertas, arrogantes aunque serviles. Una corte es el lugar más deprimente de la tierra. Allí donde se encuentra un trono se puede observar en cada uno de sus detalles toda la insensatez e iniquidad de la que el hombre es capaz, hermoseada con las formas y adornada con la hipocresía. No tengo corte cuando viajo. En mi residencia, es lo más pequeña posible.

En la última puerta Eusebio me abandonó con una profunda reverencia. Los guardias la abrieron y yo entré en el comedor privado. Constancio se hallaba reclinado sobre uno de los dos divanes a cuyo ángulo derecho estaba la mesa, y frente a él Eusebia, sentada en una silla de marfil. Me incliné ante ambos, entonando la fórmula correspondiente.

Constancio murmuró su respuesta. Luego me ordenó que me sentase en el diván, a su lado.

—Tenéis mejor aspecto sin vuestra condenada barba.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me sonrojé mientras me sentaba sobre el diván.
Eusebia sonrió animándome.

—A mi más bien me gusta la barba —dijo.

—Porque vos también sois atea.

Mi corazón pareció detenerse; pero era sólo el pesado humor del emperador.

—A ella le gustan esos cínicos de alta voz y baja vida.
—Señaló a su esposa con su áspera mano cubierta de anillos—. Siempre los está leyendo. No es bueno que una mujer lea.

Dije algo que estuviese de acuerdo, agradecido de que tuviese buen humor. Constancio se había quitado su diadema y sus mantos exteriores; parecía casi humano, muy distinto de la estatua que había visto antes.

Se me sirvió vino y, aunque pocas veces bebo mucho,

ese día lo hice para superar el nerviosismo.

—¿A quién se parece? —Constancio me examinaba con curiosidad, como a un nuevo esclavo o a un nuevo caballo—. ¿Sin esa barba? —Eusebia frunció el ceño, simulando pensar.

No se descuida nada cuando se está con un tirano, aunque el tirano sea el propio marido.

El emperador respondió a su propia pregunta.

—A Constante. Os parecéis a él. Sois igual que mi hermano.

Se me paró el corazón. Siempre se había creído que Constancio tenía alguna responsabilidad en la muerte de su hermano. Pero la observación no tenía importancia, como cualquier otra. Constancio, cuando estaba relajado, tendía a ser literal y bastante simple.

Dije que era demasiado joven como para recordar el aspecto de mi primo.

—Era, con mucho, el mejor de nosotros tres. Alto, como vuestro padre. —Constancio daba mucha importancia a su escasa altura.

Se nos sirvió una compleja comida y yo probé todo, ya que rechazar cualquier plato podía demostrar que yo sospechaba una traición del emperador. Mi estómago estuvo a punto de rebelarse.

Constancio dirigió la conversación, como se supone que hacen los emperadores; a menos que sean aficionados a las discusiones filosóficas, en cuyo caso deben hablar muy rápido en su propia mesa para ser oídos.

Me preguntó acerca de mis estudios en Atenas. Los describí, terminando con estas palabras: «Podría pasar allí el resto de mi vida.» Al decir esto noté que Eusebia fruncía imperceptiblemente el ceño. Señal evidente de que no debía hablar de mi vida de estudiante.

Pero Constancio no me prestaba atención. Estaba tendido sobre su espalda, eructando suavemente y

sobándose su estómago en forma de barril con una mano. Cuando habló, lo hizo con los ojos cerrados.

—Desde la época de mi padre, quien fue el primero en reinar solo en este siglo, soy el primer Augusto que reina solo. Pero él nunca quiso que gobernase solo uno de nosotros. Igual que Diocleciano, que no deseaba que ninguno de sus sucesores gobernase solo.

Constancio se apoyó sobre un codo y me miró con esos ojos extrañamente tristes que son su principal atractivo, aunque constituya su aspecto más enigmático. Eran los ojos de un poeta que ha visto toda la tragedia de este mundo y sabe lo que ha de venir en el otro. Sin embargo, el buen efecto de esos ojos era totalmente anulado por una boca de expresión displicente.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

¿Quién llegó a conocer a Constancio? Yo no, desde luego. Lo odiaba, pero Eusebia lo amaba —creo— y

era una mujer que no se hubiese preocupado por algo que fuese malo.

Como todos, Constancio era muchos hombres en el cuerpo de uno.

—El mundo es demasiado grande para que lo gobierne una persona. —Mi corazón latió precipitadamente porque sabía lo que estaba preparando—. No puedo estar en todas partes. Sin embargo, el poder imperial debe estar en todas partes. Las cosas acostumbran a ir mal todas a la vez. Apenas las tribus germanas se lanzan en el norte, los persas atacan en el sur. A veces pienso que deben planearlo. Si marchó hacia Oriente, inmediatamente me encuentro amenazado en Occidente. Si un general se levanta contra mí, tengo que enfrentarme con dos traidores más al mismo tiempo, por lo menos. El Imperio es grande; las distancias enormes, nuestros enemigos numerosos. — Desmembró una pata de pato asado y empezó a masticarla, mirándome todo el tiempo con esos ojos poderosos—. Quiero mantener unido a todo el estado.

¡No sacrificaré a los bárbaros una sola ciudad, ni un pueblo, ni un campo! —el alto timbre de su voz estuvo a punto de quebrarse—. Quiero mantener el estado para nuestra familia. Lo ganamos. Debemos mantenerlo. Y ésa es la razón por la cual debemos ser leales entre nosotros.

¡Cómo me dolió oír esa frase de esos crueles labios!
No quise mirarlo.

—Juliano —su voz era ahora más baja—. Quiero haceros César, y mi heredero hasta que tenga un hijo.

—Señor... —fue todo lo que pude decir.

Inesperadamente las lágrimas llenaron mis ojos. Nunca sabré si quería mi destino. Sin embargo, cuando me llegó, una secreta cuerda resonó en mi interior y comenzó el peligroso viaje.

Eusebia me felicitó. No recuerdo las cosas que se dijeron. Se sirvió más vino y Constancio dijo jovialmente que los astrólogos preferían el 6 de noviembre a cualquier otro día del mes. También

insistió para que yo estudiase estrategia militar, además de reunir un personal adecuado para mi nueva jerarquía. Iba a tener un salario. No sería grande, dijo, aunque suficiente. Pero si no hubiera tenido un pequeño ingreso procedente de las propiedades de mi madre, me hubiera muerto de hambre ese mismo primer año. Mi primo nunca pudo ser acusado de generosidad.

Constancio casi me sonrió.

—Ahora —dijo—, tengo una sorpresa para vos.

La sorpresa era su hermana Elena. Entró en el salón con gran dignidad. No la conocía, aunque la había visto desde lejos durante mi primera visita a Milán.

Elena no era una mujer atractiva. Era baja y tendía a ser obesa, con las piernas cortas y el largo torso de Constancio. Por una de esas desgraciadas casualidades, su rostro era el rostro de su padre Constantino el Grande. Eso era de lo más alarmante: los mismos carrillos anchos, la misma boca fina y orgullosa, la larga nariz, el grande y pleno maxilar, un

retrato del emperador recreado en una mujer de mediana edad. Sin embargo, pese a su desafortunado aspecto, era en otros sentidos sumamente femenina, y tenía una voz agradable y dulce.

(Siempre he odiado a las mujeres de voz chillona.) Se movía con modestia, incluso con timidez. En ese momento yo sólo sabía de ella que era diez años mayor que yo y la hermana favorita de Constancio.

Tras saludarnos formalmente, Elena ocupó la silla vacía. Era evidente que se encontraba muy tensa. Yo también, porque sabía con exactitud lo que ocurriría después.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Siempre había sabido que algo así me reservaba mi destino, pero había procurado no pensar en ello. Ahora se presentaba el momento.

—Os hacemos el honor —dijo Constancio— de

concederos a nuestra propia y querida hermana como vuestra esposa y consorte, como un vinculo humano y tangible entre vuestras coronas. —Era evidente que ya tenía preparada la frase. Me pregunté si le habría hablado de ese modo a Galo cuando le entregó a Constancia como esposa.

Elena miraba el suelo. Yo temía ponerme colorado. Eusebia me miraba, divertida, pero reservada. Ella, que había sido mi amiga y aliada, podía ahora convertirse con suma facilidad en mi enemiga. Yo tenía conciencia de eso, aun entonces. ¿O se me ocurre ahora cuando lo escribo? En todo caso, era perfectamente evidente que si Elena tenía un hijo y Eusebia seguía estéril, mi hijo seria el heredero de Constancio. Los cuatro estábamos atrapados como moscas en una telaraña.

No tengo una idea clara de lo que dije a Constancio. Estoy seguro de que tartamudeé.

Elena me dijo después que estuve de lo más elocuente, aunque fui incapaz de mirarla durante mi discurso de

aceptación. Sin ninguna duda pensaba en mis deberes conyugales. Jamás una mujer me había atraído menos. Sin embargo, debíamos tener un hijo. Ese tipo de cargas es el destino habitual de los príncipes y me atrevo a decir que es un precio bajo por la grandeza, aunque de momento parezca excesivo.

Elena era una buena mujer, pero nuestros momentos de intimidad fueron pocos, insatisfactorios y algo patéticos, ya que yo deseaba gustarle. Pero no resultaba placentero hacer el amor con un busto de Constantino. Aunque no pude hacerla feliz, no la hice sufrir, y creo que llegamos a ser amigos.

La comida terminó cuando Constancio dejó caer sus cortas piernas combadas sobre el suelo y se estiró hasta que crujieron sus huesos. Luego, sin dirigirnos la palabra, se retiró del salón. Eusebia me dedicó media sonrisa. Le alcanzó su mano a Elena y juntas se fueron, mientras yo permanecía mirando los huevos de faisán que un cocinero artista había colocado en un nido de plumas para postre. Fue un momento extraordinario.

Había entrado al salón como un estudiante proscrito, y lo abandonaba como César y esposo. El cambio era vertiginoso.

Creo que es verdad que en la mayoría de las cortes los personajes principales pocas veces se ven entre sí. Esto es en parte voluntario. Cuantos menos encuentros, menos posibilidades de sucesos desagradables. Y lo que es más significativo, los cortesanos gustan de mantener apartados a los grandes personajes, creciendo de este modo la importancia de los intermediarios que entonces pueden correr de un extremo a otro del palacio, haciendo mientras tanto enredos y política.

En muchos sentidos, la corte de Constancio fue la peor desde la época de Domiciano.

Los eunucos eran todopoderosos. Mantenían a todos alejados del emperador. Si un hombre disgustaba a un eunuco, estaba condenado a muerte. Podían ser llamados Mercurio, «El Conde de los Sueños», o

Pablo, «La Cadena» (al segundo se lo denominaba así porque era un genio para encontrar oscuros vínculos en una interminable cadena de traiciones, mientras el otro lo era porque estaba especializado en el análisis de sueños aparentemente inofensivos, que, al ser estudiados, revelaban invariablemente intentos de traición). Como Constancio sólo escuchaba a los eunucos, florecía la injusticia. Nadie estaba seguro, ni siquiera los grandes personajes, y en particular aquellos que como yo eran por la sangre herederos al principado.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Al estudiar la historia, a menudo he pensado que no se ha concedido la debida importancia a esos intermediarios que tan a menudo son los que en realidad gobiernan.

Nos inclinamos a considerar a las cortes como ruedas en cuyo centro se halla el emperador, a partir de quien

se extienden, como rayos, todos aquellos que le sirven, cuyo poder deriva directamente de su presencia en el centro. La verdad es otra. Era difícil que se permitiese a alguien acercarse a Constancio. Sólo el eunuco Eusebio lo veía diariamente. En consecuencia podían formarse y reformarse las facciones dentro de la corte, sin que esto tuviese significación alguna para el poder nominal.

Al leer el relato de aquellas semanas en Milán, podía pensarse que Constancio y yo no nos veíamos todos los días para analizar la alta política, la estrategia militar y compartir, por así decirlo, una vida familiar. En realidad, durante un mes sólo vi al emperador cuatro veces.

Ya he descrito el primer encuentro; el segundo tuvo lugar cuando se me consagró como César.

Fui proclamado César el 6 de noviembre del año 355. Arbacio, maestro de ceremonias, tenía dotes de artista para planearlas. Aunque me gusta pensar que lo supero en diversos sentidos, sé que nunca seré capaz de crear

el clima de enorme majestad que él lograba cuando quería. Uno sabía que ése era el Augusto cuando se presentaba ante una multitud. Cuando yo aparezco nadie se siente impresionado. Creo que me tienen cierto afecto, pero no creo que los alarme. Piensan que tengo el aspecto de un profesor de retórica; con bastante razón. Lo tengo.

En el extremo más alejado de la plaza principal, una alta plataforma de madera había sido decorada con las águilas de Roma y los dragones de nuestra casa. La plaza estaba llena de soldados con ropas militares de gala.

Mientras los generales del ejército me conducían hasta la plataforma, sentía que me dolían todos los músculos del cuerpo, pues diariamente hacía ejercicios con la espada y la jabalina. Estaba exhausto, y temía que mis instructores no tuvieran por mi otro sentimiento que desdén. Ellos me consideraban como un tonto libresco que nada sabía de armas y que prefería hablar a luchar. En mi presencia eran corteses, pero a menudo ola a mis

espaldas risas contenidas de burla. Incidentalmente, me sorprendió descubrir lo poco que podía soportar las burlas. Uno de los mejores consuelos de la filosofía, según se supone, consiste en prepararlo a uno para resistir el desprecio de los demás.

Algunos filósofos incluso se solazan con el desprecio del vulgo. Yo no. Posiblemente esto tenga alguna relación con la idea de la sangre y la herencia. Después de todo, descendiendo de tres emperadores. El hecho de que robustos oficiales jóvenes me considerasen débil y afeminado me resultaba insoportable. En forma inflexible me propuse superarlos en todo. Por desgracia, mi superioridad en ese momento era más un deseo que un hecho. Hacia todo demasiado rápido, y en consecuencia era más chapucero que lo habitual.

En el momento en que alcancé la base de la plataforma se oyeron las trompetas. Y

comenzaron los vítores. Se abrió un camino a través de las legiones y apareció Constancio en su adornado

carruaje oficial. Vestía la púrpura y un casco de oro en forma de dragón.

Mientras pasaba a mi lado vi su mirada y me pareció tan ciega como la de Homero. En público, el emperador no veía a los hombres.

Constancio subió lentamente los peldaños de la plataforma; sus cortas piernas combadas disminuían en parte la majestad de su presencia. Desde la plataforma recibió los vítores de las legiones. Entonces me ordenó que me acercara. Con el sentimiento de quien va a ser ejecutado subí los inclinados peldaños de madera y ocupé mi lugar junto a Constancio...

Casi escribo al lado de la historia, porque entonces yo era leyenda. Para bien o para mal, me Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

convertí en parte de la larga crónica que comenzó con Julio César y cuyo fin nadie puede prever.

Miré a la masa de las tropas. Fue mi primera revista de un ejército, y confieso que gocé con lo que veía. Todos los pensamientos filosóficos abandonaron mi cabeza mientras las insignias del dragón flameaban en el viento del otoño y se inclinaban para saludarnos.

Constancio me tendió su mano y tomó mi diestra. Su apretón fue firme y duro. Lo miré de reojo, consciente de que algo no andaba bien; me llevaba media cabeza de altura. Miré hacia abajo y vi que estaba subido a una banqueta. Constancio no olvidaba ningún detalle que pudiese enaltecer su majestad. Habló a sus legiones. El alto tono de su voz se oyó bien. Usó el latín del ejército, pero era fácil comprenderlo. Sabía su discurso de memoria.

—Estamos ante vosotros, valientes defensores de nuestro país, para vengar una causa común. Respecto de la forma en que esto se hará, no os coloco en la posición de soldados sino de jueces imparciales. Tras la muerte de esos rebeldes tiranos cuya loca furia los llevó a tratar de dominar el estado, los bárbaros del norte,

pensando que este gran Imperio estaba debilitado y en medio de la confusión, cruzaron hacia Galia. Allí están ahora. Sólo vosotros y nosotros podemos hacerlos retroceder. La elección es nuestra. Aquí tenéis ante vosotros a nuestro primo Juliano, honrado por su modestia, a quien tanto queremos por ese rasgo como por los vínculos de la sangre; un joven de gran capacidad a quien deseo designar César si vos lo confirmáis...

En ese momento, aunque estuviese en mitad de la frase, Constancio fue interrumpido por diversas voces que declaraban que era evidentemente la voluntad de Dios, no del hombre, que se me elevase al rango de César. Estuve de acuerdo, aunque el Dios en que ellos pensaban y el Uno que realmente me elevó no fuesen el mismo. No obstante, admiré la habilidad con que Constancio había montado la escena. Las voces sonaron como si fuesen espontáneas (en realidad, todo había sido cuidadosamente ensayado).

Constancio permaneció muy quieto mientras ellos

hablaban, como si oyese un oráculo.

Mi mano sudaba en la suya, pero en ningún momento aflojó su apretón. Cuando se hizo nuevamente el silencio, se dirigió gravemente a sus legiones.

—Vuestra respuesta es suficiente. Veo que tengo vuestra aprobación.

Entonces soltó mi mano. Ordenó a dos oficiales que subieran a la plataforma. Uno llevaba una corona; el otro una túnica púrpura. Se pararon detrás de nosotros.

—La conducta fuerte y moderada de este joven (subrayó la palabra «moderada» para tranquilizarlos de que yo no era Galo) debe ser imitada antes que proclamada; su excelente disposición, preparada en todas las artes, ha contribuido a que yo lo eligiese para elevarlo a César. Así ahora, con el favor inmediato del Dios del cielo, lo invisto con este manto imperial.

La túnica fue puesta sobre mis hombros. Constancio la colocó en mi cuello. Sólo una vez me miró a los ojos

cuando estábamos uno frente al otro, él sobre su banqueta y yo de espaldas a las legiones. Me dirigió una mirada extrañamente furtiva e indecisa, en abierto contraste con la dúctil majestad de sus movimientos y el sereno poder de su voz.

Constancio era un hombre que temía por su vida. Lo vi con claridad en sus grandes ojos grises. Cuando puso la corona sobre mi cabeza cerró los ojos un instante, como un hombre que retrocede ante la acción del bisturí. Luego volvió a tomarme de la mano derecha y me hizo girar para colocarme frente a las legiones. Pero antes de que pudiesen saludarme elevó su brazo. Tenía más cosas que decir. Aunque habló como si se dirigiese a mí, miraba *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

directamente hacia ellos. Sin saber qué hacer, yo miraba hacia él y hacia los soldados de la plaza.

—Hermano, más querido para mí que todos los hombres, habéis recibido en vuestra juventud la gloriosa

flor de vuestro origen. Pero debo admitir que aumentáis mi propia gloria, puesto que me considero más grande concediendo un poder casi igual (acentuó fuertemente el

«casi») a un noble príncipe de mi familia que reservándome ese mismo poder. Id, entonces, a compartir dolores y peligros, y ocupaos de la defensa de Galia, aliviad a sus afligidas legiones con todas las mercedes. Y si es necesario enfrentaos al enemigo, ocupad vuestro lugar con los portadores de la bandera. Avanzad, como un hombre valiente dispuesto a dirigir a hombres igualmente valerosos. Vos y yo permaneceremos fielmente unidos con un firme y constante afecto, y unidos gobernaremos sobre un mundo pacificado, si Dios oye nuestros ruegos, con moderación y justicia. Siempre estaréis presente en mis pensamientos, y no os abandonaré en ninguna de vuestras empresas. Ahora marchad rápidamente, con todos vuestros ruegos, a defender con vuestro honor el lugar que os ha asignado Roma misma, y para el cual os ha designado Dios. ¡Salve, César!

Lanzó la última frase con una voz tan alta que tuvo un eco inmediato en las legiones.

Fue como un trueno. Tuve suficiente presencia de ánimo como para responder: «¡Salve, Augusto!» También los hombres repitieron esta fórmula. Saludé a Constancio. Luego me volví y saludé a las legiones. Esto estaba fuera de todo protocolo. Los generales no saludan a sus hombres. A los abanderados, sí; a las legiones, no. Mi gesto fue sinceramente desinteresado. Tras la primera sorpresa, las legiones dieron gritos de aprobación y golpearon con fuerza sus escudos contra sus rodilleras: el tributo más alto que pueden rendir a un hombre. Es también el más sonoro. Pensé que quedaría sordo para siempre mientras el estruendo resonaba en la plaza. Pero más terrible es aún la desaprobación del ejército, cuando los soldados hacen retumbar sus lanzas adelante y atrás contra sus escudos, como preludio de un motín.

Pude notar cómo Constancio se ponía tieso a mi lado. Era más de lo que él preveía.

Tengo la seguridad de que creía que mi gesto dirigido a las legiones era premeditado. Pero ya estaba hecho. Y yo era César.

De pronto Constancio abandonó la plataforma. Lo seguí. Hubo un momento de confusión mientras subía al carruaje. Me miró durante un buen rato. Luego me ordenó que fuera con él. Subí y me senté a su lado. Codo con codo, pasamos a través de los vítores de las legiones. Sentí por todas ellas un súbito afecto. Estábamos unidos como cónyuges y, como muchos matrimonios, por muy extraño que ése fuera, parecía feliz.

El carruaje cruzó lentamente la plaza hacia el palacio. Constancio no me dirigió una sola palabra, y yo no me atreví a hablarle. Era consciente, para mi pesar, de que en ese carruaje no había ninguna banqueta y de que yo era más alto que él, un segundo mal presagio.

Recordé un verso de la *Iliada* «Por una muerte de púrpura estoy apresado, y por el destino supremo. »

Nos separamos en el patio del palacio sin decirnos una palabra. No volví a verlo durante varios días.

Mi primer acto como César fue mandar a buscar a Oribaso, que estaba en Atenas.

Habla llegado allí sólo una semana después de mi partida. También escribí a Prisco y a Máximo, animándolos a que vinieran. Mientras tanto continué con las prácticas militares y aproveché para aprender todo lo posible sobre la administración de Galia.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Durante ese tiempo no vi a ningún miembro de la familia imperial, ni siquiera a mi futura esposa. Sin embargo, ya se había fijado el día de la boda y tenía en mi poder los inevitables documentos para estudiarlos. Se me había entregado un minucioso plano de la capilla, donde se indicaba cuidadosamente mi posición en cada momento de la ceremonia. Sólo tenía un amigo en la corte,

Euterio, el eunuco armenio que me había enseñado Constantinopla. Todas las tardes estudiábamos diversos documentos y memorándums. Su tarea era, según me dijo, hacer de mí un administrador.

La noche anterior a mi boda Euterio vino a darme la noticia de que partiría para Galia la primera semana de diciembre.

—¿Hacia qué ciudad?

—Vienne. Permaneceréis allí durante el invierno. Luego en la primavera saldréis de campaña. —Me miró fijamente—. ¿No os resulta extraño ser general?

—¡Extraño! —exploté—. ¡Una locura!

Levantó su mano con alarma, señalando las sombras donde se encontraban los guardias y escuchaban los informantes, siempre con la esperanza de descubrirme en traición.

Bajé mi voz.

—Por supuesto que es extraño. Nunca he visto una batalla. Nunca he mandado a un solo soldado, y mucho menos a un ejército. Pero...

—¿Pero?

—Pero no siento temor. —No dije lo que sentía en realidad: deseos de encontrarme en aventuras militares.

—Me alegra —continuó Euterio—. Porque acabo de ser designado gran chambelán de la corte del César Juliano. Iré con vos a Galia.

Era una noticia maravillosa. Lo abracé calurosamente, balbuceando contento hasta que él se vio obligado a decir:

—Gravedad romana, César. Por favor. Sois demasiado asiático.

Sonreí.

—Puede perdonárseme. Soy asiático...

De pronto Euterio estaba de pie. Con una rapidez inimaginable en una persona de su edad, se lanzó por el pasaje abovedado que estaba frente a nosotros. Un momento después apareció con un hombre moreno y ricamente vestido.

—César —dijo Euterio con inflexible ceremonia—, permitidme presentaros a Pablo, del servicio secreto. Ha venido a prestar homenaje a vuestra grandeza.

No me sentía sorprendido. Había estado bajo vigilancia durante toda mi vida. La presencia del jefe del servicio secreto del gobierno me recordó que cuanto más alta fuese mi jerarquía tanto más le importaba a Constancio mantenerme bajo vigilancia.

—Siempre es un placer recibir a los agentes del emperador —dije con prudencia.

Pablo se mantenía imperturbable. Sus ojos brillaban en la luz artificial; su nariz aguileña lo asemejaban a una gran ave de presa. Habló con un ligero acento español:

—Iba hacia el extremo este. Para informar a Rufino, el prefecto pretorio.

—Este no es el camino habitual para ir al extremo este —dijo Euterio con amabilidad.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Qué puedo decir, entonces? —Pablo abrió sus manos, con sus garras listas para atrapar.

—Podéis decir buenas noches, Pablo, y también informar al prefecto pretorio que no habéis oído nada importante —respondí.

Pablo se inclinó.

—Sólo informo de aquello que oigo, César. —Era educadamente insolente.

—Permaneced más tiempo —dije—, y oiréis el

comienzo de vuestra muerte.

Eso lo inquietó, aunque mi audacia era una simple fanfarronería. No tenía suficiente poder. Con una sola palabra de él yo podía ser condenado a muerte. Sin embargo, yo sabía que si iba a ser César debía mostrarme firme o ganar el fatal desprecio de los eunucos y de los espías. Pablo se retiró.

Me volví hacia Euterio.

—¿Estuve demasiado asiático? —bromeé, aunque mi corazón latía con violencia.

Movió la cabeza.

—Quizás sea ésa la mejor manera de tratarlo. De todos modos, por el momento estáis seguro.

—Pero él está construyendo una de sus cadenas.

—Quizás caiga en su propia trampa.

Asentí. Pablo había sido el primer artífice del complot que había terminado con la muerte de mi hermano. Esa noche en el palacio de Milán yo inicié mi propio complot.

El día de mi boda... ¡extrañas palabras en la pluma de un célibe! Ahora parece imposible que yo haya sido alguna vez marido. Sin embargo lo fui a partir del 13 de noviembre del año 355. No describiré los atroces ritos de los galileos. Es suficiente decir que los soporté, con el peso de la púrpura y el resplandor de las joyas oficiales que después vendí en Galia para comprar soldados.

Al finalizar la ceremonia se realizaron en nuestro honor las tradicionales celebraciones y juegos. Elena gozó plenamente de toda la pompa; en esto se parecía a su hermano. Yo me limitaba a cumplir con mi deber y eso era lo que se esperaba de mí. Pocos días después de la ceremonia fui llamado para una audiencia con Eusebia.

—¿Qué pensáis ahora del mundo? —Los ojos de

Eusebia brillaban traviesos.

—Todo os lo debo a vos —dije amablemente.

—¿Y qué os parece Elena?

—Es mi esposa —dije con formalidad; nuevamente la mirada conspiradora.

—Es muy... bella —dijo Eusebia, con algo de malicia.

—Noble, diría. —Casi exploté de risa. Pero esos juegos tienen normas.

—Partiréis pronto.

—Me alegra —dije. Después agregué—: No es que desee abandonar... —No pude terminar «ros», así que dije «Milán».

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Negó con la cabeza.

—Este no es vuestro lugar. Tampoco el mío, pero... —
Dejó sin decir lo más comprometido. Luego añadió—:
Iréis a los cuarteles de invierno de Vienne. El dinero...

—Será escaso. —El gran chambelán ya me había
advertido que con mi salario de César debía
mantenerme a mi mismo y a mi personal. Por el
momento no se me otorgarían fondos adicionales.

—Por suerte, sois frugal.

—Elena no lo es.

—Elena posee su propio dinero —dijo Eusebia
cortante—. Lo usará. Posee la mitad de Roma.

Me sentí aliviado ante esas palabras, y así lo dije:

—Espero —dijo Eusebia— que pronto tendréis un
hijo. No sólo por vos, sino también por nosotros.

Admiré su audacia. Era la única cosa que Eusebia no deseaba que yo tuviese, puesto que podía amenazar su propia posición. Antes que aceptar a mi hijo como heredero Constancio era capaz de repudiar a Eusebia y tomar una nueva esposa que le diese lo que más deseaba.

—Es mi esperanza —respondí con suavidad— que vos seáis bendecida con muchos hijos.

Pero no me creyó. La entrevista se tomó dolorosa. Independientemente de lo que cualquiera de nosotros dijera, las palabras sonaban a falso. Sin embargo, creo que ella me deseó buena suerte, salvo en un sentido.

Por último dejamos el tema y ella me reveló el estado de ánimo de Constancio.

—Os hablo con sinceridad. —Una evidencia de que antes no habíamos hablado con sinceridad ninguno de los dos. Su triste rostro se mostró aún más triste, mientras sus largas manos acariciaban nerviosamente los pliegues de su manto—. Está confuso. No puede

llegar a ninguna conclusión sobre vos. Naturalmente, hay quienes le dicen que queréis derrocarlo.

—No es verdad —empecé a protestar, pero ella me detuvo.

—Sé que no es verdad.

—Y nunca será verdad. —Yo mismo creía lo que decía.

—Sed tolerante. Constancio debe enfrentarse a muchos enemigos. Es natural que os tema.

—Entonces ¿por qué no quiere dejarme volver a Atenas, donde no soy peligroso?

—Porque os necesita más de lo que os teme. —Me miró, súbitamente atemorizada—.

Juliano, corremos el peligro de perder Galia.

La miré en silencio.

—Esta mañana Constancio recibió un mensaje del prefecto pretorio de Vienne. No conozco su contenido. Pero sospecho lo peor. Ya hemos perdido las ciudades del Rin. Si los germanos nos atacan este invierno será el fin de Galia, a menos que... —Colocó la mano sobre la llama de la lámpara de alabastro. Esta se enrojeció—. Juliano, ¡ayudadme! —Por un momento pensé que se había quemado la mano—. Debéis manteneros leal. ¡Debéis ayudarnos!

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Lo juro por todos los dioses, por Helios, por...

Ella me detuvo, inconsciente de que en un momento de sinceridad yo había jurado por los verdaderos dioses.

—Tened paciencia con él. Siempre sospechará de vos. Es su carácter. Pero mientras yo viva, vos estáis seguro. Si algo me ocurriese... —Este fue el primer indicio que tuve de que Eusebia estaba enferma—. De

todos modos, manteneos leal.

He olvidado lo que dije. Sin ninguna duda dije más promesas de lealtad, todas sinceras. Cuando me levanté, ella dijo:

—Tengo un regalo para vos, lo veréis el día de vuestra partida.

Le di las gracias y me marché. Pese a todo lo que hizo Eusebia para perjudicarme en los dos años siguientes, todavía la aprecio. Después de todo, no sólo le debo el principado sino también mi vida.

Al amanecer del primero de diciembre abandoné Milán para dirigirme hacia Galia. Me despedí de Elena, quien se me uniría luego en Vienne. Ambos nos comportamos acuerdo con el protocolo que los eunucos habían preparado para la despedida del César y su nueva esposa cuando él partía para la provincia sitiada. Luego, acompañado por Oribaso que acababa de llegar, descendí hacia el patio del palacio para colocarme la cabeza de mi ejército.

Afuera, con un aire helado, estaban formados alrededor de tres mil soldados de infantería y una veintena de caballería. Pensé que se trataba de mi cuerpo personal de guardias. Iba a preguntar el paradero del ejército de Galia cuando me encontré con Euterio.

Tenía fruncido el ceño.

—Acabo de hablar con el gran chambelán. Ha habido un cambio de planes en el último momento. Vuestras legiones han sido enviadas al Danubio.

Señalé a los hombres del patio.

—¿Ése es mi ejército?

—Eso temo, César.

Nunca en mi vida sentí tanta ira. Sólo la llegada de Constancio pudo evitar que dijese lo indecible. Saludé al emperador; me devolvió el saludo con gravedad. Luego montó sobre un caballo negro y yo sobre uno blanco. Su guardia personal (que dobla en número a mi

«ejército») se colocó tras él. Mis tropas y mi personal cerraron la marcha. De este modo, el Augusto y su César lanzaron el poderío de Roma contra los bárbaros. Era ridículo.

Los escasos ciudadanos que estaban levantados a esa hora nos vitorearon sin mucho entusiasmo. Hicimos una buena impresión en el mercado de hortalizas situado dentro de las puertas de la ciudad. Las campesinas agitaron sus zanahorias y nabos hacia nosotros considerando nuestro valiente aspecto.

Ni Constancio ni yo hablamos hasta encontrarnos fuera del camino principal; se veían los altos Alpes tras la llanura lombarda. Había decidido escoltarme hasta las columnas que se levantaban a cada lado de la carretera, a medio camino entre Lumelle y Pavía. Pensó evidentemente que esto nos daría suficiente tiempo como para mantener una buena charla.

Como así fue.

Constancio comenzó diciendo:

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Tenemos gran confianza en Florencio, nuestro pretorio en Galia. —Esto era una afirmación, no una invitación para que yo hiciese comentarios.

Por supuesto que él debía tener confianza en Florencio, pensé salvajemente, pues de otro modo ya lo habría asesinado. Pero dije:

—Si, Augusto. —Y esperé.

Cabalgamos otros pocos metros. En un momento se tocaron las corazas de nuestras piernas, el metal golpeó el metal, y cada uno en forma instintiva se apartó del otro. El contacto con otro hombre siempre me ha perturbado; el contacto con el asesino de mi padre me alarmó.

Pasamos a través de numerosos carros que transportaban aves de corral y que se iban del camino

cuando nos acercábamos. Al ver al emperador los campesinos se echaron al suelo sobre sus vientres, como cegados por la visión de la sagrada figura. Constancio los ignoró.

—Apreciamos a nuestra hermana Elena. —Esto también lo lanzó en el aire frío y seco con tono de oráculo.

—También yo la aprecio, Augusto —repliqué. Temía que fuese a darme una clase sobre mis deberes maritales, pero no volvió a mencionar a Elena.

Constancio estaba preparando un argumento. Sus ocasionales frases categóricas, que podían esculpirse en mármol, formaban todas parte de un edificio creado para cercarme.

Debía obedecer al prefecto pretorio de Galia, aunque como César era su superior. Debía recordar que la lealtad de Elena estaba dedicada en primer lugar a su hermano y gobernante, y no a su esposo. Hasta ahí lo entendí claramente.

—Vuestro instructor militar nos ha dicho que sois una promesa en ese terreno.

—No tendréis motivos de queja contra mi, Augusto. Pero yo había entendido que iría a Galia con un ejército, no con una escolta.

Constancio ignoró mis palabras.

—Habéis empezado tarde a instruiros como soldado. Espero que podréis aprender aquello que os resultará necesario saber.

Eso no era demasiado optimista, pero tampoco era afectado. No había razón para que alguien sospechase que un estudiante de filosofía mostraría algún talento para la guerra.

Extrañamente yo tenía confianza en mí mismo porque sabía que los dioses no me abandonarían después de nombrarme César. Pero mi primo no tenía forma de conocer mis sentimientos, o de juzgar mi capacidad. Meramente veía a un joven no experimentado en lo

militar que debía ir a luchar contra los más fieros guerreros del mundo.

—En todo momento recordad que somos divinos ante los ojos del pueblo y consagrados por el cielo.

Consideré que «nosotros» nos abarcaba a Constancio y a mí, aunque era posible que sólo me hubiese recordado su rango.

—Lo recordaré, Augusto.

Siempre me he dirigido a él con el título que le corresponde, aunque él prefería que le dijese Señor, título que me disgusta y no uso porque significa que uno es el amo de otros hombres, antes que el primero de ellos.

—Controlad a vuestros generales. —Aunque todavía tenía la impresión de que Constancio repetía frases, me di cuenta de que estaba a punto de darme consejos objetivos—.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Ningún oficial debe llegar hasta el rango de senador. Todos los oficiales deben estar bajo el estricto control civil. Todo gobernador de cualquier provincia tiene mayor jerarquía que cualquier general que se le envíe. No debe permitirse que ningún oficial participe en asuntos civiles. Nuestro prefecto pretorio se encuentra por encima de todos los funcionarios militares y civiles. Por esa razón la administración del Imperio se desarrolla tan bien.

Evidentemente no le contesté que el desastre de Galia difícilmente podía considerarse un síntoma de buena administración. Pero en principio el consejo de Constancio era bueno y aún me siento inclinado a seguirlo. No puede negarse que tenía dotes para la administración.

—Respecto a los impuestos, cobrad todo lo que se nos debe. No tengáis piedad con las ciudades y aldeas que

se retrasan en el cumplimiento de los pagos. Está en su naturaleza el quejarse. Suponed que los recaudadores de impuestos son honestos hasta que demuestren lo contrario. Nunca son honestos, pero nadie ha hallado todavía la forma de corregir sus abusos.

Sentíos satisfecho en la medida en que os devuelven la mayor parte de lo recaudado.

Posteriormente debí revisar el sistema impositivo de Galia, comprobando que todas sus afirmaciones eran falsas. Pero todo eso se dirá en el lugar apropiado.

—Controlad a los generales. —Repitió esto de pronto, como si se hubiera olvidado ¡de que ya me lo había dicho. Luego se volvió hacia mí y me miró por primera vez durante ese día. Fue sorprendente. Ya no era el dios sol sobre su corcel. Era mi primo, mi enemigo, mi señor, fuente de mi grandeza y posible causa de mi muerte—. Debéis saber lo que quiero decir —dijo, como un hombre, no como un oráculo—. Habéis visto al estado en desorden.

Nuestra alta posición amenazada. Las provincias destrozadas. Las ciudades en ruinas. Los ejércitos agotados. Los bárbaros invadiendo nuestras tierras porque estábamos demasiado ocupados en luchas intestinas para protegernos del enemigo. Bien, César, recordad esto: no concedáis a ningún general suficiente poder como para que levante un ejército contra vos.

Habéis visto lo que yo he debido sufrir. Usurpador tras usurpador han devastado nuestro poder. Manteneos en guardia.

—Así lo haré, Augusto.

Luego añadió, muy despacio, mirándome a los ojos.

—Como yo me mantengo. —Miró hacia otra parte cuando notó que yo había comprendido el sentido de sus palabras. Y agregó para completar—: Todavía no hemos perdido ni un palmo de tierra ante ningún usurpador, ni lo perderemos.

—Mientras yo viva, Augusto, tendréis por lo menos un

ejército que luchará por vos.

Cabalgamos hasta mediodía. Luego nos detuvimos ante las dos columnas. Era un bello y luminoso mediodía y, pese al aire frío, el sol calentaba y todos sudábamos bajo nuestras armaduras. Se ordenó un alto.

Constancio y yo desmontamos y él me propuso que lo acompañase hasta un campo de rastrojos. A excepción de nuestras tropas, no se veía a nadie. En todos los países los campesinos desaparecen cuando ven llegar a hombres armados: todos los soldados son enemigos. Me gustaría que esto pudiera cambiarse.

Constancio caminó delante de mí hacia un altar pequeño y en ruinas dedicado a Hermes que se levantaba en el extremo del campo (un presagio favorable, Hermes siempre me ha ayudado). Detrás, nuestros hombres refrescaban los caballos, acomodaban las armaduras y charlaban, satisfechos del buen tiempo. Cuando Constancio entraba en el templo corté una flor seca y me apresuré a seguirlo hasta el

interior, que olía a excrementos humanos.

Constancio orinó sobre el suelo; incluso al hacer esto, era grave y majestuoso.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Es una pena lo que ha ocurrido con estos viejos templos —dije con espontaneidad, consciente de que al hablar rompía con el protocolo.

—¿Una pena? Debería derrumbárselos a todos. —Se acomodó sus ropas—. Odio el sólo verlos.

—Naturalmente —murmuré.

—Os dejaré aquí —dijo. Estábamos uno frente al otro. Aunque me contuve deliberadamente, no pude dejar de mirarlo hacia abajo. Se alejó de mí, buscando en forma instintiva un lugar más alto donde situarse.

—Tendréis lo que os sea necesario. Pedídmelo. Además, contad con el apoyo de vuestro prefecto pretorio. Él nos representa. Encontraréis alerta a las legiones de Vienne, dispuestas para una campaña en primavera. Así que preparaos.

Me entregó un grueso fajo de papeles.

—Instrucciones. Para que leáis en vuestros momentos de descanso. —Se detuvo.

Luego recordó algo—. La emperatriz os ha hecho un regalo. Se encuentra en vuestro bagaje.

Una biblioteca, creo.

Demosté mi agradecimiento con efusividad. Dije algunas palabras, pero Constancio no las oyó. Se dirigió hacia la puerta. Se detuvo; se volvió; trató de hablarme. Me sonrojé.

Deseaba salir, tomar su mano y decirle que no temiese nada de mí, pero no me atreví.

Ninguno de nosotros fue capaz nunca de dirigirse abiertamente al otro.

Cuando Constancio habló por fin, lo hizo con una voz tensa.

—Si esto llega hasta vos... —se señaló con alguna dificultad para significar el principado del mundo—, recordad... —su voz se cortó como si los dedos de un estrangulador le hubiesen cerrado la tráquea. No podía seguir adelante. Volvían a faltarle las palabras, y a mí también.

A menudo me he preguntado qué era lo que iba a decir; qué era lo que debía recordar.

¿Que la vida es corta? ¿Que el mando es amargo? Constancio no era un hombre profundo.

Dudo que tuviese alguna intuición sorprendente que comunicarme. Pero, mientras recuerdo esa escena del templo en ruinas (y pienso mucho en ella, incluso aparece en mis sueños), sospecho que todo lo que

quiso decirme fue: «Recordadme». Si eso es lo que quisisteis decir, primo, entonces os he recordado, en todos los sentidos.

Constancio abandonó el templo. Apenas me dio la espalda coloqué la flor marchita sobre el suelo profanado y susurré una rápida oración a Hermes. Luego seguí al emperador a través del campo hasta el camino.

Una vez sobre nuestros caballos intercambiamos formales despedidas, y Constancio volvió hacia Milán, mientras la bandera del dragón flameaba en el frío viento delante de él.

Nunca volvimos a vernos.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

CESAR

Junio 2005

X

En Turín, mientras recibía a los funcionarios judiciales de la ciudad, llegó un mensajero de Florencio, el prefecto pretorio de Galia. El prefecto pensaba que el César debía saber que hacía algunas semanas Colonia había caído en manos de los germanos, y que el Rin era de ellos. La situación militar era grave, escribía Florencio con algo que se parecía a la satisfacción. El rey germano Chnodomar había jurado echar a todos los romanos de Galia en el plazo de un año. Esas eran las malas noticias que Constancio no me había comunicado.

Mientras continuaba la recepción, Oribaso y yo nos retiramos a la oficina del prefecto para estudiar el informe. Por alguna inexplicable razón el único busto que adornaba el salón era el del emperador Vitelio, un gordo porquerizo que reinó durante algunos meses en el

año de la muerte de Nerón. ¿Por qué Vitelio? ¿Sería el funcionario uno de sus descendientes?

¿Admiraba el dueño del busto el grueso cuello, los grandes carrillos del hombre que era conocido como el mayor glotón de su tiempo? A tales hechos sin importancia se remonta el espíritu en los momentos de pánico. Y yo estaba poseído por el pánico.

—Constancio me envió a morir aquí. Por esa razón no me dio un ejército.

—Pero seguramente no desea perder Galia.

—¿Qué le importa Galia? Mientras pueda tener su corte, sus eunucos, sus obispos,

¿qué otra cosa necesita?

Eso no era exacto; a su manera, Constancio era un patriota. Pero nada me detenía en mi amargura.

Denuncié a Constancio con temeridad y furia. Cometí traición con cada palabra.

Cuando terminé, Oribaso dijo:

—El emperador debe tener un plan. No puede ser tan simple. ¿Cuáles son esas instrucciones que os entregó?

Había olvidado totalmente el paquete que se me había entregado en el camino a Turín.

Aún se encontraba entre mis bultos. Con ansiedad deshice las ataduras. Leí rápido, con creciente sorpresa.

—¡Etiqueta! —grité por último, tirando el documento por el salón—. ¡Cómo recibir a un embajador! ¡Cómo dar una recepción! ¡Incluso hay recetas! —Oribaso rompió a reír. Pero yo estaba demasiado furioso como para hallar algo humorístico en la situación. —Huiremos

—dije.

—¿Huir? —Oribaso me miró como si me hubiese vuelto loco.

—Si. Huir. —Sorprendente... nunca creí que pudiese escribir nada de esto—. Podemos desertar juntos, vos y yo. Será fácil. No hay más que tirar una prenda de vestir. —Di un tirón del manto púrpura que vestía—. Luego nos dejamos crecer las barbas, y de vuelta a Atenas.

Filosofía para mí, medicina para vos.

—No —dijo con firmeza.

—¿Por qué no? Constancio se alegraría de ver el fin de mi carrera.

—Pero no pensaría que ése es el fin. Pensaría que os habéis ido para conspirar contra él, preparar un ejército, convertirlos en un usurpador.

—Pero no me encontraría.

Oribaso se echó a reír.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Cómo podéis esconderos vos en Atenas? Incluso con una nueva barba y ropas de estudiante seríais el mismo Juliano que todos vieron hace unos pocos meses con Proeresio.

—Entonces no iré a Atenas. Encontraré una ciudad donde no sea conocido. Antioquía.

Estudiaré con Libanio.

—¿Y pensáis que Libanio no se irá de la lengua? Su vanidad no tardaría ni un día en traicionaros

LIBANIO: Debo decir aquí que nunca encontré a Oribaso particularmente simpático. Creo que él me tiene el mismo aprecio. Por supuesto, es muy famoso en la actualidad (si es que todavía vive); pero amigos de su especialidad me han dicho que su enciclopedia médica en setenta y dos volúmenes no es otra cosa que un plagio de Galeno. Tras la muerte de Juliano se exilió y fue a la corte de Persia, donde, según noticias, los

persas le rinden culto como si fuera un dios; esto debe haberle causado satisfacción, pues siempre fue vanidoso. También avaro: una vez me cobró cinco sólidos de oro por un único tratamiento de la gota. No pude caminar hasta un mes después.

JULIANO AUGUSTO

—Entonces encontraré una ciudad donde nadie me haya visto ni haya oído hablar de mí.

—La más lejana es Tule. Allí donde vayáis los funcionarios sabrán quién sois.

—¿Completamente disfrazado? ¿Con un nuevo nombre?

—Olvidáis a los agentes secretos. Además, ¿cómo haréis para vivir?

—Puedo enseñar, hacerme tutor...

—¿Un esclavo?

—Si es preciso, ¿por qué no? Dentro de un personal adecuado, un esclavo puede ser feliz. Puedo enseñar a los adolescentes. Tendría tiempo para escribir, para leer...

—De la púrpura a la esclavitud. —Pronunció la frase como una lenta y fría pregunta.

—¿Qué pensáis que soy ahora? —Exploté; protesté; me lamenté. Cuando al fin me detuve sin aliento, Oribaso dijo:

—Continuaréis en Galia, César. Venceréis a las tribus germanas, o moriréis en el intento.

—No.

—Entonces, seréis esclavo, Juliano. —Era la primera vez que me llamaba por mi nombre desde que había sido elevado al cargo de César. Me dejó solo en la oficina, donde me senté como un loco, con la boca entreabierta, la cara de cerdo de Vitelio escudriñándome desde arriba de la puerta..., después

de tres siglos en piedra, aún parecía hambriento.

Doblé la carta en muchos pliegues. Pensé con intensidad; rogué a Hermes, fui hasta las enrejadas ventanas y busqué el sol, mi deidad personal. Busqué una señal; por último la encontré. Desde el sol que se ponía una luz brilló de pronto ante mis ojos. Sí, desde Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Occidente, donde estaba Galia, Helios hizo una señal de oscuro oro ante mis ojos. Debía seguir a mi dios, y si éste deseaba mi muerte, ésa sería mi ofrenda. Si deseaba mi victoria, ésa sería nuestra gloria. Además, era evidente que no podía huir aunque quisiese. Estaba preso de la muerte púrpura.

Volví a reunirme con los ciudadanos de Turín como si nada hubiese pasado. Mientras recibía sus homenajes, Oribaso me miró intrigado. Le guiñé el ojo. Se mostró aliviado.

A la mañana siguiente reanudamos nuestro viaje. El tiempo en las montañas aún no era frío; tampoco había nieve, con excepción de las laderas más altas. Hasta los soldados, un conjunto sumamente quejoso de galileos, admitieron que Dios debía estar con nosotros. Debía estarlo, pues ellos rezaban incesantemente. Sólo servían para eso.

Mientras entrábamos en Galia sucedió un hecho interesante. A lo largo de toda nuestra ruta mi llegada había sido recibida con expectación, porque yo era el primer César legítimo que se veía en Galia desde hacía muchos años. Digo «legítimo» porque Galia ha sido tradicionalmente la región de los usurpadores. En una década habían surgido tres. Cada uno había llevado la púrpura. Cada uno había acuñado moneda. Cada uno había aceptado el juramento de fidelidad. Y cada uno había sido derrocado por Constancio o por el destino. Por fin se presentaba en Galia un verdadero César, y eso reavivaba las esperanzas del pueblo.

Una tarde entramos en la primera aldea gala situada en

lo alto de las montañas. Los aldeanos se habían reunido a lo largo de la calle principal para vitorearme. Como decoración, habían ligado muchas guirnaldas con ramas de abetos y pinos entre las casas a cada lado de la calle. Hermes es testigo de que una de las guirnaldas cayó sobre mi cabeza, donde se acomodó como si fuese una corona. No sabiendo con seguridad qué había pasado, ordené un inesperado alto. Al principio pensé que había sido golpeado por una rama. Luego me llevé la mano a la cabeza y me encontré con la guirnalda. Los aldeanos estaban azorados. Incluso mis desaliñados soldados estaban impresionados. Euterio, que estaba a mi lado, comentó: «Hasta los dioses quieren que seáis coronado.»

No le contesté; tampoco me quité la guirnalda. Como si nada hubiese ocurrido, continué a través de la aldea mientras sus habitantes me vitoreaban con renovado entusiasmo.

—Mañana todos en Galia sabrán lo sucedido —dijo Oribaso.

—Y pasado mañana lo sabrá Constancio —afirmé. Pero ni siquiera esto podía deprimirme. Me encontraba de buen humor por el brillante día de invierno, sin contar con la demostración que los dioses me habían prodigado.

Mi paso por las ciudades de Galia fue triunfal. El buen tiempo se mantuvo hasta que llegamos a las puertas de Vienne. Entonces aparecieron nubarrones hacia el norte y empezó a soplar un fuerte viento. Podía olerse la nieve en el aire. Arropados en nuestras mantas cruzamos el negro e invernal Rin y entramos en la ciudad aproximadamente a las tres. A pesar del frío, la multitud llenaba las calles y una vez más recibí una notable acogida. No podía entender qué ocurría. Constancio inspiraba reverencia y temor, pero, al parecer, yo sólo provocaba amor. No menciono esto por vanidad, sino como un hecho que me dejaba perplejo, ya que, por lo que ellos sabían, yo podía ser otro Galo. Sin embargo, allí estaban, vitoreándome como si hubiese triunfado en alguna batalla importante o hubiese aumentado las provisiones de grano. Era

inexplicable, pero estimulante.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Cuando llegué frente al templo de Augusto y Livia, una anciana ciega fue empujada por la multitud. Cayó frente a mi caballo. Los guardias la empujaron hacia atrás; ella volvió a caer.

—Ayúdala —ordené.

La levantaron. Con voz aguda preguntó: «¿Quién es ése?»

Algunos gritaron: «¡Es el César Juliano!» Entonces ella elevó sus ojos ciegos y con la voz de una pitonisa proclamó: «¡Él devolverá los templos a los dioses!»

Sorprendido, espoleé al caballo entre la multitud, mientras sus palabras seguían resonando en mis oídos. Me reuní con Florencio en el salón principal del palacio,

que sería mi residencia, aunque «palacio» no es precisamente la palabra que debiera aplicarse a esa villa no muy grande. Florencio me recibió con cortesía. Si, fue él mismo quien me recibió, más que al revés, poniendo perfectamente en claro desde el comienzo que ésa era su provincia, no la mía, aun cuando yo era César y él sólo un prefecto pretorio.

—Bien venido a Galia, César —dijo mientras nos saludábamos. No había pensado que valiese la pena llamar a los magistrados de la ciudad o, en su defecto, a algunos funcionarios.

Lo acompañaban algunos militares, y eso era todo. Oribaso era mi único acompañante.

—Una cálida bienvenida para una fría temperatura, prefecto —dije—. Por lo menos el pueblo parece alegrarse por mi llegada. —Subrayé el «por lo menos».

—Todos nosotros estamos contentos de que el Augusto se haya mostrado dispuesto a nombraros César y a enviaros aquí como demostración de su

preocupación por el problema de Galia.

Florencio era un hombre pequeño y moreno, de severo aspecto. En particular recuerdo sus peludos antebrazos, más parecían de mono que de hombre.

—Por cierto, a Augusto le gustará saber que aprobáis sus acciones —dije secamente.

Luego le seguimos hasta el lugar en que había sido colocada la única silla del salón sobre un tablado. Me senté. Pude darme cuenta que esto causaba algún efecto. Los militares se miraron. Sin embargo Florencio permanecía imperturbable, aun cuando yo me había sentado en su silla.

—Presentad a los oficiales, prefecto. —Me mostré tan frío como pude.

Así lo hizo Florencio. El primer oficial fue Marcelo, jefe del Estado Mayor del ejército de Galia. Me saludó en forma rutinaria. El siguiente oficial fue Nevita, un fuerte galo, de ojos azules y voz potente, un valioso jefe que

me sirve ahora en Persia.

Mas ese día en Vienne me trató con tal desdén que comprendí que debía responder con energía o abandonar toda pretensión de autoridad. O era César o estaba perdido. Me volví hacia Florencio. Le hablé escogiendo las palabras.

—No estamos tan lejos de Milán como para que se omita el respeto debido a un César.

Las condiciones de un campo de batalla no deben prevalecer en una capital de provincia, pese a los reveses de nuestro ejército en el Rin. Instruid a vuestros oficiales, prefecto, respecto de sus deberes para con nosotros. Demostradles mediante vuestro ejemplo quiénes somos.

Constancio no podía haberlo hecho mejor, y en realidad pensé cada una de las palabras de ese arrogante discurso. Estaba convencido de que había llegado a Galia para morir, y quería morir en la forma más honrosa posible, manteniendo hasta el fin mi gran

título.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Florencio me miró sorprendido. Los oficiales se mostraron amedrentados. Oribaso estaba impresionado..., es curioso cómo gozamos de esos raros momentos en que, en un acto público, podemos impresionar a un viejo amigo.

En su confusión, Florencio tardó en reaccionar. Así, imitando cuidadosamente a Constancio, levanté mi brazo derecho y señalé con mi índice al suelo delante de mí y con una voz áspera dije:

—Nosotros vestimos la púrpura.

Los militares, con un estruendo de sus armaduras, cayeron de rodillas. Florencio hizo lo propio, con una mirada de singular rencor. Besó mi manto. Con ese gesto comenzaron entre nosotros unas hostilidades que

iban a durar cinco años.

Constancio nunca pretendió que yo tomase el gobierno real de la provincia. Yo debía ser una figura ceremonial, destinada a recordar a los galos que Constancio había enviado no un ejército, pero sí al menos su carne y su sangre para reanimar a un pueblo atemorizado que debía defender la provincia. Florencio poseía todo el poder real. Estaba directamente a cargo del ejército en Vienne y su servicio personal de correos mantenía unidas a las diversas legiones distribuidas por Galia. La mayoría de ellas, por cierto, estaban atrapadas en fortalezas, ya que los germanos habían puesto sitio a todas las ciudades de alguna importancia desde el Rin hasta el Mar del Norte.

Sólo el año pasado, al revisar los archivos secretos de Constancio —una experiencia fascinante aunque a veces deprimente, parecida a oír lo que la gente dice a nuestras espaldas— vi sus instrucciones para Florencio. Ahora que las he leído, me siento más tolerante ante el prefecto: se limitaba a cumplir órdenes. Constancio

escribió —lo parafraseo, pues todos los escritos se encuentran en Constantinopla— que ese «tierno pariente, el César Juliano» debía ser considerado como un cadete en el arte de la guerra y como un novicio en los asuntos de gobierno. Florencio debía ser el tutor de ese delicado alumno, debía instruirlo, darle buenos consejos y protegerlo de las malas compañías y de los juicios erróneos. En otras palabras, debía ser mandado a la escuela. No debían entregárseme los asuntos militares. Y

debían buscarse en mí los signos de la *ambitio* —como dicen los romanos—, una palabra que no posee ningún otro idioma, que denota esa especie de mundana ambición que es perjudicial para el equilibrio del estado.

Mi primer año en Galia me proporcionó muchas enseñanzas, no sólo en el arte de la guerra sino también en el de la simulación y la paciencia. Me convertí en un segundo Ulises, aguardando el momento oportuno. No se me permitía concurrir a las reuniones del consejo

militar, pero de vez en cuando se me informaba sobre la situación militar en general. Lo que se me decía no me animaba. Aunque el ejército de Galia era considerable, Florencio no tenía la intención de comprometerlo en una batalla.

No hicimos nada. Por supuesto, nuestro enemigo Chnodomar tampoco hizo nada; su prometida ofensiva nunca se materializó. Se manifestó muy satisfecho con controlar el Rin y nuestras mayores ciudades. Yo estaba ansioso por enfrentarme a él, pero no tenía mando ni siquiera sobre un soldado, a excepción de mi valeroso cuerpo de guardia italiano. Además necesitaba dinero. Mi salario como César, según se suponía, era pagado por el cuartel, pero el conde de la Sagrada Dádiva era lerdo para los pagos. Viví enteramente a crédito durante mi primer año en Galia, y el crédito no lo obtenía fácilmente ante los continuos rumores de que perdía el favor de Augusto y de que sería llamado en cualquier momento. También me irritó el saber que la villa en que vivía no era el palacio del César, sino una especie de casa de huéspedes donde se alojaban los

funcionarios visitantes. El palacio de la ciudad se encontraba en el Rin, y allí estaban alojados Florencia y su considerable corte. Él vivía como el César, yo Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

como un pariente pobre. Pero había compensaciones: tenía a Oribaso conmigo, y a Prisco, que había llegado en marzo desde Atenas.

PRISCO: Debo agregar algo respecto a las relaciones entre Juliano y Florencio. El prefecto pretorio era avaro, pero capaz. Especialmente seguía al pie de la letra las instrucciones del emperador. Siempre pensé que Juliano era excesivamente agrio con él. Por supuesto, en diversos actos públicos el prefecto lo humilló. Recuerdo una revista militar donde no había lugar para Juliano en el estrado. De este modo, el César se vio obligado a mirar a «sus» tropas entre la multitud, rodeado de viejas que vendían embutidos. Probablemente ésa fue la venganza de Florencio por la

actitud de Juliano durante el primer encuentro.

En favor de Constancio... ¿por qué uno siempre está buscando cosas buenas para decir de los malos? ¿Se trata de nuestra creencia de que la versión que ellos tengan de nosotros será precisamente la que nosotros tengamos de ellos, desde otro punto de vista y con un interés opuesto? En todo caso, la actitud de Constancio era perfectamente correcta al no permitir que un joven sin experiencia militar ni administrativa se ocupase de la dirección de una difícil guerra que soldados mayores que él y supuestamente más sabios casi habían perdido. Nadie podía saber entonces que Juliano era un genio militar. Estoy a punto de creer en su Helios cuando considero sus victorias en Galia.

Pero en aquel entonces, en gran medida, vivía como un estudiante en la villa cercana a los muros de la ciudad. Su «corte», como debía llamársela, no sumaba más de cien personas, incluidos los esclavos. Comíamos pobremente. Nunca alcanzaba el vino. Pero la conversación era buena. Oribaso nos mantenía tan

divertidos como sanos. Incluso entonces se dedicaba a reunir los remedios de toda bruja que encontraba y a probarlos en nosotros. Euterio era también un amable compañero.

Noto divertido que Juliano nombra específicamente mi reunión con él en Vienne pero no se refiere en cambio a la persona mucho más importante que llegó allí a principios de año: su esposa Elena. Yo no estaba presente cuando ella arribó, pero he oído que llevó un lujoso séquito de peluqueros, costureras, cocineros, eunucos y carretadas de finas ropas y joyas.

Creo que nunca superó el impacto de esa fría y deprimente villa. Pero Juliano era muy bueno con ella, aunque algo distraído. Podía abandonar la mesa sin advertirle a ella, o hacer abiertamente planes para realizar una visita a los alrededores de la ciudad y olvidarse de incluirla en sus preparativos. Pienso que ella gustaba de él mucho más que él de ella. No es que le disgustase; más bien era profundamente indiferente. No sé si cumplía a menudo con sus deberes

conyugales. Aun así, ella estuvo encinta dos veces durante los cuatro años de su matrimonio.

Recuerdo sobre todo los valientes intentos de Elena para no mostrarse aburrida cuando Juliano hablaba excitadamente de aquellas cosas que le interesaban a él y la confundían a ella. Por suerte, había aprendido el arte real de bostezar sin abrir la boca; pero si uno observaba detenidamente cada vez que se hablaba de Platón, Jámblico, o de vos, mi querido Libanio (¡gran triada!), podía verse cómo las ventanas de su nariz se dilataban sospechosamente de tiempo en tiempo. Estoy seguro de que aburríamos a Elena hasta la muerte.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

LIBANIO: No puedo imaginar que nadie encuentre extraño el hecho de que Juliano hablase de Platón, de Jámblico y de mí como si fuésemos del mismo rango. Pero uno puede tener la seguridad de que Prisco siempre será envidioso. «¡Gran triada!» ¡Por supuesto!

Sólo porque fracasó como filósofo y como maestro, Prisco rebajaría a todos sus contemporáneos a su propio nivel. Bueno, también fracasa en eso.

JULIANO AUGUSTO

No es fácil comprender a los galos. Sus formas son extrañas a nosotros, pese a sus muchos años de sometimiento a Roma. Pienso que constituyen el pueblo más hermoso del mundo. Tanto los hombres como las mujeres son altos y de piel blanca, a menudo rubios y de ojos azules. Siempre están lavando sus ropas y sus cuerpos. Uno puede ir de un extremo a otro de la ciudad sin ver a un hombre o a una mujer con ropas manchadas o rotas. La ropa lavada cuelga al lado de cada choza, por más pobre que sea.

Pero, a pesar de su belleza, son sumamente peleones. Tanto los hombres como las mujeres hablan con voces extrañamente altas, con vocales desentonadas y fuertes consonantes. Cada vez que administré justicia me vi ensordecido por los abogados y demandantes rivales,

todos bramando como toros heridos. Sostienen que en la lucha un gallo equivale a tres italianos. Es posible que sea verdad. Aman la batalla. Tienen la fuerza y el coraje necesarios. También sus mujeres aman la lucha. No es nada extraño que en el calor de la batalla un gallo llame a su mujer para que lo ayude. Cuando ella lo hace, la fuerza de él aumenta diez veces. He visto con mis propios ojos cómo atacaban las mujeres galas al enemigo, rechinando los dientes; con las venas marcadas en el cuello, con largos brazos blancos girando como las aspas de un molino, mientras sus pies despedían golpes que parecían de catapulta. Son formidables.

Los galos se sienten orgullosos de cumplir el servicio militar, a diferencia de los italianos que no piensan en otra cosa que en cortarse los pulgares para eludir a los funcionarios de reclutamiento del estado. Los galos, sin embargo, gozan del derramamiento de sangre, y serían los mejores soldados si no fuera por dos razones: no se adaptan bien a la disciplina militar y son borrachos. Es posible que un jefe encuentre en los momentos más

difíciles a sus soldados enloquecidos por la bebida, con la excusa de que tal y tal día es sagrado y debe ser festejado con un poco de vino o con una de esas poderosas bebidas que destilan del trigo o de los vegetales.

No describiré mis campañas de Galia, ya que he publicado una narración de ellas que los aduladores comparan a los Comentarios de Julio César. ¡Diré que puse más empeño en escribir sobre las guerras galas que en luchar! Pero transcribiré algunos de los hechos que no pude revelar en aquel momento.

El invierno comprendido entre los años 355—356 fue muy doloroso para mí. No tenía autoridad. Era ignorado por el prefecto pretorio. No tenía deberes, salvo el de hacer una expedición ocasional por el país. Sin embargo, cada vez que me mostraba ante los galos atraía a grandes multitudes. Incluso en los días más fríos del invierno, el pueblo venía de los alrededores, recorriendo millas, para verme y vitorearme. Esto me impresionaba mucho, aun cuando tenía conciencia de

que a menudo no me saludaban como al César Juliano sino como a Julio César. Existía entre los campesinos la leyenda de que el gran Julio prometió una vez *Revisa do por Hyspastes*.

Junio 2005

que volvería de la tumba para proteger a Galia de sus enemigos; muchos pensaban que había llegado el momento en que el general fallecido venía para cumplir su promesa, y que él era yo.

Gracias a estas expediciones tuvimos algunas victorias inesperadas. Un pueblo sitiado por los germanos se sintió reanimado por la presencia del César, y sus habitantes obligaron a sus enemigos a retirarse del asedio. Otro pueblo de Aquitania, defendido solamente por los ancianos, rechazó un ataque germano, utilizando mi nombre como grito de guerra y talismán de la victoria.

En Aquitania luché en mi primera «batalla». Pasábamos en fila de dos a través de un denso bosque cuando una

banda de germanos cayó sobre nosotros. Por un momento temí que mis soldados rompiesen filas y huyeran. Pero se mantuvieron en su lugar. Eso es todo lo que hace falta cuando uno es tomado por sorpresa. En esos primeros minutos de ataque un jefe vigilante puede reunir a sus tropas y devolver golpe por golpe, si inicialmente se mantiene fuerte.

Por suerte nos encontrábamos en los límites del bosque. Ordené a los hombres de la vanguardia que entretuviesen a los germanos mientras los de retaguardia iban desde el bosque hasta el llano despejado. En pocos minutos nuestros hombres estaban libres de la zona boscosa. No hubieron bajas. Después, cuando empezamos a encontrarnos en mejor situación que los germanos, éstos huyeron rápidamente, primero uno, después otro, y luego varios a la vez.

De pronto me sorprendí gritando: «¡Seguidlos! ¡Cortadles la retirada!» Mis tropas obedecieron. Los germanos huían ya en su totalidad, de vuelta hacia el bosque. «¡Una pieza de plata por cada cabeza

germana!»), grité. Este grito sediento de sangre fue recogido por mis oficiales. Gritando de excitación y codicia, mis tropas cayeron sobre los enemigos. Al finalizar el día me habían entregado alrededor de cien cabezas de germanos.

No he descrito este choque por su importancia militar —no la tuvo— sino porque fue la primera vez que disfruté de una batalla. A diferencia de casi todos mis predecesores (para no mencionar a cualquier patricio consciente), casi no poseía experiencia militar. Nunca había visto a un hombre muerto en una batalla. Siempre había preferido la paz a la guerra, el estudio a la acción, la vida a la muerte. Sin embargo, allí estaba gritando con ronca voz en el límite del bosque galo, con un montículo de sangrientas cabezas humanas delante de mí.

¿Estaba disgustado o sorprendido? Ninguna de las dos cosas. Estaba excitado de la misma manera que los hombres que rinden culto a Afrodita son excitados por el amor. Todavía prefiero la filosofía a la guerra, pero

nada más. Cómo he podido cambiar de este modo es un misterio cuyo origen debe ser divino, determinado por ese sol feroz que es el origen de todos los hombres y el protector de los reyes.

Mientras cabalgaba hacia Vienne en la pálida luz del verano, temblé con una excitación que no estaba lejos de la alegría, puesto que ahora me sentía seguro de que sobreviviría. Hasta ese momento no había estado seguro de mí mismo. De acuerdo con lo que sabía de mí, podía resultar un cobarde o, aún peor, quedar paralizado por la confusión del momento y sin poder adoptar las decisiones rápidas imprescindibles para ganar cualquier batalla. Sin embargo me sentí exaltado cuando comenzó el griterío y el correr de la sangre. Vi con perfecta claridad lo que debía hacerse, y lo hice.

Esta refriega no fue considerada con mucha seriedad en Vienne. Lo que si se tomó con seriedad fue el hecho de que Constancio me designase como cónsul para el nuevo año. Era su octavo consulado, y el primero mío. Esto me alegró, aunque no demasiado. Nunca he

comprendido por qué los hombres valoran tanto este antiguo título. El cónsul no tiene poder Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

(salvo que también sea emperador); sin embargo, los hombres ambiciosos gastan una fortuna para ser admitidos en la jerarquía consular. Es cierto que el propio nombre es conocido para siempre, puesto que todas las fechas se calculan por los consulados. Aun así, no me siento inclinado hacia las formas que han perdido su significado. Ante mi investidura, Florencio se mostró casi correcto, lo cual era una ventaja. En una reunión privada, me dijo:

—Planeamos una ofensiva por la próxima primavera. Podréis participar en ella, si queréis.

—¿Como jefe?

—El César manda sobre toda Galia.

—César es muy sensible a su alta posición. Pero, ¿conduciré los ejércitos? ¿Planearé la guerra?

—Seréis nuestro guía en todas las cosas, César. —
Florencio se mostraba evasivo.

Evidentemente, no estaba dispuesto a entregar el control de la provincia. Pero ya se había dado un paso. Se había abierto una brecha en el muro. Era cosa mía el explotar este pequeño cambio para mejorar la situación.

Cuando Florencio se fue, llamé a Salustio, mi asesor militar. Me fue asignado cuando llegué por primera vez a Galia y debo agradecer siempre a Constancio el habernos colocado a los dos juntos. Salustio era un soldado romano y un filósofo griego a la vez. ¿Qué mejor cosa puedo decir de él? Cuando nos conocimos, Salustio estaba a punto de cumplir los cincuenta.

Es alto, lento para hablar, pero de mente ágil; proviene de una antigua familia romana y, como muchos romanos pertenecientes a la aristocracia, nunca ha dudado en su

culto a los verdaderos dioses. Era íntimo amigo de helenistas tan destacados como Símaco y Pretextato; hace algunos años publicó una defensa clásica de nuestra religión: *Sobre los Dioses y el Mundo*. Así como Máximo es mi guía para los misterios y Libanio mi modelo para el estilo literario, Salustio es mi ideal de lo que debe ser un hombre.

Salustio se alegró tanto como yo por las noticias. Juntos estudiamos un mapa de Galia y consideramos que la mejor acción consistía en golpear directamente sobre Estrasburgo. Esta gran ciudad no sólo dominaba una gran parte del Rin sino que era el centro de operaciones del rey Chnodomar. Su recuperación debilitaría al enemigo.

—De esto puede extraerse una lección —dijo Salustio de pronto.

—¿Cómo?

—¿Por qué los germanos están en Galia?

—Por el saqueo. Por el deseo de más territorio. ¿Por qué las tribus bárbaras se mueven siempre de un lado para otro?

—Están en Galia porque Constancio pidió a las tribus que lo ayudasen en su lucha contra Magnencio. Lo ayudaron. Y luego se quedaron en Galia.

La consideración era justa. Nunca debe pedirse ayuda a los bárbaros. Ocúpeselos como mercenarios, engáñeselos si éste es el único modo de mantener la paz, pero nunca se permita a una tribu entrar en territorio romano porque posiblemente intentará quedarse las propiedades romanas. Incluso mientras Salustio y yo conversábamos, Constancio se encontraba en el Danubio luchando contra dos tribus rebeldes a las que una vez había permitido establecerse allí.

Salustio después me dijo que existían pruebas concluyentes de que Florencio estaba negociando secretamente con jefes germanos. Algunos le pagaban a

escondidas para Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

permanecer donde estaban; otros para que no los incomodase en sus propiedades de entonces.

Detalladamente, Salustio y yo elaboramos nuestras acusaciones contra Florencio.

En mayo Salustio y yo sometimos el plan de atacar directamente Estrasburgo a Florencio y a su general Marcelo. Rápidamente fue desestimado. Argüimos. Pedimos.

Prometimos la victoria. Pero no nos oyeron.

—Todavía no estamos preparados para enviar el ejército a librar una gran batalla. No es el momento. — Como Marcelo era el comandante en jefe de la provincia, yo estaba obligado a obedecer.

—¿En qué momento —pregunté, mirando la cámara

del Consejo (estábamos en el palacio del prefecto)—
podremos obedecer al emperador y expulsar a los
germanos de Galia?

Florencio se mostró moderado. La forma en que me
trataba, aunque todavía condescendiente, era más
cautelosa que antes. Evidentemente, no estaba
dispuesto a rendirme sin un gran esfuerzo de su parte.

—¿Puedo proponer al César una solución de
compromiso? —Florencio jugaba con una delicada
bolsa de piel de venado que contenía a su dios, el oro.
—No disponemos de los hombres necesarios para
realizar una gran campaña. Hasta que el emperador nos
mande refuerzos, lo cual no podrá ocurrir este año pues
han sido enviados al Danubio, debemos limitarnos a
mantener nuestras actuales posiciones y a recuperar lo
que sea posible, sin arriesgarnos demasiado. —Dio
unas palmadas y apareció ante nosotros un secretario
que estaba agazapado junto a una pared. Florencio
tenía maneras imperiales. Los prefectos pretorios eran
hombres importantes. Florencio gobernaba, en ese

tiempo Marruecos, España, Galia y Bretaña. El secretario nos trajo un mapa de Galia y Florencio señaló una ciudad llamada Autun, justo al norte de Vienne.

—Hemos recibido noticias de que esta ciudad está sitiada. —Estuve a punto de preguntar por qué no se me había informado antes, pero contuve mi lengua—. Ahora bien, si el César quiere puede liberar Autun con el general Salustio —Florencio dirigió una corta y aviesa sonrisa a Salustio, cuyo rostro permaneció cortésmente atento—. Es una antigua ciudad. Los muros habían sido inexpugnables, pero ahora se encuentran en muy mal estado, como casi todas nuestras defensas, según me temo. No hay allí más que una guarnición, pero los habitantes de la ciudad son valientes.

Rápidamente le dije que nada me gustaría más. Iría inmediatamente a liberar Autun.

—Por supuesto —prosiguió Florencio—, será

necesario dedicar algunas semanas a preparar vuestras tropas, reunir provisiones...

—Un buen consejo —interrumpió Marcelo—, no debéis preocuparos por sitiar ciudades. Incluso si los germanos capturan la ciudad antes de que lleguéis, no la ocuparán.

Nunca lo hacen.

—Pero ¿qué ocurre con Colonia y Estrasburgo?

—Destruídas —dijo Marcelo, casi con tanto placer como si él hubiese realizado la destrucción—. Pero no ocupadas. Los germanos temen a las ciudades. No quieren pasar en ellas ni una noche entera.

—Su costumbre —explicó Florencio— es ocupar los alrededores de la ciudad y matar de hambre a sus habitantes. Cuando por último la ciudad capitula, la queman y se van.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿De cuántas tropas dispondré?

—No estamos seguros todavía. Hay otras... contingencias —Florencio pasaba la bolsa con oro de una mano a la otra—. Pero en algunas semanas lo sabremos y entonces el César podrá iniciar su primera... guerra gala. —Eso era ridículo, pero ya había aprendido a no mostrarme ofendido.

—Entonces consideradla, prefecto —dije con la mayor dignidad posible y, acompañado por Salustio, abandoné el palacio.

Mientras caminábamos a través de las calles de la ciudad hasta mi villa, ni siquiera el recuerdo del desprecio de Florencio podía disminuir el deleite que me producía el pensar en la acción.

—¡Con una sola campaña triunfal Constancio me dará el control del ejército!

—Es posible. —Salustio estaba preocupado.

Cruzamos la plaza donde se reunían los carros de los campesinos con los primeros productos de la estación. Dos guardias me seguían a una discreta distancia. Aunque era César, la gente estaba ya acostumbrada a verme vagar solo por las calles y, allí donde ellos me habían demostrado una reverente obediencia, ahora me saludaban como a un vecino, con todo respeto, por supuesto.

—Sólo... —Salustio se detuvo.

—Sólo que si obtengo una victoria demasiado grande, Constancio se preocupará de que nunca vuelva a dirigir un ejército.

—Exactamente.

Me encogí de hombros.

—Debo aprovechar mis oportunidades. Además, después del Danubio Constancio deberá enfrentarse a

los persas. No tendrá otra posibilidad que confiar en mí. No hay otro. Si puedo mantener la Galia, él me dejará.

—Pero supongamos que no luche contra los persas. Supongamos que actúe contra vos.

—Supongamos que caiga muerto por... ese carro. —Y ambos saltamos a un lado del camino al tiempo que un carro arrastrado por un buey pasaba con estruendo a nuestro lado, mientras su conductor maldecía en voz alta al carro, a nosotros y a los dioses que lo habían hecho llegar tarde al mercado—. Todo marchará bien, Salustio —dije mientras nos acercábamos a la villa—. He recibido señales.

Salustio lo aceptó. Sabía que yo estaba bajo la especial protección de Hermes, la inteligencia más veloz del universo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XI

El 22 de junio abandoné Vienne al frente de un ejército de doce mil hombres entre coraceros, ballesteros e infantería. Toda la población salió para vernos.

Florencio irradiaba ironía, mientras Marcelo apenas podía ocultar lo mucho que se divertía. Estoy seguro que pensaban que era la última vez que me veían. Elena me despidió con estoica dignidad. Era una auténtica matrona romana, preparada para verme regresar sobre mi escudo.

El día era soleado mientras cabalgábamos fuera de la ciudad. A mi derecha estaba Salustio y a mi izquierda Oribaso. Frente a mi un soldado llevaba una horrible imagen de Constancio con corona y el manto imperial. Recientemente mi primo me había enviado esa efigie, con una larga serie de instrucciones sobre la manera de exhibirla. También me recordaba que no había sido enviado a Galia como monarca sino como representante del emperador, cuya principal tarea era desplegar el manto y la imagen imperial ante los ojos

del pueblo. Pese a esta pequeña humillación, me sentía con la moral alta mientras marchábamos.

Llegamos a Autun el 26 de octubre. Ese mismo día vencí a los germanos y liberé a la ciudad. (Nota al secretario: Insertar en este punto el capítulo correspondiente de mi libro *Las guerras galas*. Podría ser la parte que abarca la campaña de Autun, Auxerre, Troyes y Reims, donde pasé el mes de agosto.)

PRISCO: Según describe Juliano, Salustio estaba a su derecha, Oribaso a su izquierda y yo detrás de él. Su informe oficial sobre la campaña es, en general, acertado. Desde Julio César en adelante, los jefes tienden a otorgarse el mejor papel posible en sus memorias, aunque Juliano era habitualmente honesto. Pero tendía a olvidar sus errores. No nos dice cómo perdió la mayor parte de una legión por descuido: la llevó a través de un bosque donde, según le habían prevenido, había germanos... y realmente los había. Pero en general Juliano era un jefe cauteloso. Pocas veces arriesgó un hombre sin saber que las

circunstancias le eran favorables.

O así nos lo aseguran los expertos. No sé prácticamente nada de temas militares, aun cuando estuve con Juliano en Galia y en Persia. Por supuesto no soy soldado, aunque he luchado de vez en cuando, sin ningún placer. No experimenté nada parecido a esa lujuria ante la sangre a la que él se refirió unas páginas atrás, reconocimiento bastante sorprendente porque en ninguna conversación Juliano llegó a admitir que le gustase la guerra.

Salustio se ocupaba de todos los detalles. Era un hombre sumamente capaz y en todos los sentidos. ¿Quizás demasiado admirable? Pensaba a menudo que Salustio estaba desempeñando un papel (habitualmente el de Marco Aurelio); en forma invariable era grave, desconfiado, modesto y sensible, cosas que todo el mundo admira. Lo cual resulta muy significativo. Hombres menos afectados tienen siempre rasgos que no admiramos. Lo bueno y lo malo están mezclados. Salustio era todo bueno. Ese debía ser el resultado de

una intensa disciplina tanto como la conciencia de que en realidad trataba de convertirse en algo que no era. Pero, independientemente de sus motivos, era impresionante, y ejercía una buena influencia sobre Juliano.

Juliano levantó el sitio de Autun, tomó el camino del norte hacia Auxerre y permaneció allí unos pocos días. Suele aprovechar todas las oportunidades para refrescar sus tropas, a diferencia de tantos generales que las llevan hasta más allá de sus fuerzas. Desde Auxerre nos dirigimos hacia Troyes. Ésa fue una jornada difícil. Continuamente éramos asediados por los germanos, gente de aspecto atemorizador, altos y musculosos, con largos Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

cabellos teñidos de un rojo brillante, una costumbre tribal. Se vestían en forma muy similar a la nuestra, con armaduras robadas a los cadáveres de los romanos. En

campo abierto eran fáciles de derrotar, pero en los bosques se volvían peligrosos.

En Troyes, fuera de los muros de la ciudad, dedicamos algunas horas a explicar a la atemorizada guarnición que éramos romanos y no germanos, y que quien nos dirigía era el César. Por último, el mismo Juliano, con esa imagen horriblemente semejante a Constancio junto a él, ordenó al pueblo que abriese las puertas.

En Troyes permanecimos un día. Luego nos dirigimos a Reims. Con anterioridad, Juliano y Florencio habían acordado que el ejército principal de Galia se concentraría allí en el mes de agosto, preparándose para recuperar Colonia. Así que Marcelo ya se encontraba en Reims cuando nosotros llegamos. Poco después de la llegada fue convocado a un consejo militar. Aunque estaba cansado del largo camino y deseoso de bañarme, acompañé a Juliano y a Salustio a la reunión.

A Marcelo le gustó mucho que Juliano tuviese éxito en

la vida militar. Cuando éste le preguntó si las tropas estaban listas, respondió negativamente. ¿Cuándo lo estarían? Evasiva.

Por último: ese año no era posible realizar una ofensiva en gran escala.

Entonces Juliano se levantó y mintió con el genio de un Ulises. Yo apenas podía creer lo que oía. Primero habló afligido:

—Esperaba hallar a todos ansiosos y dispuestos a luchar contra las tribus. En cambio, encuentro que no existen planes y que, como siempre, estamos a la defensiva.

Marcelo comenzó a hablar peligrosamente, entre dientes, pero Juliano estaba completamente decidido. Vos sabéis cómo es cuando el espíritu (a menudo identificado como Helios) está con él.

—He sido enviado aquí, general, por el divino emperador para mostrar su imagen a los bárbaros.

También he venido aquí a recobrar las ciudades que vos habéis perdido. He sido enviado aquí para hacer retroceder a los salvajes hasta sus bosques más allá del Rin. Como César he jurado conquistarlos o morir.

—Pero César, nosotros... —Eso fue todo lo que Marcelo pudo decir.

Mientras estaba hablando, Juliano sacó un documento de su túnica. Era el cuadernillo sobre etiqueta que le había dado Constancio.

—¿Habéis visto esto, general? ¿Lo habéis visto todos vosotros? —Juliano lo hizo flamear como un estandarte en el aire. Nadie pudo decir exactamente de qué se trataba, pero el sello imperial estaba a la vista—. Es del divino emperador. Está dirigido a mí. Llegó mediante un mensajero especial a Autun. Contiene órdenes. Debemos recuperar Colonia. Esas son sus órdenes y nosotros somos sus esclavos. No tenemos alternativa, debemos obedecer.

Se notó consternación entre los hombres de Marcelo.

Nadie había oído hablar de esas instrucciones por la sencilla razón de que no existían. Pero la audaz mentira logró su efecto en gran medida porque Marcelo era un verdadero político y no podía admitir el desconocimiento de algo que él debiese conocer. Así entregó el ejército a Juliano.

JULIANO AUGUSTO

En Reims pasé revista a las legiones mientras atravesaban las puertas de la ciudad, todos sudados bajo el caliente sol de agosto. Era un día nublado, húmedo y de mal presagio.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Estaba sobre el estrado fuera de las puertas de la ciudad, con los mosquitos zumbando alrededor de mi cabeza y cayendo sobre mi rostro cuando se me entregó un mensaje procedente de Vienne. Era una breve nota de Florencio. Mi mujer había dado a luz un

hijo que había muerto poco después. Su salud era buena. Eso era todo.

Es una cosa extraordinaria ser el padre de un hijo y el afligido padre de un hijo muerto, todo al mismo tiempo. Entregué la carta a Salustio y me volví hacia las legiones que marchaban rítmicamente a la manera pírrica y al son de los caramillos.

PRISCO: La partera dejó demasiado corto el cordón umbilical del recién nacido.

Posteriormente supimos que había sido pagada por la emperatriz Eusebia para que hiciese eso. Sin embargo, nunca oí a Juliano referirse a la emperatriz en términos que no fuesen de lo más halagador. Es triste observar lo enrevesadas que se tornan las relaciones entre los príncipes... ¡Qué ridícula observación! Todos tenemos la costumbre de censurar a los grandes, como si fuésemos dramaturgos populares, cuando de hecho la gente común es tan complicada, empecinada y desesperada por sobrevivir (o por prevalecer) como

los grandes, y en particular los filósofos.

Juliano pasa por alto el resto de la campaña de ese año con una nota para que se inserte una parte de su libro anterior. Esa será tarea vuestra. Personalmente, hallo ese libro sobre las guerras galas casi tan aburrido como el de Julio César. Dije «casi» porque la descripción de cosas que ha vivido uno mismo nunca puede resultar totalmente insulsa. Pero las descripciones de batallas pronto empalagan. Sugeriría —aunque no me habéis pedido asesoramiento literario— que redujeseis a un mínimo la incorporación de narraciones militares.

La campaña de otoño de Juliano fue un éxito. Sostuvo una batalla en Brumath que los estrategas consideraron como un modelo de brillante arte militar. No lo sabía. En aquel momento me pareció confusa, pero abrió el camino hacia Colonia. Esa región del mundo es bastante hermosa, especialmente un lugar llamado la Confluencia, donde se unen el Rin y el Mosela en una ciudad nuestra llamada Remagen. Apenas pasada Remagen se ve una torre romana que domina los

campos. No lejos de allí se encuentra Colonia, que Juliano recuperó, para sorpresa de todos, tras una breve batalla.

Permanecimos en Colonia durante todo el mes de septiembre. Juliano se encontraba en un excelente estado. Algunos generales francos le rindieron homenaje y él a la vez los cautivó y atemorizó, un raro don que compartía, si hemos de creer a Cicerón, con Julio César.

Una breve observación sin importancia: Oribaso me apostó una moneda de oro a que Constancio se vengaría de Juliano por haberle mentido a Marcelo. Yo aposté a que no lo haría. Pasamos el invierno en Sens, un deprimente pueblo de provincias situado al norte de Vienne. Ese invierno estuvo a punto de ser el último para todos nosotros.

JULIANO AUGUSTO

Tras las victorias descritas, instalé mis cuarteles de invierno en una encantadora ciudad llamada Sens cuya

principal ventaja consistía en mantenernos a respetable distancia de Florencio en Vienne y de Marcelo en Reims.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Durante esos meses Elena se mantuvo bastante reservada. Llevaba consigo algunas damas que había traído de la corte de Milán y pienso que se encontraba razonablemente contenta, aunque no tenía buena salud, debido a su edad, el alumbramiento había sido difícil.

Siempre me encontré incómodo con Elena. Apenas podía olvidar que era la hermana de mi enemigo. Durante mucho tiempo estuve inseguro sobre cuál de nosotros era el objeto de su lealtad. Sé que mantuvo una considerable correspondencia con su hermano (luego destruida;

¿por quién?, muy misterioso); como consecuencia, evitaba decir en su presencia algo que pudiese resultar

sospechoso a los ojos de Constancio. Este control me molestaba bastante.

Sólo una vez Elena reveló que poseía algunas ideas de lo que yo albergaba en mi alma y mi corazón. Fue en diciembre. Habíamos almorzado en forma frugal en mis habitaciones, que eran más cálidas que las dependencias del estado. Algunos braseros proporcionaban suficiente calor, por lo menos para mí, Prisco solía quejarse amargamente de mi mezquindad en ese sentido. Elena se sentó con sus damas en un extremo del salón, escuchando a una mujer que cantaba canciones griegas, mientras Oribaso, Salustio, Prisco y yo estábamos echados sobre divanes en el extremo opuesto del salón.

Al principio hablamos descuidadamente, como suele hablarse después de las comidas.

Nos ocupamos de la situación militar. A pesar de mi victoria en Colonia, Florencio sólo me había dejado dos legiones. El resto de mi ejército había sido llamado

a Reims y a Vienne. Me encontraba en la misma situación que durante mi primer invierno en Vienne, un príncipe sin principazgo. Sólo que ahora sobrellevaba una carga mayor. Pero, como dice el viejo adagio:

«Una albarda puesta sobre un buey no es carga para mí.» Mi tarea no consistía solamente en defender Sens de las tribus germanas, sino que debía ocuparme también de las aldeas vecinas.

Los bárbaros, incluso a fines del invierno, se movían incansablemente de un pueblo a otro, dedicándose al incendio y al pillaje. En realidad, Chnodomar había jurado que me colgaría antes del deshielo de primavera. Estaba obligado a destinar a las guarniciones de las ciudades vecinas dos tercios de los soldados que se hallaban bajo mis órdenes. Además nos enfrentábamos con una cantidad considerable de desertiones, especialmente entre los soldados italianos.

—Todo desertor debe ser ejecutado en público ante las legiones —dijo Salustio.

—Resulta sumamente difícil ejecutar a un desertor — dijo Prisco con su característica astucia—. Primero es necesario capturarlo.

—La única solución es la victoria —dije—. Si tenemos éxito los hombres nos serán leales. Hay pocos desertores en un ejército victorioso.

—Pero no somos victoriosos ni constituimos un ejército —replicó Prisco con desagradable exactitud.

—Exactamente lo que desea el emperador. —Oribaso levantó demasiado la voz. Lo hice callar con un gesto. Elena lo había oído, pero no hizo ningún gesto que lo demostrase.

—Estoy seguro de que el divino emperador, mi primo y colega, espera ansioso que triunfemos en nuestra lucha por desterrar a los germanos de Galia. —En realidad, no había recibido una sola noticia de Constancio desde que había establecido mi residencia en Sens.

Supongo que estaba furioso conmigo porque no había

regresado a Vienne.

En seguida Prisco me pidió que leyese el panegírico que había escrito sobre Eusebia.

Llamé a un notario, quien me alcanzó el manuscrito. Leí unas pocas páginas. No me gustaba en absoluto. El trabajo era grosero. Así lo dije.

—Probablemente —dijo el perverso Prisco—, porque es casi sincero.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Todos se echaron a reír. En Vienne había escrito un panegírico de Constancio —que si se me permite decirlo— era una obra maestra, cuidadosamente ordenado y bellamente compuesto. El arte del panegírico no excluye necesariamente la honestidad, aunque los sentimientos personales del autor no tienen ninguna importancia para la composición final, que es

un artificio, no la verdad. Hasta el mismo Constancio comprendió que había escrito algo maravilloso y me envió una carta de su propia mano, plagada de errores de ortografía y sintaxis. Luego traté de redactar un panegírico a Eusebia, y lo hallé difícil; indudablemente, como insinuó Prisco, por mi compromiso en el tema. Además, mi sentido del honor me obligaba a no revelar hasta qué punto ella me había salvado la vida. Eso me limitaba.

Mientras conversábamos amablemente oí a lo lejos el inquieto relinchar de los caballos, pero no le presté mayor atención. Luego Oribaso habló de esos libros hebreos que los galileos llaman el antiguo testamento. Era uno de mis temas favoritos. Tanto que olvidé que Elena se encontraba en el salón.

—Admiro a los judíos por la devoción que tienen en un Dios único. Pero deploro la forma en que interpretan a su Dios. Supuestamente es universal, pero se interesa sólo por ellos...

—Cristo —dijo de pronto mi esposa— fue enviado por Dios para todos nosotros.

Hubo un incómodo silencio.

—El problema —dije por último, con gran gentileza— es éste: ¿por qué el Dios Uno actuaría de semejante manera?

—Creemos que lo hizo.

El salón se encontraba ahora en el más completo silencio, fuera del lejano relinchar de los caballos. Mis compañeros estaban angustiados.

—Sin embargo, ¿no está escrito en la llamada teología de Juan que «de los galileos no surgirá ningún profeta»?

—Dios es Dios, no un profeta —dijo Elena.

—Pero la idea de la misión del Nazareno, según sus propias palabras, está tomada del antiguo testamento, el cual es judío, y dice que un profeta, un mesías,

llegará un día hasta los judíos, pero no Dios mismo.

—Ese es un problema —admitió ella.

—En realidad —yo era estúpidamente terco—, casi no existe ninguna relación entre lo que creen los galileos y lo que predica el Nazareno. Y más en concreto, no encuentro nada en los textos judíos que justifique la monstruosidad del triple dios. Los judíos fueron monoteístas. Los galileos son ateos.

Había ido demasiado lejos. Elena se levantó, hizo una reverencia y se retiró, seguida por sus damas.

Mis compañeros estaban alarmados. Prisco fue el primero en hablar.

—¡Qué don tenéis, César, para convertir lo difícil en imposible!

Los demás estuvieron de acuerdo. Les pedí disculpas.

—De todos modos —me excusé, sin creer en mis

propias palabras—, podemos confiar en Elena.

—Así lo espero. —Salustio se mostraba sombrío.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Uno debe decir la verdad sobre aquello que es verdadero —dije, deseando haber contenido mi lengua, como me ocurre tan a menudo.

De pronto se oyó un vocerío en las calles. Todos nos incorporamos. Apenas habíamos llegado a la puerta cuando llegó un oficial para informarnos que Sens había sido atacada. En otra parte he descrito lo que ocurrió y no lo repetiré aquí.

PRISCO: Estuvimos sitiados durante un mes. Un grupo de desertores había informado de nuestra debilidad al rey Chnodomar, quien marchó sobre Sens, excitado por la idea de capturar un César romano. Era un momento difícil y, en último término, pudimos salir con

vida de la situación gracias a la energía e inteligencia de Juliano. Aunque no pudo animarnos, ni siquiera inspirarnos confianza, por lo menos nos mantuvo obedientes y moderadamente esperanzados.

Esa noche se tocó la llamada a las armas. Los hombres corrieron desde sus puestos hasta las murallas almenadas. Los germanos podían verse a menos de media milla de distancia, iluminados por las granjas incendiadas. De allí provenían los relinchos de los caballos que nos habían perturbado durante nuestra conversación de sobremesa. Si los germanos hubieran sido más silenciosos habrían tomado la ciudad. Por suerte para nosotros, estaban todos borrachos.

Durante los días siguientes el estado de ánimo de Juliano cambió desde una excitación casi turbulenta hasta una formidable ira. Estaba seguro de haber sido abandonado deliberadamente. Esta sospecha se confirmó cuando llegó un mensajero de Reims para comunicar que Marcelo no vendría en nuestra ayuda; aducía debilidad. También insistía en que Juliano poseía

suficiente cantidad de hombres como para rechazar a los germanos.

Nuestros víveres estaban a punto de terminarse cuando los germanos partieron tan súbitamente como habían llegado. Les aburren los largos asedios. Juliano envió inmediatamente un pedido de provisiones a Vienne, llamó a todas sus tropas para que permaneciesen en Sens y pasamos todo el invierno, si no cómodos, por lo menos sin el temor de sufrir un súbito aniquilamiento. Juliano también escribió a Constancio una relación completa de la negativa de Marcelo a ir en su ayuda. Era un documento espléndido. Lo conozco; Salustio y yo lo ayudamos en su redacción. En realidad fue tan espléndido que tuvo sus consecuencias, a diferencia de casi todos los escritos oficiales.

Se ordenó a Marcelo que regresara a Milán y, tras un corto período, Juliano obtuvo finalmente lo que buscaba: el mando de los ejércitos de Galia.

En el año 357 Juliano se convirtió en una especie de

héroe del mundo. En la primavera, cuando el trigo estaba maduro, se dirigió a Reims, donde supo que Barbacio, el comandante de la infantería romana, se hallaba en camino hacia Augusta con veinticinco mil hombres y siete barcos fluviales. Debía ayudar a Juliano en un golpe decisivo contra los germanos. Pero antes de que pudiera establecerse un plan, la tribu de los letos atravesó nuestro territorio y sitió Lyon, quemando todos los alrededores. Juliano envió rápidamente tres escuadrones de caballería ligera para que liberaran la ciudad.

También estableció vigilancia sobre los tres caminos que partían de Lyon para tender una emboscada a los salvajes cuando huyesen. Por desgracia, Barbacio dejó pasar a los germanos ya que un tribuno de francotiradores llamado Cela impidió por orden suya que el comandante de caballería los atacase. ¿Por qué razón? Barbacio ansiaba que Juliano fuese derrotado. También estaba ligado en alguna medida a las tribus germanas. Juliano ordenó que Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

se degradase a Cela y a la plana mayor; sólo quedó en su lugar el comandante de caballería que era casualmente Valentiniano, nuestro futuro emperador.

Ya entonces los germanos estaban alarmados. Trataron de bloquear nuestra marcha hacia el Rin dejando caer grandes árboles a través de los caminos. Se refugiaron en las islas del Rin, desde donde solían dirigirnos todo tipo de insultos, y donde por la noche cantaban las más melancólicas canciones. Cuando Juliano solicitó a Barbacio sus siete barcos, fueron rápida y misteriosamente incendiados. Entonces Juliano, siempre ingenioso, ordenó a los auxiliares de la armada ligera de la legión Cornuti que nadasen hasta una de las islas, usando como balsas sus escudos de madera. Fue un recurso efectivo. Mataron a los defensores germanos y luego, utilizando sus botes, atacaron las islas restantes. Los salvajes abandonaron todas las islas y huyeron hacia los bosques orientales.

Después Juliano restauró la fortificación de Savernes, una construcción importante porque se encuentra en el camino de todos los intentos de conquista dirigidos hacia la zona central de Galia, e hizo recolectar la cosecha que habían dejado los germanos. Esto nos proporcionó raciones durante treinta días. Ya estaba listo para enfrentarse a Chnodomar. Su único obstáculo era Barbacio. Por suerte para nosotros, esta extraordinaria criatura fue atacada al norte de Augusta. Aunque Barbacio poseía un ejército numeroso y bien disciplinado huyó dominado por el pánico hacia Augusta. Inmediatamente anunció que había obtenido una gran victoria y que, aunque sólo estábamos en julio, pasaba a cuarteles de invierno. Así terminó su actuación ese año. Nos sentimos muy aliviados.

Con trece mil hombres, Juliano marchó directamente sobre Estrasburgo. A pocas millas de la ciudad, Chnodomar envió a Juliano un embajador ordenándole que abandonase Galia, pues ahora era «un país germano, conquistado por los ejércitos y el valor germanos».

Juliano se rió en la cara del mensajero. Pero Chnodomar no era un hombre para tomar a risa.

Desde que venció al César Decencio había gozado de la libertad de ir y venir por Galia como si se tratase de su propio reino. Ahora, envalentonado por la derrote de Barbacio, estaba seguro de que saldría nuevamente victorioso.

El problema fue resuelto, como todos saben, y estoy seguro de que insertaréis aquí la narración de Juliano de la batalla de Estrasburgo. Lo considero uno de los mejores escritos...

¡y conocéis mi prejuicio contra los escritos de carácter militar! Sólo la locuacidad de la edad me hace seguir hablando acerca de esos meses transcurridos en Galia. Lo hago en parte para informaros y en parte —para ser honesto— para ver qué memoria me queda; más de la que creía. Un detalle que me revive cuando escribo «memoria»; mientras cabalgábamos fuera de los muros de un pueblo galo vi un cementerio donde algunas

tumbas estaban cubiertas con redes de pesca. Pregunté qué significaba eso a uno de los soldados nativos. «Es para evitar que los fantasmas de las madres que mueren en el parto capturen a sus hijos.» En esa parte del mundo se encuentra una gran cantidad de interesantes leyendas y espero que algún Heródoto moderno las registre antes de que el pueblo sea romanizado hasta el punto de que se olviden las antiguas costumbres.

En esa época Elena fue llamada a Roma, donde Constancio no sólo festejaba su primer triunfo sino también su primera visita a la capital. Nuevamente estaba encinta y otra vez perdió a su hijo, esta vez mediante un aborto producido por una poción que le hizo beber Eusebia.

Respecto a la famosa batalla de Estrasburgo, poco puedo agregar a lo que escribió el mismo Juliano.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

LIBANIO: Y entonces, ¿por qué lo hacéis? Prisco dice que puede agregar poco y añade mucho.

Será la edad. Siempre acostumbró a ser breve, incluso lacónico, pero ahora...

PRISCO: Mis recuerdos de ese día de agosto son bastante vivos y sorprendentemente ricos, si se considera el hecho de que no recuerdo lo sucedido durante el último año, e incluso esta mañana.

Juliano había presentado su plan de batalla ante Florencio en Vienne y, sorprendentemente, había sido aceptado. Nadie conocía los motivos de esta actitud. Supongo que podrían relacionarse con el hecho de que Juliano disponía de trece mil hombres, mientras los germanos sumaban alrededor de treinta y cinco mil.

En la mañana del 14 de agosto nos detuvimos a unas veinte millas del Rin, en cuyas orillas Chnodomar había reunido su ejército. Recuerdo ese día como uno de los más calurosos de mi vida. El calor era todavía peor que en Persia, porque era húmedo. Además, en el aire

hormigueaban los insectos, y yo estornudaba continuamente como suele ocurrirme en esa época del año, a consecuencia de los vapores que se elevan de la fértil tierra.

Estuve junto a Juliano durante la mayor parte de la batalla, más como ornamento que como soldado, aunque debía golpear de vez en cuando a mí alrededor para evitar que me matasen. Juliano pronunció un buen discurso ante su ejército. Sus discursos, aunque nunca eran particularmente brillantes, tenían el don de llegar a los hombres.

A menudo me he preguntado cómo un joven tan libresco aprendió a hablar con tal facilidad a algunos de los hombres más ignorantes y llenos de prejuicios de la tierra. Sin embargo, lo hacía. Su culta voz podía tornarse áspera, sus modales, majestuosos; el continente modesto, el efecto excitante.

Juliano montó sobre su caballo, junto a su abanderado que portaba un estandarte con el dragón imperial,

púrpura y lleno de presagios, que flotaba en el caluroso viento. La infantería se extendía por el estrecho declive hasta el pie de la colina donde estaban ubicados Juliano y su plana mayor, con el trigo maduro que les llegaba hasta las rodillas, pues nos hallábamos en medio de una extensa granja.

Las trompetas sonaron al unísono. Escuadrones de caballería, coraceros y arqueros se trasladaron de izquierda a derecha hasta que Juliano estuvo rodeado. Cuando finalmente todos se encontraban reunidos y en silencio, les habló. Nunca fue más sutil, aunque sus modales eran vigorosos y francos. Deseaba persuadirlos para que luchasen inmediatamente, pero sabiendo que estaban cansados y sufrían los efectos del sol abrasador comprendió que debía inventar una treta para hacerles desear aquello que él deseaba.

—Lo que más nos preocupa es la seguridad de nuestros hombres y, aunque estamos ansiosos por enfrentarnos al enemigo, también comprendemos que la temeridad puede resultar peligrosa y la cautela una

virtud. Aunque todos somos hombres jóvenes e inclinados a la impetuosidad, como César debo ser el primero en moverme cautelosamente, pese a que, como vosotros sabéis, estoy lejos de ser miedoso. Ahora bien, nuestra situación es la siguiente. El calor es terrible. Será peor. Todos estamos cansados de nuestra larga marcha. No estamos seguros de disponer de agua suficiente de este lado del Rin. El enemigo está descansado, y esperándonos. Por eso sugiero que establezcamos guardias, comamos, durmamos y nos preparemos para la batalla de mañana, cuando, si ésa es la voluntad de Dios, atacaremos al alba y con nuestras águilas al frente expulsaremos a los germanos del suelo romano...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pero las legiones lo interrumpieron. Hicieron rechinar los dientes, un ruido terrible, y golpearon sus lanzas contra sus escudos.

Luego uno de los portaestandartes gritó:

—¡Adelante, César! ¡Seguid vuestra estrella! —Se volvió dramáticamente hacia las legiones—. ¡Tenemos un general que triunfará! ¡Si tal es la voluntad de Dios, liberaremos a Galia hoy! ¡Ave, César!

No hacía falta más. Mientras las legiones lo vitoreaban, Juliano dio la orden de prepararse para la batalla.

—Un buen discurso —le dije—. Para entrar en la historia.

Sonrió satisfecho como un chico de escuela.

—¿Qué os pareció el discurso del portaestandarte?

—Lo aleccioné anoche, con gestos.

Juliano desplegó sus tropas. Los germanos ya estaban formados para la batalla. A la izquierda y a la derecha, hasta donde podía verse, sus fuerzas se alineaban junto al río. En la primera fila se hallaba el rey Chnodomar,

un hombre corpulento con un gran vientre y que llevaba una pluma escarlata sobre su yelmo.

Al mediodía, Juliano ordenó el ataque. Los germanos habían cavado una serie de trincheras en nuestro camino y desde allí, ocultos bajo verdes matas, los arqueros lanzaban de pronto sus flechas sobre las legiones que se detenían aterrorizadas. No retrocedían, pero tampoco avanzaban.

Juliano estaba ya en su elemento. Su voz tensa hendía el aire, con rapidez se movía de batallón en batallón, de legión en legión. Dirigía a los hombres hacia el ataque. Amenazaba a aquellos que retrocedían. No puedo recordar exactamente lo que decía, pero lo más significativo era lo siguiente: ¡éstos son salvajes, éstos son los expoliadores de Galia, ahora tenemos la posibilidad de derrotarlos, éste es el momento que hemos esperado! También se aproximaba con astucia a aquellos que tendían a retroceder. «¡Os lo pido, no sigáis al enemigo tan de cerca! ¡Deteneos en el Rin! ¡Dejadlos que se ahoguen! ¡Pero tened cuidado!

Para mí, todo era confusión. Durante esa tarde sofocante se dudó muchas veces del resultado de la batalla. En un determinado momento nuestra caballería se desbandó; hubiera huido de no encontrarse con el sólido muro de las reservas de infantería. Lo que recuerdo con más intensidad son los rostros germanos. Nunca he visto algo similar, ni espero volver a verlo en este mundo. Si hay un infierno, estoy seguro que me pasaré allí todo el tiempo junto a los germanos en combate. Llevan el cabello largo y teñido de rojo, colgando alrededor de sus caras como la melena de un león. Hacen crujir sus dientes y profieren palabras que no son palabras sino gritos de ira. Sus ojos parecen de locos y alucinados, las venas se ven gruesas en sus cuellos. Sospecho que muchos de ellos estaban borrachos, pero no lo bastante como para perder su ferocidad. Maté a algunos, yo mismo estuve a punto de ser muerto.

Tras desorganizar nuestra caballería, los germanos se volvieron sobre nuestra infantería, pensando en vencerla por la diferencia de hombres. Pero no consideraban

que se tratara de las dos mejores legiones de Roma: los Cornuti y los Bracchiati. Esos hombres, en tortuosa formación, con las cabezas cubiertas por sus escudos, avanzaron decididamente dentro de la horda germana. Ese fue el momento crucial de la batalla, en forma semejante al que se produce en el curso de la fiebre y en el que se decide si el enfermo se salva o muere.

Nosotros vivimos. Los germanos murieron. Fue una tremenda carnicería. En la orilla del río se formaban filas de cuatro a cinco hombres heridos o agonizantes; algunos eran asfixiados

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

por los cuerpos que estaban sobre ellos; otros se ahogaban literalmente en sangre. Me alegro de no haber vuelto a ver nunca más una cosa semejante.

De pronto, como respondiendo a una señal (pero se trataba de mero instinto; otros testigos de guerras han observado el mismo fenómeno), los germanos huyeron

hacia el río.

Nuestros hombres los persiguieron. Fue algo impresionante. Desesperadamente, los salvajes trataban de llegar nadando hasta la otra orilla. En un punto determinado, y ésta no es una exageración de cronista, el Rin estaba realmente enrojecido por la sangre.

Atardecía. Con los músculos doloridos y trémulo por todo lo visto y hecho, encontré a Juliano y a su plana mayor ya acampados en un alto risco sobre el río. La tienda de Juliano había sido levantada en medio de una arboleda de fresnos y, aunque su rostro estaba ennegrecido por el sudor y la tierra, parecía tan fresco como en las primeras horas del día. Me abrazó calurosamente.

—¡Ahora estamos todos aquí! —exclamó—. Y aún vivos.

Tomamos vino mientras a nuestro alrededor se alargaba la sombra de los árboles.

Salustio informó que habíamos perdido cuatro oficiales y doscientos cuarenta y tres hombres.

Nadie pudo estimar las bajas germanas, pero al día siguiente se calculó que sumarían cinco o seis mil hombres. Era la mayor victoria de los ejércitos romanos en Galia desde la época de Julio César. Pese a que no suelo disfrutar de los asuntos militares, me vi envuelto por la excitación general, que aumentó cuando, poco antes de medianoche, se nos entregó al rey Chnodomar con los brazos atados a su espalda, el gran vientre caído y los ojos blancos de terror. A los germanos les falta el verdadero orgullo, como se ha señalado a menudo. En la victoria son altivos, y en la derrota rastreros. El rey se echó a los pies de Juliano, gimiendo su sometimiento. Al día siguiente Juliano lo envió a Constancio, que lo encarceló en la Castra Peregrina sobre la colina Celia, donde murió de viejo. Dentro de todo, un mejor destino que el que le esperaba a su conquistador.

Juliano no registra nada del resto del año. En forma

respetuosa enterró a los galos muertos y volvió a Saverne. Ordenó que los cautivos y el botín fuesen transportados a Metz.

Luego cruzó el Rin y entró en territorio germano. Se apropió de todo el ganado y los cereales; incendió las casas, que estaban construidas exactamente igual a las nuestras, aun cuando se supone que los germanos prefieren vivir en chozas de madera, una leyenda. Entramos en esos vastísimos bosques que cubren el centro de Europa. No tienen igual en el mundo. La arboleda es tan densa que sólo una oscura luz verdosa penetra a veces hasta llegar a la tierra. Árboles tan viejos como el tiempo dificultan el paso. Allí las tribus salvajes están protegidas contra cualquier posible ataque, pues, ¿qué extranjero podría orientarse en ese verde laberinto y quién desearía conquistar esos fantasmales bosques? A excepción del emperador Trajano.

Tropezamos con uno de sus fuertes abandonados; Juliano lo hizo reconstruir y dejó allí una guarnición.

Luego cruzamos el Rin una vez más y pasamos a cuarteles de invierno en París, una ciudad que los romanos siempre llaman, con su habitual elegancia, Ciudad Fango.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XII

JULIANO AUGUSTO

Entre todas las ciudades de Galia prefiero a París, donde pasé tres placenteros inviernos. El pueblo se encuentra en una pequeña isla sobre el río Sena. Puentes de madera la unen a las dos orillas donde la población cultiva la tierra. Es una hermosa campiña verde donde puede crecer casi todo, incluso las higueras. Durante mi primer invierno planté una docena (cubiertas con paja) y sobrevivieron todas menos una. Los inviernos de París no son tan fríos como los de Sens o los de Vienne, porque la cercanía del océano

hace al aire más tibio. Esto hace que pocas veces se hiele el Sena; y sus aguas —como lo saben todos los que alguna vez visitaron el lugar— son dulces y buenas para beber. Las casas están construidas con piedras, con un palacio del prefecto de armoniosas proporciones que es utilizado como cuartel general. Desde mi estudio del segundo piso podía ver cómo las aguas se dividían al encontrarse con la aguda punta de la isla, como el mar cuando rompe contra la proa de un barco. En realidad, si uno mira con el suficiente detenimiento ese punto del río obtiene un curioso sentido del movimiento, como si en realidad se encontrase navegando a toda vela y la verde orilla pasase ante sus ojos.

Respecto de los parisinos, son un pueblo trabajador que disfruta del teatro y (lamentablemente) de las ceremonias galileas. En el invierno son pueblerinos y en el verano campesinos. Por una curiosa casualidad combinan los mejores aspectos de ambos grupos. Me entendía bastante bien con ellos.

Las relaciones con Florencio empeoraron. Aprovechaba cualquier oportunidad para tratar de socavar mi autoridad. Tuve una desavenencia con él por dinero. Debido a las invasiones germanas los campesinos habían sufrido grandes pérdidas. Año tras año se habían destruido cosechas, incendiado edificios, y robado el ganado. Para mejorar algo la difícil situación de unos hombres que ya estaban en bancarrota, propuse que los impuestos fuesen reducidos de veinticinco a siete piezas de oro anuales. Florencio vetó esta propuesta devolviendo el ataque con una ultrajante propuesta de recaudación de un impuesto especial sobre toda propiedad destinado a sufragar los gastos de mi campaña. El gravamen no sólo era injusto; habría causado una revolución.

Ahora bien, aunque Florencio controlaba la administración y el servicio civil, como César residente ninguna medida podía legalizarse sin mi sello. Así que cuando Florencio me envió la propuesta de una recaudación general la devolví sin firmar. Además le envié un largo memorando en el cual revisaba la

situación financiera de Galia, probando mediante cifras exactas que, con las formas convencionales de imposición, ya se recaudaba un ingreso más que suficiente. Le recordaba además que muchas provincias se habían visto arruinadas por medidas similares a la que él proponía, en particular Iliria.

Los mensajeros se pasaron el invierno yendo y viniendo a lo largo de los helados caminos que unen Paris con Vienne. Fue desechada la exacción general, pero Florencio todavía estaba decidido a recaudar impuestos. Cuando me envió una propuesta para elevar el impuesto sobre la tierra, tampoco la firmé. En realidad, lo rompí y le dije al mensajero que entregase al prefecto los trozos del pliego, con mis saludos.

Florencio apeló entonces a Constancio, que me escribió una carta sorprendentemente amistosa. En parte de ella se leía: «Debéis comprender, mi querido hermano, que es perjudicial para nosotros que minéis la confianza en nuestros funcionarios designados en el estado de Galia. Florencio tiene algunos defectos, pero

la juvenil impetuosidad no es uno de Revisado por
Hyspastes.

Junio 2005

ellos.» (Por aquel entonces yo ya estaba bastante curtido en esa clase de insultos). «Es un administrador capaz, con gran experiencia, particularmente en el campo de la tributación.

Depositamos en él toda nuestra confianza. Tampoco podemos desaprobamos ningún esfuerzo destinado a incrementar las rentas del estado en un momento en que el Imperio es amenazado tanto en el Danubio como en Mesopotamia. Recomendamos a nuestro hermano que sea menos celoso en sus intentos de ganar el favor de los galos, y que colabore en mayor medida en los honestos intentos del prefecto cuyo fin es financiar vuestra defensa de la provincia.»

Un año antes me hubiese inclinado ante Constancio sin dudar. También me hubiera puesto furioso si se hubiese referido a mi victoria de Estrasburgo con una

mera «defensa de la provincia», pero estaba aprendiendo sabiduría. También sabía que para tener éxito en Galia necesitaba el apoyo de todo el pueblo. Ya me consideraba como su defensor, no sólo contra los bárbaros sino también contra la avaricia de Florencio.

Escribí a Constancio que, aunque aprobaba su juicio respecto a todo, no podíamos tener esperanzas de conservar la provincia mediante el aumento de los impuestos de hombres arruinados. Dije que, a menos que el emperador me ordenase en forma directa firmar el aumento de impuestos, no permitiría que esto se llevase a cabo.

Hubo consternación en Paris. Durante algunas semanas esperamos alguna respuesta.

Se me dijo que la balanza se inclinaba en favor de que se ordenase mi retorno. Pero no fue así. Entonces reduje los impuestos. Los provincianos se hallaban tan agradecidos y sorprendidos que obtuvimos la totalidad

de nuestra renta impositiva antes de la época usual de pagos. En la actualidad, Galia tiene una sólida base financiera. Pienso hacer reformas impositivas similares en otras partes.

Supe que Constancio quedó impresionado ante la noticia de mi victoria en Estrasburgo. Se había mostrado todavía más inquieto cuando le envié al rey Chnodomar encadenado, como prueba palpable de mi victoria. Pero los hombres tienen una manera de eludir los hechos, en especial los emperadores rodeados por aduladores que invariablemente les dicen aquello que desean oír. En la corte me apodaron «Victorino» para subrayar la pequeñez —ante sus ojos— de mi victoria. A finales del invierno quedé sorprendido al leer cómo Constancio había tomado personalmente Estrasburgo y pacificado Galia. Las proclamaciones de su gran victoria fueron leídas en todos los rincones del Imperio, sin que se me mencionase. Luego quienes se encontraban en Milán me dijeron que era posible que Constancio llegase a creer que en realidad había estado en Estrasburgo ese caluroso día de agosto y que con

sus propias manos había capturado al rey germano. En el trono del mundo, cualquier ilusión puede convenirse en un hecho.

Lo único triste de ese invierno fue la mala salud de mi esposa. Había tenido otro aborto mientras visitaba Roma, y se quejaba siempre de dolor de estómago. Oribaso hizo todo lo que pudo, pero no llegó a curarla aunque logró disminuir el dolor.

Mi propia salud —puesto que nunca me he referido al tema— es invariablemente buena. En parte porque como y bebo con frugalidad, y en parte porque todos los miembros de mi familia han sido fuertes. Pero estuve a punto de morir durante ese invierno. El suceso ocurrió en febrero. Como ya he dicho, mis habitaciones en el palacio del gobernador daban sobre el río, y no estaban equipadas con la calefacción acostumbrada en el suelo. Así que siempre tenía algo de frío. Pero lo soportaba pues pensaba que así me endurecía para los días que debería pasar en el campo de batalla. Mi esposa solía pedirme que utilizase braseros, pero yo me negaba,

explicándole que si los salones tenían un calor excesivo, las paredes húmedas podían despedir vapor, envenenando el aire.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pero una noche no pude soportar el frío. Estaba leyendo a última hora; poesía, recuerdo. Llamé a mi secretario y le ordené que trajese un brasero con carbones encendidos.

Lo trajo y yo continué leyendo. Con el susurro del agua debajo de mi ventana me fui amodorrando cada vez más, hasta que me desmayé. Los humos del carbón combinados con las emanaciones de las paredes estuvieron a punto de asfixiarme.

Por suerte, uno de los guardias, viendo salir el humo por debajo de la puerta la rompió y me sacó al corredor, donde recobré el conocimiento. Estuve vomitando varias horas.

Oribaso dijo que, de permanecer unas horas más en el salón, habría muerto. Así fue cómo mis hábitos espartanos me salvaron la vida; aunque algunos dirán, por supuesto, que fue mi tacañería. Sorprendentemente, cuando vuelvo a pensar en esa noche no puedo dejar de imaginar la placentera muerte que habría tenido. Primero Píndaro, después la agradable modorra, y luego el fin. Todos los días ruego a Helios para que mi muerte, cuando llegue, sea rápida y sin dolor, como la que se inició aquella noche.

Mis tareas me ocupaban todo el día. Hacía justicia o, como en algunos casos, sólo ejecutaba la ley, puesto que no hay verdadera justicia hecha por el hombre. Diariamente trataba de problemas administrativos con los diversos funcionarios de la provincia, y cada mes pagaba en persona los salarios de los altos funcionarios. Esta es una antigua costumbre y siempre he tenido la intención de averiguar sus orígenes. Data, sospecho, de la primitiva república. Entre aquellos a quienes pagaba personalmente se encontraban los agentes secretos. Aunque los desaprobaba —y sabía que su principal

ocupación en París consistía en observar e informar sobre mis movimientos a Milán—, habitualmente ocultaba mi disgusto.

Salvo en una ocasión.

Me senté a una mesa cubierta de cueros. Ante mí se levantaban diversas pilas de oro.

Cuando llegó el momento de pagar al principal agente, Gaudencio, éste se adelantó y tomó él mismo el oro, sin esperar a que yo se lo entregase. Incluso sus colegas estaban sorprendidos por este gesto grosero, a lo cual yo respondí: «Veis, caballeros: es arrebatarse, no aceptar, lo que los agentes comprenden.» La frase fue muy comentada.

Durante la tarde me ocupaba primero de los negocios, luego dormía y, finalmente, en la mejor parte del día, conversaba sobre filosofía y literatura con amigos, que solían sorprenderse por la forma rápida en que podía dormirme y despertarme a la hora que quería.

No sé cómo se hace esto, pero siempre lo he logrado. Si me digo que quiero despertarme a la primera hora de la noche, así lo hago... exactamente. Atribuyo este don feliz a Hermes. Pero Oribaso afirma que debe vincularse con algo de mi cerebro ¡y desea estudiarlo después de mi muerte!

Salustio era un historiador capaz y me informaba tanto de la historia exterior como de la doméstica. En particular estudiábamos la era Diocleciana, porque fue entonces cuando se renovó el Imperio y sus reformas todavía están en vigor.

Una de nuestras continuas discusiones se relacionaba con el edicto de Diocleciano según el cual los hombres debían dedicarse durante toda su vida a un oficio o trabajo, cualquiera que éste fuese; además, sus descendientes debían continuar del mismo modo; el hijo de un agricultor debía ser agricultor, el hijo de un zapatero debía ser zapatero, y el castigo por cambiar de propio oficio era muy severo. Salustio sostenía, como Diocleciano, que esta ley resultaba necesaria

para la estabilidad social. Antes la gente vagaba de una a otra ciudad, viviendo de la limosna o del delito. Como consecuencia, todos los bienes se producían en forma inadecuada. Diocleciano no sólo estabilizó la producción sino que además Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

intentó establecer precios para los alimentos y otros bienes de primera necesidad.

Desgraciadamente, esto último, fracasó. Hace pocos meses yo mismo traté de fijar el precio del trigo en Antioquía, y aunque he fracasado hasta el momento, pienso que este tipo de medida resultará efectivo.

Prisco considera que la ley de Diocleciano era demasiado rígida. Piensa que debe permitirse a la gente cambiar de situación si demuestra capacidad para hacerlo. Pero ¿quién juzgará su capacidad? Nunca pudo responder a esta pregunta. Oribaso propuso que la corte enviase comisiones a las principales ciudades

para examinar a los jóvenes y decidir cuáles demostraban ser capaces. Le señalé que esto provocaría mucha corrupción, sin contar con la imposibilidad de juzgar correctamente a tantos miles de jóvenes. Personalmente pienso que en algunos casos las capas inferiores producen hombres capacitados y creo que esa capacidad, si es lo suficientemente grande, será reconocida y usada de alguna manera. Por otra parte, siempre existe el ejército. El hijo ambicioso de un granjero puede ingresar en el ejército, que es —en el antiguo sentido griego la más democrática de las instituciones; cualquiera puede ascender de jerarquía, con independencia de la humildad de su origen. Prisco argumentó que no todas las personas capaces se inclinan por el arte de la guerra. Me vi obligado a reconocer que eso sería difícil para un hombre que poseyese talento para la literatura o para la filosofía, pero, tal como señaló rápidamente Salustio, las escuelas de leyes de Beirut y Constantinopla están llenas, y el servicio civil dispone de más candidatos «capaces» de los que puede ocupar.

Poseemos un buen número de abogados.

Prisco piensa que hay que alfabetizar al pueblo. Salustio cree que no, y sostiene que el conocimiento de la literatura sólo puede hacer que los hombres humildes se sientan insatisfechos con su condición. Yo participo de la opinión de ambos. Una educación superficial es peor que ninguna: fomentaría la envidia y la pereza. Pero una educación completa abriría los ojos de los hombres sobre la naturaleza de la existencia humana y todos nosotros somos hermanos, como recuerda Epicteto. Aún no he hallado una solución para este problema. Es doblemente difícil de resolver debido al idioma. Para educar adecuadamente a cualquiera es preciso enseñarle griego. Sin embargo, en una ciudad supuestamente helenista como Antioquía, menos de la mitad de la población conoce el griego, el resto habla el idioma semítico. Lo mismo ocurre en Alejandría y en las ciudades de Asia. Otra complicación es el problema del latín. Tanto las leyes como el ejército usan el latín, mientras que la literatura y la administración utilizan el griego. Como consecuencia, todo hombre culto debe

ser bilingüe.

Si es por ejemplo el hijo de un marinero sirio que se encuentra en Antioquía, debe conocer tres idiomas. El aprendizaje de idiomas ocuparía así la mayor parte de nuestro tiempo. Lo sé por experiencia propia. Con todo lo que he estudiado latín, apenas puedo leer en esa lengua.

Y aunque hablo con facilidad la jerga militar, ésta guarda una escasa relación con Cicerón, ¡a quien leo en una traducción al griego! Así pasamos discutiendo amigablemente entre nosotros todo el invierno y una de las más hermosas primaveras. Las orillas del Sena cubiertas de flores nos recordaron en vida aquello que Eleusis nos muestra exclusivamente en el misterio.

A comienzos de junio finalizó el idilio. Constancio transfirió a Salustio a los cuarteles del ejército de Milán. Me cortó así mi brazo derecho. Mi respuesta fue la aflicción, la ira y, por último, la imitación de los filósofos; escribí un largo ensayo sobre los dioses y se

lo dediqué a Salustio. (Insertar crónica de la campaña de verano.)

PRISCO: La campaña de ese año fue penosa. Constancio había dejado de suministrar a Juliano dinero para que pagase a sus tropas. Además, las provisiones eran escasas y Juliano se veía obligado a convertir en galletas todo el trigo que podía reunir, lo que no representaba el tipo *Revisa dor Hyspastes*.

Junio 2005

de ración adecuada para satisfacer a las tropas ya exhaustas de tanto luchar. Los fondos de Juliano llegaron a ser tan escasos que por lo menos en una ocasión en que un soldado le pidió lo que los hombres llaman «dinero de afeitar» o «paga de barbero», no pudo entregarle al hombre ni siquiera una pequeña moneda.

Juliano se dirigió hacia el norte camino de Flandes. En la forma más engañosa conquistó a una tribu franca que

ocupaba la ciudad de Tongres. Luego derrotó a una tribu germana llamada Chornevi que habitaba en la desembocadura del Rin. Posteriormente marchó hasta el río Mosa y restauró tres de nuestros arruinados fuertes. En ese momento faltó el alimento. La cosecha local era tardía y las tropas estaban al borde del motín. Se mofaban de Juliano en público y lo llamaron «asiático» y «helenizante». Pero él se comportó con dignidad, despojó a los alrededores de todos los alimentos que encontró y sofocó el motín.

Hizo construir un puente de barcas a través del Rin y cruzamos hasta el territorio del rey germano Suomacio..., pero todo eso pertenece a la historia militar. Después de esta corta campaña volvimos a cruzar el Rin y retornamos a París para el invierno.

JULIANO AUGUSTO

Nuestro segundo invierno en París fue todavía más agradable que el primero. Añoré a Salustio más de lo que puedo expresar, pero lo expresé, ¡en la prosa de

un panegírico!, Todavía no había recibido dinero. Era vigilado y el agente secreto Gaudencio informaba sobre mí. Mi esposa continuaba enferma. Pese a todo esto me encontraba contento. Me fui acostumbrando a gobernar, y ya no pensaba con ansiedad en una vida privada, dedicada a la enseñanza en Atenas. Estaba satisfecho de ser César en Galia.

El principal acontecimiento del invierno fue el primer juicio importante que debí presidir. Numerio, gobernador de la Galia Narbonense (una de las provincias mediterráneas), fue acusado de robar fondos del estado. Los enemigos habían preparado una argumentación destinada a perjudicarlo. Era enviado a París para ser juzgado. Para mí ésta era una experiencia fascinante, y muy interesante para los parisinos que aman el teatro, puesto que se permitió al público asistir al juicio.

Día tras día el salón de justicia estaba lleno de gente. Pronto resultó evidente que no existían pruebas adecuadas contra Numerio. Era un hombre de aspecto

llamativo, alto y majestuoso. Prefirió defenderse él mismo contra Delfidio, el fiscal. Ahora bien, Delfidio era uno de los más vigorosos oradores y una de las mentes más astutas en lo legal, pero no podía sacar pruebas del aire, aunque evidentemente lo intentó, utilizando su propia habilidad para hablar.

Numerio se había creado enemigos políticos, como nos los hacemos todos, y éstos habían inventado cargos contra él con la esperanza de que yo lo destituyera. Punto por punto Numerio refutó todos los cargos que se le imputaban con tanta habilidad que Delfidio terminó por volverse hacia mí gritando: «¿Puede alguien, gran César, ser hallado alguna vez culpable si todo lo que debe hacer es negar los cargos?» A lo cual respondí, en uno de esos extraños e impremeditados raptos en los que —según me gusta pensar— los dioses hablan a través de mí: «¿Puede alguien ser declarado inocente alguna vez si todo lo que debéis hacer es acusarlo?» En el salón se hizo un súbito silencio. Luego estalló un gran aplauso, y así terminó el juicio.

Cuento esto por vanidad, por supuesto. Estoy muy satisfecho con lo que dije —o dijo Hermes—. Pero para ser honesto, no soy el mejor juez del mundo. A menudo, cuando pienso Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

que estoy haciendo algún sutil descubrimiento, sólo estoy amontonando confusión. Pese a ello, mencioné esta historia porque demuestra, creo, las verdaderas bases de la ley. Todos los gobernadores de la tierra que han sido tiranos siempre sospecharon que si un hombre es considerado culpable debe serlo, pues de otro modo no se hallaría en tal situación. Ahora bien, todo tirano sabe que un hombre puede ser irreprochable, pero a la vez tener poderosos enemigos (muy a menudo el tirano es el primero de ellos), por lo cual yo prefiero colocar la carga de la prueba sobre el acusador antes que sobre el acusado.

Elena estuvo algo mejor ese invierno. Se sentía

particularmente animada cada vez que discutía su visita a Roma.

—¿Creéis que podremos vivir allí alguna vez? —me preguntó un día en que, cosa extraña, comíamos solos.

—Eso debe decidirlo vuestro hermano —dije—. Personalmente me gusta Galia. Podría vivir feliz aquí el resto de mi vida.

—¿En Paris? —La forma en que lo dijo revelaba cuánto odiaba nuestra vida.

—Si, pero ¿quién sabe lo que ocurrirá el próximo año, la próxima semana?

—Os gustaría la casa de Vía Nomentana —dijo con ansiedad—. Poseo los más hermosos jardines...

—¿Mejores que los nuestros, que los de aquí? — Estábamos muy orgullosos en Paris de la facilidad con que crecían las flores y los árboles frutales.

—¡Infinitamente! —suspiró—. Me gustaría mucho volver.

—Lo siento. —Era un momento incómodo y maldije en silencio al responsable de que hubiésemos comido solos. Creo que nunca volvió a ocurrir.

—Mi hermano os respeta. —Eso también salía de lo habitual. Pocas veces nombrábamos a Constancio en nuestras conversaciones—. Sólo teme que... oigáis consejos equivocados —dijo esto con mucho tacto.

—No tiene nada que temer —dije—. Ni de mí ni de mis consejeros. No tengo la intención de usurpar el trono. Sólo deseo hacer aquello para lo cual he sido enviado aquí: pacificar Galia. Y puedo decir que vuestro hermano no me ha facilitado mucho la tarea.

—Quizás él oiga malos consejos. —Eso era todo lo que ella podía admitir.

Asentí inflexible.

—Y puedo nombrar a los malos consejeros, empezando por Eusebio...

Me interrumpió:

—Tenéis un amigo en la corte —alejó de sí el plato, como si despejase un lugar donde colocar algo nuevo —. La emperatriz.

—Yo sé... —comencé. Pero Elena me detuvo con una extraña mirada; por primera vez en nuestro matrimonio había una nota íntima.

—Eusebia os ama. —Elena dijo esto de tal manera que no puedo decir con precisión lo que quiso expresar mediante este verbo excesivamente usado y siempre ambivalente. —Su amor es constante —siguió, agregando nuevos datos, pero sin definir—. Mientras viva, os encontraréis seguro. Desde luego, eso no durará mucho —su voz cambió de tono; parecía la de Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

una mujer contando chismes—. La noche de nuestra llegada a Roma hubo una recepción a Constancio en el palacio del Palatino. Estaban presentes el Senado de Roma y todos los cónsules. Nunca he visto algo tan extraordinario. Mi hermano se refirió a eso cuando dijo:

«¡Éste es el gran momento de mi vida!» Supongo que eso ocurre cada vez que un emperador va por primera vez a Roma. De todos modos, Constancio usó la corona y Eusebia se sentó a su lado. Luego, durante la respuesta del emperador a la bienvenida del Senado, se puso mortalmente pálida. Trató de levantarse, pero sus mantos le resultaban demasiado pesados.

Como todos miraban a Constancio, casi nadie se dio cuenta. Pero yo lo hice. Fui la primera en ver cómo salía la sangre de su boca. Después cayó hacia atrás sobre el suelo. Cuando la sacaron del salón estaba inconsciente.

Estaba abrumado. No sólo ante esas malas noticias, sino por el placer que sentía Elena del dolor de

Eusebia.

—Naturalmente, mi hermano y todos nosotros estábamos preocupados. Pero a los pocos días Eusebia se encontraba bien. Por supuesto, fue ella quien mejor me atendió cuando me llegó el turno de... sangrar. Durante todo el parto estuvo a mi lado. No podría haber sido más buena. Incluso hizo que nuestro hijo muerto fuera enterrado en el mausoleo de Constancio. Fue tan considerada como si yo fuese su propia hermana... en vez de su enemiga.

—Elena me lanzó esta última palabra y se levantó. Estaba asombrado por la ira que sentía—.

Vuestra amiga, vuestra protectora, mató a nuestros dos hijos. —Elena estaba ahora junto a la puerta. Hablaba tranquilamente como un sofista que hubiese estudiado con todo detalle el contenido y la forma de un discurso escrito—. Os enorgullecéis de vuestra filosofía, de vuestro amor por la armonía y el equilibrio. Bien, ¿cómo valoráis esto? Dos hijos aquí —

levantó la mano izquierda—, Eusebia aquí. —Levantó la mano derecha al mismo nivel.

No le contesté. ¿Cómo podía hacerlo? Elena abandonó el salón. Nunca volvimos a tocar el tema, pero respeto su pasión; comprendo que uno nunca puede saber lo que piensa otro ser humano, incluso cuando ha compartido la misma cama y la misma vida.

Un mes después, recibimos la noticia de la muerte de Eusebia.

Mientras yo pasaba el invierno en Galia, Constancio llegó hasta unas millas de Sirmio, una gran ciudad en la frontera entre Dalmacia e Iliria. Tuvo un invierno lleno de problemas, muy diferente del que yo pasé en Galia. Primero murió Eusebia. Luego, aunque se las ingenió para derrotar a los sármatas por segunda vez, el Danubio estuvo lejos de quedar pacificado.

Las tribus se desplazaban constantemente de una parte para otra causándonos muchos problemas. Sin embargo, Constancio dio a conocer una proclama

declarándose doble vencedor de los sármatas y tomando por segunda vez el título de «Sarmático». No dijo cómo deseaba que se le llamase, pero Prisco solía referirse a él como Constancio Sarmático Sarmático.

Mis relaciones con Constancio no fueron peores que las habituales. En realidad, sus reveses hicieron que no pensase en mí. Sé que siempre se refirió con desdén a mi «éxito» en Galia. En realidad, Eusebio se divertía poniéndome epítetos, sabiendo que así daba placer a su señor. Entre los que me repitieron —y es sorprendente todo lo que se dice a los príncipes que están dispuestos a oír— recuerdo «mula charlatana», «mono en púrpura», «helenista pedante» y «cabra», porque volvía a dejarme crecer la barba.

Los hombres son extraños respecto a la moda. Puesto que Constantino y sus herederos se afeitaban, todos debían hacerlo, especialmente los altos funcionarios. Siempre contesté a Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

quienes criticaban mi barba que tanto Adriano como sus sucesores llevaban barba, y que considero a su época superior a la nuestra. En realidad, mi barba causa disgusto porque la filosofía causa disgustos. Los filósofos llevan barba; Juliano lleva barba, por lo tanto Juliano es un filósofo, y bien puede compartir con esa tribu subversiva sentimientos hostiles a los galileos.

En otra parte he descrito la campaña de ese año. En resumen, reconstruí siete pueblos en ruinas junto al Rin, restauré sus defensas, llené sus graneros y dejé guarniciones. Los pueblos eran: Fuerte Hércules, Schenkenschanz, Kellern, Nuys, Andernach, Bonn y Bingen.

Todos reconquistados con grandes esfuerzos.

En Bingen tuve una sorpresa. El prefecto pretorio Florencio, a quien no veía desde hacía más de dos años, apareció de pronto al frente de su ejército para ayudarme en mi tarea.

Puesto que la campaña estaba finalizando, no pude

hacer otra cosa que darle las gracias por la bondad de su gesto y sacarle todo el trigo y el oro que pude. Tuvimos una amena entrevista.

Nuestros campamentos fueron levantados en las afueras de Bingen. Yo prefería vivir en mi tienda porque en el pueblo había mucho alboroto debido a la reconstrucción, mientras que el ejército del prefecto pretorio estaba acampado más al sur, cerca del río. Florencio pidió audiencia al día siguiente del encuentro de los ejércitos. Se la concedí, observando con algún placer que ahora Florencio me visitaba a mí, en vez de pedir que yo fuese a verlo.

Florencio llegó a la caída del sol. Lo recibí dentro de mi tienda, a solas. Me saludó con ceremonias nada habituales; había cambiado considerablemente. No hizo ninguna referencia irónica a mis cuarteles espartanos. Estaba visiblemente nervioso. Pero, ¿por qué?

Nos sentamos en sillas plegables cerca de la abertura de la tienda a través de la cual llegaba la dorada luz de

una tarde de verano. Los pájaros cantaban. A nuestro alrededor se oía constantemente el ruido producido por los soldados, pero resultaba sedante. A lo lejos podían verse, sobre el verde de los bosques, los grises muros de Bingen. Florencio inició el diálogo.

—¿Sabéis, César, que Persia está levantada en armas contra nosotros?

Le dije que sólo sabía aquello que era de conocimiento público, que había fracasado una embajada enviada por Constancio a Sapor.

—Temo que la situación sea peor. —Su mirada nerviosa iba de aquí para allá como un pájaro que buscara una rama donde apoyarse. Sus manos temblaban—. Hace algunos meses Sapor marchó sobre Mesopotamia. Ha sitiado Amida.

Estaba sorprendido, no tanto de que Sapor nos hubiese atacado, sino de que se me hubiesen ocultado las noticias. Habitualmente no cae una cabeza en el Imperio sin que la nueva circule a miles de millas en un

instante, como el viento..., no, más rápido, como los rayos del sol. Nadie sabe cómo la noticia viaja más rápido que los hombres y los caballos, pero lo hace. Sin embargo, esta vez no había ocurrido así. Comunicué a Florencio mi extrañeza.

Florencio hizo un gesto.

—El Augusto —dijo— ha mantenido el hecho en el mayor secreto posible. Ya sabéis cómo es.

Formaba parte de la tarea de Florencio el hacer algunas observaciones críticas sobre Constancio mientras hablaba conmigo, con la esperanza de hacerme expresar sentimientos de *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

traición. Pero nunca caí en esta trampa, y él sabía que no caería; sin embargo, seguíamos prácticamente el mismo juego como esos ancianos que suelen verse en las aldeas y que se pasan horas y horas, años y años,

jugando a las damas entre sí, haciendo los mismos movimientos y contramovimientos hasta el fin de sus vidas.

Estaba preocupado.

—¿Por qué quería mantener en secreto el asunto?

—Porque es un desastre, César. —Florencio abrió su bolsita de piel de ante y manoseó su oro—. Amida ha sido destruida.

Si hubiese dicho que Antioquía o Constantinopla habían caído en manos de los bárbaros no me hubiera afectado más. Amida era la ciudad más importante de nuestra frontera, y se la consideraba inexpugnable.

—La ciudad fue sitiada durante veintitrés días. Os he traído una descripción completa de los hechos, por si queréis estudiarla. Había siete legiones dentro de los muros de la ciudad.

Esas tropas, con los habitantes, sumaban ciento veinte

mil personas amontonadas en un pequeño lugar. Surgieron plagas, hambre, sed. El mismo Sapor luchó en las primeras filas.

Por suerte, nosotros luchamos mejor, y Sapor perdió treinta mil hombres.

—Pero ¿hemos perdido Amida?

—Sí, César.

—¿Qué haremos ahora?

—El Augusto piensa trasladarse a Antioquía durante el invierno. En la próxima primavera lanzará una gran ofensiva contra Persia. Ha jurado recobrar Amida.

—¿Y Sapor?

—Se ha retirado a Ctesifonte a preparar..., ¿quién sabe qué?

Nos sentamos en silencio mientras la luz caía detrás de

los árboles. El aire cálido estaba impregnado del olor de las comidas. Los hombres reían. El metal golpeaba contra el metal. Los caballos relinchaban; el perro de un soldado ladraba. Pensé en Amida, destruida.

—Naturalmente, el Augusto querrá todas las tropas que pueda reunir. —Dije esto primero, sabiendo que ésa era la razón por la que Florencio había ido a verme.

—Sí, César.

—¿Ha especificado qué quiere de mí?

—No, César. Todavía no.

—Como sabéis, en total tengo veintitrés mil hombres.

—Sí, César. Lo sé.

—La mayoría de mis hombres son voluntarios galos. Se unieron a mí con la condición de que sólo pelearían en Galia para defender su propia tierra.

—Tengo conciencia de ello, César. Pero también son soldados romanos. Han jurado obediencia al emperador. Deben obedecerle.

—Aun así, no sé cómo reaccionarán en el caso de que no cumpla con la palabra que les he dado.

—Dejad eso en mis manos, César. —Florencio apartó la bolsita.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Nada puede hacerse en Galia sin mí, prefecto. Toda la responsabilidad es mía.

—Dejé que esta dura afirmación cayera entre nosotros como una losa de mármol puesta en su lugar.

—Tal es la voluntad del César —dijo Florencio políticamente, sólo con el más leve rastro de su habitual ironía. Nos levantamos. Salió de la tienda—. ¿Puedo

ver al agente Gaudencio?

—¿Todavía no habéis hablado con él? —Yo actuaba con tanta amabilidad como él—.

Naturalmente que podéis. Preguntad a mi chambelán. Él sabrá dónde localizarlo. Estoy seguro de que encontraréis a Gaudencio en perfecto estado de salud, y comunicativo como siempre.

Florencio me saludó. Luego desapareció en el crepúsculo. Me senté solo durante un largo rato. Mi deber era dejar a Constancio todas las tropas que quisiese; sin embargo, si enviaba a los galos a Asia no cumpliría con lo que les había prometido. Mi situación como comandante quedaría fatalmente debilitada. ¿Qué hacer?

Días después el ejército conoció todos los detalles de la caída de Amida. También sabían que Constancio había enviado a Pablo, «El Cadena», a Oriente para dirigir los juicios por traición. Era la reacción inevitable de Constancio. Toda derrota debía ser obra de traidores.

Durante algún tiempo Pablo hizo estragos en Asia, y muchos hombres inocentes fueron exiliados o ejecutados.

Pasé el resto del verano en el Rin tratando con los reyes germanos, a veces con severidad, otras con generosidad. Los germanos son traidores por naturaleza, y su palabra no tiene ningún valor. Son impenetrables. Si les hubiésemos tomado su país de los bosques habría comprendido su constante duplicidad: el amor por la propia tierra es común a todos, incluso en los bárbaros. Pero no eran suyas las tierras y las ciudades que les tomábamos, sino nuestras; habían estado en nuestro poder durante siglos, y saqueadas por ellos. Sin embargo, no dudaban en romper un tratado o en hacer algo deshonesto siempre que podían.

¿Por qué son así los germanos? Son difíciles de comprender, incluso los que fueron educados por nosotros (desde la época de Julio César hemos tomado a los hijos de los reyes como rehenes y los hemos

civilizado, aunque sin ningún provecho). Son salvajes por naturaleza. Aman la lucha tanto como la detestan los griegos y los romanos.

Para gobernarlos me fue necesario adquirir reputación de severo. La logré. Ejecuté a reyes que no cumplieron con su palabra. Crucé el Rin siempre que quise hacerlo. Era duro.

Era justo. Poco a poco los germanos comprendieron que estaba decidido a mantenerlos al otro lado del Rin y que cualquier hombre que quisiera levantarse contra mí sería muerto. Cuando dejé Galia, la provincia estaba en paz.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XIII

Mi tercer y último verano en París fue fundamental. No había oído nada de Constancio ni directa ni

indirectamente desde mi encuentro con Florencio. El prefecto prefirió permanecer en Vienne mientras yo estaba en París. No nos vimos, aunque continuamente nos enviábamos comunicaciones. Consciente de que pronto se produciría una crisis en nuestros asuntos, en un determinado momento propuse a Florencio que viniese a París. Pero él rechazó la invitación.

Evidentemente deseaba conservar toda la autoridad que podía. En principio, yo era el amo de Bretaña, Galia, España y Marruecos. En realidad, Florencio administraba la zona de Galia que se encuentra al sur de Vienne, así como España y Marruecos. Yo controlaba Bretaña. Tácitamente nos habíamos puesto de acuerdo en no interferir en los territorios de cada uno.

La salud de Elena empeoró, y cuando llegó el frío debió guardar cama. Los dolores crecían. Mandé buscar a Oribaso. No se mostró esperanzado. «Creo que lo mejor que puedo hacer es evitarle el dolor. Tiene un tumor en el estómago. Nada puede hacerse.» Y me habló de una nueva hierba que había descubierto y que provoca la pérdida de toda sensación en la carne.

Oribaso era un compañero que confortaba. Prisco también, aunque siempre amenazaba con volver a su hogar. Su esposa Hípia le había enviado varias cartas airadas, y él extrañaba Atenas, aunque lo negaba. Prisco siempre quiso mostrarse menos sentimental de lo que es.

Euterio era una constante fuente de comprensión. Pero, con excepción de esos tres amigos, me hallaba bastante aislado. Mi jefe de plana mayor, Lupicino, que había reemplazado a Salustio, era arrogante e inculto, mientras Síntula, el comandante de la caballería, era una difícil compañía. A Nevita, ese magnífico oficial, lo mantenía en Colonia, para proteger el Rin.

Con bastante desesperación envié cartas a los viejos amigos, invitándolos a París.

A quienes gustaban de la caza les prometí manadas de ciervos y una temporada templada. A los filósofos les enaltecí los goces de la vida intelectual parisiense, aunque no había ninguna, a excepción de la que

mantenía el obispo galileo y su séquito, del cual trataba de mantenerme a distancia. Pero nadie acudió. Ni siquiera Máximo pudo hacer el viaje, aunque me escribía a menudo, en un código que él mismo había ideado.

Fue hacia esa época, noviembre o diciembre, cuando tuve un sueño profético. En la tercera guardia de la noche quedé dormido, cansado de dictar las notas que posteriormente formaron parte de mi comentario sobre la batalla de Estrasburgo. Como ocurre a menudo cuando tengo algo concreto en la cabeza, primero soñé con la batalla. Luego la batalla se desvaneció, como ocurre en los sueños, y me encontré en un gran salón en cuyo centro crecía un alto árbol; en ese momento parecía perfectamente natural. Pero después el árbol cayó al suelo, y noté que entre sus raíces crecía un árbol pequeño, y que éste no había sido desarraigado por la caída de su padre. «El árbol está muerto —dije— y ahora el pequeño también morirá.» Me sentí invadido por una pena extraordinaria. De pronto tuve conciencia de que a mi lado se encontraba un hombre.

Me tomó del brazo. Aunque no pude distinguir su rostro, no me parecía extraño. «No desesperéis.» Señaló con el dedo. «¿Veis? La raíz del árbol pequeño está en la tierra. Mientras permanezca allí, aún crecerá con mayor seguridad que antes.»

Así terminó el sueño, y supe que había hablado con mi protector, Hermes.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Cuando le conté el sueño a Oribaso, interpretó su significado como que Constancio caería mientras yo florecería, mis raíces en el que Todo Lo Ve. Es innecesario decir que mantuvimos este sueño en secreto. Los hombres suelen ser ejecutados por sueños inocentes y el mío difícilmente podía considerarse inocente. Era una profecía.

En diciembre la tranquilidad de nuestra corte fue interrumpida por la noticia de que los pictos y los

escoceses, que habitan el norte de Bretaña, amenazaban la frontera. Nuestro gobernador pedía refuerzos. Yo dudaba. Tenía escasas tropas y sabía que mis probabilidades de mantenerlas eran pocas, pues se rumoreaba en todas partes que el César de Galia sería despojado de su ejército el día que Constancio saliese en campaña contra los persas. Pero Bretaña tenía para nosotros una gran importancia económica, porque muchas granjas galas habían sido saqueadas por los germanos, y ese año nos veíamos forzados a confiar en el trigo de Bretaña para alimentar al pueblo.

Pedí consejo y se decidió que Lupicino debía dirigirse inmediatamente a Bretaña. Era un buen comandante, aunque solíamos preguntarnos si sería más codicioso que cruel, o más cruel que codicioso.

El día en que Lupicino llegó a Bretaña, el tribuno Decencio, un secretario oficial del Imperio, llegó a París con un considerable séquito de abogados y agentes fiscales. Antes de presentarse ante mí pasó algunos días en Vienne con Florencio. Esto no me pareció bien,

puesto que es costumbre prestar primero homenaje al César.

Decencio llegó exhausto. Por ello le permití sentarse mientras leía la carta del emperador. El tono era amistoso, pero autoritario en sus demandas. Debía enviar a Constancio los aeruli, los bátavos, los celtas y los petulantes —mis mejores legiones— así como tres mil hombres de cada una de las legiones restantes. Debían partir para Antioquía sin demora, a tiempo para participar en una ofensiva de primavera Contra Persia.

Cuando Decencio terminó, le dije con la mayor calma posible:

—Desea algo más de la mitad de mi ejército.

—Sí, César. Habrá una guerra difícil en Persia. Tal vez decisiva.

—¿Ha considerado el emperador el efecto que esto tendrá sobre los germanos? Para empezar, mi ejército es demasiado pequeño. Si me deja menos de doce mil

soldados, y los peores, es seguro que las tribus germanas volverán a levantarse.

—Pero vuestros propios informes hicieron comprender al Augusto que Galia había sido pacificada para una generación gracias a vuestras grandes victorias. —Me pregunté si Decencio había pensado esa respuesta en aquel momento o si Constancio lo había instruido para que me aguijonease con tanta gentileza.

—Ninguna provincia está totalmente pacificada. Mientras haya un germano vivo, estaremos en peligro.

—Pero no en peligro inmediato, César. ¡Estaréis de acuerdo en eso!

—No, tribuno, no lo estoy. Además, en este momento, se presentan graves problemas en Bretaña.

—Allí siempre hay problemas, César. Sin embargo, en la continuación de la guerra contra Persia, el Augusto piensa que debe disponer de lo mejor de sus ejércitos. Piensa...

Junio 2005

—¿Es consciente de la promesa que hice a los soldados galos de que nunca lucharían fuera de la provincia?

—Vuestra promesa es invalidada por el juramento que ellos prestaron ante el Augusto.

—Esta afirmación era de estricta legalidad.

—Verdad, pero debo preveniros, tribuno, de que existen posibilidades de que se produzca un motín.

Me miró intensamente. Yo sabía qué estaba pensando. ¿Vería ahora el ambicioso César su oportunidad para levantar un motín y usurpar el trono de Occidente? Los cortesanos nunca valoran las cosas tal como se manifiestan. Si yo dije que las tropas podrían amotinarse, él consideró esto como una amenaza de que yo podría, en caso de ser provocado, incitarlas a la

revuelta.

—Soy leal a Constancio —dije con tacto—. Haré lo que se me pide. Sólo os prevengo de que pueden presentarse problemas. Mientras tanto debemos esperar por lo menos un mes para que puedan enviarse las tropas a Oriente.

—Augusto dijo inmediatamente... —comenzó Decencio.

—Tribuno —lo interrumpí—, mientras nosotros estamos aquí las legiones que él pide se hallan en el mar, con destino a Bretaña.

Le hablé de Lupicino. Pero luego, para demostrar mi buena fe, le permití oír cómo dictaba una carta a Lupicino con la orden de que regresase de Bretaña. Después envié a Decencio a Síntula y di órdenes para que se le obedeciese en todo. A finales de la semana, algunos de mis mejores soldados habían partido para Antioquía. El astuto Decencio debe haberles prometido grandes botines, puesto que salieron con un estado de

ánimo mejor del que yo consideraba posible.

Ahora bien, algunos creen que entonces yo hice planes para desobedecer a Constancio e imponerme como el Augusto de Occidente. Eso no es verdad. No negaré que lo pensaba como una posibilidad; hubiera sido imposible no hacerlo. A fin de cuentas, gracias a mis esfuerzos el Rin estaba seguro y yo gobernaba un tercio del mundo. Sin embargo, no estaba impaciente por romper con Constancio. Era más fuerte que yo; eso estaba claro. Además no tenía deseos de desafiar a mi primo en el único campo en que destacaba: el arte de mantenerse en el trono.

Pero me alteré mucho cuando Decencio insistió en que ordenase a todas las tropas que quedaban en Galia que fuesen a Paris para que él pudiese elegir a los mejores soldados para la campaña persa. Discutimos esto durante algunos días. Sólo cuando amenacé con abdicar, Decencio aceptó mantener íntegras las guarniciones del Rin. Ordené que el ejército de Galia convergiese sobre Paris. Todos me obedecieron, a

excepción de Lupicino, que escribió diciendo que no le era posible volver antes de abril.

Decencio se lamentó amargamente, pero nada podía hacerse.

En la segunda semana de febrero, cuando las legiones estaban acampadas a ambas orillas del río, Decencio se quitó la máscara cortesana. Dejó el halago y se puso a mandar.

Euterio estaba conmigo cuando finalmente el tribuno golpeó la mesa y grité:

—¡Si no queréis hablar a las legiones lo haré yo, en nombre de Constancio!

Le dije muy tranquilo que no tenía necesidad de gritar ni de hacer mi trabajo. Luego lo despedí. Euterio y yo quedamos solos en la cámara del consejo. Nos miramos; él preocupado, yo amargado.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Bien, viejo amigo —dije por último—, ¿qué puedo hacer?

—Lo que se os ha dicho. A menos que... —Se detuvo.

Negué con la cabeza.

—No, no deseo rebelarme.

—Entonces decid a los hombres que se os ha ordenado enviarlos a Oriente. El resto —

dijo esto despacio, con énfasis— está en sus manos.

El día siguiente era 12 de febrero. Me levanté al alba. Di órdenes a mi personal para que preparase una cena para todos los oficiales. Debía ser una reunión suntuosa.

Hice que se trajese el mejor vino de las bodegas del palacio. Debían prepararse toda clase de aves y

ganado. Aunque me enorgullezco de la austeridad de mi mesa, esa vez preferí ser pródigo.

Luego me preparé para hacer la ronda entre las filas del ejército, acompañado sólo por mi portaestandarte.

Nuestros alientos parecían helarse mientras cruzábamos el puente de madera en dirección a la orilla izquierda.

Recorrí lentamente el camino a través del campamento.

Hablé a los hombres, individualmente, en grupos. Fue una charla de buen humor, y pronto tuve una idea de su estado de ánimo. Todos estaban bien dispuestos hacia mí, y sospechaban de Constancio. No existen secretos en un ejército.

Cuando llegué a donde acampaban los petulantes, mis favoritos entre todas las legiones, me detuve a hablar con un gran grupo. Charlamos ligera, pero cautelosamente.

Por último, uno de ellos se adelantó; tenía en su mano una carta. Me saludó.

—César, ninguno de nosotros sabe leer. —Algunos

rieron ante esta abierta mentira.

Más de la mitad de los petulantes leen con bastante corrección—. Al llegar, encontramos esto en la puerta de la iglesia. —Señaló hacia un osario cercano, un templo de Vesta convertido por los galileos—. Leedlo para nosotros, César.

—Si puedo —dije con amabilidad—. Está en latín, y yo sólo soy un asiático, un helenizante... —la mención de los halagadores sobrenombres que me habían puesto los hizo reír. La carta estaba escrita en el latín de la soldadesca—. Hombres de los petulantes, están a punto de enviarnos a los confines de la tierra como criminales... —me detuve, momentáneamente cegado por el pálido sol hacia el que me había vuelto en forma instintiva, en busca de guía. Los hombres gritaron inflexibles: «Adelante, César». Ya conocían el contenido de la carta anónima. Negué con la cabeza y dije con firmeza:

—Esta es una traición contra el emperador.

Tiré la carta al suelo e hice girar a mi caballo. «¡Pero no contra vos!», gritó el hombre que me había entregado la carta. Espoleé mi caballo, y seguido por el portaestandarte galopé de vuelta hacia la isla. Hasta hoy no sé quién es el autor de la carta; naturalmente, se me ha acusado de haberla escrito yo mismo.

Poco después del mediodía llegaron los oficiales al palacio. Los recibí en el gran salón de los banquetes que había sido decorado en muy poco tiempo para que pareciese festivo.

Ramos de siemprevivas festoneaban las paredes y vigas, mientras en los braseros se quemaba carbón para caldear el ambiente. Fue con mucho el banquete más costoso de mi carrera. Elena estaba demasiado enferma para asistir, así que hice solo los honores. Decencio se sentó a mi derecha, mirándome fijamente. Pero no dije ni hice nada digno de destacarse.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Cuando los oficiales comenzaron a alborotar por efecto del vino, Decencio me comentó:

—Ahora es el momento de decirles que deben partir dentro de una semana.

Hice un último intento.

—Tribuno, en abril estarán aquí las legiones que se encuentran en Bretaña. Si esperamos hasta entonces...

—César —Decencio pasó de la presuntuosidad a una engañosa sensatez—, si esperáis hasta entonces, la gente dirá que las legiones británicas os obligan a obedecer al Augusto, pero si dais ahora vuestras órdenes, dirán que así lo habéis decidido, y que realmente sois el amo de Galia, además de fiel al Augusto.

Era indiscutible la verdad de sus palabras. Sentí que se abría la trampa. Me rendí.

Estuve de acuerdo en hacer el anuncio al final de la

comida. ¿Tenía algún designio secreto? Pienso que no. Sin embargo, en los momentos importantes de la vida se tiende instintivamente a hacer lo necesario para sobrevivir.

Durante el banquete fui saludado repetidas veces por los oficiales menores, en contra de las normas del protocolo. Euterio me murmuró al oído: «Habéis roto todas las normas que gobiernan la mesa del César.» Apenas sonreí. Era una vieja broma entre nosotros. «La mesa del César» era un eufemismo que utilizábamos para referirnos a las limitaciones que me había impuesto Constancio.

Al finalizar la comida dije unas pocas palabras a los oficiales, que entonces no estaban de humor para otra cosa que para lanzarse a la batalla. Les dije que nunca había conocido tropas mejores; que por primera vez en mi vida envidiaba a Constancio, porque él iba a recibir a los mejores soldados del mundo en su propio ejército. Cuando dije esto, se oyó un murmullo, pero nada más. Tuve cuidado de no jugar demasiado con

sus emociones. Prefería no provocarlos.

PRISCO: Todavía.

JULIANO AUGUSTO

El banquete terminó tras muchos abrazos lacrimosos. Acompañé a los oficiales hasta la plaza situada frente al palacio. Precisamente a la derecha de la puerta principal se encuentra una alta plataforma de piedra en la que son leídas las proclamaciones. Me situé al pie de este estrado en tanto los oficiales se agrupaban inquietos a mí alrededor.

Mientras me despedía de unos y otros noté que se había reunido una gran multitud en las arcadas que rodean la plaza. Al reconocermé, se acercaron. Con rapidez mis guardias sacaron las espadas y me envolvieron en un cerco. Pero la multitud no era hostil. En su mayor parte estaba compuesta por mujeres con sus hijos. Imploraban para que no mandase a sus esposos al extranjero. Una mujer levantó ante mí un niño como una flameante bandera: «¡No alejéis a su

padre! ¡El es todo lo que tenemos!»

Otras gritaron: «¡Lo habéis prometido, César! ¡Lo habéis prometido!»

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me volví, incapaz de soportar sus llantos. En la puerta del palacio, Decencio conversaba enfrascado con el agente secreto Gaudencio. Se separaron cuando yo me aproximé.

—Un viejo amigo —dijo Decencio.

—Estoy seguro de ello —dije cortante. Señalé a la multitud—. ¿Los oís?

Decencio me miró inexpresivo por un momento. Luego miré hacia la plaza.

—Oh, sí. Es muy común en las provincias. Las mujeres

siempre se quejan cuando se aleja a los hombres. Cuando hayáis estado en el ejército tanto tiempo como yo, ni lo notaréis.

—Temo que me resultará difícil no notarlo. Como veis, les he prometido...

Pero Decencio ya había oído lo suficiente sobre mi famosa promesa.

—Mi querido César —dijo con tono paternal—, cuando vuelva el calor estas mujeres ya habrán hallado un nuevo hombre. Son animales. Nada más.

Lo dejé en la plaza y me dirigí directamente a mi estudio del segundo piso. Mandé a buscar a Prisco, Oribaso y Euterio. Mientras esperaba su llegada traté de leer, pero no pude concentrarme. Conté las baldosas del suelo. Caminé de un lado a otro. Por último, abrí la ventana que daba sobre el Sena y miré hacia afuera. El aire frío era refrescante. Mi rostro hervía como si tuviese fiebre. Mis manos temblaban. Tomé aliento, y comencé a contar los trozos de hielo

roto que flotaban en la corriente. Recé a Helios.

Euterio fue el primero en llegar. Cerré la ventana. Le pedí que se sentase en mi silla.

Debido a su tamaño no cabía en ninguna otra silla y solía romper las banquetas.

—Es un complot —dijo—. Constancio tiene un ejército de casi cien mil hombres en Siria. Vuestros galos no le suponen una gran diferencia.

—Pero a mí sí, si los pierdo.

—Ése es el complot. El desea destruiros.

Euterio me dejaba sorprendido. De todos mis amigos y consejeros era quien más aconsejaba la cautela. Amaba las buenas formas, la justicia, los procesos ordenados del estado de paz. No estaba hecho para la traición. Pero había cambiado.

—¿Lo creéis así?

Euterio asintió; sus pequeños ojos negros centellearon como los de una estatua egipcia.

—Entonces ¿qué debo hacer?

En ese momento entraron Oribaso y Prisco. Oyeron mi pregunta. Oribaso respondió por Euterio:

—¡Rebelaros! —Esa era, lo juro por Helios, por Mitra y por el propio Hermes, la primera palabra de traición que se decía abiertamente entre nosotros. Se hizo un silencio absoluto. Prisco se sentó en un extremo de mi pesada mesa de madera. Oribaso estaba en el medio del salón, fijando resueltamente su mirada sobre mí. Me volví hacia Prisco.

—¿Qué pensáis?

—Debéis considerarlo todo. ¿Podéis permanecer en Galia sin esas tropas? Si así es,

¿qué puede hacer Constancio? ¿Os destituirá, o estará demasiado ocupado en Persia haciendo otra cosa?

Sospecho —y Prisco respondió su propia pregunta— que esto es lo último que oiréis de Constancio durante algún tiempo. Debe reconquistar Amida y derrotar a Sapor. Ésa Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

puede ser la tarea de su vida. Mientras tanto sois el amo de Occidente y, si él muere, emperador.

Euterio asintió:

—Ése es un punto de vista sensato, por supuesto. —
Sonrió—. Ha sido mi propio punto de vista hasta el momento. Sin embargo, creo que la situación es mucho más grave. Olvidáis a Florencio. Mis agentes me han dicho que se le otorgará toda la autoridad en Galia tan pronto el César pierda su ejército. Cuando eso ocurra, no podremos hacer otra cosa que someternos.

Francamente creo que es mejor resistir ahora que esperar y ser destruidos por Florencio.

Mientras hablábamos, me acerqué de nuevo a la ventana y miré el sol, un sol crudo, anaranjado e invernal, que caía sobre Occidente. Las fogatas de la noche florecían en las orillas del río. ¿Qué hacer? Se oyeron unos súbitos golpes en la puerta. La abrí furioso.

—¡Que nadie nos moleste!

Pero allí estaba Decencio, pálido y desencajado.

—Mil excusas, César —saludé nervioso—. ¡No os habría molestado, pero ellos están aquí!

—¿Quiénes están dónde?

—¿No los oís? —Los dientes de Decencio castañeteaban de miedo. Todos quedamos en silencio y oímos el lejano rumor de los gritos de los hombres y los lamentos de las mujeres.

—¡Motín! —dijo Oribaso. Corrió hacia la ventana y miré hacia afuera. Aunque desde mi ventana

habitualmente sólo se ve el río y la punta de la isla, sacando la cabeza es posible ver el puente de madera del norte—. Es la legión Céltica. ¡Están cruzando hacia la isla!

Mientras nos reuníamos en la ventana, se oyó un grito. «¡César!» Miré hacia abajo y vi una escuadre de infantería con las espadas desenvainadas. Las movían hacia mí con júbilo, pero sus voces eran amenazadoras: «¡No nos dejéis ir, César! ¡Retenednos aquí!»

Uno de los hombres, un celta alto y feroz, tuerto y con un rubio bigote, levantó hacia mí su espada y, con una voz enronquecida en muchas batallas, bramé: «¡Ave, Augusto! ¡Ave, Juliano Augusto!» Los otros repitieron la exclamación. Retrocedí de la ventana. Decencio se dirigió hacia mí: «¡Esto es traición! ¡Arrestad a esos hombres!»

Pero lo aparté a un lado y corrí hacia uno de los salones que dan sobre la plaza.

Atisé a través de una de las aberturas de un postigo.

La plaza estaba llena de tropas y los soldados no estaban borrachos en modo alguno, como sospeché en un principio.

Evidentemente, se trataba de una rebelión.

Frente al palacio se encontraba mi guardia con las espadas desenvainadas y las lanzas en ristre, pero la multitud no parecía inclinada a la violencia. En cambio, gritaban mi nombre, exigiendo mi presencia, proclamando su lealtad. Entonces, como obedeciendo a una señal —

¿quién sabe cómo se inician de pronto esas cosas?, yo creo en la participación de Hermes—

comenzaron a gritar, primero un grupo, después otro, finalmente toda la multitud: «¡Augusto!

¡Augusto! ¡Juliano Augusto!»

Me volví desde la ventana.

—¡Atacadlos! —dijo Decencio—. Mostradles la imagen del emperador. No se atreverán a desafiarlo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Tenemos cuatro mil hombres en el palacio —dije—. Allí afuera hay alrededor de veinte mil hombres. Incluso un soldado sin ninguna experiencia como yo se retira ante tal diferencia. Respecto a la imagen imperial, me temo que la romperán en pedazos.

—¡Traición! —fue todo lo que Decencio pudo decir.

—Traición —repetí sensatamente, como si fuera alguien que deseara conocer el cielo e identificase una estrella particular. Decencio salió del salón.

Nos miramos; la palabra «Augusto» caía en nuestros oídos con regularidad, como la marejada sobre la playa.

—Debéis aceptar —dijo Euterio.

—¿Me lo decís vos, que siempre me habéis pedido cautela?

Euterio asintió. Oribaso fue todavía más entusiasta.

—Adelante. Ahora no tenéis nada que perder.

Prisco fue cauto.

—Mi interés, César, es la filosofía, no la política. Yo en vuestro lugar, esperaría.

—¿Por qué? —Oribaso se volvió hacia él indignado.

—Para ver qué ocurre —dijo Prisco con ambigüedad—. Para esperar una señal.

Acepté esto en el sentido que lo decía Prisco. Me comprendía. Sabía que, a menos que creyese que el cielo me había revelado sus bendiciones, no podría actuar con todas mis fuerzas.

—Muy bien —fui hacia la puerta—. Oribaso, vigilad a los guardias. Aseguraos de que nadie entre en el palacio. Euterio, vigilad a nuestro amigo el tribuno. Que no se aleje de vuestra vista. Prisco, rogad por mí. — Todos se retiraron inmediatamente.

En el corredor principal me esperaba una de las damas de compañía de mi esposa.

Estaba a punto de ponerse histérica.

—César, nos van a matar a todos.

La tomé de los hombros y la sacudí hasta que sus dientes castañetearon; se mordió el labio inferior, y eso pareció calmarla. Luego me dijo que mi esposa preguntaba por mí.

El dormitorio de Elena estaba a media luz e insoportablemente caldeado. Sentía frío debido a su enfermedad. Un pesado aroma a incienso y almizcle llenaba el salón; sin embargo, esto no podía evitar el dulce y penetrante olor de la corrupción de la carne.

Detestaba el hacerle visitas, y me consideraba despreciable por esta aversión.

Elena yacía en el lecho, con un libro de oraciones sobre el cubrecama. Junto a ella se encontraba el obispo de Paris, un solemne charlatán que era su más íntimo amigo y consejero.

Me saludó.

—Me figuro que el César querrá hablar a solas con su esposa...

—Os lo figuráis, obispo. Y es verdad. —El obispo se retiró envuelto en un remolino de espléndidas túnicas. Murmurando oraciones, como si fuésemos una congregación.

Me senté junto a ella. Elena estaba pálida y había perdido mucho peso. Sus ojos se habían agrandado, como parece que les ocurre cuando el rostro se hace más pequeño. A la luz de la lámpara tenía un color amarillo enfermizo, y, sin embargo, resultaba más

atractiva enferma que sana. Ya no se parecía al vigoroso Constantino de gran mandíbula. Ahora era Revisa do por Hyspastes.

Junio 2005

una mujer, delicada y melancólica, y sentí una súbita oleada de sentimientos mientras tocaba su mano caliente por la fiebre y delicada como el ala de un pájaro muerto.

—Siento mucho haber estado demasiado enferma como para concurrir a la recepción...

—comenzó.

—No tuvo importancia —la interrumpí—. ¿Sentís dolores?

Su mano libre tocó su estómago reflexivamente.

—Mejor —dijo y mintió—. Oribaso encuentra para mí una nueva hierba todos los días.

Y yo tomo todo lo que él halla. Le he dicho que debe citarme como colaboradora cuando escriba su enciclopedia.

Traté de no mirar su vientre enormemente abultado debajo de las colchas como si estuviera en el último mes de embarazo. Por un momento ninguno de los dos habló; luego el silencio fue interrumpido por el rítmico sonsonete: «¡Augusto!» Se volvió hacia mí.

—Han gritado eso durante horas.

Asentí.

—Están furiosos porque el emperador quiere que luchén en Persia.

—Os llaman Augusto —me miró con intensidad.

—No quieren decir eso.

—Lo hacen —repuso—. Quieren que seáis emperador.

—Me he negado a aparecer ante ellos. De todos modos, ahora que es oscuro, pronto sentirán frío, se aburrirán y se irán, y mañana harán lo que se les ha dicho. Síntula ya ha ido, como sabéis. Se fue ayer con dos legiones. —Hablé rápido, pero ella no aceptó cambiar de tema.

—¿Tomaréis lo que os ofrecen?

Quedé en silencio, no sabiendo qué decir. Por último, dije con indiferencia:

—Sería traición.

—Los traidores que prevalecen son patriotas. Los usurpadores que triunfan son divinos emperadores.

Todavía no podía decir qué deseaba ella que hiciese.

—Los emperadores no son hechos por unos pocos miles de soldados en una ciudad de provincia —terminé de decir.

—¿Por qué no? Después de todo, es voluntad de Dios que ocupéis el trono, como es la voluntad de Dios... que nos derroquéis. —Miré a lo lejos y nuevamente su mano se detuvo sobre el lugar de su enfermedad—. Esos pocos soldados son suficientes, si así debe ser.

—¿Qué queréis que haga? —Por primera y única vez le hice una pregunta de manera directa, de una persona a otra, y deseaba conocer su respuesta.

—¿Esta noche? No sé. Este puede no ser el momento. Vos debéis juzgar eso. Pero yo sé que sois el elegido para ser emperador de Roma.

Nuestros ojos se encontraron y nos estudiamos como si el rostro de cada uno fuera nuevo y desconocido. Respondí con igual candor.

—Yo también lo sé. He tenido sueños. Ha habido signos.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Entonces aceptad lo que os ofrecen! —dijo esto con un fuerza inesperada.

—¿Ahora? ¿Un acto de traición? ¿Contra vuestro hermano?

—Mi hermano y su esposa mataron a nuestros dos hijos. Mi lealtad ha... variado hacia mi primo, que es mi esposo... —Sonrió al decir «variado», pero sus grandes ojos tenían una solemne expresión.

—Es extraño —dije por último—. Siempre pensé que lo preferíais a él antes que a mí.

—Lo prefería. Lo prefería. Hasta esa última visita a Roma. Vos sabéis, trató de retenerme allí después de la muerte del niño. Dijo que tendríais dificultades en Galia.

—Pero habéis vuelto.

—He vuelto.

—¿Dejando vuestra querida villa?

—¡Fue lo más difícil! —Sonrió. Después señaló la ventana y la ciudad detrás. —Ahora han empezado las dificultades que prometió. Debéis decidir muy rápido.

—Sí —me levanté.

—Decencio estuvo aquí —dijo de pronto.

—¿Cuándo? —estaba sorprendido.

—Poco antes de la recepción de vuestros oficiales. Quería saber si yo deseaba volver a Roma. Dijo que las legiones galas me escoltarían hasta Milán.

—Es astuto.

—Sí. Le he dicho que prefería quedarme. Quedó desilusionado. —Sonrió con suavidad—. Pero, aun cuando quisiese ir, ya no podría viajar más.

—No digáis eso. Un día iremos juntos a Roma.

—Deseo eso más que nada —dijo—. Pero daros prisa.

—Me daré prisa. Lo juro.

La besé en la mejilla, conteniendo mi aliento para no sentir el aroma de la muerte.

De pronto se agarré a mí con todas sus fuerzas, como si sufriese un fuerte espasmo de dolor. Luego me soltó.

—Qué lástima que sea yo mucho mayor que vos.

No contesté. Apreté sus manos en silencio. Después me fui.

El obispo estaba en la antesala con las damas de compañía.

—La reina está mejorada, ¿no pensáis lo mismo, César?

—Sí, así lo creo. —Fui seco. Traté de pasar. Pero el

obispo aún no había acabado.

—Desde luego, está preocupada por el gentío que se oye afuera. Todos lo estamos.

Es muy aterrador. Una terrible falta de disciplina. Se espera que el César desautorice a esa chusma con enérgicas y severas palabras.

—El César hará aquello que el César deba hacer. —Al pasar lo empujé hacia la galería principal. Los servidores se precipitaban de aquí para allá como si tuvieran tareas urgentes.

Los conserjes se mantenían en sus puestos, pero incluso ellos habían perdido su aplomo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Todos los ojos estaban sobre mí, preguntándose qué haría. Mientras cruzaba hacia el salón con ventanales

sobre la plaza, estuve a punto de tropezar con Gaudencio, escondido en las sombras. Me agradé verlo atemorizado.

—¡César! El tribuno Decencio pide audiencia. Está en la cámara del consejo. Allí están todos. Desean saber qué pensáis hacer. Estamos completamente rodeados. Nadie puede escapar...

—Decid al tribuno que me voy a acostar. Me gustará verlo por la mañana.

Antes de que el agente pudiera recobrase, ya estaba en la galería a mitad del camino hacia mi dormitorio. Frente a la puerta se encontraba el conserje principal. Le ordené que no se me molestase a menos que atacasen el palacio. Luego entré en el cuarto y cerré la puerta con llave.

Fue una larga noche. Leí. Oré. Pensé. Hasta ese momento nunca me había sentido tan indeciso. Todo me parecía prematuro, los sucesos me empujaban con mayor rapidez de la que yo quería. Sin embargo,

¿tendría otra oportunidad como ésta? ¿Cuántas veces es nombrado espontáneamente un emperador? Todos conocemos a generales ambiciosos que se han preparado coronaciones «populares»; sin embargo, esto ocurre pocas veces sin la confabulación activa de los generales. Estoy seguro de que Julio César instruyó muy cuidadosamente a su amigo para que le ofreciese la corona en público, sólo para ver cuál sería la reacción. Ahora bien, esa misma corona había llegado hasta mí, sin que yo la pidiese.

Todavía indeciso, me dormí. Como ocurre a menudo, descubrí en sueños lo que debía hacer despierto. Estaba sentado en mi silla consular, a solas, cuando apareció una figura ante mí, vestida con el espíritu guardián del estado, tan a menudo representado en la antigua república. Se dirigió a mí con estas palabras: «Os he observado durante mucho tiempo, Juliano. Y durante mucho tiempo he deseado que ocupaseis un lugar más alto del que ocupáis ahora. Pero, cada vez que lo he intentado, he sido desairado. Ahora quiero preveniros. Si nuevamente me rechazáis, cuando tantas

voces humanas proclaman su acuerdo conmigo, os dejaré donde estáis. Pero recordad esto: si me voy ahora, no volveré nunca más.»

Me desperté envuelto de un sudor frío y me levanté; mi propio cuarto de pronto parecía extraño y amenazador, como a veces ocurre cuando dormimos profundamente.

¿Estaba yo despierto o no? Abrí la ventana; el aire helado me despejó. Las estrellas perdían su luz. El horizonte se veía pálido.

La multitud todavía estaba reunida en la plaza. Habían hecho fogatas. De vez en cuando volvían a su cantinela, «¡Augusto!». Tomé una decisión. Llamé a mi servidor particular, que me vistió con la púrpura. Luego salí a la galería.

Aparentemente era el único que había dormido esa noche. Los hombres y las mujeres todavía corrían a través de los salones y los corredores, como ratas buscando cuevas. En la cámara del consejo encontré a Decencio y a la mayoría de mis consejeros. Mientras

entraba, Euterio decía con su tono más tranquilo.

—Ahora, todo depende de lo que haga el César. Nada podemos hacer para cambiar eso...

—Precisamente —dije.

—En el salón todos prestaron atención. Decencio, ojeroso, sin afeitarse, vino hacia mí y dijo:

—¡Sólo vos podéis detenerlos! Debéis decirles que obedezcan al emperador. Os oirán.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Pienso hablarles ahora. —Sonreí a Euterio—. Todos podréis oírme hablar desde la tribuna..., si así lo deseáis.

Decencio no parecía desear este honor. Pero mis amigos sí. Juntos nos dirigimos hacia la puerta principal del palacio.

—Preparaos para todo. Y no os sorprendáis por nada de lo que diga —y ordené a los atemorizados guardias que abriesen los cerrojos y la puerta.

Tras aspirar profundamente salí a la plaza. Cuando la multitud me vio comenzó a vitorearme. Rápidamente subí los escalones hasta la tribuna, seguido por mis compañeros. Mi guardia personal me rodeé con las espadas desenvainadas. La multitud retrocedió. Hice un ademán pidiendo silencio, que tardé un rato en producirse.

Cuando por fin hablé, me encontraba tranquilo.

—Estáis furiosos. Tenéis razones para estarlo. Y en ese sentido estoy con vosotros. Os prometo daros lo que pidáis. Pero sin revolución. Preferís servir en vuestra tierra natal a los peligros de un país lejano y una guerra distante. Así será. Volved a vuestros hogares y llevaos la promesa de que ninguno servirá más allá de los Alpes. Asumo la total responsabilidad de esta decisión. La explicaré ante el Augusto, y sé que me oirá, porque

es razonable y justo.

Con este discurso cumplí con mi deber ante Constancio. El honor estaba a salvo.

¿Qué ocurriría ahora? Hubo un instante de silencio, y luego volvieron los gritos de

«¡Augusto!»; también insultos para Constancio, y unos pocos para mí por mi debilidad.

La multitud se acercó cada vez más a la plataforma. Permanecí totalmente inmóvil, mirando a través de la plaza hacia donde comenzaba el día, gris y frío por encima de las casas del poblado.

Euterio susurré en mi oído: «Debéis aceptar. Os matarán si no lo hacéis.» No contesté.

Esperé. Sabía lo que iba a suceder. Veía lo que iba a ocurrir con tanta claridad como había visto al espíritu de Roma en mi sueño. En realidad, toda esa mañana fue como una continuación del sueño de la noche.

Primero mis guardias se abrieron y dispersaron mientras la multitud empujaba hacia la tribuna. Un soldado trepó a la espalda de otro y me tomó de un brazo. No hice ningún esfuerzo para resistir. Luego —otra vez como en uno de esos sueños placenteros que uno tiene cuando sueña sin temores— caí en medio de la multitud.

Manos, brazos y hombros amortiguaron mi caída. A mí alrededor se oía por todas partes el ensordecedor grito de

«¡Augusto!»; percibí el fuerte olor del sudor y del ajo, mientras me ayudaban a levantarme del suelo adonde había caído, y me levantaban por encima de ellos como si me sacrificasen ante el sol.

En medio de la multitud me tomó el hombre más audaz. «Aceptad», grité, apoyando la punta de la espada contra mi corazón. Lo miré a la cara, viendo las venas rojas de su nariz, oliendo el aroma de vino de su aliento; esa única mirada equivalía a un conocimiento de toda la vida. Con la voz de quien se rinde ante lo inevitable dije: «Acepto».

El griterío fue tremendo. Debajo de mí fue colocado un escudo de infantería y se me paseó alrededor de la plaza como si fuese un rey galo o germano. De este modo fui nombrado Augusto, no por los romanos ni según sus costumbres, sino por los bárbaros y de acuerdo con sus rituales.

Fui devuelto a la tribuna. Entonces alguien gritó que debía usar la diadema. Ahora bien, yo no poseía corona de ningún tipo. Hubiera pagado con mi vida si hubiera poseído una.

Así se lo expliqué a la multitud.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¡Poneos una de vuestra esposa! —gritó un soldado de caballería. La multitud rió de buena gana. Temeroso de que el gran momento de mi vida se convirtiese en baja tontería, respondí con rapidez:

—No querréis un emperador que use joyas de mujer.

Esto cayó bien. Luego un alto soldado llamado Mario, portaestandarte de los petulantes, se encaramó a la plataforma. Sacó de su cuello el collar de metal que sostiene la cadena que mantiene el águila del regimiento en su lugar. Libró al collar de la cadena y, sosteniendo el anillo de metal sobre mi cabeza, gritó: «¡Ave, Juliano Augusto!» Mientras multitud repetía la frase, Mario colocó el collar sobre mi cabeza.

Ya estaba hecho. Pedí silencio, y dije:

—Hoy habéis hecho una solemne elección. Os prometo que, mientras yo viva, no os arrepentiréis —después, recordando el procedimiento usual en estos casos—: A cada hombre en este día doy cinco piezas de oro y una libra de plata. Bendiga el cielo este día, y lo que hemos hecho juntos.

Bajé de dos en dos los escalones de la tribuna y me precipité al palacio.

Junio 2005

XIV

Fui directamente hasta el cuarto de mi mujer. Ya le habían contado lo ocurrido. Estaba sentada en la cama, atendida por algunas mujeres. Había peinado sus cabellos y en su cara pálida la pintura de los labios le hacía una mueca cruel. Las mujeres se retiraron.

—Ya está hecho —dije.

—Bien —tomó mis manos por un momento. Sentí fuerza en sus dedos—. Ahora habrá guerra.

Asentí.

—Pero no inmediatamente. Diré a Constancio que esto no es obra mía, y no lo es. Si es sabio, me aceptará como Augusto en Occidente.

—No lo hará. —Dejó ir mis manos.

—Espero que lo haga.

Elena fijaba en mí su mirada con los ojos medio cerrados (su vista nunca había sido buena y, para ver las cosas con claridad, bizqueaba). Por último, murmuró:

—Juliano Augusto.

Sonreí:

—Por gracia de una multitud en la plaza principal de una ciudad de provincias.

—Por la gracia de Dios —me corrigió.

—Así lo pienso. Así lo creo.

De pronto se mostró práctica.

—Mientras estabais en la plaza, uno de mis oficiales vino a decirme que hay un complot para asesinaros.

Aquí. En palacio.

No consideré la noticia con mucha seriedad.

—Estoy bien protegido.

Negó con la cabeza.

—Confío en este hombre. Es mi mejor oficial. —Como todas las mujeres de la familia imperial, Elena no sólo tenía sus propios servidores y lacayos, sino su propio cuerpo de guardia.

—Haré averiguaciones. —Me levanté para irme.

—Decencio está detrás del complot.

—Naturalmente.

Mientras me dirigía hacia la puerta, ella dijo en voz alta: «¡Ave, Augusto!» Me volví, sonreí y dije: «¡Ave, Augusta!» Elena sonrió. Nunca la vi tan contenta como en ese momento.

Inmediatamente me dirigí a la cámara del consejo, donde estaba reunida toda mi corte, incluso Decencio.

Fui directamente al problema central.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Sois testigos de que no he hecho nada para soliviantar a las tropas. Tampoco he solicitado el honor que se me ha concedido... ilegalmente. —Hubo un murmullo de decepción en la cámara. Decencio se mostró esperanzado. Le dirigí una sonrisa amistosa. Continué—: Debo informar de todo esto al Augusto, describirle con precisión lo sucedido y le reafirmaré, como siempre, mi lealtad, no sólo como colega sino como pariente. —Todos estaban bastante preocupados. Decencio se adelanté.

—Si tal es... la decisión del César —era muy audaz al llamarme César, pero respeté la lealtad a su amo—, entonces el César debe disciplinar a sus tropas. Debe

hacer lo que el Augusto desea, y enviarlas a Oriente.

—Mi querido tribuno... —le dije como el más meloso de los abogados—, estoy ansioso por dar mi vida por el emperador en cualquier batalla contra los bárbaros. Pero no la daré de esa manera. No tengo la intención de terminar asesinado por un ejército al que he ido preparando durante cinco años, un ejército que quizás me quiera demasiado a mí y demasiado poco a su emperador. No, no devolveré lo que ellos me han concedido. —De pronto recordé que todavía llevaba el collar de metal—. Una pieza del equipo militar, nada más —dejé caer el collar sobre la mesa frente a mí—. Tampoco tengo la intención de enviarlos a Oriente. Por la sencilla razón, tribuno, de que ellos no irán. Independientemente de lo que yo o cualquier otro digamos.

—Entonces, César, ¿os opondréis al Augusto? —
Decencio estaba petrificado.

Negué con mi cabeza.

—Traté de obedecerle. Pero eso puede no ser posible. Escribiremos hoy a Constancio.

Aunque mejor que nuestro informe escrito será vuestra propia descripción de lo ocurrido aquí en París. Estoy seguro de que una vez que le hayáis descrito nuestra verdadera situación él estará de acuerdo —hubo un murmullo de risas.

—Muy bien, César. ¿Tengo vuestro permiso para partir?

—Lo tenéis —dijo.

Decencio me saludó y abandonó la cámara.

Luego, cansado como estaba, convoqué a una reunión del Consistorio. Pasamos toda la mañana dictando una larga carta para Constancio. En resumen, dije que no había incitado a las tropas, que ellas me habían amenazado con la muerte si no tomaba el título de Augusto, que lo había aceptado porque temía que eligiesen a algún otro, otro Magnencio u otro Silvano.

Luego pedía que las legiones permaneciesen en Galia.

Sin embargo prometí a Constancio que le enviaría todos los caballos españoles que necesitase (ya habíamos intercambiado algunas cartas sobre el tema), así como varios francotiradores de la tribu de los letos que habita cerca del Rin; buenos soldados, ansiosos de lucha. Le pedí que designase un nuevo prefecto pretorio; los demás funcionarios del estado serían seleccionados por mí, como siempre. La finalicé con el deseo de que entre nosotros sólo reinase la armonía, etcétera.

Hubo muchas discusiones sobre la forma en que yo debía identificarme al firmar la carta. Firmé «César», no «Augusto».

Euterio se ofreció para llevar personalmente la carta a Constantinopla. Puesto que era mi mejor abogado, lo dejé ir.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Los siguientes días fueron muy turbulentos. Decencio partió para Vienne. Euterio para Constantinopla. Despedí a Gaudencio. No me mostré en público ni usé la diadema, ni me presenté como Augusto. Eran momentos de cautela.

Aunque envié algunos mensajes a Florencio, no recibí de Vienne otras noticias que algunos rumores contradictorios: Florencio planeaba salir a luchar contra mí en la primavera.

Florencio había sido llamado para que volviese. Florencio se iba a España, a Bretaña, a Marruecos. Ante la ausencia de noticias procedentes del mismo prefecto pretorio, reemplacé a todos los gobernadores de Galia por hombres de mi propia elección, y así me aseguré la lealtad de las ciudades.

PRISCO: Juliano omite muchos hechos de esa primavera y de ese verano. Posiblemente porque forman parte de su historia militar.

Esa primavera, mientras estábamos en París, Constancio se dirigió hacia Cesarea. Allí reunió un ejército para emprender la campaña contra Persia. Tenía mucha capacidad para reunir ejércitos. Su problema residía en que nunca sabía qué hacer con el ejército una vez reunido. Se encontró en Cesarea primero con Decencio y luego con Florencio que huyó de Galia, abandonando a su familia a su suerte. Para sorpresa de todos, Juliano permitió después que su familia se reuniese con él, transportándola a expensas del estado. Juliano estaba dispuesto a ser generoso. Pensaba seguir la línea de Marco Aurelio. En realidad, él era más grande que ese concienzudo buen hombre, por una razón: tenía una tarea más difícil que la de su predecesor. Juliano participó del fin de un mundo, no de su cenit. ¿No es eso importante, Libanio? Se nos da nuestro lugar en el tiempo como se nos dan nuestros ojos: débiles, fuertes, claros, bizcos; nosotros no elegimos. Bien, ésta ha sido una época bizca, con glaucoma, para nacer. Por suerte, cuando la mayoría ve la distorsión como algo normal, nada grotesco parece extraño, y sólo es anormal una visión clara.

El pobre Euterio tenía una embajada sumamente difícil. En el camino encontró todos los inconvenientes imaginables. A causa de su rango como chambelán del César fue acompañado en muchas etapas por funcionarios importantes. Ya sabéis lo que sucede cuando uno viaja a expensas del estado. Es maravilloso porque no cuesta nada. Uno dispone de los mejores caballos, siempre se encuentra un lugar donde pasar la noche, y pocas veces los bandidos asaltan a los huéspedes del estado. Pero uno debe lidiar con los latosos que ocupan altos cargos (¡y que lidian con uno!). Siempre hay un general que recuerda viejas batallas, el obispo que escupe al pensar en las «herejías» de sus colegas, un gobernador que es honesto y puede probarlo mientras regresa a su casa con una comitiva de algunos cientos de caballos con pesadas cargas.

De Euterio se hicieron cargo los funcionarios. Ahora el mundo conoce lo ocurrido, y el chambelán de Juliano fue tan invitado a beber durante el viaje que perdió muchas jornadas.

Por último, enfrentándose a tormentas en el mar y a nevadas en Iliria, llegó a Constantinopla sólo para enterarse de que Augusto estaba en Cesarea. Así la embajada avanzó fatigosamente.

El chambelán fue recibido por el emperador a fines de marzo.

Juliano me dijo que Euterio le informó que nunca había visto a Constancio tan furioso.

Tenía la convicción de que sería degollado allí mismo. Pero —afortunadamente para Juliano— Constancio se encontraba metido en una trampa. Aunque su instinto (y en política era siempre astuto) le dijera que debía atacar a Juliano lo más pronto posible, no pudo hacerlo porque Sapor se encontraba en Mesopotamia. Constancio estaba obligado a permanecer en Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

Asia. Así que despidió a Euterio sin comprometerse y

envió al tribuno Leonas con una carta para que se la entregase personalmente a Juliano.

Casualmente, el día que Leonas llegó a Paris, Juliano debía asistir a un festival al que concurrían no sólo las tropas sino también los parisinos. Por aquel entonces Juliano ya gustaba mucho de mostrarse ante la multitud, rasgo inesperado en un filósofo. Conociendo en gran parte el contenido de la carta, Juliano presentó a Leonas a la multitud, comunicando la razón por la que se encontraba en Paris. Entonces, frente a miles de personas, Juliano leyó en voz alta la carta desde el principio hasta el fin. Cuando llegó a la parte en que se le ordenaba mantenerse dentro de su jerarquía como César, la multitud volvió gritar, como si lo hubiese ensayado, «¡Augusto! ¡Juliano Augusto!».

Al día siguiente Juliano entregó a Leonas una carta para Constancio; deduzco que era de tono conciliatorio; aceptaba la designación hecha por Constancio del cuestor Nebridio como prefecto pretorio, y firmaba como César. Sería necesario tener a mano todas sus

cartas.

Supongo que pueden hallarse en los archivos de Constantinopla, aunque no estoy seguro de cuál es la actitud actual respecto a sus escritos. Hace algunos años, cuando uno de mis estudiantes —un cristiano— quiso examinar algunos de los escritos oficiales de Juliano se encontró con que no se permitía verlos. En realidad, el departamento del chambelán se mostraba muy sospechoso, lo cual es sospechoso. Pero eso ocurría en tiempos de Valente. Es posible que las cosas hayan cambiado. Lo sabréis cuando publicuéis estos escritos.

En junio Juliano emprendió una campaña contra los francos que viven en las cercanías de Kellen; constituían la última tribu que molestaba en Galia. Pese a los malos caminos y a los tupidos bosques que protegían sus tierras del otro lado del Rin, Juliano los derrotó con facilidad. Pero no estuve con él; poco antes de que emprendiese la campaña partí hacia Atenas.

El día de mi partida fui a despedirme de Juliano en su estudio, un salón al que sus amigos siempre se refieren como el Frigidarium. Nunca he conocido un cuarto tan frío. Pero a Juliano no parecía preocuparle. Y desde que estuvo a punto de asfixiarse este último invierno, no ha vuelto a calentar en forma adecuada su salón. En verano, sin embargo, es agradablemente fresco, y la última vez que lo vi en París era un hermoso día de junio.

También encontré a Oribaso esperando ante la puerta del estudio.

—Está con un obispo —dijo Oribaso.

—Seguro que lo está convirtiendo.

—Sin duda.

Al poco rato se abrió la puerta y salió un hombre ceñudo y con el rostro congestionado que pasó a nuestro lado.

Juliano apareció en la puerta y nos hizo entrar. Sus ojos brillaban. Era evidente que había gozado de la entrevista.

—¡Debierais haberlo oído!

—¿Qué clase de obispo es? —pregunté—. Arriano, atanasiano o...

—Político. Era Epicteto, obispo de Civitavecchia. Sospecho que sus intereses son más seculares que religiosos. Constancio me lo envía con un mensaje increíble. —Juliano se echó sobre el catre militar debajo de la ventana. (Aunque no lo menciona en sus memorias, a menudo dictaba acostado; después de leer algunos de sus últimos ensayos yo solía acusarlo de hablar en sueños, a lo que solía responder: «Los dioses nos hablan en los sueños; así que lo que digo mientras duermo debe ser divino.»)—. Mi amigo el Augusto me propone que deje el Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s

Junio 2005

cargo de César, abandone el ejército de Galia, y vuelva a Constantinopla para dedicarme a la vida privada; así estaré seguro.

Oribaso y yo reímos; yo estaba inquieto.

—Pero es absurdo —dije—. Sin embargo, ¿cuál es la alternativa?

—El obispo no lo especificó, De eso puede deducirse que Constancio, tarde o temprano, me combatirá.

—Muy tarde —dijo Oribaso—. Tiene dificultades en Persia. Por lo menos pasará un año antes de que pueda enfrentársenos.

Juliano negó con la cabeza.

—No estoy seguro. —Encogió las piernas y tomó una mesa plegable cercana sobre la que descansaba el fajo habitual de informaciones de los agentes secretos—. Todo tipo de noticias —golpeó los papeles con sus dedos—. Aquí hay una orden interceptada de

Constancio para el prefecto de Italia; reunir cien millones de kilos de trigo, tenerlos en Braganza, es decir, junto al lago Constanza, y almacenar el grano en diversas ciudades, todas en la frontera de Galia. Aquí hay otra orden para que el trigo sea almacenado en el lado italiano de los Alpes cotianos. Piensa invadir Galia. Eso es indudable.

—¿Pero cuándo? —Aunque estaba a punto de marchar y pronto me encontraría seguro (al no ser héroe, mi interés constante es conservar mi propia vida), me importaba lo que le ocurriese a mi amigo.

—¿Quién sabe? Sólo podemos esperar que Sapor lo complique en una gran campaña.

Mientras tanto, yo tengo todo el trigo. —Sonrió como un chico—. Ordené que lo confiscasen y lo tuviesen a mi disposición —se detuvo, luego dijo—: Todo lo que necesito es un año.

—¿Y después? —Lo miré fijamente porque Juliano nunca había hablado hasta entonces de otra cosa que

del futuro inmediato. Aunque lo conocíamos bien, ninguno de nosotros sabía hasta dónde podía llegar su ambición, o cuál era su plan a largo plazo.

Respondió con cautela, nuevamente echado de espaldas, mesando con una mano su barba juvenil, que lanzaba destellos dorados como la piel del zorro en la brillante luz de junio.

—En un año estaré seguro en Galia, y en Italia.

Ahora estaba claro. Cruzar los Alpes evidentemente significaba guerra.

—No puedo elegir —dijo—. Si me quedo aquí, si permanezco en el estado en que estoy, él tendrá mi cabeza —indicó los papeles que se encontraban sobre la mesa—. Hay un informe según el cual está negociando con los escitas para venir a Galia. Típico, por supuesto. Para destruirme arruinará Galia por segunda vez, la volverá a llenar de bárbaros y nunca la recuperará. —Se sentó—. Amigos míos: en la próxima primavera, saldré en campaña contra Constancio.

Todo lo que acerté a decir fue:

—Tiene un ejército diez veces superior al vuestro.
Controla Italia, África, Iliria, Asia...

—Lo sé. —Juliano estaba inesperadamente tranquilo. Habitualmente, tal conversación lo hubiera hecho poner de pie, mover los brazos, lanzando chispas por los ojos, tropezando con las palabras en su excitación. Pienso que me impresioné más su desacostumbrada Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

tranquilidad que sus palabras—. Pero si nos movemos con rapidez, reuniendo fuerzas a medida que vamos avanzando, puedo conquistar toda Europa en tres meses.

—Entonces os enfrentaréis al ejército más grande de la tierra en Constantinopla.

—Oribaso no parecía feliz.

—Creo que triunfaré. De todos modos, mejor es morir a la cabeza de un ejército que perecer aquí y pasar a la historia como el cuarto usurpador muerto por Constancio. Además, esta lucha es entre los galileos y los verdaderos dioses, y triunfaremos porque yo he sido elegido para triunfar. —Dijo esto tan tranquilo, tan alejado de su habitual exuberancia que nada nos quedó por decir; hubiera sido como decirle a la lluvia que se detuviera en una mañana de primavera en Galia.

Luego apareció su viejo yo.

—¡Así que ahora deserta Prisco! Cuando se establecen las líneas de batalla, él retrocede a Atenas.

—La cobardía es mi rasgo característico —dije.

—Y el amor conyugal —dijo astutamente Oribaso—. Prisco extraña los poderosos brazos de Hipsia...

—Y la compañía de mis hijos, que ya pueden arruinarme no sólo intelectual, sino también económicamente.

—¿Necesitáis dinero? —Juliano, incluso en los momentos de mayor pobreza, y en ese momento era incapaz de pagar los gastos de su personal, siempre era generoso con sus amigos. Máximo le sacó una considerable fortuna... y Máximo era una de las razones por las cuales yo abandonaba Galia; se rumoreaba que había aceptado la propuesta de Juliano de unírsele en la primavera. No podía soportarlo.

Le dije a Juliano que tenía todo el dinero que necesitaba. Entonces me dio un medallón personal, o *tessura*, que me permitía viajar libre de gastos por todo Occidente. Nos despedimos con gran cordialidad. Parecía seguro de su victoria, aunque en las memorias traiciona una ansiedad que nunca habíamos sospechado en su conducta, lo que demostraba que nuestro Juliano finalmente había madurado. Por una vez era reservado.

Juliano y Oribaso me vieron partir en el carruaje de la tarde que va desde las puertas del palacio hasta Vienne. Mientras entraba en el coche con su habitual complemento de obispos y agentes secretos, Juliano

susurré en mi oído: «Nos encontraremos en Constantinopla.» Esa fue la última vez que lo vi hasta que realmente nos encontramos en Constantinopla, para mi sorpresa. Pensaba que moriría antes del otoño.

JULIANO AUGUSTO

Debo resumir aquí lo que hice en Galia durante los cuatro años en que ejercí activamente como César. Tres veces crucé el Rin. Traje alrededor de mil cautivos apresados en la otra orilla. En dos batallas y un sitio capturé diez mil prisioneros, hombres que estaban en la flor de la edad. Durante esos años envié a Constancio cuatro levas de excelente infantería, tres más de infantería (no tan buenas), y dos escuadrones muy destacados de caballería. Recuperé todos los lugares tomados o sitiados por los bárbaros, alrededor de cincuenta poblados.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Tras reforzar nuestras defensas hasta Augusta, fui a fines del verano a Vienne por el camino de Besanzón. En total, pasé tres meses en campaña durante ese verano.

Tenía esperanzas de encontrar a Máximo en Besanzón. Corría el rumor de que se encontraba allí, esperándome. Pero, aunque tenía agentes buscándolo por todas partes, no fue posible hallarlo. En Besanzón tuve una extraña experiencia mientras rondaba solo por la ciudad, gozando del paisaje. Hay una hermosa vista desde la ciudadela, situada sobre una alta roca. El lugar está bien protegido no sólo por su eminencia sino también por el río Doubs, que la rodea como un foso.

Besanzón es ahora un pequeño poblado, pero había sido una importante ciudad, y en ella se encuentran muchos templos abandonados, reliquias de tiempos mejores. Parado frente al ruinoso templo de Zeus vi a un hombre vestido como un cínico. Estaba tan seguro de que se trataba de Máximo que lo seguí.. como hacen los niños. Estaba intrigado y le di una palmada en

el hombro para sorprenderlo. Logré mi objetivo. Se volvió y, para mi sorpresa, no era Máximo sino un viejo compañero que había visto una vez en casa de Proeresio. Ambos enrojecimos y tartamudeamos. Después él me saludó, y dijo:

—Qué grande es César para recordar al amigo de su juventud, un humilde filósofo, un mero buscador de la verdad...

—Bien venido a Galia —dije, disimulando que lo había confundido con otra persona—

. Debéis comer conmigo.

De este modo ingresó en mi corte durante algunos meses uno de los latosos más extraordinarios que he conocido. Oribaso todavía se ríe de mí por ello. Pero nunca tuve corazón para despacharlo, así que se sentó con nosotros noche tras noche, arruinando todas las conversaciones. ¿Por qué encontraré tan difícil decir solamente, «¡No!»? ¿Por qué seré tan tímido? Envidio a los tiranos. Además, ¿por qué cuento esta historia

cuando tengo la intención de referirme solamente a hechos fundamentales? Siempre he dicho que actué en defensa propia, que no quería usurpar el trono, que sólo deseaba ser reconocido por Constancio como legítimo Augusto en Occidente. Sin embargo, debo decir que me resulta imposible describir cómo me sentía en realidad entonces. ¡Sólo los historiadores pueden sentirse seguros de los motivos de alguien! De todos modos, mi intención es registrar la verdad, independientemente de lo dolorosa que sea o que me ponga bajo una luz desfavorable.

Entré en Vienne a primeros de octubre. Me alojé en el palacio del prefecto pretorio.

Tenía entonces una comitiva de unos mil hombres y mujeres, esclavos y soldados. El cielo sabe cómo aumenta ese personal, pero lo cierto es que aumenta y que resulta ruinosamente caro, incluso para los emperadores... ¿incluso? ¡Especialmente para los emperadores! Instalé a Nebridio, el nuevo prefecto pretorio, en mi vieja villa, cercana a los muros de la

ciudad. Era un hombre bastante bueno y discreto.

En esa época adopté una importante decisión. Hay una ley que establece que en todos los lugares públicos debe ser exhibida la imagen del emperador, sea pintada o esculpida. Ante ella se prestan los juramentos. Ninguna decisión legal tiene validez a menos que se haga ante la vista de la imagen. Y así la ubicua cara de Constancio, con sus conmovedores ojos y apretados labios, miraba a todos los funcionarios de Occidente, incluso a mí. El primer día de mi permanencia en Vienne ordené que mi propio retrato, como Augusto, fuese puesto junto al suyo. Entonces los dos fijábamos la mirada, codo con codo, sobre los litigantes y los Revisadores.

Junio 2005

abogados. Me dijeron que éramos conocidos como marido y mujer, puesto que yo parecía el hombre con mi barba y él la mujer con sus joyas y su suave rostro.

Durante todo el verano fui bombardeado por cartas de

Constancio. ¿Por qué no enviaba a Lupicino? ¿Por qué había robado trigo perteneciente a la prefectura de Italia?

¿Dónde estaban las tropas que había prometido? ¿Y los caballos? ¿Por qué me presentaba como Augusto? Se me ordenó que acudiese inmediatamente a presencia de Constancio en Antioquía. Incluso prescribió el personal que podía llevar conmigo; no más de cien soldados, cinco eunucos..., le encantaba hacer listas. Sin embargo, ante cada carta conminatoria yo envié una respuesta conciliadora, siempre firmando «César».

Mientras yo reunía el ejército en Galia, Constancio tenía dificultades con Arsaces, el rey en quien podía depositarse menos confianza en Armenia, de quien se sospechaba que había hecho tratos a escondidas con los persas. Posteriormente leí la transcripción secreta de los encuentros entre Constancio y Arsaces. Es sorprendente. Arsaces obtuvo todo lo que quiso a cambio de cumplir con su primer deber: mantenerse leal a nosotros que no sólo apoyábamos su trono sino

también la independencia de su país. Constancio era fatal para las negociaciones. Para sellar esta «reunión» (no hay palabra para describir el hecho de lograr que un aliado cumpla aquello a que el honor y los tratados ya lo habían comprometido), Constancio dio a Arsaces como esposa a la hija del viejo prefecto pretorio Abladie. Su nombre es Olimpia, y se suponía que alguna vez se casaría con Constancio, lo que la convertía en lo más parecido a una pariente femenina soltera. Ahora es reina de Armenia, devota galilea y hostil a mí.

Durante este intercambio entre el emperador y el armenio se habló mucho de mí. Es una extraña experiencia leer transcripciones literales de conversaciones en las cuales se habla de uno como del personaje de una narración épica.

Arsaces planteó la pregunta: ¿marcharía Juliano contra el emperador? Constancio no lo creía posible. En caso de que lo hiciese, a una señal suya las tribus germanas me atacarían en el Rin. Luego, si sobrevivía a su ataque,

los escitas me interceptarían el camino hacia Oriente, para no mencionar los ejércitos leales de Italia e Iliria.

Arsaces deseaba saber si era verdad que las victorias de Juliano en Galia superaban a las de Julio César.

Constancio respondió furioso: «Todo lo que hizo en Galia es obra de mis generales que actuaron bajo las órdenes de mi prefecto pretorio, que me obedece a mí.»

Luego Constancio llegó a declarar que él mismo había obtenido todas las victorias, pese a mi desesperante incapacidad. En realidad, ¡yo era tan inepto que el mismo Constancio se había visto obligado a tomar personalmente el mando del ejército para triunfar en la famosa victoria de Estrasburgo!

Debo decir que temblaba de ira mientras leía esas líneas. Sí, soy vanidoso. Es inevitable. Deseo honor. Deseo fama. Pero sólo deseo aquello que me pertenece. Estaba sorprendido por la audacia de Constancio. ¿Cómo podía mentir con tanta

indiferencia?

Arsaces debe haber sabido que Constancio estaba en el Danubio convirtiéndose en Sarmático Sarmático mientras yo liberaba Galia. Más bien sospecho que Arsaces sabía que el emperador mentía, y que en la transcripción rápidamente cambió de tema.

Me sorprendió particularmente un pasaje que hablaba de mí (¡con qué ansiedad leemos cosas acerca de nosotros mismos!). Constancio dijo que no tenía aptitudes para la vida de soldado; yo era un pedante que debía haberse quedado en la Universidad de Atenas. Arsaces observó que el pedante parecía haberse rodeado de una corte de camaradas pedantes en París.

Incluso los nombró. Constancio dijo que le gustaba la compañía que yo tenía, porque esos maestros me mantendrían tan ocupado con libros y ociosas disputas que no podría pensar en Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

la traición. Se ofreció para mostrar a Arsaces la rastrera carta en la que le declaraba mi lealtad, a la que rechazaba el título de Augusto. Arsaces dijo que por cierto le gustaría tener copias, y éstas fueron preparadas. Me pregunto si Constancio le mostró toda la correspondencia. Todavía me ruborizo cuando imagino a ese armenio leyendo mis altamente políticas y conciliatorias (pero nada «rastreras») cartas.

Luego Arsaces dijo: «Mencioné a los hombres de la corte de Juliano porque se rumorea que todos son ateos». En forma sorprendente, Constancio pareció totalmente desinteresado por este hecho. Meramente observó que los maestros tendían a ser desconfiados, sucios, codiciosos, impíos, barbudos... todos ellos cínicos, dijo en general. Pero Arsaces evidentemente estaba interesado; tenía esperanzas de que Juliano fuese un verdadero galileo. Constancio dijo que estaba seguro de que lo era, pero que daba lo mismo, puesto que después de la campaña persa yo moriría. Luego

hablaron de otros temas.

Posteriormente Constancio se dirigió hacia el sur hasta Melitena, Lecatena y Samarra.

Cruzó el Éufrates y se dirigió hacia Edesa, una gran ciudad de la Mesopotamia que se encuentra a sesenta millas al Oeste de las ruinas de Amida, entonces en poder de Sapor por derecho de conquista. Diariamente aumentaba el número de las tropas de Constancio, pero él nada hacía con ellas. Finalmente, cuando comenzó el otoño, marcharon hacia Amida. Ante las tropas, Constancio lloró; un gesto que no resulta particularmente ventajoso en la guerra. Ése fue el mismo día en que Úrsulo, el conde de la Sagrada Dádiva, hizo una observación, que luego fue muy comentada: «¡Ved con qué valentía nuestros ciudadanos son protegidos por esos soldados, cuya paga nos arruina!»

Esta sardónica observación le costó la vida. Uno simpatiza con los tesoreros, pero debe rendir honores a

los soldados, especialmente a aquellos que lucharon en Amida contra rivales que le llevaban una ventaja que hacía imposible el triunfo.

Desde Amida Constancio se desvió unas treinta millas al sudeste hacia Bezabde, un poblado persa que se encuentra en las riberas del Tigris. Sitié al pueblo, pero a causa del ardor de los persas y de su propia incompetencia, Bezabde resistió todo tipo de asaltos. Luego vino la época de lluvias. Quienes se encontraban allí me han dicho que los rayos y truenos eran aterradores. Nuestros hombres estaban atemorizados por lo que consideraban como la ira del cielo —y quizás lo fuese— dirigida a Constancio. Además, hubo innumerables arcos iris, lo que significaba que la diosa Iris había sido enviada desde el cielo para hacer algún cambio de importancia en los asuntos humanos. Constancio abandonó el sitio y se retiró a Antioquía para pasar el invierno.

Mientras tanto, yo preparaba mis propios asuntos en Vienne. Hice venir a algunos sabios y profetas, incluso

al hierofante de Grecia. Consulté oráculos y libros sagrados; hice sacrificios a los dioses... en secreto, ya que Vienne es una ciudad dominada por los galileos.

Todos los signos estuvieron de acuerdo en que yo triunfaría y Constancio caería. Sin embargo, no dejé de lado el aspecto práctico. Toda profecía está siempre abierta a la interpretación y si resulta que su significado no era el que uno había pensado, no es por error de los dioses, sino porque uno ha interpretado erróneamente sus signos. Cicerón ha escrito buenas observaciones sobre el tema. Otorgo particular crédito a los sueños, y estoy de acuerdo con Aristóteles en que los mensajes importantes del cielo son enviados a los hombres a menudo mientras están dormidos, aunque para soñar significativamente es preciso que los ojos bajo los párpados no se vuelvan ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, sino hacia delante, cosa muchas veces difícil de lograr.

A fines de octubre, durante la reunión del Consistorio, Oribaso me envió un mensaje.

Debía ir inmediatamente a ver a mi esposa. Estaba a punto de morir.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Elena yacía en la cama, con los ojos cerrados. Tenía todo su cuerpo más delgado a excepción del vientre, grotescamente hinchado bajo el cubrecama. Oribaso estaba sentado a su lado mientras los obispos de Vienne y Paris cantaban y oraban. Tomé la mano de Elena, que estaba fría, prematuramente fría. Se produce un terrible milagro cuando el alma abandona el cuerpo, mofándose de nosotros por la falta de importancia de la carne que durante la vida nos esclavizó en forma tan completa, puesto que somos carne, o parecemos serlo.

—Juliano. —Hablabla con la voz de siempre.

Me resultó imposible decir algo, sólo murmuré palabras de compasión. Sin embargo, sufría a pesar de que apenas la conocía. Éramos animales de la realeza,

uncidos por un mismo amo para que tirásemos un carruaje de oro. Ahora un animal había caído.

—Me han dicho que estoy a punto de morir. —Antes de que pudiera pronunciar los consuelos rituales, ella continuó—: No me importa mucho. No tengo miedo. Sólo recordad que la nueva ala este tiene un techo provisional. No hubo tiempo para hacer el tipo de tejas adecuado. Sabéis a qué me refiero. Se trata, creo, de tejas patricias. De todos modos, el mayordomo sabe cuáles comprar. Las provisionales deberán reemplazarse antes de las lluvias de primavera. Tengo estimaciones sobre el costo. Será caro, pero podrá tomarse dinero de mi cuenta privada en Roma. La nueva obra de mosaicos podría estropearse si hubiera muchas lluvias, cosa que puede ocurrir durante esta época del año en Roma. —Con estas palabras, Elena murió, pensando en su querida villa de Vía Nomentana.

Los obispos me miraron furiosos como si yo, de alguna manera, les hubiera agitado la fiesta. Luego se pusieron a orar, en voz muy alta. Abandoné el aposento. En el

salón exterior, encontré a las damas de compañía de Elena.

—La reina ha muerto. —Yo no sentía nada. Ellas empezaron a llorar.

—Preparadla —dije con severidad—, y guardad vuestras lágrimas.

Entraron en el cuarto. Oribaso puso su mano sobre mi hombro. Miré a mí alrededor todas las cosas que Elena había poseído, vestido, tocado.

—No sé —dije por último, realmente intrigado— qué es lo que siento realmente.

—Sentís alivio. Ella sufría. Ahora pasó.

Negué con la cabeza.

—Somos juguetes, y un niño divino nos levanta y nos deja caer, y nos rompe cuando quiere.

Así terminó mi vida conyugal. El cuerpo de Elena fue enviado a Roma y allí está enterrado en el mismo mausoleo que el de su hermana Constancia y de nuestro hijo. También me acordé de dar órdenes para que reemplazasen las tejas de la villa. Cuando murió, Elena tenía cuarenta y dos años. Yo veintiocho. Al día siguiente de su muerte hice voto de castidad, como una ofrenda a Cibeles por sus continuos favores.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XV

El 6 de noviembre del año 360 celebré mi quinto aniversario como César, mi

«quinquenio» como lo llaman los romanos.

Pensé que sería conveniente celebrar el aniversario con una gran fiesta. Es bien conocida mi repulsa por las actividades que se hacen en los hipódromos, sea

deportes, lucha o matanza de animales. Pero hay determinadas cosas que un hombre debe hacer cuando se encuentra en una alta posición, y la realización de juegos es una de las más importantes. Si los juegos son un éxito, uno obtiene popularidad entre las masas. De otro modo corre el riesgo de perderla. Es simple. Aunque muchas veces he maldecido a los cónsules de la antigua república que iniciaron esos aburridos y costosos festejos, siempre he hecho lo que se esperaba de mí en la medida en que lo permitían los medios a mi disposición.

Me han dicho que los juegos de Vienne fueron un éxito. No puedo juzgarlo. Concurrí a ellos lo menos posible. Pero, cuando aparecí, lo hice como Augusto. Me coloqué una pesada corona de oro a la cual ahora estoy bastante acostumbrado, justificándola ante mi mismo como símbolo del sol, es decir de Dios. Me mostré muy imperial ese año. Hasta Oribaso estaba satisfecho; no podía soportar la vieja faja púrpura que yo usaba en público. «Parecéis el director de un *gymnasium*», solía quejarse.

A causa de la muerte de Elena, Constancio y yo intercambiamos corteses cartas. Más tarde, en diciembre, recibí el anuncio de que Constancio se había casado con una mujer de Antioquía llamada Faustina. Le envié mis felicitaciones. Mientras tanto, cada uno de nosotros se preparaba para la guerra civil.

Un conjunto de hechos significativos sucedieron en diciembre. Una tarde, mientras hacía prácticas con el escudo y la espada (lo hago casi todos los días, a causa de que comencé tarde la vida militar y debo trabajar más que la mayoría para endurecer mis músculos y aprender las sutilezas del combate), aquél se rompió a la vez en la manija y en la correa, y cayó a tierra con estruendo delante de los petulantes con quienes hacía ejercicios. Antes de que nadie pudiera interpretar el hecho como un presagio desfavorable, dije en voz alta:

«¡Mirad!» Y levanté la manija que todavía empuñaba.
«¡Tengo lo que tenía!» Eso fue interpretado como que yo mantendría a Galia, pasara lo que pasase. Pero yo quedé preocupado hasta la noche en que soñé que veía

de nuevo a la deidad protectora de Roma que se acercaba hasta mi cama, y hablaba muy suavemente, en verso:

Cuando Zeus el noble Acuario alcance

y Saturno llegue al grado veinticinco de Virgo,

entonces Constancio, rey de Asia, de esta vida tan dulce,

el fin alcanzará con tristeza y aflicción.

Ésa era la afirmación más clara que podía esperarse de los dioses. A la mañana siguiente se la comuniqué a Oribaso, quien a su vez llamó a Mastara, el mejor de los astrólogos etruscos. Hizo el horóscopo de Constancio y descubrió que el emperador evidentemente moriría a los pocos meses. Incluso estableció la fecha alrededor del mes de junio del año 361. Pero, pese a esta seguridad celestial, no me sentí seguro. Continué preparándome para la guerra.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me gustaba el prefecto pretorio Nebridio, aunque él no gustaba de mí, por la misma razón de que yo gustaba de él; era fiel a su amo y yo lo respetaba por eso. Sin embargo, pese a su lealtad a Constancio, no conspiraba contra mí. A causa de ello le permití realizar las funciones ceremoniales de prefecto pretorio, pero sólo eso. Pese a nuestras cordiales relaciones, siempre estaba intentando descubrir formas de hacerme caer en trampas. Fue así como me creó un magnifico problema.

El 6 de enero los galileos celebraban algo que llaman fiesta de Epifanía. Es el día en que, según se supone, el Galileo fue bautizado. Sospechando mi disgusto por los galileos, Nebridio anunció en la ciudad que yo concurriría a la fiesta de los galileos en el osario de Vienne, una basílica flamante pagada con las numerosas dádivas que Elena entregó a los obispos. Yo estaba furioso, pero trataba de no demostrarlo. Me duele decir

que Oribaso se divertía con mi apuro.

De mala gana hice lo que tenía que hacer. Pasé dos horas meditando sobre los fémures de algún villano que había sido comido por los leones en Roma mientras el obispo me daba un considerable sermón, rogando para que yo lanzase el peso de mi majestad contra los enemigos arrianos. Incluso se mostró político al decirme que como Constancio era arriano y yo posiblemente atanasiano, podría establecerse entonces una línea divisoria entre ambos respecto de todas las cosas, y prevalecería el lado de la verdad (también el lado de la mayoría, agregó sutilmente), sosteniendo mi trono como columnas, creo que ésa fue su metáfora, o podría tratarse de cariátides sagradas. Cuando llegó el momento de orar, mis palabras se dirigieron al Galileo, pero mi corazón le habló de Zeus.

El invierno fue un compás de espera. Yo ya estaba listo para salir en campaña. Todo lo que necesitaba era una señal del cielo. Aunque el prefecto de Roma no permitió a mis emisarios consultar los libros sibilinos, un

sacerdote amigo de la antigua orden pudo ver la parte de ese libro que describe nuestro periodo. De acuerdo con su informe secreto resultaba evidente que yo sería el futuro emperador. Mi reino sería borrascoso, pero largo. Eso era todo lo que yo pedía: tiempo. Tiempo para rejuvenecer un viejo mundo, para hacer del invierno primavera, liberar al Dios Uno del triple monstruo de los ateos. ¡Dadme veinte años, oh, Helios, y yo llenaré la tierra de elogios por vuestra luz e iluminaré los oscuros recovecos del reino de Hades! ¡Así como Perséfone retornó a Deméter, así nuestro tiempo de muertos en vida volverá a tus brazos, que son la luz, es decir la vida, es decir todo!

En abril supe que la tribu germana del rey Vadamaro había cruzado el Rin y devastaba la zona cercana a Retia. Estas eran noticias particularmente sorprendentes puesto que dos años antes habíamos negociado una paz «final» con Vadamaro. No había sufrido agravios por parte nuestra; era un hombre culto, educado en Milán, cauteloso por naturaleza. Ante cualquier demostración de fuerza siempre había respondido con mil disculpas y

con una rápida retirada a su lado del río. El hecho de que Vadomaro ahora saliera en campaña contra mí sólo tenía un significado: estaba actuando no por cuenta propia sino bajo las órdenes de Constancio.

Envié a Vadomaro uno de mis condes, un hombre llamado Libino. Era un buen soldado y negociador, o así lo consideraba yo. Lo envié con la mitad de una legión y órdenes de persuadir a Vadomaro. Si la persuasión fallaba debía recurrir a las amenazas de extinción.

Libino llegó hasta Sechingen en el Rin. Allí lo rodearon los germanos. Desgraciadamente, Libino estaba ansioso por emprender la lucha, aunque su misión sólo consistía en negociar.

Como un tonto, ordenó atacar a sus hombres. Cinco minutos después, el mismo Libino fue Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

cortado en dos por una espada germana, y sus hombres, en desventaja en una proporción de cinco a uno, fueron aniquilados.

Envié entonces a los petulantes sólo para saber que los salvajes habían desaparecido en los bosques tan misteriosamente como habían aparecido. Por el momento, todo era paz en el Rin. Ahora bien, habitualmente hubiera considerado este hecho lo que parecía: una única salida originada por la inquietud tribal, realizada sin el conocimiento de Vadomaro, que mientras tanto me escribía largas y elocuentes cartas, ofreciéndose para castigar a su propio pueblo, en el caso, por supuesto de que fuera culpable. Incluso envió dinero para la familia de Libino.

No creí a Vadomaro, pero estaba dispuesto a olvidar el asunto hasta que uno de los guardias de la frontera interceptó a un mensajero germano que se dirigía hacia Oriente. Se encontró entonces que el mensajero llevaba una carta de Vadomaro a Constancio. Extraigo un fragmento de ella: «Vuestro deseo ha sido realizado,

señor, vuestro César indisciplinado ha sido castigado. »
Eso era todo lo que necesitaba. Inmediatamente envié a uno de mis notarios, un muchacho inteligente llamado Filogio, para que se uniese a los petulantes que todavía se encontraban en Sechingen, cerca de las tierras de Vadomaro.

LIBANIO: Me siento obligado a señalar que este «inteligente muchacho llamado Filogio» ha sido designado conde de Oriente por Teodosio. Es un cristiano devoto y nadie sabe qué nos pasará bajo su gobierno. ¡Ojalá Juliano lo hubiese enviado a él al fatal encuentro en el Rin en vez de Libino! Pero de no haber sido él, seguramente el destino nos hubiera enviado a alguno peor que Filogio. El conde llegó a Antioquía a principios de este mes. Se movió entre nosotros como un cisne que se encuentra en un estanque particularmente pequeño y desagradable. ¿Me atreveré a nombrarle a Juliano?

JULIANO AUGUSTO

Entregué a Filogio instrucciones selladas. Si encontraba a Vadomaro de este lado del Rin, debía abrir la carta y hacer lo que allí estaba escrito. De otro modo, debía destruir la carta. Estaba bastante seguro de que vería a Vadomaro, que a menudo viajaba por nuestro territorio, visitando amigos romanos. Como muchos nobles germanos, en cierto modo era más romano que los romanos.

Filogio encontró a Vadomaro en una recepción dada por un contratista local, e invitó al rey a comer en su compañía al día siguiente en el comedor de los oficiales petulantes.

Vadomaro dijo que le encantaría comer con hombres tan distinguidos. Cuando llegó a la cita, Filogio se disculpó diciendo que se había olvidado de dar determinadas instrucciones al cocinero. Después leyó mi carta. En ella le encargaba detener a Vadomaro por alta traición.

Filogio así lo hizo, para sorpresa de su huésped.

Una semana después me fue presentado Vadamaro en Vienne. Lo recibí a solas en mi estudio. Es un hombre apuesto, de ojos azules, con el rostro enrojecido por la mucha bebida y los fríos inviernos. Pero sus modales eran cuidados como los de un cortesano romano.

Hablaba excelente griego y se encontraba muy atemorizado.

—Habéis hecho una elección equivocada, rey—le dije.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Tartamudeó, no sabía qué querían decir mis palabras. Le entregué la carta que había interceptado. Su rostro rojo se cubrió de manchas.

—Hice lo que me dijeron, Augusto...

—En la carta me llamáis César.

—No, no, Augusto. Es decir, tuve que hacerlo cuando le escribí a él. Me ordenaba atacaros. ¿Qué podía hacer?

—Podrías haber cumplido el tratado que tenías conmigo. O podrías haber hecho una elección mejor, como os sugerí en un principio. Podrías haberme elegido como vuestro amo, en lugar de Constancio.

—Pero lo hago, gran señor. ¡Lo hago ahora! Siempre lo he hecho. Sólo que...

—¡Basta! —lo detuve con un gesto. No gozaba viendo cómo otro hombre se arrastraba ante mí—. En realidad, vos y vuestra correspondencia me han resultado muy útiles. —Le quité la carta—. Ahora no sólo tengo pruebas de que Constancio piensa destruirme, sino que incita a los bárbaros contra su propio pueblo. Ahora sé qué hacer y cómo hacerlo.

—Pero ¿qué haréis, Augusto? —Vadomaro se había distraído momentáneamente de su propio destino.

—¿Qué haré? Os desterraré a España. —Su rostro se llenó de gratitud, y me resultó difícil liberarme de su abrazo y entregarlo a los guardias.

Hice venir a Oribaso. Yo jamás había estado tan exaltado.

—¡Estamos dispuestos! —grité cuando llegó—. ¡Todo está dispuesto! —No recuerdo ahora qué más dije. Supongo que «balbuceé», como llama Prisco a mi modo de hablar durante los arrebatos de entusiasmo. Recuerdo que Oribaso, siempre el más conservador de mis asesores, estuvo totalmente de acuerdo conmigo. Se trataba de entonces o nunca. Quedaba un posible obstáculo, el estado de ánimo de las legiones. Algunos se mantenían inflexibles respecto de la posibilidad de abandonar Galia.

Juntos estudiamos la nómina militar. Las unidades inclinadas a la rebelión fueron enviadas como guarniciones permanentes a las ciudades más lejanas de Galia. La totalidad de las fuerzas restantes podía

reunirse el 25 de junio, en que mi tarea consistiría en animarlas en la guerra contra Constancio. Nunca un orador se enfrentó con una tarea más difícil. Ensayé mi discurso todos los días durante tres semanas. Oribaso me ayudó hasta que él también se lo aprendió de memoria.

Al amanecer del día 25 Oribaso y yo nos reuníamos con algunos oficiales de parecidas creencias en una pequeña capilla fuera de la cámara del consejo. Allí hice especiales ofrendas a Belona, la diosa de las batallas. Los presagios eran propicios. Luego, nervioso al pensar en el discurso que me esperaba, me adelanté con todos mis ropajes para pasar revista a las tropas reunidas en un campo en las afueras de la ciudad, más allá de las puertas a través de las cuales yo había arribado a Vienne cinco años antes como un muchacho inmaduro con un puñado de tropas, y que sólo sabía orar. En esto pensaba mientras iba hacia el estrado de piedra, mi cuello rígido bajo su carga de oro.

No tengo conmigo una copia de ese discurso. En

realidad mi secretario principal parece no haber empaquetado ninguno de mis archivos, aunque le pedí especialmente que los trajera con nosotros, sabiendo que redactaría estas memorias en Persia. De todos modos, recuerdo la mayor parte de lo que dije, incluso los gestos que me sorprende repitiendo mientras vuelvo a decir las palabras de hace dos años. No aburriré al lector con un catálogo Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

de gestos, ni con todas las palabras de la perorata. Sólo diré que me encontraba en el mejor de los momentos.

En primer lugar me dirigí al ejército como nobles soldados. Ésa es una forma desacostumbrada de dirigirse a un ejército, y provocó muchos comentarios. Sin embargo deseaba subrayar ante ellos la importancia que tenían para mí el respeto que les guardaba.

Hablé de todo lo que habíamos hecho juntos durante

las luchas contra los germanos y los francos. «Pero ahora soy Augusto y, con vuestro apoyo y el de los dioses, ojalá la fortuna esté de nuestra parte, perseguiré más altos fines. Para adelantarnos a aquellos que desde Oriente nos desean el mal, propongo que, puesto que las guarniciones de Iliria son demasiado pequeñas, tomemos posesión de la totalidad de Dacia y luego decidamos qué debemos hacer a continuación. En apoyo de este plan os pido, bajo juramento, vuestra promesa de un duradero y ferviente acuerdo. Por mi parte, haré todo lo posible para evitar la debilidad y el temor.

Además, juro que no realizaré ninguna acción que no sea provechosa para todos nosotros.

Sólo os pido que evitéis perjudicar a los ciudadanos, puesto que somos conocidos por el mundo no sólo como los triunfadores del Rin, sino como los hombres cuya justa conducta en la victoria ha dado prosperidad y libertad a la mitad del mundo.»

Seguí hablando en el mismo tono. Al finalizar, a través de distintos gritos y fuertes juramentos, los soldados dieron su palabra de que me seguirían hasta el fin de la tierra, algo exagerado ya que su interés inmediato era el botín que obtendrían en la que consideraban como una fácil campaña en Dacia.

Cuando les pedí que me prestasen el juramento de fidelidad como Augusto, así lo hicieron, con las espadas sobre la garganta. En seguida me volví hacia los funcionarios y oficiales reunidos alrededor de la tribuna de piedra:

—¿Me prestaréis también vosotros el juramento de fidelidad, en el nombre de Dios?

—Hice la pregunta de acuerdo con el ritual. Todos juraron, a excepción de Nebridio. De la tropa partió un clamor de amenaza—. ¿No prestaréis el juramento de fidelidad, prefecto?

—No, César; ya he prestado el juramento de apoyar al emperador. Mientras él viva, no podré volver a jurar sin

poner en peligro mi alma. —Su voz temblaba, pero no su voluntad.

Sólo yo oí la totalidad de su discurso, porque ante la palabra «César» los hombres rugieron llenos de ira. Las espadas fueron desenvainadas. Un legionario agarró a Nebridio por el cuello y estuvo a punto de tirarlo en tierra cuando yo descendí rápidamente de la tribuna y me puse entre el soldado y el prefecto. Nebridio, pálido como la muerte, se agarró a mis rodillas. Me quité el manto y lo dejé caer sobre él: el antiguo gesto para significar que un hombre se halla bajo la protección del emperador. Luego grité a las legiones: «¡Sufrirá lo suficiente cuando seamos los amos de Roma!» Este rasgo de demagogia distrajo a los hombres, y yo ordené que pusiesen a Nebridio bajo custodia en el palacio.

Después pasé revista a las tropas. Era un hermoso espectáculo, digno de ver, y todas las dudas que me habían atormentado durante la noche se disiparon ante el azul-verdoso día de verano y la vista de veinte mil

hombres marchando rítmicamente al unísono a la manera pírrica. En esos momentos uno comprende que la guerra es un aspecto esencial de los dioses, y que la comunión de un ejército es un misterio, a su manera tan bello como el de Eleusis. Por un momento todos los corazones latieron con idéntico ritmo. ¡Éramos uno y no había nada en la tierra que no pudiéramos hacer!

Cuando volví al palacio hice llamar al terco Nebridio. Lo desterré a Toscana. Él esperaba la muerte. Con lágrimas en los ojos, dijo:

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—César, dadme vuestra mano. Permitidme... como agradecimiento... —Pero lo hice retroceder.

—No tendría honor ni señal de afecto para dispensar a amigos, si os diese mi mano. —

Tal fue el fin de Nebridio en Galia.

El 3 de julio salí en campaña contra Constancio. Los presagios eran excelentes y el tiempo bueno.

Nos movimos en dirección a Oriente hasta Augusta, donde convoqué una reunión de la plana mayor. Como de costumbre me había reservado mis planes; ni siquiera Oribaso conocía mis intenciones, aunque cabalgábamos juntos, comíamos juntos y charlábamos como compañeros de escuela.

Mis comandantes eran: Nevita, el gran franco a quien admiraba cada vez más a medida que lo conocía; Jovino, un competente oficial; Gomoario, un hombre en quien no depositaba mi confianza, porque había traicionado a su comandante Vetranio cuando se rebeló contra Constancio; Mamertino, un buen secretario; Dagalaifo, tal vez el mejor comandante de caballería de toda la historia del ejército romano. Comencé anunciándoles que Salustio ya se hallaba en camino hacia Vienne para actuar como prefecto pretorio; gobernaría en mi lugar.

La noticia fue bien acogida. Salustio no sólo era admirado por mí, sino también por todos los hombres.

—Ahora debo hacer algunos nombramientos —no necesitaba consultar la hoja de papel que tenía ante mí. Primero cumplí con la tarea desagradable—.

Gomoario, os reemplazo como comandante de caballería, vuestro puesto será ocupado por Nevita.

—Hubo silencio. Gomoario no despegó sus labios. Todos sabían mi motivo. Los militares somos una pequeña familia, a pesar del tamaño del Imperio. Nos conocíamos recíprocamente los defectos y las virtudes —. Jovino, os nombro cuestor; Mamertino, tesorero; Dagalaifo, comandante de mis tropas personales.

Luego desplegué el mapa sobre la mesa plegable.

—Los ejércitos combinados de Iliria y de Italia nos superan en una proporción de diez a uno. Por suerte, estos ejércitos no están combinados. En su mayor parte los componen tropas de guarniciones, mientras el nuestro es un ejército agresivo, apto para el ataque

rápido.

Ahora bien, ¿cuál es la mejor acción a seguir? —Me detuve. Ellos consideraron mi pregunta retórica, como evidentemente era—. En caso de duda, imitad a Alejandro. Cada vez que su ejército era notablemente inferior en número, dispersaba sus tropas para dar la impresión de que tenía muchos más hombres de los que podía suponerse. Por lo tanto, pienso dividir el ejército en tres secciones. Parecerá que atacamos de todas direcciones.

«Jovino tomará la ruta directa hacia Italia. —Señalé el mapa—. Como observaréis he marcado para vosotros los principales caminos. Distribuílos a lo largo de ellos. Quiero que todos os vean. Nevita, vos tomaréis el curso medio, desde el oeste a través de Retia. Yo me ocuparé del resto del ejército y me dirigiré hacia el norte a través de la Selva Negra hasta el Danubio. Luego al oeste y al sur a lo largo del Danubio, directamente hasta Sirmio. Quien posee Sirmio controla Iliria y el acceso a Constantinopla. —Me volví hacia

Nevita—. Yo y vos nos encontraremos en Sirmio, antes de finalizar octubre.

Nadie puso objeciones a mi plan. Para quienes tengan la impresión extraída de la historia de que los emperadores divinos nunca son discutidos por quienes los sirven, señalaré Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

que eso no ocurre cuando se sale de campaña. Aunque el emperador tiene la última palabra, todo comandante puede discutir con él cuanto quiera hasta el momento en que el plan de guerra es puesto en acción.

Personalmente, siempre he buscado la discusión. A menudo, cuando no se cae en argucias, la propia estrategia sale perfeccionada. Esta vez, sin embargo, hubo escasa discusión, únicamente las disputas habituales acerca de a quién le correspondería cada legión. Al día siguiente el ejército fue dividido, y comenzó la conquista de Occidente.

La Selva Negra es un lugar extraño y lleno de

presagios. El verla de cerca me hizo comprender mejor a los germanos. El lugar está encantado; perversos demonios acechan en todas las sombras..., ¡y qué sombras! Aun al mediodía el bosque es tan oscuro que uno se siente como sumergido en un mar verde, profundo y murmurante. Mientras cabalgábamos por los quietos senderos, las legiones, en fila de dos, se contorsionaban como una lenta serpiente marina sobre el fondo del océano. Por suerte poseíamos guías en quienes depositábamos nuestra confianza, pues conocían todos los recodos del bosque. No puedo imaginar cómo los reconocían, ya que allí no hay señales de ninguna clase; sin embargo, marchaban seguros a través del verde laberinto. Durante días enteros no vimos el sol, hasta que desesperé de volver a ver a mi dios.

A mediados de agosto nos encontrábamos en el salvaje, pero hermoso, valle del Danubio. Aunque el río no tiene un aspecto tan impresionante como el Rin, es mucho menos traicionero para la navegación. Por ello decidí hacer el resto del camino por agua.

Nos detuvimos en una aldea situada en la orilla meridional y ordené que se construyesen botes. Mientras los hacían recibí el homenaje de las tribus del lugar. Estaban sorprendidas de ver a un emperador romano (¡por más que no fuese legítimo!) en un lugar tan septentrional. Cuando descubrieron que yo no quería hacerles daño se mostraron muy colaboradores y se ofrecieron como pilotos para navegar por el río. Constituían un hermoso pueblo, de piel clara, algo asustadizo.

Mientras tanto llegaron los mensajeros de Jovino, con buenas nuevas. Milán había caído. También me escribía las últimas noticias respecto a Constancio. Sapor había avanzado hasta el Tigris. Constancio entonces se había retirado hasta Edesa, donde ahora se refugiaba, evitando la batalla. Me divirtió saber que había nombrado a Florencio prefecto pretorio de Iliria. Evidentemente, yo provocaba la némesis del pobre Florencio. Lo había desterrado de Galia; pronto lo echaría de Iliria. Creo que de todos aquellos que me odian, él es quien lo hace con mayor intensidad. Por

cierto, tiene buenas razones.

Navegamos Danubio abajo a través de un país dorado, lleno de cosechas. No nos detuvimos en ninguno de los poblados y fortificaciones que se hacen más numerosos a medida que uno se aleja hacia el sur. No teníamos tiempo que perder. Si tomaba Sirmio, todos esos poblados serían míos por derecho, pero si me detenía a sitiar cada uno de ellos nunca terminaría de luchar. La mayoría de los nativos estaban bien dispuestos hacia nosotros; pero, por otra parte, ninguno de ellos fue puesto a prueba.

A mediados de octubre, durante la noche, con la luna en menguante, llegamos a Bonmunster, a setenta millas al norte de Sirmio. Es un pequeño poblado, sin guarnición. Pese a la hora avanzada, ordené a los hombres que desembarcaran. Acampamos a orillas del río.

No sé si se trata de algo común a todos los hombres que se encuentran en mi situación, pero durante mi

experiencia como usurpador (y es preciso aplicarme ese nombre) en todos los lugares en que me encontré se me acercaron como abejas alrededor de la miel toda suerte de Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

informantes y simpatizantes. Incluso me vi obligado a establecer un proceso para examinar a todo posible aliado y decidir si podía resultar útil. ¡La mayoría demostró su sinceridad; pero yo demostré ser victorioso!

Antes de que se pusiera la luna supe que el conde Luciliano se encontraba en Sirmio, con un ejército considerable y con órdenes de destruirme. Sin embargo, no esperaba que yo llegase a las cercanías hasta la semana siguiente, y por esta razón dormía en Sirmio.

Apenas supe esa información mandé a buscar a Dagalaifo. Le ordené que se dirigiese directamente a Sirmio con cien hombres; debía apresar a Luciliano y

traerlo. Era una labor difícil, pero unos espías me habían dicho que la ciudad no estaba más vigilada que de costumbre, y que el palacio donde vivía Luciliano se encontraba cerca de las puertas de la ciudad. Por la noche nuestras tropas no parecían diferentes a cualquier otra tropa imperial; no habría problemas para entrar en la ciudad. Respecto de lo demás, contaba con la audacia y el valor de Dagalaifo.

Cuando Dagalaifo nos hubo abandonado, Oribaso y yo vagamos juntos por la orilla del río. Era una noche cálida. En el cielo negro una luna deformada, como una cabeza esculpida en mármol, plateaba la campiña. Detrás de nosotros se velan las fogatas y las antorchas del campamento. Los hombres estaban callados; tenían órdenes de no hacer ruidos innecesarios; sólo los caballos me desobedecían a veces, con relinchos agudos y súbitos. Nos detuvimos en el extremo de la ribera.

—Me gusta esto —dije, volviéndome hacia Oribaso, que se había sentado sobre una roca, con la mirada fija

en la brillante diagonal que la luz de la luna trazaba a través de las lentas y profundas aguas.

Oribaso levantó su mirada hacia mí. La luna era tan clara que pude distinguir sus rasgos.

—¿Esto? —frunció el ceño—. ¿Os referís al río, a la guerra o al viaje?

—A la vida. —Me senté a su lado sobre la roca y crucé las piernas, ensuciando de barro mi capa púrpura—. No a la guerra. Ni al viaje. Precisamente a esto. Ahora. —Suspiré—

. Apenas puedo creer que hayamos cruzado casi la mitad del mundo. Me siento como el viento, incorpóreo, invisible.

Se echó a reír.

—Probablemente seáis el hombre más visible de la tierra, y el más temido.

—Temido —repetí, preguntándome si alguna vez sentiría alguna satisfacción del hecho de que pudieran arrebatarse las vidas y las fortunas de los hombres obedeciendo a un solo movimiento de mi cabeza. No, no puedo gozar por la posesión de ese tipo de poder; no es lo que quiero.

—¿Qué es lo que queréis? —Oribaso había adivinado mis pensamientos, como hace tan a menudo.

—Restaurar a los dioses.

—Pero si ellos son reales y existen..

—¡Son reales! No hay ningún «si». ¡Existen! —dije con vehemencia.

Su risa me detuvo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Entonces existen. Pero si existen, siempre están presentes, así que no hay ninguna necesidad de «restaurarlos».

—Pero nosotros debemos rendir culto a lo que Dios nos dice.

—Así dicen los cristianos.

—Ah, pero ellos tienen un dios falso, y yo pienso «destruirlos».

Oribaso se puso rígido al oír la palabra «destruirlos».

—¿Matarlos?

—No. No les daré el placer del martirio. Además, al ritmo con que se matan entre sí, sería inútil que yo interviniese. No, lucharé contra ellos con la razón y el ejemplo.

Reabriré los templos y reorganizaré el sacerdocio. Daremos al helenismo tales fundamentos que el pueblo

lo elegirá por su propia voluntad.

—Me pregunto si sucederá así. —Oribaso estaba pensativo—. Son ricos, bien organizados. Y, lo más importante, educan a los niños.

—¡Haremos lo mismo! —Pensaba mientras hablaba; no tenía ningún plan—. Incluso mejor, podemos quitarles las escuelas.

—Si pudieseis...

—El emperador puede.

—Puede resultar efectivo. De otro modo...

—¿De otro modo?

—Tendréis que reinar como un tirano sangriento e incluso así terminaréis derrotado.

—No soy tan pesimista. —Pero Oribaso había puesto una idea en mi cabeza, una idea que nos salvará a

todos. De una manera bastante curiosa, aunque a menudo habíamos hablado de aquello que ocurriría cuando me hiciese emperador, ninguno de nosotros había considerado la forma que tomaría la lucha entre el helenismo y los galileos.

Estábamos de acuerdo en que yo repudiaba públicamente al Nazareno, pero ninguno había pensado en la reacción que esto provocaría, en particular en las masas populares de las que quizás la mitad estuviese integrada por galileos. Sólo el ejército es verdaderamente religioso; sus hombres rinden culto a Mitra. Hay pocos galileos en las filas, aunque la tercera parte de los oficiales cree en el triple monstruo.

Hablamos hasta el amanecer. Apenas apareció el sol sobre el horizonte, como un presagio, Dagalaifo regresó al campamento con el conde Luciliano como prisionero.

Corrí hacia mi tienda. Allí, sobre la tierra, en sus ropas de dormir, estaba Luciliano, atado como un pollito. Estaba aterrorizado. Por un momento miré su cuerpo

tembloroso, recordando que lo había visto por última vez como carcelero de mi hermano.

Luego lo liberé de las ligaduras y lo hice poner de pie. Este gesto amistoso disminuyó algo su ansiedad. Es un hombre de gran tamaño, dadas sus originales dietas. Durante un tiempo sólo había comido tetas de cerda; por lo menos según se cuenta.

—Nos alegra que hayáis venido en seguida, conde — me mostraba formal, pero agradable.

—De haberlo sabido, César... quiero decir Augusto... hubiera venido por mi propia voluntad...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Y me hubieseis matado, como a Galo?

—Ésas eran las órdenes que recibí, Augusto, pero en esta disputa podéis contar con mi lealtad hacia vos.

Siempre he sido leal. Siempre os he preferido al emp...
a el que está en Antioquía.

—Aceptamos vuestra lealtad, vuestras tropas, vuestra
ciudad de Sirmio y la prefectura de Iliria.

Suspiró, pero hizo una reverencia.

—Tal es la voluntad del Augusto. Todo es vuestro.

—Gracias, conde —me encontraba de excelente
humor. Luciliano es el tipo de hombre imprevisor, una
prueba de ello es su incapacidad para prever mi
llegada, y los hombres que no piensan en el futuro
tienden a aceptar los hechos; no conspiran nunca.

—Ahora prestaréis juramento ante mí —dije. Juró, y
besó la púrpura, llevándose algo del lodo del Danubio
sobre su rostro—. Mantendréis vuestra jerarquía,
conde, y serviréis en mi ejército.

La recuperación de Luciliano fue rápida.

—Si me permitís, señor, habéis cometido una gran imprudencia al venir aquí con un ejército tan pequeño en medio del territorio de otro.

—Reservad, mi querido conde, vuestra sabiduría para Constancio. Os he dado mi mano no para haceros mi consejero, sino para quitaros el miedo —me volví hacia Mamertino—. Dad la orden al ejército. Marchamos hacia Sirmio.

Sirmio es una gran ciudad, muy apropiada para ser capital de un imperio, ubicada en la frontera entre la prefectura de Iliria y la diócesis de Tracia, la región más occidental de la prefectura de Oriente. Estaba entonces en los comienzos del territorio tradicionalmente asignado al Augusto de Oriente.

Había prevenido a mis oficiales de que podrían presentarse incidentes. No esperaba que la ciudad se rindiese sin una resistencia abierta, aun cuando su comandante estaba ahora con nosotros, cabalgando a mi lado.

Pero, para mi sorpresa, fuera de las puertas de la ciudad nos recibió una gran multitud de hombres, mujeres y niños, llevando guirnaldas de flores, ramas de árboles y numerosos objetos sagrados. Fui saludado como Augusto con el más extraordinario entusiasmo.

Me volví hacia Luciliano y le grité entre el alboroto:

—¿Habéis preparado esto?

Movió la cabeza negativamente. Era demasiado estúpido para mentir.

—No, Augusto, no sé quién preparó esto...

—¡Leyenda! —dijo Oribaso—. Saben que triunfaréis. Siempre lo hacen.

Un gran ramo de flores me golpeó en el rostro. Con picazón en los ojos lo aparté; una amapola de color rojo sangre se prendió de mi barba. Los hombres y las mujeres me basaron el manto, las piernas, el caballo. De este modo fui escoltado hasta la capital de Iliria,

cuando las uvas estaban todavía verdes. Era la primera ciudad que se me había rendido, y tenía dos veces el tamaño de Estrasburgo, Colonia o Tréveris. Esto ocurrió el 3 de octubre del año 361.

Me dirigí directamente hacia el palacio, y hacia mis ocupaciones. Recibí al Senado de la ciudad y apacigué sus temores. Me juraron lealtad, como lo hicieron las legiones de la *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

ciudad. Ordené una semana de carreras de carros a partir del día siguiente, para divertir al populacho, una de las cargas que invariablemente los conquistados imponen al conquistador.

Con gran placer recibí a Nevita, quien, fiel a su promesa, llegó a Sirmio tras una marcha victoriosa a través de Retia. Occidente era nuestro.

Convoqué a una reunión de la plana mayor, y allí analizamos nuestra próxima acción.

Algunos preferían marchar directamente hacia Constantinopla, que se encontraba a doscientas millas. Dagalaifo sostuvo que, estando Constancio en Antioquía, Constantinopla se rendiría sin presentar batalla. Nevita no estaba tan seguro. Temía que Constancio ya estuviese en marcha desde Antioquía hasta la capital. Si esto ocurría, difícilmente seríamos rivales para el que era, en realidad, el ejército más grande de la tierra. Estuve de acuerdo con Nevita.

Permaneceríamos donde estábamos durante todo el invierno.

Confíé a Nevita la defensa de Paso Succiso, un estrecho desfiladero entre las altas montañas que separan Tracia de Iliria, cuya posesión asegura, a quien lo domina, contra los ataques por tierra. Luego envié a dos de las legiones de Sirmio hacia Aquilea, para que tomaran ese importante puerto marino. Con la mayor parte del ejército me retiré alrededor de cincuenta millas hacia el noroeste hasta Nisch (donde nació Constantino). Allí pasé a cuarteles de invierno.

Las semanas pasadas en Nisch fueron de mucho ajetreo. Todas las noches dictaba a mi secretario hasta la madrugada. Estaba decidido a presentar mis argumentos contra Constancio con la mayor claridad posible para que todos los leyesen y comprendiesen. Envié un largo mensaje al Senado de Roma. También redacté cartas separadas para los senados de Esparta, Corinto y Atenas, explicando lo que había hecho y lo que pensaba hacer. En forma decidida, pero justa, eché las culpas de todo lo ocurrido a Constancio. Luego — aunque Oribaso me previno para que no lo hiciese — aseguré a los distintos senados que estaba dispuesto a restaurar el culto de los antiguos dioses, señalando que personalmente los imitaba para, con el mínimo de necesidades, hacer el bien al mayor número posible. Estas cartas fueron leídas en todas las reuniones públicas. Causaron una impresión profunda y favorable.

Durante este período planeé un ataque anfibio sobre Constantinopla que tendría lugar apenas los vientos nos favoreciesen. En el aspecto militar, nos hallábamos en una buena posición. En Succiso controlábamos el

acceso a Occidente por tierra. En Aquilea controlábamos el acceso por mar al norte de Italia. Me sentía razonablemente seguro y confiaba en que, antes de que se desatase la guerra civil, Constancio llegaría a un acuerdo conmigo. Pero mi sentimiento de seguridad recibió un duro golpe cuando supe que las dos legiones que había enviado a Aquilea se habían pasado de inmediato al bando de Constancio.

El puerto estaba entonces en sus manos, y yo era vulnerable a un ataque por mar. Puesto que yo no podía abandonar Nisch ni Nevita Succiso, mi única esperanza quedaba en Jovino, que estaba en Austria camino de Nisch. Le envié un mensaje urgentísimo para que viajase inmediatamente hacia Aquilea. Mi situación era en ese momento sumamente precaria. En cualquier momento Constancio podía desembarcar un ejército y aislar me de Italia y de Galia.

Estaba desesperado, creía que los dioses me habían abandonado. Pero no lo habían hecho.

Intervinieron en el último momento.

La noche del 20 de noviembre trabajé hasta última hora. Las lámparas cargadas con un aceite barato lanzaban un humo abominable. Los tres secretarios nocturnos estaban sentados ante una larga mesa, montañas de pergaminos se apilaban entre ellos. En una mesa aislada escribía yo una carta a mi tío Juliano, tratando de tranquilizarlo —y de tranquilizarme— en el sentido de que la victoria era cosa segura. Acababa de terminar la carta, con una de esas posdatas que incluso los viejos amigos dicen que no pueden descifrar, cuando oí pasos que se aproximaban rápidamente. La puerta se abrió sin ceremonias. Los secretarios y yo nos Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

levantamos. Uno nunca sabe si los asesinos están cerca. Pero era Oribaso, jadeante, con una carta en su mano.

—¡Ha ocurrido! —dijo entrecortadamente. Luego hizo algo que nunca había hecho antes. Se echó de rodillas

ante mí, y me ofreció la carta—: Esto es para vos...
Augusto.

Leí la primera línea. Luego las palabras se convirtieron en un borrón y no pude seguir leyendo. «Constancio ha muerto.» Mientras decía esas extraordinarias palabras, los secretarios, uno a uno, fueron cayendo de rodillas. Luego, como en un sueño, el cuarto fue llenándose de gente. Todos sabían lo ocurrido. Todos me presentaron silenciosos homenajes porque yo, milagrosamente, con la detención de la respiración de un hombre, me había convertido en el único Augusto, emperador de Roma, señor del Mundo. Sorprendentemente, lloré.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

AUGUSTO

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XVI

PRISCO: Ocurrió de esa manera. O por lo menos de esa manera dice Juliano que ocurrió. Como podréis colegir, omite una gran cantidad de detalles. Al leer su narración uno pensaría que no encontró otra resistencia que la del pérfido Constancio. Es difícil que ésa sea la verdad.

Podría decir que la mayoría de los hombres responsables del Imperio preferían a Constancio antes que a Juliano; esto no se apoyaba sobre fundamentos de carácter religioso, puesto que la pasión de Juliano por el helenismo no fue conocida en general hasta el mes de noviembre del año 361. Estoy seguro de que queréis mostrar los hechos tal como fueron. Vuestro famoso equilibrio resultaría gravemente perjudicado si registraseis la afirmación de que el éxito de Juliano fue la consecuencia de un levantamiento popular contra Constancio. No fue así, pese a la impresión que transmitíais en vuestra justamente celebrada oración con ocasión de la muerte de Juliano. Pero además no se

espera que las grandes alas de un discurso recordatorio sean cortadas por hechos tediosos.

LIBANIO: ¡Qué típico!

Prisco: Juliano señala que envió mensajes a diferentes ciudades. ¡Ya lo creo que lo hizo!

Debe haber redactado por lo menos una docena de largas arengas, dirigidas en forma diversa a los senados de Roma y Constantinopla —una precaución nada absurda pero además un número igual de apologías fueron enviadas a ciudades tales como Corinto y Esparta, como si ellas fuesen igualmente poderosas. Sus pobres consejos ciudadanos deben haberse quedado pasmados al recibir el homenaje de un emperador.

Estaba presente en el Senado de Atenas cuando se leyó el mensaje dirigido a nosotros.

Puesto que sé que sólo deseáis conocer la verdad, debo decir que la carta no fue bien recibida, y entre

todas las ciudades Atenas era la mejor predispuesta respecto a Juliano.

Mientras leían el mensaje, yo estaba sentado junto a Proeresio. El anciano estaba contento, pero cauteloso. Yo también. Por supuesto, todos en Atenas sabían que yo acababa de despedirme de Juliano; aún así, sostuve con firmeza que no conocía para nada sus planes.

Incluso halagué a Constancio en diversos actos públicos. Después de todo, de haber vivido Constancio, Juliano hubiera sido derrotado. Yo posiblemente habría sido ejecutado por traición. Como cualquier otro, prefería evitar aprietos innecesarios a manos de tiranos.

Al comienzo del mensaje estábamos todos bastante nerviosos. (Si no tenéis copia de esta alocución, os enviaré la mía, gratis.) Como es natural, nos sentíamos halagados por la referencia de Juliano a nuestro antiguo pasado, tanto como impresionados por su eficiente uso de la retórica, aun cuando era demasiado inclinado a las

frases hechas, en especial cuando estaba cansado o dictaba demasiado rápido. Pocas veces podía preparar un mensaje sin recurrir a «la desafiante naturaleza de Jerjes», o al caballito de batalla del «roble», que ningún escritor contemporáneo parece capaz de evitar.

Sin embargo, después de un buen comienzo, Juliano denunciaba a Constancio.

Nombraba a todos los asesinados. Señalaba la infertilidad de Constancio (sin saber que Revisado por Hyspastes).

Junio 2005

Faustina, la nueva esposa de Constancio, estaba encinta). Denunciaba a los eunucos, en particular a Eusebio. Nos transmitió una autobiografía de considerable extensión, en términos generales exacta, que terminaba con la declaración de que había salido al campo de batalla porque nadie podía confiar en la palabra de Constancio, puesto que ésta estaba «escrita sobre cenizas» (declaró apoyándose de nuevo en una

frase familiar).

En ese momento los senadores de Atenas empezaron a aclararse la garganta y a golpear con las sandalias sobre el suelo, cosa que siempre es una mala señal.

Al finalizar el mensaje no hubo ninguna discusión. El Senado, sabiamente, pasó a otros temas. Nadie tuvo el valor de comportarse como en el Senado de Roma cuando se leyó su carta, y Tártulo, el prefecto de la ciudad, gritó: «¡Exigimos reverencia a Constancio, quien os elevó hasta donde os encontráis!»

Cuando el Senado suspendió la sesión, Proeresio y yo abandonamos juntos la cámara.

Nadie habló. Además, igual que ahora, el servicio secreto estaba en todas partes. No sabíamos nada aparte de que Juliano se encontraba en algún lugar de los Balcanes, que Occidente parecía ser suyo, y que Constancio se aprestaba a combatirlo con un ejército superior. No era fácil saber cómo comportarse. Nuestro sino es ser siempre cortejados por los

usurpadores, quienes nos piden que nos unamos a ellos para tal o cual empresa. Puesto que nadie puede conocer el futuro, es muy fácil elegir el bando equivocadamente. La muerte de Máximo resultó instructiva. ¿No es así, mi viejo amigo?

Pero, por supuesto, todos estamos tan acostumbrados a estos súbitos cambios en el gobierno que casi existe una etiqueta sobre la forma en que debe responderse a invitaciones que tanto pueden resultar un desastre como ventajosas. En primer lugar, uno aparenta ponderar la solicitud con mucha atención; en segundo lugar, uno alega un problema personal; finalmente, uno no hace nada. Así es como vos y yo hemos logrado llegar hasta esta edad en una época tan tormentosa.

Recuerdo claramente mi caminata con Proeresio. Debí ser hacia la segunda semana de noviembre. La temperatura era fría, el viento cortante, las nubes de la tarde más densas que de costumbre. Distraídamente, Proeresio me tomó del brazo. Caminamos apresuradamente a través de la multitud que se había

reunido fuera del edificio del Senado.

No habló hasta que hubimos pasado el templo del Hefestos.

—Vos lo conocéis. ¿Qué ocurrirá?

—Pienso que triunfará.

—¿Cómo? Constancio tiene el ejército. El pueblo está con él. Con seguridad no está con vuestro... nuestro joven estudiante. El estado de ánimo del Senado fue perfectamente evidente.

—Pienso que triunfará, eso es todo —mas de ningún modo tenía yo la confianza que comunicaba.

—Los oráculos... —pero el anciano se detuvo. No estaba dispuesto a delatarse —.

Acompañadme a casa.

Acepté. No estaba ansioso por la compañía de Hípia.

Mi matrimonio, siempre feliz resultaba en esa época insoportable. Hípia aún estaba furiosa conmigo por haberme pasado casi tres años en París, pese al dinero que le había enviado. Sin embargo, en la actualidad, tras cincuenta años de odio mutuo, somos bastante dependientes el uno del otro. El hábito es más fuerte que el odio.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me sorprendió encontrar a Macrina en casa de Proeresio. Apenas se la había visto desde el nacimiento de su hijo. Había aumentado algo de peso, y resultaba ahora más atractiva

Macrina nos saludó en el patio interior. Estaba en éxtasis:

—¡Ha ocurrido! ¡Él está muy bien!

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién está muy bien? —

Proeresio estaba de humor irritable

—¡Juliano es emperador!

Así fue como recibimos la noticia en Atenas. Al parecer el mensaje formal ante el Senado fue retrasado. Pero Juliano nos había escrito a Proeresio y a mí, suponiendo que nosotros ya conocíamos las noticias. Ambos éramos invitados a unirnos a él en Constantinopla.

Macrina estaba alborozada.

—Debemos ir todos a la corte. Cada uno de nosotros. Viviremos todos en Constantinopla. No más Atenas. Basta de piojosos estudiantes...

—¿Basta de piojoso esposo?

Lo dije sin poderlo evitar. Se quedó callada.

Proeresio, que había estado estudiando la carta, frunció el ceño: «Rindo culto abiertamente a los verdaderos dioses, y así lo hacen todas las tropas que están

conmigo. He ofrecido a los dioses muchos bueyes como agradecimiento por mi victoria. Pronto restauraré su culto en toda su pureza». El anciano nos dirigió una mirada torva.

—Así que piensa hacer lo que dijo.

—¿Por qué no? —Macrina era cortante—. No puede ser peor que los obispos.

—¡Excepto que, como ahora él es emperador, no quedará un buey vivo en el mundo.

—Creo que fui el primero en hacer la que fue después una broma universal, los sacrificios de Juliano eran tantos que se lo apodó «Quemador de Toros».

A diferencia de Macrina y yo, Proeresio estaba de mal humor.

—Sólo veo problemas para nosotros —dijo.

—¿Problemas? ¿Cuando sois el hombre a quien el

emperador más admira? —Macrina no podía creerlo. —Tonterías. Éste será el triunfo de todos los maestros. Será otro Marco Aurelio. Bueno, un Septimio Severo, por lo menos.

—Juliano es mejor que Marco Aurelio —dije, y así lo pensaba. Marco Aurelio ha sido excesivamente sobreestimado como filósofo. La gente —en especial los estudiosos se emocionan tanto porque un emperador pueda escribir su propio nombre que tienden a exagerar el valor de su producción literaria. Si esas Meditaciones las hubiésemos escrito yo o vos, estoy seguro de que no les otorgarían un gran valor. Evidentemente son inferiores a vuestros magníficos *Pensamientos*.

Durante algunas semanas no conocimos los detalles de la muerte de Constancio, ni la forma en que se había asegurado la sucesión. Juliano da su versión de lo sucedido entonces.

JULIANO AUGUSTO

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Según he podido colegir, Constancio estuvo enfermo durante algunos meses. Tenía una enfermedad estomacal crónica, una debilidad familiar de la cual yo parezco ser el único exceptuado (¡hasta ahora!). Apenas recibí la noticia hice salir del salón a todos menos a Oribaso. Luego vinieron los dos funcionarios del Consistorio. Mi primera pregunta fue la obvia:

—¿Cómo murió?

—De una fiebre, Augusto. —El funcionario mayor, Aligildo, fue quien más habló.

—¿Hubo presagios? —Deseaba saberlo especialmente porque yo había recibido numerosos signos durante las semanas previas. Es bueno mantener una actitud científica ante esas cosas. ¿No es posible que un presagio considerado por Constancio como maligno aparezca ante mí como benigno?

—Muchos, Augusto. Durante algunas semanas en la campaña fue turbado por sueños durante la vigilia y por pesadillas. En una ocasión creyó ser el fantasma de su padre, el gran Constantino, que llevaba un niño en brazos, un hermoso y fuerte niño que Constancio tomó y tuvo en su regazo.

Me volví con sorpresa hacia Oribaso.

—¿Es Constantino quien me engendró? —Estaba suficientemente claro que yo era el niño del sueño.

—Luego el niño tomó el orbe que Constancio sostenía en su mano derecha...

—El mundo —murmuré.

—...¡y lo arrojó fuera de la vista! —Aligildo se detuvo.

Asentí con la cabeza.

—Comprendo el sueño. Él también lo entendió.

—Si, Augusto. Poco después, cuando llegó a Antioquía, el emperador dijo a Eusebio que tenía el sentimiento de haber perdido algo que siempre había estado con él.

—El Espíritu de Roma. Esos son los signos —dije a Oribaso. Como muchos que se ocupan demasiado del mundo material, Oribaso deposita escasa confianza en presagios y sueños. Sin embargo, pienso que incluso él estaba impresionado por lo que había oído. Cité a Menandro—: A cada hombre que nace le es dado un espíritu para que guíe su camino. —

Luego pregunté acerca de los días postreros de mi primo.

—Pasó la mayor parte del verano en Antioquía, reuniendo un ejército para... —

Aligildo se detuvo, incómodo.

—Para usarlo en mi contra —me mostré amable—. ¿Por qué no? El cielo estaba de mi parte.

—Sí, señor. Posteriormente, en el otoño, tras muchos sueños y malos presagios, Constancio abandonó Antioquía para dirigirse hacia el norte. A tres millas fuera de la ciudad, en un suburbio...

—Llamado Hipocéfalo —dijo Teolaifo, el otro funcionario, recordándonos que él también era mensajero y testigo—. Vimos en la parte derecha del camino, al mediodía, el cuerpo sin cabeza de un hombre vuelto hacia el oeste.

Un escalofrío corrió a través de mi cuerpo. Espero que cuando mi estrella caiga no sufra el tormento de tales signos.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Desde ese momento, señor, el emperador no fue el mismo. Se apresuró por llegar a Tarso, donde cayó enfermo con fiebre.

—Pero no podía detenerse —dijo Teolaifo, súbitamente inspirado; la muerte de los príncipes y la malignidad del Destino nos obsesionan a todos—. Lo sé. Yo estaba con él.

Cabalgaba a su lado. Le dije: «Señor, detengámonos aquí. Esperemos. En unos pocos días estaréis bien». Pero él me miró con los ojos centelleantes, el rostro oscuro a causa de la fiebre. Se balanceó en montura. Lo sostuve con mi mano, y sentí la suya, caliente y fría a un mismo tiempo. «No», dijo, y su lengua estaba seca, también. Apenas podía hablar.

«Seguiremos. Seguiremos. Seguiremos.» Tres veces repitió esa palabra. Y seguimos.

Aligildo continuó:

—Cuando llegamos a los manantiales de Mopsucrene, deliraba. Lo metimos en cama.

Durante la noche sudó y al día siguiente parecía encontrarse mejor. Dio órdenes para que levantásemos

el campamento. Obedecimos, con alguna resistencia. Pero cuando el ejército estaba preparado para la partida cayó en un delirio. Constancio estuvo enfermo durante tres días, su cuerpo estaba tan caliente que era doloroso tocarlo; sin embargo tuvo momentos de lucidez. En uno de esos momentos hizo su testamento. Aquí está.

—Aligildo me alcanzó una carta sellada que yo no abrí.

—¿Cómo estaba, al final?

—Cuando recobraba la conciencia se mostraba furioso.

—¿Conmigo?

—No, señor, con la muerte, por llevárselo en su juventud, por apartarlo de su joven esposa.

—Es cruel —dije con formalidad. ¿Quién es tan inhumano como para no sentir algo ante la muerte de un hombre, incluso la de un enemigo?

—Luego, poco después del alba del 3 de noviembre, pidió el bautismo, como su padre.

Finalizada la ceremonia trató de sentarse. Trató de hablar. Se sofocó y murió.

Tenía cuarenta y cinco años —agregó Aligildo, como si pronunciase un discurso en un funeral.

—Y veinticinco años de principado —señalé, en el mismo tono.

—Rogad, Augusto —dijo de pronto Oribaso—, para que vos reinéis tanto tiempo.

Permanecemos en silencio durante un momento. Traté de recordar el aspecto de Constancio y no lo logré. Cuando un hombre famoso muere, uno tiende a recordar sólo la escultura, especialmente cuando hay muchas. Puedo recordar los monumentos de Constancio, pero no su rostro vivo. Ni siquiera esos grandes ojos oscuros que para mi memoria son espacios blancos tallados en mármol.

—¿Dónde está el chambelán Eusebio?

—Aún está en los Manantiales. La corte espera vuestras órdenes. —Aligildo por primera vez se mostraba inseguro—. Vos, Augusto, sois su heredero legítimo. —Señaló la carta que yo tenía en mi mano.

—¿No han habido objeciones... en el Consistorio?

—¡Ninguna, señor! —Los dos hombres hablaron a coro.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Mañana volveréis a los Manantiales —dije al incorporarme—. Decid al Consistorio que me uniré a él lo más pronto posible en Constantinopla. Tratad de que el cuerpo de mi primo sea transportado a su tierra para un entierro apropiado, y que la viuda sea tratada con todos los honores debidos a su rango. —Los oficiales me saludaron y partieron.

Luego Oribaso y yo abrimos el testamento. Era corto e iba directamente al grano, a diferencia de la prosa imperial acostumbrada. Se notaba que el documento había sido dictado por un hombre, no por un abogado.

«El César Juliano a mi muerte es elevado legítimamente —incluso en su lecho de muerte no pudo evitar caer en la jerga— al principado de Roma. Encontrará que mi administración ha sido justa. Pese a las muchas traiciones que se han producido dentro del Imperio y a los formidables enemigos exteriores, el estado ha prosperado durante mi reinado y las fronteras se encuentran seguras.»

Miré a Oribaso, divertido:

—Me pregunto qué pensarán de esto en Amida.

Seguí leyendo. «Confiamos a nuestro nobilísimo primo y heredero nuestra joven esposa Faustina. Para ella hemos dispuesto un testamento separado, y es nuestro último deseo que nuestro nobilísimo primo y heredero respete los términos de nuestra voluntad y los cumpla

como corresponde a un gran príncipe que puede permitirse demostrar merced ante los débiles... »

Me detuve:

—Una vez traté de hacerle el mismo discurso a él.

Oribaso me miró con extrañeza.

—Os perdonó a vos —dijo.

—Sí. A su pesar. —Seguí leyendo apresuradamente el resto del documento. Había una gran cantidad de dádivas para paniaguados y amigos. Una me sorprendió particularmente.

«No puedo recomendar a mi nobilísimo primo y heredero un consejero más sabio ni más leal que el gran chambelán Eusebio. » Hasta Oribaso se echó a reír. Luego, en los últimos renglones, Constancio se dirigió directamente a mí: «Hemos tenido diferencias, el César Juliano y yo, pero creo que cuando ocupe mi lugar hallará que la tierra parece no ser tan grande como él

pensaba desde su anterior posición o desde cualquier otro lugar; en esta cumbre no puede haber sino un solo hombre y una sola responsabilidad, y aquí deben tomarse las grandes decisiones, a menudo con apresuramiento y a veces lamentándolas. No somos entendidos por nadie que no pertenezca a nuestra propia clase. Mi nobilísimo primo sabrá lo que quiero decir cuando tome el orbe que yo dejo. Ahora en la muerte soy su constante hermano en la púrpura, y desde cualquier lugar en que dios ponga mi alma observaré sus acciones con el sentimiento de un compañero y la esperanza de que, a medida que conozca la singularidad de su nueva condición —y su cruel aislamiento—, comprenderá, si no perdona, a su predecesor, que sólo deseó la estabilidad del estado, la justa ejecución de la ley y el verdadero culto de ese Dios del cual provienen todas nuestras vidas y al cual todos debemos retornar. Juliano, rogad por mí.»

Eso era todo. Oribaso y yo nos miramos, incapaces de creer que este crudo y conmovedor documento fuese la obra de un hombre que gobernó el mundo durante

cuarto de siglo.

—Era fuerte. —No pude decir otra cosa.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Al día siguiente ordené un sacrificio a los dioses. Las legiones se mostraron sumamente entusiastas, no sólo por mi ascenso (y el hecho de que se evitase una guerra civil), sino por tener la posibilidad de orar abiertamente a los antiguos dioses. Muchos de ellos eran hermanos de Mitra.

PRISCO: Eso es totalmente inexacto. En realidad estuvo a punto de producirse un motín cuando se ordenaron los sacrificios, especialmente entre los oficiales. En ese tiempo Juliano estaba en gran medida bajo la influencia de un galo llamado Aprúnculo que había predicho la muerte de Constancio al descubrir un hígado de buey con dos lóbulos, lo cual significa que...

etcétera. Como recompensa por el hallazgo de ese hígado doble, Aprúnculo fue designado gobernador de la Galia Narbonense. En ese entonces se decía que un cuádruple hígado lo hubiera convertido en el amo de toda Galia.

Aprúnculo persuadió a Juliano para que colocase las imágenes de los dioses junto a su propia imagen, para que cada hombre que fuese a echar incienso sobre el fuego como homenaje al Emperador también reverenciase, le gustase o no, a los dioses. Esto produjo mucho descontento que Juliano no tuvo en cuenta.

JULIANO AUGUSTO

Antes de que pasara una semana di orden de partir hacia Constantinopla. No insistiré en el júbilo de esos días. Ni siquiera el frío invierno —y fue el más frío en muchos años—

llegó a deprimirnos.

En medio de una ventisca enfilamos al paso Succiso y entramos en Tracia. Desde allí nos dirigimos a la antigua ciudad de Filippópolis donde pasamos la noche. Luego fuimos hacia el sur hasta Heraclea, un poblado que se encuentra a cincuenta millas, donde, poco después de mediodía, para mi sorpresa, se reunió en la plaza central la mayor parte del Senado y el Sagrado Consistorio.

Apenas estaba preparado para tal bienvenida. Me encontraba cansado, sucio, y necesitaba desesperadamente hacer mis necesidades. Imagínese entonces al nuevo emperador, con los ojos crispados de fatiga, las manos, las piernas, el rostro manchado de polvo, con la vejiga llena, recibiendo la lenta, mesurada, grave aclamación del Senado. Al recordarlo, me causa risa; pero en aquel momento no lo consideraba nada gracioso.

Desmonté en un extremo de la plaza y me dirigí hacia la casa del prefecto. La Guardia de Escolares formó para que yo entrara. Son llamados escolares a causa de que

sus barracones se encuentran en el pórtico delantero — la «escuela»— del Sagrado Palacio. Estudié a mis nuevas tropas con frialdad. Sus cabezas estaban vueltas con elegancia; en su mayoría eran germanos..., ¿qué más? Ellos también me estudiaban. Parecían a la vez curiosos y alarmados, como era de esperar.

Frecuentemente los emperadores han temido a su guardia.

Subí los escalones hasta la casa del prefecto. Allí estaban los oficiales del Imperio formados en círculo. Mientras yo me aproximaba cayeron de rodillas. Les pedí que se levantasen. Odio ver a hombres viejos como mi abuelo postrados ante mí. Últimamente traté de simplificar las ceremonias de la corte, pero el Senado no lo permitió; tan acostumbrados están sus miembros a la servidumbre. Sostienen que, puesto que el gran rey de Persia mantiene iguales ceremonias, yo también debo hacerlo, o si no pareceré menos terrible a los Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

ojos de los hombres. Tonterías. Pero aún deben hacerse demasiados cambios importantes para preocuparme por el ceremonial de la corte.

El primer funcionario que me saludó fue Arbecio, nombrado cónsul en el año de mi designación como César. Es un hombre vigoroso, de rostro severo y de unos cuarenta años; era campesino, se hizo soldado, y llegó a la comandancia de caballería y al consulado. Desea ocupar mi lugar, como deseaba ocupar el lugar de Constancio. Ahora bien, hay dos maneras de manejar a un hombre de esta clase. Una es matarlo. La otra es tenerlo cerca seguramente empleado, siempre vigilado. He elegido la última porque creo que si alguien es razonablemente honesto y de buenas intenciones — aunque lo haya tratado a uno de mala manera — debe ser perdonado. Es preciso mantenerse en buenas relaciones con los hombres que son honestos en su vida pública, aun cuando ellos nos hayan amenazado en forma peligrosa en nuestra vida privada; por el contrario, si son deshonestos en las cuestiones públicas, aunque sean personalmente fieles a nosotros, deben ser

destituidos.

Arbecio me dio la bienvenida en nombre del Senado, aunque no era su funcionario principal.

—Estamos aquí para cumplir con la voluntad del Augusto. —Su voz alta y orgullosa desmentía sus palabras—. En todo.

—...¡y para preparar su entrada en la ciudad como nuestro señor! —Me volví al oír esas palabras y allí, aproximándose hacia mí desde un conjunto de senadores, estaba mi tío Juliano. Temblaba de excitación (y de enfermedad; sufría de una fiebre galopante, recuerdo de la época en que ejerció como gobernador de Egipto). Lo abracé con cariño. No nos habíamos visto desde hacía siete años, aunque nos escribíamos con toda la regularidad posible. Mi tío había envejecido en forma alarmante; su rostro estaba ojeroso, su piel amarilla y arrugada, sus ojos hundidos, pero, aun así, ese día estaba transfigurado de alegría. Mantuve mi brazo a su alrededor mientras me dirigía a

la multitud.

—Estoy conmovido por vuestro gesto, pues no es habitual que el Senado abandone la ciudad para encontrarse con su primer ciudadano. Más bien es el primer ciudadano quien debe buscaros a vosotros, sus pares, quienes comparten con él la tarea de gobernar, y pronto estaré con vosotros en vuestra propia casa para daros el homenaje que merecéis. Mientras tanto, sólo haré un anuncio: no aceptaré de las provincias dinero para la coronación, imitando en esto a Adriano y a Antonino Pío. El Imperio se halla demasiado empobrecido como para hacerme un regalo.

Se oyeron aplausos. Luego, tras algunas inoportunas observaciones más, pretexté fatiga y me excusé. El prefecto de la ciudad me hizo una reverencia para que pasase al edificio, y me condujo tartamudeando, dando tropezones, interponiéndose en mi camino, hasta que por último grité:

—En nombre de Hermes, ¿dónde orináis? —De esta

graciosa forma llegó a Oriente el nuevo emperador de Roma.

La casa del prefecto tenía un pequeño baño privado, y mientras yo me enjabonaba en la piscina caliente, aspirando grandes bocanadas de vapor, mi tío Juliano analizaba la situación política.

—Cuando Constancio murió, Eusebio sondeó a algunos miembros del Consistorio para saber si aceptarían a Arbecio como emperador, o a Procopio, o a mí. —Mi tío sonrió astutamente al decir estas palabras. Deseaba que las oyese de sus propios labios antes que de los de un informante.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Naturalmente —dije, mirando cómo el polvo que se había asentado en mi barba flotaba como una nube gris en el centro de la piscina donde se encontraba un esclavo negro con toallas y esponjas, dispuesto para

masajearme, sin saber que nunca he dejado a los sirvientes de los baños que me tocasen.

—¿Qué dijo el Consistorio ante todo eso?

—Que vos erais el emperador por sangre y por elección.

—Y que además estaba a unos pocos cientos de millas de distancia.

—Exactamente.

—¿Dónde está Eusebio?

—En el palacio, preparándose para vuestra llegada. Todavía es gran chambelán.

—Mi tío sonrió.

—Me sumergí un momento, con los ojos fuertemente cerrados, mientras me enjabonaba la cabeza. Cuando volví a la superficie Oribaso estaba sentado en el banco

junto a mi tío.

—Esa no es manera de acercarse a la sagrada presencia.

Salpiqué a Oribaso muy a gusto. Se rió. Mi tío Juliano también rió, porque había recibido su parte de agua. De pronto me alarmé; es de esa manera cómo nacen los monstruos.

Primero, los tiranos hacen juegos inocentes; salpican a los senadores en el baño, sirven alimentos de madera a sus huéspedes, hacen burlas; y hagan lo que hagan, todos ríen y los halagan, hallando ingeniosas sus observaciones más vacías.

Más tarde las pequeñas bromas empiezan a perder sabor. Un día encuentran divertido violar a la mujer de otro hombre, mientras el esposo mira, o al esposo mientras mira la mujer, torturarlos a ambos, o matarlos. Cuando los asesinatos comienzan el emperador no es un hombre sino una bestia, y ya hemos tenido demasiadas bestias en el trono del mundo. Me disculpé

con vehemencia por haber salpicado a mi tío. Incluso me excusé ante Oribaso, aunque es como mi propio hermano. Ninguno imaginó el significado de esta explosión de culpabilidad.

Oribaso me dijo que el Consistorio quería saber a quiénes pensaba designar como cónsules para el próximo año.

—Tío, ¿vos qué opináis?

—No puedo permitirme el lujo del consulado.

Era un síntoma de la fortuna de mi tío que siempre se quejara de su pobreza. En realidad, el consulado no es tan caro como solía serlo en el pasado. Los cónsules unen sus recursos para los juegos que deben patrocinar, mientras el emperador suele ayudarlos con dinero de los fondos personales.

—No creo que a vos os guste, Oribaso.

—No, Augusto. No me gustaría.

—Mamertino —dije, nadando hasta la otra punta de la pileta.

Mi tío y Oribaso lo aprobaron.

—Es un destacado retórico —dijo mi tío—. De buena familia, una elección popular...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¡Y Nevita! —Mientras decía esto me zambullí en el agua. Cuando salía la superficie para tomar aire, pude ver a Oribaso divertido y a mi tío horrorizado.

—Pero él es... él es...

—Un franco. Un bárbaro —afirmé.

Salí del baño. El esclavo me envolvió en una gran toalla. Lo hice retirar antes de que empezase a masajearme.

—Es uno de nuestros mejores generales. Será un

recuerdo constante para Oriente de que mi poder descansa sólidamente en Occidente.

—Nadie os acusará nunca de coherencia. —Oribaso sonrió sarcásticamente.

Sólo un mes antes, en Nisch, había denunciado a Constancio por designar a bárbaros como prefectos. Ahora estaba haciendo cónsul a uno de ellos. Nada hay tan difícil políticamente que contradecirse en público. Pero allí donde Constancio preferiría morir antes que admitir un error, yo preferiría parecer un poco tonto, y hacer lo que debía.

—Negaremos —dije con mucha grandiosidad— que yo haya criticado alguna vez la designación de un bárbaro para un alto cargo.

—¿Era falsa vuestra carta al Senado de Esparta?

—En todos sus detalles.

Oribaso y yo reímos, pero mi tío parecía dolorido.

—Por lo menos —dijo—, hoy nombrad solamente a Mamertino. Existe la costumbre de nombrar un cónsul por vez, así que nombradlo para Oriente. Luego podéis anunciar al... al otro hombre para Occidente.

—¡Así se hará, tío! —Y juntos fuimos al salón de vestir donde me coloqué la púrpura.

Estaban casi todos los miembros del Consistorio, alrededor de cuarenta funcionarios del estado, que me recibieron ceremoniosamente en la cámara del consejo. Arbecio me escoltó hasta mi silla de marfil. A mi izquierda y a mi derecha se encontraban las vacías sillas consulares. Una para Florencio, que había —ha— desaparecido de la superficie de la tierra; la otra para Tauro, que había huido hacia Antioquía en cuanto llegué a Iliria.

Saludé formalmente al Consistorio. Señalé la ausencia de los cónsules, observando que iba a comenzar un nuevo año, y que habría nuevos cónsules. Uno sería Mamertino. Eso fue recibido con muestras de

satisfacción. Luego hice varios agregados al Consistorio. Cuando terminé, Arbecio me pidió permiso para dirigirse a mí. Mientras el corazón me latía apresuradamente, le permití la palabra.

Con lentitud y solemnidad, como si fuese Augusto, Arbecio se dirigió al centro del salón, precisamente frente a mi silla. Abrió su túnica.

—Señor, hay quienes han conspirado contra vos —la frase recorrió todo el salón como un estremecimiento. A fin de cuentas, difícilmente habría algún presente que no hubiera conspirado contra mí. Era su deber—. Esos hombres se encuentran todavía en libertad.

Algunos tienen altos cargos. Señor, están además aquellos que conspiraron contra vuestro nobilísimo hermano el César Galo. Ellos también están en libertad. Algunos ocupan altos cargos.

Dirigí mi vista por todo el salón y vi algunos hombres «de altos cargos» que se mostraban inquietos. Estaba el gordo Paladio, mariscal principal de la corte de

Constancio.

Había levantado cargos contra Galo. Junto a él se encontraba Evragio, conde del Patrimonio Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Privado; había ayudado a preparar la argumentación contra Galo. Y Saturnino, mayordomo de Palacio... Una docena de conspiradores dirigieron sus miradas hacia Arbecio y hacia mí. En todos los rostros se leía la pregunta: ¿Comenzará este reinado con sangre?

Fue Úrsulo, conde de la Sagrada Dádiva, quien habló con audacia:

—Augusto, ¿aquellos que servimos al emperador a quien vos también servisteis, sufriremos castigos por haber cumplido con nuestro deber?

—¡No! —repuse con firmeza.

Pero Arbecio volvió su fría y pálida mirada hacia Úrsulo.

—Sin embargo, Augusto, aquellos que con sus acciones o palabras os han perjudicado a vos y a vuestro hermano, deben ser condenados.

En el salón se oyó un inquieto murmullo. Pero Úrsulo se mantuvo firme. Era un hombre atractivo, corpulento, de rápido pensamiento y más rápida lengua.

—El Consistorio se alegra, señor, de que sólo se acuse a los que son realmente culpables.

—Serán acusados —dijo Arbecio, hablando por mí, cosa que me disgustó—, si ésa es la voluntad de nuestro señor.

—Tal es nuestra voluntad —pronuncié la tradicional frase en latín.

—¿Quiénes compondrán esta corte, señor, y dónde se sentarán?

Ahora bien, yo hubiera debido detener a Arbecio en ese momento. Pero estaba fatigado por el largo viaje y debilitado por el baño caliente (nunca tratéis de hacer nada inmediatamente después de un baño). No estaba preparado para enfrentarme a una voluntad fuerte con un plan, y Arbecio tenía un plan, por desgracia.

Mientras tanto, Úrsulo propuso:

—Desde la época del emperador Adriano, el Consistorio ha sido nuestro más alto tribunal. Así que permitid que los culpables sean juzgados aquí, por nosotros que somos responsables de los asuntos del estado.

—Pero conde —la voz de Arbecio tenía una fría corrección—, éste es todavía el Consistorio del anterior emperador, no el de nuestro nuevo señor. Estoy seguro de que Augusto querrá designar su propio tribunal, así como a su vez deseará su propio Consistorio.

—Eso era innegable.

Ordené que uno de los secretarios prestase mucha

atención mientras yo hablaba.

—La corte será presidida por Salucio Segundo. —Esto fue muy bien recibido. Como prefecto pretorio en Oriente es conocido por su sentido de la justicia. Luego designé a Mamertino, Agilo, Nevita, Jovino y Arbecio para la corte. Era, en resumen, un tribunal militar. A continuación les ordené reunirse en Calcedonia, al otro lado del Bósforo, desde Constantinopla. De este modo comenzaron los procesos por traición. Tristemente, me referiré a ellos más adelante.

El 11 de diciembre del año 361 entré en Constantinopla como emperador romano. La nieve caía a cortos intervalos y los grandes copos giraban como plumas en el aire, tan quieto, que el día parecía casi caluroso. El cielo estaba bajo y del color de la plata empañada. La naturaleza no tenía colores, sólo el hombre, ¡pero qué color! Era un día de esplendor.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Frente a la Puerta Dorada, cerca del mar de Mármara, los escolares, en uniforme de gala, estaban en posición de alerta. Sobre cada una de las torres de tejas, que se levantan a los costados de la puerta, ondeaban los dragones. Las puertas de bronce verde estaban cerradas.

Como exige la costumbre, desmonté unos pocos metros antes de llegar al muro. El comandante de los escolares me entregó un martillo de plata. Con él golpeé tres veces la puerta de bronce. Desde dentro llegó la voz del prefecto de la ciudad.

—¿Quién va?

—Juliano Augusto —contesté con voz fuerte—. Un ciudadano de la ciudad.

—Entrad, Juliano Augusto.

Las puertas de bronce se abrieron sin ningún ruido y allí, frente a mí, en el patio interior, se encontraba el prefecto de la ciudad y algunos de los mil hombres que

tienen la jerarquía de senadores. También se encontraba el Sagrado consistorio, que había entrado en la capital la noche anterior. Totalmente solo pasé a través de la puerta y tomé posesión de la Ciudad de Constantino.

Se oyeron las trompetas. El pueblo me vitoreó. Yo estaba particularmente conmovido por el brillo de sus ropas. No sé si era el blanco ocaso el que tornaba a los rojos, verdes, amarillos y azules, casi insoportablemente fuertes, o si era a consecuencia de que yo había estado tanto tiempo en ciudades septentrionales donde todos los colores son opacos como oscuros los bosques en que viven sus habitantes. Pero ése no era el nebuloso norte. Esa era Constantinopla, y pese a la leyenda que afirma que somos la Nueva Roma (y como esa ciudad republicana, austeros, severos, virtuosos), no lo somos de ninguna manera. Somos Asia.

Pensaba en esto mientras me ayudaban a subir a la carroza de oro de Constantino, y recordaba divertido la constante queja de Euterio: «¡Sois desesperadamente

asiático!» Bien, ¡soy asiático! Y por fin estaba en mi tierra.

Mientras los copos de nieve caían sobre mi cabello y mi barba, cabalgué a lo largo de la Calle Media. Allí donde miraba, hallaba cambios. La ciudad había sido totalmente alterada en los pocos años que habían transcurrido desde mi partida. Había crecido más allá del muro de Constantino. Los que alguna vez habían sido campos abiertos eran ahora tumultuosos suburbios. Un día tendré que pagar la construcción de un nuevo muro, que incluya a esos suburbios, que no habían sido contruidos cuidadosamente según las características de la ciudad, sino que simplemente los habían levantado, sin orden ni concierto, contratistas interesados en obtener sólo rápidos beneficios.

Las comunas bordean la Calle Media de un extremo al otro. Las arcadas estaban llenas de gente que me vitoreaba en éxtasis. ¿Por qué? ¿Porque me querían? No. Simplemente porque yo era una novedad. El pueblo se cansa de tener siempre un mismo gobernante,

por excelente que sea. Se habían aburrido de Constancio y deseaban un nuevo espectáculo y yo lo representaba.

De pronto oí un ruido similar al del trueno a mis espaldas. Por un momento lo consideré como un presagio de la aprobación de Zeus. Luego comprendí que no se trataba de un trueno sino de mi ejército que cantaba la marcha de las tropas de Julio César: ¡ *Ecce Caesar nunc triumphat, Qui subegit Galias!* Es el ruido de la guerra misma, y de toda la gloria terrena.

El prefecto de la ciudad caminaba junto a mi carroza y trataba de señalar los nuevos edificios, pero no podía oírle debido al alboroto de la muchedumbre. Aun así, estaba impresionado por ver tanta novedad, en contraste con las antiguas ciudades como Atenas y Milán donde un edificio nuevo es una rareza. Cuando una casa vieja cae en Atenas, los Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

ocupantes simplemente se trasladan a otra, porque hay muchas más casas que gente. Todas las cosas en Constantinopla son completamente nuevas, incluso la población, que ahora —el prefecto me lo gritó mientras entrábamos al Foro de Constantino— se acerca al millón de personas, contando esclavos y extranjeros.

Siempre me conmueve ver la colosal estatua de Constantino en medio del ovalado foro. Nunca me acostumbraré a ella. Sobre una alta columna de pórfido mi tío colocó una estatua de Apolo, creo que robada de Delos. Luego hizo cortar la cabeza de esta obra maestra y la sustituyó por la propia, una pieza inferior, obra mediocre unida tan mal al cuerpo que puede verse un oscuro collar allí donde se hace la unión. El pueblo llama a este monumento

«el viejo cuello sucio». Sobre la cabeza se encuentra un monstruoso halo de siete rayos de bronce, una perfecta blasfemia, no sólo para los verdaderos dioses sino también para el Galileo. Constantino se veía a sí mismo a la vez como Galileo y como encarnación del sol.

Era sumamente ambicioso. Me han dicho que chocheaba por esa estatua y la miraba siempre que le era posible; ¡incluso pretendía que el cuerpo de Apolo era el suyo!

Luego entramos en el sector de la Calle Media que es llamado Camino Imperial y que conduce hasta el Augusteo, una gran plaza con pórticos que era el centro de la ciudad cuando se llamaba Bizancio. Constantino colocó allí una gran estatua de su madre Elena.

Aparece sentada sobre un trono con un aspecto muy severo; en una mano tiene un trozo de madera que, según se dice, es parte de la cruz en que fue clavado el Galileo. Mi tía abuela tenía pasión por las reliquias; era infinitamente crédula. No hay osario en la ciudad al que no haya donado una astilla de madera, un trozo de tela, o un pedazo de hueso vinculados de uno u otro modo con ese infortunado rabino y su familia.

Me sorprendió ver que todo el lado norte de la plaza estaba ocupado por la basílica de un osario, tan nueva que el andamiaje todavía no había sido retirado. El

prefecto estaba rebosante de alegría, pensando que yo estaría satisfecho.

—¿Puede Augusto recordar la antigua iglesia que se encontraba allí? ¿La pequeña que el gran Constantino había dedicado a la Sagrada Sabiduría? Bien, el emperador Constancio la ha agrandado. En realidad, precisamente el último verano volvió a dedicarla.

No dije nada, pero inmediatamente me hice la solemne promesa de convertir su Santa Sofía en un templo dedicado a Atenea. Nunca hubiera soportado el tener un monumento galileo directamente ante mi puerta delantera (la entrada principal del palacio se encuentra en el lado sur de la plaza, frente al osario). Al este se encuentra el Senado al que estaban entrando los senadores. El quorum habitual del Senado es de cincuenta personas, pero entonces estaban presentes un total de dos mil miembros, que se daban codazos entre sí mientras subían apresuradamente los resbaladizos escalones.

En la plaza se agolpaba la gente, y nadie sabía qué hacer. El prefecto estaba acostumbrado a transmitir las órdenes a través de los chambelanes del palacio, que eran, por lo menos, maestros en el arte de la pomposidad. Pero ahora los chambelanes estaban ocultos y ni el prefecto ni yo sabíamos qué hacer. Me temo que entre los dos hayamos hechos una chapuza.

Mi carroza se había detenido en el Millón, un monumento cubierto con el cual se miden todas las distancias del Imperio. Si, también en esto imitamos a Roma; en todo, incluso en las siete colinas.

—El Senado os espera, señor —dijo nervioso el prefecto.

—¿Me espera? ¡Todavía están tratando de entrar en la Cámara del Senado!

—¿Quizás el Augusto prefiera recibirlos en el palacio?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Negué con la cabeza, prometiendo que nunca volvería a entrar en una ciudad sin prepararme. Nadie sabía dónde ir ni qué hacer. Vi a algunos de mis comandantes discutir con los escolares, que no los conocían, mientras ancianos senadores resbalaban y caían en el fango. Todo era confusión, y un mal presagio. Empezaba por hacer yo las cosas peor que Constancio.

Recobré la calma.

—Prefecto, mientras se reúne el Senado haré un sacrificio.

El prefecto señaló Santa Sofía.

—El obispo debe estar adentro, Augusto. En caso contrario, puedo hacerlo llamar.

—Sacrificio a los verdaderos dioses —dije con firmeza.

—Pero... ¿dónde? —El pobre hombre estaba espantado, no sin razón. Constantinopla es una ciudad nueva, dedicada a Jesús, y no hay templos con excepción de los tres pequeños que se encuentran en la acrópolis bizantina. Allí debería ir. Ordené a los miembros de mi cortejo que pasaran a través de los guardias y juntos hicimos una pequeña y desigual procesión hasta la baja colina donde están los ruinosos y desiertos templos de Apolo, Artemisa y Afrodita.

En el húmedo y sucio templo de Apolo di las gracias a Helios y a todos los dioses, mientras la población permanecía afuera, bulliciosa y divertida por mi primera demostración de imperial excentricidad. Mientras hacía el sacrificio, juré a Apolo que reconstruiría su templo.

LIBANIO: Hace pocas semanas el emperador Teodosio entregó el templo de Apolo a su prefecto pretorio, ¡como cochera!

JULIANO AUGUSTO

Luego envié a Mamertino, como cónsul especial, para

que comunicase al Senado que no hablaría allí hasta el primero de enero, como deferencia hacia mi predecesor, cuyo cuerpo estaba aún en camino hacia la ciudad para ser enterrado. Entre rachas de viento, me dirigí hasta el palacio, entrando por la Puerta Chalké cuyo vestíbulo está cubierto por un techo de bronce. Precisamente sobre la puerta observé un nuevo retrato de Constantino. Estaba retratado con sus tres hijos. A sus pies, un dragón, con un venablo en el costado, se hundía en una fosa: los verdaderos dioses muertos. Sobre la cabeza del emperador se veía una cruz. Una hermosa capa de cal solucionaría el problema.

A cada lado de la puerta estaban formados los Guardias Escolares. Saludaron con elegancia. Ordené a su comandante que alojase y alimentase a mi comitiva militar, crucé el patio interior y entré en la parte principal del palacio. En el gran salón encontré a Eusebio con sus eunucos, escribas, esclavos, agentes secretos, por lo menos doscientos hombres y medios hombres, todos esperándome en un salón que tenía el brillo y el calor de un día de verano.

Jamás he visto un grupo tan bien vestido, ni que despidiese un perfume tan caro.

Me paré en el vano de la puerta y sacudí la nieve de mi túnica como un perro se sacude el agua del lomo.

Todos los presentes cayeron de rodillas con exquisita gracia, y Eusebio Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

humildemente besó el borde de mi túnica. Miré durante un largo rato ese gran cuerpo que parecía una de esas bestias africanas enviadas desde Egipto para los juegos. Las joyas de Eusebio brillaban y su cuerpo despedía aroma de lilas. Era una criatura que había tratado de destruirme, al igual como había hecho con mi hermano.

—Levantaos, chambelán —dije bruscamente. Ordené que los demás hiciesen lo mismo. Con alguna dificultad, Eusebio se levantó. Me miró astutamente, con los ojos brillantes. Aunque estaba aterrorizado, los años de entrenamiento en la corte y una capacidad consumada para negociar le resultaban muy útiles; no balbuceó una

sola vez, ni perdió la calma.

—Señor —murmuró—, todo está listo. Los dormitorios, las cocinas, los salones de reunión, las túnicas, las joyas...

—Gracias, chambelán.

—Mañana será presentado un inventario al Señor del Mundo.

—Bien, y ahora...

—Todo lo que desee, nuestro señor, sólo debe ordenarlo —la voz que susurraba en mi oído era íntima y confidente.

—Mostradme mis habitaciones.

Eusebio dio unas palmadas. El salón quedó vacío. Seguí al eunuco y subí las blancas escaleras de mármol hasta el segundo piso, donde, a través de ventanas enrejadas, podían verse los espléndidos jardines que

descienden en terrazas hasta el mar de Mármara. Afuera, hacia la derecha, se encuentra la mansión del príncipe persa Hormisda, que desertó para unirse a nosotros en el año 323, así como el grupo de pequeños edificios o pabellones conocidos como el palacio Dafne donde los emperadores conceden audiencias.

Resulta extraño encontrarse en los salones de Constancio. Me sentí particularmente conmovido al ver el lecho de plata; allí había dormido Constancio e indudablemente habría tenido sueños intranquilos sobre mí. Ahora se había ido y el salón era mío.

Me pregunté: ¿quién dormiría después de mí? Mi fantasía fue interrumpida por Eusebio, quien carraspeaba, nervioso. Lo miré fríamente. Entonces le dije:

—Decid a Oribaso que deseo verlo.

—¿Eso es todo, señor?

—Eso es todo, chambelán.

Con el rostro grave y perfecto control, Eusebio se retiró. Esa tarde fue arrestado por alta traición y enviado a Calcedonia donde se le seguiría proceso.

Exploré el palacio junto a Oribaso, para consternación del personal que nunca había visto a un emperador vagar fuera de los estrictos límites que le señalaba el ceremonial. Estaba muy interesado por ver el palacio Dafne. Escoltados por no más de una docena de guardias, golpeamos la puerta del pequeño palacio. Un nervioso eunuco la abrió y nos mostró el salón del trono, donde, años antes, había visto a Constantino un día en que nuestra familia estaba reunida en pleno; ahora todos habían muerto menos yo. El salón era tan espléndido como lo recordaba, hasta la cruz incrustada en joyas que cubre la totalidad del cielo raso. Me gustaría retirarla, pero los tradicionalistas sostienen que, con independencia de la religión del estado, debe quedar allí simplemente porque fue colocada en ese lugar por mi tío. Quizás tengan razón.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Erais un hermoso niño, señor, e incluso entonces sabíamos que seríais amo. —

¡Naturalmente!

También exploramos el salón de banquetes, con sus arqueados triclinios en un extremo donde, sobre una tarima, come la familia imperial. El piso es particularmente hermoso, con incrustaciones de mármol de diferentes colores procedentes de todas las provincias del imperio. Mientras nos quedábamos boquiabiertos como campesinos apareció el maestro de ceremonias, acompañado por un oficial alto y flaco. Después de protestar gentilmente por haberme escapado de él, el maestro señaló al oficial, un comandante de caballería llamado Joviano.

—Acaba de llegar, Augusto, con los sagrados restos del señor Constancio.

Joviano me saludó; es un hombre de buen humor y

nada inteligente que me sirve en Persia. Le agradecí sus esfuerzos y le asigné una tarea temporal con los escolares. Luego convoqué a una reunión del Consistorio, en la que, entre otros asuntos, planeamos el funeral de Constancio. Era la última ceremonia que dirigían los eunucos y me alegra poder decir que no hubo problemas. Él los había amado; ellos lo habían amado. Era justo que su última tarea en la corte fuese la realización del funeral de su amo.

El funeral de Constancio se realizó en la iglesia que los galileos llaman de los Santos Apóstoles, que se encuentra sobre la cuarta de las colinas de la ciudad. Precisamente detrás de la basílica, Constantino había hecho levantar un mausoleo circular, en gran medida similar al de Augusto de Roma. Allí yacen sus restos, y los de sus tres hijos. Ojalá la tierra descanse suavemente sobre sus cuerpos.

Me sentí sorprendentemente conmovido durante el funeral del enemigo de mi vida, tal vez porque soy célibe: nuestra línea familiar finaliza en Constancio. Pero

eso no es totalmente cierto: su esposa Faustina estaba encinta. La vi a distancia, velada, entre los concurrentes al funeral. Algunos días después le concedí una audiencia.

Recibí a Faustina en el cuarto de vestir de Constancio, que uso como oficina porque está rodeado de armarios, contruidos para guardar sus muchos mantos y túnicas, que yo ahora utilizo para guardar libros.

Cuando Faustina entró, me levanté y la saludé como a una parienta. Ella cayó de rodillas. La hice levantar. Le ofrecí una silla y nos sentamos.

Faustina es una mujer vivaz, con una alta y arqueada nariz siria, cabello azul-negruzco y ojos grises, heredados de algún antecesor godo o tesalio. Estaba evidentemente atemorizada, aunque hice todo lo posible para que se encontrase cómoda.

—Espero que no os importará que os reciba aquí. — Señalé un conjunto de maniqués que todavía se alineaban junto a una de las paredes, mudo recuerdo

del cuerpo que habían querido representar.

—Donde mi señor desee —dijo ella con formalidad. Luego sonrió—. Además, nunca había estado en el Sagrado Palacio.

—Es verdad. Os desposasteis en Antioquía.

—Sí, señor.

—Lo siento.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Era la voluntad del cielo.

Estuve de acuerdo en que así era.

—¿Dónde viviréis, princesa? —Había decidido llamarla así. «Augusta» estaba fuera de lugar.

—Si así gusta a mi señor, en Antioquía.

Tranquilamente. En retiro. Con mi familia. A solas. —
Dejó caer cada frase como una moneda a mis pies.

—Debéis vivir donde os guste, princesa. Después de todo, sois mi última parienta y...

—con el mayor tacto posible, señalé su hinchado vientre debajo del negro manto, lleváis el último niño de nuestra casa. Es una gran responsabilidad. Si no es por vos, los Flavios habrían llegado a su fin.

Por un momento vi temor y sospecha en los grises ojos; luego bajó la cabeza y su cuello se coloreó débilmente.

—No —dije llanamente—. Vuestro hijo, o hija, será el último vástago de la línea familiar.

—Cuando mi esposo moría dijo que vos seríais justo y bondadoso, señor.

—Nos conocíamos —dije. Pero no pude dejar de agregar—: Hasta cierto punto.

—¿Puedo irme?

—Sois perfectamente libre. Los deseos de Constancio respecto a vos serán cumplidos.

—Me levanté—. Avisadme cuando nazca el niño. —
Ella me besó la púrpura, y nos separamos.

Recibo regularmente informes sobre Faustina desde Antioquía. Se la considera orgullosa y difícil, pero no inclinada a la conspiración. Me detesta por no haberle permitido usar el título de Augusta. Su hijo fue una niña, para mi tranquilidad. Se llama Flavia Máxima Faustina. Será interesante ver qué ocurre con ella.

LIBANIO: Flavia —o Constancia Póstuma, como la llamamos— es una mujer de enormes encantos, muy parecida a su madre, e íntima amiga mía. Por supuesto se ha casado con el emperador Graciano y ambos residen ahora en Tréveris. De este modo, la hija se convirtió en lo que la madre no llegó a ser: una Augusta reinante. Faustina está extraordinariamente orgullosa de su hija, aunque cuando la vi por última vez estaba algo

resentida por no haber sido invitada a unirse a la emperatriz en Occidente. Aparentemente, la concienzuda niña piensa que el viaje sería demasiado pesado para su madre. Además, como le dije a Faustina, los hijos tienden a vivir sus propias vidas y debemos ser tolerantes. Incluso le presté la única copia que tengo de mi ensayo *Los deberes hacia los padres*. Recuerdo ahora que no me lo ha devuelto.

Respecto del emperador Graciano, es el héroe de todos, aunque (¡lástima!) un devoto cristiano. Cuando llegó al principado rechazó el título de *Pontifex Maximus*, siendo el primer emperador de nuestra historia que adopta esta actitud, un signo que presagia muchas cosas.

De hecho, el año pasado, cuando Graciano eligió a Teodosio como Augusto de Oriente, dio a su suegra Faustina el título honorífico de Augusta. Esto nos agradó muchísimo a todos.

JULIANO AUGUSTO

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Cuando Faustina se fue, hice llamar a un peluquero. No me había cortado el pelo desde Galia, y comenzaba a parecerme bastante a un salvaje, y más a Pan que a un filósofo.

Estudiaba la orden del día del palacio cuando entró en el salón alguien que parecía el embajador de Persia. Casi me pongo de pie, tan sorprendido estaba por el espectáculo de sus anillos de oro, su broche con joyas y su cabello rizado. Pero no era el embajador de Persia.

Era mi peluquero. Mi respuesta fue débil. «Mandé llamar a un peluquero, no a un recaudador de impuestos», dije. Pero el hombre tomó esto con serenidad, como si se tratase de una agudeza imperial.

Charlamos con libertad. Me dijo que tenía un salario anual, pagado por el tesoro; también ganaba veinte

hogazas de pan por día, así como forraje para veinte animales. Sin embargo, sentía que su trabajo no estaba bien pagado, dijo, mientras arreglaba mi barba, deplorando graciosamente el hecho de que me gustase terminada en punta. Me mantuve callado hasta que se fue; luego dicté un memorándum despidiendo a todos los peluqueros, cocineros, y otros supernumerarios de mi servicio.

Estaba ocupado en esa placentera tarea cuando vino hacia mí Oribaso. Escuchó divertido mientras yo rugía y agitaba mis brazos, poniéndome más nervioso a medida que pensaba en la corte que había heredado. Cuando me quedé sin aliento, Oribaso me informó que había recorrido los barracones de los Guardias Escolares. ¡Parecía que los hombres dormían sobre colchones de plumas! Su comedor era suntuoso y sus copas mucho más pesadas que sus espadas. Marginalmente, algunos se ocupaban del tráfico en joyas, robadas o extorsionadas a los ricos mercaderes a los que en forma periódica aterrorizaban, pidiéndoles dinero a cambio de su protección. ¡Como si esto fuera poco, los

guardias habían formado un coro y regularmente eran contratados para reuniones privadas donde cantaban canciones de amor!

Creo que cuando Oribaso terminó yo chillaba de angustia. Siempre gozaba provocándome para que reaccionara, explicándome pormenorizadamente cada detalle para ver cómo se hinchaban las venas de mi frente. Cuando había conseguido ponerme en un estado de ciega furia, me tomaba el pulso y me decía que, de no cuidarme, iba a tener un ataque fulminante. Lo tendré, además, algún día.

Estaba dispuesto a desalojar los barracones en seguida. Pero él consideraba preferible hacerlo gradualmente.

—Además, ocurre algo mucho peor en el palacio.

—¡Peor! —Levanté mis ojos a Helios—. No espero que los soldados sean filósofos. Sé que roban, pero cantar canciones de amor, dormir sobre colchones de plumas...

—No se trata de los soldados, sino de los eunucos. —
Pero no dijo nada más, señalando a los secretarios.
Aunque ellos juran guardar los secretos, siempre es
preciso cuidar lo que se dice delante de cualquier
testigo.

—Más tarde —suspiró Oribaso.

De pronto tuvimos conciencia de un gran murmullo que
venía de abajo. Entró el maestro de ceremonias
respirando con agitación.

—Señor, la delegación egipcia solicita vuestra
presencia, humilde, graciosamente... —

En ese momento el ruido aumentó y comenzó a parecer
un motín.

—¿Eso es lo habitual, maestro?

—No, señor, pero los egipcios...

—¿...son ruidosos?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Sí, señor.

—Y el prefecto pretorio es incapaz de dominarlos.

—Exactamente, señor. Él dijo que no podríais verlos y... —Hubo un ruido de cacharros rotos y una gritería de agudas voces.

—¿Y los egipcios siempre son así, maestro?

—A menudo, señor.

Muy divertido, seguí al maestro de ceremonias mientras bajaba las escaleras hasta la cámara de audiencias del prefecto pretorio. Precisamente cuando estaba a punto de entrar en el salón, aparecieron media docena de sirvientes, sin que se supiese de dónde venían. Uno arregló mi cabello; otro mi barba; me alisaron los pliegues de la túnica y colocaron una diadema en mi

cabeza. Luego el maestro de ceremonias y lo que ya era una considerable comitiva abrieron las puertas y, sintiéndome bastante parecido a Constancio, entré en la cámara del prefecto.

Podría decir que los egipcios son con mucho los más pesados de mis súbditos, si uno desea generalizar..., y, ¿quién no lo hace? No por nada han obtenido su mala reputación. Les gusta en particular litigar. A veces una familia mantiene un pleito durante un siglo, simplemente por el placer de crear problemas. Esa delegación había ido a ver a Constancio a Antioquía, pero él había partido antes de su llegada. Le siguieron hasta los Manantiales, donde la muerte afortunadamente lo había librado de ellos. Luego, al enterarse de que pronto habría un nuevo emperador en Constantinopla, habían venido directamente hacia mí. ¿Sus quejas? Mil pleitos contra nuestro gobierno en Egipto.

Hormiguearon a mi alrededor —eran de todos los colores, desde el pálido griego hasta el negro numidio — y hablaban todos a la vez, sin sentirse impresionados

por mi grandeza. El prefecto pretorio me miró a través del salón; esperanzado, hizo el signo del cuchillo. Pero yo me sentía más divertido que ofendido.

Con alguna dificultad logré atraer su atención.

—Con cada uno de vosotros —grité—, haremos justicia. —Esto provocó vítores y gemidos. En apariencia, algunos sintieron que las cosas se desarrollaban con excesiva facilidad—. Pero —dije con firmeza— aquí no puede hacerse ninguna compensación. Sólo en Calcedonia, al otro lado del Bósforo. Allí se encuentra el tesoro, donde se deciden esos asuntos. —Estaba improvisando con toda libertad, para sorpresa del prefecto—. Seréis conducidos hasta allí a mis expensas. —Un suspiro arrobado de la delegación—. Y mañana me reuniré con vosotros y examinaremos con detalle cada queja. Si descubro que alguno de vosotros ha sido perjudicado sabré lo que debo hacer. —Hubo una respuesta de satisfacción, y yo salí del salón.

El maestro de ceremonias estaba desesperado.

—¡Pero mañana es imposible! Y el tesoro está aquí, no allí.

—Dejad que todos ellos vayan a Calcedonia. Después decid a los barqueros que ningún egipcio debe volver a entrar en la ciudad.

Por primera vez sentí que había ganado el respeto del maestro de ceremonias. Los egipcios permanecieron en Calcedonia durante un mes, fastidiando a los funcionarios locales.

Luego volvieron a su tierra.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

PRISCO: Observáis que aunque Juliano se refirió a los procesos por traición de Calcedonia y prometió analizarlos, nunca volvió a mencionar el tema. Por

supuesto, no tuvo la posibilidad de releer estas notas, pero estoy seguro de que, incluso si hubiera notado la omisión, no habría sido totalmente sincero. Lo que se hizo allí fue vergonzoso y él lo sabía.

Arbecio arrestó a una docena de altos funcionarios de Constancio. Todos eran amigos suyos, pero eso no les evitó ser acusados de alta traición. ¿Por qué? Porque cualquiera de ellos lo habría comprometido. Arbecio deseaba ser emperador; había tratado de persuadir a Eusebio para que lo reconociese como heredero de Constancio. Era entonces un hombre con un propósito definido: el encubrimiento de sus propios rastros.

Aunque Salucio Segundo era oficialmente el presidente del tribunal, Arbecio estaba a cargo de él. Era un tigre entre ovejas. Paladio, un inocente funcionario que había sido maestro de ceremonias de la corte, fue acusado de conspirar contra Galo; sin ninguna prueba, Paladio fue desterrado a Bretaña junto con Florencio (un chambelán, no nuestro amigo de Galia).

También fue desterrado Evragio —sin pruebas—, ex conde del Patrimonio Privado, y Saturnino, ex mayordomo del Sagrado Palacio, y Cirino, un secretario privado. Aún más sorprendente fue el destierro del cónsul Tauro, cuyo único error fue unirse a su verdadero señor Constancio cuando Juliano entró en Italia. La opinión pública se escandalizó particularmente al leer una proclama que comenzaba: «En el año del consulado de Tauro y Florencio, Tauro fue declarado culpable de traición.» Este tipo de cosas sólo las hace el más temerario de los tiranos.

El prefecto pretorio Florencio fue condenado a muerte, justamente, creo. Es evidente que trató de destruir a Juliano, aunque, para ser absolutamente justos (pero, ¿quién lo es en asuntos políticos?), actuó bajo órdenes de Constancio; su juicio se realizó *in absentia*. Había desaparecido sabiamente el día de la muerte de Constancio y no reapareció hasta algunos meses después de la muerte de Juliano. Vivió muchos años, y murió en Milán, rico y feliz.

Algunos viven hasta llegar a viejos; algunas vidas son truncadas demasiado deprisa. Claro que Juliano habría dicho que es el destino inexorable, pero yo lo sé mejor. No es nada, absolutamente nada. No existe ningún plan para esas cosas.

Pablo «El Cadena», Mercurio «El Conde de los Sueños» y Gaudencio fueron condenados a muerte, como correspondía. Eusebio fue también ejecutado, y sus diversas propiedades devueltas a la corona de donde las había robado.

Después vino el atropello. De todos los hombres públicos de nuestro temeroso tiempo, sólo Úrsulo tuvo el valor de decir aquello que consideraba justo, sin considerar las consecuencias de su acción. Comprendió perfectamente a Arbecio. Deploró sus procesos. Así lo dijo. Para sorpresa de todos, Arbecio arrestó a Úrsulo.

El proceso fue abominable. Quienes estuvieron presentes me han dicho que Úrsulo castigó de palabra a Arbecio, se burló de su ambición, desafió a la corte

para que lo declarase culpable de ser desleal a Juliano o de estar vinculado de alguna manera a la muerte de Galo.

Digo que me lo «dijeron» porque no he podido leer los registros correspondientes, que han desaparecido. Pero he podido hablar francamente con Mamertino, que fue un aterrorizado testigo de la horrenda farsa. Me conté lo ocurrido sin ocultar su propia responsabilidad. Como todo el resto, incluido Juliano, fue arrastrado por el obstinado Arbecio, y tiene parte de culpa.

Contra Úrsulo se prepararon falsos testimonios, pero la falsificación era tan grosera que él pudo eliminarlos como pruebas. En ese momento hasta Arbecio hubiera debido darse por vencido, pero tenía todavía una última arma en reserva. El juicio tuvo carácter militar, y se realizó en el campamento de dos legiones. Ahora bien, Úrsulo era muy impopular en el ejército debido a la declaración que hizo cuando vio las ruinas de Amida: «¡Mirad con qué Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

valor son protegidos nuestros ciudadanos por estos soldados, cuya paga nos está llevando a la bancarrota!»

De pronto Arbecio citó esas palabras en la cara de Úrsulo. Inmediatamente los oficiales y los hombres que asistían al proceso hicieron un gran griterío pidiendo la cabeza de Úrsulo. La obtuvieron. Fue ejecutado una hora después.

Cuando llegué en enero no se hablaba más que de eso en la ciudad. Le pregunté a Juliano acerca del proceso; se mostró evasivo.

—No supe lo que estaba ocurriendo. Puse todo en manos de Salucio. Estoy tan sorprendido como cualquier otra persona.

—Pero ellos actuaron en vuestro nombre...

—Todo notario de aldea actúa en mi nombre. ¿Y soy yo responsable de todas las injusticias que se cometen?

—Pero seguramente debisteis otorgar vuestro permiso para la ejecución. De acuerdo con la ley romana...

—La corte militar actúa por propia iniciativa. No sé nada.

—Entonces todos los miembros de la corte son culpables por el uso ilegal de vuestro poder sobre la vida y la muerte.

—La corte no era ilegal. Fue debidamente constituida por medio de un edicto imperial...

—Entonces ellos debían haberos informado antes de la ejecución, y si lo hicieron...

—¡No sé nada! —Juliano estaba furioso.

Nunca volví a referirme al tema. Pero cuando estuvimos en Persia lo hizo él mismo, por propia voluntad. Habíamos estado hablando acerca de la idea de la justicia cuando de pronto Juliano dijo:

—Mi peor error fue permitir que una corte condenase a un hombre inocente.

—¿Úrsulo?

Asintió. Había olvidado totalmente que una vez me había dicho que no sabía nada de los procedimientos de Calcedonia.

—El ejército deseaba su muerte. Nada podía hacerse. Cuando la corte lo declaró culpable de alta traición (aun cuando era inocente) tuve que dejar que se cumpliese la sentencia.

—¿Para apaciguar al ejército o a Arbecio?

—A ambos. No estaba entonces seguro de mí mismo. Necesitaba todo posible apoyo que pudiese recibir. Pero si hoy se realizase el proceso, dejaría en libertad a Úrsulo y condenaría a Arbecio.

—Pero ayer no es hoy, y Úrsulo está muerto.

—Lo siento —dijo Juliano, y allí terminó el asunto.

Es uno de los pocos casos de debilidad de Juliano que conozco, y en su debilidad actuó mal. Pero ¿cómo habríamos actuado nosotros en su lugar? ¿En forma diferente?

Pienso que no. Una cosa buena: Juliano no confiscó las propiedades de Úrsulo como exige la ley en caso de traición. Las propiedades pasaron todas a manos de la hija del muerto.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

LIBANIO: Prisco se muestra excesivamente sentimental al respecto. Como él mismo admite, no estudió la transcripción del proceso; así que, ¿cómo puede saber qué tipo de pruebas fueron presentadas contra Úrsulo? A diferencia de Prisco, nunca predeciría mi propia conducta en ninguna circunstancia antes de saber con precisión cuáles son los hechos. ¿No se basa

toda conducta en este tipo de empirismo? ¿O he confundido a tres generaciones de alumnos?

JULIANO AUGUSTO

Durante toda mi vida había oído hablar acerca de lo que sucedía en los apartamentos de los eunucos en el Sagrado Palacio. Pero me inclino a no dar crédito a las habladurías, habiendo sido yo mismo objeto de muchas de ellas, en su mayor parte fantásticas.

Confieso que realmente no deseaba confirmar ningún tipo de rumores, pero Oribaso insistió para que investigásemos nosotros mismos. Así que me vestí con un manto con capucha mientras Oribaso se disfrazaba de mercader sirio con aceitados rizos y una lustrosa barba falsa.

Poco después de medianoche, abandonamos mi apartamento por medio de una escalinata privada. Fuera de la casa nos encontramos en un pequeño patio, brillante bajo la luz de la luna. Como conspiradores en la sombra, cruzamos hacia el extremo opuesto del

palacio donde viven los eunucos y los funcionarios menores. Nos introdujimos en el pórtico.

En la tercera puerta contando desde el sur, Oribaso se detuvo, y golpeó tres veces. Una voz sorda dijo:

—¿Cuál es el tiempo?

—El tiempo es nuestro —dijo Oribaso.

Era la contraseña correcta. La puerta se abrió precisamente con la amplitud necesaria para que nosotros pasásemos. Un enano nos recibió y nos señaló hacia las escaleras escasamente iluminadas.

—Están empezando.

Oribaso le dio una moneda. En la galería del segundo piso esclavos sordomudos nos mostraron el que había sido el comedor de Eusebio. ¡Era casi tan espléndido como el mío! A lo largo de las paredes del salón se encontraban alrededor de cincuenta eunucos reclinados sobre divanes. Estaban vestidos tan magníficamente que

parecían fardos de seda en exposición. Frente a cada diván se encontraba una mesa llena de alimentos. Incluso para una velada que yo (en mi inocencia) consideré musical, los eunucos necesitaban su comida.

En un extremo había sillas y bancos para los «amigos de la corte». Allí estaban sentados varios oficiales escolares, bebiendo copiosamente. Me sentía completamente confundido, pero no me atrevía a hablar por temor a que alguien reconociese mi voz. Como Mardonio —el eunuco bueno— solía decir, «Juliano no tiene lira, sólo una trompeta de lata».

Nos sentamos en la fila de delante, junto al centurión de los herculanos. Ya estaba totalmente borracho. Me dio un ligero codazo en las costillas.

—¡No pongáis esa cara tan triste! Y sacaos esa capucha, parecéis un sucio cristoso. —

Eso fue considerado como de ingenio superior, y muchos se rieron a mis expensas.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pero el locuaz Oribaso acudió en mi ayuda.

—Pobre amigo campesino, no se atreve a mostrar su túnica remendada. —El acento de Oribaso era claramente de Antioquía. Yo estaba muy impresionado.

—¿Es parte del espectáculo? —El centurión acercó su rostro al mío, su aliento parecía los últimos sedimentos de un odre de vino. Me eché hacia atrás, llevando mi mano a la capucha.

—No —dijo Oribaso—. Es un amigo de Falaris.

Esto impresionó al centurión, que me dejó solo. Oribaso susurró a mi oído. «Falaris es nuestro anfitrión. Está allí. En el centro.» Falaris era alto y hosco, de boca fruncida. Sabía que lo había visto antes, pero no podía recordar dónde. Oribaso explicó:

—Está a cargo de la cocina. Lo cual lo convierte ahora, tras la muerte de Eusebio, en el hombre más rico de la corte.

Suspiré. El emperador es objeto de múltiples robos por parte de sus servidores.

Sonaron los címbalos. Una larga fila de escolares entró en el salón. Hicieron un alto delante de Falaris con una parodia del saludo imperial. Me puse furioso, pero Oribaso me contuvo. Con un gesto tan majestuoso como cualquiera de los de Constancio, Falaris agradeció el saludo. Los soldados entonces ocuparon sus lugares contra la pared y, a una señal de su jefe, ¡cantaron una canción de amor! Pero aún faltaban cosas peores.

Cincuenta jóvenes desarrapados entraron en el salón. Se movieron torpemente y

pareció que no sabían qué hacer hasta que un escolar empujó a uno de ellos haciéndolo caer de rodillas frente a Falaris; todos lo imitaron. Luego el eunuco les ordenó

sentarse sobre el suelo frente a nosotros. Me sentía desconcertado. Esos jóvenes evidentemente no eran actores. Tenían el aspecto de los trabajadores que uno está acostumbrado a ver en todas las ciudades, rondando debajo de las arcadas, mirando a las mujeres.

Luego una cantidad equivalente de mujeres jóvenes entró como un rebaño en el

salón. A mi alrededor los «amigos de la corte» respiraban con satisfacción. Las muchachas eran de una belleza fuera de lo común, y estaban aterrorizadas. Tras una lenta ronda a través del salón, se las ordenó que se sentasen en el suelo junto a los jóvenes.

Llevaban ropas ordinarias, lo que significaba que no eran prostitutas ni actrices. Vi que los eunucos estudiaban a las muchachas casi con tanto interés como los hombres que me rodeaban. Consideré esto sorprendente, pero Oribaso me aseguró que el deseo por las mujeres perdura cruelmente y con intensidad en

los eunucos, especialmente en los que son castrados durante la pubertad. La impotencia no anula la lujuria.

Aparecieron los músicos e hicieron oír sus instrumentos mientras bailaba un conjunto de sirias. Supongo que eran hábiles, se movían con intensidad, daban saltos sorprendentes en el aire y hacían gestos lascivos con los vasos, como parte integrante de su «arte». Mientras todos los ojos se fijaban en ellas di unos golpecitos sobre el hombro del muchacho que se hallaba frente a mí. Tuvo un estremecimiento nervioso y miró a su alrededor, pálido de temor.

Tenía los hermosos ojos y la piel gris de los macedonios. Sus manos eran grandes y callosas, con las uñas ennegrecidas por el tizne.

Pensé que sería un aprendiz de herrero, como la mayoría de los muchachos de dieciocho años.

—¿Señor? —La tensión entrecortaba su voz ligera.

—¿Por qué estáis aquí?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—No lo sé, señor.

—Pero, ¿cómo habéis llegado?

—Ellos... —Hizo un ademán señalando a los escolares—. Iba hacia mi casa desde el mercado de plata, donde trabajo, y me detuvieron y me hicieron ir con ellos.

—¿Os dijeron por qué?

—No señor. No nos van a matar, ¿verdad? —No hay terror que iguale al de un ignorante en un palacio extraño.

—No —dije con firmeza—. No os harán ningún daño.

Las bailarinas sirias fueron seguidas por mujeres que parecían sacerdotisas del culto egipcio de Sira. Aunque

reconocí muchos de los gestos rituales, sospeché que esas sacerdotisas no eran tales, sino prostitutas, que imitaban las sagradas danzas eróticas.

Fueron representadas todas las etapas de los misterios, incluso la ceremonia de la abundancia, con sus falos de madera. Esto dio lugar a un intenso aplauso entre los «amigos de la corte», y suspiros y risitas de éxtasis entre los eunucos. Aunque el culto de Sira no me atrae mucho, me dolió ver la forma en que profanaban los misterios.

Después de que las «sacerdotisas» terminaran su danza, algunos fornidos eunucos hicieron que las muchachas y los jóvenes desfilasen ante los reclinados eunucos, en una forma similar a los paseos de los jóvenes en los pueblos de provincias durante los días festivos. Durante algunos minutos se movieron, tensos, sin naturalidad, atrapados. Luego Falaris ordenó a una muchacha y a un joven que se acercase a él. Ésa fue la señal para que los demás eunucos eligiesen parejas. Así lo hicieron, siseando como gansos rabiosos.

De pronto, Falaris se levantó y rasgó la ropa de la muchacha en los hombros; el vestido cayó hasta las rodillas. Los que estaban a mí alrededor jadeaban con excitación.

Yo me quedé sin poder moverme. Cuando la muchacha trató de levantarse el vestido, Falaris volvió a tirar de él con fuerza, y esta vez se rasgó el tejido y un trozo quedó en su mano. Como en un sacrificio, ella permaneció desnuda, con los brazos cruzados sobre sus pechos. Luego Falaris se volvió hacia el muchacho y le levantó la túnica hasta el vientre.

Hubo fuertes risas; el muchacho no llevaba nada debajo de la túnica. Falaris empujó al muchacho y a la chica, la una pálida, el otro rojo por la excitación, sobre el diván, ciñéndolos con sus gordos brazos.

Mientras tanto, los demás eunucos desvistieron a sus aterrorizadas presas. Nadie se resistió, aunque un joven que evitó inconscientemente el abrazo de un eunuco, fue golpeado con fuerza sobre las nalgas con la parte

plana de la espalda de un escolar. El resto se sometió.

Mientras veía esto, tuve la sensación de haber presenciado antes algo similar. Esa monstruosa escena tenía un elemento sorprendentemente familiar. Sólo algunos días después pude recordar de qué se trataba: me hacía recordar a los niños abriendo regalos. Rasgaban las ropas de sus víctimas de la misma manera como los chicos rompen los paquetes con regalos, apasionadamente ansiosos por ver el contenido. Los gordos dedos de los eunucos exploraban los cuerpos extraños como si fuesen juguetes; estaban particularmente fascinados por los sexos, masculino y femenino. Para comprender lo que vi esa noche, basta imaginar a cincuenta bebés a quienes les fueran entregados personas como juguetes.

Podría haber permanecido allí sentado para siempre, convertido en una sorprendida piedra, si no hubiera observado al muchacho con el que había hablado antes. Estaba en el regazo de un eunuco, y una atemorizada muchacha esparcía miel sobre su vientre mientras el Re

visado por Hyspastes.

Junio 2005

eunuco lo acariciaba continuamente, preparándolo para quien sabe qué vicio. Eso fue suficiente.

Había llegado hasta el centro del salón cuando uno de los escolares me agarró de los hombros con brusquedad y la capucha cayó de mi cabeza. Fue suficiente con mi rostro. La música se detuvo, instrumento por instrumento. Nadie se movía. Nadie hablaba. Me dirigí a un tribuno sentado en primera fila. Era el funcionario de más alto rango entre los presentes.

Me saludó tembloroso. Señalé a los muchachos y a las muchachas, y con una voz baja como para que sólo él pudiera oír, dije:

—Enviadlos a sus casas. —Luego señalé a Falaris—. Arrestad a los eunucos y confinad a los escolares presentes en barracones. —En un silencio tan completo como nunca había oído, Oribaso y yo abandonamos el

salón de banquetes.

Oribaso cree que tomé el hecho con tal seriedad a causa de mi celibato. Pero no es ésa la razón. En las bases de toda sociedad legal se establece que ningún hombre (mucho menos medio hombre) tiene poder para someter a otro ciudadano a su voluntad. Si las jóvenes hubieran sido prostitutas voluntarias, habría perdonado a los eunucos. Pero lo ocurrido esa noche —y muchas otras, según descubrí— era injusto y cruel.

PRISCO: Juliano se refería a menudo a esa noche en las habitaciones de los eunucos. Era ingenuo inquietarse tanto. Los eunucos del palacio tienen hábitos desagradables y el espectáculo no fue una revelación. Naturalmente, no era agradable pensar que tales cosas ocurriesen en el Sagrado Palacio, pero en aquel entonces había quizás veinte mil personas vinculadas a la corte, lo cual hacía del palacio un mundo en sí mismo, y semejante al mundo.

Pero nada pudo detener a Juliano cuando tomó su

decisión.

Despidió a los eunucos y, como consecuencia, la vida en el palacio se volvió absolutamente insoportable. Por la simple razón de que nadie sabía dónde se encontraban las cosas. Todos los días se enviaban patrullas de búsqueda para explorar las bodegas y los áticos, y, por supuesto, salieron a la luz una cantidad de otros escándalos, incluso la falsificación de moneda que hacían en la bodega del palacio Dafne algunos escolares emprendedores.

Había determinados aspectos de la vida a los que Juliano evitaba enfrentarse siempre que podía. El impulso sexual era uno de ellos. Pretendía escandalizarse ante la forma en que los eunucos utilizaban a los ciudadanos para su placer. Por supuesto, era una mala acción, contraria a las leyes y a las costumbres de una sociedad decente. No debía permitirse. Pero

¿era sorprendente? Juliano pensaba que el mal que

había presenciado era una suerte de horror sin igual, cosa que no era así.

Finalmente le pregunté si tenía alguna idea de lo que hacía su propio ejército en las aldeas francas y germanas. ¿No sabía que ningún hombre, mujer o niño estaba protegido de la lujuria de sus soldados? Juliano me respondió con vaguedad, deplorando la brutalidad de la guerra en general. Pero lo presioné hasta que admitió que había oído hablar de que tales cosas ocurrían (conozco por lo menos una docena de casos de violación que se vio forzado a castigar), y siempre las aceptó como una consecuencia de la guerra. Aunque esto era falso, Juliano era a menudo sorprendentemente inocente. Su celibato tras la muerte de Elena no era fingido como muchos (incluso yo mismo) sospecharon entonces. Era absolutamente sincero en su mortificación de la carne, lo cual explica su disgusto ante el hecho de ser tocado y que evitase todo lugar donde se mostrase el cuerpo humano, particularmente los baños públicos.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pienso que lo que más le perturbaba en la conducta de los eunucos fue darse cuenta de que él no sólo tenía el poder para hacer lo mismo, sino que quería hacerlo. Este reconocimiento de su propia naturaleza le producía horror. Observad que mientras presenciaba la escena el hecho que más lo conmovía no era tanto la demostración de lujuria, sino el poder para hacer lo que se desea con el otro, y que el otro no fuese un esclavo sino un hombre libre. Nuestro Juliano —como todos nosotros— tiene algo de Tiberio en su carácter, y odia ese rasgo.

Durante veinte años me he preguntado por qué se esparció miel sobre los genitales del aprendiz de herrero. ¿Cuál era exactamente el plan del eunuco? ¿Qué esperaba que hiciese la muchacha? ¿Y por qué miel? Por supuesto, tengo teorías al respecto, pero nunca lo sabré a ciencia cierta puesto que Juliano

interrumpió la reunión demasiado pronto. Estoy seguro de una cosa: el eunuco era cocinero y estaba acostumbrado a untar aves de caza con miel.

Obviamente, cumplía con su hábito.

LIBANIO: La lascivia de Prisco es una inesperada consecuencia de su senectud. No tengo conciencia de que en mí exista «algo de Tiberio», sino más bien todo lo contrario.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XVII

JULIANO AUGUSTO

Pocas veces Constancio habló ante el Senado porque no podía hacerlo durante algún

¶ tiempo sin tartamudear o cometer algún error de lógica

o de gramática. Como consecuencia, casi nunca puso los pies en el Senado. Prefería que éste se presentase en el salón del trono en el palacio Dafne donde podía dirigirse a él informalmente, en las raras ocasiones en que se encontraba con sus integrantes.

Yo volví a las viejas costumbres, a imitación de Augusto, que se contentaba con ser el primer ciudadano. El primero de enero crucé la plaza para concurrir al Senado meramente como uno de sus miembros. Los senadores se mostraron satisfechos por mi gesto, y durante los meses siguientes que permanecí en la ciudad a menudo asistí a sus sesiones. ¡No es necesario agregar que hablé cada vez que me hallé entre ellos!

Existe la costumbre de que, cuando asumen su cargo, los nuevos cónsules patrocinan juegos y entretenimientos. Mamertino nos regaló con tres días de carreras de carros en el Hipódromo a las que concurrí como una cortesía hacia él. Las carreras me resultaron interminables, pero gocé al encontrarme entre la

multitud. Siempre me vitoreaban con un rugido ensordecedor. Me han dicho que Constancio en sus veinticinco años de gobierno nunca provocó una respuesta tan afectuosa. Puesto que me lo dijeron varias personas, es posible que sea verdad y no sólo un halago.

Mientras asistía al primer día de carreras examiné las diversas obras de arte que Constantino había colocado a lo largo del centro de la pista: obeliscos, columnas, monumentos recordatorios de bronce. Uno de ellos es particularmente hermoso: tres culebras de bronce se entrelazan para formar una alta columna sobre la que un trípode de oro sostiene una copa también de oro dedicada por los griegos a Apolo, en Delfos, en acción de gracias por su victoria sobre los persas. Constantino robó incluso las reliquias más sagradas para decorar su ciudad. Un día las enviaré de nuevo a sus tierras de origen. Pero el hecho de pensar en Delfos me dio una idea. Me volví hacia Oribaso.

—Deberíamos consultar al oráculo.

—¿Qué oráculo? —Oribaso sostiene que entre adivinos, oráculos y sacrificios, he aterrorizado al futuro hasta someterlo.

—El de Delfos. El único oráculo.

—¿Existe todavía?

—Averiguadlo.

Oribaso se echó a reír.

—¿Me voy ahora, antes de que terminen los juegos?

—No. Pero de todos modos puesto que queréis visitar Grecia, id al oráculo y consultad a la pitonisa.

Así quedó acordado. Nos preguntábamos qué forma tendría mi pregunta al oráculo, cuando un conjunto de esclavos fue empujado hasta el palco para que recibiese su libertad.

Ésta es una antigua costumbre, destinada a celebrar el

nuevo año y el advenimiento de nuevos cónsules. Los esclavos se alinearon ante el palco imperial, y ansiosamente pronuncié la *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

fórmula legal que los haría libres. Hubo un murmullo de alarma entre la muchedumbre. Yo estaba azorado. Mamertino, sentado a mi derecha, se mostraba muy divertido.

—Augusto, se supone que el cónsul libera a los esclavos, así como el cónsul ofrece los juegos.

Sumamente desconcertado, grité al pueblo:

—¡En este momento me impongo una multa de diez libras de oro por usurpar la función del cónsul! —Esto provocó muchas risas y vítores, y creo que produjo una buena impresión.

El 4 de febrero del año 362 declaré la libertad religiosa

para todo el mundo. Todo hombre podía rendir culto a cualquier dios en la forma que prefiriese. El culto de los galileos había dejado de ser la religión del estado, tampoco sus sacerdotes estaban exentos ya de pagar los impuestos y las cargas municipales de costumbre. También llamé a todos los obispos que habían sido exiliados por Constancio. Incluso permití retornar a Alejandría al terrible Atanasio, aunque no me proponía que volviese a ser obispo. Entre quienes volvieron del exilio se hallaba Ecio, que le había dado un buen informe sobre mí a Galo. Siempre le estaré agradecido por ello.

Poco después de tomar posesión de la capital, me enfrenté con una crisis sumamente desagradable. Mi antiguo maestro, el obispo Jorge, había sucedido finalmente a Atanasio como obispo de Alejandría. En forma nada sorprendente Jorge demostró ser un prelado impopular. Era despótico y arbitrario con todos. Llegó al colmo cuando destruyó el templo de Mitra, afirmando que pensaba construir un osario sobre sus cimientos. Cuando nuestros hermanos protestaron

con todo derecho por este sacrilegio se vengó desplegando cráneos, huesos y objetos obscenos, y declarando falsamente que había hallado esas «pruebas» de sacrificios humanos enterrados en el Mitreo. Fue un asunto verdaderamente horrible.

Jorge también provocó la cólera de los atanasianos por su cerrada persecución de aquellos que habían seguido las enseñanzas del obispo. Los alejandrinos no podían soportarlo. Cuando llegó la noticia de que su protector Constancio había muerto, la masa tomó por asalto el palacio del obispo y asesinó a Jorge; su cuerpo fue entonces atado a un camello y arrastrado a través de toda la ciudad hasta la playa. Allí fue quemado y sus cenizas se tiraron al mar. Esto ocurrió el 24 de diciembre. Cuando me enteré escribí a los habitantes de la ciudad una dura carta, amenazando con tomar represalias. Sus funcionarios presentaron entonces numerosas excusas y prometieron mantener la paz. No mucho después, Atanasio entró en la ciudad con una gran masa de fanáticos y recuperó su antiguo puesto como obispo.

Uno de sus primeros gestos consistió en «bautizar» a la mujer de mi gobernador. Era demasiado. Desterré a Atanasio dejando claro que para los obispos depuestos el retorno del exilio no significaba el retorno al poder, en especial para aquellos que eran avispados enemigos del helenismo.

Por aquellas fechas adquirí la biblioteca de Jorge, considerada como una de las mejores de Asia. Estaba muy ligado sentimentalmente a esa biblioteca, ya que en ella se encontraban los mismos libros que habían conformado mi espíritu. En este momento estoy viajando con el conjunto de libros de Plotino que pertenecían a Jorge. Los restantes libros los dejé en Constantinopla como núcleo para la formación de la biblioteca de Juliano.

El edicto del 4 de febrero produjo un buen efecto, aunque dio lugar a muchas quejas de los obispos arrianos, quienes comprendieron que al permitir volver a sus hermanos

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

atanasianos provocaba luchas doctrinarias que inevitablemente destruirían a la organización galilea. ¡Exactamente! Ahora se están agarrando del cuello unos a otros. También insistí para que se nos devolviesen todas las tierras y edificios que durante años nos habían quitado los galileos. Comprendo que esto provocará dificultades, pero no había otra manera de hacerlo.

El 22 de febrero di a conocer otro edicto, por el cual sólo yo tenía derecho a utilizar los transportes públicos. Los obispos, yendo de aquí para allá a expensas del estado, habían arruinado el sistema. *Nota:* Catalogar aquí todos los edictos del año, así como las designaciones oficiales. Por supuesto, se encuentran en forma permanente en los legajos de la Oficina de Registros, pero aun así es preciso ser concienzudo. Mientras tanto, sólo deseo referirme a los hechos más importantes de esos seis meses transcurridos en Constantinopla.

A finales de febrero supe, en gran medida accidentalmente, que Vecio Agorio Pretextato y su esposa se encontraban en la ciudad. Es el dirigente del partido helenista de Roma, y su esposa, Aconia Paulina, ha sido admitida en todos los misterios accesibles a las mujeres y también ha sido sacerdotisa superior de Hécate. Estaba ansioso por conocerlos.

Pretextato es un hombre pequeño y débil, con una flotante cabellera blanca, y rasgos diminutos y delicados. Su esposa es algo más alta, rosada y robusta como un galo, aunque pertenece a la mejor cepa romana. Se mostraban muy entusiasmados por mi obra, en especial Paulina.

—Hemos obtenido una notable acogida en nuestro templo de Hécate. Verdaderamente notable. Y todo os lo debemos a vos. El año pasado, en Roma, apenas pudimos lograr que alguien pasase por el proceso de iniciación, pero ahora... bien, hemos recibido comunicaciones de Milán, Alejandría, Atenas... de todas partes, que nos dicen que las mujeres vienen en

masa hacia nosotros. Sólo nos supera Isis en cantidad de inscritas y, aunque soy devota del culto de Isis (en realidad, soy una iniciada de segundo grado), pienso que Hécate siempre ha formado una mejor clase de mujeres. Sólo espero que podamos abrir un templo aquí.

—¡Lo abriréis! ¡Lo abriréis! —Me sentía encantado.
—¡Quiero que todos los dioses estén representados en la capital!

Aconia Paulina estaba rebosante de alegría. Pretextato sonrió con gravedad.

—Todos los días —dijo con suavidad—, en todas las horas de vigilia, rogamos por vuestro éxito.

Por lo menos durante una hora los tres gozamos de esa unidad que sólo pueden conocer los iniciados en los misterios. Era como si fuésemos uno. Luego abordé mis asuntos.

—Para derrotar a los galileos es preciso, simplemente,

que poseamos una organización comparable a la suya.

Pretexto se mostraba indeciso.

—A menudo hemos analizado esto en Roma y hasta los últimos tiempos pensábamos que finalmente teníamos nuestra propia organización. En el fondo, Roma es anticristiana. El Senado es claramente helenista. —Se detuvo y miró afuera por la ventana, como si buscara al mismo Zeus en las nubes de lluvia que venían del mar —. Como veis, Augusto, no somos una organización como la de los galileos. Somos muchos. Somos también miembros voluntarios.

No tenemos el apoyo del gobierno...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Lo tenéis ahora.

—...ahora, si, pero, ¿no es ya demasiado tarde?

Además, nuestro llamamiento está dirigido esencialmente al individuo, por lo menos en los misterios. Cada iniciado pasa por la experiencia solo. En Eleusis es el alma sola que se enfrenta a la eternidad.

—¡Pero también existe el sentimiento de camaradería con otros iniciados! ¡Fijaos en nosotros! Vos y yo somos hermanos en Mitra...

—No es lo mismo que pertenecer a una organización abierta, cuya conducta está gobernada por sacerdotes tan interesados en la propiedad y en el poder político como en la religión.

—Estoy de acuerdo —golpeé los papeles que tenía en frente. Y sugiero que luchemos en su propio terreno. Tengo en mente la formación de un sacerdocio mundial, gobernado por el Pontífice Máximo Romano. Dividiremos el mundo en unidades administrativas, como han hecho los galileos..., y cada diócesis tendrá su propia jerarquía de sacerdocio que sólo estará por debajo de un padre superior, responsable ante mí.

Estaban impresionados. Aconia Paulina quería saber si todos los cultos estarían representados en el sacerdocio. Dije que sí. Todos los dioses y diosas que el pueblo conocía, independientemente de su apariencia o de su extraño nombre, tendrían su culto, puesto que la multiplicidad es la naturaleza de la vida. Todos creemos —incluso los galileos, pese a su confusa idea de la trinidad— que existe un solo Dios superior del cual desciende toda la vida, divina y mortal, y al cual toda la vida debe retornar. No podemos conocer a este creador, aunque su símbolo aparente es el sol. Pero, a través de intermediarios, humanos y divinos, nos habla, nos muestra rasgos que le son propios, nos prepara para la próxima etapa de la jornada. «Es difícil hablar al padre y al hacedor de todo», como dice Sócrates. «Y después de hallarlo es imposible expresarlo.» Sin embargo, como escribió Esquilo con igual sabiduría,

«el hombre busca a dios y al buscarlo lo encuentra». La búsqueda es todo para la filosofía y para la experiencia religiosa. Forma parte de la impiedad galilea el proclamar que la búsqueda terminó hace trescientos

años cuando un joven rabino fue ejecutado por traición. Pero, de acuerdo con Pablo de Tarso, Jesús no era un rabino común, ni siquiera un mesías; era el Dios Uno que se levantó de entre los muertos para juzgar al mundo inmediatamente. En realidad, se afirma que Jesús aseguró a sus discípulos que algunos de ellos todavía estarían vivos el día del juicio. Pero los discípulos murieron uno a uno y aún estamos esperando ese día prometido. Mientras tanto, los obispos acumulan propiedades, se persiguen entre sí, y se divierten en esta vida mientras el estado es debilitado y en nuestras fronteras los bárbaros se reúnen como lobos de invierno, esperando que nos tambaleemos en nuestra debilidad, y caigamos. Veo esto con tanta claridad como mi mano pasando sobre la página. (Para esta parte no confío en ningún secretario.) Detener el carro mientras se precipita hacia el sol, para eso ha nacido. Mi destino está claro.

Explicué mis planes a Pretextato. Algunos ya los he puesto en acción. Otros deben esperar mi retorno de Persia.

El fracaso del helenismo ha sido, en gran medida, una cuestión de organización. Roma nunca intentó imponer ningún tipo de culto sobre los países que conquistó y civilizó; por el contrario, Roma era ecléctica. Todas las religiones tuvieron iguales oportunidades, e incluso Isis —después de alguna resistencia— tuvo su culto en Roma. Como consecuencia tenemos un centenar de dioses importantes y una docena de misterios.

Determinados ritos son, o eran, apoyados por el estado porque comprometían el carácter de Roma. Pero nunca se hizo ningún esfuerzo para coordinar el culto de Zeus en la capital con, digamos, las vestales que alimentan el fuego sagrado en el antiguo foro. A medida que pasaba el tiempo, nuestro ritos se Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

convertían, es preciso reconocerlo con valentía, en meras formas, en tranquilizadores recuerdos de la edad de oro de la ciudad, un mero gesto para los viejos dioses que, según se pensaba, habían fundado y guiado

a Roma en su camino desde una aldea del Tíber hasta el Imperio del mundo. Y además, desde el principio, hubo quienes se burlaron. Un senador de la antigua República preguntó una vez a un augur cómo podía realizar toda una ceremonia de adivinación sin reír. No soy tan frívolo, aunque reconozco que muchos de nuestros ritos han perdido su significado a través de los siglos; lo atestiguan esos templos de Roma donde determinados versos son aprendidos de memoria y cantados año tras año, sin que nadie, ni siquiera los sacerdotes, conozcan su significado, puesto que están escritos en el antiguo idioma de los etruscos, hace mucho tiempo olvidado.

A medida que las formas religiosas del estado se hicieron cada vez más rígidas y superficiales, la gente fue atraída por los cultos de misterios, muchos de ellos de origen asiático. En Eleusis o en las diversas cuevas de Mitra podían obtener una visión de lo que podía ser esta vida, y una degustación de la que sigue. Había entonces tres tipos de experiencias religiosas: los antiguos ritos, esencialmente propiciatorios; los

misterios, que purifican el alma y nos permiten vislumbrar la eternidad, y la filosofía, que intenta definir no sólo el mundo material sino también sugerir los caminos prácticos hacia la buena vida, así como sintetizar (en la forma en que lo hace tan hermosamente Jámblico) toda verdadera religión en un sistema único que las abarque.

Ahora bien, a este satisfactorio mundo, por lo menos en potencia, llegaron los galileos.

Ellos basan su religión en la idea de un único dios, como si eso fuera una novedad: desde Homero a Juliano, los griegos han sido monoteístas. Este único dios, de acuerdo con la mayor de las sectas galileas, envió a su hijo (concebido por una virgen, como muchos otros dioses asiáticos) para predicar al mundo, para sufrir, para resucitar de entre los muertos, para juzgar a la humanidad un día que se supone amaneció hace más de trescientos años. He estudiado con tanto detalle como cualquier obispo los escritos de aquellos que conocieron al Galileo, o así lo afirman. Están

redactados en un griego deficiente, lo cual me parece suficiente como para provocar la repulsa de cualquier hombre instruido, y su narración es como mínimo confusa (siguiendo a Porfirio he descubierto alrededor de sesenta y cuatro contradicciones y absurdos palpables).

El verdadero relato de la vida del Galileo ha desaparecido. Pero he dedicado mucho tiempo a reconstruirlo. Hasta hace treinta años, los archivos de Roma contenían varios informes contemporáneos sobre su vida. Pero han desaparecido, destruidos por orden de Constantino. Existe una antigua y mordaz broma que afirma que el Galileo no era cristiano.

Era algo muy distinto. He hablado con anticuarios que sabían de los legajos de los archivos, algunos los han leído o conocen personas que lo han hecho. Jesús fue, simplemente, un sacerdote judío renovador, tan exclusivo como los demás judíos, que no tenía ningún interés en hacer proselitismo fuera del pequeño mundo de los judíos. Los problemas que tuvo con Roma no

eran de carácter religioso (¿cuándo Roma persiguió a alguien por sus creencias religiosas?) sino político. Este Jesús pensó que él era el mesías. Ahora bien, el mesías es una especie de héroe judío que, de acuerdo con la leyenda, un día establecerá un imperio judío que durará hasta el fin del mundo. Evidentemente no es un dios, y mucho menos el hijo del Dios Uno. El mesías ha sido objeto de muchas profecías judías, y Jesús representó cuidadosamente cada uno de los requerimientos proféticos para parecerse a este héroe (el mesías entraría en Jerusalén sobre un asno, así lo hizo él, etc.). Pero la cosa salió mal. El pueblo no le dio su apoyo. Su dios lo abandonó. Él recurrió a la violencia. Con una gran banda de rebeldes tomó el templo, anunciando que había llegado con una espada. Debía lograr para sí mismo lo que su dios no le concedía. Acabó no siendo un dios ni tampoco el Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

mesías judío, sino un rebelde que trataba de convertirse

en el rey de los judíos. Con bastante razón, nuestro gobernador lo ejecutó.

Nunca debemos olvidar que, según sus propias palabras, Jesús era un judío que creía en la Ley de Moisés. Esto significa que no podía ser el hijo de Dios (la especie más pura de la blasfemia), y mucho menos Dios mismo que temporalmente habría descendido a la tierra.

Nada está escrito en el libro de los judíos que nos prepare para el parentesco del mesías con Jehová. Sólo mediante continuas reinterpretaciones y convenientes «relaciones» los galileos han podido convertir esta carrera de un rabino reformista en una parodia de uno de nuestros dioses, creando una pasión de muerte y resurrección absolutamente inconcebible para alguien que respeta la Ley de Moisés... para no referirme al disgusto que provoca en nosotros que no rendimos culto a hombres que fueron ejecutados, sino a figuras simbólicas como Mitra, Osiris y Adonis, cuya existencia literal no tiene ninguna importancia, pero cuya

misteriosa leyenda y revelación son todo.

Las prédicas morales del Galileo, aunque a menudo han sido registradas incoherentemente, están más allá de toda crítica. Predicó la honestidad, la sobriedad, la bondad y una suerte de ascetismo. Es decir, era un rabino judío igual a todos, con tendencias fariseas. Se parece a Marco Aurelio en una forma grosera. Comparado con Platón o Aristóteles, es un niño.

Lo sorprendente de nuestra época es que un rabino provinciano y simple fuera convertido de forma tan extraordinaria en un dios por Pablo de Tarso, quien superó a todos los embaucadores y tramposos que hayan existido en cualquier lugar del mundo. Como señaló con tanta agudeza Porfirio el siglo pasado: «Los dioses han declarado que Cristo ha sido sumamente piadoso; él se ha hecho inmortal y su memoria es estimada por ellos. Mientras tanto, los cristianos son una secta corrompida, contaminada y sumergida en el error. » En la actualidad, la situación es todavía peor. Para cuando Constantino, Constancio y la horda de

obispos acabaron con Jesús, poco quedó de su mensaje inicial. Cada vez que se reunían en sínodo se alejaban más de las enseñanzas originarias del hombre. La concepción del triple dios es su última obra maestra.

Una razón por la que los galileos se hicieron cada vez más peligrosos y poderosos reside en su continua asimilación de nuestros ritos y fechas sagradas. Puesto que, con razón, consideraban al culto de Mitra como su principal rival, desde hace años se han venido apropiando de diversos aspectos de los ritos de Mitra y los han incorporado a sus propias ceremonias. Algunos críticos creen que la apropiación gradual de nuestras formas y oraciones es de los últimos tiempos. Pero yo creo que data de los mismos comienzos. Por lo menos en una de las biografías de los galileos se encuentra una extraña anécdota que sus discípulos nunca han podido explicar (y habitualmente no tienen otra cosa que ingenio para dar sentido a aquello que no lo tiene). El Galileo va a una higuera para coger sus frutos. Como no es la temporada, el árbol no tiene higos. En un acceso de furia, el Galileo seca el árbol mediante la

magia y lo mata. Ahora bien, la higuera es sagrada para Mitra: en su juventud, era su hogar, su fuente de alimentos y ropajes. Sugiero que el apologista que escribió este pasaje en el siglo lo hizo deliberadamente, no importa si inventándolo o registrándolo, como signo de que el Galileo destruiría el culto de Mitra con la misma facilidad con que había destruido el árbol sagrado.

Pero no pretendo explicar en estas páginas, que intentan ser una crónica, mis conocidos argumentos contra los galileos. Éstos están en mis diversos ensayos sobre el tema.

Pretextato y yo trabajamos muy unidos durante todo el invierno en Constantinopla.

Tanto él como su esposa estaban muy informados sobre cuestiones religiosas. Pero cada vez que yo hablaba de cuestiones prácticas, Pretextato perdía interés. Así, totalmente solo, me Re v i s a d o p o r Hy s p a s t e s .

Junio 2005

puse a reorganizar... no, a organizar el helenismo. Los galileos han logrado obtener fama de dar caridad a quien se la solicitaba. Ahora nosotros hacemos lo mismo. Sus sacerdotes impresionan a los ignorantes con vidas que llaman de santos. Ahora insisto en que nuestros sacerdotes eran verdaderamente santos. Les he dado instrucciones completas acerca de cómo comportarse en la vida pública y en la privada. Aunque Pretextato no poseía imaginación, trabajó diligentemente conmigo en esos planes. Pero Aconia no colaboró en modo alguno.

Ella, según se dice, no llegó a hacerse una con nosotros. Me temo que su único interés era su propia salvación. Consideraba la religión como una especie de lotería, y si ella tenía una oportunidad con cada uno de los dioses, le resultaría más fácil elegir a aquel que salvaría su alma. Aunque no sé qué querrá hacer la eternidad con Aconia Paulina.

PRISCO: ¡Bravo, Juliano!

Aunque Juliano no se refiere a ello, fue aproximadamente entonces cuando nuestro viejo amigo Máximo hizo su entrada triunfal en Constantinopla. Yo no estaba allí cuando llegó, pero he oído hablar bastante del suceso. Cuando asumió el cargo de emperador, Juliano invitó a todos los filósofos y magos del Imperio para que fuesen a la corte. Y casi todos aceptaron la invitación. Sólo sus «amigos» cristianos no volvieron con él. Basilio se dedicaba a la santidad en Capadocia; no creo que Juliano haya invitado a Gregorio. Sería interesante examinar los documentos guardados en la Oficina de Registros porque me parece recordar que en esa época Gregorio envió a Juliano una carta sumamente aduladora, pero quizás lo haya soñado... Esta última semana llamé a Hípia por el nombre de mi madre, ¡tras cincuenta años de matrimonio! Estoy perdiendo la memoria. Pero, ¿por qué no habría de ocurrirme eso?

Cuando llegue la muerte no tendrá otra cosa que

llevarse que una seca bolsa de huesos, ya que la memoria de Prisco, es decir Prisco, se habrá desvanecido mucho tiempo antes.

Repetidas veces Juliano trató de que Máximo abandonase Éfeso y fuese a Galia, pero los presagios no eran nunca favorables. ¡Estoy seguro de que no lo eran! ¡Máximo no estaba dispuesto a aliarse a aquello que la mayor parte de la gente consideraba el bando perdedor de una rebelión! Pero cuando la invitación procedía del Sagrado Palacio, estaba listo a partir.

Llegó a Constantinopla cuando Juliano se encontraba en el Senado. Él se hallaba en su elemento dentro de este organismo, aunque no estoy seguro de que ellos gozasen de su presencia tanto como él de la suya. El Senado habitualmente no puede reunir el quorum. Pero con la presencia del emperador, el recinto parecía que iba a reventar. Unos senadores se sentaban sobre las rodillas de otros, mientras Juliano bromeaba, predicaba, exhortaba y, en conjunto, hacía gran parte del trabajo, puesto que no había nada por lo que no se

interesase.

Durante los seis meses que permaneció en Constantinopla, Juliano construyó un puerto a los pies del palacio. Eximió a todos los hombres que tuvieran trece hijos o más del pago de impuestos; estaba muy preocupado por el descenso de nuestra tasa de nacimientos. No puedo comprender sus razones. ¡Como si no hubiera suficiente gente sobre la tierra! Por otra parte, el hacer más debilitará simplemente la raza. Pero él estaba preocupado por el hecho de que los bárbaros aumentaban en número mientras nosotros disminuíamos. También confirmó a nuestro viejo amigo Salustio como prefecto pretorio de Galia, aunque evidentemente le hubiera gustado tenerlo junto a sí.

Hizo este sacrificio personal porque no había otra persona a la que pudiera confiar la protección de Occidente, y tenía razón, como se confirma en cada año que pasa. En la actualidad la Galia está todavía segura mientras los godos se encuentran a unos pocos días de Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

marcha de esta casa de Atenas en la cual estoy sentado, escribiendo sobre cosas antiguas y recordando más de lo que creía.

Cuando Máximo apareció en la puerta del Senado, Juliano se encontraba pronunciando un apasionado discurso. El gran «filósofo» vestía túnicas de seda verde cubiertas con motivos cabalísticos; su larga barba gris estaba perfumada y sus hirsutas cejas estaban cuidadosamente arqueadas; concretamente he visto cómo se las arqueaba para dar el efecto de dos arcos perfectos. Llevaba su báculo mágico tallado en huesos de dragón, o alguna tontería por el estilo. Los senadores quedaron perplejos, puesto que sólo ellos pueden entrar y nadie puede hacerlo mientras habla el emperador. Pero Juliano, al ver a Máximo, se detuvo en mitad de una frase y corrió, con los brazos abiertos, a abrazar al viejo charlatán. Me alegra no haberme encontrado allí.

Luego Juliano presentó a Máximo al Senado, calificándolo como el hombre más sabio y sagrado del mundo y subrayando el hecho de que para todos los presentes era un honor la oportunidad de rendir homenaje a semejante personalidad. Es innecesario decir que todos estaban escandalizados.

A Máximo y su esposa se les dio un ala entera del Sagrado Palacio para su propia corte; y desde entonces hubo dos emperadores en Constantinopla. La esposa de Máximo por su parte actuó como maestro de ceremonias no oficial, concediendo audiencias con el emperador y otorgando peticiones. Hicieron una fortuna en seis meses. Constituían una extraña pareja.

Aunque no acostumbro a reírme de los muertos, todavía río para mis adentros cuando pienso en la muerte de ella. ¿Conocéis la historia? Después de la campaña persa, cuando Máximo se encontró por primera vez en apuros, decidió suicidarse. Su esposa estuvo de acuerdo en que debía hacerlo. También insistió en suicidarse ella. Con su habitual y enérgica

eficacia, ordenó sus asuntos; compró veneno y redactó cartas de despedida sumamente largas.

Luego, muy serios, se despidieron uno del otro. Ella fue la primera en beber y súbitamente murió. Máximo no tuvo valor, y sobrevivió. Hasta hoy me río al pensar en esta absurda pareja.

JULIANO AUGUSTO

A comienzos de abril, para divertirme, llamé a los obispos al palacio. A fin de cuentas soy el *pontifex maximus* y toda religión cae dentro de mis atribuciones, aunque no tendría la temeridad de decir a ningún sacerdote lo que Constancio dijo a los obispos en el sínodo de Milán del año 355: «¡Mi voluntad será vuestra línea rectora!»

Recibí a los galileos en el palacio Dafne. Me coloqué la diadema y sostuve el orbe (los galileos siempre se impresionan ante el despliegue ritual del poder). Era una ocasión importante. Estaban presentes alrededor de mil obispos, incluso aquellos que hice regresar del exilio.

Como consecuencia de esta resolución, a menudo había dos obispos por sede. Esto daba lugar a agrias disputas. No son nada gentiles estos sacerdotes del Nazareno.

Al principio los obispos me temían, pero procuré que se sintieran cómodos. Les dije que yo no era un perseguidor, aunque antes de mí lo habían sido otros, no todos ellos emperadores. La declaración estaba dirigida a algunos obispos militares que, por medio de la violencia, habían destruido a sus enemigos.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Nadie —dije— será perseguido por mí a causa de su fe. —Hubo un relajamiento general de la tensión. Pero aún se mostraban cautelosos. —Por supuesto, me gustaría convencerlos de que estoy en lo justo. Pero puesto que la verdad es tan clara como el sol, si ya no la veis, simplemente no la veréis. Pero no puedo permitirlos que perjudiquéis a los demás, como lo

habéis hecho durante tantos años. No catalogaré los delitos que habéis cometido, o permitido. Los asesinatos, los latrocinios, los vicios más propios de bestias salvajes que de sacerdotes, inclusive aquellos de fe equivocada. Aquí están vuestros últimos delitos. —

Mostré un grueso fajo de documentos—. Peticiones de asesinato y peticiones de propiedad...

¡Oh, cómo amáis las riquezas de este mundo! Sin embargo, vuestra religión predica que no debéis responder a los ataques, o ir ante la ley o incluso tener propiedades, ¡mucho menos robarlas! Se os ha enseñado a no considerar nada como propio, salvo vuestro lugar en otro mundo mejor. Sin embargo, usáis joyas, vestís ricas túnicas, construís grandes basílicas, todo en este mundo, no en el futuro. Se os ha enseñado a despreciar el dinero; sin embargo, lo acumuláis. Se os ha dicho que cuando recibáis un daño no os venguéis, que es un error devolver mal por mal. Sin embargo, lucháis entre vosotros como la chusma, torturando y matando a quienes os critican. No sólo habéis puesto

en peligro la verdadera religión, sino también la seguridad del estado cuyo primer magistrado soy yo, por voluntad del cielo. No sois merecedores ni siquiera del Nazareno. Si no podéis vivir de acuerdo con los preceptos que estáis dispuestos a defender con el cuchillo y el veneno (alusión al envenenamiento de Arrio por Atanasio), ¿qué sois sino hipócritas?

Durante todo el discurso se habían oído murmullos. Ahora había una verdadera erupción entre los galileos. Comenzaron a gritar y a vociferar, agitando sus puños no sólo ante mí —lo cual es traición—, sino también entre sí —lo cual es un desatino—, ya que deberían unirse ante el enemigo común. Traté de hablar, pero no pude hacerme oír, cuando mi voz podía hacerse oír por todo un ejército en el exterior. El tribuno de los escolares estaba muy alarmado, mas le ordené que se quedase quieto.

Finalmente, como el toro de Mitra, rugí:

—¡Los francos y los germanos me escuchaban cuando

yo hablaba! —Esto consiguió aquietarlos. Recordaron dónde se encontraban.

Luego fui todo dulzura. Me excusé por haberles hablado tan duramente. Lo había hecho así porque tenía respeto por las palabras del Nazareno. Así como por la estricta ley de los judíos, a la cual él, como judío, sólo quería enaltecer. Estas palabras provocaron un ligero aunque breve rumor. Luego dije que estaba dispuesto a otorgar al Nazareno un lugar entre los dioses, con Isis y Dionisos, pero ningún hombre que tuviese el más mínimo respeto por el creador único del universo podía concebir que ese provinciano fabricante de milagros fuese el mismo Creador. Antes de que comenzasen su cháchara hablé con rapidez y en voz alta: «Sin embargo, estoy dispuesto a creer que es una manifestación del Uno, un curador, muy similar a Asclepio y, como tal, estoy dispuesto a rendirle honores.»

A continuación repetí lo que había escrito en el edicto del 4 de febrero. Habría tolerancia universal. Los

galileos podían comportarse como quisieran respecto a los de su propia clase, aunque no debían perseguirse entre sí, y mucho menos a los helenistas. Les sugerí que fuesen menos voraces en la adquisición de propiedades. Admití que les causaría problemas pedirles la devolución de las tierras de los templos, pero les señalé que nos habían causado considerables perjuicios a nosotros cuando nos las habían robado. Sugerí que si eran menos despectivos hacia nuestros antiguos mitos —Cronos devorando a sus hijos— nosotros seríamos menos rudos con su triple dios y el nacimiento de una virgen.

—Después de todo, como hombres instruidos, deberíamos comprender que los mitos siempre representan otras cosas. Son juguetes para que a los niños les crezcan los dientes. El Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

hombre sabe que un caballo de juguete no es un caballo

verdadero, sino que meramente sugiere la idea de un caballo al espíritu de un niño. Cuando rogamos ante la estatua de Zeus, aunque la estatua contiene al dios como cualquier otra cosa, ésta no es el dios mismo sino una sugerencia de él. Sin duda, como compañeros en el sacerdocio, podemos ser francos entre nosotros sobre estas cuestiones de adultos.

Ahora debo pedir os que mantengáis la paz en las ciudades. Si no lo hacéis, como primer magistrado os impondré disciplina. Pero nada tenéis que temer de mí como *pontifex maximus*, si os comportáis con propiedad, obedecéis las leyes civiles y resolvéis vuestras disputas sin recurrir, como lo habéis hecho en el pasado, al fuego y al cuchillo. Predicad solamente las palabras del Nazareno y podremos convivir. Pero no os contentáis con esas pocas palabras. Agregáis cosas nuevas diariamente. Criticáis al helenismo, os apropiáis de nuestras conmemoraciones, de nuestras ceremonias, todo en nombre de un judío que no las conocía. ¡Nos robáis, nos rechazáis, mientras citáis al arrogante Cipriano quien dijo que fuera de vuestra fe no puede

haber salvación! ¿Puede creerse que mil generaciones de hombres, entre ellos Platón y Homero, están perdidas porque no rendían culto a un judío del que se supone que fue un dios? ¿Un hombre que todavía no había nacido cuando empezó el mundo?

¿Nos invitáis a creer que el Dios Uno no es sólo "celoso", como dicen los judíos, sino además malo? Temo que para creer en tales cosas haya que estar muy engañado. Pero no he venido aquí para criticaros, sino sólo para pedir os que mantengáis la paz y nunca olvidéis que la grandeza de nuestro mundo fue el regalo de otros dioses de una filosofía diferente, más sutil, que refleja la variedad de la naturaleza.

Se levantó un anciano obispo. Vestía las sencillas túnicas de un santo antes que las de un príncipe.

—No hay sino el Dios Uno. Solamente uno desde el principio de los tiempos.

—Estoy de acuerdo. Y él puede adoptar las muchas formas que elija, puesto que es todopoderoso.

—El Dios Uno solamente tiene una forma. —La voz del anciano, aunque débil, era firme.

—¿Fue revelado este Dios Uno en el libro sagrado de los judíos?

—Lo fue, Augusto. Y perdura.

—¿No dijo Moisés en el libro llamado Deuteronomio: «Nada debéis agregar a la palabra que os he dado, ni nada debéis quitar de ella?» ¿Y no maldijo a todo aquel que no obrase de acuerdo con la Ley que Dios le había entregado?

Hubo una pausa. Los obispos eran sutiles y se daban cuenta perfectamente de que estaba tendiéndoles algún lazo, pero estaban obligados a proceder de acuerdo con el sagrado testamento, ya que en esa parte nada es ambiguo, ni remotamente.

—Todo lo que vos decís que Moisés dijo no sólo es verdadero, sino también eterno.

—Entonces —dejé que la trampa se cerrase de golpe —, ¿por qué alteráis la ley para adaptarla a vosotros? De mil maneras habéis desvirtuado no sólo a Moisés sino también al Nazareno, y lo habéis hecho desde el día en que el blasfemo Pablo de Tarso dijo: «¡Cristo es el fin de la Ley!» No sois hebreos ni galileos, simplemente oportunistas.

Comenzó la tormenta. Los obispos se pusieron de pie gritando textos sagrados, insultos, amenazas. Por un momento pensé que iban a atacarme en el trono, pero pese a su furia se mantuvieron dentro de límites.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me levanté y crucé hacia la puerta trasera, ignorado por los obispos que ya se insultaban entre sí tanto como a mí. Cuando estaba a punto de abandonar el salón, el anciano obispo que me había desafiado se interpuso de pronto en mi camino. Era Maris de Calcedonia. Nunca había visto tal malevolencia en un rostro humano.

—¡Estáis maldito! —Casi me escupió en la cara. El tribuno de los escolares desenvainó su espada, pero yo le ordené que se quedase donde estaba.

—¡Apóstata! —Me lanzó la palabra en la cara.

Sonreí.

—No yo. Vos. Rindo culto a los dioses como lo han hecho los hombres desde el principio de los tiempos. Sois vos quien ha abandonado no sólo a la filosofía sino a Dios mismo.

—¡Arderéis en los infiernos!

—Cuidaos, anciano, sois vos el único que está en peligro. Todos vosotros. No penséis que las pocas generaciones que han pasado desde la muerte del Nazareno importan algo más que un instante en la eternidad. El pasado no deja de existir porque vos lo ignoréis. Vos rendís culto al mal. Habéis elegido la división, la crueldad, la superstición. Bien, yo quiero detener el mal, poner fin a la epidemia, reforzar al

estado... Ahora, haceos a un lado, mi buen compañero, y dejadme pasar.

Se movió, pero no para hacerse a un lado sino para colocarse directamente en mi camino. El tribuno de los escolares dijo de pronto:

—Es ciego, Augusto.

El anciano asintió.

—Y me alegra no poder veros, Apóstata.

—Debéis pedir al Nazareno que os devuelva la vista. Si os ama, le será fácil. —Y

dicho esto di un rodeo para pasarlo. Mientras lo hacia, él se puso a sisear como hacen las mujeres viejas cuando temen la presencia de un demonio. También hizo la señal de la cruz sobre su frente. Respondí haciendo la señal contra el mal de ojo, pero no pudo verlo.

La primavera llegó temprano a la ciudad. Fue una época excitante, plena de nuevas realizaciones. Concurrí al Senado con regularidad. Era el primer emperador desde Augusto que actuaba como un simple miembro de ese cuerpo y no como su amo y dictador. Prisco pensaba que me detestaban por participar en sus debates; quizás tuviese razón, pero siempre es bueno restaurar el significado de las antiguas instituciones.

Hice muchas reformas. Despedí a todos los galileos de la Guardia de los Escolares. Me negué a permitir que ninguno de ellos fuese gobernador de provincia. Ante esta medida se oyeron algunas protestas. Pero yo estaba en lo justo. Difícilmente podía esperarse que un gobernador que simpatizase con los galileos pusiese en vigor mis edictos, en particular los relacionados con la reconstrucción de los templos. Algunos senadores me censuraron en los debates; ¿por qué, si yo era tan tolerante con todas las religiones, perseguía a los funcionarios galileos? Por razones obvias, mi respuesta fue más sofisticada que honesta.

«¿Están de acuerdo los senadores con que un gobernador debe apoyar las leyes del estado?» Hubo acuerdo. «¿No existen algunos delitos, como el de traición, que dan lugar a la Revisado por Hyspa stes.

Junio 2005

pena de muerte?» Nuevamente hubo acuerdo. «¿Estáis también de acuerdo en que nadie puede ser un gobernador eficaz sin el derecho de imponer a los culpables la pena de muerte?»

Unos pocos ya habían comprendido a dónde iba a parar mi argumentación. «Bien, entonces

¿cómo puede ser gobernador un galileo cuando el Nazareno le ha ordenado expresamente no tomar la vida de nadie, como puede leerse en ese libro que, según se dice, es de Mateo, en el capítulo XXVI, versículo 52, y otra vez en la obra del escritor Juan?» Siempre uso sus propias armas para luchar contra ellos; ellos usan las nuestras para atacarnos.

Hice retirar la cruz de todas las insignias militares y civiles, así como de las monedas que acuñé, colocando en cambio imágenes de los dioses. Me dirigí a todo el mundo como «mi buen compañero», imitando en eso a Sócrates. Me encargué directamente del ejército. Por supuesto, el emperador es su comandante en jefe, pero si no es un soldado experimentado nunca puede llegar a ser otra cosa que un tótem o una imagen sagrada, mientras las verdaderas cuestiones de la guerra quedan en manos de los comandantes de campo. Sin embargo, con mis propias tropas galas como núcleo, podía dominar al ejército, con la ayuda de los oficiales que había traído conmigo de Galia, en particular Nevita, Dagalaifo y Jovino; del antiguo ejército de Oriente, retuve a Víctor, Arinteo y a mi primo Procopio.

Curiosamente no recibí ninguna noticia directa de Sapor cuando ocupé el trono. Era una seria ruptura del ceremonial, puesto que los gobernantes romanos y persas siempre intercambian saludos rituales al ascenso de uno u otro. Sin embargo, de Ctesifonte sólo llegó el silencio. Pero supe algo sobre Sapor cuando una

embajada sumamente opulenta y curiosa llegó a la ciudad en el mes de mayo. Los embajadores eran gente de pelo castaño, pequeños y delicados, nacidos en Ceilán, una isla frente a la costa de la India. Traían ricos presentes.

Deseaban establecer comercio con nosotros, y nosotros nos mostramos sumamente receptivos.

Su embajador dijo que Sapor había seguido paso a paso mis campañas de Galia y me temía.

¡Qué extraño pensar que un rey oriental desde un rincón del mundo podía conocer todo acerca de mis conquistas a una distancia de tres mil millas! Pero yo sé también mucho sobre él.

Entre Sapor y yo existen más elementos comunes que los que se dan con nuestros allegados, ya que compartimos el mismo tipo de responsabilidad y un poder igualmente terrible. Si logro tomarlo cautivo, tendremos mucho de que hablar.

Planeaba una campaña de invierno, de acuerdo con el viejo adagio de que en la temporada de frío «un persa no saca la mano de su túnica». Por desgracia, no pude actuar durante algunos meses. Pero, entretanto, Nevita preparó las tropas y la moral de éstas era alta; incluso a los celtas no les disgustaba tanto Oriente como habían imaginado.

Durante esa época conocí al príncipe persa Hormisda. Es medio hermano de Sapor y por derecho le pertenece el trono persa. Pero, cuando todavía era un muchacho, Sapor lo desterró. Tras una breve estancia en la corte de Armenia, Hormisda se vinculó a nosotros.

Durante cuarenta años (ahora tiene sesenta) sólo ha pensado en una cosa, una conquista romana de Persia, que lo llevaría al trono. Constantino, Constancio y yo lo hemos utilizado como soldado y como fuente de información. Pero de los tres soy el primero que trata de convertir su sueño en realidad. Mientras tanto, es de un valor incalculable para mí. Tiene muchos partidarios

secretos en la corte de Ctesifonte; es un buen soldado que luchó con Constantino en Europa y siempre acompañaba a Constancio, ese audaz guerrero, cuando reunía su ejército oriental para marchar hacia el Éufrates. Una vez en la orilla del río, el emperador acampaba hasta que aparecían Sapor y el ejército persa. Apenas el enemigo estaba a la vista, Constancio se retiraba con soberbia dignidad hasta Antioquía o Tarso, donde entraba en cuarteles de invierno. Estas procesiones militares llegaron a convertirse en una broma sumamente deprimente. Hormisda estaba desesperado, hasta que yo ascendí al trono.

Ahora está contento. Mientras escribo estas líneas, está a punto de ser el gran rey de Persia.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

En mis momentos de ocio —¡no había ocio!— me sentaba a última hora con mis amigos y hablábamos sobre un millar de cosas. Yo era particularmente amigo

de Máximo, como en los viejos tiempos en Éfeso. Él era el vínculo entre los dioses y yo. Recuerdo una tarde especialmente significativa, incluso revelatoria.

Algunos de nosotros estábamos reunidos en el jardín de la terraza del palacio Dafne.

Era una cálida noche y teníamos una espléndida vista del mar de Mármara, que despedía reflejos bajo la luz de la luna llena. Árboles y arbustos florecidos llenaban el aire con su fragancia. A lo lejos las luces de la ciudad oscilaban en la orilla del mar. La noche estaba silenciosa, con excepción de nuestras voces y del grito ocasional de algún guardia que interrogaba a extraños.

Hormisda parecía ansioso por hablarme; le pedí que viniese conmigo hasta el extremo más alejado de la terraza. Allí nos sentamos sobre un saliente con rosas que empezaban a florecer.

—Sapor no quiere la guerra, Augusto. —Hormisda todavía hablaba sin

comprometerme; golpeaba con mis talones como si lo hiciese sobre un tambor de guerra.

—¿Sabéis cómo os llaman los persas?

—Puedo imaginarlo. —Suspiré. Es curioso cómo gozan los amigos repitiendo las cosas terribles que se dicen de nosotros. En la antigüedad, los que traían malas noticias eran inmediatamente ejecutados; ¡uno de los placeres de la tiranía clásica!

—«El Rayo».

—¿Porque soy el agente de Zeus?

—Por la rapidez con que cruzasteis Europa y sorprendisteis al ejército en Sirmio.

Estaba satisfecho.

—Ser temido por un enemigo es algo tan bueno como una batalla ganada.

—Ellos temen a «El Rayo».

—Pero el ejército de Constancio teme a Sapor. Así los temores están equilibrados.

Hormisda fue directamente al grano.

—Ellos harán todo lo posible por aplacaros... Me han informado... —hizo un gesto delicado con la rosa que tenía en la mano. Sabía que yo sabía que él mantenía vinculaciones con el partido disidente de Persia

—,...que Sapor está dispuesto a retirarse de la frontera, a abandonar Mesopotamia. Hará casi todo lo que le pidáis.

Lo miré con seriedad. Él me miró a mí. Permanecimos así bastante rato. Luego sonreí.

—Os prometo no oír a ninguna embajada.

—Pero yo no sugería eso, Augusto.

—Ninguna embajada. Ningún tratado. Sólo la guerra

hasta el fin. Éste es un juramento sagrado.

—Os creo, señor, y os lo agradezco. —Habló con suavidad, en un griego de extraño acento.

—Y si los dioses están con nosotros, os coronaré yo mismo en Ctesifonte, y Sapor estará como...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¡Banqueta! —Hormisda se echó a reír, refiriéndose a una costumbre particularmente horrible de los reyes persas, que quitan la piel a los gobernantes capturados y la rellenan para hacer cojines. Luego Pretextato se unió a nosotros. Por mucho que lo aprecie a veces encuentro su compañía un poco pesada. No hay frivolidad en él, sólo una constante y noble seriedad. Sin embargo, en asuntos religiosos no podría hacer nada sin su colaboración.

—¿Hacemos progresos? —Esa era la manera habitual

en que yo lo saludaba.

—Así lo espero, Augusto. Así lo creo. En la última semana solamente mi esposa inició a cien mujeres solteras de la ciudad en los misterios de Hécate.

—¡Extraordinario! —Y lo era, puesto que las mujeres son las artesanas de la religión.

Aunque pocas veces poseen un verdadero sentido religioso, son excelentes por su colaboración y su capacidad para hacer conversos. Los primeros galileos dedicaron mucho tiempo a halagar a las esclavas para ganar a sus señoras. Incluso en la Roma actual, no es un hecho extraño que los senadores defiendan fieramente a los antiguos dioses en el Senado para llegar a su casa y encontrarla llena de mujeres galileas, cantando canciones galileas.

—Cuando parta hacia el sur, Pretextato, espero que desempeñéis un importante cargo para mí.

—¿De qué se trata, Augusto? —Noble como era,

detecté esa súbita expresión de alerta en el rostro de quien espera ser ascendido.

—Si estáis de acuerdo, pienso haceros procónsul de Grecia. —Estaba muy de acuerdo, y me lo agradeció enormemente. Luego le di instrucciones para que fuese todo lo útil posible a antiguos amigos como Proeresio y a su sobrina Macrina.

A continuación abandoné el saliente de las rosas y descendí un tramo de bajos escalones, respirando el aire de la noche con delicia, consciente de las pocas oportunidades que tengo ahora de ser simplemente. A pesar de mi gran interés por la filosofía, me las arreglo para ser casi todas las demás cosas: soldado, administrador, abogado... ¡soy todo lo que no es contemplativo!

Máximo estaba al pie de los escalones, a la sombra de un alto ciprés. Miraba la luna.

En su mano tenía un pequeño báculo que de vez de cuando levantaba al cielo, moviéndolo hacia uno y otro

lado, mientras la sombra cruzaba su rostro sin color, a la luz de la luna.

—¿Cuáles son los presagios? —Permanecí fuera del círculo del árbol, no queriendo perturbar un posible hechizo. Durante algunos minutos Máximo no me respondió. Continuaba estudiando el báculo y la luna desde diversos ángulos.

—Buenos —dijo por último, saliendo del círculo de la sombra del árbol—. Este año los presagios son buenos en casi cualquier momento. Independientemente de lo que queráis intentar, tendréis el éxito asegurado.

—Hemos hecho un largo camino —dije perezosamente, mirando la ciudad abajo, el mar más allá. Es sorprendente pensar que todo le pertenece a uno, por lo menos en el breve espacio de una vida; por esa razón siempre he tenido el sentimiento de que debía apresurarme a hacer cosas, de que difícilmente un hombre pueda tener tiempo suficiente como para imprimir su calidad y su pasión sobre un mundo que

continuará tras él, tan desinteresado como antes de él. Cada día que vivo me digo a mí mismo: el mundo visible es mío, debes usarlo, cambiarlo, pero rápido, porque la noche llega demasiado pronto y nada queda totalmente terminado, nada.

—¿Habéis designado a Pretextato procónsul de Grecia?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Una vez más Máximo sabía lo que —hasta unos pocos momentos antes— sólo yo sabía. ¿Lee él mi espíritu a la manera de los caldeos, o recibe instrucciones de su genio privado? Independientemente de cuál sea su método, ¡siempre prevé no sólo mi humor sino también mis nombramientos administrativos!

PRISCO: Juliano a menudo era voluntariamente crédulo. Máximo estaba detrás del saliente cuando hizo el anuncio. No necesitó consultar a su «genio privado»,

sino a sus oídos. De hecho, las orejas de Máximo parecen las de un zorro: largas, puntiagudas y levemente inclinadas hacia delante. Era un notable figón; demostraba que la naturaleza es siempre considerada al reunir los elementos que componen un hombre. Por más que, como filósofos, podríamos sostener que un hombre nacido con orejas de zorro se ve impelido a convertirse en un figón.

JULIANO AUGUSTO

—He visto algo interesante esta noche. —Máximo me cogió del brazo y me condujo a lo largo de la terraza hasta un banco frente al mar. Algunos pequeños barcos se dirigían hacia el puerto que estoy construyendo al norte. Podíamos oír el prolongado grito de los marineros a través de las aguas. «Seguro desembarco», rogué a Poseidón llevado por costumbre. Nos sentamos. —Todos los signos de las últimas semanas han prometido una maravillosa victoria para vos..., para nosotros. —Señaló mi estrella, que en ese momento brillaba en Occidente.

Asentí.

—Yo también he recibido buenas señales.

—Ayer, mientras oraba a Cibeles, me habló la diosa.

Me sentí impresionado. Máximo a menudo habla con los dioses de las jerarquías inferiores (y, por supuesto, con los demonios de todo tipo), pero muy pocas veces oye la voz de Cibeles, la Gran Madre; la Tierra misma.

Máximo estaba excitado, aunque trataba de disimularlo. Tenía todas las razones del mundo para estarlo, ya que hablar con Cibeles es una proeza extraordinaria. No, no una proeza, puesto que uno no puede tomar por asalto al cielo; más bien, una hermosa señal de que los primeros motores del universo lo consideran a uno preparado y merecedor de recibir sus mensajes.

—He estado orando en su altar. Allá abajo. —Señaló el templo provisional que yo había hecho construir cerca del palacio Dafne—. La capilla estaba oscura según las prescripciones. El incienso espeso. Su imagen

iluminada por la luz de una única antorcha. Oré como siempre lo he hecho al dirigirme a ella...

—¿Todos los versos, hasta el séptimo poder?

—Todo —asintió— según está prescrito. Pero luego, en vez del habitual silencio y consuelo, se apoderó de mí el terror, como si me hubiera perdido al borde de un precipicio.

Sentí entonces un frío como nunca había sentido antes. Pensé que iba a desfallecer, a morir.

¿La había ofendido? ¿Sería condenado a morir? Pero entonces ella habló. La luz de la antorcha de pronto fulguró y reveló su imagen, pero ya no era de bronce. ¡Era ella!

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Murmuré una oración para mis adentros, helado para

su relato.

—«Máximo», me llamó por mi nombre y su voz era como una campana de plata.

La saludé con sus títulos. Luego ella habló. «Aquel a quien vos amáis es bien amado por mí.»

Apenas podía moverme a respirar mientras Máximo hablaba. Era como si yo mismo oyese la voz de la diosa.

—«Aquel a quien los dioses aman como a un hijo verdadero será el Amo de toda la tierra.»

—¿Persia...? —murmuré—. ¿Se refirió a Persia?

Pero Máximo continuó con la voz de la diosa.

—«...de toda la tierra. Puesto que le enviaremos un segundo espíritu que lo ayudará en las largas marchas».

—¿Hermes?

—«Uno que ahora está con nosotros estará con él hasta que alcance el confín de la tierra y termine la tarea que ese espíritu comenzó, para nuestra gloria.» — Máximo se detuvo, como si hubiese llegado al fin de una página.

Hubo un largo silencio. Esperé. Luego Máximo se volvió hacia mí, con los ojos fulgurantes, la barba como el agua fluyendo bajo la luz de la luna.

—¡Alejandro! —Reveló el nombre. —Debéis terminar su trabajo.

—¿En Persia?

—¡Y en la India y en todo lo que se encuentra en el lejano Oriente! —Máximo tomó el borde de mi túnica entre sus manos y se lo llevó a los labios, con el gesto de un suplicante que rinde homenaje—. Sois Alejandro.

—Si eso es verdad...

—¡Sí! Habéis oído sus palabras.

—Entonces derrotaremos a Sapor.

—Y después nada se interpondrá en vuestro camino desde Persia hasta el océano oriental. Ella sólo pide que restauréis su templo en Pesinunte.

—¡De buena gana!

Máximo hizo un gesto secreto y sagrado hacia mi estrella. Yo hice lo mismo. Luego fuimos interrumpidos por Prisco, quien dijo con su voz alta y clara:

—¿Nuevamente mirando las estrellas?

PRISCO: Si hubiera sabido lo que hacían, hubiera tenido mucho más que decir con mi

«voz alta y clara». Por ciertas cosas que se le escaparon a Juliano durante la campaña persa tuve la impresión de que creía estar apoyado de alguna manera espectacular por los dioses, pero no tenía idea de que concretamente pensaba que era Alejandro, o que por lo menos tenía el fantasma de Alejandro metido dentro

de él, en alguna parte entre el corazón y el hígado.

Esta peculiar locura explica en gran parte las últimas etapas de esa campaña cuando Juliano—

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Alejandro comenzó a actuar en una forma evidentemente extraña. Personalmente, si yo fuese un general, no me gustaría estar habitado por otro general, en especial por uno que se volvió loco. Pero Máximo era capaz de cualquier cosa, y Juliano nunca dudó de él.

Eso es todo lo que hay en las memorias respecto a la etapa de Constantinopla. Juliano pretendía dar una recopilación completa de todos sus edictos y nombramientos, pero nunca la mandó hacer. Sin duda, podréis obtener este material en la Oficina de Registros.

En mayo Juliano abandonó Constantinopla, para

recorrer Galacia y Capadocia, de camino hacia sus cuarteles de invierno en Antioquía. Aunque públicamente no hizo ninguna declaración, todos sabían que el ejército de Oriente se le uniría en Antioquía, dispuesto para invadir Persia.

Permanecí en Constantinopla porque pasaba apuros de dinero. A diferencia de Máximo y su esposa, que hacían una fortuna gracias a la protección imperial, no pedí nada y nada obtuve, Juliano —aunque generoso— nunca pensaba en dinero, a menos que otro le hiciese pensar en ello. Por suerte pude dar una serie de conferencias en la Universidad. El viejo Nicocles me ayudó mucho para que consiguiese alumnos. ¿Lo conocéis, no es así? Claro que sí. Él os hizo abandonar la ciudad en la década del 40. Triste asunto. Pero Nicocles se comportó conmigo como un buen amigo y pronto pude enviar a Hípias una cantidad considerable de dinero. Además, Juliano me permitió vivir en el Sagrado Palacio mientras enseñaba, de manera que mis gastos personales fueron muy pocos.

Un detalle interesante: poco después de que Juliano abandonase Antioquía, Oribaso volvió de Grecia. Estaba significativamente silencioso y ya no se habló más de restaurar el templo de Apolo. Mucho tiempo después Oribaso me contó lo que había ocurrido en Delfos, el llamado «centro del mundo».

Oribaso encontró la moderna Delfos muy triste, por cierto. Las obras de arte que una vez decoraban los numerosos templos habían desaparecido. Solamente Constantino robó 2.700 estatuas. Nada da mayor impresión de abandono que acres de pedestales vacíos. El pueblo estaba desierto, a excepción de unos pocos cínicos andrajosos que se ofrecieron para mostrárselo a Oribaso. Nunca he visitado Delfos, pero siempre se ha dicho que sus habitantes eran los más rapaces de la tierra, incluso peores que los mercaderes de Eleusis. No puedo decir que me conduela mucho por ellos ahora. Durante mil años se dedicaron a robar a los visitantes. No era razonable pensar que esto les duraría eternamente.

Sospecho que a Oribaso le disgustaban todas las religiones, como a mí. Pero así como yo prefiero el espíritu del hombre a cualquier tipo de magia, Oribaso prefiere el cuerpo. No le interesa lo que no pueda ver ni tocar. Era un amigo nada común para un príncipe. Su única pasión era la medicina, a la cual he considerado siempre como una rama de magia, aunque su enfoque afortunadamente era realista. ¿Habéis notado que cada vez que un médico prescribe tal y tal tratamiento, y uno lo sigue y se cura, siempre queda levemente sorprendido? Todo lo que hace un doctor es adivinar. Ésta es la razón por la que debe ser tan buen actor como un sofista; sus curas dependen totalmente de una manifestación convincente de autoridad.

En el templo de Apolo, Oribaso gritó: «¿Dónde está el sacerdote?» No tuvo respuesta.

Entró. Parte del techo estaba caldo; el polvo lo cubría todo. Detrás del pedestal donde había estado la estatua halló a un sacerdote dormido junto a un odre medio vacío de vino. Oribaso tardó algunos minutos en

despertar al hombre. Cuando dijo que era un enviado del emperador, el sacerdote se puso muy nervioso.

—Esta es una mala temporada para el templo, muy mala. Nuestros ingresos se han evaporado. No tenemos siquiera los pocos visitantes que tuvimos el año pasado. Pero debéis decir al Augusto que nosotros todavía realizamos nuestras tareas religiosas, aun cuando no Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

hay dinero para reparar el techo, o para pagar los sacrificios. —Se había puesto de pie, tambaleándose por la bebida.

Oribaso le preguntó por el oráculo.

—Oh, aún cumplimos nuestras funciones. Tenemos una excelente pitonisa. Es bastante vieja, pero logra buenos resultados, según dice; Apolo le habla durante todo el tiempo.

Estamos muy satisfechos con su trabajo. Estoy seguro de que lo mismo ocurrirá con vos.

Naturalmente, queréis hablar con ella. Voy a preguntar si puede recibirlos. Tiene días malos, sabéis... —Hizo un gesto vago. Luego desapareció por un inclinado tramo de escalera.

Oribaso examinó el templo. Todas las estatuas famosas habían desaparecido, incluso la de Homero que solía estar junto a la puerta. Casualmente, Juliano halló esta misma estatua en una bodega del Sagrado Palacio, y la llevó a su biblioteca. La he visto: un trabajo fino, con el rostro que trasunta tristeza; realmente homérico.

El sacerdote volvió para decir que la pitonisa consultaría el oráculo al día siguiente.

Mientras tanto debían realizarse las habituales ceremonias propiciatorias, en particular el sacrificio. Al sacerdote se le hacía la boca agua al pronunciar la palabra.

Al día siguiente Oribaso y el sacerdote sacrificaron una cabra sobre el altar que se halla fuera del templo.

Apenas el animal estuvo muerto, el sacerdote lo roció con agua bendita y las piernas temblaron, lo cual, según se supone, es buena señal. Luego, entraron en el templo y descendieron los inclinados escalones que conducen a la cripta. Oribaso halló todas estas tonterías muy impresionantes, aun a su pesar.

Se sentaron en una especie de salón de espera cavado en la roca. Frente a ellos se encontraba una puerta que conducía a la puerta del dios. Allí, de una fisura de la tierra, sale vapor; allí, además, está el centro del universo —el *omphalos*—, una piedra redonda que, según la tradición, fue lanzada a la tierra por Zeus.

La sacerdotisa entró desde el templo. No miró ni al sacerdote ni al visitante. Según Oribaso, era inmensamente vieja, encogida y desdentada.

—Ahora es pura —murmuró el sacerdote—, acaba de bañarse en la fuente Castalia. —

La pitonisa echó hojas de laurel y cebada en el brasero; el salón se llenó de un humo acre. —

Ahora está purificando el aire —explicó el sacerdote.

Luego Oribaso, con los ojos llenos de lágrimas por el humo, siguió a la pitonisa hasta una celda interior donde, durante miles de años, Apolo había hablado al hombre. Junto al *omphalos* se encontraba un trípode, sobre el cual se sentó la pitonisa con las piernas cruzadas, su rostro inclinado hacia el vapor que escapaba de la tierra debajo de ella. Susurró entonces encantamientos.

—Muy bien —murmuró el sacerdote—. Está preparada para oídos.

Con una fuerte voz Oribaso dijo:

—Me envía Flavio Claudio Juliano, Augusto y *pontifex maximus*. El rinde homenaje al dios Apolo y a todos los verdaderos dioses.

Mientras Oribaso hablaba, la pitonisa cantó suavemente para sí misma con la atención fija en el vapor que salía del trípode.

—El Augusto solicita guía al dios Apolo. Hará todo lo que el dios le ordene.

—¿La pregunta? —La vieja voz era débil e indistinta.

—¿Debe el emperador restaurar el sagrado templo de Delfos?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Durante un largo rato el único sonido que se oyó en la cripta fue el débil y silbante murmullo del vapor que salía de la roca. Ese sonido es posiblemente el origen de la leyenda de que la diosa Gea, de la tierra, tuvo un hijo que fue una serpiente llamada Pitón. La serpiente controló el oráculo hasta que Apolo la mató y tiró el cuerpo por una grieta. Se supone que el vapor proviene

del cadáver. El sonido sibilante es la voz agonizante de la serpiente.

Por último, la pitonisa se agitó. Varias veces aspiró profundamente el vapor. Jadeó, tosió, puso los ojos en blanco, se asió con las manos en forma de garras de la punta del trípode, balanceándose hacia atrás y hacia delante. Luego se quedó inmóvil. Cuando finalmente habló, su voz era firme y clara pese a que carecía de dientes.

—Decid al rey: sobre la tierra ha caído la gloriosa morada, y los manantiales de agua que hablan están quietos. Nada se ha dejado al dios, ni techo, ni abrigo, y en su mano ya no florecen los laureles del profeta.

Eso fue todo. La pitonisa cerró los ojos. Parecía dormir. Oribaso y el sacerdote se retiraron. El sacerdote estaba aturdido.

—No la creo —dijo—. Por supuesto, Apolo quiere ver su templo reconstruido. No sé qué le pasa. Naturalmente, estos mensajes siempre están abiertos a

interpretación. A veces son deliberadamente pérfidos y oscuros... —Pero no había remedio.

Le pregunté a Oribaso qué había dicho Juliano al conocer las palabras del oráculo.

—Nada —respondió Oribaso—. Salvo pedirme que no hablase de ello a nadie.

Personalmente, creo que la sacerdotisa recibía dinero de los cristianos. Sabía la importancia que Juliano daba a los oráculos, en especial a éste. ¿Por qué pienso que ellos influyeron en la profecía? Porque si la pitonisa hubiese sido auténtica habría hecho todo lo posible para que Delfos fuese restaurado. No habría admitido con tantas palabras que el juego había terminado. Y el hecho de hablar contra los intereses de su propio establecimiento significa que había recibido una oferta mejor. Por supuesto, no creo —como Juliano— que Apolo nos hable a través de una serie de mujeres apasionadas que entran en trance al respirar el vapor. Todo eso fue siempre una patraña. Pero esta vez estoy

seguro de que hubo una doble impostura. Oribaso en gran medida estuvo de acuerdo conmigo cuando le comuniqué mi teoría.

Como he dicho, Juliano abandonó Constantinopla de buen ánimo y no volví a verlo durante algunos meses. Cuando lo hice, noté un gran cambio en su humor. La euforia de Constantinopla había desaparecido. Estaba inquieto, susceptible y, por supuesto, odiaba Antioquía.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XVIII

JULIANO AUGUSTO

El 10 de mayo abandoné Constantinopla para dirigirme a Antioquía. Todos los presagios eran favorables. Hacía buen tiempo, aunque excesivamente seco para esa época del año. En vez de ir directamente hacia el sur hasta Siria, torcí hacia el este y pasé a través de

Frigia y Galacia. Simulaba desear ver con mis propios ojos cómo eran esos territorios para tener algún conocimiento de primera mano de sus problemas cuando llegase el momento de las nuevas reformas impositivas que el nuevo conde de la Sagrada Dádiva, Félix, insistía que hiciese. Pero mi motivo real era visitar el templo de Cibeles en Pesinunte y hacer allí solemnes ofrendas a mi patrona.

Fui acompañado por los petulantes y los escolares. El resto del ejército de Oriente debía unirse a nosotros en Antioquía en el otoño. Por una serie de razones decidí postergar la invasión a Persia hasta la siguiente primavera. Esto me permitía pasar seis meses en Antioquía para preparar las tropas y poner en vigor diversas reformas civiles y religiosas. El único de mis viejos amigos que me acompañó en esta marcha fue Máximo. Prisco permaneció en Constantinopla, mientras Oribaso prefirió hacer su propio camino hasta Antioquía, deteniéndose en aldeas perdidas buscando nuevas formas de curación... ¡y él me acusa a mí de mi afición a la magia!

Era bueno encontrarse otra vez en movimiento, pese a que mi séquito era aún grande y molesto, aunque había tratado de reducirlo. Me acompañaba la mitad del Sagrado Consistorio y la mayor parte de personal administrativo del Sagrado Palacio. Me aburría particularmente

—aunque me impresionaba— el conde Félix, quien era reconocido como el más brillante malabarista de cifras del Imperio, reputación que nunca me permitió olvidar, puesto que su vanidad era ilimitada. Cada vez que, con bastante timidez, trataba de recordar mis propias experiencias con las finanzas en Galia, me señalaba con un largo dedo y, con el tono de un maestro que se dirige a un alumno, definía la amplitud de mi ignorancia, la insensatez de mis instintos y la necesidad que tenía de su consejo, el cual era invariablemente: no olvidar nunca la recaudación de impuestos. Llegué a temer su figura con aspecto de grulla mientras se me acercaba después de cada reunión del Consistorio con su hosco y duro rostro que adoptaba severamente la máscara de una falsa paciencia. Pero Félix tenía mucho talento para

captar los detalles y, me gustara o no, aprendí mucho de él.

Cruzamos el Bósforo un hermoso día de primavera. El campo amarilleaba de flores silvestres y en el aire cálido se sentía el aroma de la miel. Pasamos por Calcedonia, pero no entramos en la ciudad. En Libissa me detuve para ver la tumba de Aníbal. Como mis predecesores, lo respeto. En particular lo admiro como soldado, ya que sus campañas en Italia fueron quizá las más extraordinarias de todos los tiempos, exceptuando las de Alejandro.

Nadie llegará a saber por qué Aníbal no llegó a tomar Roma; lo que constituye para mí una prueba de que los dioses en esa ocasión intervinieron para salvar a Roma de su más terrible enemigo. La tumba está descuidada, sólo una lápida de mármol liso recuerda la muerte del exiliado.

Luego nos dirigimos hacia Nicomedia. Fue un espectáculo triste, ya que en la actualidad Nicomedia se

encuentra en ruinas. El 24 de agosto del año 358 los terremotos destruyeron la mitad de la ciudad. Fue el peor de los desastres naturales de nuestra época.

Llegamos a las afueras de Nicomedia al atardecer. Allí me recibieron los senadores de la ciudad, todos sumidos en el más negro duelo. Mientras atravesábamos las calles llenas de Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

ruinas estuve a punto de llorar; eran tantos los lugares familiares que habían desaparecido o se habían alterado que resultaban irreconocibles. A lo largo de la calle y hasta llegar al palacio la gente se alineaba, atenta y observadora. De vez en cuando alguno se adelantaba para besar mi mano o tocar la púrpura. Reconocí a algunos compañeros de estudios de la Universidad, otros eran personas que había visto en el foro. Fue un día desdichado.

Concedí a Nicomedia una considerable suma de dinero

para la reconstrucción. Félix pensó que estaba sentando un mal precedente, pero le señalé que no se trataba de una ciudad cualquiera sino de una ex capital del mundo, memorable porque en ella el 24 de febrero del año 303 Diocleciano lanzó su edicto contra los galileos, ordenando que sus osarios fuesen arrasados y sus comunidades disueltas. Desgraciadamente, Diocleciano abdicó dos años después y su obra no fue completada. Si lo hubiera sido..., pero son vanos deseos. Sobre mí ha recaído la misma tarea, ahora indudablemente más difícil, ya que el enemigo ha aprovechado medio siglo para establecerse no sólo entre los ignorantes sino en el mismo Sagrado Palacio.

Estaba impaciente por salir de Nicomedia. Tan pronto me fue posible, me despedí del Senado. Debo señalar aquí que en todos los lugares por donde pasaba comenzaba a restaurar los templos, empresa nada fácil. La mayoría de ellos se encuentran en ruinas o están ocupados por los galileos. Y lo que aún es peor, en algunas partes los sacerdotes han desaparecido en su totalidad. Provincias como Capadocia son en la

actualidad totalmente ateas.

Sin embargo, no me impuse a nadie por la fuerza. Por el contrario argüí, razoné.

Ocasionalmente, lo confieso, soborné al pueblo para que honrase como debía a sus deidades.

Fui criticado por esto, en particular por el conde Félix, a quien no le interesaban los asuntos religiosos y consideraba que era una tontería dar algo a los templos locales, y mucho menos al pueblo mismo. Pero yo sentía que valía la pena hacerlo. Independientemente de lo que lleva a un hombre a orar a un dios, el hecho de realizar el acto ritual es en sí mismo una forma de culto y un conocimiento, aun cuando el sentimiento de quien lo realiza sea falso. No me engañaba diciéndome que había hecho muchos conversos. Aunque hablé largamente a muchos grupos en Galacia, Capadocia, Cilicia, sólo convencí a unos pocos. Soy perfectamente consciente de ello. Sin embargo es preciso empezar por algo, aun cuando esto signifique hablar a las piedras.

Ahora comprendo que la empresa de la restauración se realizará lentamente, pero que su realización es segura. Mientras tanto los galileos se encuentran irremisiblemente divididos, y en su división reside nuestra esperanza.

En Pesinunte fui primero al templo de Cibeles, al pie de la acrópolis de la ciudad. El templo es sumamente antiguo e impresionante, pero se halla en mal estado. Ha sido un lugar sagrado desde el momento en que la estatua de la diosa cayó del cielo. Esto ocurrió alrededor de la época del nacimiento de su hijo, el legendario rey Midas, que construyó el primer santuario en honor de su madre. El mito de que todo lo que tocaba Midas se convertía en oro, aunque simbólicamente fascinante —¡y ciertamente ejemplar! — está basado, probablemente, en el hecho de que la campiña que rodea Pesinunte es rica en hierro. Midas fue uno de los primeros que hizo y vendió armas de hierro, y esto lo hizo fabulosamente rico. Cierto que lo que él tocaba se convertía en metal, pero ese metal era hierro. Junto a la acrópolis, cerca de la tumba de

Midas, vi con mis propios ojos la primera fundición del mundo, dada al rey por su madre.

Ofrecí un gran sacrificio a Cibeles, pero el pueblo no participó en las ceremonias aun cuando les ofrecí una dádiva, para horror del conde Félix. Más que nunca me apoyé en Máximo, que está en constante comunicación con la diosa. Fue él quien me encontró a Arsacio, un helenista a quien designé sumo sacerdote de Galacia. Arsacio es viejo y charlatán, pero hace las cosas. En menos de una semana había hecho ingresar a más de veinte sacerdotes al servicio de Cibeles. En diversas ocasiones les di largas conferencias sobre la Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

necesidad de mostrarse virtuosos en todos los actos, tal como pretenden los galileos.

Particularmente les prohibí concurrir al teatro, entrar en las tabernas o comprometerse en oscuros tratos comerciales. También les ordené que estableciesen

hospedajes para los pobres y que fuesen particularmente generosos con los galileos. Luego asigné a la diócesis de Galacia una concesión anual de 30.000 bolsas de trigo y 60.000 pintas de vino; un quinto se entregaría a los pobres que cuidaban los sacerdotes y el resto a los extranjeros y mendigos, puesto que «de Zeus provienen todos los extranjeros y mendigos, y una dádiva, aunque pequeña, es preciosa». ¡Esta cita no es del Nazareno, sino del propio Homero!

Durante mi última noche en Pesinunte velé hasta altas horas para conversar con Máximo. Discutimos sobre la naturaleza de la Gran Madre Diosa. Él estaba más elocuente que de ordinario y yo más inspirado que de costumbre por él y por el espíritu de la diosa.

Cibeles es la primera de todos los dioses, la madre de todo; y aunque no tengo ninguna simpatía por los eunucos dedicados a la política, si tengo veneración por aquellos sacerdotes que, a imitación de Atis, se castran para servir plenamente a la diosa. Después de que Máximo me dejó, me sentí tan inspirado que comencé a

dictar un himno a la Madre de los Dioses. Lo terminé antes de la mañana. Máximo piensa que es mi mejor obra de este tipo.

Luego nos dirigimos hacia Ancira. Allí me vi rodeado por un millar de litigantes.

Parecía una visita a Egipto. Hice todo lo posible por hacer justicia, pero decaía mi ánimo. De todas partes llegaban noticias de disensiones religiosas. Algunos de nuestros fieles, excesivamente celosos, perjudicaban las propiedades de los galileos, mientras estos últimos hacían todo lo posible para no permitir que restaurásemos los templos. Sabía que tarde o temprano tendría que adoptar una posición enérgica y, mediante algún gesto duro, convencer a los galileos de que deseaba ser obedecido. Pero por el momento razonaba y argüía. En Pesinunte prometí fondos para la realización de obras públicas, si los ciudadanos prestaban su apoyo al templo de Cibele. Me negué a visitar Nisibe hasta que sus habitantes se mostraran menos hostiles al helenismo. Depuse a algunos obispos

y previne al resto para que no interfiriesen en mis planes. No sé lo que habría hecho sin Máximo. Constantemente estaba a mi lado; sus energías nunca flaqueaban; siempre era una fuente de consuelo, y yo necesitaba ser consolado.

En Ancira perdí los estribos. Había pasado tres días en el palacio de justicia, oyendo cómo unos hombres mentían acerca de otros. Los extremos a los que puede llegar la malicia humana inspiran terror. Un hombre, decidido a destruir a un rival en el comercio, venía a mí todos los días con nuevas acusaciones contra su enemigo. Cada una de ellas era rápidamente desmentida. Por último, el acusador declaró con voz sonora: «Es culpable de alta traición, Augusto. Aspira a ocupar vuestro lugar.»

Esto atrajo totalmente mi atención.

—¿Qué pruebas tenéis de ello?

—Hace dos semanas encargó una túnica de seda, color púrpura. —Todos emitieron sonidos entrecortados de

horror ante este delito de lesa majestad. No pude contenerme.

Me saqué mis zapatos rojos y los lancé con todas mis fuerzas a la cabeza del idiota. —

¡Entonces dadle esos zapatos! Hacen juego con la púrpura. —El aterrorizado pícaro cayó postrado ante mí—. ¡Y luego recordadle, y recordadlo vos mismo, que se necesita algo más que las vestiduras para ser emperador! —No me sentí muy satisfecho de mí mismo tras esta explosión, pero me encontraba en un estado de fuerte tensión.

Desde Ancira me dirigí hacia el oeste y hacia el sur. En lo que llaman las Puertas, un paso montañoso que comunica Capadocia y Cilicia, me recibió Celso, gobernador de Cilia.

Lo había conocido superficialmente en Atenas, donde fue uno de mis compañeros de estudio.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Era también discípulo de Libanio. Me temo que al ver una cara helénica amistosa mi alegría fue tanta que lo besé ante la vista de los petulantes. Luego lo dejé cabalgar junto a mi carruaje hasta Tarso. En un región extraña, rodeado por gente hostil, uno se une a los meros conocidos como si fuesen hermanos. Ese día de buena gana hubiera nombrado a Celso prefecto pretorio de Oriente, simplemente para manifestarle mi placer por hablar con alguien que tenía mis mismas creencias.

En el camino hacia Tarso, Celso me comunicó muchas cosas. No era optimista sobre mi intento de hacer renacer el helenismo, pero creía que con el tiempo prevaleceríamos.

Estaba de acuerdo con que los galileos posiblemente terminarían matándose entre sí.

También analizamos el problema político más importante del Imperio: los consejos de aldea o

senados.

En todos los lugares por los que pasé como emperador fui recibido por multitudes de ciudadanos acomodados que pedían que los eximiese del servicio en los consejos locales.

Aquello que una vez fue el mayor honor al que podía aspirar un provinciano es ahora una cruel carga, puesto que los consejos son responsables de la recaudación de impuestos. Esto significa que en un año de malas cosechas, cuando la gente no puede pagar sus impuestos, los miembros del consejo local deben compensar el déficit impositivo con dinero de sus propios bolsillos. Naturalmente, en esta situación nadie desea formar parte de los consejos locales. La única alternativa que queda es gobernar directamente por medio de decretos imperiales, y esto, por razones obvias, sólo produce un estado de confusión que ningún emperador ha sabido dominar. Yo no he podido. Como mis predecesores, pronuncié vehementes discursos ante los interesados. Les dije que gobernar

una ciudad constituía un gran honor y que el estado correría peligro sin la colaboración de sus ciudadanos más prestigiosos. Pero los vecinos integrantes del municipio todavía solicitan la exención del servicio público, y yo no puedo censurarlos. Una solución sería retirar a los consejos su responsabilidad por la recaudación impositiva. Pero esto reduciría a la mitad los ingresos del estado, cosa que no podemos permitirnos. Alguien debe vigilar la recaudación de impuestos y, ¿quiénes están mejor calificados para ello que los ciudadanos dirigentes de la comunidad? Así que preferí inyectar un nuevo vigor a los consejos más que cambiar drásticamente el sistema. Una forma mejor de distribuir la responsabilidad consiste en no permitir ninguna exención del desempeño de servicios en los consejos. Durante el gobierno de Constancio estaban exceptuados tanto los sacerdotes galileos como los militares. He cambiado eso, haciendo que puedan prestar el servicio más ciudadanos, y no menos. Esto ha tenido muchas repercusiones, pero pienso que con el tiempo las comunidades resultarán fortalecidas. Evidentemente, la situación es grave cuando los

hombres con propiedades se niegan a ser senadores en una famosa ciudad como Antioquía.

Permanecí algunos días en Tarso, una agradable ciudad situada junto a un lago unida al mar por un canal. Celso reunió un interesante grupo de filósofos para que me recibiesen, y sostuvimos algunas discusiones agradables. Los actuales habitantes de Tarso son dignos sucesores de sus antepasados, los grandes estoicos de hace cinco siglos. Incluso fui a nadar una tarde al río Cidnos, pese a que Alejandro estuvo a punto de ser asesinado después de bañarse en ese río. Aunque en Tarso predominan los galileos (hay innumerables estatuas del diabólico Pablo, que nació allí, encontré a sus habitantes de costumbres razonables y sencillas.

Cuando llegó el momento de partir casi puedo decir que me sentí triste. Pero me consolé pensando que cambiaba Tarso por Antioquía, la Reina de Oriente. Me estremezco todavía ahora al recordar mi excitación.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Llegué a Antioquía durante la última semana de julio, un día caluroso y húmedo. En las afueras de la ciudad me encontré con una multitud de hombres y mujeres. Naturalmente, pensé que habían venido a recibirme y estaba preparado para pronunciar un discurso de agradecimiento. Pero ellos me ignoraron, mientras gritaban extrañas palabras, agitando sus brazos en el aire.

Miré a mi alrededor buscando a mi tío Juliano, pero no había ningún funcionario a la vista, sólo esa multitud que cantaba rítmicamente «una nueva estrella se ha levantado en Oriente». Llegué a pensar que ese canto era una referencia a mi propia persona. Uno se acostumbra a todo tipo de hipérboles. Pero cuando traté de hablarles me ignoraron, con sus ojos dirigidos hacia el cielo. En la Puerta Norte el prefecto pretorio Salucio Segundo, mi tío y el Senado me dieron la

bienvenida oficial. En cuanto terminaron los saludos formales, pregunté:

—¿Qué hace esa multitud?

Mi tío se disculpó. De entre todos los días en que podía haber llegado a Antioquía, yo había elegido precisamente el del festival que conmemora la muerte de Adonis, el amante de Afrodita. Adonis es uno de los principales dioses de Siria, y Máximo y yo deberíamos haber sabido que ese día estaba consagrado a él. Pero el error ya había sido cometido y nada podía hacerse. De este modo hice mi entrada en Antioquía en medio de gritos, quejidos y fúnebres lamentos, espectáculo que en gran medida echó a perder mi primera impresión de la ciudad, un hermoso lugar habitado por la hez del pueblo... No, eso no es justo. Ellos tienen sus costumbres y yo tengo las mías. Somos como perro y gato.

La Puerta Norte es una gran construcción hecha de granito egipcio. Pasada la puerta, la primera vista de la

ciudad resulta sorprendente, con su calle principal de una extensión de dos millas y bordeada por una doble línea de pórticos construidos durante el reinado de Tiberio.

En ninguna otra parte del mundo es posible caminar bajo un pórtico a lo largo de dos millas.

La misma calle está pavimentada con granito y trazada de forma que recibe siempre la brisa del mar, que se halla a una distancia de veinte millas. Siempre una brisa..., a excepción de ese día. El aire era sofocante; el sol opresivo. El sudor corría bajo mi armadura mientras cabalgaba con expresión torva hacia el foro, en tanto el pueblo permanecía debajo de sus sombreados pórticos, quejándose a ratos por la muerte de Adonis.

Mientras cabalgaba miraba a mí alrededor con curiosidad. A la izquierda del camino se encuentra el monte Silpio, que se levanta bruscamente de las llanuras. La mayor parte de la ciudad está limitada por los ríos Orontes al oeste y Silpio al este y al sur. Las

mejores villas se encuentran en las laderas de la montaña, donde hay sombra por la mañana, con lujuriosos jardines y una hermosa vista del mar. Uno de los reyes seléucidas, durante un año de plaga, esculpió una cabeza colosal en la roca, sobre la ciudad. Se la conoce como el Caronia, y parece cavilar sobre la ciudad como un espíritu malo. Puede verse desde casi todos los barrios. Los nativos la admiran. Yo no; para mí representa Antioquía.

El foro de Tiberio contiene una gran estatua de ese emperador y una piscina de complicados mármoles y mosaicos, construida sobre un manantial de cuyas aguas Alejandro dijo que eran más dulces que la leche de su madre. Bebí de ella y la hallé buena, pero después me sentí sumamente sediento, como, sin duda, se debió sentir Alejandro. No puedo recordar el gusto de la leche de mi madre, pero puesto que la madre de Alejandro era amarga en todo, también debía serlo su leche.

Acompañado por los funcionarios de la ciudad, entré

en la plaza principal de la isla del río, donde, precisamente enfrente de la impresionante fachada del palacio imperial, se levanta Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

un nuevo osario, comenzado por Constantino y terminado por Constancio. Tiene forma octogonal y está cubierto por una cúpula dorada. El edificio es conocido como la Casa Dorada y debo confesar que es un hermoso ejemplar de la arquitectura moderna. Incluso me gusta a mí, y no soy aficionado a las construcciones modernas. Frente al osario se encontraban el obispo Melecio y sus compañeros de sacerdocio. Nos saludamos educadamente. Después entré en el palacio, construido en su mayor parte por Diocleciano, quien invariablemente reproducía el mismo edificio allí donde se encontraba: un rectángulo como el de un campamento militar. Pero en los últimos años mi familia ha agregado tantas cosas que el austero diseño original quedó borrado en su totalidad por nuevos

edificios y complicados jardines. Dentro de los muros del palacio se encuentran baños, capillas, pabellones y, lo mejor de todo, una pista de caballos oval, rodeada de arbustos, muy conveniente para mí.

Fui recibido por el chambelán del palacio, un anciano eunuco que estaba aterrorizado ante la posibilidad de que hiciese con él lo que había hecho con los eunucos de Constantinopla. Pero tranquilicé su espíritu. Todo lo que exigía, dije, era una conducta decente. Si era bien servido, no haría cambios. Es innecesario decir que fui atendido espléndidamente, una mejora respecto de las últimas semanas de Constantinopla durante las cuales a menudo la cama no estaba hecha y la comida nunca estaba a la hora. La comodidad es algo importante, por lo menos cuando no se está en el campo de batalla.

Elegí unas habitaciones que daban sobre el río, con una terraza donde podía sentarme o vagar al aire libre, y mirar al mar más allá de la llanura del oeste. Allí pasé la mayor parte de mi tiempo. Durante el día recibía visitantes y trabajaba; por la noche, me reunía con mis

amigos. En las cercanías del palacio se encuentra el hipódromo, uno de los más grandes de Oriente. Si, cumplí con mi deber. Fui a los juegos cuando debí hacerlo, aunque nunca contemplé más de seis carreras.

Hubo muchas ceremonias. Recibí al Senado. Oí testimoniales. Asistí al teatro.

Pronuncié simpáticos discursos, aunque Prisco dice que, independientemente de lo profano de la ocasión, más tarde o más temprano trato el tema de la religión. Pasé revista a las tropas que ya se encontraban allí e hice planes para la recepción de las legiones que todavía no habían llegado. Para horror del conde Félix perdoné un quinto de los impuestos en Siria, con el razonable fundamento de que, puesto que no teníamos muchas posibilidades de obtener los ingresos de ninguna manera, no había razón para no adoptar una medida que me daría popularidad. Y fui sumamente popular... alrededor de tres meses.

En agosto, durante una reunión del Sagrado

Consistorio, recibí la noticia de que Sapor me enviaba un mensajero con una importante carta. Me volví hacia Hormisda que ese día había concurrido al Consistorio.

—¿Querrá la paz o la guerra?

—Mi hermano siempre desea ambas cosas. La paz para sí mismo, la guerra para vos.

Cuando vos estéis desarmado, él se armará. Cuando vos estéis armado, él... os escribirá cartas.

El mensajero fue presentado ante el Consistorio. No era un persa, sino un acomodado mercader de Siria que mantenía relaciones comerciales con Persia.

Acababa de llegar de Ctesifonte. No sabía nada de política. Se le había pedido que me entregase la carta; eso era todo. Pero lo acompañaba un persa para llevar mi respuesta al gran rey. Pedí que trajesen al persa. Resultó ser un noble alto y delgado, con un rostro inexpresivo como el de una estatua.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Sólo una vez dejó traslucir emoción: cuando Hormisda se dirigió a él en su lengua nativa.

Sorprendido, preguntó quién hablaba así. Cuando comprendió de quién se trataba cerró la boca. Se mantuvo en silencio. Pregunté a Hormisda qué le había dicho. Me respondió con suavidad:

—Le pregunté por su padre. Conozco a su familia.

—Parece no admiraros. Posiblemente podamos cambiar eso —Di a Hormisda la carta y él la leyó rápidamente en su lengua suave y sibilante. Luego la tradujo. En resumen, Sapor deseaba enviarme una embajada. Nada más; pero las implicaciones eran evidentes.

—Desea la paz, Augusto —dijo Hormisda—. Tiene miedo. —Me alcanzó la carta.

La dejé caer al suelo, una afrenta para otro soberano.

Me volví hacia Hormisda.

—Decid al persa que no hay ninguna necesidad de que Sapor nos envíe una embajada, puesto que me verá pronto en Ctesifonte.

La guerra había sido declarada oficialmente.

En Antioquía dicté durante diez, o quizá veinte horas de un tirón hasta que se me fue la voz; luego murmuraba como podía. Aún así no tenía tiempo suficiente para hacer todo lo que debía. La reacción ante los edictos de febrero no había sido favorable. Los galileos de Cesarea habían prendido fuego al templo local de Fortuna. Multé a la ciudad e hice que volviera a llamarse Mazaca; no merecía el título de Cesarea. De Alejandría recibí un informe confidencial que decía que mi enemigo, el obispo Atanasio, no había abandonado la ciudad, aunque yo expresamente lo había desterrado de Egipto. Vivía escondido en la casa de una mujer griega extremadamente rica y hermosa, quien, según sugirió mi informante, era su amante. De ser así,

teníamos una espléndida arma para usar en su contra, pues gran parte de su autoridad derivaba de la supuesta santidad de su vida. He dado órdenes para que se lo vigile hasta que llegue el momento adecuado para revelar su venalidad. Según se afirma, cuando se lo comunicó a Atanasio que lo había desterrado, dijo: «Es una pequeña nube que pronto pasará.» Tiene mucha confianza en su situación.

También ordené que se reconstruyese el Serapeion de Alejandría, y le devolví el antiguo nilómetro utilizado para registrar los niveles del Nilo. Los galileos habían llevado el nilómetro a uno de sus edificios. Lo repuse en un lugar de origen. Durante esa época fortalecí el Senado de Antioquía agregando (pese a las más lastimeras protestas) doscientos hombres entre los más ricos de la ciudad.

En septiembre, con la ayuda de Máximo, elaboré el edicto más importante de mi reinado hasta el momento sobre educación. Siempre he creído que gran parte el éxito de los galileos se debe a su dominio de la escritura

y de las formas de argumentación helenísticas.

Conocedores de nuestra religión, ellos vuelven contra nosotros nuestras propias armas. Ahora bien, nosotros nunca pedimos a nuestros sacerdotes que enseñen los escritos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y no sólo porque escriben en un mal griego. Nuestros sacerdotes no creen en el dios del Nazareno. ¿Por qué habríamos de ofender a aquellos que creen en él enseñando las obras de sus apologistas? Pero los galileos enseñan nuestros clásicos en todas las universidades del mundo. Los enseñan como modelos de estilo y de ingenio, mientras descartan como mentiras su contenido. Eso es intolerable. Por eso decreté que a ningún galileo se le permitiese enseñar los clásicos. Naturalmente, la severidad de esta ley ha provocado resentimientos, y me aflige el daño que ha causado a algunos hombres admirables.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pero no tenía otra alternativa. O establecía claramente la línea de separación entre los dioses de Homero por una parte y los del judío muerto por la otra, o acabaríamos absorbidos por el ateísmo generalizado de la época. Algunos de mis amigos se mostraron en desacuerdo conmigo; Prisco en particular. Pero Máximo y yo nos mantuvimos firmes. Al principio no establecí ninguna excepción para la ley, pero luego la modifiqué para permitir que Proeresio en Atenas y Mario Victorino en Roma continuasen con sus enseñanzas. Ambos lo aceptaron con alegría. En Constantinopla mi viejo maestro Eccebolio abandonó la locura galilea, y en una declaración sumamente elocuente volvió a los verdaderos dioses.

PRISCO: Aquí Juliano lo confunde todo. Conocemos a Eccebolio. Adoraba cualquier cosa a la que el emperador rindiese culto. Yo no me encontraba en Atenas cuando se puso en vigor el edicto, pero Proeresio me dijo que inmediatamente dejó de enseñar. Cuando llegó su exención personal, se siguió negando a enseñar, y declaró que aunque el edicto era sumamente

injusto, para ser ley, al menos debía ser coherente. Esto parece más valiente de lo que fue en la realidad, puesto que el día en que se publicó el edicto Proeresio visitó a su viejo amigo el hierofante. No sé cómo lo logra el hierofante, pero tiene un verdadero don para predecir el futuro. Es el único adivino que ha logrado impresionarme. Por cierto, acaba de predecir la destrucción de todos los templos de Grecia dentro de esta década. No sé si piensa que será obra de Teodosio o de los godos. Por la manera en que las tribus se están concentrando en nuestras fronteras, sospecho que de los últimos.

De todos modos, Proeresio tuvo una conversación con el hierofante. Ahora bien, es obvio que no pudo preguntarle nada sobre las expectativas de vida de Juliano. Eso hubiera sido traición. Pero podía preguntarle sobre uno de los proyectos que acariciaba Juliano: una nueva tasación de todas las propiedades inmuebles aqueas para disminuir los impuestos sobre la tierra. Proeresio simuló interesarse por alguna propiedad de su esposa. ¿Debía venderla entonces, o

esperar hasta que se pusiesen en vigor los nuevos impuestos? El hierofante le aconsejó que la vendiera (sin aspirar vapor sumergido de ninguna roca ni hacer conjuros mágicos), ya que no se efectuaría la reducción de impuestos. Proeresio supo de este modo que el reinado de Juliano duraría poco.

Juliano tenía razón cuando dijo que yo me oponía al edicto sobre educación. Lo consideraba cruel e imposible de controlar. En las universidades, la mitad de los buenos maestros, por lo menos, son cristianos. ¿Quién los reemplazaría? Juliano en ese momento estaba cada vez más agobiado por su enorme tarea. En cierto modo era una lástima que no fuese un Tiberio, o incluso un Diocleciano. Si se hubiera convertido en un carnicero quizá habría logrado su objetivo. Aunque los cristianos declaren que su sangre es semilla, un emperador cuyo único objetivo fuese su destrucción podría conseguirlo mediante la violencia, especialmente si al mismo tiempo crease una atractiva y optativa religión. Pero Juliano se había propuesto ser un verdadero filósofo. Triunfaría mediante el razonamiento

y el ejemplo.

Ése fue su error. Quien examine las creencias de los cristianos comprenderá que la razón no es su punto fuerte. Sólo el cuchillo podría haberlos convertido a las creencias de Juliano.

Pero, como era un buen hombre, llevaba el arma envainada.

Pese a su decisión de mantenerse sereno, las noticias que llegaban de las provincias lo afectaron profundamente. Se mostraba cada vez más irritable y hasta vengativo. El edicto sobre educación sería el golpe final, pensó. Si hubiera vivido podría haber dado resultado pero creo que era demasiado moderado para poder imponerlo. En todo este asunto influyó muchísimo Máximo, instigando a Juliano, que se volvió insufrible en los últimos meses que pasamos en Antioquía.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

LIBANIO: Por una vez Prisco y yo estamos completamente de acuerdo. Máximo no era ni sofista ni filósofo, ni abogado ni maestro. Era un mago. Ahora bien, nunca he dejado de creer en la magia (hay tantas cosas que nos resultan familiares y que no podemos comprender), pero la magia de Máximo era evidentemente impostura y su influencia sobre Juliano deplorable.

JULIANO AUGUSTO

El edicto sobre educación tuvo una divertida secuela... una única secuela a mi parecer.

Dos literatos mercenarios, un padre y un hijo llamados Apolinaris, transcribieron inmediatamente los testamentos de los galileos y el antiguo libro de los judíos... como tragedias y obras griegas. De esta manera esperaban burlar el edicto y poder enseñar griego clásico. Leí algunas de esas obras monstruosas y debo decir que, por más groseras que fuesen, me

resultaban mejores que los originales. El nuevo testamento lo transcribieron como una serie de diálogos platónicos (¡en anapestos!), mientras el antiguo libro de los judíos fue comprimido en veinticuatro capítulos, numerados de Alfa a Omega, presentados en letales dáctilos.

Las obras de los Apolinaris me las envió, para que las comentase, un obispo sumamente nervioso de Cesarea... quiero decir Mazaca. Le contesté con una carta de una sola oración: «Lo leí; lo comprendí; lo condeno.» Antes de retirarme de Antioquía tuve una respuesta para esta carta de mi viejo amigo Basilio (algunas veces lo había llamado para que viniese a la corte, pero nunca lo hizo). La carta de Basilio también constaba de una sola oración: «Habéis leído, pero no habéis comprendido, porque si hubierais comprendido no habríais condenado.» ¡Nadie puede acusar a Basilio de contemporizar!

No describiré al pueblo de Antioquía. Su mal carácter es bien conocido. Son peleones, afeminados y frívolos;

tienen devoción por las carreras de caballos, las apuestas y la pederastia. La ciudad, en cambio, es hermosa y está favorecida por el clima y la geografía.

Hay una numerosa población siria que vive en su propio barrio junto al río, frente a la isla.

Visitar ese barrio es como ir a Persia, tan orientales son los pobladores en sus costumbres y en su aspecto. También hay una considerable población judía en el sector sur de la ciudad y a lo largo del camino que conduce a Dafne; los judíos son en su mayor parte agricultores que reciben tierras como recompensa por incumplir el servicio militar. Volveré a hablar de ellos más tarde.

Durante mis primeras semanas «populares» hice todas las apariciones de costumbre.

Presidí las carreras en el Hipódromo y se rieron de mi barba. Pero la risa era de simpatía.

También concurrí al teatro, que está construido en la

ladera del monte Silpio, siguiendo una curva natural de la colina. Se representó Esquilo y así no tuve la impresión de perder el tiempo. En general, me veo obligado a concurrir a las comedias. Como la mayoría de los emperadores han sido bastante superficiales, los administradores de los teatros se inclinan a guardar sus farsas más tontas para sus amos imperiales.

Constantino amaba a Meandro, posiblemente Constancio gustase de la comedia, pero nadie lo sabe puesto que nunca reía ni sonreía en público. Sospecho que tal vez lo aturdiese el antiguo griego hablado rápidamente en las comedias con sus múltiples equívocos y juegos de palabras. Mi tío Juliano, como conde Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

de Oriente, era por lo menos capaz de ahorrarme las comedias. Disfrutó con Esquilo; se representaba su *Prometheus*.

Pasé buena parte de mi tiempo en los tribunales. Había

la eterna y abrumadora cantidad de pleitos, acrecentada por mi presencia. Cuando los habitantes supieron que un emperador venía a su ciudad, trataron de tenerlo como juez, creyendo que sería imparcial (correctamente) e inclinado a la indulgencia para ganar el favor de la muchedumbre (erróneamente en mi caso).

Aunque los emperadores tienden a ser más condescendientes que los magistrados locales, unos pocos abogados inevitablemente presionan demasiado y en un momento u otro todos nosotros pronunciamos un fallo airado que no hubiéramos deseado. Consciente de mi tendencia a irritarme, instruí al prefecto de la ciudad para que me contuviese cada vez que pensase que me ponía fuera de lugar. Tras superar su primera timidez, el prefecto me resultó de gran utilidad, y mantuvo mi proa en ruta, como dice el adagio.

Por mera curiosidad pregunté a cada litigante cuál era su religión, y creo que la mayoría respondió con honestidad. Muy pocos admitirían ser galileos cuando pensaron que sería mejor para su pleito mentirme. Pero

pronto se supo que nunca dejaba que mis preferencias religiosas influyesen sobre mi juicio, y muchos de los que aparecieron ante mi se declararon galileos de la forma más apasionada, pidiendo que persiguiese a quienes no eran de su misma fe.

En Antioquía los galileos están divididos entre los ciegos discípulos de Arrio y los discípulos semiciegos; todos luchaban sin descanso. También hay buenos helenistas en la ciudad, pero no son eficaces en la práctica. En teoría muchos de ellos están de acuerdo con nosotros, pero no hicimos progresos porque los nativos de Antioquía no quieren ser molestados con problemas religiosos serios. Quieren al Nazareno porque «perdona» sus pecados y delitos con sólo salpicar agua... ¡aun cuando no se conoce un solo caso en que esta agua haya curado ni siquiera una verruga! Al obispo Melecio le mencioné una interesante paradoja. En una primera y cautelosa ocasión, Melecio me dijo que la ciudad era devotamente galilea no sólo porque Pablo de Tarso había convertido a tantas personas, sino también porque fue en Antioquía donde

se usó por primera vez la palabra «cristiano» para designar a los galileos.

—¿Entonces por qué si vuestro pueblo es tan devoto del Nazareno la totalidad de la ciudad celebra la muerte de Adonis, uno de nuestros dioses?

Melecio se encogió de hombros.

—Las costumbres antiguas son difíciles de eliminar.

—Lo mismo ocurre con una fe antigua.

—El pueblo lo considera únicamente como un festival.

—Sin embargo, rompen con la ley que predica el galileo: No tendrás otro dios más que a Mí.

—Augusto, no condenamos lo que ellos hacen.

—No creo que sea posible para un galileo rendir culto a la vez a Adonis y al muerto que llamáis dios.

—Esperamos que un día lograremos persuadirlos para

que abandonen todas las festividades impías.

—Por supuesto, a menos que yo logre persuadirlos para que rindan culto a Dios Uno.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Los múltiples dioses del paganismo?

—Cada uno es un aspecto del Uno.

—El nuestro es el Uno.

—¿Pero no está escrito en el libro de los judíos, al cual consideráis sagrado porque así lo consideraba el Nazareno...

—Es sagrado, Augusto.

—...que el más alto dios de los judíos era un dios celoso...

—Está escrito y así es.

—¿Pero no es solamente el dios de los judíos?

—Él abarca todo...

—No, obispo. Era el dios particular de los judíos, como Atenea era la diosa de Atenas.

El no pretende ser el Dios Uno, sino sólo un dios particular y celoso, limitado a una tribu sin importancia. Bien, si está limitado, no puede, por definición, ser el Dios Uno, quien, estaréis de acuerdo conmigo, no puede tener límites, puesto que es todo y todas las cosas lo contienen.

En este periodo yo era particularmente vehemente, pues realizaba investigaciones para mi libro *Contra los galileos*, en el que, siguiendo a Porfirio, planteaba una significativa argumentación contra los ateos. Naturalmente, los obispos tienden a dejar de lado las muchas contradicciones de sus libros sagrados como señales de un divino misterio más que como una prueba

evidente de que la suya es una religión hecha por hombres, que se adecua a los esclavos y a las mujeres incultas.

Hacia el final de mi estancia en Antioquía era al menos popular en los tribunales. El pueblo a menudo estallaba en aplausos ante mis fallos. Ahora comprendo que yo soy, en algunos sentidos, muy vanidoso. Gozo de los aplausos. En realidad la mayoría de los hombres son así, a excepción quizás de los más grandes filósofos. Pero me considero capaz de discernir la admiración verdadera de la falsa. Al pueblo de Antioquía le gusta hacer ruido, y son muy aduladores. Un día decidí hacerles saber que no me dejaba engañar. Tras pronunciar un largo juicio sobre un caso particularmente difícil, el salón de la corte explotó en un frenético aplauso, y se oyeron muchos gritos de «¡Justicia perfecta!».

A lo que respondí: «Debería estar sumamente contento porque elogiáis mi buen juicio.

Pero no lo estoy, porque aunque podéis halagarme por ser justo, no tenéis la capacidad de censurarme por ser injusto.»

En los primeros tiempos de mi estancia en Antioquía no pude hacer ninguna de las cosas que quería. Mi tiempo estaba ocupado por las tareas administrativas, y las apariciones en la corte. Sólo en octubre pude ir al suburbio de Dafne y rendir culto en el templo de Apolo.

Hice algunos intentos antes para ir allí, pero asuntos urgentes me ataban siempre a la ciudad.

Finalmente hice todos los preparativos. Estaba programado un sacrificio matinal en el templo de Zeus Filios en el barrio viejo de Antioquía. Para sorpresa de los habitantes de la ciudad, anuncié que caminaría las cinco millas hasta Dafne como un peregrino cualquiera.

El día correspondiente fui despedido antes del alba. Acompañado por Máximo y Oribaso (que protestaron por lo temprano de la salida), crucé el puente hasta el barrio sirio.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Mi única comitiva eran los arqueros, como si fuese un simple magistrado de la ciudad. Había tenido esperanzas de pasar inadvertido, pero todo el barrio se enteró de que iba a hacer un sacrificio al alba.

Entramos en el barrio sirio, con sus calles estrechas y llenas de gente. Allí, a orillas del río, hacía alrededor de setecientos años un general de Alejandro había fundado la ciudad que dio origen a Antioquía. El templo de Zeus Filios es uno de los pocos que quedan de esa época. Es pequeño y está totalmente rodeado por un mercado donde un millar de carretas colocadas debajo de marquesinas le dan colorido y, hasta cierto punto, un aspecto profano.

Por fortuna, el templo nunca llegó a estar totalmente abandonado. Incluso los galileos lo respetan por estar vinculado a la fundación de la ciudad.

Mientras los arqueros me abrían camino a través del populoso mercado, mantenía cuidadosamente mis manos debajo de mi túnica porque, de acuerdo con el ritual, habían sido lavadas y no podía tocar ninguna cosa. Los vendedores del mercado me ignoraron. Ni siquiera un emperador podía perturbar la importante tarea de vender.

En el templo se había reunido una gran multitud que me vitoreó alegremente. Manos oscuras se adelantaron para tocarme. Esta es una de las cosas que más odio de mi cargo: que siempre haya manos asiéndose de mis ropas. A veces lo hacen simplemente para sentir la emoción de tocar la púrpura, pero en general los enfermos extienden sus manos creyendo que el cuerpo viviente de un emperador es un poderoso remedio. El resultado de todo esto es que los emperadores están especialmente expuestos a las enfermedades contagiosas. De este modo, si el cuchillo no corta nuestra vida lo hace la mano de un enfermo. Diocleciano y Constancio nunca permitieron que la turba se les acercase a menos de doce pies. ¡Yo podría

imitarlos, por motivos higiénicos!

El altar que se encuentra frente al templo ya estaba cubierto de guirnaldas y preparado.

De los dos sacerdotes que sostenían el toro blanco, uno se parecía sospechosamente a un carnicero; tenemos pocos sacerdotes. Sobre uno de los escalones del templo, detrás del altar, se habían reunido los más destacados helenistas de la ciudad, con mi tío Juliano a la cabeza.

Tenía aspecto cadavérico y tosía continuamente, pero, aparte de eso, estaba de excelente humor. «Todo está listo, Augusto», dijo uniéndose a mí en el altar.

La multitud era ruidosa, estaba de buen humor y olvidaba completamente el significado religioso de lo que sucedía. Manteneos tranquilo, me dije a mi mismo, no dejéis que se os note nada. Los arqueros formaron un semicírculo alrededor del altar para tener la seguridad de que no sería tocado durante la ceremonia. En el mercado, detrás de nosotros, se seguía

comerciendo, con el alboroto de un Senado cuando discute los impuestos.

Me volví hacia Máximo y le pregunté con frases rituales si estaba dispuesto a asistirme en la ceremonia.

Respondió que lo haría. Fue presentado el toro. Le dirigí una mirada totalmente profesional. Supongo que he realizado alrededor de diez mil sacrificios y hay pocas cosas que no conozca sobre los augurios. Todo es significativo, incluso la forma en que el toro camina cuando es conducido hasta el altar. Ese toro era desacostumbradamente grande y se le habían administrado drogas, una práctica que la mayoría de los sacerdotes tolera, aunque los puristas sostienen que quita toda significación a los movimientos previos al sacrificio. Sin embargo, incluso bajo el efecto de las drogas, podía extraerse mucho de la conducta del toro. Se movía inquietamente. Tenía una pata débil. Tropezó. Un mal augurio.

Tomé el cuchillo ritual. Dije lo que debe decirse. Luego corté el cuello del toro con un limpio movimiento. Por

lo menos eso resultó bien. La sangre salió a borbotones. Me dejó cubierto, y eso también es buena señal.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Durante todo el tiempo los sacerdotes hicieron los gestos y respuestas de vigor, y yo repetí la fórmula de ofrecimiento como había hecho tantas veces. La multitud estaba quieta, interesada, supongo que por tratarse de una antigua ceremonia que muchos de ellos no habían presenciado nunca.

Cuando llegó el momento de los augurios, mi mano tembló. Algún demonio trató de impedir que tomase el hígado del toro. Rogué a Helios. Apenas lo hice el sol apareció por detrás del monte Silpio. La luz fluyó a ambos lados de la montaña. Aunque su sombra todavía caía sobre la ciudad. Metí las manos en las entrañas del animal y extraje el hígado.

El presagio era aterrador. Algunas partes del hígado estaban secas por enfermedad. Las examiné cuidadosamente. En la «Casa de la guerra» y en la «Casa del amor» el augurio era la muerte. No me atreví a mirar a Máximo. Pero sabía que él había visto lo mismo que yo.

Continué la ceremonia, sostuve el sacrificio en alto hacia Zeus, estudié las entrañas con Máximo y repetí las viejas fórmulas. Luego entré en el templo para finalizar las ceremonias.

Para mi horror el templo estaba repleto de mirones; y para agravar aún más las cosas me aplaudieron al entrar. Me detuve helado en mi camino ante esta impiedad y exclamé:

«¡Éste es un templo, no un teatro!» Había destruido todo el significado de la ceremonia. Con una sola palabra que se emplee fuera de lugar, todo el ritual debe comenzar nuevamente. Al hablar a la multitud, había roto el vínculo que une al *pontifex maximus* con

los dioses.

Maldiciendo para mis adentros di órdenes para que se desalojase el templo y comenzase de nuevo la ceremonia.

El segundo toro —que no había sido drogado— intentó zafarse cuando yo levantaba el cuchillo. De nuevo el peor de los presagios. Pero por lo menos el hígado era normal, y la ceremonia fue completada satisfactoriamente. Pese a ello, con el peor de los humores, comencé mi camino hacia Dafne no en el frío de las primeras horas de la mañana, como había planeado, sino en medio del calor del mediodía.

Máximo y Oribaso caminaron a mi lado. Debido a su enfermedad mi tío iba detrás de nosotros en una litera. Los arqueros nos abrieron camino y aunque las multitudes de vez en cuando se reunían a lo largo del camino, no trataron de tocarme; no me importunaron mucho, pese a que siempre aparece ese hombre que de pronto se echa a los pies de uno y solicita el favor

imperial. No sé cómo logra hacerlo, pero en Galia, en Italia o en el Asia, siempre hay uno que se abre paso a través de todas las guardias y se te echa a los pies. Pacientemente, tomo su nombre y trato de hacer algo por él, si no se trata, como en tantos casos, de un simple loco.

Deprimido y nervioso como estaba, el camino hacia Dafne me resulta una encantadora distracción. El camino sigue aproximadamente el curso del río Orontes. La tierra es rica y, como hay agua en abundancia, los jardines que bordean el camino son de los más hermosos del mundo. En realidad, sus dueños sostienen una competición anual para ver cuál es el jardín más variado y agradable. Ese año, aunque prácticamente no habían caído lluvias, los jardines eran tan deslumbrantes como siempre, regados por corrientes subterráneas.

A lo largo del camino hay muchas villas hermosas y un número desacostumbrado de posadas, construidas originariamente para los miles de peregrinos que solían

llegar de todo el mundo para rendir culto en el templo de Apolo. En la actualidad hay pocos peregrinos y las posadas están destinadas casi únicamente a proporcionar albergue a los amantes. Además de sagrada, Dafne ahora es famosa por los amores de sus visitantes.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

A mitad de camino hacia el suburbio, mi tío sugirió que nos detuviésemos en la posada de un antiguo esclavo suyo. Debo decir que se trataba de un atractivo lugar, apartado del camino y oculto de la vista por un seto de laurel.

Nos sentamos afuera junto a una larga mesa situada debajo de una pérgola con parras llenas de uvas de color púrpura y cubiertas de polvo, cuyo denso aroma atraía a susurrantes abejas. El posadero nos trajo jarras de barro con jugo de frutas mezclado con miel, y bebimos ávidamente. Fue el primer momento agradable

de ese mal día. Sólo me preocupaba la salud de mi tío. Mientras bebía, sus manos temblaban, y de vez en cuando hacía una mueca de dolor. Sin embargo, nunca permitió que los problemas de su organismo interfirieran en su conversación, que era, como siempre, lúcida y elegante.

—Hallaréis el templo en bastante buenas condiciones —dijo—. El antiguo sacerdocio se desbandó hace algunos años, pero todavía reside allí un alto sacerdote. Naturalmente, se halla muy inquieto por nuestra llegada.

Máximo sacudió tristemente la cabeza y se acarició la barba.

—Cuando era niño estuve allí, había mil sacerdotes, sacrificios diarios, posadas repletas...

Siempre me ha sorprendido lo mucho que ha viajado Máximo. Difícilmente le falta por visitar un lugar sagrado en el mundo, desde la roca de Pafos donde Afrodita salió del mar hasta el lugar preciso de la orilla del Nilo donde Isis encontró la cabeza de Osiris.

—Temo que encontraréis Dafne cambiado —dijo mi tío—, pero podremos hacer que las cosas vuelvan a funcionar. A fin de cuentas, todo el mundo desea visitar a Dafne, aunque sólo sea por las aguas y por la belleza del lugar. Es perfecto, salvo por una cosa...

Yo terminé su frase, un mal hábito mío. Interrumpo a todos, incluso a mi mismo.

—Salvo por el osario que mi hermano Galo hizo construir para guardar los huesos de...

¿cuál era el nombre del criminal?

—El difunto obispo Bábilas, ejecutado por el emperador Decio. —La mano de mi tío tembló y derramó jugo de fruta sobre su túnica. Simulé no haberlo visto. Pero Oribaso, que diseccionaba cuidadosamente una gran abeja con un cuchillo de fruta, alargó el brazo a través de la mesa y cogió la muñeca de mi tío.

—Bebed hoy las aguas —dijo finalmente Oribaso.

—No he estado muy bien —explicó mi tío, con la muerte en su rostro.

He observado que los ojos de los hombres que están próximos a morir de dolencias naturales son increíblemente brillantes. Tienen una especie de mirada forzada como si lo quisiesen ver todo antes de irse. Me gustaba mi tío, y quería que viviese.

Respecto a Dafne, sólo puedo decir que es tan hermosa como uno ha oído decir. El poblado está enclavado entre jardines y manantiales. En las cercanías se levanta el hermoso bosquecillo de cipreses plantado hace un siglo por Seleuco, por orden de Apolo. Los árboles son ahora tan altos y densos que sus ramas forman un techo que no deja pasar el sol, y uno puede andar durante interminables horas bajo su fresca sombra. Dafne siempre ha sido sagrada, primero para Hércules, luego para Apolo. Fue allí donde Apolo persiguió a la ninfa Dafne. Cuando ella pidió la salvación a Zeus, éste la convirtió en un laurel. Con mis propios ojos he visto este árbol. Es increíblemente viejo

y nudoso, pero cada primavera da nuevos retoños, recordándonos que, mantenida por la magia dentro de su antiguo abrazo, duerme una niña siempre joven. También es posible visitar la arboleda en la que se exigió a Paris que juzgase cuál de las tres diosas era la más hermosa.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pasé rápidamente la ceremonia de bienvenida en la plaza principal del pueblo. Luego en vez de dirigirme directamente al palacio, fui a visitar el lugar con Máximo y Oribaso mientras mi tío entraba en el templo de Apolo a prepararse para el sacrificio.

Me impresionó principalmente la cantidad de fuentes o manantiales que surgían de la piedra caliza; fluían libremente en todas las estaciones. Adriano —sí, él también estuvo allí—

construyó un gran estanque con un peristilo en la Fuente

Saramanna; en ese lugar uno puede dejarse caer sobre un asiento de mármol y gozar del aire fresco que el manantial trae consigo de bajo tierra. También puede ver la famosa Fuente Castalia, una vez oráculo de Apolo.

Cuando Adriano era un simple ciudadano preguntó en él por su futuro dejando caer una hoja de laurel sobre las aguas. La hoja volvió a él un momento después con una sola palabra escrita: «Augusto.» Cuando Adriano se convirtió realmente en Augusto, hizo tapar la fuente con mármol con el razonable fundamento de que otros podían llegar a saber lo que él había sabido y esto no favorecía los intereses del estado. Me propongo reabrir la fuente, si los augurios son propicios.

El prefecto de la ciudad con una total falta de tacto nos mostró la basílica que contiene los restos del criminal Bábilas. Me entristeció ver la gran cantidad de visitantes que esperaban para entrar. Creían que los huesos de ese hombre muerto tenían algún poder curativo, pero en cambio no se acercaban a los

manantiales de Apolo. Junto al osario hay un gran taller que fabrica curiosos objetos galileos. En apariencia, da considerables beneficios.

¡Cuán supersticioso es el pueblo!

Llegamos al templo de Apolo al atardecer. Una gran multitud se había reunido fuera, pero ninguno había ido a rendir homenaje al dios. Eran todos curiosos.

Entré en el templo. Mis ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la oscuridad interior. Por último pude distinguir la maravillosa y colosal estatua de Apolo. También pude ver que no se había hecho ningún tipo de preparativos para el sacrificio. Cuando me volví, dos individuos se dirigían apresuradamente hacia mí desde un extremo del templo. Uno era mi tío. El otro un hombre gordo que llevaba un pesado saco.

De acuerdo con mi inquieto tío ése era el sacerdote supremo de Apolo. ¡Sacerdote supremo! Era un operario local al que el concejo de la ciudad había confiado la limpieza del templo y el cuidado de que los

pobres no lo utilizasen como morada, o los amantes como refugio, o quienes tenían la vejiga llena como lugar para orinar. Sin otro que se encargase de ello, él era el sacerdote del dios.

—Naturalmente, señor, no tenemos dinero. No he podido prepararos un toro blanco ni siquiera una cabra... y un cabra también sirve, yo siempre digo, si no es vieja y dura. Pero, sabiendo que estabais aquí os he traído esto de mi casa. Es lo último que tengo. No demasiado duro, me he dicho. —Luego sacó un furioso ganso gris del saco que llevaba.

Consciente de que yo estaba a punto de gritar, mi tío dijo rápidamente:

—Esto irá muy bien por ahora, sumo sacerdote. Pero mañana realizaremos una ceremonia adecuada. Vos veréis cuántos ex sacerdotes podéis encontrar. Yo me haré cargo de todos los gastos. Podemos hacerlos ensayar por la mañana. Luego... —Siguió charlando hasta que pude controlarme. Educadamente agradecí al

tonto sus esfuerzos, dije una oración al dios, y partí, sin que el ganso fuese sacrificado.

Afortunadamente, en el palacio hallé distracción de inmediato. Libanio había llegado desde Antioquía. Era nuestro primer encuentro y debo admitir que yo estaba emocionado. Es un hombre de noble aspecto, de barba gris y ojos pálidos con cataratas. Está quedándose ciego, pero, como filósofo que es, no se queja. Esa noche, como casi todas las noches de mi *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

permanencia en Siria, sostuvimos una larga conversación. Me sentí muy contento de nombrarlo cuestor, un cargo que él deseaba mucho.

LIBANIO: Es curioso cómo falla la memoria de la gente. Nunca he pedido el puesto de cuestor.

Lo que pedí—ante la insistencia del Senado de Antioquía— fue el derecho a defender la posición de la

ciudad ante el Sagrado Consistorio. He hecho muchas cosas similares en el pasado, intentando justificar las acciones —¡y a menudo las fechorías!— de mis conciudadanos. Incluso antes del terrible 22 de octubre sentí que habría graves problemas entre el emperador y la ciudad y, puesto que ambos compartían mi amor, pensé que podría mantener la paz. Los senadores de mi ciudad estuvieron de acuerdo. Juliano estuvo de acuerdo. Y obtuve algún renombre por salvar a Antioquía de lo que, bajo el gobierno de cualquier otro emperador, hubiera sido un baño de sangre. En todo caso, Juliano me nombró cuestor por propia iniciativa. No pedí ese cargo ni ningún otro, y como todo el mundo sabe, posteriormente rechacé el título de «prefecto pretorio». Nunca he apetecido títulos u honores oficiales.

En tratos con Juliano fui precisamente lo opuesto a Máximo. No intenté en ningún momento ganar sus favores. Nunca solicité una audiencia, salvo cuando actuaba como representante de la ciudad. Juliano no ha registrado la forma en que nos encontramos, pero yo lo

haré, puesto que mi conducta inicial dio el tono permanente a nuestra relación personal, destinada a ser tan corta.

Cuando Juliano llegó por primera vez a Antioquía, confieso que esperaba ser llamado inmediatamente. Habíamos mantenido correspondencia durante años, conservó los manuscritos de mis conferencias y basó el estilo de su prosa en el mío; no hay mayor halago que ése. Pero las semanas pasaban y yo no era llamado. Después él mismo se disculpó diciendo que había estado aturdido por muchas cosas como para verme. Por supuesto, lo comprendí. Sin embargo, confieso que me sentía como un padre orgulloso que más que nada quería gozar del éxito de su talentoso hijo. Naturalmente, lo vi cuando se dirigió a nuestro Senado, pero no nos encontramos; ¡aunque él se refirió a mí en el discurso como al «principal ornamento de la corona del Este»! Después de esto se dijo que gozaba de altos favores, pero no se me llamó al palacio.

Hasta octubre no recibí una invitación de Juliano, en la

que me pedía que ese día comiese con él. Contesté que nunca almorzaba a causa de la fragilidad de mi salud, lo cual es verdad; una comida pesada en medio del calor del día invariablemente me produce dolor de cabeza; entonces me invitó a reunirme con él la semana siguiente en Dafne, y acepté.

Como los hechos demuestran claramente, no corrí detrás de él; más bien fue él quien corrió detrás de mí. Mencionó las cataratas de mis ojos. No sabía que fueran tan notables. En aquellos días podía ver bastante bien. Ahora, por supuesto, estoy prácticamente ciego.

Juliano me encantó, como a la mayoría de los hombres. Adulaba atrocemente, pero siempre tenía el suficiente buen sentido como para hacer que las lisonjas resultaran más agradables que desagradables.

Por desgracia le gustaba permanecer levantado toda la noche, a mí no; y me excusaba convenientemente cuando él estaba más animado. Aun así, encontramos tiempo para analizar mi obra bastante detalladamente y

me sentí halagado al descubrir cuánto había memorizado de ella. También discutimos a Jámblico y a Platón.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

JULIANO AUGUSTO

Finalmente hice un sacrificio adecuado a Apolo, ofreciéndole más de mil pájaros blancos. Esto me ocupó durante la mayor parte del día. Después entré en el templo para consultar el oráculo. Hice algunas preguntas, que no puedo repetir, pero la sacerdotisa no logró responderlas. Estuvo silenciosa durante una hora aproximadamente; luego habló con la voz del dios: «Huesos y carroña. No puedo ser oída. Hay sangre en el manantial sagrado.»

Eso fue todo. Era suficiente. Supe lo que debía hacer.

Cuando abandoné el templo había una multitud reunida

a su alrededor. Me aplaudieron. Me detuve y miré a lo largo del camino hacia el osario, la causa de la corrupción. Me volví hacia mi tío.

—Deseo que mañana sean trasladados los huesos de ese galileo, Babilas.

—¿Babilas, trasladado? —Mi tío se mostraba afligido —. Pero éste es uno de los templos más famosos. Viene gente de toda Asia para tocar los restos del santo... obispo.

—Todavía podrán tocarlos todo lo que quieran. Pero no aquí. No en Dafne. El lugar está consagrado a Apolo.

—Habrá problemas, Augusto.

—Habrá más problemas todavía si Apolo no es obedecido.

Mi tío bajó la cabeza malhumorado, y cruzó la plaza en dirección hacia el osario.

Cuando estaba a punto de entrar en mi litera noté la presencia de un grupo de ancianos judíos en un extremo de la muchedumbre. Les hice una señal para que se acercaran. Uno de ellos era un anciano sacerdote; lo atormenté:

—¿Por qué no habéis venido conmigo al sacrificio?

—Augusto sabe que no debemos hacerlo. —El sacerdote estaba tenso, los demás nerviosos. En el pasado los emperadores han degollado judíos por no observar los rituales del estado.

—Pero seguramente preferiréis Apolo a... ¡eso! — Señalé al osario que se encontraba del otro lado de la plaza.

El anciano sonrió.

—Augusto debe saber que ésa es una de las pocas elecciones que no nos hemos visto forzados a hacer.

—Pero tenemos por lo menos un enemigo común —

dije, perfectamente consciente de que mi voz podía ser oída por quienes se hallaban cerca, y de que todas las palabras que dijese serian pronto repetidas desde el Tigris hasta el Támesis. El anciano no respondió, pero volvió a sonreír. Continué—: Por lo menos debéis hacer sacrificios ocasionales. Después de todo, vuestro Dios Supremo es un verdadero dios.

—Podemos hacer sacrificios sólo en un lugar, Augusto. En el templo de Jerusalén.

—Pero ese templo ha sido destruido.

—Por ello ya no hacemos sacrificios.

—Pero, ¿y si el templo fuese reconstruido?

—Entonces ofreceríamos acciones de gracia a nuestro Dios.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Entré en mi litera, con un plan establecido a medias.

—Venid a verme a Antioquía.

El Nazareno predijo que el templo de los judíos sería destruido para siempre; tras su muerte el templo fue quemado por Tito. Con cierto placer, he dado órdenes para que el templo sea restaurado. Además, ¿qué mejores aliados se pueden tener contra los galileos que los judíos, obligados a contemplar con cotidiano horror la perversión de su libro sagrado por parte de los discípulos del dios hombre?

PRISCO: Juliano no volvió a referirse a este tema, pero cuando dio órdenes para la reconstrucción del templo de los judíos hubo consternación entre los cristianos. Odian a los judíos, en parte porque se sienten culpables por el robo de su dios, pero principalmente porque comprenden que los judíos saben mejor que nadie la perfecta tontería que constituye la mezcolanza cristiana. Ahora bien, si el templo judío fuese reconstruido, no sólo Jesús quedaría como un falso profeta, sino que los

cristianos encontrarían nuevamente otro formidable rival en Jerusalén. Algo debía hacerse. Y se hizo.

Conozco la verdadera historia a través de mi amigo Alipio, quien estuvo a cargo del proyecto. Había sido viceprefecto de Bretaña cuando Juliano era César. En busca de una nueva ocupación Alipio vino a Antioquía y nos encontramos muchas veces porque era muy dado a los placeres de la carne como lo soy yo; lo era. Una noche visitamos todos los burdeles de la calle Singon. Pero os evitaré la inútil jactancia de un anciano.

LIBANIO: Agradezco al cielo este pequeño favor.

PRISCO: Juliano envió a Alipio a Jerusalén para que reconstruyese el templo. Tenía carta blanca. Con la ayuda del gobernador comenzó la tarea, para deleite de los judíos locales, que estuvieron de acuerdo en recaudar todo el dinero necesario. Luego tuvo lugar el famoso

«milagro». Una mañana bolas de fuego fulguraron entre las piedras, y un súbito y fuerte viento norte las hizo

rodar, aterrorizando a los hombres que huyeron. Allí terminó todo.

Alipio posteriormente descubrió que los galileos habían colocado baldes de líquido inflamable en las ruinas, distribuidos de forma tal que si uno se incendiaba todos los demás se prendían, dando la impresión de demonios del fuego que se esparcían por todas partes.

El viento norte no estaba en los planes; es posible que Jesús enviase el viento para asegurar su reputación como profeta, pero considero más posible una simple coincidencia. Se hicieron planes para iniciar la reconstrucción en la primavera, pero ya era demasiado tarde.

JULIANO AUGUSTO

El día siguiente era 22 de octubre. Al alba, un millar de galileos se reunió para retirar los restos del difunto Bábilas del templo que Galo había construido para ellos. Todo estaba Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

cuidadosamente planeado. Lo supe porque ese mismo día yo también regresé a la ciudad y vi la procesión.

Los galileos —hombres y mujeres— vestían de duelo mientras escoltaban con reverencia el cofre de piedra que contenía los restos del criminal. Nadie me miró. Todos los ojos estaban dirigidos al suelo. Pero entonaban ominosos cantos fúnebres dirigidos a mí; en particular: «Condenados están quienes rinden culto a ídolos, que se visten como ídolos.» Al oír esto espoleé mi caballo y pasé a medio galope entre ellos, seguido de mi comitiva.

Levantamos una agradable cantidad de polvo, que inhibió algo a los cantores. Llegué de buen humor a Antioquía.

Al día siguiente conocí lo ocurrido durante la noche. Mi tío fue delegado para informarme. Todos los demás estaban atemorizados.

—Augusto... —La voz de mi tío se oía entrecortada. Le pedí que se sentase, pero permaneció de pie, temblando.

Dejé la carta que estaba leyendo.

—Debéis ver a Oribaso, tío, parecéis bastante enfermo.

—El templo de Apolo...

—Tiene una hierba que utilizan los persas. Dice que acaba con la fiebre de la noche a la mañana-

—...ha sido incendiado.

Me detuve. Como muchos que hablan demasiado, he aprendido cómo oír lo que los demás dicen aun cuando mi propia voz suena más fuerte que la de ellos.

—¿Incendiado? ¿Los galileos?

Mi tío hizo un gesto de desdicha.

—Nadie lo sabe. Comenzó después de medianoche. Todo ha ardido, desaparecido.

—¿La estatua de Apolo?

—Destruída. Ellos dicen que es un milagro.

Me controlé. He descubierto que la propia ira (que ante las cosas pequeñas puede volver a uno totalmente insensible) en los grandes momentos, agudiza los sentidos.

—Enviadme a su obispo —dije con suavidad. Mi tío se retiró.

Me senté durante un largo rato mirando hacia fuera a través de la llanura. El sol colgaba en Occidente, rojo como la sangre. Me imaginé una escena de tiranía perfecta.

Vi sangre en las calles de Antioquía, sangre rociada sobre los muros, arcadas, basílicas. ¡Mataría, mataría y mataría! ¡Ah, cómo gocé ante esa visión! Pero pasó la

locura y recordé que disponía de otras armas, además de la espada.

El obispo Melecio es un elegante irónico, al estilo de los habitantes de Alejandría. Para ser galileo su griego es desacostumbradamente bueno y tiene talento para la retórica. Pero no le di oportunidad de emplearla. En el momento en que empezó a hablar golpeé la mesa que tenía delante de mí con la mano abierta. El ruido fue similar al del trueno. Había aprendido esta treta de un sacerdote etrusco, quien no sólo me mostró cómo hacer un ruido aterrador con la mano en forma de ventosa, sino también cómo partir la madera con los dedos desnudos y rígidos. Aprendí la primera treta pero me faltó coraje para intentar la segunda, aunque

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

resultaba muy impresionante cuando el etrusco lo hacía, y sin recurrir para nada a la magia.

Melecio jadeó alarmado.

—Habéis incendiado uno de los templos más sagrados del mundo.

—Augusto, creedme, nosotros no...

—¡No os burléis de mi! No es una coincidencia que en el mismo día en que son trasladados los restos de vuestro asesino predecesor de Dafne a Antioquía, sea incendiado nuestro templo que se ha mantenido en pie durante siglos.

—Augusto, no sé nada de ello.

—¡Bien! Progresamos. Primero, era «nosotros». Ahora es «yo». Excelente. Os creo a vos. Si no fuese así, hoy mismo proporcionaría un nuevo conjunto de huesos para que vuestros discípulos le rindiesen culto. —Su rostro se crispó en forma incontenible. Tenía algún tipo de tic. Trató de hablar, pero la voz no le llegaba. Supe entonces lo que sienten los tiranos cuando se encuentran en mi lugar. La furia es ciertamente espléndida y regocijante, aunque peligrosa para el alma —. Mañana entregaréis a los culpables al prefecto

pretorio.

Tendrán un proceso justo. La sede de la iglesia de Antioquía por supuesto pagará los gastos de la reconstrucción del templo. Mientras tanto, puesto que vosotros, los galileos, nos hacéis imposible el rendir culto en nuestro templo, haremos lo propio en los vuestros. A partir de este momento, vuestra catedral está cerrada. No pueden realizarse más servicios allí. Todos los tesoros que tengáis serán confiscados para sufragar los gastos de la restauración de aquello que vosotros habéis incendiado.

Me levanté.

—Obispo, no deseaba esta guerra entre nosotros. Lo digo y lo mantengo: toleraré todas las formas de culto. Sólo pedimos lo que nos pertenece. No tomamos nada que os corresponda de acuerdo con la ley. Pero recordad, sacerdote, cuando vosotros me golpeáis no sólo golpeáis al poder terrenal, que es suficientemente terrible, sino al de los verdaderos dioses. Y aun cuando

vosotros penséis que no son verdaderos, aun cuando seáis acerbamente ateos, con vuestra conducta desobedecéis las enseñanzas de vuestro propio Nazareno, a quien pretendéis seguir. ¡Sois hipócritas! ¡Sois bestias!

No quería decir tanto, como de costumbre. Pero no estaba disgustado por haber hablado. Temblando y sin habla, el obispo partió. Estoy convencido de que algún día publicará un feroz discurso y afirmará que lo dijo en mi cara. Los galileos se enorgullecen de los actos de desafío, especialmente si el enemigo es el emperador. Pero sus temerarias denuncias generalmente son obras de una fecha posterior y más a menudo redactadas por otra mano.

Hice llamar a Salucio y le ordené que cerrase la Casa Dorada. Ya tenía sus teorías sobre el incendio y confiaba que en unos pocos días podría arrestar a los promotores. Pensaba que Melecio ignoraba todo lo ocurrido. Yo no estaba tan seguro; probablemente nunca llegaremos a saberlo.

Una semana después se produjeron gran cantidad de arrestos. El responsable del incendio era un joven fanático llamado Teodoro, que había sido presbítero en el osario de Dafne. Aunque fue torturado, todo el tiempo cantó el mismo himno que me cantaban los galileos en el camino a Antioquía, y aunque no confesó era evidentemente culpable. Salucio entonces reunió un consejo de investigación y, para sorpresa de todos, el llamado sacerdote de Apolo (el que me había traído el ganso para el sacrificio) juró por todos los dioses que el fuego era ciertamente un accidente y que los galileos no eran responsables. Como guardián Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

del templo, siempre había cumplido con sus deberes, pero al ser conocido como «sacerdote de Apolo» su testimonio contribuyó a oscurecer el problema.

Hasta ahora no he tenido el ánimo necesario para volver a Dafne. Fui uno de los últimos que vio el

hermoso templo en su forma original. No creo que pueda soportar la visión de los muros quemados y las chamuscadas columnas, con el cielo como único techo. Mientras tanto, la Casa Dorada de Antioquía permanecerá cerrada hasta que se reconstruya nuestro templo. Hay muchas quejas. Bueno.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XIX

PRISCO: Llegué no mucho después del incendio. Mi temporada de enseñanza terminó con el viejo año y viajé desde Constantinopla hasta Antioquía en ocho días, un viaje rápido. Juliano había reformado tan a fondo el sistema de transportes del estado que viajar era un placer. Ni un obispo a la vista, aunque había algunos sumos sacerdotes recientemente designados en los carruajes y comencé a preguntarme si representarían algún progreso respecto de los cristianos. Sospecho que si Juliano hubiese vivido las

cosas se hubieran mantenido parecidas a las de la época de Constancio, sólo que en vez de fastidiamos con disputas acerca de la naturaleza de la trinidad hubiéramos tenido que escuchar discusiones sobre la vida sexual de Zeus... más bien una mejora, si uno se detiene a pensar en ello, pero en esencia la misma cosa.

Encontré a Juliano muy cambiado. Por supuesto, vos os veáis mucho con él entonces, pero, puesto que no lo habíais conocido antes, no podéis comprender lo nervioso y malhumorado que se había vuelto. Ante sus ojos el incendio del templo no era solamente un sacrilegio, sino también una afrenta a su soberanía. Siempre había tenido problemas para mantener en equilibrio sus dos papeles de filósofo y de rey. Uno debía perdonar y aliviar, pero el otro debía ser servido, si era necesario, con sangre.

Durante mi primer día en Antioquía, Juliano insistió para que fuese con él al teatro.

«Por lo menos podremos conversar si la obra es

demasiado tonta. » Ahora bien, ocurre que a mi me gustan mucho las comedias, en particular las farsas bajas. Ninguna broma es lo suficientemente vieja como para no divertirme, aunque sólo sea por su querida familiaridad.

La comedia de esa noche era *Las Ranas* de Aristófanes. Juliano la odiaba, incluso le molestaban las bromas bastante buenas sobre el estilo literario, que deberían haberlo divertido. Juliano no era una persona sin sentido del humor. Tenía respuestas ingeniosas para las personas fastidiosas, algún talento para la mímica, y le gustaba reírse. Sin embargo, en todo momento tenía conciencia de su sagrada misión, y esto tendía a ponerlo en guardia contra cualquier forma de ingenio que pudiera volverse contra él; los héroes no pueden sobrevivir a las burlas, y Juliano era un verdadero héroe, quizás el último de nuestra raza.

Estaba encantado por encontrarme en Antioquía ese día. Gocé con el clima cálido, las olorosas muchedumbres, las anchas calles... Como podréis

notar, me gustan las formas de vida lujuriosas y «depravadas» de nuestra ciudad. Si tuviese dinero viviría ahora allí. ¡Cómo os envidio!

Estaba de buen humor cuando llegamos al teatro. Todos lo estábamos. Incluso Juliano parecía el de antes, hablaba con rapidez, levantaba los brazos animadamente cuando la multitud lo vitoreaba. «¡Augusto! ¡Augusto!» Y el canto comenzó, «¡Todo abundante, todo caro!» Esto duró media hora, las voces se hicieron cada vez más altas hasta que pareció que todos en el teatro berreaban esas palabras. Finalmente, Juliano llamó al comandante de sus tropas personales, y un centenar de guardias hizo su aparición en forma tan silenciosa que dieron la impresión de formar parte del programa mientras se reunían alrededor del emperador con las espadas desenvainadas. El canto cesó de inmediato, y la obra empezó con poco ánimo. Al día siguiente comenzaron los tumultos por alimentos, pero vos, como cuestor, sabéis de esto más que yo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

LIBANIO: Es curioso que la sociedad humana pocas veces tome medidas preventivas para evitar los desastres, aun cuando la precisa naturaleza de la calamidad que se acerca sea perfectamente evidente. En marzo, cuando no cayeron lluvias, todos supieron que iba a haber una mala cosecha; en mayo era evidente que habría escasez de alimentos; en junio, hambre.

Pero aunque a menudo discutíamos de esto en el Senado —y el pueblo en los mercados apenas hablaba de otra cosa que de la poco común sequía de la temporada—, no se hicieron planes para comprar trigo en otros países. Todos nosotros sabíamos lo que iba a ocurrir, y nadie hizo nada. Existe una inflexible constante en estos asuntos que merece investigación por parte del filósofo.

La mala suerte de Juliano lo condujo a Antioquía en el

momento en que comenzaba la escasez de alimentos. Pero, aunque de ninguna manera podía ser acusado ni por la sequedad del clima ni por la falta de previsión de los senadores, los habitantes de Antioquía (cuyo emblema debería ser el chivo expiatorio) inmediatamente le atribuyeron la responsabilidad por el hambre.

Declaraban que el acuartelamiento y aprovisionamiento de su considerable ejército había elevado los precios y hecho escasear los alimentos. Esto era verdad respecto a unas pocas mercancías, pero no respecto al trigo, el alimento esencial: el trigo para el ejército era importado directamente de Egipto. Sin embargo, el pueblo de la ciudad estaba ansioso por protestar contra Juliano. ¿Por qué? El obispo Melecio había declarado que el destino de Juliano estaba decidido desde el momento en que trasladó los huesos de San Bábilas de Dafne. Esto me parece un punto de vista sumamente limitado. Melecio también sostiene que el pueblo de la ciudad se volvió contra él cuando hizo cerrar la catedral. Lo dudo. Por supuesto, algunos se conmovieron ante la

medida, pero los habitantes de Antioquía no eran cristianos devotos; no son devotos de nada, salvo de las voluptuosidades. Al no querer inculparse a sí mismos por el hambre, culparon a Juliano, que resultaba ridículo ante sus ojos debido a sus continuas inmolationes y grandiosas recuperaciones de arcaicas ceremonias.

Confieso que incluso entonces pensé que Juliano se estaba extralimitando. En Dafne sacrificó mil pájaros blancos en un solo día, ¡el cielo sabe a qué precio! Luego fueron inmolados cien toros a Zeus. Posteriormente cuatrocientas vacas a Cibeles. Ése fue un caso particularmente escandaloso. En los últimos años los ritos de Cibeles han sido cuestiones privadas, pues comprenden muchas ceremonias ultrajantes para la moralidad corriente.

Juliano decidió hacer públicas las ceremonias. Todos quedaron impresionados ante el espectáculo de un centenar de jóvenes azotados por las sacerdotisas. Para empeorar las cosas, los jóvenes habían aceptado

participar en la ceremonia no por fe sino para ganar el favor del emperador, mientras las sacerdotisas eran casi todas de iniciación reciente. El resultado fue desdichado. Algunos jóvenes resultaron gravemente heridos y varias sacerdotisas se desmayaron al ver tanta sangre. Los ritos esenciales fueron de una confusa obscenidad.

Pero Juliano persistió inflexiblemente, en la creencia de que, por más alarmantes que pudiesen parecer algunos de esos ritos, cada uno forma parte de los constantes intentos de nuestra raza para aplacar a los dioses. Toda ceremonia antigua tiene su propia lógica interna, y su eficacia. El único defecto que encuentro en Juliano es su excesiva prisa. Quería que todo se restaurase inmediatamente. Debíamos volver a la época de Augusto en cosa de meses.

Pasados algunos años, estoy seguro de que podríamos haber restablecido las antiguas religiones. El pueblo estaba hambriento de ellas. Lo que ofrecían los cristianos no era suficiente, aunque debo admitir que

son ultrajantemente audaces por la forma en que adaptan nuestros más sagrados rituales y festejos para sus propios fines. Un síntoma que evidencia la falsedad de su religión, improvisada por un hombre en el tiempo, y que no ha nacido en forma natural de la eternidad.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Desde el principio los cristianos trataron de aliviar los temores del hombre ante la muerte. Sin embargo, todavía no han encontrado la forma de poner en libertad ese elemento que hay en cada uno de nosotros y que exige la comunión con el Uno. Nuestros misterios logran este objetivo, y ésa es la razón de que sean el objeto de la envidia de los cristianos y de su duradero rencor. Ahora bien, estoy totalmente dispuesto a aceptar que el cristianismo es una de las formas del conocimiento. Pero no es la única forma, como ellos dicen. Si lo fuese,

¿por qué están tan ansiosos por tomar cosas prestadas

de nosotros? Lo que más me perturba es su extraña desesperanza respecto de esta vida y el exagerado énfasis que ponen en la próxima. Por supuesto, la eternidad es más larga que el breve periodo de vida humana, pero vivir continuamente con la idea de la eternidad es limitar el espíritu y hacer el hombre infeliz en su vida cotidiana, puesto que su mirada nunca debe dirigirse a este mundo encantador, sino a la oscura puerta a través de la cual uno deberá pasar algún día. Los cristianos piensan tanto en la muerte como los antiguos egipcios, y todavía no han encontrado quien, incluido mi querido y antiguo alumno Basilio, haya extraído de su religión ese sentimiento de gozo y liberación, de unidad con la creación y deleite en lo creado, que un hombre recibe tras haber pasado por aquellas noches y días de Eleusis. Es la mezquindad de los sentimientos cristianos lo que me desconcierta, su rechazo de este mundo por otro que es —por decirlo con tacto—

no del todo seguro. Es preciso oponerse a ellos por su arrogancia intelectual, que a menudo parece locura. Se

nos dice que sólo existe un camino, una revelación: la de ellos. En ninguna parte de sus diatribas y prevenciones puede uno encontrar la modestia de la sabiduría de un Platón, o el mundo prístino de carne y espíritu que canta Homero. Desde el comienzo, las maldiciones y quejas han sido características del estilo cristiano, heredado de los judíos, cuya disciplina humana e intelectual es tan admirable como su constante amargura es limitadora y esterilizadora.

No he hallado nada bueno en este sistema religioso, a excepción de aquello que asimiló de nuestras antiguas costumbres, y del ingenio y de la lógica helenística que usó para sus propios fines. Sin embargo, ahora no tengo ninguna duda de que los cristianos prevalecerán. Juliano fue nuestra última esperanza, y se fue demasiado rápido. Algo grande y perjudicial ha entrado en la vida de este mundo antiguo. Uno recuerda, estoicamente, el mandato de Sófocles: «.Y mientras prevalezca esta ley, nada que sea vasto entra en la vida de los mortales sin una maldición.»

También es significativo que este culto a la muerte tomase fuerza en el momento preciso en que los bárbaros se están concentrando en nuestras fronteras. Es lógico que si nuestro mundo va a caer —y estoy seguro de que así será—, los herederos de quienes originariamente crearon esta hermosa civilización e hicieron el gran arte no tengan finalmente arte y rindan culto a un hombre muerto, y cambien esta vida por una eternidad desconocida que se encuentra detrás de la puerta negra. ¡He dejado que se manifestara mi peor defecto!

¡La prolijidad! He pronunciado un pequeño discurso cuando debía atenerme a mi tarea principal, Juliano en Antioquía.

El pueblo no sólo consideraba ruidosa y ridícula la continua preocupación de Juliano por los sacrificios, estaba también molesto porque las tropas galas, que solían concurrir a todas las inmoluciones, simulaban rendir honores a los dioses, pero en realidad esperaban el banquete de carne humeante que era su secuela. En

el momento en que Juliano abandonaba el templo, los soldados se comían los animales sacrificados y bebían vino hasta quedar inconscientes. Cada vez que un legionario borracho era conducido como un cadáver a través de la calle, el pueblo decía: «El emperador ha estado orando nuevamente.» Esto dejaba al helenismo en mal lugar ante los ojos de los habitantes de Antioquía, tan aficionados al vicio, que nunca podían emborracharse y sentían el mayor resentimiento ante quienes lo hacían.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Los procesos contra los supuestos responsables del incendio del templo de Apolo también enfrentaron a la ciudad contra Juliano. Como cuestor quizás pude observar el hecho mejor que nadie. Ahora bien, Juliano pensaba honestamente que los cristianos habían causado el incendio. Pero por una vez probablemente eran inocentes. Hablé muchos años después con el

llamado sacerdote de Apolo y me comunicó lo que no había declarado ante el Consejo de Investigación.

El 22 de octubre, poco después de que Juliano abandonase el recinto del templo, llegó el filósofo Asclepiades con la esperanza de ver al emperador. Al saber que se había ido, Asclepiades dejó como ofrenda una pequeña estatua de plata de la diosa Celestis a los pies de Apolo, dentro de la baranda de madera. También prendió una serie de velas y las distribuyó alrededor de la estatua. Luego se fue. Esto ocurrió durante el crepúsculo. Poco antes de medianoche, las chispas de las agonizantes velas incendiaron la baranda. La temporada era seca; esa noche soplaba el viento; la madera de cedro era vieja. El templo se incendió. Ahora bien, si este tonto hubiera comunicado la verdad a Juliano antes de los arrestos, nada hubiera ocurrido; pero tenía casi tanto miedo del emperador helenista como de los cristianos.

Todo el episodio fue triste. Por suerte, no se perdieron vidas. El daño más serio que sufrieron los cristianos fue

el cierre de la catedral. Posteriormente, una serie de obispos se presentaron ante Juliano para quejarse porque les producía mucho perjuicio, a lo que él replicó con ironía: «Pero vuestro deber es sobrellevar esas "persecuciones" con paciencia.

Debéis poner la otra mejilla, puesto que así os lo ordena vuestro Dios.»

JULIANO AUGUSTO

A finales de otoño una multitud se dirigió a mí en un lugar público con una canción en la que afirmaba que, aunque había abundancia de todo, los precios eran muy caros. Era una evidente acusación a la clase adinerada de Antioquía, que hacía cualquier cosa para obtener dinero, incluso al precio de matar de hambre a su pueblo. Hacía siete años que habían aprovechado el mismo tipo de situación, y el pueblo se había rebelado. Se perdieron entonces vidas y muchas propiedades fueron destruidas. Uno hubiera pensado que los ciudadanos encargados de la administración habrían

aprendido algo de un hecho tan próximo; pero no había ocurrido así.

El día posterior a la manifestación hice llamar a los miembros dirigentes de la ciudad.

Antes de la reunión recibí una extensa información del conde Félix. Nos sentamos en la cámara del consejo que estaba vacía; en la mesa colocada entre nosotros teníamos un montón de escritos. Una estatua de bronce de Diocleciano nos miraba desdeñosa. En gran medida eran éstos los problemas contra los que le gustaba luchar. No era mi caso.

—Estas cifras, Augusto, muestran las fluctuaciones de los precios del trigo durante un siglo, no sólo de año en año, sino de mes en mes. —El conde resplandecía de placer. Extraía de las listas de números los mismos arrebatos que otros conseguían de Platón u Homero—.

Incluso, como notaréis, he tenido en cuenta las fluctuaciones del dinero. Están registradas aquí—y golpeteó sobre uno de los pergaminos, mirándome

fijamente para asegurarse de que yo prestaba atención.

Con el conde Félix siempre tuve la impresión de que yo era nuevamente un niño y él Mardonio. Pero Félix era un excelente guía para el misterioso submundo del dinero. El creía, como Diocleciano, en la fijación de los precios. Tenía todo tipo de pruebas de experiencias pasadas y sostenía que tal sistema aumentaría la prosperidad general. Cuando estaba con él, Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

siempre me convencía de que tenía razón. Pero, en asuntos de dinero, cualquiera podía convencerme de lo que fuera, por lo menos momentáneamente. Tras un brillante, aunque para mi en gran parte ininteligible discurso, Félix me propuso fijar el precio del trigo en una moneda de plata por cada diez medidas, un precio justo en Antioquía. Luego mantendríamos rigurosamente el precio a este nivel, evitando que los mercaderes se aprovecharan de la escasez de la

temporada.

En principio, estuve de acuerdo con Félix.

—Pero —pregunté—, ¿no sería preferible que el mismo Senado fijase el precio, que pusiese límites a su propio pueblo?

El conde Félix me dirigió el tipo de piadosa mirada que Mardonio acostumbraba a dirigirme cuando hacía alguna observación particularmente fatua.

—No podéis pedir a un lobo que no coma a una oveja indefensa. Está en su naturaleza.

Bien, en la naturaleza de ellos se encuentra el conseguir todo el beneficio posible.

A la hora señalada, alrededor de trescientos de los administradores de las finanzas de Antioquía fueron admitidos en la cámara del consejo. Hice que el conde Félix permaneciese a mi lado, así como Salucio. Como conde del Este mi tío debía haber presidido la reunión,

pero se encontraba enfermo. Las gentes de Antioquía eran personas hermosas, ceremoniosas, bastante afeminadas, con el aroma —aunque el día era caluroso— de trescientos jardines de Dafne; en ese salón cerrado sus perfumes me produjeron dolor de cabeza.

Fui directamente al grano: el precio del trigo.

—Pedís al pueblo que pague tres veces el valor del trigo. Ahora bien, los alimentos escasean, pero no tanto, a menos que sea verdad lo que me han dicho: que determinados especuladores guardan su trigo fuera del mercado hasta que el pueblo esté hambriento y desesperado, y así paga cualquier cosa. —Ante mis palabras muchos carraspearon e intercambiaron miradas inquietas—. Naturalmente, no creo en esas historias. ¿Por qué desearían los dirigentes de una ciudad explotar a su propio pueblo? Los extranjeros, si.

Incluso la corte imperial. —Se hizo un silencio total en el recinto—. Pero no vosotros. Porque vosotros sois hombres, no bestias que devoran a sus compañeros

más débiles.

Tras apaciguarlos de este modo, esboqué cuidadosamente el plan del conde Félix.

Mientras hablaba, los labios del conde se movían, repitiendo en silencio conmigo los argumentos que yo había aprendido de él unos pocos minutos antes. Los ciudadanos estaban enloquecidos. Después de alarmarlos totalmente, dije:

—Pero sé que puedo confiar en que vosotros haréis lo que corresponde. —Al oír esto respiraron profundamente. Todos estaban aliviados.

Luego me respondió el prefecto de la ciudad.

—Podéis confiar totalmente en nosotros, señor. Nosotros, y sé que hablo en nombre de todos los que aquí se encuentran, mantendremos el precio del trigo a su nivel acostumbrado, aunque debe tenerse en cuenta que hay escasez.

—¿Cuántas medidas? —lo interrumpí. El prefecto consultó durante unos minutos con algunos hombres de duro rostro.

—Cuatrocientas mil, señor.

Me volví a Salucio.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Poneos en comunicación con Calcis e Hierápolis. Allí está el trigo. Compradlo al precio habitual. —Levanté la vista hacia Diocleciano; su duro rostro era majestuoso, aunque despectivo; ¡cómo había despreciado a la especie humana!

Cuando los ciudadanos de Antioquía partieron, Félix se volvió contra mí.

—¡Habéis hecho justamente lo que no debíais hacer! Los conozco mejor que vos.

Acapararán el trigo. Crearán hambre. Luego lo venderán, y cada vez que habléis con ellos de esto os dirán: ésta es la forma en que se ha hecho siempre. Los precios siempre encuentran el nivel que les corresponde. No hagáis nada. Confíad en las leyes naturales del mercado. Bien, recordad mis palabras...

—El largo dedo índice de Félix aserraba el aire delante de mí cuando de pronto se quedó helado, con una mirada de sorpresa en el rostro.

—¿Qué os ocurre? —pregunté. Me miró vagamente. Luego se tocó el estómago.

—La salsa del pescado, Augusto —repuso, poniéndose totalmente pálido—. No debería tomarla, especialmente en la temporada de los calores. —Corrió apurado hacia la puerta, con mucha zozobra. Me temo que Salucio y yo nos echamos a reír—. Mis disculpas, Augusto —dijo—. ¡Pero algo mayor que vos me reclama! —Con este ligero comentario Félix nos dejó. Una hora después lo encontraron sentado en el baño, muerto. Nunca volveré a tener un asesor financiero tan

bueno.

Dos semanas después tuve una visión sumamente perturbadora. Había ido a orar al templo de Zeus en el Monte Casio, que está en Seleucis, no lejos de Antioquía. Llegué al templo poco antes del alba. Ya se habían hecho todos los preparativos para el sacrificio, y no había en absoluto la confusión que había encontrado en Dafne. Yo estaba purificado. Me puse el sagrado manto; dije lo que debía decirse. El toro blanco fue llevado al altar. Mientras levantaba el cuchillo, me desvanecí.

Mi tío atribuyó el hecho a las veinticuatro horas de ayuno que precedieron al sacrificio. Cualquiera que fuese la causa, de pronto tuve conciencia de que mi vida se hallaba en peligro. Había sido prevenido. No, no había visto el rostro de Zeus ni había oído su voz, pero mientras el mar verde oscuro me envolvía recibí un aviso: la muerte violenta estaba cerca. Oribaso me levantó, forzó mi cabeza entre las rodillas hasta que recobré el conocimiento.

Esa noche se oyó decir a dos soldados borrachos que nadie debía preocuparse por una campaña persa porque mis días estaban contados. Fueron arrestados. Ocho más estaban comprometidos. Eran todos galileos que habían sido incitados para realizar esta acción por algunos perturbadores, de quienes no llegamos a conocer los nombres. Yo iba a ser asesinado al día siguiente durante la revista militar, y Salucio proclamado emperador.

Salucio estaba de lo más turbado por lo sucedido, pero le aseguré que no creía que fuese responsable de este atolondrado complot.

—Podrías haberme asesinado de forma mucho más sutil —le dije muy amablemente, puesto que lo respeto.

—No deseo asesinaros, Augusto, aunque sólo fuese porque antes me mataría que permitir a cualquiera que me hiciese emperador.

Me eché a reír.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Una vez sentí lo mismo. Pero es curioso lo rápido que uno cambia. —Luego le dije totalmente serio—: Si yo muriese, bien podría elegirlos a vos para que me sucedieseis.

—¡No! —su rechazo era terminante—. No aceptaría el principado ni de las mismas manos de Zeus.

Lo creo. No se trata de modestia, ni de que no se sienta capaz, todo lo contrario. Pero piensa (y esto lo extraigo de lo que él no dice) que hay alguna especie de —no puedo encontrar sino una palabra sumamente terrible para describir su actitud— «maldición» sobre el principado. Como hombre prefiere evitarla. Quizás tenga razón.

Los diez soldados fueron ejecutados. Utilicé la revista militar donde iba a ser asesinado para anunciar que no proseguiría las investigaciones. Dije que, a diferencia de

mi predecesor, no temía la muerte súbita a manos de traidores. ¿Por qué la iba a temer si había recibido un aviso del mismo Zeus? «Estoy protegido por los dioses. Cuando ellos decidan que mi obra está realizada, entonces, y sólo entonces, levantarán su escudo.

Mientras tanto es sumamente peligroso atacarme.» Este discurso fue muy vitoreado, principalmente porque el ejército estaba tranquilo al descubrir que yo no era uno de esos incansables tiranos que quieren implicar al mayor número posible de gente en los actos de traición.

Aunque este asunto terminó bien, mis relaciones con los magnates de Antioquía se deterioraban rápidamente. Tres meses después de nuestra reunión, no sólo no habían fijado los precios, sino que habían acaparado incluso el trigo que yo había traído de Hierápolis. Los precios estaban por el cielo: diez medidas costaban un sólido de oro. Los pobres se morían de hambre. Había tumultos diariamente. Yo adopté medidas.

Establecí el precio del trigo en una pieza de plata por cada quince medidas, aunque el precio habitual era de

uno por cada diez. Para forzar a los mercaderes a que se deshiciesen del trigo acumulado puse a la venta un cargamento entero de trigo que había recibido de Egipto para el uso de las tropas. Los mercaderes se retiraron entonces al campo, forzando el precio del trigo en las aldeas; pensaban que yo no me enteraría de lo que hacían. Pero no contaban con los miles de campesinos que iban a la ciudad a comprar trigo. Su juego quedó totalmente a la vista.

Entonces tomé medidas mediante decretos imperiales y la fuerza militar. Incluso así, los especuladores, confiados en mi contención (que confundieron con debilidad), continuaron robando a los pobres y explotando el hambre que ellos mismos habían creado.

Volví a enviar un mensaje al Senado, ordenando obediencia a los comerciantes. En ese momento algunos de los miembros más ricos (elegidos por mí) juzgaron conveniente cuestionar públicamente mi conocimiento de las «complicaciones del comercio». Recibí un informe sobre esta censura cuando todavía

estaba reunido el Senado. En un ataque de ira envié tropas al Senado y arresté a todos sus integrantes bajo la acusación de traición. Una hora después, totalmente avergonzado de mi acción, anulé la orden, y los senadores fueron puestos en libertad.

Entonces comenzaron a circular críticas sobre mi persona. Se cantaron groseras canciones y anónimas diatribas pasaron de mano en mano. El peor fue un ataque salvajemente ingenioso, compuesto en elegantes anapestos. Miles de personas se divertieron con él. Estas cosas siempre duelen, independientemente de lo acostumbrado que se esté a las injurias. Lo leí con ira. Era calificado de chivo barbudo (como de costumbre), carnicero de toros, mono, enano (aunque soy de altura superior a la media), entremetido en ceremonias religiosas (aunque soy el sumo sacerdote).

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me sentí tan afectado por este ataque que ese mismo

día escribí una respuesta en forma de sátira titulada: «Enemigo de las barbas.» Estaba escrita como un ataque contra mí realizado por mí mismo, redactada en el mismo estilo que la obra de autor desconocido. Con el artificio de satirizarme a mí mismo, hice evidente mi lucha contra el Senado y el pueblo de Antioquía, señalando sus errores del mismo modo que ellos habían descubierto los míos.

También di una relación detallada de la forma en que los especuladores habían provocado en forma deliberada el hambre.

Mis amigos quedaron consternados cuando publiqué el trabajo, pero de ninguna manera me arrepiento de haberlo hecho. Pude así decir una serie de cosas amargas y verdaderas. Prisco consideró el trabajo ordinario y su publicación un desastre. Principalmente me criticó porque aceptaba haber tenido piojos. Pero Libanio sintió que yo había logrado una victoria moral contra mis invisibles calumniadores.

LIBANIO: Tengo en muy alta consideración al «Enemigo de las barbas». Está hermosamente escrito y, aunque contiene ecos de muchos otros escritores (¡incluso de mi mismo!) lo hallo absolutamente conmovedor. Sin embargo, Juliano me interpreta mal al sugerir que aprobé la obra y consideré bueno su efecto. ¿Cómo podía hacerlo? Fue un gesto inaudito. ¡Nunca hasta entonces un emperador había atacado a su propia persona con un panfleto! La espada y el fuego, sí, pero no la literatura. Tampoco ningún emperador había escrito antes una sátira sobre sí mismo.

Antioquía se burló. Yo sermoneé a mis amigos y colegas del Senado, recordándoles que incluso puede agotarse la paciencia de un emperador tan singular como Juliano. Pero aunque el arresto de los integrantes del Senado evidentemente los había atemorizado, la subsecuente contraorden los había convencido de que Juliano estaba loco, pero era inofensivo. Por supuesto, no puede existir un emperador inofensivamente loco, pero mis constantes exhortaciones fueron ignoradas. Por fortuna, pude salvar a Antioquía de la ira de

Juliano, por lo que gané mucho renombre. Todo esto, naturalmente, ha sido olvidado o desvirtuado por la malicia en una cosa muy diferente de la verdad. No hay nada que se pierda con mayor rapidez que la memoria pública de una buena acción. Por esta razón los grandes hombres insisten en erigirse monumentos grabando cuidadosamente en ellos todas sus acciones, puesto que aquellos a quienes salvaron no les rendirán honores ni en la vida ni en la muerte. Los héroes deben cuidar su propia fama. Nadie más lo hará.

Debo señalar —lo haré cuando reúna este material para la edición final— que el Senado tenía un agravio contra Juliano. Aunque unos pocos senadores eran especuladores, la mayoría de ellos no sacaba beneficio del hambre. Su único error había sido la negligencia de no prepararse para la escasez, pero si la negligencia de los estadistas fuese un delito capital no quedaría en pie ninguna cabeza en ningún senado del mundo. Cuando se nos leyó el mensaje de Juliano, éste fue recibido con el mayor respeto. Sin embargo, todos estaban de acuerdo en que la brusca reducción de los precios

produciría una escasez de peores consecuencias que los elevados precios impuestos por los especuladores. Como después se vio, el Senado estaba en lo justo. Pronto desapareció el trigo vendido tan por debajo de su costo, y la escasez fue tan dura como antes.

Sospecho que Juliano deseaba hacerse popular entre las masas. Esperaba ganar su apoyo contra los elementos cristianos adinerados, pero fracasó. Nuestro pueblo puede ser comprado a un precio bastante bajo, pero es demasiado frívolo como para mantener fidelidad a su comprador. Además, se negó a rebajar el precio de otros bienes, y la llave del corazón de los habitantes de Antioquía es el lujo. De este modo, su intento de controlar los precios resultó un fracaso, tal como había ocurrido durante el gobierno de Diocleciano. Quizás si el Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

conde Félix hubiera vivido, la cosa hubiera salido

adelante, ya que era muy brillante en estas materias y durante toda su vida había buscado a un príncipe que pudiese poner en vigor su sistema bastante complejo de controles económicos. Yo mismo tiendo a estar de acuerdo con los elementos conservadores en el sentido de que la inflación y la escasez deben sufrirse periódicamente y que, con el tiempo, todas las cosas se volverán más o menos justas. Pero no soy ni un comerciante ni un agente fiscal..., ¡sino un simple estoico!

El conde Félix tenía además ambiciones literarias, y una vez pasé una tarde agradable con él en Dafne, en casa de un amigo común. El conde nos leyó un conjunto de versos sumamente entretenidos sobre los placeres de la agricultura, me parece recordar. Tema curioso ya que en gran medida era un hombre de ciudad. Recuerdo que decía que mi ensayo

«Sobre Aristófanes» había abierto a sus ojos una perspectiva totalmente nueva de ese soberbio escritor.

JULIANO AUGUSTO

Poco antes del mediodía del 2 de diciembre recibí a través de un mensajero la aterradora noticia de que nuevamente Nicomedia había sido sacudida por un terremoto. Todo lo reconstruido había vuelto a caer.

Salí apenas recibí la noticia. El día era oscuro y frío, y caía una fina lluvia. Caminé hasta el jardín que se encuentra al norte de la pista de equitación y allí oré a Zeus y a Poseidón. Oré durante todo el día, mientras caía la lluvia y soplaban el frío viento, hasta la caída del sol. Dos días después supe que los temblores habían terminado precisamente en el momento en que comencé mis oraciones en el jardín. De este modo, el peor de los signos se convirtió en el mejor: aún contaba con el favor de los dioses, que respondían a mis oraciones.

Una semana más tarde me entristecí profundamente, aunque el hecho no me sorprendió, al enterarme de que mi tío Juliano había muerto mientras dormía. Los

galileos en seguida declararon que había sido derribado por el Nazareno por haber retirado el tesoro del osario de Antioquía. Pero su enfermedad era muy anterior. Me sorprendió el hecho de que viviese tanto, considerando la gravedad de su dolencia. Sólo me consuela pensar que Asclepio debe haber bendecido a mi tío Juliano.

Apreciaba a mi tío. Era un funcionario bueno y leal; era también el último vínculo humano que mantenía con mi familia. Su único defecto consistía en la tan común avaricia.

Nunca le parecía tener dinero suficiente. En realidad, nuestro último encuentro se echó a perder por una pequeña disputa sobre la granja de Bitinia que me había dejado mi abuela.

Estaba furioso porque yo se la había dado a un filósofo amigo, aunque la tierra no tuviera tanto valor como uno de los vasos de oro que solía exponer en su comedor. A mi me ha faltado el sentido de la avaricia. No deseo

poseer nada. No. Pensándolo mejor, soy avaro respecto a los libros. Deseo poseerlos. Creo que sería capaz de cometer un delito por poseer un libro. Pero, por lo demás, no tengo esa extraña pasión que parece afligir a la mayoría de los hombres, incluso a los filósofos, y a algunos amigos míos.

PRISCO: Una alusión a nuestro amigo Máximo que compraba inmuebles en Antioquía con el dinero que obtenía de la venta de cargos y títulos. Al recordar aquellos días, me maldigo por no haber hecho mi agosto. A diferencia de Juliano yo soy bastante codicioso, pero mi Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

excesivo orgullo me impide pedir nada a nadie. No puedo aceptar fácilmente un regalo. Sin embargo soy capaz de robar, siempre que crea que no voy a ser descubierto.

El tío de Juliano era un hombre amable, aunque demasiado celoso como funcionario.

Una vez me dijo que su hermana Basilina, la madre de Juliano, había sido extraordinariamente ambiciosa. Cuando esperaba el nacimiento de Juliano, le preguntó qué tipo de vida deseaba para su hijo, y ella replicó: «Sólo hay una vida para un hijo mío. Debe ser emperador. »

Juliano solía describir a su madre (de oídas) como totalmente rubia. Lo era desde luego. De acuerdo con su hermano, era albina. Una vez hice el amor con una muchacha albina de Constantinopla. Tenía unos extraordinarios ojos inyectados en sangre, como los de un animal. Por supuesto, su pelo era absolutamente blanco, incluso el vello del pubis. Creo que se llamaba Elena.

LIBANIO: ¡Qué interesante!

JULIANO AUGUSTO

El primero de enero del año 363 fui cónsul por cuarta vez juntamente con Salustio.

Naturalmente, se levantaron muchas quejas, puesto que Salustio no pertenecía a la categoría de los senadores. Sin embargo, yo ignoré la costumbre. Salustio es mi brazo derecho en Galia.

También designé a Rufino Aradio como conde de Oriente y a otros hombres para una serie de cargos, la mayor parte en Occidente. Ahora ya estaba listo para iniciar la campaña persa, sólo esperaba que la temperatura fuese favorable.

En las calendas del primero de enero fui al templo del Genio de Roma para hacer sacrificios. Allí, en los escalones, se encontraba reunida la mayor parte de los sacerdotes y altos funcionarios de la ciudad. Justamente cuando levantaba la mirada uno de los sacerdotes cayó cuan largo era sobre los escalones. Más tarde supe que el sacerdote que había caído no sólo era el más anciano sino que lo había hecho desde el escalón más alto, debido a un ataque al corazón.

Al anochecer toda Antioquía había dado a este hecho

el significado de que aquel que ocupaba el sitio más alto (más anciano) dentro del estado caería muerto desde su posición de privilegio (el escalón superior). De este modo se suponía que mis días estaban contados. Pero yo lo interpreto de otra manera. El sacerdote muerto se encontraba en el escalón superior de la escalera. La jerarquía superior entre nosotros es la del cónsul. Hay dos cónsules. El sacerdote muerto era el más anciano. Salustio me lleva muchos años. Si alguno de nosotros debe morir, el presagio señala a Salustio, no a mí. Por supuesto, todo podía carecer de significado. Quizás deba escuchar más a Prisco, quien no cree en presagios.

PRISCO: ¡Por supuesto que no creo! Estoy seguro de que si los dioses (que probablemente no existan) desearan en realidad hablarnos, podrían hallar un mensajero mejor que el hígado de un toro o el ataque al corazón de un viejo sacerdote durante una ceremonia. Pero Juliano era absolutamente loco al respecto. Y debo decir, aunque no creo en los presagios, que yo estaba Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

impresionado por la cantidad de desastres ocurridos. Entre ellos, el segundo terremoto de Nicomedia, el incendio del templo judío, el incendio del templo de Apolo y, como si todos estos «signos» no fuesen suficientemente malos, Juliano hizo consultar en Roma los libros sibilinos. Como todos saben, estos «libros» son un mamotreto de viejos refranes y epítetos sin significado, muchos de ellos transcritos en momentos de crisis. Pero, espurios o no, el mensaje que tenía para él era claro: no pasar las fronteras del Imperio ese año. Nunca le oí reinterpretar este mensaje. No sé por qué registro todo esto. Yo no creo en nada de ello; pero Juliano creía, que es lo importante. Verdaderos o falsos, estos signos afectaban sus acciones.

Aún hay otro despropósito. El día en que Juliano abandonó Antioquía para dirigirse a Persia, un terremoto conmovió Constantinopla. Le dije a Máximo que si contaba a Juliano lo ocurrido, lo mataría. Por lo que yo sé, nunca dijo una palabra.

Juliano Augusto

A fines de febrero completé los planes para la campaña persa. Se comunicó a las legiones la noticia de que comenzaríamos a movernos hacia el este durante la primera semana de marzo. También envié un mensaje a Tarso, informando a su gobernador que establecería mis cuarteles de invierno en su ciudad, puesto que no volvería a Antioquía. Mi carta privada para el gobernador fue conocida inmediatamente por el Senado de Antioquía, y sus miembros se sintieron muy contritos. ¿No reconsideraría mi decisión? No estaba dispuesto a hacerlo. Y

estaba preparado para partir, con buen ánimo. Sólo lamentaba que Oribaso, que cayó súbitamente enfermo de fiebre, no pudiera acompañarme. Lo vería más tarde en Tarso.

El día anterior a mi partida de Antioquía, tuve un último encuentro con Libanio.

Conocer a este hombre sabio constituyó quizás la única

buena experiencia que tuve en esa terrible ciudad. No pudo concurrir a la comida que había dado la víspera, porque sufría de gota. Pero al día siguiente se sintió algo mejor y pudo reunirse conmigo mientras hacía ejercicios en la pista de equitación.

Era el primer día de clima primaveral. Aire cálido, cielo vaporoso y azul, primeras florecillas, entre el pasto invernal. Practicaba esgrima con Arinteo y aunque ambos habíamos comenzado el ejercicio con uniforme de invierno, cuando llegó Libanio estábamos a medio vestir y sudábamos abundantemente bajo el sol.

Libanio se sentó con expresión condescendiente sobre una banqueta mientras nosotros nos lanzábamos estocadas. Arinteo tiene el cuerpo de un dios y es mucho más ágil que yo, pero mis brazos son más fuertes que los suyos, así que la lucha estaba equilibrada. Además no es humanamente posible que un mero comandante de ejército derrote a un emperador, incluso en un combate amistoso.

Por último, Arinteo, con un poderoso grito, dio a mi escudo un fuerte golpe que me hizo tambalear. Estaba a punto de caer sobre mí con la espada roma de prácticas cuando levanté majestuosamente la mano y dije:

—Debemos recibir al cuestor Libanio.

—Como de costumbre, cuando estoy ganando —dijo Arinteo, tirando sus armas para que las tomase el soldado más próximo, y se alejó despacio vestido sólo con sus pantalones cortos.

—El joven Alcibíades —dijo Libanio, admirado, observando la musculosa figura que desaparecía entre los barracones.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me eché un manto encima, respirando intensamente.

—Esperemos que no traicione como el original. —Me senté en mi silla plegable. Hubo un largo silencio. Tuve conciencia entonces de que Libanio tenía algo personal que decirme; ordené a los guardias que se retirasen hasta un extremo de la pista de equitación.

Libanio estaba sorprendentemente nervioso. Para tranquilizarlo le hice una pregunta sobre filosofía. Mientras me respondía recobró el equilibrio. Aun así, pasó algún tiempo antes de que tuviera el coraje de decir:

—Augusto, tengo un hijo. Un chico de cinco años. Su madre... —Se detuvo, incómodo.

—¿Su madre es una esclava?

—Una liberta. Era mi esclava.

Me divirtió este signo inesperado de vigor en alguien del que había pensado que tenía en el olvido tales cosas desde hacía mucho tiempo. Lo cierto es que Libanio tuvo muy mala reputación cuando enseñó por primera

vez en Constantinopla. A menudo tenía problemas con muchachas jóvenes de buenas familias (y muchachos jóvenes, también), si se ha de creer a sus envidiosos rivales. Yo lo creo y no lo creo. Habitualmente hay algo de verdad en los chismes, ¡a excepción de los referidos a mi persona!

—Este niño, su nombre es Cimón, no puede ser mi heredero legal, por supuesto. Hasta ahora he podido ocuparme de él. Pero cuando yo muera no tendrá ningún dinero, no estará mejor que un esclavo. En realidad, podría ser vendido como esclavo si no recibe protección.

—¿Queréis que yo lo reconozca como vuestro heredero legal?

—Sí, Augusto. La ley, naturalmente...

—...es muy clara. Eso no es posible. Pero yo puedo refutarla mediante un decreto especial. Haced una declaración y yo mismo la presentaré ante el Sagrado Consistorio. —Se mostró muy agradecido. Nunca

había visto a Libanio tan conmovido; era muy impresionante.

Habitualmente, es todo un filósofo, sereno y explícito; su única pasión son las ideas. Pero entonces era un padre, y me emocionó.

—Luego hablamos de la próxima campaña. Le pedí que fuese conmigo, pero se disculpó porque estaba enfermo y me vi forzado a estar de acuerdo en que para un hombre con vista débil y una grave gota la vida de campaña resultaría una tortura.

—Pero deseo, mi querido amigo —entonces Libanio había dejado de ser un súbdito que pide un favor a su gobernante; volvía a ser el maestro con su alumno—, que reconsideréis esta aventura militar.

—¿Reconsiderar? No tengo otra alternativa. Estamos en guerra.

—Hemos estado en guerra con Persia durante muchos años. Pero la guerra no significa inevitablemente que

hagamos una invasión este año.

—Pero los presagios...

—Los presagios no son buenos. Me he enterado de las respuestas de los libros sibilinos.

No hay secretos. Maldije en silencio, preguntándome quién me habría traicionado.

Había prohibido expresamente a los sacerdotes de Roma que comunicasen a alguien los consejos de los libros.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—He reinterpretado la profecía —dije—. Además, tanto Delfos como Delos son favorables.

—Augusto —su voz era solemne—, estoy seguro de que derrotaréis a los persas.

Tengo una fe total en vuestro destino. Sólo desearía que postergaseis la campaña hasta el próximo año. Habéis iniciado un centenar de reformas. Ahora debéis vigilar para que se realicen. De lo contrario, los galileos desvirtuarán todo en el momento en que os alejéis. No podréis ejercer control desde el campo de batalla ni siquiera desde las ruinas del Ctesifonte.

Libanio estaba en lo cierto. Vivo preocupado, en particular ahora, por lo que sucede durante mi ausencia. Pero le dije lo que consideraba la verdad: que como conquistador de Persia sería más temible que nunca para los galileos, que verían en mi victoria un signo de los favores que me dispensa el cielo. Este importante objetivo justifica algunos meses de confusión interna.

Libanio no estaba convencido, pero no dijo una palabra más y hablamos de otros temas. Lo encontré inspirado, aunque algo pesado, un defecto común a todos los grandes maestros. Estoy seguro de que yo también resultaría pesado, salvo por el hecho de que en la conversación nunca pude mantener un tema durante

mucho tiempo. Cambio rápidamente de una cosa a la otra, esperando que aquellos que me oyen llenen los vacíos. A menudo no lo hacen. Pero, cuando se habla con Libanio, no hay vacíos ni sentencias incompletas. Oírlo es como leer sus palabras de un libro muy largo, ¡pero qué espléndido libro!

Puesto que estoy escribiendo estas notas para la historia tanto como para mi propia distracción, quizás deba explicar las razones de la actual guerra contra Persia. Uno de los defectos de la mayoría de los historiadores es que dan muchas cosas por supuestas. Suponen que los lectores deben conocer las cosas comunes que ellos conocen; por lo tanto, dicen solamente las cosas no comunes, los detalles deben escudriñarse en los archivos y en las conversaciones privadas. Leer historia es una experiencia frustrante, puesto que muchas veces es posible ver al autor revoloteando a dos pasos de algo importante y luego apartarse por temor a ser aburrido; todo el mundo sabe eso, se dice el autor a sí mismo, y no debo fastidiar al lector (y a mí mismo) diciéndole lo que ya conoce.

Pero si uno escribe para ser leído cien años después o, con suerte (y un continuo interés por la propia época), incluso mil años, como el gran Homero, todas aquellas cosas que tanto da por supuestas hoy serán totalmente desconocidas para aquellos que le sucedan. De este modo es preciso que contemos las cosas que en la actualidad conocen hasta los niños de escuela. Por ejemplo, todos saben que Constancio no comía fruta, pero ¿es posible que alguien lo sepa —o se preocupe por ello— en el próximo siglo? Sin embargo, esto es digno de consideración y vale la pena investigarlo sobre fundamentos religiosos.

Confieso que tengo cierta esperanza de ser leído en el futuro, no por mi despreciable arte literario, ni por mis acciones (aunque espero que éstas serán grandes), sino porque soy emperador e intento ser sincero. Tales autobiografías siempre resultan interesantes. Marco Aurelio es el ejemplo supremo. Pero las restantes memorias que han llegado hasta nosotros son también interesantes, en especial los comentarios de Julio César y las fascinantes, aunque interesadas, memorias de

Octaviano Augusto. Incluso son interesantes las chabacanas memorias de Tiberio, especialmente en su ataque a Sejano...

¡Vaya! Me he alejado del tema. Pido perdón a mi pobre secretario, que apenas puede mantener los ojos abiertos mientras hablo cada vez más rápido, ya que en medio de mi fatiga Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

a menudo tengo los más extraordinarios arrebatos de lucidez. En esos momentos los dioses están cerca; mi amado Hermes revolotea a mi alrededor. Sin embargo, para mantener la buena forma, revisaré por supuesto todo lo que he dictado, cortando aquellas partes en que tiendo a divagar.

El futuro querrá saber por qué invado Persia. Estoy seguro de que hay muchos en este momento que no comprenden lo que estoy tratando de hacer.

Naturalmente, se supone que debemos proteger nuestras fronteras y ocasionalmente anexionamos

nuevos territorios.

Aunque Salucio y los literatos que están conmigo conocen la forma en que comenzó esta guerra, tengo la certeza de que ni Nevita ni Arinteo tienen la más mínima idea de las razones que me llevan a luchar contra Sapor. Tampoco les importa. Piensan que busco conseguir botines y gloria militar, porque esto es lo que ellos quieren. Bien, no dejo de querer en cierta medida la gloria mundana —aunque deploro esta característica en mí—, pero no es ésta la razón que me hace continuar esta guerra. Persia (o Parthia como la llamamos ceremoniosamente a la usanza de nuestros predecesores) ha sido siempre el enemigo tradicional de Roma. Han habido generaciones que ocasionalmente se han mantenido en paz, pero durante la mayor parte del tiempo hemos estado en conflicto, desde que hace cuatro siglos las guerras contra Mitrídates llevaron a Roma hasta las fronteras de Parthia.

La guerra actual comenzó en una forma que casi podría

calificarse de frívola. Hace alrededor de treinta años un aventurero llamado Metradoro realizó una expedición a la India.

Fue recibido generosamente por el rey, quien le entregó una gran cantidad de regalos para el emperador Constantino. Tal como he podido recomponer esta historia, el tal Metradoro era singularmente mentiroso e intrigante. Cuando volvió a su tierra, entregó a Constantino los presentes indios, pero dijo que eran regalos que él mismo hacía al emperador. Luego, temeroso de que Constantino se preguntase la razón por la cual no había regalos del rey de la India, Metradoro declaró que éste le había enviado muchos y ricos presentes, pero que los persas se los habían confiscado en el camino, en nombre de Sapor.

Constantino, en parte por codicia y en parte por política, escribió a Sapor, exigiéndole la devolución de los regalos. Sapor no se dignó responderle. Constantino envió otra airada carta (las copias pueden encontrarse en los Sagrados Archivos). Finalmente,

Sapor contestó pidiendo la entrega de Mesopotamia y Armenia como territorios que, por derecho, correspondían a la corona persa; no se refirió en absoluto a los presentes. Constantino declaró la guerra a Sapor, pero murió antes de salir al campo de batalla.

Durante la mayor parte del reinado de Constancio, Sapor permaneció inactivo. Tenía problemas políticos en su propio país. Pero más tarde, en el año 358, envió a Constancio una embajada que con suma arrogancia reclamó nuevamente la entrega de Mesopotamia y Armenia. Muy alarmado, Constancio envió una embajada a Ctesifonte, encabezada por el conde Luciliano y mi primo Procopio. Nuestros embajadores fueron alarmados por Sapor, y aconsejaron a Constancio que mantuviese un statu quo. Pero incluso esto no fue posible cuando Sapor sitió la ciudad fronteriza de Amida, dirigiendo en persona su ejército; una innovación, por otra parte, porque en la antigüedad el gran rey nunca se mostraba en la batalla, pues su vida era considerada como demasiado sagrada para ser arriesgada en el combate.

Amida cayó. Fue una derrota terrible para Roma. Sapor fue sorprendentemente benévolo con sus habitantes. Aun así, hemos perdido una ciudad importante, y nuestras defensas fronterizas han resultado peligrosamente debilitadas. Cuando sucedí a Constancio repasé todos sus documentos militares y hablé con sus comandantes, pero no pude descubrir qué plan, en caso de tenerlo, era el suyo para derrotar a Sapor. De este modo me vi forzado a empezar desde el comienzo. Ahora ya estoy dispuesto.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Mi plan consiste en conquistar Persia en tres meses. No tengo otra alternativa, puesto que si fracaso no podrá realizarse ninguna de las reformas que he propuesto, ni tampoco podrá sobrevivir nuestro estado entre el continuo asedio de los godos a nuestras fronteras del norte y los persas a las del este. Además, y lo confieso honestamente, quiero agregar a mi nombre el título de

Parthicus y un arco para mi memoria en el foro de Roma. Desde Alejandro, ningún comandante griego o romano ha conquistado Persia, aunque algunos, como Pompeyo, pretendieron haberlo hecho después de algunas victorias pequeñas. Sueño con equipararme a Alejandro. No, debo ser honesto; ¡sueño con superarlo! ¿Y no somos uno, en todo caso? Deseo la India. Deseo más allá, China. Sobre la costa de ese mar púrpura oscuro hasta el lejano Oriente quiero imponer el estandarte del dragón y no únicamente por la gloria (aunque el sólo pensar en ello me hace estremecer... oh, ¿dónde está ahora la filosofía?), sino para llevar la verdad sobre los dioses a todas aquellas tierras que se inclinan hacia el sol, el dios del cual fluye toda la vida. Además, considero que Persia es una tierra sagrada, el primer hogar de Mitra y de Zaratustra, y representará para mí una vuelta al hogar.

Siempre he tenido junto a mi cabecera una biografía de Alejandro. Es curioso cómo muchos de nosotros hemos utilizado las acciones de este extraordinario joven como patrón de medida para nosotros mismos.

Julio César lloró ante la tumba de Alejandro porque, ya mayor de lo que había sido el muchacho en el momento de su muerte, no había comenzado todavía una conquista del mundo. Octaviano Augusto abrió la tumba y miró durante un largo rato el rostro de la momia. El cuerpo estaba bien conservado, nos dice en su autobiografía, y confiesa que lo habría reconocido a partir de sus retratos. Marchito y marrón en la muerte, el rostro había tomado tal expresión de furia que, pese a todos los siglos que separaban al político vivo del dios muerto, el frío Octaviano supo por primera vez qué era el miedo y ordenó que se sellase el sarcófago. Años después fue reabierto por el bestial Calígula, quien robó el escudo y el peto de la tumba y se vistió como Alejandro, pero allí cesaron todos los parecidos. Todos mis antepasados soñaron con igualar a este muchacho muerto. Ninguno lo consiguió. ¡Yo lo lograré ahora!

PRISCO: Hasta aquí llegan las memorias de Juliano. Por supuesto, vos estabais presente cuando dejó la ciudad el 5 de marzo. Todavía puedo recordar a

vuestros ingeniosos ciudadanos cantando «Félix Juliano Augusto», queriendo decir que, después de Félix y su tío Juliano, el Augusto sería el próximo en morir.

El ejército marchó hacia el este a través del Éufrates hasta Carres. Allí Juliano lo dividió en dos partes.

Treinta mil hombres dirigidos por su primo Procopio y el duque Sebastián fueron enviados a Armenia, donde se reunirían con el rey Arsaces. Luego, con las tropas armenias como auxiliares, tomarían Media y se dirigirían hacia Ctesifonte donde se encontrarían con nosotros.

Con los treinta y cinco mil hombres, Juliano comenzó su camino hacia el sur a lo largo del Tigris. Pero fue astuto.

En una maniobra de sorpresa volvió sobre sus pasos hasta Calínico junto al Éufrates y luego fue directamente hacia Ctesifonte, la capital persa, a unas cuatrocientas millas hacia el sur. Sapor estaba desconcertado por esta treta. Pero todo esto pertenece a la historia militar.

En general se acepta que Juliano movía sus tropas más rápidamente que cualquier otro general desde la época de Julio César.

Aunque Juliano nunca tuvo la posibilidad de dar forma definitiva a las memorias, sospecho que las habría dejado en la forma en que estaban. Detestaba volver a escribir.

Siempre que podía evitaba llenar un vacío. Poco puedo decir de aquellos días en Antioquía, pero no importa porque vos estabais allí, también, y confío en vuestra excelente memoria. En modo alguno había terminado con la crónica de su vida, ni había terminado de vivirla.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pensaba escribir un relato de su campaña persa, y las notas que redactó durante esos meses son fascinantes.

Espero que mis comentarios ocasionales no hayan sido demasiado pesados. Pienso que siempre es bueno disponer de la mayor cantidad posible de puntos de vista sobre un mismo suceso, puesto que no existe una verdad humana absoluta. Estaréis satisfecho de la última

referencia que Juliano hace de vuestra persona. No puedo suponer a qué se refería cuando os calificó de «pesado». Sois simplemente totalizador. Pero por aquel entonces Juliano era a menudo un muchacho de atención caprichosa. Tengo curiosidad por saber qué haréis con estas memorias.

A propósito, ¿qué se hizo de vuestro hijo Cimón? ¿Lo convirtió Juliano en vuestro heredero legal? Naturalmente, también han llegado a mis oídos las hazañas de Cimón como abogado, pero no sabía que fuera hijo vuestro. Estáis lleno de sorpresas.

LIBANIO A PRISCO

Antioquía, julio de 380

He trabajado durante algunas semanas en mi prefacio para las memorias de Juliano, que espero dará a esta obra su apropiado marco histórico. Vuestras notas han sido de un valor decisivo para mí. Precisamente esta mañana revisaba las últimas páginas del trabajo, interrumpido de manera tan trágica, y observé una de

vuestras frases que había pasado por alto. Decís que Juliano tenía planeado escribir una narración de su campaña persa. Luego agregáis: «Las notas que escribió durante esos últimos meses son fascinantes.» ¿Hay más textos? Pensaba que las memorias eran todo lo que había dejado. Hacédmelo saber, pues estoy impaciente por comenzar a dar forma definitiva a la obra.

Ayer fui a ver a mi viejo amigo el obispo Melecio. Lo recordaréis, seguramente, de vuestra visita aquí. Es muy anciano y está sumamente débil, pero mantiene todas sus facultades. Le insinué que yo podría hacer una nueva obra sobre Juliano, utilizando material que no se había publicado. Piensa que eso sería un error. «Teodosio es español», dijo, queriendo decir, supongo, que el emperador tiene toda la dura e inflexible violencia de esa raza. «Una cosa es enviarle un amable ensayo titulado «en venganza de Juliano», cuyo valor es más literario que político (considero a mi trabajo sumamente político), pero otra cosa absolutamente diferente es desafiar a la Iglesia, en especial ahora que

el emperador ha sido salvado por Cristo.» Nunca supe si Melecio hablaba en serio o no. Su inclinación a la ironía ha aumentado con la edad hasta tal punto que nunca parece querer decir lo que está diciendo.

Melecio me ha dicho que el emperador espera estar en Constantinopla este otoño. Así que guardaré hasta entonces para verlo. También supe que el venenoso Gregorio, ahora obispo, está instando para que el año próximo se realice un nuevo Concilio Ecuménico, tal vez en la capital. También se habla de que está a la pesca del nombramiento del obispo de Constantinopla. Indudablemente su carrera ha sido todo un éxito. Pero además, ese tipo de gente siempre progresa. Hago extensivos mis mejores augurios a vuestra esposa Hipia y, en especial, a vos mismo. P.D.: Juliano murió antes de que pudiera legitimar a mi hijo. Debido al fanatismo religioso y a la perseverancia de mis enemigos académicos, ninguno de los sucesores de Juliano quiso hacer nada al respecto. Ahora confío en Teodosio, sin demasiadas esperanzas.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

PRISCO A LIBANIO

Atenas, septiembre de 380

Debéis perdonarme que no haya contestado a vuestra carta anterior, pero me encontraba enfermo. Un ataque leve me ha paralizado la mitad de la boca en forma particularmente siniestra. Ahora tengo el aspecto de una de esas deidades infernales y los campesinos hacen la señal para ahuyentar el mal de ojo cuando me ven caminar vacilante a lo largo del camino que conduce a la Academia. Por suerte, mi mente no está afectada. Y si lo está, por suerte no lo sé. Así todo está bien.

Es evidente que Teodosio pasará el invierno en Constantinopla y debéis ir a verlo.

Sólo media un viaje de diez días. Es razonable, según me han dicho, pero está muy impresionado por su

milagrosa recuperación. El hecho de que acepte vuestro proyecto es otro asunto, pero nada perdéis con intentarlo. No os comerá. Además, ya que sois amigo de la emperatriz de Occidente, no os perjudicará. Es muy activa en política y, según dicen algunos, colaboró para que su esposo elevase a Teodosio a la púrpura. Usad libremente su nombre.

¡Pero difícilmente puedo yo asesorar al famoso cuestor de Antioquía sobre la forma de hacer una solicitud!

Sí, Juliano dejó un diario de considerable longitud en el cual describe su campaña día por día. Le he agregado notas pensando en una posible publicación, aunque necesito algo de vuestro valor para hacerlo, porque esta obra es mucho más peligrosa que las memorias.

Juliano sabía todo sobre el complot que se preparaba para quitarle la vida; tanto como yo. Yo también sé lo que él no supo: la identidad de su asesino.

Estoy a punto de finalizar las notas. Mi trabajo se ha detenido de golpe últimamente a causa de mi ataque,

pero espero volver pronto a él. En caso de que decida no publicarlo, tendría mucho gusto en venderos la obra al mismo precio que pagasteis por las memorias. El costo de las copias es todavía el mismo en Atenas. Si en algo ha cambiado, ha sido para aumentar.

Espero que vuestra vida no haya empeorado; a vuestra edad nada mejora. Mi estudiante Glaucón estaba encantado de haberse reunido con vos la última primavera cuando os entregó el manuscrito, pero se entristeció al encontrar tan mal vuestra vista. Oribaso solía curar las cataratas sin recurrir a la cirugía, pero yo he olvidado cómo lo hacía. Mirad en su enciclopedia. Podría estar en la última edición, pero, si no la tenéis, fijaos en Galeno.

Probablemente él la haya sacado de allí.

Hipia os envía sus mejores augurios, como siempre. Es eterna. Nos enterrará a todos.

Evidentemente prevé mi entierro. Pasamos gran parte de nuestro tiempo vigilándonos, en particular calculando

cuál durará más. Hasta este ataque pensaba que yo tenía una clara ventaja. Ahora no estoy tan seguro. Estaba muy conmovida mientras estuve enfermo, y durante algunos días anduvo alegre como una muchacha mientras me «cuidaba».

LIBANIO: Por encima de todo, Prisco es un ladrón. Nuestro acuerdo era claro. Yo iba a disponer de todo lo que Juliano había dejado por el precio original. Luego se quedó con la obra más importante de Juliano, ¡y no puedo hacer otra cosa que someterme a este robo y pagar el precio! Espero que Hípias pronto quede viuda. ¡Prisco es un hombre terrible!

PRISCO A LIBANIO

Atenas, octubre de 380

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Ahí está el diario, tal como os lo había prometido. He

hecho extensas notas, que podéis usar como queráis. Me siento algo débil a consecuencia de mi ataque, pero ni mi memoria ni la capacidad de enhebrar oraciones parecen afectadas. Algunas de estas notas han sido dictadas, como comprobaréis al ver la letra infantil de Hipia. Le pago para que sea mi secretaria. Hace cualquier cosa por dinero. Aún sigue acusándome por no haber hecho una fortuna cuando, como amigo de Juliano, hubiera sido tan fácil, como vos bien sabéis. Aunque, por supuesto, hicisteis vuestra fortuna mucho antes de que Juliano fuese emperador. Quedé muy impresionado la primera vez que os visité en la mansión de Antioquía y me dijisteis, en forma completamente casual, que habíais enviado un buque de carga a Creta. ¡Afortunado Cimón por tener un padre tan adinerado! Estoy seguro de que Teodosio lo legitimará para vos.

He hablado —de modo muy discreto— con algunas personas cercanas a la corte y están de acuerdo en que el emperador probablemente impedirá la publicación de toda obra que muestre a Juliano bajo una luz demasiado favorable. Es innecesario decir que no

mencioné la existencia de las memorias ni del diario. Pero es evidente que si Teodosio y sus obispos conocen la existencia de estos trabajos harán todo lo posible para destruirlos, del mismo modo en que trabajan con tanta devoción para distorsionar la historia del reinado de Juliano. Una de las ventajas adicionales del poder consiste en inventar el propio pasado.

Juliano debe ser borrado de la historia o, por lo menos, convertido en un monstruo antes de que pueda nacer propiamente el Imperio Cristiano. Con esto no deseo desanimaros, pero así son las cosas.

Debo confesar que me siento aliviado de tener los papeles de Juliano fuera de mi casa y en vuestras manos sumamente capaces. Os digo estas cosas para ponerlos en guardia, ya que uno de aquellos con los que he hablado es el celebrado Ausonio, que goza de mucho favor en la corte. Lo halagué cruelmente cuando me visitó aquí el último mes.

Ausonio es un hombre pequeño y grave que da la

impresión de gran dignidad y poder hasta que empieza a hablar. Entonces uno se da cuenta de que no es más que uno de nosotros, un nervioso secretario, extraordinariamente ansioso de ser admirado. Además tartamudea.

Estaba contento, nos dijo en su discurso en la recepción del procónsul, de encontrarse en una asamblea tan distinguida de intelectuales y magistrados, en particular porque le gustaba considerarse a si mismo como «una especie de puente entre ambos». Ante semejantes palabras movimos intensamente nuestras colas para demostrar que lo amábamos y deseábamos sus favores. Cuando finalizó, me tomó muy amable del brazo y me dijo cuánto me admiraba. ¿Qué podía hacer sino citarle su propia poesía?

—Siempre os he admirado P—P—Prisco y estoy c—c—contento de hallaros todavía vivo y con buena salud.

—Lo mismo digo, cónsul. —Yo rebosaba de alegría ante la absurda figura en su túnica consular. Luego

halagué sus muchos libros, y él halagó mis muchos silencios. Todos los académicos que se encontraban a nuestro alrededor me observaban con una envidia bastante agradable. Después, según creo en forma bastante hábil, hice entrar a Juliano en la conversación.

Ausonio frunció el ceño.

—Por supuesto, no nos hizo muy felices. De ningún modo. No, de ningún modo.

Dije la antigua frase sobre lo raro de la felicidad humana. Casi cualquier cita de Sófocles hubiera logrado el efecto deseado.

—Teodosio está muy disgustado por el cuerpo. Sumamente infeliz. Pero ella insiste.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿Qué cuerpo? ¿Quién insiste?

—El suyo. El de Juliano. Ha sido t—t—trasladado.
Desde Tarso hasta Constantinopla.

Lo ordenó el emperador Graciano o, para ser p—p—preciso, su m—m—mujer. —Las p, las c y las m son principales obstáculos para Ausonio. Después de decirlo esto, ya no intentaré reproducir su habla.

Tras muchos tartamudeos, supe que vuestra amiga la emperatriz Póstuma, última descendiente de los Flavios, comprendió de pronto que su sangre era también la de Juliano y que la legitimidad de la nueva dinastía descansaba sobre ese frágil hecho. Así Póstuma hizo que su esposo Graciano trasladase los restos de Juliano desde Tarso hasta la Iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla. En este mismo momento los restos de Juliano yacen junto a los de Elena, la madre de Constantino. ¡Cómo deben odiar ambos esa proximidad!

Aunque Ausonio no lo mencionó, supongo que tanto Póstuma como Graciano son conscientes por primera

vez del gran hombre que era Juliano. Ellos viven en Galia, y para los galos después de Augusto el único emperador que existe es Juliano. Todos los que vienen de allí dicen que todavía se habla de él con temor y con afecto, que los hombres del pueblo no creen que realmente haya muerto, sino que duerme debajo de una montaña, protegido por el dragón de su familia, y que si Occidente alguna vez se encontrase en peligro, Juliano despertarla e iría a defender el Rin. Será necesario mucho tiempo para destruir esta leyenda en Europa.

Hablamos de vos. Ausonio os admira. ¿Quién no os admira? Me dijo que Teodosio admira vuestro «amable» (!) ensayo «En venganza de Juliano», pero lo considera como un ejercicio retórico. Estoy seguro de que vos no lo entendéis de ese modo, pero yo os sugiero que toméis como propio el adjetivo imperial.

—¿Cuál sería la reacción en la corte si yo publicase un ensayo sobre Juliano que abarcase, digamos, la campaña persa?

Ausonio escogió una palabra que empezaba por «m» y estuvo a punto de morir.

Finalmente, en un arranque, me dijo:

—¡Nunca! Teodosio y Graciano lo consideran el demonio. Sólo como una cortesía hacia Libanio, que es viejo, Teodosio aceptó el ensayo. Pero nada más. ¡Nunca! Por supuesto, no tenemos la intención de perseguir a los paganos —(el «nosotros» me recordó a Máximo;

¿usan todos los amigos de los príncipes el «nosotros» de esta abrumadora manera?)—, pero haremos que les resulte todo lo desagradable posible el mantenimiento de las viejas formas del culto. ¿Habéis leído los dos edictos? Habrá otros. No puedo daros detalles. Es prematuro.

—Pero Libanio pudo escribir una defensa de Juliano.

—Una vez. Sólo una. También nos hemos enterado que tiene intención de escribir un libro sobre Juliano. —

(No, yo no se lo dije). —Desanimadlo, como amigo. Además él quería que le atendiesen un asunto privado. No puedo decir de qué se trata, pero nos ha hecho una solicitud. Bien, una mano lava la otra, como dicen. Comunicádselo.

Supongo que esto se refiere a vuestro hijo natural, Cimón. De todos modos, ésa es la síntesis de mi conversación con Ausonio. Quizás sea mejor que vos os enfrentéis directamente con el emperador.

Así pues os entrego el diario. Algunas de sus partes son crípticas. Hay muchas lagunas. He tratado de agregar todos los elementos perdidos que me ha sido posible. Durante semanas he revisado esa época trágica y me sorprende lo mucho que puedo recordar cuando pongo lo que queda de mi memoria en la tarea.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Mi boca está todavía horriblemente torcida, pero la

visión y el discurso no están dañados, para sorpresa de mi doctor. Casi escribo «desilusión». Los médicos desean que la declinación de uno sea ordenada e irrevocable. ¿Cómo andáis de vuestra gota? ¿Vuestra vista? Hípia, cuya exquisita caligrafía habéis estado leyendo, os envía saludos (¡me ha dirigido una sonrisa tan dulce!). También yo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XX

Calínico junto al Éufrates

EL DIARIO DE JULIANO AUGUSTO

27 de marzo de 3

Esperamos la flota. Ellos debían estar aquí cuando nosotros llegásemos. Calínico es una ciudad rica, poderosamente fortificada. Dicto esto mientras

viajamos en un carruaje hacia el río. Hoy es el festival de la Madre de los Dioses. Hay una gran ceremonia en Roma. Aquí he preparado una pequeña. El sol calienta. El pueblo se amontona alrededor del carruaje.

Dicto al secretario. Saludo a la muchedumbre. Visto ropas ceremoniales. Máximo y Prisco están conmigo. Los sacerdotes locales esperan en la ribera. La gente que se amontona a mí alrededor es de piel oscura con largos brazos flacos que se extienden hacia mí como los tentáculos de una planta trepadora. Parlotean, chillan como egipcios.

PRISCO: Este es el primer apunte. La mayor parte del diario está escrito por la propia mano de Juliano. Habitualmente escribía a última hora durante la noche, tras dictar sus memorias.

Recuerdo ese día particular en Calínico como uno de los «días buenos». Eran tan pocos que han quedado grabados vívidamente en mi espíritu.

Algunos millares de personas se alineaban junto al

Éufrates cuando llegamos para la ceremonia. Unas pocas eran piadosas, la mayor parte meramente curiosos. El Éufrates es un río ancho y fangoso que corre en medio de la inquieta vegetación, verde esta estación.

Juliano dirigió las ceremonias con su habitual eficacia. Había algo absurdo en la inmersión y el lavado ritual del carruaje que transportaba la imagen de la diosa. Juliano estaba totalmente empapado, pero se sentía feliz mientras desempeñaba sus funciones como *pontifex maximus*. Luego nos dio una comida (si puede llamarse comida a puré de habas, pan casero y venado fresco y duro) en la casa del prefecto. Todos nos encontrábamos de excelente humor.

Como os he escrito en una de mis cartas (por lo menos creo habérselo escrito: a menudo no recuerdo bien si algo que he querido decir lo he dicho o no), los generales pocas veces formaban parte del círculo íntimo de Juliano. Por una razón: no se quedaban levantados hasta tarde; además Aristóteles, como decía tan a

menudo el hermoso Arinteo, daba dolor de cabeza a los militares. No obstante, esos oficiales eran hombres superiores; tres de ellos llegaron después a emperadores.

Los generales se dividían en dos categorías: los cristianos-asiáticos y los europeoshelenistas. El primer grupo ha sido leal a Constancio; el segundo a Juliano.

Para dejar constancia, os doy mi impresión sobre los principales comandantes.

LOS ASIÁTICOS

Conde Víctor: En apariencia un tipo sármata, bajo, con una gran cabeza, ojos claros y oblicuos como los de un huno. Hablaba griego y latín con acento bárbaro. Era un cristiano devoto, despreciaba profundamente a todos los amigos filósofos de Juliano. Nunca confié en él.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Arinteo: Juliano lo ha descrito. Aparte de su belleza, no queda mucho por decir. Él y Víctor dirigían el partido cristiano.

Joviano: Un hombre extraordinariamente alto, incluso más alto que yo... o lo habría sido de mantenerse derecho. Tendía a comer y beber mucho, aunque nunca aumentaba de peso. Tenía la reputación de estúpido, y no hallo ninguna razón para alterar este juicio.

Joviano estaba bien relacionado, lo cual explica su posterior momento de gloria. Su padre fue el famoso general Varronio, y su esposa la hija del egregio conde Luciliano. Se me ha dicho que Joviano tuvo una infancia monstruosa, y que vivió en «situación de campaña» hasta los diecisiete años. El padre era un militar insufrible de esos que hacen cumplir todas las ordenanzas. Joviano dirigía las tropas personales.

LOS EUROPEOS

Nevita: Era un hombre corpulento, rostro colorado, ojos azules, quizás en ese entonces tuviese alrededor de cuarenta años. Era un rústico analfabeto, pero un inteligente soldado, absolutamente leal a Juliano. Aun así, todos lo odiábamos. En su favor puedo decir que él no odiaba a nadie. Todos caíamos bajo su desprecio.

Dagalaifo: Era una persona amable. Fornido y rubio (¿son todos los buenos soldados rubios?, ¿podríamos ofrecer esto como tema de debate para nuestros alumnos?). Dagalaifo hablaba un excelente griego y latín. Cabalgaba maravillosamente y gran parte de la legendaria rapidez de Juliano se debió a la capacidad de Dagalaifo para manejar hombres y caballos.

Ansiaba ser culto. Tres años después, cuando fue designado cónsul, me escribió un panegírico, para mi sorpresa con pocos errores.

Salucio Segundo: Un hombre suave y entrado en años. Nos llevábamos a las mil maravillas, aunque él casi no tenía conversación. En ese mar de juventud, nuestros

cabellos grises y cansados músculos hacían que nos buscásemos, como iguales. Como prefecto pretorio evitó a Juliano muchos detalles tediosos. Era un excelente administrador y hubiera sido un admirable emperador.

Entre otros integrantes de la corte, debo nombrar al mariscal en jefe, Anatolio, un hombre pequeño, gordo y agradable que creó gran confusión en un cargo donde se supone que debe imponerse el orden. Además, el notario Fosforio, cuya familia lo obligó a entrar en el servicio civil. Sólo mediante el mérito y el trabajo duro llegó a ocupar un lugar en el Consistorio; su carrera fue única. Nunca he conocido otra similar. Respecto de los amigos filósofos de Juliano, encontramos a todos en Antioquía. El único agregado fue el sumo sacerdote egipcio Mastara. Era exactamente lo que vos podéis imaginar.

Durante la marcha habitualmente acampábamos al caer el sol. Apenas se levantaba la tienda de Juliano, cenábamos con él, Máximo y yo, y a veces uno u otro

de los comandantes.

Al principio Juliano estaba de magnifico humor. Tenía todas las razones para estarlo. Sapor estaba desmoralizado ante la rapidez de nuestro ataque. El tiempo era bueno y la campaña rica en trigo, que pronto estaría listo para ser cosechado. Todo parecía favorable, excepto los presagios.

La tienda de Juliano era sencilla; necesariamente grande pero amueblada con simplicidad, no tenía ni la mitad de comodidades de las de sus generales. Según recuerdo había dos grandes mesas plegables, una serie de sillas también plegables, bancos, algunos Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

grandes baúles que contenían documentos del estado y la pequeña biblioteca que Juliano siempre llevaba consigo. Había algunas lámparas de tres luces, aunque pocas veces estaba prendida más de una de ellas a la vez. Juliano se preguntaba si era tacaño; sí, lo era, pero

en comparación con el gran despilfarro de sus predecesores, ése era un defecto virtuoso. En un rincón, su cama de oscura piel de león estaba oculta por una alfombra persa.

Cuando nos presentábamos, invariablemente encontrábamos a Juliano dictando. Nos sonreía y nos pedía que nos sentásemos sin interrumpir el flujo de su pensamiento. Hizo una cantidad sorprendente de trabajo, casi en su totalidad necesario. Cuando había fatigado completamente a un equipo de secretarios, mandaba llamar a otro. Todos se quejaban porque dictaba demasiado rápido. Y así lo hacía, como si sospechase apenas tenía tiempo para transmitir al papel las ideas que tenía en su cerebro. Conocemos sus famosas posdatas.

Apenas había cerrado una carta debía reabrirla para garabatear alguna idea de último momento de su propia mano, excusándose con su hábil expresión: «Escribo rápido, sin tomar aliento.» Cuando íbamos a cenar siempre tenía los dedos manchados de tinta.

Antes de comer, Máximo y yo le leíamos a Homero y él se lavaba las manos en una simple jarra de tierra, escuchando durante todo el tiempo. La comida era siempre simple. Pero vos ya conocéis sus excentricidades respecto a la alimentación. Por lo general yo volvía a comer a última hora durante la noche. Estoy seguro de que Máximo comía antes. A veces se nos unía Salucio, un hombre inteligente por ser general, o Arinteo, a quien siempre consideré un pelmazo. Casualmente, Arinteo estuvo en Atenas hace algunos años. Me impresionó verlo.

Está gordo y calvo y, aunque no es uno de mis favoritos, casi lloro al ver los efectos del tiempo. Pero mis lágrimas fueron detenidas por su conversación, que no había sufrido ningún cambio. Cuando me vio en la recepción del procónsul lanzó una risa fuerte y vacía, y gritó a través del salón una voz enronquecida por las batallas y el vino: «Ese Aristóteles vuestro todavía me produce dolor de cabeza.» Y temo que eso sea todo lo que pasó entre nosotros tras tantos años y tanta historia.

Como he dicho, los filósofos y los guerreros raramente se mezclaban. Esa noche en Calínico fue una de las pocas veces que se enfrentaron los dos mundos de Juliano.

Me senté en una esquina y vi cómo Juliano desempeñaba sus variados papeles. Hasta un cierto punto, todos nos inclinamos a adoptar máscaras diferentes con distintas personas.

Pero Juliano cambiaba por completo con cada persona. Con los soldados galos se convertía en un galo de voz gruesa y fuertes risas. Para los asiáticos era amable, pero lejano, otro Constancio. No era él mismo hasta que se volvía hacia un amigo filósofo. ¿Él mismo? Nunca sabremos cuál era el verdadero Juliano, el seco genio militar o el encantador estudiante enloquecido por la filosofía. Evidentemente era ambos. Sin embargo, resultaba inquietante verlo convertirse en un extraño ante los propios ojos, e incluso en un extraño antipático.

Víctor se acercó a mi rincón. Me preguntó si podía sentarse. Me sentí halagado. ¿Por qué todos tenemos ese temor reverente y físico ante los soldados?

—Sin ninguna duda, conde —dije con ansiedad. Él se sentó, pesado; despedía olor a vino, pero no estaba borracho.

—Estáis muy lejos de la Academia en Atenas —dijo. Me mostré de acuerdo.

—Pero Galia también está muy lejos, y la Batalla de Estrasburgo. —Me maldije en silencio por haber alardeado de una carrera militar. El filósofo ideal debe conducir la conversación exclusivamente en sus propios términos; nunca debe competir en un campo extraño. Pero yo no soy un filósofo ideal. Todos lo dicen.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Sí... Galia —dijo, como si eso fuera suficiente. No

podía adivinar su humor o su actitud. Ambos permanecimos en silencio, observando a Máximo, que tenía encantados a un conjunto de oficiales con una u otra tontería. Su flotante barba estaba peinada con exquisitez y vestía una túnica de seda color amarillo azafrán, regalo de un mago de China, según decía.

Quizá la encontró en el mercado de Antioquía.

—¿Podéis hacer aparecer a vuestros dioses — preguntó de pronto Víctor—, como él?

—Puesto que Víctor no quería hacer a Máximo el honor de darle un nombre, dejé que se manifestase mi corazón:

—No. Los dioses más bien me dejan solo. Pero no hago esfuerzos para hablar con ellos.

—¿Creéis? —Hablabá con una urgencia tan apasionada que me volví para observarlo.

Nunca había visto ojos tan fríos como aquellos que me

miraban detrás de sus cejas gruesas y pálidas. Era como enfrentarse cara a cara con un león.

—¿Si creo en qué?

—En Cristo.

—Creo que existió. —Era yo mismo de nuevo—. Pero no lo considero un dios.

Víctor volvía a ser el comandante romano.

—Habrá una larga campaña —dijo, como si hablase del tiempo—, pero nosotros triunfaremos.

JULIANO AUGUSTO

Nos encontramos en Circesio, a noventa y ocho millas al sur de Calínico. Hemos permanecido aquí dos días. Todo marcha bien.

El 28 de marzo, mientras permanecíamos en Calínico, cuatro tribus de sarracenos aparecieron a las puertas de

la ciudad. Sus principales deseaban hablar conmigo. Ahora bien, los sarracenos son una de las razas más salvajes y menos de fiar de esta tierra. Viven en tiendas en el desierto. Nunca llegan a construir una choza ni cultivan un acre de tierra.

Inquietos, vagan por los desiertos de Asiria, Egipto, Marruecos. Viven de la caza, de los pájaros salvajes, de todo lo que crece por sí mismo. Pocos de ellos han probado el trigo o el vino. Aman la guerra, pero en sus propios términos. Son buenos para los golpes rápidos (sus caballos y camellos son criados especialmente para que sean rápidos), pero, puesto que luchan sólo por el botín, son inútiles para los compromisos formales. Son mejores para burlar y azuzar a un enemigo.

Salucio no quería que los recibiese.

—Se ofrecerán a ayudarnos. Luego harán el mismo ofrecimiento a Sapor, si no lo han hecho ya, y traicionarán a ambos.

—Permaneceremos en guardia. —No me sentía

preocupado en lo más mínimo.

Recibí a los príncipes sarracenos. Eran pequeños, musculosos, tostados por el sol.

Vestían túnicas que les llegaban hasta las rodillas. Debajo de éstas sólo usaban calzas de piel.

De los doce príncipes sólo uno hablaba griego.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Venimos, señor, a rendir homenaje al gobernador del mundo. —Los sarracenos luego ordenaron a uno de sus compañeros que me entregase un objeto envuelto en seda. El príncipe quitó la seda para mostrarme una pesada corona de oro. Hermes sabe qué rey la perdió en sus manos. Tomé la corona y les dirigí un corto discurso, a lo cual el príncipe respondió—. Señor, nosotros deseamos unirnos a vos en vuestra lucha contra Sapor. Nuestro valor es conocido en todo el

desierto. Nuestra lealtad está más allá de lo meramente humano ya que participa de lo divino... —Salucio carraspeó pero yo no me atrevía a mirarlo—. Por ello, señor, con nosotros de vuestra parte en el desierto, nunca deberéis temer...

En ese momento Nevita entró interrumpiendo la reunión, para horror de Anatolio.

—¡César, ha llegado la flota! —Me temo que todos hayamos actuado como niños excitados. Hice que Salucio se encargara de los sarracenos y, seguido por todo el Consistorio, me dirigí a las dársenas. Allí, hasta donde podían ver los ojos, el río estaba lleno de barcos.

50 B. G., 64 B. P., 1.403 B. C., Cd. Luc.

PRISCO: Esta anotación termina aquí. Las abreviaturas significan que había 50 barcos de guerra, 64 botes pontoneros, 1.403 buques de carga que contenían alimentos, armas, fundiciones, maquinarias para el sitio; el conde Luciliano estaba a cargo de la flota. Como

recordaréis, fue el comandante de Sirmio que Dagalaifo capturé en medio de la noche.

Aunque era una criatura ridícula, Juliano lo usaba porque era un hilo importante de esa trama de hombres y familias que gobiernan el mundo. Pese a lo vasto de su imperio, los gobernadores reales son una familia pequeña, íntimamente ligada. Cada general conoce o ha oído hablar de los demás generales, y sólo hablan de «¿Qué edad tiene Marcelo? ¿Todavía está con la misma esposa? ¿Tiene otro cargo?»

Cuando Juliano y el Consistorio llegaron, Luciliano esperaba en la ribera. Saludó a Juliano con meticulosa ceremonia y formalmente le entregó la flota. De pronto Dagalaifo le dijo: «Luciliano, ¿dónde está vuestra camisa de dormir?» Todos rieron a excepción de Juliano, quien murmuró: «Callaos, Dagalaifo.» Observé que Joviano, el yerno de Luciliano, frunció el ceño. Nada divertido.

JULIANO AUGUSTO

4 de abril

He trabajado durante tres horas en mis memorias. Es casi el amanecer. Mi voz está ronca. Los secretarios acaban de irse. Escribo notas al azar. Todavía nos hallamos en Circesio. Es una gran ciudad, bien fortificada por Diocleciano. Ocupa un promontorio entre el río Éufrates y el lugar donde el río Abora desemboca en el primero. El Abora constituye la frontera tradicional entre Roma y Persia. Circesio es nuestra última avanzada de importancia.

De ahora en adelante estaremos en territorio enemigo.

Las tropas han cruzado el río durante toda la noche. Los ingenieros se quejan porque el río está crecido a causa de las lluvias primaverales. Pero los ingenieros siempre se quejan.

Hasta ahora su puente de barcas se mantiene. Los informes de los exploradores no hablan del ejército persa. Los sarracenos me dicen que los persas están impresionados por lo súbito de nuestro ataque. En

aparición, no nos esperaban hasta mayo, lo que significa que Sapor todavía no ha reunido su ejército. Todo esto es magnífico para nosotros. Sin embargo, no tengo todas las energías y esperanzas que debería tener. Por una razón: he recibido una Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

extensa carta de Salustio desde París. A él no le impresionan los presagios de los dioses.

Como Libanio, quiere que permanezca en Constantinopla y ejecute las reformas que he propuesto. Como es habitual, presenta su argumentación en una forma soberbia, y yo me encuentro totalmente deprimido.

Esta noche he despedido a todos con excepción de Máximo. Le mostré la carta de Salustio, señalándole que éste pocas veces se equivoca en política, y que, por lo menos, deberíamos prestar consideración a su consejo. Máximo estuvo de acuerdo. Enalteció a

Salustio en forma extraordinaria y yo me preguntaba de dónde había sacado la impresión de que ambos no eran amigos. Casi durante una hora Máximo y yo analizamos los pros y los contras de la campaña persa. Estuvimos de acuerdo en que era necesario continuarla; aunque Máximo señaló que existían precedentes para el hecho de reunir ejércitos y después no utilizarlos. Constancio solía hacerlo todos los años, pues sostenía que la reunión de un ejército es disuasiva: posiblemente lo sea.

—Pero, además, Salustio no conoce lo que nosotros sabemos —dije para terminar, refiriéndome a la visión que había tenido Máximo de Cibeles.

—Hay algo más que él no conoce. —Máximo fijó en mí esos ojos luminosos que han posado sobre tantas cosas secretas y prohibidas—. Algo que aún no he comunicado, ni siquiera a vos.

Hubo un largo silencio. Conocía a Máximo lo bastante bien como para no apremiarlo.

Esperé, con la sangre latiéndome en los oídos.

Máximo se puso de pie. La túnica de seda amarilla cayó a su alrededor en hieráticos pliegues. Con la vacilante luz del candil proyectaba una sombra enorme sobre la pared. Sentí la inminencia de alguna fuerza extraordinaria, ese estremecimiento premonitorio que señala la proximidad de la deidad. Para alejar a los demonios, Máximo trazó un círculo a nuestro alrededor con su báculo. Luego habló.

—La última noche, en la hora más oscura, convoqué, de la profundidad del Tártaro, a la misma Perséfone, la reina de los Muertos que son y serán.

Los candiles vacilaron; su sombra danzó sobre la pared; aunque la noche era cálida, temblé de frío.

—Le hice la pregunta que no debe preguntarse, pero como ésta no me importa a mí sino a vos, no a vos sino a Roma, no a Roma sino al culto de los dioses, creí que podía hacerle esa temeraria pregunta sin incurrir en la ira de las Furias, o enredar la trama del Destino.

Conocía la pregunta. Esperé. Apenas podía respirar.

Máximo dibujé signos premonitorios sobre el suelo, murmurando al mismo tiempo conjuros.

—Yo pregunté: «Temida reina del Tártaro, decidme el lugar donde nuestro leal hijo Juliano encontrará su muerte.» —Máximo súbitamente se detuvo. Llevó su mano al cuello. Se sofocó; dio un traspies; sólo asiéndose de su báculo evitó la caída. Algo invisible luchaba contra él. No me moví para ayudarlo por temor a romper el poder del círculo que había trazado. Por último quedó libre—. «Demonios», susurró, «pero nosotros tenemos el supremo poder. Helios es nuestro escudo... Perséfone, dijo: "Mientras todos los hombres se lamenten y todos los dioses se regocijen por la llegada de un nuevo héroe al Olimpo, Juliano morirá en Frigia".»

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

La voz de Máximo se hizo más opaca, como por efecto de un gran cansancio. Me

sentí sumamente inmóvil, frío como mi muerte frigia. Luego Máximo dio una palmada y dijo con la voz de quien afirma algo evidente:

—Debemos hacer todavía un largo camino hasta Frigia, mi querido amigo.

Reí débilmente, aliviado.

—Si puedo elegir, nunca volveré a poner el pie en esa provincia.

Luego le dije a Máximo que Sosípatra me había dicho lo mismo. Se mostró sumamente sorprendido. No lo sabía.

—En todo caso, veis por qué no me preocupa tanto la carta de Salustio. Perséfone nos ha hablado. Vos sabéis cuán pocos son los hombres que han conocido el lugar de su muerte.

—¿Y la hora?

—...imposible, porque eso sería una afrenta para el Destino mismo. Pero nosotros sabemos que sobreviviréis a la campaña persa. Si sobrevivís, eso significa que conquistaréis ese territorio.

—¡Como Alejandro! —De golpe había recuperado mi confianza. ¿No soy yo Alejandro que retorna para finalizar la gran tarea de dar al Oriente bárbaro la verdad de ellas?

Ahora no podemos fracasar.

PRISCO: Ése era Máximo con su acostumbrada habilidad, y con una nueva prueba de su acuerdo con Sosípatra. Máximo podría haber sido actor. Pero de hecho era actor, y Juliano su absorta audiencia.

No recuerdo mucho más de Circesio salvo que un encargado de abastecimientos fue ejecutado porque no llegaron las barcazas de trigo que había prometido para el 4 de abril. Una hora después de que el desdichado hubiera muerto, fueron avistadas las barcas. Fue un asunto desagradable, y Salucio, que había ordenado la

ejecución, se sintió muy afligido.

Al alba del día siguiente, incapaz de dormir, caminé hasta la ribera donde Salucio estaba sentado en la silla del prefecto pretorio, mientras el ejército cruzaba con dificultad el puente de barcas hasta Asiria, como se llama a esa región de Persia. Recuerdo la fría madrugada como si se tratase de hoy. Una pálida luz en el este, el río Abora fangoso y crecido, la caballería sobre el puente, los relinchos de los caballos, las maldiciones de los hombres, el ruido de las armaduras. Hasta donde los ojos podían ver, esperaban hombres, con sus armaduras que centelleaban como estrellas bajo la primera luz del alba, con sus voces desacostumbradamente suavizadas, incluso aprensivas, puesto que habían pasado muchos años desde la última vez que un ejército romano persiguió al gran rey en su propia tierra.

Me senté en un banquito junto a Salucio mientras, a intervalos regulares, llegaban hasta él consultas: ¿podía la Legión Terciaria cruzar antes que la Victores, que no

estaba preparada?, ¿en qué orden debían trasladarse las maquinarias de sitio?, ¿cruzarían ahora los sarracenos con la caballería o después con la infantería? Con paciencia, Salucio imponía orden en todo.

Nosotros charlábamos en los intervalos que se producían entre la llegada de cada mensajero. Le pregunté lisa y llanamente qué pensaba de la campaña. Se encogió de hombros.

—Desde el punto de vista militar, nada tenemos que temer de los persas —señaló las legiones que se movían a nuestro alrededor—. Estos son los mejores soldados del mundo, y el emperador es el mejor general. Los venceremos en todas las batallas.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Pero ellos evitan las batallas. Y éste es su territorio. Saben cómo cansar a un enemigo.

—Aun así. Nosotros somos una fuerza superior. Sólo...

—¿Sólo? —Salucio estudió la lista de las legiones que tenía sobre las rodillas.

—¿Sólo? —repetí.

Pero en ese momento un centurión se salió de su lugar, maldiciendo a los sarracenos, que insistían en cruzar al mismo tiempo que la caballería «¡con sus malditos caballos salvajes!» Salucio calmó al hombre y llegaron a un compromiso; en ese momento llegó un notario a decirme que el emperador deseaba verme. Cuando lo dejé, Salucio dijo:

—Manteneos en guardia, Prisco. No estamos seguros.

Una afirmación que ocultaba mucho, como se vio después.

JULIANO AUGUSTO

6 de abril

Crucé el río Abora ayer por la tarde. Como sumo sacerdote hice un sacrificio a Zeus.

Todos los presagios eran buenos, a excepción de uno: mi caballo estuvo a punto de atropellar el cuerpo de un comisario de cuartel que había sido ejecutado por orden del prefecto pretorio.

Por suerte, uno de mis ayudantes empujó el caballo hacia un costado, pero estuvo casi a punto de hacerme caer.

Luego cabalgamos alrededor de quince millas hasta una aldea llamada Zaita, nombre que significa «olivo» en la lengua persa. El día era frío y nuestra moral estaba alta. Millas antes de llegar a Zaita pudimos ver su principal monumento, el alto mausoleo circular construido por el emperador Gordiano. En el año 242 Gordiano dirigió una victoriosa campaña contra los persas. Dos años después fue asesinado por sus propios hombres, que habían sido incitados al motín por un árabe llamado Felipe, quien se convirtió —en resumidas cuentas— en

emperador. Una triste y típica historia. ¡Cuán a menudo los emperadores han obtenido grandes victorias y han salvado al estado sólo para ser derribados por un rival insospechado! Gordiano derrotó en forma decisiva al rey persa en Resma, para terminar asesinado por Felipe. Una victoria perdurable sobre los persas fue inmediatamente desperdiciada por ese árabe pusilánime que tan sólo deseaba saquear un imperio ganado por medio del asesinato.

Nos detuvimos durante una hora ante la tumba, que está bien cuidada, pues los persas respetan los monumentos de los muertos, en tanto que los errantes sarracenos temen todas las construcciones. Ofrecí un sacrificio al espíritu de Gordiano y oré para no seguir su destino.

Debo obtener una biografía suya. Casi no conozco su vida, a excepción, por supuesto, de que fue amigo de Plotino. Máximo dice que Gordiano todavía vaga por esta parte del mundo, clamando venganza. ¡Espíritu desdichado!

Mientras estábamos ante la tumba, Nevita me llevó a un lado. Estaba preocupado porque, «los hombres creen que ésta es la primera vez que los romanos invaden Persia. Ellos creen que...», abarcó con un gesto todo el sur... «este país tiene un encantamiento».

Estábamos a la sombra de la tumba. Extendí mi mano y toqué la toba groseramente trabajada.

—Aquí está la prueba de que ya hemos estado en Persia.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Exactamente, emperador. Dicen que este antiguo emperador fue asesinado por los demonios persas porque se atrevió a cruzar el río Abora. Dicen que un relámpago lo derribó muerto; que Persia nos está prohibida.

Estaba sorprendido. Nevita, que no teme a nadie,

estaba atemorizado por los demonios.

Le hablé como un maestro a un niño.

—Nevita, Gordiano derrotó al rey persa en una batalla hace ciento veinte años. Luego fue asesinado por sus propios hombres. Los persas no tienen nada que ver con su muerte. No son demonios. Son hombres. Los hombres pueden ser derrotados, especialmente los persas.

Hemos derrotado a los persas con anterioridad muchas veces.

Nevita estuvo a punto de preguntar «¿cuándo?», pero luego lo pensó mejor. Después de todo, como cónsul romano debería saber algo sobre la historia de Roma. Sin embargo, hasta donde yo sé, nunca ha leído un libro de ningún tipo, aunque al prepararse para esta campaña me dijo, con suma seriedad, que estaba leyendo a Alejandro. Cuando le pregunté qué biografía estaba leyendo, dijo, *Alejandro y el malvado Mago* ¡una novela popular!

Di nuevas seguridades a Nevita. Le hablé de las victorias de Lúculo, Pompeyo y Ventidio, Trajano, Vero y Severo. Aparentemente, estos nombres le resultaron algo familiares y pareció aliviado. Por supuesto, no mencioné nuestras derrotas.

—Así que decid a los soldados que su temor a los persas es el resultado del temor que tenía Constancio a la guerra.

—Decídselo vos, emperador. —Nevita es el único hombre que se dirige a mí con ese título militar—. Ellos no saben de esto. Y se habla mucho de lo mal que van a ir las cosas.

—¿Los galileos?

—No sé quién comenzó el rumor —dijo Nevita encogiéndose de hombros—. Pero se habla de ello. Mejor sería que vos les dieseis una de vuestras conferencias sobre historia. —

Esta fue la vez que Nevita estuvo más cerca de

manifestar algún sentido del humor. Reí para demostrarle que apreciaba su esfuerzo.

—Les hablaré cuando lleguemos a Dura. —Nevita me saludó y comenzó a retirarse. Lo detuve—. Sería útil... —comencé. Pero entonces no sé bien por qué preferí no terminar—.

Mañana, Nevita.

Me dejó a solas a la sombra de la tumba. Habría querido pedirle que averiguara quién hacía correr los rumores. Pero lo pensé mejor. Nada destruye el espíritu de un ejército con mayor rapidez que el uso de agentes secretos e interrogatorios de medianoche. Aun así, había sido prevenido. Debía estar en guardia.

Partimos para Dura. Estábamos a unas pocas millas de Zaita cuando aparecieron por el este dos hombres a caballo; llevaban algo en unas angarillas entre ellos. Al principio pensé que era un hombre, pero cuando se acercaron vi que era el cuerpo de un león de gran tamaño.

Máximo susurró en mi oído: «¿Un rey morirá en Persia!» Pero yo había visto el presagio ya por mi propia cuenta. También me contuve de hacer la réplica obvia: «¿Qué rey?» Pero, puesto que este león persa había sido matado por flechas romanas, parece posible que el rey persa Sapor sea muerto por las armas romanas.

Ese león era el primero que vi tan de cerca; incluso muerto causaba pavor, con sus dientes largos como mis pulgares y con amarillos ojos en los que todavía centelleaba el ardiente furor de la vida. Ordené que lo desollasen. Usaría su piel para mi cama.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Mientras continuábamos nuestro camino hacia Dura, el sol desapareció, el cielo se tomó gris, se veían relámpagos. Se desató una violenta tormenta eléctrica. A pesar de que estábamos empapados y helados por la lluvia proseguimos nuestra marcha.

Poco antes de que se hiciera de noche, Víctor se me acercó cabalgando.

—Augusto, un soldado ha sido muerto por un rayo. — Aunque Víctor es galileo, tiene el interés por los presagios propio de los militares—. El soldado estaba abrevando dos caballos en el río en el momento en que se desató la tormenta. Iba a hacerlos retornar a su cohorte cuando fue alcanzado por el rayo. Murió instantáneamente.

—¿Cómo se llama?

—Joviano, Augusto. —Simulé tomar esto como un mero detalle.

—Enterradlo —ordené, y comencé a cabalgar.

Máximo fue el primero en hablar.

—El signo es ambiguo. El hecho de que se llame como el rey de los dioses, el mismo Jove tonante, no significa que esté implicado un rey. —Pero yo no le prestaba

atención. Era un tema para los etruscos.

Acampamos a las afueras de Dura, un gran poblado desértico cuyas casas de ladrillos lentamente retoman al polvo del cual fueron hechas por manos ya muertas. Las calles estaban vacías a excepción de las manadas de ciervos que las recorrían. Permití que los hombres matasen tantos como pudiesen para conseguir alimento. Era gracioso ver a nuestros mejores arqueros y caballeros corriendo a través de las polvorientas calles en persecución de los venados, que con rapidez se lanzaban al río y, como tropas preparadas que obedeciesen a un plan preconcebido, nadaban hasta la otra ribera. En medio de la corriente los barqueros mataron a muchos de ellos con sus remos.

Esa noche Máximo, Prisco y yo comimos carne fresca de venado en mi tienda. Luego se nos reunieron los sacerdotes etruscos. Su jefe es un hombre entrado en años llamado Mastara. Goza de mucha consideración en Roma, donde es consultado por el Senado.

Registro aquí, en forma privada, el hecho de que Mastara se ha opuesto a esta campaña desde el comienzo. Incluso interpretó la muerte del león como un presagio desfavorable para mí.

En general, la religión etrusca es bien conocida; en particular, es oscura. Desde el comienzo de los tiempos, el espíritu de la religión etrusca ha sido su peculiar armonía con las fuerzas naturales de la creación. La primera revelación es conocida por todos. Tages, un niño divino, apareció en el campo de un labrador llamado Tarchon, y le dictó un libro sagrado que fue la base de su religión. Posteriormente Vegoia, una joven diosa, se apareció durante una ceremonia al dios del trueno y dio a los sacerdotes un segundo libro que contenía instrucciones sobre cómo interpretar los signos celestes, particularmente los rayos. De acuerdo con este libro, el cielo está dividido en dieciséis partes, cada una consagrada a un dios particular (aunque un mismo dios puede a veces influir en sectores que no le corresponden). Uno puede descubrir qué dios se ha manifestado por la dirección en que proviene el rayo, el

ángulo según el cual golpea y, por supuesto, el lugar sobre el que cae.

Mastara no perdió tiempo. Ya había analizado la muerte del soldado Joviano.

—Sumo sacerdote, el rayo cayó desde la novena casa.

Supe lo que esto significaba incluso antes de que él diera su interpretación.

—La casa de Ares. La casa de la guerra. A la hora undécima Ares derribó al soldado Joviano junto al río que se hallaba al oeste de nosotros. Eso significa que un soldado de *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

Occidente, un rey, será muerto en una guerra. Ahora estamos haciendo proyecciones para descubrir el día y la hora exacta de la muerte de este rey. Mañana podremos decirnos cuándo este... aviso se convertirá en un hecho.

Eso era todo. Nos quedamos completamente inmóviles durante algún rato. Máximo estaba sentado delante de mí, con la mano mesaba su barba, tenía los ojos cerrados como si oyese una voz desde su interior. Prisco movió inquietamente su larga osamenta sobre un duro banco. Los etruscos permanecían inmóviles, mirando el suelo.

—El rey —dije por último— podría ser Sapor.

—Sumo Sacerdote, Sapor no viene de Occidente.

—Tampoco yo, para ser exactos. —Estaba dispuesto a buscar escapatorias como acostumbra a hacer la gente cuando una profecía se vuelve en su contra—. Yo vengo del norte. Los únicos reyes que vienen del oeste son los príncipes sarracenos. Mi propia interpretación es que uno de ellos morirá en la batalla.

—¿Entonces podemos continuar con nuestra proyección, sumo sacerdote? —Mastara no mostraba ninguna emoción. Era un sacerdote que hablaba a su superior, correcto, serio, obediente.

—No —dije con firmeza—. No veo ninguna necesidad. Pero, en la medida en que el ejército podría conocer vuestra primera interpretación, debo pedir os que hagáis conocer a todos la segunda interpretación, la correcta.

Mastara hizo una reverencia y partió con sus sacerdotes. Prisco dejó oír su risita seca.

—Ahora veo por qué los anteriores emperadores siempre insistían en ser también sumos sacerdotes.

—No creo haber interpretado mal el signo. —Pero, al comprender que esto no resultaba convincente, me volví a Máximo para pedirle ayuda. Él abrió sus ojos. Luego se levantó y se volvió primero hacia el oeste, luego al este, luego al norte, luego al sur.

—¡Ni siquiera un sarraceno! —dijo de pronto—. África, Mauritania. Allí está el rey condenado.

Al principio pensé si Máximo no estaría tratando de levantar mis ánimos deliberadamente, pero, puesto que

siguió de un humor tan exuberante el resto de la noche, ahora creo en él. Acabo de escribir una carta a Salustio pidiéndole que me envíe noticias sobre los reyes de Mauritania.

Es el amanecer. No he dormido en veinticuatro horas, tampoco dormiré durante las próximas doce. Dentro de una hora debemos estar en marcha. Oigo a mi servidor Calixto fuera de la tienda, dando a la guardia la contraseña. Ahora debo hacer notas para el discurso que pronunciaré hoy ante las tropas. Mi cabeza está vacía. Mis ojos arden. ¿Cómo empezar?

PRISCO: El discurso fue todo un éxito. Si Juliano estaba cansado, no lo demostró. Al describir esa sesión con los etruscos omitió la observación que yo le hice: ¿Qué sentido tiene oír a los adivinos, si no creéis en lo que os dicen?». Pero Juliano era muy parecido a los cristianos, que son capaces de extraer de su libro sagrado fundamentos para cualquier cosa que quiera hacer.

El discurso de Juliano tuvo un buen efecto. En la forma más breve y convincente explicó a los hombres cómo a menudo los ejércitos romanos habían obtenido victorias en ese Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

territorio y los previno para que no prestasen oído a los derrotistas, especialmente a aquellos que habían puesto entre nosotros los persas, cuyas astucias y traiciones subrayó. Cuando terminó se escuchó un gran tumulto de aprobación. Los galos vociferaban, pero las legiones orientales no se mostraban entusiastas, en especial la caballería de Víctor. Posteriormente me referí a esto con Juliano. Sí, él también lo había notado. «Ellos no me conocen. Los galos sí.

Cuando hayan ganado unas pocas batallas y saqueado unas pocas ciudades, querrán a su dirigente.» ¡Juliano el soldado práctico y no el humanista helénico!

JULIANO AUGUSTO

14 de abril

L. Arin. Orm, Cab.; R. Nev., Terc., Pet., C.; C. J. inf... Dag., Vic.; Van 1.500 ex.; Pirr; Luc. flota; Isla Anata: ¿Luc. 1.000? Esperando. Cib. Mitr. Her.

PRISCO: Creo que puedo interpretar estas notas. Juliano está anotando para sí mismo nuestro orden militar durante la marcha hacia el sur. A la derecha, costeando la ribera, Nevita dirigía a los terciarios, petulantes y celtas. En el centro Juliano dirigía la mayor parte de la infantería; el equipaje y los filósofos estaban también en el centro. A la izquierda —o Este—, Arinteo y Hormisda dirigían la caballería. Aunque Hormisda era un general de infantería, en el campo se hacen muchos cambios entre los oficiales de alto rango. Dagalaifo y Víctor cubrían la retaguardia, mientras 1.500 exploradores a caballo recorrían la campiña delante de nosotros. Luciliano dirigía la flota que nos acompañaba por el río.

«Isla Anata: ¿Luc. 1.000?, se refiere a la primera plaza

fuerte a la que llegaríamos, una isla muy fortificada en medio del río, a cuatro días de marcha de Dura. Juliano envió a Luciliano con un millar de soldados de armas ligeras para que acampasen durante la noche bajo los muros del fuerte. Como además esa tarde había una densa niebla, Juliano pensaba tomar la isla por sorpresa. Pero al alba la niebla se despejó súbitamente y un soldado persa fue enviado a buscar agua. Al ver a los hombres de Luciliano dio un grito de alarma y allí terminó el ataque por sorpresa de Juliano.

Pocas horas después Juliano cruzó hasta la isla. Una mirada a esos gruesos muros lo decidieron a abandonar la idea de un sitio. Debía tomar el fuerte por otros medios. En adelante, ésa sería su política durante toda la campaña. Entre la frontera romana y Ctesifonte —a una distancia de más de tres mil millas— había una docena de fuertes y ciudades rodeadas de muros. Juliano podía tomar cualquiera de ellas, pero a expensas de semanas o incluso meses de retraso. No le convenía hacerlo. De ese modo, prefirió aislar los

fuerzas, sabiendo que, una vez que el gran rey cayese, todas las ciudades serían suyas.

Juliano envió un mensaje al gobernador de Anata de que perdonaría las vidas de toda la guarnición en el caso de que se rindieran. El gobernador pidió parlamentar con Hormisda.

Juliano describe esto en la próxima nota.

«Esperando.» Estas notas fueron hechas a última hora de la noche del día catorce, cuando Luciliano estaba oculto en la isla.

«Cib. Mitr. Her.» Una oración: Cibeles, Mitra, Hermes.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

JULIANO AUGUSTO

15 de abril

Anata se ha rendido. Nuestra primera victoria en tierras persas. Al mediodía el gobernador de la isla, Puseo, me pidió que enviase a Hormisda para elaborar los detalles de la rendición. Confieso que estaba nervioso mientras esperaba los resultados de la conferencia.

Puseo podía matar con facilidad a Hormisda; pero antes de que pasase una hora desde el momento en que Hormisda había entrado en el fuerte, las puertas se abrieron y un buey adornado con guirnaldas fue traído por un sacerdote como signo de paz. Se oyeron fuertes vítores de nuestras legiones. Luego aparecieron Hormisda y el gobernador. Puseo era un hombre de tez muy oscura, que tenía reputación de buen soldado (¿por qué si no le habrían confiado ese importante fuerte?). Me saludó como habría saludado al gran rey, echado sobre su vientre. Luego, con el rostro lleno de polvo, me preguntó qué pensaba hacer con los habitantes de la ciudad.

Ordené a Anatolio y a sus notarios que se uniesen a nosotros. Luego dije:

«Gobernador, puesto que os habéis mostrado amistoso con nosotros y honorable en vuestros tratos, trasladaremos, a nuestras expensas, a vuestra gente hasta Calcis, en Siria, donde podrán vivir como han vivido aquí.»

Me lo agradeció cálidamente, restregando su cabeza en el polvo hasta que le dije que se levantase. Puseo luego me preguntó si podía ingresar en el ejército romano.

Me volví hacia Hormisda: «¿Puede?»

El rostro de Hormisda es un mar de delicadas respuestas; mediante el menor temblor de una ceja o el estremecimiento de una de las ventanas de su nariz es capaz de comunicarse sin palabras. El rostro dijo: ¡Cuidado! La voz dijo: «Sí, pero quizás no aquí, quizás con una guarnición en España o en Egipto.» De este modo, nombré a Puseo tribuno y lo envié a Egipto.

Todo esto tuvo lugar en la plaza principal de Anata, un pueblo de madera, paja y adobe, exactamente igual a cualquier otro pueblo romano o griego de esta parte del

mundo.

Mientras hablábamos, la gente pasaba muy cerca de nosotros. Las mujeres balanceaban hatos de ropas de cama y de vestir sobre sus cabezas, mientras los hombres transportaban armas y utensilios de cocina. De pronto se aproximó a nosotros un débil anciano, sostenido por dos mujeres. Me saludó a la manera romana y dijo en el latín de la soldadesca:

—Maximiliano, soldado de infantería de los ziannis, se presenta para cumplir con su deber. —Temblando, adoptó la posición de firme. Lo miré con sorpresa.

—¿De dónde venís? ¿Quién sois?

—Un soldado romano, mi general. Del ejército de Galerio Augusto.

Salucio dijo directamente:

—Eso es imposible. Hace cien años que Galerio murió.

—No, prefecto —dijo el anciano (todavía reconocía al verlo a un prefecto pretorio), Galerio estuvo aquí hace sesenta y seis años. Y yo estuve con él. Tenía entonces dieciocho años. Me alisté en Filippópolis, en Tracia. Obtuvimos grandes victorias allí.

—Pero, ¿por qué estáis todavía aquí? —Era la pregunta más fatua que puede hacerse a un hombre de ochenta años. Pero yo estaba totalmente sobrecogido por esa reliquia del pasado.

—Enfermé de fiebre. Mi tribuno, Decio (nunca me llevé bien con él), pensó que me iba a morir. Así que me abandonó aquí, diciendo a una familia que me enterrase como *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

correspondía cuando llegase el momento. —Rió, una risa como el cacareo de un viejo gallo—

. Bueno, todavía no me han enterrado. Podéis verlo, ¡supongo! Y ellos han desaparecido todos: Galerio,

Decio, Mario... era un buen amigo, pero cogió la sífilis... se ha ido, también.

Así que la familia que estaba dispuesta a enterrarme se encargó de mí y me he casado con dos de sus hijas. Las dos eran buenas muchachas. Ya han muerto. Éstas son mis nuevas esposas.

—Señaló a las mujeres que estaban de pie, listas para sostenerlo si caía—. General, os pido un favor.

—Os concederé todo lo que pueda —dije.

—He jurado que moriría en suelo romano y sería enterrado en tierra romana. Enviadme de vuelta a Tracia.

—Así se hará, soldado. —Ordené a Anatolio que se ocupase del asunto. El anciano me besó la mano y miré con sorpresa la parte de atrás de su arrugado cuello, ajado como un viejo pergamino y oscurecido por los rudos soles de casi un siglo. ¿Cómo podría haber vivido tanto tiempo? Con alguna dificultad sus esposas

lo ayudaron a levantarse. Respiraba fuerte debido al esfuerzo. Me miró con curiosidad.

—Sois el emperador de Roma, ¿no es así?

Asentí.

—¿Lo dudáis?

—No, no, señor. Ellos me dijeron que el general romano era también el emperador y fue entonces cuando sugerí la rendición al consejo de la ciudad. «No tenéis ninguna posibilidad», dije, «porque aquí hay un emperador en pie de guerra, y el gran rey está lejos, escondido quizás en el desierto, fuera de sí por el miedo. Mejor rendirse», dije.

¿No es así, Puseo?

—Sí, Augusto, así lo dijo.

—Este Puseo está casado con una de mis nietas, así que casi es romano. Los persas son buena gente.

Detesto el ver que les hagan daño.

—Seremos todo lo benévolos que podamos.

—He pasado una buena vida aquí. —Miró a su alrededor con vaguedad. Luego vio uno de los estandartes de los ziannis—. ¡Allí está mi legión! Debo hablar con esos muchachos.

Conocí a sus padres, abuelos quizás. Sí.. —Comenzó a caminar, pero entonces, acordándose de mi, se detuvo—. Gracias, general.

—Gracias a vos, soldado, por haber permanecido leal a Roma durante todos estos años.

—Vos sabéis, general.. señor, no me he enterado mucho de lo sucedido en el mundo en esta provincia porque llegan pocas noticias aquí y las que llegan no son dignas de crédito, porque los persas son grandes mentirosos. No pueden evitarlo, sabéis, no lo hacen para causar ningún mal. Es su manera de ser. Pero he oído hablar de un gran emperador al que llaman

Constantino. No sois vos, ¿no es cierto?

—No, pero ese emperador existió y fue mi tío.

—Sí, sí. —El anciano no escuchaba. Frunció el ceño, tratando de recordar algo—.

Hubo también ese joven oficial que estuvo con nosotros en el año 297... bien relacionado, era, su nombre era Constantino, también. A menudo me pregunto si era el mismo. ¿Sabéis quién era?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Por supuesto, Constantino había servido un año con Galerio en Persia. Asentí.

—Puede haber sido el mismo —dije.

—Se parecía a vos, sólo que estaba afeitado. Era un joven bastante hermoso, aunque ninguno de nosotros

pensábamos que se iba a convertir en soldado, le gustaban demasiado las mujeres y la vida cómoda, pero ¿a quién no le gustan? —suspiró contento—. Así que he visto a tres emperadores y moriré en suelo romano. ¿Y dónde está el tribuno Decio, que me trataba tan duramente y me dejó aquí para morir? ¿Dónde está? ¿Quién lo recuerda después de tantos años? ¡Pero yo estoy vivo y he hablado con el emperador en persona, con Julio! Eso es grande, ¿no es cierto? Así que si vos me excusáis, general, deseo ir a conversar con los muchachos tracios; es posible que alguno sea un nieto de Mario, aunque dicen que cuando uno coge la sífilis los hijos nacen muertos o algo peor. Era un amigo encantador, Mario.

El anciano me saludó y, ayudado por las dos viejas esposas, cruzó lentamente la plaza hasta el lugar donde se había establecido el estandarte de los ziannis. Este encuentro me había conmovido mucho, ¡aun cuando me hubiese llamado Julio!

Cuando todos los habitantes hubieron abandonado

Anata, prendimos fuego al poblado.

Luego volví a nuestro campamento junto a la ribera para ser saludado por los sarracenos, quienes acababan de capturar una buena cantidad de guerrilleros persas que intentaban apoderarse de nuestras provisiones. Di dinero a los sarracenos para demostrarles mi alegría, y les dije que permaneciesen alertas. También pregunté si los príncipes sarracenos estaban sanos y salvos. Sí.

Son las últimas horas de la noche. Estoy plácidamente adormecido. Nuestro primer encuentro con el enemigo fue todo lo satisfactorio que yo podía esperar. Si no fuera por la lluvia que cae y convierte en lodo el suelo de mi tienda, estaría totalmente contento.

PRISCO: Esa noche la lluvia estuvo acompañada de vientos. Al día siguiente, el 16 de abril, alrededor de las tres, fuimos asolados por un huracán del norte. El viento desgarró las tiendas, mientras el río, ya crecido

por las lluvias de primavera, se desbordó y algunas barcazas de grano naufragaron. Se derrumbaron los diques que controlan la corriente de agua del río y la conducen por canales de riego. Algunos sospecharon que los persas cerraron las puertas de las esclusas para inundar nuestro campamento. Nunca sabremos si lo hicieron o no. De todos modos, tras dos calamitosos días de lluvia continuamos nuestro rumbo.

Juliano estaba de buen humor. Todos lo estábamos. La primera plaza fuerte persa era nuestra y el ejército del gran rey llegó de Galia para dar la impresión de una poderosa multitud. Juliano cabalgó a la cabeza o a la retaguardia del ejército, los dos lugares más adecuados para ser acosados por guerrillas. Pero durante algunos días no nos encontramos con los persas; se mantuvieron en la ribera opuesta, vigilándonos. Sin embargo estaban muy alertas. Cada vez que nosotros amagábamos cruzar, ellos desaparecían en la espesura de ajenjos. Cuando uno de los galos cruzó —por razones personales— fue muerto cruelmente y su cabeza colocada sobre una pica para que pudiese ser

vista por todo nuestro ejército.

Fortuitamente perdí mi tienda en la tormenta y me vi obligado a compartir el alojamiento con Máximo. No nos sentíamos contentos ninguno de los dos con la compañía.

Entre otros malos hábitos, él hablaba en sueños. La primera noche dormimos juntos. Sus bisbiseos me resultaron tan insoportables que lo desperté.

—¿Yo? ¿Hablo en sueños? —me miró con los ojos cubiertos de legañas, con la plateada barba enredada como vellón antes de cardar, con la expresión que da el sueño.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Luego se acordó de sí mismo. —Pero, claro, estaba hablando. Es durante el sueño cuando converso con los dioses.

—¿No podríais hablarles al oído? No me dejáis dormir.

—Haré todo lo posible. —¿Luego se quejó a Juliano porque mi tos no lo había dejado pegar ojo! Pero yo apenas tosía, considerando que había cogido un resfriado muy malo a consecuencia de haberme empapado en la tormenta. Juliano se divirtió mucho al pensar que compartíamos la misma tienda.

JULIANO AUGUSTO

22 de abril

17 de abril, Tiluta, Acaicala. 18 de abril, frente abandonado, incendiado. 20 de abril, Barmalcha, cruce del río a 7 millas de Diacira. Templo, trigo, sal, fuentes bituminosas, desierto, incendiado. A Ozogardana, desierto, incendiado. Monumento de Trajano. Dos días en campamento. 22 de abril, intento de emboscada para Hormisda. Aviso. El ejército persa se reúne esta noche.

PRISCO: Entre el 17 y el 20 de abril pasamos tres islas fortificadas. La primera fue Tiluta, la cima de una montaña que sobresale de las aguas con una plaza fuerte en su pico. Juliano envió a un mensajero que pidió la rendición. El comandante envió una respuesta sumamente cortés. No se rendiría, pero juraba acatar el resultado de la guerra del emperador con el gran rey. Puesto que no podíamos perder tiempo en poner sitio aceptamos la réplica del comandante. En respuesta, la guarnición saludó a nuestra flota mientras pasábamos junto de los muros de la isla. Lo mismo sucedió en Acaicala, otra isla fortificada.

El 20 de abril llegamos a otra isla desierta llamada Barmalcha. Ante una sugerencia de Hormisda cruzamos el río y marchamos siete millas por tierra hasta Diacira, un rico centro comercial. A nuestra llegada la ciudad estaba desierta. Por suerte, los depósitos estaban llenos de trigo y, lo más importante, de sal. Fuera de los muros del pueblo, los soldados de Nevita encontraron algunas mujeres y las mataron. Esto no me pareció bien. No sé si Juliano se enteró de estos asesinatos.

Quando era necesario se mostraba severo para castigar la desobediencia y la traición, pero no era cruel, a diferencia de Nevita y de los galos, a quienes les gustaba la sangre por la sangre.

Diacira fue incendiada, así como la población vecina de Ozogardana donde, en forma

casual, encontramos los restos de un tribunal de Trajano. Juliano hizo de esta reliquia el centro del campamento que levantamos allí. Permanecimos en el lugar durante dos días mientras el trigo y la sal sacados de Diacira eran cargados en barcazas. Durante este tiempo Juliano estuvo ocupado con los generales y no lo vi en ningún momento.

Me conformé con la compañía de Anatolio (que resultaba bastante ameno, principalmente por sus fracasos como mayordomo de la corte), el admirable Fosforio y Amiano Marcelino, a quien había conocido en vuestra casa de Antioquía. Me resultaba muy simpático. Me dijo que nos habíamos visto antes en

Reims, cuando estaba en una de las legiones de Ursicino, aunque temo no recordar ese encuentro. Como sabéis, Amiano está escribiendo una historia de Roma con la que espera llegar hasta la época actual. ¡Bravo hombre! Hace diez años me envió una copia dedicada de los primeros diez libros de su historia, ¡en latín! No conozco la razón por la cual ha preferido escribir en este idioma.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Después de todo es oriundo de Antioquía, ¿no es así? Y, según me parece, desciende de una buena familia griega. Pero creo recordar que siempre tuvo algo de romanófilo. Solía pasar la mayor parte del tiempo con los oficiales europeos, y no parecía gustar de los asiáticos. Como historiador, seguí deliberadamente la tradición de Livio y Tácito antes que la de Heródoto y Tucídides, demostrando que sobre gustos no hay nada escrito. Últimamente me escribió para decirme que está

viviendo en Roma donde, aunque encuentra al mundo literario increíblemente árido y pretencioso, piensa tener éxito. Deseo que le vaya bien. No he leído mucho de su historia, pero parece escribir el latín con soltura, así que tal vez haya hecho una buena elección. ¡Pero qué cosa tan pasada de moda es querer ser un historiador romano! Me ha dicho que mantiene una correspondencia regular con vos. Me atrevo a sugerir que los dos podéis unir fuerzas cuando llegue el momento de publicar las memorias.

La noche del 22 de abril Hormisda partió en misión de reconocimiento y estuvo a punto de caer en la emboscada de una cohorte del ejército persa. Nadie sabe cómo los persas supieron la hora exacta en que iba a abandonar el campamento, pero la sabían. Hormisda se salvó por la inesperada profundidad del río en ese lugar. El enemigo no pudo vadear las aguas a causa de las lluvias.

«Aviso.» No sé qué quiere decir Juliano con esta palabra. Quizás un contraespía previno a Hormisda a

último momento. O alguien previno a Juliano del complot que se organizaba para terminar con su vida.

«El ejército persa se reúne esta noche.» A la mañana siguiente (23 de abril) vimos por fin al ejército persa. Algunos miles de hombres de caballería y arqueros estaban bajo las órdenes del gran visir, que sólo obedece al mismo gran rey, un cargo que se encuentra entre el del César y el del prefecto pretorio. Junto con el ejército del visir se encontraba una numerosa banda de sarracenos asiáticos, una tribu conocida por su crueldad.

A las dos se libró batalla contra el enemigo. Tras muchas maniobras, Juliano llevó su infantería hasta pocos metros de distancia de los arqueros persas y antes de que éstos pudieran disparar dio orden de que se efectuara una carga de infantería a toda marcha. Esta maniobra sorprendió a los persas el tiempo suficiente como para que nuestros hombres neutralizasen a sus arqueros. Los escudos de infantería embistieron contra los arqueros de forma que éstos no pudieron apuntar

sus flechas. Los arqueros se separaron y huyeron; el campo era nuestro.

Juliano estaba encantado.

—¡Ahora nuestros soldados saben que los persas son hombres como nosotros! —

Parecía el perfecto dios de la guerra; la cara sonrojada, el manto de púrpura manchado con la sangre de otros, los ojos brillantes por la excitación—. Vamos —gritó a Máximo y a los filósofos que entonces se acercaban a lo que había sido la línea del frente—. ¡Veamos los muros de Macepracta!

Ninguno de nosotros sabía lo que Juliano quería decir hasta que nos condujo a una aldea desierta cercana al campo de batalla. Allí vimos los restos de un antiguo muro. Juliano consultó un libro. «Ésta —dijo— es una parte de la antigua muralla asiria. Jenofonte la vio cuando estuvo aquí hace 764 años.» Alegre, nuestro victorioso general trepó sobre las piedras, y desde arriba leyó la *Anábasis* de Jenofonte. Todos miramos

respetuosamente lo que había sido una ruina incluso entonces, hacia tanto tiempo, pero me temo que, después del estímulo (y terror) de la batalla, ninguno estuviese de humor como para hacer turismo.

Finalmente, Juliano nos llevó de vuelta al río.

En las cercanías del campamento una legión de las tropas personales se reunió alrededor de una loma sobre la cual estaba su tribuno dirigiéndoles una arenga. Era alto, de Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

fueres músculos, de cabello rubio. «...¡Teméis a los persas! ¡Decís que no son hombres como nosotros sino demonios! ¡No lo neguéis! Os he oído murmurarlo por las noches como niños que temen la oscuridad.» La voz del tribuno era fuerte. Su rostro rubicundo y sus ojos —¿qué otra cosa?— azules. Nosotros, la gente de ojos oscuros, hemos perdido el mundo ante quienes los tienen como el hielo invernal. Hablaba con un ligero acento germano. «Pero ahora habéis visto a esos

demonios cerca de vosotros. Los habéis golpeado en la batalla. ¿Son tan terribles? ¿Tan enormes? ¿Tan aterradores?»

Se oyó un leve murmullo entre los hombres que se encontraban a su alrededor: no, los persas no eran superhombres. El tribuno era un espléndido demagogo. Miré a Juliano; se había tapado la cara con la túnica como un improvisado disfraz. Miraba al hombre con el interés alerta de un actor o retórico que estudiase la actuación de su rival.

«No. Son hombres como nosotros. Pero hombres inferiores. ¡Observad!» El tribuno ordenó a uno de sus oficiales que se adelantase. El hombre sostenía lo que primero pareció ser un fardo de andrajos. Pero era un persa muerto. El oficial levantó el cuerpo hacia el tribuno. Éste lo tomó sin ningún esfuerzo. Los hombres emitieron sonidos entrecortados, impresionados por la fuerza de esos dos hombres que manejaban un cadáver como si fuese un muñeco.

Con una mano el tribuno levantó el cuerpo tomándolo del cuello. El persa muerto era pequeño, con un bigote fino y negro. Se le veían los dientes con una expresión aterradora. Lo habían despojado de su armadura y los restos sólo estaban cubiertos por una sangrienta túnica. «¡Aquí está! ¡El demonio persa! ¿A esto le tenéis miedo?» Con la mano libre, el tribuno despojó el cuerpo de la túnica, dejando ver un cuerpo pequeño, casi infantil, con una mancha negra en forma de cuarto creciente debajo de la tetilla donde había entrado una lanza.

El tribuno agitó el cuerpo, como un perro de caza agitaría a una liebre. «¿Teméis a esto?» Hubo una fuerte respuesta: «¡No!» Luego una sonora carcajada ante la visión del cuerpo suave y sin vello, tan diferente del nuestro. El tribuno tiró despectivamente los restos al suelo. «¡Nunca más quiero ver a nadie murmurar que los persas son demonios! ¡Nosotros somos los hombres que gobernaremos esta tierra!» Ante los fuertes vítores, el tribuno descendió de su roca y caminó directamente hacia Juliano. Lo saludó con

elegancia, en modo alguno desconcertado.

—Un discurso necesario, Augusto.

—Un discurso excelente, Valentiniano. —Por si lo dudáis, el tribuno era nuestro futuro emperador—.

Quiero que todos mis comandantes den a sus tropas la misma... demostración.

Excelente.

Los soldados desaparecieron rápidamente, como ocurre siempre que se dan cuenta de que el emperador está entre ellos.

Juliano y su sucesor intercambiaron unas pocas palabras de soldados. Luego, cuando estábamos a punto de partir, Valentiniano llamó a un joven oficial de caballería que estaba en las cercanías, con los ojos desorbitados ante la presencia del emperador.

—Augusto, ¿puedo presentaros a mi hermano Valente?

A menudo me pregunto qué hubiera pensado Juliano de haber sabido que en menos de un año estos hermanos, hijos de un vendedor de sogas austriaco convertido en general, serian coemperadores del Oriente y Occidente. Sospecho que habría aprobado a Valentiniano, pero Valente era un desastre. Y difícilmente le hubiera alegrado el hecho de que ambos fuesen cristianos. Evidentemente no nos place a nosotros, ¿no s así? Estuve a punto de perder mi vida por culpa de Valente. Máximo perdió la suya.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Luego Juliano abandonó a sus sucesores, todos ignorantes del futuro. Si los dioses existen, son dementes. Los oráculos y los rayos, no nos dijeron nada. Si lo hicieran, no podríamos soportarlo.

Al día siguiente llegamos a un lugar donde las aguas del Éufrates son desviadas hacia una red de canales de riego. Algunos de estos últimos tienen ya miles de años

y sin ellos Persia no sería el rico país que es en la actualidad. Hubo quienes quisieron desviar las aguas y hacer que se secasen los campos, pero Juliano no lo permitió, y advirtió que pronto deberíamos vivir del producto de los mismos campos. En el origen del canal mayor había una alta torre, que señalaba la fuente del Naharmalcha («río del rey» en idioma persa) que desemboca en el Tigris más allá de Ctesifonte. La corriente de este río o canal era desacostumbradamente fuerte a causa de las lluvias. Con grandes dificultades se construyeron puentes de barcazas. La infantería pudo cruzar con seguridad, pero muchos animales de carga fueron arrastrados por la corriente. Según recuerdo, la caballería fue algo hostigada por exploradores persas, pero éstos fueron pronto ahuyentados por los jinetes sarracenos.

El 28 de abril, tras una marcha sin ningún acontecimiento de importancia, llegamos a Pirisabora, una gran ciudad de muros y torres impresionantemente altos, coloreados por el sol con un bruñido tono de piel de león. El río rodea en forma natural a la ciudad por

tres lados.

Por el cuarto los habitantes han cavado un canal y, de hecho, han aislado el lugar y lo han hecho bastante inaccesible para el enemigo. En el centro de la ciudad, sobre una alta colina, se levanta un formidable fuerte interior. Debo decir que me dio un vuelco el corazón al verlo.

El sitio de semejante ciudad podía durar meses.

Juliano envió su mensaje de costumbre a la ciudad; si se rendían, perdonarían la vida de los habitantes. Pero Pirisabora era una de las ciudades importantes de Persia, y la respuesta de su comandante, Mamérsides, fue arrogante. La ciudad no se rendiría. Pero Mamérsides hablaría con Hormisda (parece que habían mantenido correspondencia secreta).

Yo estuve presente cuando Hormisda, alto y brillante y en gran medida un rey persa, cabalgó hasta el foso que separaba la ciudad de tierra firme. Detuvo su caballo al borde de las aguas. Cuando los persas que se

encontraban sobre el muro lo reconocieron, comenzaron a proferir burlas y silbidos. Lo llamaron «traidor» y otras cosas peores.

Estaba lo suficientemente cerca de Hormisda como para ver los duros rasgos de su rostro cetrino, pero no se movió ni dio muestras de haber escuchado nada. Durante media hora continuaron los insultos. Luego, al ver que no había forma de mantener tratos con esos hombres, ordenó a su portaestandarte que se le uniese. Esto provocó un tumulto aún mayor.

El estandarte de Hormisda era el de gran rey de Persia. Con majestuosidad Hormisda se retiró, y Juliano ordenó el sitio.

Por desgracia, Juliano no describe el sitio y yo no recuerdo mucho sobre él. Quizás nuestro amigo Amiano lo registre. La historia militar no es realmente mi fuerte. Lo que más recuerdo de ese sitio es una serie de disputas con Máximo. Evitaré el relato de las disputas, pues olvidé sobre qué versaban.

La ciudad de Pirisabora cayó al segundo día, tras mucho luchar. Pero el trabajo no estaba terminado, puesto que el ejército y el gobernador rápidamente se refugiaron en la cumbre de su montaña, detrás de los muros de brea y ladrillo, fuertes como el hierro, donde podían resistir. Juliano mismo dirigió el primer ataque contra la ciudadela, que fue rechazado.

Al tercer día, Juliano ordenó la construcción de una helépolis, alta torre de madera que se utiliza para escalar los más altos muros. No hay defensa contra ella, ni siquiera el fuego, pues está cubierta con pieles mojadas. La helépolis no fue necesaria. Cuando estaba a medio construir Mamérsides pidió una tregua. Lo bajaron de la ciudadela por medio de una soga que Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

se rompió cuando se encontraba a unos pocos metros del suelo; se fracturó ambas piernas.

Juliano fue benévolo. Todas las vidas serían

perdonadas si la ciudadela se rendía.

Al caer el día, alrededor de 2.500 persas, hombres y mujeres, salieron cantando un himno de agradecimiento al gran señor que les había perdonado la vida y que desde entonces reinaría con benevolencia sobre ellos. Entonces Pirisabora fue incendiada hasta sus cimientos.

En esa época, Máximo y yo ya no nos hablábamos.

JULIANO AUGUSTO

3 de mayo

3 esc. cab. Trib. muerto. Com. Vis. ¡Estandarte perdido! 2 Trib. dest. diez Est.

Recuperado. discurso. 100 p. plat.

PRISCO: Recuerdo «3 esc. cab. Trib. muerto, etc.», vívidamente. El día posterior al incendio de la ciudad todos comimos al mediodía con Juliano. Fue un día placentero, y él volvía a reconstruir el sitio, como

acostumbran a hacer los soldados, hablando de lo que «podría-haber-ocurrido-si», cuando Anatolio entró en la tienda con la noticia de que el gran visir había puesto en fuga personalmente a tres de nuestros escuadrones de caballería, matando a uno de los tribunos y capturando al estandarte del regimiento.

Pensé que a Juliano le daría un ataque. Tiró su plato al suelo y salió precipitadamente de la tienda, gritando una llamada a las armas. En una hora, la fuerza del visir había sido localizada y nuestro estandarte recuperado. En tres horas los dos tribunos supervivientes fueron destituidos y, entre aquellos que huyeron ante el enemigo, fueron ejecutados diez, de acuerdo con la antigua ley del diezmo. Nunca he visto a Juliano tan furioso ni tan parecido al general clásico. Ordenó que todo el ejército presenciase las ejecuciones. Cuando éstas terminaron pronunció un discurso, en el cual previno contra la desobediencia y la cobardía y recordó al ejército que si alguien se rendía al enemigo, los persas le cortarían las extremidades y lo dejarían morir en el desierto. Luego halagó a las tropas por la victoria

de Pirisabora, y dio a cada hombre cien piezas de plata.

¡Pobre Juliano! Con tan poco interés por el dinero, nunca podía apreciar el valor de las cantidades. Nunca supo el precio exacto de nada, incluso el de la lealtad de los soldados rasos. Ante la mención de una suma tan pequeña, el ejército rugió su disgusto y yo temí que se amotinasen en ese mismo momento y lugar. Pero Juliano no se sintió intimidado. Les dijo bruscamente que él mismo era un hombre pobre y que la nación romana se encontraba en circunstancias económicamente difíciles porque muchos de sus predecesores habían utilizado el dinero para comprar una falsa paz en lugar del hierro necesario para las guerras. Pero les prometió que, apenas llegasen a Ctesifonte, el tesoro de toda Persia sería para ellos. Esto los puso de buen humor, y lo vitorearon y golpearon sus escudos.

JULIANO AUGUSTO

4 de mayo

14 millas. Corrientes. Alto. Puentes.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

PRISCO: Los persas rompieron los diques del río al sur de nuestra posición y perdimos un día usando botes y balsas para cruzar los muchos charcos que el agua del río había formado. La campaña se había convertido en un gigantesco pantano. Lo que recuerdo son las sanguijuelas gigantes que me picaban las piernas y me chupaban la sangre mientras vadeaba las aguas lodosas.

JULIANO AUGUSTO

7 de mayo

Maogamalca. Campamento. Preparar sitio.
Emboscada. ¿Traición?

PRISCO: Tres días después llegamos a Maogamalca, otra importante ciudad de grandes muros.

Allí Juliano estableció un campamento.

«Emboscada» se refiere a lo que sucedió esa tarde. Juliano y algunos exploradores hicieron una inspección de los muros exteriores, para buscar puntos débiles. Mientras pasaban debajo de las murallas, diez persas salieron de la ciudad por una puerta secundaria y, arrastrándose sobre sus manos y rodillas tomaron a Juliano y a sus exploradores por sorpresa.

Dos de ellos cayeron sobre Juliano, quien mató a uno, protegiéndose del otro con su escudo.

En cosa de minutos los persas fueron muertos y Juliano regresó al campamento, alegre como un chico, con las armas de los persas muertos como trofeo.

«¿Traición?» ¿Cómo estaban los persas enterados de esta partida de exploración?

Juliano tenía conciencia de que su ejército estaba lleno de espías, para no mencionar a quienes querían perjudicarlo. Sospechó la existencia de una traición, y estaba en lo cierto.

Los habitantes de Maogamalca se negaron a rendirse y Juliano estableció el sitio. En aquel entonces temía la aparición del ejército persa que, según se suponía, estaba reuniéndose al sur de Ctesifonte. Para tener mayor protección, levantó una doble empalizada alrededor de nuestro campamento.

JULIANO AUGUSTO

8 de mayo

La caballería bajo el mando del gran visir atacó a los animales de carga en un palmeral. No hubo bajas entre nosotros. Ellos tuvieron algunas. Los persas fueron puestos en fuga. La campiña está llena de árboles, de riachuelos y de charcos. Siempre pensé que Persia era un desierto. ¡Cómo me gustaría disponer de un tiempo de ocio y volverme Heródoto para describir esta parte

del mundo! ¡Es tan hermosa! Abundan las palmeras datileras y los árboles frutales. Los campos tienen el color amarillo-verdoso del trigo nuevo. ¡La cosecha de este año será buena, y nuestra!

Me interesan particularmente los estanques de nafta, una substancia muy aceitosa e inflamable que burbujea de la tierra. Esta mañana ordené que prendiesen uno de los estanques. Una columna de fuego se levantó hasta el cielo. La única manera de apagarla consiste en cubrir el estanque con arena; de otra manera seguiría quemándose durante años.

Dejé el estanque ardiendo como una ofrenda a Helios.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Me fueron presentados algunos prisioneros capturados durante la incursión de esta mañana. Son criaturas de curioso aspecto y las examiné con cierta atención, recordando a uno de los tribunos que en los últimos

días mostró a las tropas un cadáver persa, diciendo: «¡Ved a lo que teméis! ¡Éste es el demonio persa, de siete pies de alto con brazos de bronce y despidiendo fuego por la boca!» Luego mostró los restos de una frágil criatura que más parecía un niño que un hombre, ante los ojos asombrados de la tropa.

PRISCO: Tradicionalmente el registro de los discursos en los textos históricos no es literal.

Pero mi versión de los comentarios de Valentiniano era ajustada porque poseo algunas notas de esa época, que usé al hacer el comentario. Sin embargo, Juliano, a menos de una semana, ya había cambiado el texto. La historia es un chismorreo inútil sobre un suceso cuya verdad se pierde en el instante mismo en que ha tenido lugar.

Os ofrezco esta frivolidad por lo que es: ¡la verdad!

JULIANO AUGUSTO

8 de mayo

Los persas que examiné eran de caballería: pequeños, musculosos, de aspecto pesado, Hormisda actuó de intérprete. Pese a que esperaban ser ejecutados inmediatamente no mostraron temor. Uno habló en nombre de todos, un torrente de palabras. Cuando se quedó sin aliento, le pregunté a Hormisda qué había dicho.

Hormisda se encogió de hombros.

—Típicamente persa. —Hormisda estaba de humor griego—. Espera que nos ahogemos en nuestro orgullo y que la luna caiga sobre nuestro ejército y lo destruya, y que las tribus del desierto se levanten desde regiones tan lejanas como India y China y nos asesinen como carniceros. El estilo persa de hablar es siempre algo exagerado, particularmente en las metáforas.

Me reí. Siempre me ha divertido la retórica de los persas. Es característico de los pueblos orientales hablar siempre con loca extravagancia. Incluso sus cartas diplomáticas son muchas veces ininteligibles

debido a sus excesos a la manera de Píndaro.

Hormisda replicó del mismo modo. Los persas escucharon con expresión desdeñosa.

Eran hombres apuestos, con suaves barbas en punta y cejas que tendían a unirse, ojos particularmente expresivos, negros y profundos. Eran bastante entecos a causa de su austera dieta; sólo comían cuando tenían hambre, y aun entonces muy poco. Raras veces bebían vino; su único exceso (¡exceptuando su conversación!) eran las mujeres. Cada hombre tiene todas las concubinas que puede. No les gustan los muchachos. Son sumamente modestos sobre sus personas y consideran vergonzoso que un hombre vea a otro haciendo sus necesidades. Me gustaría que nuestro ejército imitase su modestia en lo físico. Sin embargo, con todas sus virtudes, no son gente agradable. Son arrogantes y jactanciosos, y gozan de la crueldad. Los nobles aterrorizan a las clases más bajas tanto como a los esclavos, los torturan y los matan a su gusto, y no hay quien proteja a los indefensos: carecen de ideas

caritativas. Sus leyes son salvajes. Por ejemplo, si un hombre es culpable de un delito capital, no sólo es ejecutado él, sino también toda su familia.

—Son desesperantes —dijo Hormisda con voz fatigada cuando se llevaron a los cautivos—. La raza más tonta de la tierra.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Pero vos sois su gran rey —bromeé—. Y, por lo tanto, el más tonto de todos.

—He vivido demasiado entre vosotros —dijo con tristeza.

—Por ello podéis ser mejor gobernante. Podéis cambiarlos.

—No cambian. —Negó con la cabeza—. Eso es lo importante en Persia. Como éramos, así somos; como

somos, así seremos. Cuando sea gran rey (¡el cielo y Juliano lo permitan!), dejaré de ser griego. Olvidaré a Platón. Seré como Darío y Ciro, como Jerjes y... sí, como mi hermano Sapor.

—¿Un aliado de Roma nada digno de confianza? — Pregunté esto en tono de broma, aunque lo decía en serio.

—¿Qué otra cosa cabe esperar? Soy el heredero de los reyes sasánidas. Somos crueles y extravagantes. — Luego rió, victorioso—. Os aconsejaron bien, Augusto, cuando os dijeron que mataseis a todos los persas, incluso a mí.

—Imposible —dije, y cambié de tema. Pero me sentía impresionado e inquieto por las palabras de Hormisda. ¿Mantendría un ejército romano en Ctesifonte y gobernaría a través de un procónsul? ¿O fracasaríamos como les había ocurrido a los judíos? Quisiera que Salustio estuviese aquí.

Pasamos el resto del día con la plana mayor

preparando el sitio de Maogamalca. La ciudad está situada en alto y tiene doble muralla. Sus guarniciones son buenas. He ordenado que los muros sean minados. Es un buen ejercicio, que todavía no he intentado. Nevita y Dagalaifo en este momento están cavando túneles bajo los muros. Al alba, Víctor y un grupo de exploradores de caballería harán reconocimientos hasta Ctesifonte. Hay rumores de que el ejército del gran rey se dirige hacia nosotros desde el este, pero se trata sólo de un rumor.

Todo marcha bien. Sin embargo, ¿por qué sorprenderme? Los dioses están conmigo y el espíritu de Alejandro me susurra: ¡Adelante, hasta el rincón más alejado del mundo!

PRISCO: Como de costumbre el espíritu de Alejandro era demasiado ambicioso. Teníamos suficientes problemas con la toma de Maogamalca, tendríamos muchos más con India y China. Pero en este tiempo Juliano no estaba loco, pese a los esfuerzos de Máximo. No había un plan inmediato para conquistar

las regiones más lejanas de Asia. Juliano anticipó una corta campaña en Persia, un invierno en Tarso y luego una expedición a la India.

Juliano no describe el sitio y la caída de Maogamalca; tampoco lo haré yo. Según recuerdo, la ciudad estaba sobre un alto risco que daba sobre el río. Para llegar a ella era necesario trepar por escarpados acantilados, muy apropiados para la defensa. El primer día se intentó un asalto frontal. Fracásó. Mientras tanto, se cavaron túneles por debajo de los muros.

El segundo día se levantaron las maquinarias para el sitio. El aire estaba lleno del ruido ensordecedor de las rocas lanzadas por catapultas contra los muros. El sol quemaba con intensidad. Los defensores y los atacantes pronto se sintieron agotados. Pero Juliano llevó a sus hombres hasta el límite de sus fuerzas, puesto que no podía perder tiempo en un sitio tan cerca de Ctesifonte y del ejército del gran rey. Por último llegó la noticia de que los constructores del túnel estaban listos para entrar en la ciudad. Esa noche

Juliano atacó los muros con su ejército mientras las tropas entraban en la ciudad bajo tierra a través del piso de la trastienda de una taberna vacía. La ciudad se rindió.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XXI

JULIANO AUGUSTO

11 de mayo

Hemos tenido una suerte excelente. Maogamalca cayó sin que sufriéramos muchas bajas. Acabo de recibir a Nabdates, el comandante persa. Me saludó como señor del Mundo y le perdoné la vida. Esto puede causar buena impresión. Si los señores persas creen que soy benévolo estarán más dispuestos a rendirse cuando se encuentren en situaciones difíciles. Así lo espero, puesto que no hay nada más desmoralizador

para un ejército que establecer largos sitios en ciudades sin importancia.

Nabdates jura no saber dónde se encuentra el gran rey persa y lo creo. Sospecho que Sapor no está en la capital, sino en algún lugar más al sur. En todo caso, pronto nos encontraremos, el gran rey y yo.

Escribo estas líneas en mi tienda junto al río. Sobre su alta colina la ciudad de Maogamalca arde como una antorcha en la negra noche. Con grandes dificultades evité una matanza en la ciudad. Los galos consideraban la resistencia persa como una afrenta; siempre lo hacen. Casualmente descubrieron algunos cientos de mujeres ocultas en la ciudadela y rápidamente las sortearon entre ellos. En tales momentos, los oficiales desaparecen y los hombres actúan. Por casualidad me encontraba cerca de la plaza durante el sorteo.

Las mujeres estaban amontonadas, junto con el tesoro de la ciudad; monedas de oro, ornamentos, rollos de seda, todo lo que se había encontrado entre las ruinas

había sido reunido para realizar una división justa. Uno de los petulantes, al verme, gritó:

«¡Algo para Juliano!» Así que me uní a los hombres, caminando como un legionario.

El centurión que se encontraba a cargo del sorteo me señaló una de las pilas de oro.

«Esa es vuestra parte, soldado», dijo, usando la expresión tradicional. Le di las gracias y tomé una sola pieza de oro. Luego los hombres comenzaron a gritar que podría tomar una de las mujeres. Saben por supuesto que soy célibe y consideran esto infinitamente cómico. Me negué con amabilidad. Pero ellos siguieron presionándome.

Así que miré a la multitud de desdichadas mujeres con la idea de tomar una niña y dejarla en libertad. Pero no había ninguna, salvo un chico muy hermoso de unos diez años. Lo señalé. Los hombres estaban encantados. ¡Mejor un muchacho como amante que un célibe en el trono!

El chico resultó ser un sordomudo de gran inteligencia. Los signos que hace con sus manos son veloces y graciosos, y puedo entenderlo fácilmente. Lo he convertido en mi servidor personal y parece feliz.

Me siento deprimido esta noche. La victoria suele animarme pero puedo ver ahora lo que va mal. Quizás se trate de las memorias. He estado dictando trozos de memorias de mi infancia en Macelo y el recordar aquellos años siempre me pone de mal humor.

Nota interesante: Un herculano me informó que en el momento más intenso de la batalla vio a un hombre alto con una extraña armadura trepando por una de las escalas de sitio. Posteriormente vio al mismo hombre en lo más reñido del combate, pero no pudo identificarlo y tampoco pudieron hacerlo los demás que lo vieron. Todos están seguros que ese guerrero era el mismo dios Ares. Debo pedir a Máximo que lo averigüe.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

12 de mayo

Por la tarde. Estoy sentado en el salón del trono de uno de los palacios del gran rey, un hermoso edificio de estilo romano, más parecido a una villa campesina que a un palacio.

Junto a él se encuentra un terreno vallado para la caza. Hay animales de todo tipo... leones, jabalíes, y esa bestia realmente terrible, el oso persa. Los hombres acaban de derribar las vallas y ahora cazan y matan a los animales. Hubiera preferido prohibirles esta matanza, pero es necesario que estén de buen humor, ya que nos hallamos cerca de Ctesifonte y de la batalla decisiva.

Joviano acaba de irse. Me trajo la piel de un león que había matado, una bestia bastante grande. «Para que haga pareja con la otra sobre vuestra cama.» Le agradecí el presente con efusión. Es el oficial galileo al que tengo más confianza, posiblemente porque es el más estúpido. Le di algo del vino que encontramos en

la bodega del palacio. Bebió con tal ansiedad que le obsequié con dos ánforas más cuando se iba; estaba muy contento y ligeramente borracho.

Prisco y yo recorrimos juntos el palacio. Es hermoso y cómodo a la vez, una combinación a la que no están acostumbrados los emperadores romanos. En apariencia, los servidores huyeron poco antes de nuestra llegada, dejando una comida todavía caliente en la cocina. Estaba a punto de probar el contenido de una de las ollas cuando el muchacho sordomudo me quitó el cacharro que tenía en la mano y probó él la comida, indicándome que debía cuidarme del veneno. Nunca pienso en tales cosas. No, eso no es verdad. En ocasiones me pregunto si el tazón de polenta que constituye mi cena no contiene mi muerte, pero nunca dudo en comerla. Si ése ha de ser mi fin, nada puedo hacer. Afortunadamente, la comida que los persas nos dejaron no estaba envenenada.

Puse a los secretarios a trabajar en el salón del trono, un cuarto frío y oscuro de ventanas enrejadas y un

trono barnizado de rojo sobre el cual ahora garabateo. El gran rey lleva una vida mucho más lujosa que yo. En uno de los salones descubrimos cientos de mantos de seda... Prisco insiste para que se los dé a Máximo.

Hemos preparado una gran cena para el estado mayor militar. Tengo los bocetos de un plan para la última fase que ahora empieza. En contra de lo que puede pensar la mayoría de historiadores, las guerras son en su mayor parte fruto de la improvisación. Habitualmente se tiene un objetivo último, pero los medios para alcanzarlo no pueden establecerse por adelantado. Ésta es la razón por la que la deidad favorita de los generales —y de Roma— es la Fortuna.

16 de mayo

Ahora acampamos durante tres días en Coche, aldea cercana al lugar donde antes se levantaba la ya desaparecida ciudad de Seleucis, construida por el general Alejandro. Más lejos se encuentran las ruinas de otra ciudad, destruida en el siglo pasado por el

emperador Caro. Consideré una buena medida el mostrárselas a los hombres, y enseñarles una vez más cuán victoriosos han sido los ejércitos romanos en Persia.

Todavía estoy impresionado por la belleza de la campiña. Las flores se abren; las frutas maduran; hay muchos bosques; mucha agua. Es una idílica región y me entristece el tener que incendiar tantas ciudades. Pero lo que los hombres destruyen también pueden Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

reconstruirlo. Estoy con los estoicos, que consideran la vida como una serie infinita de crecimiento y declinación, donde cada período de tiempo es signado por la propia imparcialidad del fuego.

Cerca de la ciudad destruida por Caro se encuentra un lago pequeño, cuyas aguas van a dar al mar. Allí contemplamos un espectáculo terrible. Empalados sobre estacas se encontraban todos los miembros de la

familia de Mamérsides, el oficial que se había rendido con Pirisabora. Con esa crueldad castiga el gran rey a quienes le desobedecen.

Era terrible ver no sólo a las mujeres sino también a los niños muertos en una forma tan dolorosa.

Mientras estábamos en el lago apareció Hormisda seguido por su corte persa (ahora tiene una comitiva de alrededor de cien persas) con Nabdates, el gobernador de Maogamalca.

Hormisda me saludó con formalidad y dijo: «Augusto, he sentenciado a muerte a Nabdates.»

Le pregunté por qué.

Hormisda fue inflexible: «Antes del sitio, teníamos un acuerdo privado. Él debía entregarnos la ciudad rendida. Estaba todo arreglado. Pero rompió el juramento que me había prestado, el mayor juramento que puede prestar un persa. Así que como gran rey debo darle muerte por el fuego.» Estaba impresionado

por la manera de actuar de Hormisda. Cuanto más nos acercábamos a Ctesifonte, más imperial y más persa se tornaba. Di mi consentimiento, y el desdichado hombre con sus piernas quebradas fue arrastrado hasta la hoguera. Me retiré antes de que prendiesen el fuego. Me disgustan todas las ejecuciones que no son a espada.

Escribo estas líneas sentado sobre un banco del que parece ser parque de un noble. Es un día hermoso; el sol es cálido, pero no tórrido; la campiña está verde y florida hasta donde alcanzan los ojos. Ahora estoy seguro del triunfo. Acaba de irse un mensajero de Arinteo. Un fuerte que se halla a veinte millas al este no quiere rendirse.

Debo ir allí para decidir si lo sitiare o no. Ahora se aproxima otro mensajero. Me siento perezoso y cómodo. Me gustaría quedarme sentado en este parque para siempre. Un viento cálido del sur me trae, de pronto, el aroma de flores, tal vez rosas.

PRISCO: El segundo mensajero posiblemente le llevase la mala noticia de que tres cohortes de Dagalaifo fueron atacadas por los persas en una población llamada Sabata. Mientras las cohortes eran entretenidas de esta manera, las guerrillas se lanzaron por sorpresa sobre la retaguardia del ejército y mataron a la mayoría de los animales de carga y a quienes los conducían. Fue un golpe severo. Juliano estaba furioso con Dagalaifo porque había dejado desguarnecidas a las bestias.

Respecto del «fuerte que se halla a veinte millas al este» y que se rendiría, Juliano cabalgó junto a sus muros y estuvo a punto de ser asesinado; su escudero fue herido.

Esa noche Juliano ordenó que se presentasen las máquinas de sitio. Por desgracia, había luna casi llena y la noche era idéntica al día. Mientras los manteletes y las torrecillas eran colocados contra los muros, los persas abrieron de pronto las puertas y cargaron sobre nuestras tropas de sitio con espada y jabalina. Mataron a la mejor parte de una cohorte y al tribuno que la

dirigía.

¿Cómo recuerdo todo esto con tanta claridad? Porque acabo de recibir por correo un esquema general de la narración de Amiano Marcelino de la campaña persa de Juliano. Hace algunos meses le escribí preguntándole si había anotado algo sobre aquellos días. En una *Revisado por Hyspastes*.

Junio 2005

carta que acompaña al paquete, dice que tomó «desordenadas notas en Persia, como de costumbre». Supongo que puede confiarse en esta narración. Es particularmente bueno en la descripción de las acciones militares. Debe serlo. Ejerció como soldado profesional, desde Bretaña hasta Persia. Os enviaría esta historia, pero como está en latín no podríais leerla y estoy seguro de que no queréis sufragar los gastos de su traducción. Además, él dice que se propone escribir la historia del reinado de Juliano, «tal como ha ocurrido». Supongo que esto quiere decir

«descolorida», como si el reinado de Juliano hubiese tenido lugar hace mil años y no tuviese interés actual. Le deseo suerte.

¿Dónde estaba? Ah, en el destrozo que los persas hicieron en una de nuestras cohortes.

Apenas los persas terminaron su sangriento trabajo escaparon al interior de la fortificación.

Al día siguiente Juliano lanzó toda la fuerza de su ejército contra el fuerte, que cayó tras una lucha encarnizada. Juliano estaba físicamente agotado por este encuentro. Me dijeron que él mismo dirigió el sitio, luchando durante trece horas sin interrupción. No lo sé, porque nuestro campamento estaba levantado a diez millas de distancia. Los de la corte descansábamos tranquilamente mientras los soldados luchaban.

Conservo pocos recuerdos de esta época. Solía jugar a las damas con Anatolio. Nos sentábamos frente a su tienda y jugábamos en una mesa portátil con los cuadrados del tablero labrado en la cara superior.

Dentro de la tienda, los secretarios trabajaban incansablemente.

La correspondencia del emperador siempre se mantenía como si nos encontrásemos en el palacio de Constantinopla. Independientemente de la desesperante situación militar, debía responder a sus cartas.

En una ocasión en que Anatolio y yo estábamos jugando a las damas, Víctor pasó muy rápido a través del campamento a la cabeza de una columna de caballería ligera. Quedamos casi cegados por el polvo. Anatolio estaba furioso.

—¡Lo hace expresamente! ¡Sabe que estamos sentados aquí! —Se limpió el polvo de los ojos con el borde de la túnica.

—Se comporta como cree que deben hacerlo los galos. —Dije esto para provocarlo.

Anatolio solía mantenerse callado respecto a las diversas facciones de la corte.

—Es mucho peor que cualquier galo. Y también más ambicioso.

—¿Ambiciona la púrpura?

—No puedo decirlo —Anatolio cerró su pequeña boca.

—¿Qué sabéis?

—Augusto sabe lo que yo sé. —No dijo más. Luego le gané cuatro piezas de plata, que nunca me pagó. Éste es el tipo de historia que yo narro.

JULIANO AUGUSTO

19 de mayo

Pasamos nuevamente la noche en uno de los palacios del gran rey. Éste es aún más lujoso y bello que el pabellón de caza. Está rodeado por un gran parque de cipreses en una campiña rica en viñedos y huertos. Estamos en pleno verano. ¡Qué hermosa estación para

hacer la guerra!

Víctor informa que pudo cabalgar hasta los muros de Ctesifonte sin que nadie lo detuviera. Las puertas están cerradas. De acuerdo con los rumores, el ejército del gran rey está todavía a algunas millas hacia el sur. Debemos estar preparados para movernos con Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

rapidez. Una vez que caiga la capital, la guerra habrá terminado. Sapor pedirá la paz. En el peor de los casos arriesgará todo en una batalla definitiva, y los persas no destacan por su capacidad para la guerra convencional. Son merodeadores por naturaleza, como los sarracenos.

He cenado con Máximo, Prisco, Anatolio y Hormisda. El comedor es particularmente espléndido, con frescos que muestran a Sapor cazando leones y jabalíes, todos muy realistas, del tipo de pintura que me gusta, aunque no tengo muy desarrollado el gusto por estas cosas.

Aun así, tras pasarse dos meses mirando las paredes de una tienda, uno goza de la belleza.

Me sorprendió que Máximo fuese un conocedor de arte. Esta mañana recorrió detenidamente el palacio, recomendando a Anatolio lo que debía empacarse y enviarse a Constantinopla.

—¿Habéis notado, Augusto, que las pinturas tienen un solo tema? Matar. Animales cazando. Hombres luchando. Bestias contra bestias. —No lo había notado, pero era la verdad.

—Se debe a que consideramos el acto de matar como una cosa necesaria y sagrada de la vida —dijo Hormisda.

—Nosotros también —dijo Prisco—. Sólo que simulamos aborrecerlo.

Preferí no llevarle la contraria. Estaba —estoy— de un humor demasiado bueno para eso. Me había bañado en la piscina de mármol del gran rey y me había puesto una

de sus finas túnicas de seda. Aparentemente, tenemos la misma altura. También encontré una caja fuerte que contenía una serie de ornamentos personales de Sapor, entre ellos un yelmo con la insignia imperial. Se la di a Hormisda.

—Deberíais acostumbraros a usar esto —dije.

La tomó. Luego cayó de rodillas y me besó la mano.

—La Casa de Persia os lo agradecerá eternamente.

—Bastará una generación de paz —le dije secamente, preguntándome cuánto tiempo pasaría antes de que el gran rey Hormisda fuese desleal a Roma. Los hombres no son agradecidos, en particular los reyes. Hormisda no lo sabe, pero decidí mantener por tiempo indefinido un ejército en Ctesifonte.

Mientras los filósofos se divertían discutiendo, Hormisda y yo nos reunimos con los generales en un salón vecino. Sobre la mesa había un mapa de Ctesifonte que Hormisda encontró en la biblioteca del

gran rey. Cree que podemos confiar en él. Víctor, Nevita, Dagalaifo y Arinteo estaban presentes; también el jefe de ingenieros.

Fui directamente al grano.

—No hay manera de llegar a Ctesifonte por agua. — Señalé el mapa.— Estamos dentro de un triángulo. Sobre nosotros el río del Rey; debajo el Éufrates; frente a nosotros el Tigris.

Los ríos Éufrates y Tigris se unen aquí, al sur de Ctesifonte. Pero no podemos navegar desde el Éufrates hasta el Tigris porque Ctesifonte domina el Tigris en su unión natural. Además quedaríamos más abajo que la ciudad. Como sabéis, esperábamos usar el río del Rey que se une al Tigris más arriba de Ctesifonte, pero este sector del canal se encuentra seco. Sólo nos queda una alternativa, abrir el canal de Trajano. —Señalé una línea de puntos del mapa—.

Cuando Trajano estuvo aquí, cavó un profundo canal desde el Éufrates hasta el Tigris, siguiendo el cauce de

un antiguo canal asirio. El jefe de ingenieros ha estudiado este canal durante los dos últimos días. Cree que puede ser reabierto.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

El jefe enumeró las muchas dificultades que suponía abrir el canal; la principal era una represa de piedra que habían levantado los persas a través del canal para evitar que lo usasen los invasores como Trajano. Pero una vez que se destruyera la represa, el jefe de ingenieros aseguraba que el canal resultaría navegable. Tras una breve discusión, di órdenes para que se destruyera la represa.

Los generales están de buen humor. Dagalaifo y Víctor están particularmente ansiosos por librar una batalla decisiva. Hormisda se muestra nervioso porque está muy cerca de la realización de sus sueños. Luego despedí a todos salvo a Nevita, que me pidió quedarse.

Preocupante. Cr.

PRISCO: ¿Sobre qué hablaron? Creo que Nevita debió prevenirlo de un complot para quitarle la vida. «Preocupante», sugiere esto. «Cr.» significa cristianos. Únanse las dos palabras y el significado es claro.

El 24 de mayo fue abierto el canal y la flota cruzó las tres millas desde el Éufrates hasta el Tigris, anclando a media milla al norte de la ciudad de Ctesifonte, que se levanta en el verde valle del Tigris como una montaña de ladrillo, cuyo enorme peso parece suficiente para combar la tierra. Desde este lado del río lo único que podemos ver de la ciudad son sus muros, que tienen la mitad de la altura de los de Constantinopla. A intervalos regulares, torres semicirculares sostienen la gruesa mampostería. Entre el Tigris y la ciudad se extiende una abierta llanura donde se reunió el ejército del gran rey durante la noche del 25 de mayo.

Anatolio me despertó al amanecer y juntos abandonamos el campamento y nos dirigimos a la

ribera, donde la mitad de nuestro ejército ya estaba reunida para observar al enemigo. Era un espléndido espectáculo. El ejército persa llegaba casi a los cien mil hombres.

O así lo calculábamos. Nadie sabe lo grande que es el ejército del enemigo, pero siempre decimos que es tres veces mayor que el nuestro. Pienso que éste probablemente lo era. Detrás de una empalizada de madera levantada sobre la escarpada ribera, los persas se habían establecido en orden de batalla. Cruzar parecía una locura.

Alrededor de nosotros los soldados hablaban entre ellos intranquilos. No se necesita ser un hábil veterano para comprender las dificultades que suponía cruzar el río bajo el fuego y, aún peor, trepar por la resbaladiza ribera y asaltar la barricada.

Me volví a Anatolio, que parecía tan preocupado como yo.

—No podemos cruzar por aquí.

—Quizás el emperador piense ir más arriba. Cruzar unas pocas millas más hacia el norte y luego, haciendo un círculo alrededor, sabéis, la clásica maniobra de Constantino...

Pese a su gran afición por la estrategia, Anatolio musitó hasta quedar en silencio. Casi durante una hora miramos lúgubrementemente a los persas que nos devolvían la mirada. Entonces apareció uno de los heraldos de Juliano, convocando a los hombres para una asamblea. El emperador daría las órdenes del día en persona.

—Todo lo que no sea una completa retirada me resultará insatisfactorio —dije, mientras Anatolio preguntaba qué ocurriría si simplemente ignorábamos Ctesifonte y volvíamos hacia el sur hasta el golfo Pérsico, «de donde provienen las perlas. Una tierra muy rica, también desde todos los puntos de vista».

Juliano apareció ante las tropas reunidas. Estaba exuberante; sus ojos brillaban; su túnica, por una vez, estaba limpia; su nariz con la piel algo levantada por el

sol.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Hombres, habéis visto el ejército de Persia. Y lo que es más importante, ¡ellos nos han visto a nosotros! —
Hizo una pausa para los vítores. No hubo ninguno.
Abrevió el silencio. Los generales que permiten que una desafortunada pausa dure demasiado pueden encontrar el silencio ocupado por una ruda frase que dé lugar a un motín. Pero Juliano tenía una sorpresa para nosotros—. Hoy estamos todos cansados. Ha sido una semana dura, abrimos el canal, movimos la flota, levantamos el campamento. Así que hoy tendremos juegos. Propongo carreras de caballos, con premios de oro para los ganadores. Las apuestas serán asunto vuestro, pues sé que hay algunos petulantes muy entendidos en las apuestas de carreras. Estoy seguro de que nos ayudarán a los demás. Que lo paséis bien. —Despidió a los hombres con un ademán, como un maestro de

escuela que da sus alumnos un asueto inesperado.

Todos estaban sorprendidos. Si se hubiera tratado de cualquier otro general, los hombres hubieran pensado que estaba loco. Pero era Juliano, que nunca había perdido una batalla. Tras un primer momento de sorpresa, los hombres vitorearon gustosamente a su joven jefe que podía, con todo aplomo, ordenar juegos mientras todo el ejército del gran rey de Persia estaba formado a sólo una milla de distancia. Hasta el último hombre confió en la fortuna y en la capacidad de Juliano. Si él tenía esa confianza, ¿qué podían tener ellos? Así el ejército hizo lo que él había dicho, y el día pasó entre carreras y juegos.

Esa noche Juliano ordenó cruzar por sorpresa el Tigris. El ejército fue dividido en tres sectores. Cuando el primero hubiese asegurado un lugar en la otra orilla, el segundo embarcaría, y así seguiría el otro. Los generales se opusieron a este plan. Víctor señaló al millar de hogueras de campamentos que llenaba el horizonte.

—Desde un punto de vista militar, tienen todas las ventajas.

—No todas —dijo Juliano con ambigüedad—. Ya veréis como tengo razón. Decid a vuestros hombres que suban a las naves. Quiero que todos crucen por la mañana.

Cuatro mil hombres subieron a cinco naves de carga vacías, bajo la renuente orden de Víctor. Nunca he visto tan atemorizados a los soldados. Antes de irse Víctor discutió con Juliano en la ribera. Ninguno de nosotros oyó lo que decían, pero Víctor partió furioso y Juliano estaba desacostumbradamente tranquilo.

Las naves desaparecieron en la oscuridad. Silencio. Pasó una hora. Juliano caminaba de un lado a otro, simulando interés sólo por las naves restantes que iban a llevar al resto del ejército a través del río una vez que hubiera seguridad del lado persa. El ejército esperaba.

De pronto la noche fue acribillada por flechas llameantes. Los hombres de Víctor desembarcaban.

Los persas los atacaban. Primero uno, luego dos, luego cinco barcos fueron incendiados por las flechas persas. A lo lejos podíamos oír cómo los hombres de Víctor se gritaban entre sí mientras trepaban por la resbaladiza ribera a la vacilante luz de las naves incendiadas. En nuestro lado del río comenzaba a manifestarse el pánico.

Juliano salvó la situación con una de sus inspiradas mentiras. Cuando todos estábamos seguros de que el desembarco había fracasado y que los hombres estaban perdidos, Juliano señaló a las cinco naves que se quemaban y gritó: «¡Eso es! El incendio de las naves. La señal de Víctor. ¡El desembarco ha sido un éxito! ¡A los barcos! ¡A los barcos!»

No sé cómo lo logró, pero los hombres le creyeron. Corría hacia un lado y otro sobre la ribera, gritando, empujando, instando a los hombres a que subiesen a la barcaza de desembarco. Luego él mismo se dejó caer en la primera barcaza cuando ésta se alejaba de la costa. Los hombres estaban entonces tan excitados

como él. Se amontonaban en las barcazas Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

restantes. Algunos incluso flotaban en el río sobre sus escudos. Seguro del desastre total, yo observaba cómo el ejército romano desaparecía en medio del impenetrable río.

Al amanecer, para mi sorpresa, habíamos ocupado la ribera.

Al día siguiente, Máximo y yo, junto con los sacerdotes y otra gente miedosa, estábamos sentados cómodamente en la orilla y observábamos la batalla de Ctesifonte como si estuviésemos en el teatro. Cuando nos quejábamos del calor nos traían sombrillas y vino.

Nunca los filósofos han observado con tanta comodidad un choque tan decisivo entre dos imperios.

Me senté entre Máximo y el etrusco Mastara. Anatolio

no estaba con nosotros, puesto que valientemente había preferido luchar con Juliano, aun cuando no se espera que los mayordomos de la corte sean guerreros. Nos burlamos bastante mientras se preparaba para la batalla, con su pequeña boca formando un firme círculo militar en su cara desesperadamente blanda.

«He luchado muchos años con la caballería», dijo tranquilamente. Su redondo estómago se movía hacia un lado y otro debajo de la armadura mal ajustada mientras ordenaba con gesto imperial al caballerizo que le trajese su cabalgadura. Con alarde, Anatolio subió de un lado del caballo y cayó del otro. Todos reímos ante nuestro impetuoso hermano.

Pero Anatolio hizo lo que quería; siguió a su emperador en la batalla.

Al principio vimos todo con claridad. Los persas se desplegaban en arco entre las murallas de Ctesifonte y el río. Primero la caballería; luego la infantería; por último, contra el muro, como una extensión de

montañas de lodo, un centenar de elefantes, cada uno con una torre de hierro sobre su lomo donde iban arqueros.

La caballería persa vestía una extraordinaria armadura compuesta de cientos de pequeñas placas de hierro cosidas de tal forma que no sólo el soldado quedaba cubierto completamente por la armadura sino que podía moverse con facilidad, pues el hierro se adaptaba a los contornos del cuerpo como la ropa. Sus caballos estaban protegidos por mantas de cuero. En manos de un general competente, la caballería persa es un arma importante.

Afortunadamente para nosotros, no había en ese momento ningún general persa de gran capacidad. Además, el ejército persa no era institución de carácter permanente como entre nosotros, sino una azarosa reunión de reclutas, mercenarios, nobles y esclavos. En momentos de crisis nacional todos los hombres con capacidad física son incorporados al servicio, lo que difícilmente constituya el mejor de los sistemas.

Detrás de la caballería, la infantería persa avanzaba en orden cerrado, protegida por escudos oblongos de mimbre cubiertos con cuero. Sobre uno de los elefantes de la retaguardia estaba el gran visir, mientras, sobre las murallas de Ctesifonte, el gran rey y su corte observaban la batalla de forma muy parecida a la que nosotros los filósofos la mirábamos desde nuestras sillas plegables sobre la ribera. Estábamos demasiado lejos como para reconocer a Sapor, aunque Máximo, como de costumbre, dijo haberlo visto con gran claridad.

—Tengo una vista muy aguda, ¿sabéis? Sapor está a la izquierda de esa torre junto a la puerta. ¿Veis el baldaquín azul? Bien, él está debajo, viste de escarlata. Aquellos que están con él deben ser sus hijos. Parecen bastante jóvenes... —Y siguió charlando. En realidad, cada uno de nosotros podía ver una débil mancha de color sobre las almenadas murallas.

Juliano en cambio era sumamente visible, cabalgando incansablemente a lo largo de la vanguardia a medida que nuestro ejército avanzaba. No sólo era fácil

identificarlo por su caballo blanco y su manto púrpura, sino también por el estandarte del dragón que siempre lo acompañaba.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Nuestras trompetas dieron la orden de avanzar. La infantería comenzó entonces su marcha extrañamente estilizada, basada en la del ejército de Esparta; dos pasos cortos, una pausa, dos pasos cortos, una pausa, todos al unísono mientras sonaba el tambor. Era tan terrible de ver como de escuchar. Hasta Máximo permanecía callado mientras avanzaba el ejército romano. De pronto, con un grito, nuestros hombres de choque de la vanguardia lanzaron sus jabalinas a la caballería persa. Y los dos ejércitos desaparecieron. Por un instante, casi estuve a punto de creer que se trataba de la magia de Máximo. Allí donde habíamos visto perfectamente bajo el brillante sol a ciento treinta mil hombres, no quedaba otra cosa que una opresiva

nube de polvo. No podía distinguirse nada. Pero del centro de la nube oíamos trompetas, tambores, gritos de guerra, metal golpeando sobre el metal, el silbido de las flechas.

La batalla comenzó al alba y duró hasta la puesta del sol. Tras una hora o dos de ver polvo, los etruscos estaban hartos y dejaron de orar por la victoria. En cambio se establecieron en un bosquecillo cercano y se dedicaron a beber. Eran bebedores prodigiosos.

Uno de mis pocos recuerdos felices de la campaña persa fue la noche en que los cinco etruscos estaban totalmente borrachos durante una importante ceremonia religiosa. Fue un desastre espléndido. Dejaban caer libros y vasijas sagradas mientras Mastara le aseguraba solemnemente al furioso Juliano: «Estamos poseídos por el dios.»

Máximo y yo observamos el muro de polvo durante todo el día. El único síntoma que teníamos del desarrollo de la batalla era la posición de la nube de

polvo que, hora tras hora, se acercaba a los muros de Ctesifonte. Los persas perdían terreno.

—El 15 de junio retomaremos Tarso —dijo de pronto Máximo; había estado haciendo signos en el polvo a nuestros pies con un báculo de mago.

—¿En tres semanas?

—¿Tres semanas? ¿Sólo habrán pasado tres semanas?

—¡Eso es! —Me miró directamente—. Sorprende pensar que conquistaremos Persia en tan poco tiempo. Difícilmente Alejandro lo habría hecho mejor. Quizás he cometido un error.

—Estudió el polvo a sus pies. Me hubiera gustado partírle el bastón en su loca cabeza.

—No. El cálculo es correcto. 15 de junio. Evidentemente se trata de ese día. Debemos decírselo a Juliano. Estará muy satisfecho. —Miró vagamente hacia el campo de batalla.

—¿Cómo sabéis que el emperador... —subrayé el título. Nadie salvo Máximo se refería a Juliano por su nombre— ...está todavía vivo?

—Debe estarlo. El 15 de junio. Os lo voy a demostrar. Fijaos en la Cuarta Morada del Sol...

—¿Y cómo sabéis que ganaremos esta batalla?

—A veces me sorprendéis, Prisco. Es todo tan evidente. Sapor está a punto de caer y nosotros regresaremos a nuestra patria victoriosos. Está establecido. Y francamente pienso volver a la vida privada. Estoy aquí sólo porque Juliano insistió...

Mientras Máximo hablaba fijé mi mirada en los muros de Ctesifonte, esperando que terminase la batalla. Poco antes de la puesta del sol, una ligera brisa atenuó la nube de polvo hasta que pudimos ver a los dos ejércitos totalmente confundidos en las puertas de la ciudad.

Los elefantes corrían enloquecidos, doblando árboles,

con los colmillos centelleantes. Me han dicho que los persas los usan tanto para intimidar a sus propios hombres como al enemigo. Y

en esa batalla tanto los persas como los romanos eran pisoteados por esas bestias espantosas.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Cuando se puso el rojo sol las puertas de la ciudad se abrieron para recibir al ejército persa. Nuestros hombres los persiguieron. En cosa de segundos el ejército persa dejó de ser un ejército y se convirtió en una masa de hombres aterrorizados que intentaban pasar a través de las puertas. Luego se hizo de noche.

JULIANO AUGUSTO

27 de mayo

No puedo dormir. Voy de una parte a otra de la tienda.

Estoy agotado tras doce horas de lucha, pero demasiado excitado como para dormir o para hacer cualquier cosa. Apenas puedo escribir estas líneas. Mis manos tiemblan de tensión.

¡He derrotado al ejército del gran rey! ¡Dos mil quinientos persas muertos, y sólo setenta y cinco romanos! Podríamos haber tomado Ctesifonte. Nuestra infantería podría haber entrado cuando lo hicieron los persas, pero Víctor la detuvo. Temía que ellos fuesen más numerosos dentro de una ciudad extraña. No me atrevo a asegurar que estuviera en lo cierto.

De haber estado yo en la puerta hubiera ordenado a los hombres que entrasen. Habríamos aprovechado la oportunidad: el ejército persa estaba en fuga. Esa era nuestra oportunidad.

Pero Víctor es cauteloso. Además estaba herido, una flecha en el hombro derecho, nada grave. Ahora debemos sitiar la ciudad. Una larga empresa.

Hoy he visto al gran rey, y él me ha visto a mí. Sapor

estaba sentado sobre el muro, debajo de un dosel. Yo me encontraba a pocos metros de distancia. Aunque está cerca de los setenta años, Sapor parece mucho más joven. Es flaco y tiene barba negra (Hormisda dice que se tiñe el cabello; Sapor es vanidoso respecto de su aspecto y a su potencial viril..., nadie sabe cuántos hijos tiene). Usa una corona de oro con una pluma escarlata. Desdeñosamente se había puesto ropas cortesananas. Parecía un pavo real, mirándome fijamente.

Levanté mi espada. «¡Bajad!», grité, aunque no creo que me oyera entre el tumulto.

Pero me vio y supo quién era. ¡El gran rey vio al emperador de Roma a las puertas de su ciudad! Los cortesanos que se encontraban a su alrededor miraban aterrorizados. Nadie se movió. Luego me distrajo la batalla que se libraba a mí alrededor. Cuando volví a mirar a la muralla, Sapor había desaparecido.

Antes de volver al campamento enterramos a nuestros muertos y despojamos a los cadáveres persas. Habían

sido muertos muchos nobles y nosotros apreciamos sus armaduras.

Desgraciadamente, ninguno de los galos y germanos pueden vestir una armadura persa. Es demasiado pequeña para ellos. ¡Así la mejor armadura del mundo va a manos de los asiáticos, nuestros peores soldados!

Celebramos la victoria con una comida en mi tienda. Los generales se emborracharon, pero yo no pude comer ni beber; estoy demasiado nervioso. Máximo dice que la guerra terminará dentro de tres semanas. Los soldados me han cantado una serenata durante toda la noche. Muchos están borrachos, pero no los reprendo. Voy afuera, los abrazo y los llamo por su nombre, diciéndoles que son muy buenos camaradas, y ellos me dicen lo mismo. Mañana entregaré coronas de guerra a los que se han destacado por su valor. También haré sacrificios a Ares, dios de la guerra.

¿Por qué no entró Víctor en la ciudad?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

PRISCO: El día siguiente fue echado a perder sólo por el sacrificio. Tras dar a los hombres sus condecoraciones, Juliano trató de sacrificar un toro a Ares sobre un altar recientemente construido. Por una u otra razón, nueve toros les parecieron defectuosos a los etruscos. El décimo, aceptable, se soltó de repente en el último minuto. Cuando por fin fue cogido y sacrificado, el hígado auguró desastre. Ante la sorpresa de todos, Juliano tiró el cuchillo de sacrificios al suelo y gritó: «¡Nunca volveré a hacer sacrificios!» Máximo parecía muy alarmado e incluso yo estaba desconcertado. Abochornado y sudando por el ardiente sol, Juliano desapareció dentro de su tienda. Sólo puedo atribuir su extraño comportamiento al hecho de que no había dormido durante dos días.

El mismo día Anatolio me llevó a recorrer el campo de batalla. Se sentía muy soldado:

«Aquí los herculanos hicieron un movimiento de flanco

para permitir que las cohortes de armas ligeras de los petulantes pudiesen pasar... » Ese tipo de cosas. Anatolio estaba tan satisfecho con su experiencia militar que no tuvo valor para reírme de él mientras me conducía a través de la polvorienta tierra, sobre la que todavía se extendían los persas muertos. Los persas no se pudren al sol como los europeos. Tras dos días bajo este clima, un europeo muerto entra en avanzado estado de descomposición. Pero no ocurre así con los persas. Simplemente se secan y se ponen duros como el cuero. Una vez le pregunté a Oribaso sobre esto y me dijo que se debe a la dieta. Según él, nosotros bebemos mucho vino y comemos demasiado trigo mientras que los persas comen frugalmente y prefieren los dátiles y las lentejas a nuestras ricas comidas. Sin embargo, he observado los cuerpos de nuestros delgados galos —sí, hay algunos— y aunque sus dueños llevan vidas austeras se descomponen tan rápidamente como los de sus corpulentos hermanos. Es sorprendente.

Los persas habían sido despojados de sus armaduras y

objetos de valor, salvo uno que tenía todavía un anillo de oro. Decidí tomarlo como recuerdo. Aún puedo recordar el contacto de esa fría y dura mano, y cómo, con gran esfuerzo, enderecé los dedos que se habían cerrado formando un oscuro puño. Miré el rostro del hombre muerto. Era joven y no tenía barba. Lo miré. Él me miró con los ojos brillantes como si tuviese fiebre. Las moscas zumbaban alrededor de su cabeza.

—Gajes de la guerra —dijo Anatolio tranquilamente.

—Gajes de la guerra —dije al persa muerto, dejando que cayese sobre la tierra con violencia. No parecía convencido. Las moscas se posaban en su cabeza. Usé el anillo hasta hace unos pocos meses cuando lo perdí en los baños termales. Me había adelgazado y el anillo cayó en la sala de vapor. Naturalmente, los sirvientes nunca devuelven nada.

Dos días después, el 29 de mayo, Juliano llevó el ejército hasta Abuzata, un fuerte persa sobre el Tigris que se encuentra a tres millas de Ctesifonte. Allí

establecimos campamento. Durante algunos días, ninguno de los amigos de Juliano pudo verlo. Estaba encerrado con su estado mayor militar. Había desacuerdo entre los generales. Algunos querían sitiar Ctesifonte. Otros preferían aislar la ciudad y continuar la conquista de Persia.

Unos pocos aconsejaban el regreso a territorio romano. Ninguno de nosotros conocía el plan de Juliano, y ni siquiera sabíamos si tenía alguno. Tampoco sabíamos que mientras estaba en el campamento había recibido una embajada de Sapor. Confieso que incluso si lo hubiera sabido no me hubiera importado mucho. Al igual que la mitad del campamento, estaba enfermo de disentería.

JULIANO AUGUSTO

30 de mayo

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Acaban de irse los enviados persas. Hormisda está con ellos. Estoy sentado a solas en mi tienda. Afuera, Calixto canta una triste canción. Hace mucho calor. Espero a Máximo. Si me retiro de Persia, el gran rey ha prometido cederme toda la Mesopotamia al norte de Anata; además, a sus propias expensas, reconstruirá nuestra ciudad de Amida y pagará en oro o en especias todo lo que pidamos para sufragar los costos de esta guerra. Persia está derrotada.

Los embajadores vienen a verme en secreto. Quieren hacerlo de esa manera. Yo accedo. Vinieron a mí como si fuesen oficiales hechos prisioneros en una incursión de los sarracenos. Nadie sabe que se trata de una embajada, salvo Hormisda y yo. El jefe de los embajadores es un hermano del gran visir. Mantuvo una estricta dignidad a la vez que proponía un tratado que, si lo acepto, significará que he ganado más territorio de Oriente para Roma que ningún general de la época de Pompeyo. Al comprender esto, el embajador dio rienda suelta a la retórica persa.

—Nunca olvidéis, Augusto, que nuestro ejército es más numeroso que la arena del desierto. Una palabra del gran rey, y vos y vuestras huestes estaréis perdidos. Pero Sapor es magnánimo.

—Sapor está atemorizado —dijo Hormisda, irritándose. Prefiero mostrarme indiferente cuando habla un embajador, para no darle ninguna pista sobre lo que pienso hacer.

Pero Hormisda ha estado permanentemente nervioso durante los últimos días. Pese a su edad luchó como un joven en Ctesifonte. Ya ve casi en sus manos la corona de Persia. Está aterrorizado ante la posibilidad de que pueda escapársele. Le compadezco. Sin embargo, mi política no es necesariamente la suya.

Hormisda sondeó a los embajadores.

—Conozco lo que sucede en el palacio de Ctesifonte. Estoy al tanto de lo que se murmura en los largos salones, detrás de las puertas de marfil. No se me oculta nada de lo que sucede entre vosotros.

No era un farol total. Los espías de Hormisda están bien ubicados en la corte persa y conocen cosas sorprendentes. Además, cuanto más territorio persa conquistamos, más se inclinan los nerviosos cortesanos a abandonar al viejo rey para acogerse a quien puede ser el futuro soberano. Pero el embajador no era de la clase de hombres que Hormisda podía ganar.

—Hay traidores en todo palacio, prefecto. —Usaba el título romano de Hormisda.

Luego se volvió hacia mí—. Y en todo ejército, Augusto. —No admití esa peligrosa verdad—

. Pero el gran rey es magnánimo. Ama la paz..

Hormisda se echó a reír teatralmente.

—Sapor viste harapos, quitados a un mendigo. Su barba y su cabello están cubiertos de cenizas. Come en el suelo como un animal. Lloro, sabiendo que sus días han pasado.

Hormisda no exageraba. Durante las últimas horas habíamos recibido algunas desgarradoras descripciones del dolor de Sapor ante mi victoria. Tenía todas las razones del mundo para estar triste. Pocos monarcas han sufrido tan dura humillación.

El embajador me leyó el esbozo del tratado. Le di las gracias. Luego le dije a Hormisda que atendiese a la embajada en la tienda de Anatolio, que es vecina a la mía.

Esperarán allí hasta que yo prepare una respuesta. Hormisda quería quedarse atrás y hablar conmigo, pero yo lo hice marchar. Aún no es el gran rey.

Ahora estoy sentado sobre la cama. El tratado se encuentra ante mí: dos rollos de papel, uno en griego, otro en persa. Los he colocado uno al lado del otro sobre la piel de león.

¿Qué hacer? Si acepto los términos de Sapor será un triunfo para mí. Si permanezco aquí, no Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

estoy totalmente seguro de que un sitio a Ctesifonte dé buenos resultados. En verdad, llevará mucho tiempo; quizás un año, y no puedo estar alejado de Constantinopla tanto tiempo. Hoy el ejército persa no es una amenaza, ¿pero quién sabe qué tipo de ejército sacará Sapor por el campo de batalla la próxima semana, el próximo mes?

En último término, todo depende de Procopio. Él está en el norte, en Bezarde, Corduena. O así me han dicho. No he recibido noticias directas de él.

Máximo se mostró brillante. Como siempre, fue directamente al grano.

—El tratado es un triunfo: una provincia ganada, la paz asegurada por lo menos durante...

—...una década.

—Quizás más. Amida reconstruida. Una fortuna en

oro. Pocos emperadores han conseguido tanto. Pero... —me miró pensativamente—. ¿Vinimos hasta aquí para eso, para ganar la mitad de una provincia o para conquistar la mitad del mundo?

Se detuvo. Esperé. Como verdadero filósofo, observó la cosa desde diversos puntos de vista, primero de un lado, después de otro.

—No puede negarse que es un excelente tratado, mejor que cualquiera que alguien hubiera podido soñar., salvo nosotros, que sabemos lo que nadie más conoce. Cibeles misma prometió vuestra victoria. Vos sois Alejandro renacido, venido a la tierra para conquistar Asia. No tenéis otra alternativa.

Máximo tiene razón. Los dioses no me han concedido todo esto para que regrese simplemente como si fuese algún jefe sarraceno que hace una incursión en la frontera.

Rechazaré el tratado que me propone Sapor e iniciaré el sitio de Ctesifonte. Cuando llegue Procopio podré

ordenar una marcha directa hacia el sol de la mañana. Sí, hacia la misma casa de Helios, el padre del que he venido y al que debo volver, en la gloria.

PRISCO: ¿Habéis leído alguna vez semejante tontería? ¡Si lo hubiese sabido! Pero ninguno de nosotros conocía lo que Máximo se proponía, aun cuando siempre dejaba caer indirectas sobre «nuestros planes». Pero, puesto que esos planes nunca eran revelados, permanecíamos en las tinieblas. Cuando corrió el rumor de que Sapor pedía la paz, Juliano negó con firmeza que hubiese venido una embajada, y nosotros le creímos. Estoy seguro de que si los generales hubiesen conocido los términos del tratado hubieran forzado a Juliano a que lo aceptase. Pero Juliano y Máximo mintieron, como lo hizo Hormisda, que no deseaba otra cosa que llevar hasta el final su última esperanza de reinar en Persia. Los tres querían que la guerra continuase.

Desde el momento en que adoptó esta decisión, se puede trazar la rápida declinación de Juliano. Al volver

a considerar sus acciones, uno piensa que parecen obra de un loco. Pero como entonces parecía tan absolutamente normal, ninguno de nosotros cuestionó sus órdenes, ni pensó que sus acciones fueran extrañas. Supimos que tenía informaciones que no conocíamos. Además, hasta el último día de mayo, siempre había obtenido éxito en todas las empresas que había iniciado. Aun así, los generales comenzaban a hacer críticas. Y la traición estaba en el aire.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XXII

JULIANO AUGUSTO

31 de mayo

Medianoche. El sordomudo está sentado a mis pies, tocando un instrumento muy parecido a una flauta. La melodía no es familiar, pero resulta agradable. Calixto

prepara mi armadura en el soporte que está junto a mi cama. Hormisda acaba de irse. Está satisfecho con mi decisión, pero yo estoy algo inquieto. Por primera vez estoy en un total desacuerdo con mis oficiales. No puedo decir por qué pero sé que el camino en el que me he embarcado es el correcto. En la reunión del estado mayor de esta tarde, Víctor me desafió abiertamente.

—Augusto, no tenemos fuerzas para intentar un largo sitio. Tampoco tenemos las provisiones necesarias. Además hay muchos heridos —tocó su propio hombro vendado.

—Y ninguna esperanza de que lleguen refuerzos. —Arinteo sigue como un autómatas la dirección que le impone Víctor.

—Está el ejército de Procopio y Sebastián —dijo Hormisda. Se sienta a mi derecha en la mesa de conferencias, sobre la que estaba desplegado nuestro único mapa de esta región de Persia, del que se ha

comprobado que no merece ninguna confianza.

—¡Procopio! —Nevita dijo el nombre con acento despectivo, concentrando en esa sola palabra el desprecio de toda la vida por las cosas griegas—. Nunca lo veremos aquí. ¡Nunca!

—He enviado órdenes a Procopio... —comencé.

—Pero ¿por qué no os ha obedecido? —Víctor condujo el ataque—. ¿Por qué está todavía en Corduena?

—Sí, ¿por qué? —Uno nunca está seguro de si Dagalaifo es ingenuo o sutil.

—Porque es un traidor —exclamó Nevita, acentuando la dureza y el sonido gutural del acento franco, lo que hace difícil entender sus palabras—. Porque él y el rey cristiano de Armenia, vuestro amigo —se volvió malévolamente hacia Hormisda—, quieren la muerte de todos nosotros. Así Procopio se convertirá en el próximo emperador cristiano.

Ante estas palabras, se produjo un embarazoso silencio. Lo rompí hablando suavemente:

—No podemos estar seguros de que ésa sea la razón.

—Vos no, emperador, pero yo sí. Conozco a esos asiáticos. Nunca en mi vida he tenido confianza en ellos.

—Miró en forma directa a Víctor, quien, muy grave, le devolvió la mirada.

Me eché a reír.

—Espero que confiéis en mí, Nevita. Yo soy asiático.

—Sois tracio, emperador, que es casi tan bueno como ser franco o galo. Además, no sois cristiano, o así lo he oído decir.

Todos rieron; la tensión se había aliviado. Luego Víctor expresó la esperanza de que obtuviésemos un tratado tan bueno como fuese posible de Sapor. Hormisda y yo intercambiamos una rápida mirada. Estoy seguro de que Víctor no sabe nada. También me alegro de haber

mantenido en secreto la llegada de la embajada, especialmente ahora que sé que Víctor y Dagalaifo están ansiosos por volver. Salvo yo, nadie cree que Procopio se unirá a nosotros. Estoy seguro de que lo hará. Si no lo hace...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Salucio propuso una solución de compromiso.

—Todos podemos suponer que Procopio tiene la intención de obedecer a su emperador. Después de haber ejecutado a un hombre a quien acusé falsamente de no cumplir con su deber, estoy a favor de dar a Procopio todas las oportunidades para que pruebe su lealtad. De todos modos, no conocemos las dificultades que puede haber tenido. Puede estar enfermo, o muerto. Así que sugiero que Augusto espere por lo menos una semana antes de iniciar el sitio, o hacer cualquier otro plan.

Este compromiso fue aceptado. Como todas las soluciones de compromiso, no resuelve nada, sino que prolonga —quizás peligrosamente— el tiempo de la indecisión. Pero no hice otra cosa que mostrar mi acuerdo con la demora del sitio. Quería mostrarme razonable porque estaba a punto de proponer una acción sumamente impopular.

—Nuestra flota requiere veinte mil hombres para dotarla y mantenerla. En la medida en que estamos cerca del río, los hombres pueden hacer ambas cosas. Pero si vamos al interior, para volver o para perseguir al ejército del gran rey, esos hombres deben venir con nosotros. Si ellos vienen con nosotros, los persas tomarán nuestras naves.

Para evitarlo será necesario que quememos la flota. Estaban asombrados. Nevita habló primero. Deseaba saber de qué manera esperaba yo volver a nuestro país sin las naves. Le expliqué que si volvíamos por el Éufrates o por el Tigris, deberíamos ir contra la corriente, una empresa lenta y laboriosa. La flota

resultaría un estorbo. Esto fue aceptado; aun así, todo el estado mayor se opuso, salvo Hormisda, quien comprendió que sólo quemando la flota podría hacer que las legiones me siguieran al interior.

Sí, ahora estoy decidido a asegurarme todas las provincias de Persia hasta la frontera con la India. Alejandro lo hizo. Estoy convencido de que yo también puedo hacerlo. El ejército de Sapor no puede oponerse. Con la cosecha a mano no tendremos que preocuparnos por las provisiones. Sólo una cosa me detiene: Procopio. Si él estuviese aquí, Ctesifonte caería con la ayuda de Hormisda, y no tendría enemigos a mis espaldas. Pero no puedo partir hasta que no sepa dónde se encuentra Procopio. Mientras tanto, debo quemar la flota.

Con paciencia respondí a las preguntas de los generales. Tenía la seguridad de que ninguno de ellos estaba de acuerdo. Cuando abandonaban mi tienda, Salucio me tomó un brazo. Pude sentir el desagradable calor de su aliento sobre mi piel mientras susurraba a mi

oído la única palabra: «Motín».

—¿Quién?

Aunque el último de los generales había abandonado mi tienda, Salucio continuó con su susurro:

—Los cristianos.

—¿Víctor?

—No sé. Quizás. Mis informes son vagos. Los hombres cantan una canción que dice que pronto estarán en su tierra, pero que vos no estaréis allí.

—Eso es traición.

—Por la forma en que está escrita la canción parece bastante inocente. Quien la haya escrito es inteligente.

—¿Quiénes la cantan? ¿Los galileos?

Salucio negó con la cabeza.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Los ziannis y los herculanos. Hasta ahora hay pocos comprometidos. Pero si quemáis la flota...

—Salucio, creed en mí. —Le tomé la mano—.
Conozco cosas que los demás no saben.

—Como ordenéis, señor —Salucio hizo una reverencia y salió.

He pasado esta noche solo, a excepción del sordomudo y de Calixto. Oro. Estudio la campaña de Alejandro en Persia. Examino los mapas y leo libros de historia. Si Helios quiere, pasaré el invierno en la frontera de la India. Ningún emperador romano ha anexionado nunca un territorio tan extenso a nuestro mundo.

JULIANO AUGUSTO

primero de junio

La flota ha sido quemada. Se han dejado doce naves para construir puentes. Las transportaremos sobre carros. Acabo de enviar a Arinteo con la infantería ligera para que termine con los restos del ejército persa oculto en las cercanías. También le he ordenado que incendie los campos de los alrededores y degüelle el ganado. Una vez que hayamos partido, los habitantes de Ctesifonte tardarán muchos meses en obtener suficientes alimentos. Eso nos dará tiempo. Ninguna noticia de Procopio.

PRISCO: La flota fue incendiada una calurosa y ventosa mañana. Las llamas se extendieron rápidamente de una nave a la otra hasta que el mismo Tigris, marrón, parecía quemarse. A medida que aumentaban los efectos del sol todos los objetos quedaban distorsionados por el calor. Parecía el fin de la creación según enseñan los estoicos, en un fuego vasto, purificador, final.

Miré el incendio con Anatolio. Por un momento estuve a punto de creer en Némesis.

Los hombres sintieron que esa vez el emperador había ido demasiado lejos, hundiéndolos en las feroces fauces del sol. Habitualmente, todas las órdenes que Juliano daba eran obedecidas con rapidez, y cuanto más difíciles eran de comprender más seguros estaban los hombres de su inteligencia. Pero ese día se vio obligado él mismo a quemar la primera nave. Nadie quería hacerlo. Vi temor en los rostros de los hombres mientras Juliano ofrendaba la flota a Helios.

—Por supuesto, nosotros no somos generales —dijo Anatolio tanteando, pues sabía lo que pasaba por mi mente—. El emperador es un maestro de la guerra.

—Incluso él puede equivocarse. —Ninguno de nosotros podía apartar los ojos del fuego. ¿Por qué el incendio de las cosas hechas por el hombre nos conmueve tanto? Es como la imagen homérica de los dos ríos en el Hades; uno de la creación, otro de la

destrucción, eternamente en un inquieto equilibrio. Los hombres han gozado siempre al destruir casi tanto como al construir, lo que explica la popularidad de la guerra.

Estábamos todos mirando al enfurecido río cuando pasaron sobre sus cabalgaduras un grupo de generales por nuestro lado. Uno de ellos era Valentiniano, su rostro estaba rojo por la ira y el calor: «¡Estúpido! ¡Estúpido! ¡Estúpido!», refunfuñaba. Anatolio y yo nos miramos nerviosamente. ¿Habría un motín de oficiales? Pero no hubo ninguno, pese a las protestas de los tribunos. Nunca he olvidado esa rápida visión que tuve de Valentiniano, su rostro Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

henchido de la misma furia que iba a matarlo años después cuando murió de un ataque mientras rugía a la embajada germana.

Por la noche, la flota había desaparecido. A lo lejos

podía verse a los persas reunidos sobre las murallas de Ctesifonte para observar el extraordinario espectáculo. Nadie sabrá nunca qué pensaban. El hecho de que un emperador de Roma incendiase la flota romana les parecía totalmente incomprensible. Apenas puedo creerlo yo mismo.

JULIANO AUGUSTO

3 de junio

Hemos levantado el campamento y nos movemos hacia el sudeste, hacia el interior. La campiña es rica; hay agua en abundancia. Los hombres están menos temerosos que antes.

Ahora se dan cuenta que no necesitamos del río para sobrevivir.

JULIANO AUGUSTO

3 de junio

Todo va bien. Nevita: alerta. Víctor. Cr. ¿Cercano? ¿Cómo? Los días se vuelven más calurosos. Pueden comenzar las marchas nocturnas.

Prisco: Nevita volvió a prevenir a Juliano del complot cristiano. Esta vez Víctor estaba directamente comprometido. Lo sé. Cabalgué junto a Juliano esa misma tarde. Me habló con franqueza de lo que le había dicho Nevita.

—Pero si me matan, ¿quién ocupará mi lugar? No hay nadie, a excepción de Salucio, que no es buen amigo suyo.

—Está Víctor.

Juliano sonrió fríamente.

—Lo matarían los galos. —Luego frunció el ceño—. Nevita dice que tienen a alguien próximo a mí para... que trabaje para ellos. ¿Sois vos? —Se volvió hacia mí y vi que, su voz ligera y juguetona, no se correspondía con la expresión de su rostro. Me miró fijamente con

los ojos deslumbrados por el sol. Como todos nosotros, tenía la cara muy morena y los ojos enrojecidos por la arena y el sol, y los párpados le supuraban. Había perdido peso y, mientras manejaba las riendas, podía verse el funcionamiento de sus músculos como cuerdas en el antebrazo. Ya no era un muchacho, ni siquiera era joven.

—No, yo no. —No conseguí encontrar una broma para contestarle.

—Seríais un triste emperador. —Volvía a ser el mismo de siempre. Cabalgamos.

Delante y detrás de nosotros el ejército se abrió paso a través de la brillante campiña, rica con la nueva cosecha.

Salucio se acercó; llevaba un turbante.

—¡Mirad eso! ¡Un clásico cónsul romano! —bromeó Juliano.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Pese a su inteligencia, Salucio no tenía sentido del humor. Nos explicó con toda solemnidad las razones que le impedían usar un yelmo bajo el sol: el calor le provocaba una erupción. Luego entregó una carta a Juliano.

—Del Senado de Constantinopla. Para felicitaros por vuestra victoria.

Juliano la miró.

—Demasiado rápido —dijo, devolviendo la carta.

Recuerdo cómo el sol brillaba sobre el dorso de su mano y los rubios cabellos destellaban contra la oscurecida piel. También observé lo largas que estaban sus uñas (entonces ya no se las mordía). Es curiosa la claridad con que se recuerda la forma de una mano vista rápidamente hace años, mientras se olvidan tantas

cosas de importancia.

JULIANO AUGUSTO

5 de junio

Medianoche: Fuego. Trincheras.

PRISCO: Esa noche los persas prendieron fuego a la cosecha. El fuego se extendió varias millas a nuestro alrededor, a través de campos, viñedos, huertos, aldeas.., y la noche era como el día. Aunque Juliano ordenó que se cavasen trincheras alrededor del campamento, se incendiaron algunas tiendas y algunos carros.

El fuego continuó durante tres días y tres noches. Cada vez que pienso en aquellas semanas en Persia, veo fuego en mi mente, huelo humo, siento el terrible calor del sol ardiente mientras el fuego abrasa.

Afortunadamente había manantiales en el campamento y tuvimos suficiente agua. También teníamos alimentos para una semana aproximadamente.

Pero después de eso nos esperaba el hambre. El negro desierto se extendía hasta donde podía alcanzar la mirada. Nada verde había sobrevivido.

Ahora compartía una tienda con Anatolio. Esto significa que estaba más metido que de costumbre en los asuntos de la corte. Habitualmente me mantengo apartado de tales cosas; siempre me ha aburrido la política, pero entonces me interesaba intensamente lo que ocurría.

A todos nos sucedía lo mismo. Nuestras vidas estaban en juego. Parecía que todos tenían un plan para salvarnos, a excepción del emperador.

El ejército estaba dividido casi por igual entre Juliano y Víctor, entre los europeos y los asiáticos, entre los helenistas y los cristianos. Por supuesto, Juliano era más fuerte simplemente porque sus partidarios eran los mejores soldados. Sin embargo, a medida que pasaban los días en medio de esa región salvaje y quemada, el partido de Víctor se hacía más notable y exigente,

insistiendo para que el emperador actuase. Pero Juliano no daba ninguna señal de lo que pensaba hacer. En realidad, sin este diario nunca nos habríamos enterado de lo que pasaba por su mente.

JULIANO AUGUSTO

6 de junio

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

La caballería persa hizo una incursión en el depósito de provisiones antes del alba.

Algunos fueron muertos. No hubo bajas entre nosotros. Cabe esperar más actos de este tipo.

Al mediodía oré a Helios. Sacrifiqué un toro blanco. El augurio no era decisivo. ¿Qué hacer?

Tuve un fuerte enfrentamiento con Víctor en la reunión

del estado mayor de esta tarde.

Mis cuarteles son sofocantes. Ninguno de nosotros lleva armadura. Los generales estaban distribuidos a mí alrededor sobre banquillos. A mis pies estaba sentado el sordomudo; observaba todos mis movimientos con los ojos alerta y amorosos de un perrito. Sólo tengo que pensar que estoy sediento para que él lo lea en mi rostro y me traiga agua.

Apenas había saludado a mis generales cuando Víctor tomó la iniciativa.

—Augusto, debemos regresar por el camino que vinimos, a través de Asiria. —Arinteo en seguida estuvo de acuerdo. Los otros esperaban ver lo que diría.

—Eso siempre es posible. En efecto. Siempre. — Adopté los modales de Mardonio; locamente razonables aunque totalmente evasivos—. Pero tal vez, conde, vos nos diréis, primero, por qué creéis que debemos regresar y, segundo, por qué preferís esa ruta.

Víctor pareció más que nunca el rufián de aldea que trata de controlarse en presencia del maestro de su escuela.

—Primero, como el Augusto sabe, pronto nos encontraremos escasos de alimentos.

Mis exploradores me informaron que en veinte millas hacia el sur y el este sólo hay cenizas.

Hacia el norte está el desierto. Eso nos lleva hacia el oeste, de donde venimos.

—¿Habéis olvidado que nosotros mismos quemamos los campos alrededor de Ctesifonte?

—Si, cometimos ese error, pero...

Nevita carraspeó amenazadoramente, desde lo hondo de su garganta, como un toro que se prepara para atacar. No se debe acusar al emperador de cometer errores. Pero ordené a Nevita que guardase silencio. Traté de hablar con amabilidad.

—Pero, puesto que ese «error» fue cometido, ¿que significado tiene dirigirse de una a otra región devastada?

—Allí todavía hay algunas regiones que no quemamos. Podemos vivir de la campiña.

También podemos utilizar esos fuertes que capturamos...

—...¿y quemamos? No, conde, esos fuertes no nos resultarán útiles y vos lo sabéis.

Así que os vuelvo a preguntar: ¿por qué queréis volver al lugar de donde vinimos?

—Porque conocemos esa región. Podremos vivir de ella, de alguna manera. Los hombres tendrán una mayor seguridad.

—¿Puedo hablar, señor? —Hormisda había dejado de ser el gran rey y volvía a ser un cortesano griego, una mala señal—. El ejército no puede volver a remontar el

Éufrates porque ya no hay flota. No tenemos medios para hacer puentes.

—Podemos utilizar las naves que hemos conservado —dijo Víctor.

Esta vez Salucio le respondió:

—Doce naves pequeñas no bastan para cruzar el Tigris. Nos guste o no, estamos confinados en este lado del río. Si volvemos a nuestra patria, deberemos hacerlo por el camino de Corduena.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—¿No podemos tomar barcos de los persas? —preguntó Dagalaifo de pronto—. Debe de haber cientos en los puertos.

—Antes los quemarán todos —dijo Hormisda.

—He hecho investigaciones —comenzó Salucio, hablando como si estuviera cómodamente sentado en su silla de prefecto pretorio en Constantinopla, rodeado de notarios, en vez de encontrarse sudoroso en una tienda sofocante con un paño alrededor de la cabeza quemada por el sol—, y parece que las naves de los persas no están a nuestro alcance. Nuestra única esperanza consistiría en construir otras nuevas, pero, por supuesto, nos faltan los materiales necesarios.

Hormisda terminó el argumento.

—Aun cuando pudiésemos cruzar el Tigris, para volver al norte tendríamos las mismas dificultades que hemos tenido aquí. Sapor quiere matarnos de hambre. Quemará toda Persia si es necesario. Además, ahora han comenzado las lluvias en la Mesopotamia y se ha disuelto el hielo del invierno en las montañas. El camino que nos lleva a Ctesifonte está lleno de pantanos y de mosquitos que nos traerán fiebres. No obstante iremos allí donde el Augusto ordene.

—Así lo haremos todos —dijo Víctor—. Pero, ¿cuál es su plan?

Miré los brillantes ojos de mi enemigo y vi que pensaba matarme. Lo había sabido desde el comienzo.

—El Augusto quiere considerar todas las posibilidades antes de adoptar una decisión

—respondí con calma—. También recuerda al consejo que todavía no hemos recibido noticias de Procopio. Existen rumores de que aún se encuentra de camino hacia aquí. Si él llega sitiaremos Ctesifonte.

—Y en tal caso, ¿de qué nos alimentaremos?

—Procopio traerá provisiones. Además, para llegar aquí deberá abrir una línea de comunicación desde nuestra provincia de Corduena. Esta se encuentra sólo a tres mil millas de distancia. Si Procopio llega no deberemos preocuparnos por las provisiones.

—Pero, ¿y si no llega? —Víctor se inclinó hacia

delante, como un perro de caza que ha oído la presa.

—Entonces nos encontramos en la misma situación. Parece que hay acuerdo en que no podemos rehacer el camino por el que vinimos.

—Porque la flota fue quemada.

Eso era demasiado. Me volví hacia Víctor:

—Conde, no volveréis a hablar hasta que yo os lo permita. —Como si hubiese sido golpeado, Víctor parpadeó y volvió a sentarse. Continué—: Siempre tenemos la alternativa del desierto hacia el norte. Pero tendremos un duro camino hasta Corduena. —Vi que Hormisda quería hablar. Asentí.

—El Augusto sabrá que no hay mapas de este territorio. Tendremos que confiar en guías. Y quizás no sean de confianza.

—¿No podemos seguir el curso del Tigris? —Dagalaifo se abanicaba con la hoja de una palmera.

—No sin dificultades —dijo Hormisda—. Hay muchos fuertes poderosos...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Y nosotros constituiremos un ejército en retirada, no en conquista. No podremos sitiar las ciudades —dejé caer esto. Hasta el momento nadie había mencionado la posibilidad de una derrota. Después de todo, hemos destrozado al ejército del gran rey; la mitad de Persia es nuestra. Sin embargo, ahora debemos hablar de retirada porque fanáticos persas han quemado los campos. Es una tragedia. Debería haberla previsto.

Pero no lo hice. El error es mío. Es difícil concebir que, sin perder una sola batalla, pueda dejar instantáneamente de ser un conquistador para convertirme en el caudillo de una banda de hombres atemorizados que sólo desean volver a su patria lo más pronto posible. ¿Es ésta la venganza de Ares por lo que dije durante el sacrificio en Ctesifonte?

Arinteo se hizo cargo de mi desafío.

—No estamos de retirada, Augusto. ¿Cómo podríamos estarlo? Mañana el viejo Sapor hará un tratado con vos concediéndoos todo lo que pidáis para que volváis a Roma. —Las noticias de la embajada persa han estado en el aire durante una semana. Ningún secreto dura mucho en un ejército. Sospecho que los mismos persas han difundido el rumor, para crear la discordia: ¿Por qué vuestro emperador os exige tanto cuando nosotros estamos dispuestos a daros oro, territorios y un seguro camino de vuelta? Los persas son expertos en este tipo de cosas.

—Víctor parece pensar que hemos sido derrotados — dije—. Yo no. Pienso que debemos esperar unos pocos días más a Procopio. Si él no viene, consideraremos las posibilidades de dirigirnos al norte hasta Corduena o seguir hacia el sur hasta el golfo Pérsico

—dije esto con naturalidad. Era la primera vez que

sugería una cosa semejante a mis generales. Quedaron sorprendidos.

—¡El golfo Pérsico! —Víctor olvidó momentáneamente mi orden de que permaneciese en silencio.

Con rapidez balbuceó una excusa.

Me temo que Salucio habló en nombre de la mayoría:

—Es demasiado lejos, Augusto. Sólo estamos a trescientas millas del territorio romano y parece como si estuviésemos a tres mil. Si continuamos avanzando por Persia, seremos tragados.

—Los hombres no quieren ir. —Nevita era cortante—. Ya están atemorizados.

Ordenadles ir hacia el sur y tendréis en vuestras manos un motín de primera clase.

—Pero las ciudades del golfo son ricas y no están protegidas.

—No quieren ir, general. Ahora no. Pero aunque quisiesen, ¿qué impediría a los persas quemar todo a nuestro paso? Son lo suficientemente locos. Moriríamos de hambre antes de avistar el golfo.

Así abandoné ese sueño. Por ahora. Luego despedí al consejo.

Estoy sentado en mi catre. Escribo estas líneas sobre mis rodillas. Calixto prepara el manto para el sacrificio. El sordomudo toca la flauta. Dentro de poco vendrá Máximo. Y

dentro de una hora oraré primero a Zeus, después a la Gran Madre. ¿Dónde he fracasado? ¿Es ésta la venganza de Ares?

JULIANO AUGUSTO

7 de junio

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Los augurios son malos. Los presagios no son concluyentes. No aconsejan el regreso por el camino de Asiria, tampoco aconsejan ir hacia el norte hasta Corduena. ¡Uno indica que podría ir por el sur hasta el golfo! Pero las tropas no obedecerán. Ya están próximas al motín.

Debo detener a Víctor o enfrentarme a la rebelión.

JULIANO AUGUSTO

8 de junio

No he dormido durante días. El calor por la noche es casi insoportable como el del día.

Es como sufrir fiebres; parecemos cadáveres secos. He tenido explosiones de mal humor con todos. Golpeé a Calixto cuando abrochó torpemente mi túnica. Discutí con Salucio por un asunto trivial, y él estaba en lo justo. Esta noche estuvo Máximo conmigo. Permanecemos

solos porque Prisco está enfermo de disentería y Anatolio lo cuida. Mientras comía, Máximo trató de levantarme los ánimos. Logró todo lo contrario.

—Es sencillo. Dad la orden de marchar hacia el sur. Deben obedecer. Sois el emperador.

—Habré sido el emperador. Antes me matarán.

—Pero la misma Cibeles nos ha dicho que debéis completar vuestra obra. Vos lo sabéis, sois Alejandro.

Exploté ante estas palabras.

—No, yo no soy Alejandro. Él ha muerto. Yo soy Juliano, que está a punto de morir, en esta desamparada región...

—¡No! ¡No! Los dioses...

—...¡Nos engañan! ¡Los dioses se ríen de nosotros! Nos elevan para divertirse, y nos hacen caer nuevamente. No hay más gratitud en el cielo que en la

tierra.

—Juliano...

—Decís que he nacido para hacer grandes cosas. Bien, las he hecho. He vencido a los germanos. He salvado la Galia. ¿Para qué? ¿Para demorar el fin de este mundo en uno o dos años? Desde luego, no por más tiempo.

—Habéis nacido para restablecer el culto de los verdaderos dioses.

—Entonces, ¿por qué me dejan fracasar?

—¡Todavía sois emperador!

Llené mi mano de tierra carbonizada del piso de la tienda.

—Esto es todo lo que queda de mí. Cenizas.

—Viviréis...

—Pronto estaré tan muerto como Alejandro, pero

cuando me vaya llevaré a Roma conmigo, pues nada bueno vendrá después. Los godos y galileos heredarán el estado, y como buitres y gusanos limpiarán los huesos de todo lo muerto, hasta que no quede nada parecido a la sombra de un dios sobre la tierra.

Máximo ocultó la cara entre sus manos mientras yo daba rienda suelta a mi ira.

Pero me detuve, avergonzado por comportarme como un tonto.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Es inútil—dije finalmente—; estoy en manos de Helios y el día está a punto de terminar. Así que, buenas noches Máximo, y rogad para que ésta sea una buena noche.

No puedo creer que todo haya acabado. Nuestro ejército está intacto. El ejército persa está deshecho.

Todavía podemos ir hacia el norte hasta Corduena. Si Helios me abandonara ahora no me quedaría nadie para restaurar su culto.

¡Esto es la locura! ¿Por que he caído súbitamente en semejante desesperación? ¿Por qué he de morir ahora, en la cumbre de mi reinado, a la edad de...?, ¡he tenido que pararme a contar! Tengo treinta y dos años.

JULIANO AUGUSTO

8 de junio

La tarde. Todavía estamos acampados. Los alimentos se acaban. Ni una noticia de Procopio. Ayer y esta mañana de nuevo nos atacó la caballería persa. Caen sobre las afueras del campamento. Cuando llamamos a las armas, desaparecen. Este es el tipo de lucha más desastroso.

Debo decidir rápidamente qué hacer. Mientras tanto, haré mi sacrificio de hoy. Los presagios no son buenos. Los augurios confusos. Deseo arrestar a Víctor; Salucio

piensa que podría esperar.

JULIANO AUGUSTO

14 de junio

Durante la reunión del estado mayor de esta mañana, se oyó de pronto una barahúnda fuera de mi tienda. Oí gritar al tribuno que dirige al cuerpo de guardia:

«¡Atrás! ¡Atrás!»

Salí. Un millar de hombres, en su mayoría asiáticos, rodeaban la tienda. Me pedían que los llevase de vuelta a la patria por el camino de Asiria. Estaban bien aleccionados.

Gritaban y se quejaban, lloraban y amenazaban. Tardé algunos minutos en imponer silencio. Luego dije:

—Sólo saldremos hacia nuestra patria cuando nuestra obra esté terminada.

Algunos se burlaron de mis palabras. Simulé no oírlos.

—Cuando volvamos, no lo haremos por el mismo camino por el que vinimos. Vuestro general Víctor os explicará las razones.

Una hábil ironía. Víctor estaba obligado a aplacar a los hombres a los que él mismo había incitado. Lo hizo muy bien; explicó las razones por las cuales la ruta del Éufrates no estaba abierta para nosotros. Lo que dijo era plausible, y los hombres lo escucharon con respeto. Cuando terminó, les aseguré que estaba tan ansioso como ellos por regresar a la seguridad. Partiríamos en el momento apropiado; mientras tanto, les pedí que no tomaran en serio los rumores iniciados por los persas que, según yo sabía, se difundían en el campamento. Se dispersaron. Me volví hacia Víctor.

—Ésta no es la manera de forzarnos —le dije tranquilamente.

—Pero, Augusto...

Lo despedí. Estaba prevenido.

Más tarde hablé en privado con cada uno de los generales. La mayoría son leales. Por ejemplo, Joviano se sentó sobre un banquillo en mi tienda, con su túnica húmeda por el sudor, y su rostro enrojecido por el vino y el calor.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Obedeceré todas las órdenes de Augusto. —Su voz es profunda y algo áspera, pues bebe esos licores germanos que queman la garganta.

—¿Incluso si me dirijo hacia el sur hasta el golfo Pérsico?

Joviano se revolvió incómodo.

—Eso es demasiado lejos. Pero si el Augusto nos ordena...

—No, no os lo ordenaré. Por el momento. —Se sintió

aliviado.

—Entonces eso significa que volveremos pronto, ¿no es así?

No dije nada.

—Porque cuanto más permanezcamos aquí, más difícil resultará todo. Con el calor, los persas...

—Los persas están derrotados.

—Pero el gran rey todavía tiene muchos y buenos soldados, y éste es su país, no el nuestro.

—La mitad es nuestro, por derecho de conquista.

—Sí. ¿Pero podremos tenerlo? Yo prefiero que partamos. Dicen que los demonios cabalgan con los persas, especialmente por la noche.

Estuve a punto de soltar una carcajada ante su rostro ridículo. En cambio, propuse:

—Orad a vuestro dios —hombre para que se vayan.

—Si los demonios nos rondan, es porque Cristo así lo quiere —dijo piadosamente.

Sonreí.

—Prefiero a un dios que protege a quienes le rinden culto.

—No sé mucho de esas cosas, Augusto, pero pienso que sería mejor llegar a un acuerdo con los persas y abandonar este lugar. No está en mi mano el decidir.

—No, no está en vos. Pero recordaré vuestro consejo.

—Despedí a Joviano, más deprimido que nunca.

Poco después hice sacrificios.

JULIANO AUGUSTO

15 de junio

Mastara ve un gran peligro, independientemente de mis

actos. Hice inmoluciones ayer y de nuevo esta mañana. Todavía no hay signos. Los dioses están silenciosos. Oré a Helios durante más de una hora. Lo miré directamente hasta quedar ciego. Nada. Lo había ofendido.

Pero, ¿cómo? No puedo creer que mi ira ante el dios de la guerra haya puesto en mi contra a todo el cielo. ¿Quién hará su trabajo?

Nevita me trajo la noticia de que las tropas asiáticas ya hablaban de mi sucesor, «que los salvaría». Pero, según parece, no hay una elección popular. Siguen a Víctor, pero no lo quieren. ¿Arinteo emperador? No. Ni siquiera sus muchachos lo aceptarían. ¿Salucio? Me es leal y, sin embargo... siento crecer mis sospechas. Me estoy pareciendo a Constancio. En Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

todas partes veo traición. Por primera vez tomo el cuchillo en la oscuridad. Hago dormir a Calixto en el

suelo junto a mi cama mientras el sordomudo permanece despierto la mayor parte de la noche, esperando ver la sombra del asesino en la puerta de acceso a mi tienda.

Nunca creía que pudiera llegar a esta situación. Nunca he temido a la muerte en la batalla, y nunca pensé que llegaría a temer el asesinato. Pero lo temo. Me resulta difícil dormir. Cuando lo hago, tengo sueños de muerte, súbita, oscura, violenta. ¿Qué es lo que va mal?

Junto a mi cama tengo un libro de Esquilo. Ahora tomo el libro y leo lo siguiente al azar: «Ten ánimo. El sufrimiento cuando llega muy alto, dura poco.» Bien, estoy cerca de la cumbre. ¿Durará poco o mucho?

Prisco y Máximo pasaron la mayor parte de la tarde conmigo. Hablamos de filosofía.

Ninguno mencionó nuestra situación y por un rato olvidé que los dioses me habían abandonado. Sin embargo, ¿por qué pienso en eso? ¿Simplemente porque los persas han quemado la campiña? ¿O por la

traición de Procopio, que no ha venido, para nuestro desconcerto? Aunque las cosas no van tan mal como yo lo siento, el hecho de que tenga este sentimiento agorero es en si mismo un mensaje de los dioses.

Máximo quería quedarse cuando Prisco marchaba. Pero no se lo permití, pretextando fatiga. Incluso sospecho de él. ¿Por qué no podría unirse con Víctor? Todos saben que tiene influencia sobre mi persona, y en verdad cualquiera puede comprarlo si encuentra su precio.

Esto es una locura. Máximo me es leal. Debe serlo. Los galileos le cortarían la cabeza si yo no estuviera para protegerlo. Debo dejar de cavilar o me volveré tan loco como esos emperadores que temían más a la larga noche de la muerte de lo que amaban al breve día de vida. Aún estoy vivo; aún soy Augusto; aún soy el conquistador de Persia.

Mañana partiremos para Roma. He dado la orden a la puesta del sol. Los hombres me vitorearon. No saben

el largo viaje que nos espera desde aquí hasta Corduena. Todo lo que saben es que abandonamos Persia. Todo lo que yo sé es que la diosa Cibeles me reveló que yo era Alejandro redivivo, y que los he decepcionado tanto a ella como a Alejandro, que nuevamente se convierte en fantasma, mientras yo no soy nada.

Hubiera debido contentarme con el tratado de Sapor. Ahora, que nos retiramos, obtendré peores condiciones.

PRISCO: Aunque conocía bien a Juliano, nunca sospeché que estuviera en tal estado de desesperación. El hombre agotado que escribía el diario y el sonriente y orgulloso general con el que estaba acostumbrado a comer eran dos personas diferentes. Naturalmente, sabíamos que estaba preocupado. Pero él nunca nos demostró ese morboso temor al asesinato sobre el que escribe. A veces bromeaba sobre la sucesión. Decía que si Roma iba a tener emperador cristiano deseaba que éste fuera Víctor porque en un año habría un millón

de convertidos al helenismo. Pero eso era todo. Hablaba como siempre: rápidamente, con entusiasmo, hasta última hora de la noche, leyéndonos a los clásicos en voz alta, discutiendo conmigo sobre lo que quería decir Platón, burlándose de Máximo por su ignorancia en literatura. El gran mago, que siempre estuvo en tan íntima comunicación con los dioses, pocas veces condescendió a leer los informes de aquellos que sólo podían suponer los misterios que él conocía.

El 15 de junio Juliano dio la orden de partir hacia el norte para recorrer el Tigris hasta Corduena y Armenia. La cosa había terminado. Incluso Hormisda llegó a comprender entonces que nunca gobernaría en Persia.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Al alba del 16 de junio levantamos campamento. Juliano me pidió que cabalgase junto a él. No comprendí hasta leer el diario lo buen actor que era. Ese día estaba exuberante, parecía un héroe legendario,

con el cabello y la barba tostados por el sol hasta un tono de oro oscuro, con los hombros y las piernas también oscuros, el rostro despejado y sin problemas como el de un niño; incluso la constante peladura de la nariz se había detenido finalmente y su cabeza parecía labrada en madera africana. Todos estábamos bastante negros salvo los pálidos galos, que se ponen rojos bajo el sol. Había muchas insolaciones entre ellos.

Mientras cabalgábamos por las colinas oscurecidas por el fuego, Juliano parecía desacostumbradamente alegre.

—No lo hemos hecho demasiado mal. La campaña ha sido un éxito, aunque no ha resultado exactamente lo que esperábamos.

—¿Porque Hormisda no es gran rey?

—Sí. —No fue más allá.

El tribuno Valente nos interrumpió. Ésta fue la segunda y última vez que recuerdo haberlo visto en Persia. No tenía mal aspecto, aunque andaba bastante sucio,

incluso para ser un soldado. Se le veía muy nervioso en presencia de Juliano.

—Augusto, los exploradores informan que se aproxima un ejército. Desde el norte.

Juliano hundió sus espuelas en los ijares del caballo y salió a galope tendido por el camino para ponerse a la cabeza de su ejército, que se hallaba a dos millas de distancia. En media hora el cielo estaba oscurecido por los remolinos de polvo. El rumor corrió rápidamente: «¡Ha llegado Procopio!» Pero Juliano no quería arriesgarse. Hicimos un campamento de guerra en ese mismo lugar, con un triple cerco de escudos desplegados a nuestro alrededor. Entonces esperamos para ver de qué ejército se trataba, si el de Procopio o el de Sapor.

Estuvimos en alerta de batalla durante todo el día. Aposté a Anatolio cinco piezas de oro, con ventaja de tres a uno, a que el ejército era de Sapor. Ninguno de los dos ganó. El

«ejército» resultó ser una manada de burros.

Pero esa noche se materializó el ejército del gran rey.

JULIANO AUGUSTO

17 de junio

El ejército de Sapor todavía existe. Está acampado a una milla de nosotros. Es imposible decir qué cantidad de soldados lo integran, pero no son tantos como los que había en Ctesifonte. Nuestras tropas están ansiosas por librar una batalla; tuve que contenerlas durante toda la mañana. Al mediodía la caballería persa atacó a uno de nuestros batallones.

Fue muerto el general Macameo. Aunque herido, su hermano Mauro se abrió camino hasta el lugar donde yacía el cadáver y lo trajo al campamento.

El calor sobrepasa cuanto he soportado hasta ahora. Aunque todos estamos aturdidos por el sol, ordené que continuase la marcha. Al principio los persas

retrocedían; luego se reanimaron y trataron de detenernos. Los matamos. Por la tarde habían desaparecido todos, salvo una banda de sarracenos que nos siguen incluso ahora, esperando el momento adecuado de atacar nuestro bagaje.

Escribo esto sentado en un banquito junto a una palmera datilera. Por todas partes veo círculos verdes ante mis ojos. Estoy deslumbrado por Helios. El aire es tan caliente que seca *Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s*

.

J u n i o 2005

los pulmones. Mi sudor se mezcla con la tinta en la hoja. Las letras se emborronan. Pocas bajas.

JULIANO AUGUSTO

20 de junio

Durante dos días estuvimos acampados en Hucumbra, en la propiedad de un noble persa quien, por suerte

para nosotros, no quemó sus cosechas ni huertos. Hay abundancia de alimentos y de agua. Los hombres están casi contentos. Les ordené que tomaran todos los alimentos que pudiesen, pues debemos quemar este lugar en cuanto partamos. No volveremos a encontrar tanto alimento hasta que lleguemos a nuestro territorio, que se encuentra a veinte días de marcha desde aquí.

JULIANO AUGUSTO

21 de junio

En marcha. La campiña es montañosa y árida. Estamos a cerca de veinte millas al oeste del Tigris, moviéndonos hacia el norte. En las primeras horas de hoy la caballería persa atacó a nuestra infantería de retaguardia. Afortunadamente, la caballería de los petulantes estaba cerca y los rechazó. Fue muerto Adaces, uno de los consejeros del gran rey. El soldado que lo derribó me trajo su armadura. Mientras daba la recompensa de costumbre, Salucio dijo de pronto: «Adaces y yo éramos buenos amigos.» Luego me

recordó que una vez el persa había actuado como enviado de Sapor a Constancio.

Esta noche se produjo una difícil situación. En lugar de atacar a los persas al mismo tiempo que los petulantes, la caballería de los terciarios retrocedió; de este modo, la que debía haber sido una completa derrota de los persas se convirtió en una escaramuza. Degradé a cuatro tribunos, pero no tomé otra medida. Pronto necesitaremos a todos los hombres, valientes o cobardes.

Ya no estamos seguros de dónde estamos. Nos movemos hacia el norte, pero no hay mapas que nos indiquen dónde se encuentran las aldeas y el agua. Hace dos días, en Hucumbra, un anciano persa que conocía bien la provincia se ofreció para conducirnos a una campiña fértil. Hormisda habló mucho con él y no cree que sea un espía. El anciano dice que durante tres días nos encontraremos en una zona árida y que luego llegaremos al rico valle de Maranga.

JULIANO AUGUSTO

22 de junio

Batalla. Ejecución. Vetrano. Victoria. ¿Dónde?

PRISCO: El anciano persa era evidentemente un espía que nos condujo directamente hasta una emboscada en Maranga, que no era un «rico valle» sino un lugar pedregoso donde estábamos expuestos por todos lados al ejército persa. Juliano pudo a duras penas formar al ejército sobre una loma cuando ellos atacaron. La primera lluvia de flechas persas causó poco daño.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

No hubo una segunda ráfaga. Juliano pudo recurrir a su ejército táctico favorito, lanzando su infantería contra los arqueros antes de que éstos pudieran disparar de nuevo.

La lucha duró todo el día en medio de un calor infernal. Permanecí con los equipajes y pude ver muy poco de lo que sucedía. Lo que más recuerdo es el calor, la sangre sobre las blancas rocas, el horrible estruendo de los elefantes que retumbaba a través del valle estrecho.

«Ejecución.» El anciano persa fue crucificado cuando se descubrió que nos había conducido deliberadamente hasta esa trampa.

«Vetranio.» Era un oficial que comandaba a los ziannis; resultó muerto.

«Victoria.» El ejército persa desapareció al anoecer. Sus bajas triplicaban las nuestras. Pero los hombres estaban atemorizados. El suceso del espía persa los alarmó particularmente. ¿Cuánto nos había desviado? ¿No sería mejor —aunque más peligroso seguir el oblicuo Tigris hacia el norte? Cada vez que aparecía entre las tropas, Juliano debía responder a todas estas preguntas. Pero parecía confiado como siempre.

«¿Dónde?» ¡Dónde, por cierto!

JULIANO AUGUSTO

23 de junio

Ahora estamos a ocho millas del Tigris. He decidido seguir el río hacia el norte, aunque ésa es la ruta más larga y peligrosa, porque deberemos pasar por muchos fuertes. Aun así, estoy alarmado por esta soledad. No tenemos idea de dónde estamos. El enemigo tiene todas las ventajas. Los alimentos escasean. He ordenado que se dé a los hombres mis propias provisiones. Hormisda me dice que el Gran Rey está nuevamente dispuesto a hacer la paz en términos todavía favorables para nosotros. Hormisda me aconseja aceptar el tratado. Esto me alarma mucho. Si Hormisda ha abandonado su sueño de alcanzar el trono persa, la guerra está perdida.

JULIANO AUGUSTO

25 de junio

Parece haber una tregua tácita entre los persas y nosotros. Han desaparecido por completo.

Permanecemos acampados atendiendo a los heridos, reparando las armaduras, preparándonos para el largo viaje hacia el norte. Me siento como Jenofonte, que también recorrió este camino.

Hace un rato caí dormido mientras leía *Anábasis*. Tan profundo era mi sueño que no me di cuenta de que estaba soñando (en general distingo el sueño de la vigilia). Pensaba que estaba totalmente despierto. También era consciente del chisporroteo de la lámpara cuando los insectos pasaban a través de su llama y se quemaban. De pronto, sentí que había alguien mirándome. Levanté la vista y allí, en la puerta de la tienda estaba la alta figura de un hombre encapuchado; en una mano sostenía el cuerno de la abundancia. Al principio traté de hablar, pero no podía; traté de levantarme, pero no podía. El espectador me miraba con expresión de tristeza. Luego, sin decir una palabra, la figura se volvió y abandonó mi tienda, y yo desperté, frío como un cadáver. Me levanté y crucé hasta la abertura de la tienda. Miré afuera. No había nadie a la vista, salvo el soñoliento centinela. Pequeños fuegos

centelleaban en la oscuridad.

Miré hasta que una estrella cayó en Occidente; vino desde lo alto, centelleó brevemente, luego desapareció.

Desperté a Calixto.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Buscadme a Máximo. Y a Mastara. Rápido.

Cuando llegaron les conté lo que había visto, y señalé exactamente dónde había caído la estrella en el firmamento.

Mastara interpretó.

—De acuerdo con el libro de Tages, cuando se ve caer un meteoro en tiempo de guerra, no debe librarse ninguna batalla durante veinticuatro horas, no debe hacerse ningún movimiento de ningún tipo.

Me volví hacia Máximo.

—Bueno, por lo menos no era mi estrella.

Máximo se mostraba tranquilizador, pero Mastara era firme.

—Una cosa es evidente. Debéis permanecer aquí en el campamento otro día.

—Pero he dado órdenes. Mañana cruzaremos el Tigris.

—Sumo sacerdote, vos me pedisteis la palabra de Tages y yo os la he dado.

Dejé que Mastara se marchara. Luego conté el sueño a Máximo. Se mostró preocupado.

—¿Estáis seguro de que era la figura de Roma?

—Sí, otra vez la vi, en Paris, cuando me ordenó que tomase la púrpura.

Máximo frunció el ceño.

—Por supuesto, puede ser un demonio. Los hay por todas partes en esta tierra maldita.

Incluso cuando caminaba por aquí esta noche los sentí a mí alrededor, tirando de mi barba, de mi báculo, probando mi poder.

—Este no era un demonio. Era el Espíritu de Roma. Y me abandonó.

—¡No digáis eso! Después de todo, dentro de tres semanas estaremos en nuestra tierra.

Podéis preparar un nuevo ejército. Luego completaréis el trabajo de Alejandro...

—Quizás —de pronto me sentí cansado de Máximo. Quiere ayudarme, pero no siempre tiene razón. No es un dios; tampoco lo soy yo. Le mandé retirarse, en gran medida contra su deseo. Antes de irse me pidió que no levante campamento mañana. Pero le dije que debemos movernos, pese a lo que digan los presagios.

Calixto está puliendo mi armadura. Dice que las correas de las placas del pecho están rotas, pero hará que el armero las fije antes de que partamos mañana. El sordomudo está sentado a mis pies. Toca una canción lidia, muy antigua y muy extraña; sin embargo, es posible reconocer la voz de Dionisos en la melodía. Los dioses nos cantan todavía, aunque la edad de oro se ha ido y los bosques sagrados están desiertos.

Durante una hora caminé entre las tiendas, sin ser observado por los hombres. Saqué fuerzas del ejército. Ellos son mi vida, el elemento en el cual está mi ser. Esta es la última ironía. Yo que quería vivir en Atenas como estudiante he sido general durante ocho años. Así es el destino.

Me detuve en la tienda de Anatolio. A través de la abertura pude ver a Anatolio y a Prisco jugando a las damas. Estuve a punto de hablarles. Pero entonces comprendí que esta noche difícilmente resulte una compañía agradable. En cambio me senté frente a mi tienda, a observar el cielo. Mi propia estrella tiene el

mismo brillo de siempre. Si no fuera por el horrible sueño de esta noche estaría contento. Sin refuerzos, hemos hecho todo lo que Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

podíamos hacer en este lugar. Pero, ¿qué podía hacerse con Víctor y con los galileos? Nevada me dice que no estoy seguro. Sin embargo, ¿qué pueden hacerme? Si me matan abiertamente, los galos y los francos degollarán a los asiáticos. Si se hace un secreto... pero la muerte por sorpresa de un emperador en su juventud no es un secreto. No, no se atreverán a caer sobre mí, todavía. Curioso, mientras estoy echado sobre la cama de piel de león, recuerdo algo que una vez Mardonio nos dijo a Galo y a mí.

PRISCO: Esta es la última nota, interrumpida por el sueño, y luego por la muerte.

Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

XXIII

PRISCO: A la mañana siguiente Juliano dio la orden de marchar hacia el Tigris. Estábamos en una zona desolada de arena y piedra. Nuestra lenta comitiva dejaba atrás nubes de polvo blanco y sofocante mientras cabalgábamos hacia una serie de bajas colinas sobre las cuales los persas nos observaban como escorpiones en las rocas.

Yo estaba con Juliano en la vanguardia. Él no llevaba armadura. Su servidor todavía no había reparado sus cuerdas de cuero. «Tanto da», dijo. Como todos nosotros, estaba empapado por el sudor, aun al alba. Las moscas se posaban en nuestros labios y en nuestros ojos. La mayoría sufría de disentería. Sin embargo, pese al calor y a la incomodidad, Juliano estaba de excelente humor; por una razón: finalmente había interpretado el sueño a su gusto.

«El Genio de Roma me abandonó. Eso es innegable.

Pero se fue por la puerta de la tienda, que daba a Occidente. Esto significa que esta campaña ha terminado, y que debemos volver a nuestra patria hacia Occidente».

—Pero decís que su rostro revelaba aflicción.

—También el mío cuando pienso en lo que podríamos haber hecho aquí. Aun así.. —

Mientras conversábamos, llegaban mensajeros hasta él a intervalos regulares. Los persas nos observaban desde el valle que se encontraba delante de nosotros. Hacían incursiones sobre el flanco izquierdo. El conde Víctor temía un ataque.

—No habrá ataque —dijo Juliano—. No quieren volverse a enfrentar en una batalla.

Nos acosarán, pero nada más. —Dio rápidas órdenes. El flanco izquierdo fue reforzado. Los sarracenos pasaron a la retaguardia. El conde Víctor debía tranquilizarse. De pronto llegó un correo de Arinteo; la

caballería persa estaba atacando sobre la retaguardia. Juliano giró su caballo en el acto y se lanzó hacia allí seguido de Calixto.

Media hora después de que Juliano nos abandonase, la vanguardia fue atacada por arqueros persas ocultos en los riscos de la derecha del camino. Nevita ordenó formación de batalla. Rápidamente me uní a mis compañeros no combatientes en el centro.

Seguro entre los equipajes encontré a Máximo que peinaba su barba tranquilamente, sin saber que estábamos siendo atacados. Cuando le dije lo que iba a suceder, no se alarmó en lo más mínimo.

—Ya no habrá grandes batallas —exclamó, repitiendo a Juliano—, sólo luchas de guerrilla. No hay nada que temer.

A Anatolio le animó la noticia.

—Debo unirme a los terciarios. Cuentan conmigo. —
Luego la absurda criatura partió; su rollizo y pequeño

cuerpo se mantenía a horcajadas en el caballo gracias al peso de la armadura. Debe tenerse en cuenta que una persona que se encuentra en el centro de un ejército cuya vanguardia dista diez millas de su retaguardia, puede hallarse en medio de una considerable batalla sin saberlo. Acurrucados entre los carros, Máximo y yo podíamos estar viajando tanto entre Atenas y Sirmio como en medio de la guerra persa.

Ahora bien, a Juliano le ocurrió lo siguiente. A medio camino hacia la retaguardia fue detenido por un segundo correo, que le dijo que la vanguardia también era atacada.

Juliano comenzó a volver. Había cabalgado quizás una milla cuando los persas atacaron nuestro centro. Elefantes, hombres de caballería y arqueros cayeron tan rápidamente desde las colinas que el flanco izquierdo cedió por un momento. Juliano se precipitó en medio

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

de esta acción, con su escudo como única armadura. Reunió y reanimó a las tropas. Éstas contraatacaron a los persas. Con espadas y hachas cortaron los cuerpos y las piernas de los encolerizados elefantes.

Los persas retrocedieron. Juliano se lanzó sobre ellos, ordenando a sus tropas personales que lo siguiesen. De pronto él y Calixto se encontraron en medio de una confusa pelea entre los persas que retrocedían. Durante algunos minutos no se pudo ver a los dos hombres. Finalmente, el último de los persas huyó y pudo verse nuevamente a Juliano. Volvió a unirse a las tropas imperiales que lo vitorearon, aliviadas de que estuviese a salvo. Tan pronto como se acercó notaron la lanza que había penetrado en su costado.

—No es nada —Dijo Juliano. Pero cuando trató de extraer la lanza, dio un grito, pues el asta era afilada y le cortó los dedos. Me han dicho que se sentó un largo rato mirando directamente hacia delante. De pronto lanzó su propia sangre hacia el sol. —No es nada —

dijo nuevamente, y cayó de cabeza al suelo.

Juliano fue llevado en una litera hasta su tienda. Ante su propia insistencia fue cubierto completamente con un manto de la caballería para que nadie supiese que el emperador había caído.

Cuando vi que la litera se aproximaba a la tienda, pensé tontamente: alguien ha matado a un venado y lo traen para la comida. Cuando comprendí que era Juliano quien ocupaba la litera, sentí como un golpe muy fuerte en el pecho. Miré a Máximo. El también estaba perplejo. Juntos seguimos la litera hasta la tienda. Juliano estaba consciente.

—Se puede sacar una lección de todo esto — murmuró, mientras Máximo se inclinaba sobre él, como si fuese a oír las palabras de un oráculo.

—Si, Juliano —suspiró Máximo como quien ora.

—Siempre, en la guerra, pase lo que pase, usad armadura. —Juliano nos sonrió débilmente. Luego se

volvió al aterrorizado Calixto—. ¿Ya han fijado las correas?

—Sí, señor, sí. —Calixto comenzó a sollozar.

Mientras tanto, los cirujanos habían cortado la túnica de Juliano. La punta de la lanza había entrado justamente debajo de la caja torácica, penetrando en el lóbulo inferior del hígado. Casi no había sangre en la blanca piel. Juliano bajó la mirada hasta la herida con expresión de disgusto, como un escultor que detecta una imperfección en la figura a la que está dando forma.

—Sólo me duele la mano —dijo. Luego se volvió hacia Salucio que se había reunido con nosotros—. ¿Cómo va la batalla?

—Los estamos haciendo retroceder.

—Bueno. Pero aun así, es mejor que me presente. Los hombres deben ver que todavía estoy vivo. —Aunque los cirujanos trataron de detenerlo, se sentó—. Está bien.

No siento dolor. La herida no es profunda. Calixto, mi armadura —se volvió a los cirujanos—. Si no podéis extraer la lanza, por lo menos cortadla, así podré ocultarla debajo de mi túnica. —Movi6 las piernas sobre la cama; de la herida fluy6 sangre; se desmay6. Yo tambi6n estuve a punto de desvanecerme. R6pidamente, los cirujanos trabajaron para restañar la p6rdida de sangre.

Fue Salucio quien pregunt6 a los cirujanos:

—¿Morir6?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Si, prefecto, morir6, muy pronto. —Nos miramos como idiotas, perplejos, sin poder creerlo.

Nevita apareci6 en la entrada de la tienda.

—¡Emperador! —grit6 a la p6lida figura inconsciente

que yacía sobre la piel de león.

Salucio movió la cabeza y se llevó sus dedos a los labios. Con el alarido de un animal herido, Nevita huyó de la tienda. Salucio lo siguió. Ese día los galos y los francos, los celtas y los germanos mataron a la mitad del ejército persa para vengar a su emperador.

La lucha no terminó hasta caída la noche. Pero no pude ver nada. Me senté con Máximo en esa sofocante tienda y vi morir a Juliano.

Se mantuvo consciente la mayor parte del tiempo. No tuvo delirios. Su mente nunca se extravió. Sufrió poco dolor. Durante mucho tiempo afirmó tener sólo una herida superficial.

—Pero, ¿cómo ocurrió? —le pregunté. La jabalina a su lado parecía absurda, como un largo alfiler clavado en el juguete de un niño.

—No sé. —Juliano se volvió hacia Calixto, que estaba sentado en el suelo como un perro aterrorizado, cerca

del sostén de la armadura—. ¿Visteis cómo ocurrió?

—No, señor. Estaba detrás de vos. Los persas nos rodeaban. Os perdí de vista.

Cuando nos liberamos de ellos vi lo que había ocurrido.

—Apenas lo sentí; un ligero golpe, como un puñetazo.

—Juliano pidió al sordomudo que le alcanzase el agua. Pero el cirujano le pidió que no bebiera.

Las noticias de la batalla nos llegaban con regularidad. Cuando Juliano supo que los generales persas Merena y Nahodares habían muerto, se sintió encantado.

—Eran los mejores oficiales de Sapor. Ésta es la última batalla, seguro.

Confieso que por una vez estuve contento por la verborrea de Máximo. No hubo ningún silencio ese día mientras nos contaba interminables anécdotas sobre los diversos dioses con los que había hablado. Al parecer todo el Olimpo gozaba de su compañía.

Al crepúsculo comenzó de nuevo la pérdida de sangre. Cuando finalmente se detuvo, el rostro de Juliano estaba ceniciento.

—¿Podréis extraer la lanza? —preguntó a los cirujanos.

—No, señor. —Esa era la sentencia de muerte, y Juliano lo comprendió. Asintió y cerró los ojos. Parecía dormir. Yo sudaba nervioso. Máximo hacía dibujos sobre el suelo de arena. A lo lejos, se oía el ruido de la batalla. Cuando Calixto encendía las lámparas, Nevita y Salucio entraron en la tienda. Juliano abrió los ojos.

—¿Cómo va? —Su voz era baja, pero firme.

Salucio puso un yelmo romano junto a la cama de Juliano.

—Pertenece al general Merena. El ejército persa está derrotado. Hasta ahora hemos contado a cincuenta de sus señores más importantes entre los muertos.

—No volveremos a ver a ese ejército durante algún tiempo —dijo Nevita.

—Lucháis bien. —Juliano tocó el yelmo del general persa con su mano sana—. La guerra ha terminado.

—Pero estuvimos a punto de perder a Salucio. —Nevita intentaba ser cordial—.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Lo habían rodeado. Debido al manto de púrpura, pensaban que se trataba de vos. Así que tuvo que luchar como un franco para salir de allí. Nunca pensé que un hombre de tal edad pudiera tener tantas energías.

Juliano sonrió sombríamente.

—El anciano no podrá caminar mañana; estará molido.

—Apenas puede moverse ahora —Salucio continuó la broma.

Juliano tuvo un súbito y rápido estremecimiento. Se llevó las manos a los costados como si su pecho estuviese a punto de estallar. El sudor centelleaba sobre su cuerpo.

Los músculos de su estómago se contrajeron por el dolor.

—Helios —murmuró, y luego añadió—: ¿Dónde estamos? ¿Cómo se llama este lugar?

Fue Máximo quien respondió:

—Frigia.

—Entonces todo ha terminado —dijo Juliano lentamente.

Siempre he querido saber si esa región del desierto se llamaba realmente Frigia.

Conociendo a Máximo, sospecho que mentía; después de todo, estaba en juego su reputación como profeta. Pero, verdadero o falso, ahora la historia registra que el emperador Juliano murió en Frigia, como lo habían predicho Máximo y Sosípatra.

Juliano se volvió hacia los cirujanos:

—¿Moriré pronto?

—Señor, no podemos decirlo. El hígado está agujereado. Unas pocas horas...

Calixto comenzó a llorar nuevamente. Nevita unía y separaba sus grandes manos como si estuviera dispuesto a romperle los huesos a la misma muerte. Salucio se había sentado con flojedad sobre un banquillo, debilitado por el largo día de batalla.

—Así que he visto al sol, vivo, por última vez. —
Juliano dijo esto con voz indiferente—. Debería hacer sacrificios. Ahora, por supuesto, yo soy el sacrificio.

—Augusto. —Salucio empleó un tono apremiante—. Debéis determinar la sucesión.

¿Quién será el emperador cuando los dioses os lleven?

Juliano quedó en silencio. Por un momento pareció que no había oído. Luego dijo:

—Debo agregar algunas cosas a mi testamento, donaciones personales. Llamad a Anatolio.

Fue Salucio quien murmuró:

—Él es feliz, señor.

La clásica expresión que significa que un hombre ha muerto con honor en la batalla.

Me sentí particularmente turbado por la noticia.

Juliano estaba sorprendido.

—¿Anatolio muerto? —Las lágrimas fluyeron de sus ojos. Luego sonrió—. ¡Aquí hay un moribundo que

llora por un muerto! Eso, Prisco, debe encajar con vuestro sentido de lo incongruente. —Se mostró activo—. Hay un testamento en Constantinopla, Salucio, vos sabéis dónde está. Ved que se cumpla. Nevita, convocad a los generales. Máximo, amigos míos, estoy listo para despedirme —sonrió con una mueca y de pronto volvió a tener el Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

aspecto de un alumno de escuela—. Vosotros sabéis, la mayoría de los emperadores mueren demasiado rápido como para preparar un discurso de despedida. Los que tienen tiempo suficiente, defraudan. Vespasiano hizo una mala broma: «Dios mío», dijo, «parece que me convierto en un dios». Augusto divagaba. Adriano discutió de astronomía. Ninguno aprovechó la ocasión. Bien, quiero ser una excepción.

Juliano hizo una seña a Calixto, quien le trajo una pequeña caja de la que extrajo un rollo de papel.

—Como siempre, los dioses han sido amables conmigo. Moriré en forma única: el primer emperador que entregó por sí mismo una bien escrita, si se me permite decirlo, despedida —me sonrió—. Sí, escribí mis últimas palabras en Antioquía, por las dudas. Así, independientemente de mi reputación como emperador, siempre seré recordado por esta originalidad.

Habló como burlándose de sí mismo con tal delicadeza que incluso Salucio sonrió y dijo:

—Habéis superado a Marco Aurelio.

—Gracias —dijo Juliano. Luego cerró los ojos y esperó.

A los pocos minutos la tienda estaba llena de amigos, sacerdotes, generales. Como si lo hubiesen decidido previamente, los generales asiáticos se colocaron a un lado de la cama mientras los europeos se distribuían en el otro.

Cuando todos estuvieron presentes, Juliano le pidió al

cirujano que lo ayudara a incorporarse, esfuerzo físico que le causó algún dolor. Respirando dificultosamente, ordenó a Calixto que prendiese más lámparas, y dirigió su mirada nuevamente hacia mí.

—Al final, Prisco, podemos ser extravagantes. —Por supuesto, no se me ocurrió nada que decir.

Juliano abrió el rollo.

—Amigos —comenzó. Miró a su alrededor. Víctor no se inmutó cuando la mirada de Juliano cayó sobre él—. Amigos —repitió. Luego leyó rápidamente como si temiese no vivir lo bastante como para llegar al final—. Muy oportunamente abandono esta vida con el placer de retornar a la Creación, a su llamada, como un hombre honorable que pagó sus deudas en el momento debido. No estoy yo, como algunos pueden pensar... —se detuvo una vez más y miró a su alrededor los rostros de sus generales, que se desfiguraban extraña y grotescamente ante la luz vacilante—. . . triste — subrayó particularmente la palabra— al partir.

Volvió al texto: —Porque he aprendido de la filosofía que el alma es más feliz que el cuerpo; por lo tanto, cuando algo de una condición mejor es separado de algo de una condición peor, uno debe regocijarse, no afligirse. Tampoco olvidemos que los dioses dan la muerte a los hombres más grandes como última recompensa. Confío en que este don me haya sido otorgado, pues no he sucumbido ante determinadas dificultades ni siquiera he sufrido la humillación de la derrota. Después de todo, el dolor sólo puede derrotar a la debilidad; huye ante la fortaleza. No me arrepiento de ninguna de mis acciones. No estoy atormentado por el recuerdo de algún gran error. Tanto antes como después de mi elevación al principado, preservé el alma dada por dios y la mantuve sin ningún defecto que pudiese afligirme, o así lo creo. Dirigí los asuntos del estado con moderación. Hice la guerra, o la paz, sólo tras mucho deliberar, comprendiendo que el triunfo y los planes cuidadosos no van necesariamente uno junto al otro, puesto que los dioses, en último término, deben determinar el resultado. Aun así, creyendo como he creído que el propósito de un justo gobierno es el

bienestar y la Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

seguridad del pueblo, siempre, como vos sabéis, me he inclinado hacia las medidas pacificas, sin dar rienda suelta a ese libertinaje que es la corrupción de las acciones y de la caridad.

Se detuvo. Aspiró profundamente varias veces, como si no tuviese aire suficiente en sus pulmones.

Miré a mí alrededor. Todos los ojos estaban dirigidos a Juliano, Nevita y Joviano lloraban abiertamente; uno por la emoción, el otro por la bebida. Víctor estaba de puntillas junto al borde de la cama, como un ave de rapiña dispuesta a picotear. Sólo Máximo se mantenía como de costumbre, murmurando conjuros y desmenuzando hojas secas en la lámpara más cercana, sin duda enviando mensajes al averno.

Juliano continuó, con voz más débil:

—Me alegra que el estado, como un imperioso padre, me expusiese tan a menudo al peligro. Me vi forzado a ser fuerte, a sustentarme en mí mismo, a resistir las tormentas del destino, aun cuando sabía cuál sería el fin, puesto que supe hace mucho tiempo que moriría por la espada. Por esta buena muerte le doy las gracias a Helios, pues los que ocupamos mi posición tenemos el temor de morir innoblemente a causa de secretos complots o, aún peor, de alguna larga enfermedad. Me alegra morir en mitad de mi carrera, victorioso, y me siento honrado de que los dioses me hayan considerado merecedor de una partida tan noble de este mundo. Porque un hombre es débil y cobarde si no quiere morir cuando debe, o trata de eludir su hora cuando ésta se acerca...

Estas últimas palabras fueron dichas casi en un susurro. El rollo de papel cayó de su mano. Parecía tener dificultades para concentrar sus pensamientos.

—Hay más —dijo por último—, pero no puedo... yo... yo no divagaré. —Intentó sonreír, pero no lo consiguió.

En cambio, un músculo de la mejilla comenzó a temblarle espasmódicamente. Sin embargo, pronunció con claridad las palabras que dijo a continuación—: Ahora bien, respecto de la elección de un emperador...

Instintivamente, los generales se acercaron a la cama. El olor del poder los excita tanto como la sangre acerca a los lobos hasta un venado herido. Aun en su dolor, Juliano comprendió perfectamente la naturaleza de las bestias que hacían un círculo a su alrededor; habló despacio y cuidadosamente.

—Si yo elijo a alguno como mi heredero y vos lo rechazáis, tal como podéis hacer, habré colocado a un hombre de valor en una posición fatal. Mi sucesor no lo dejaría vivir.

También puedo, por ignorancia —esta vez sonrió débilmente— pasar por alto al hombre más valioso de todos, y no quisiera esa mancha en mi memoria, ya que soy un respetuoso hijo de Roma y quiero que me suceda un buen gobernante. Esa es la razón por la que

os dejo la elección a vosotros. No propongo a nadie.

Se oyó un largo suspiro en la tienda. Los generales se movieron inquietamente.

Algunos estaban decepcionados; otros satisfechos: ahora llegaría su momento.

Juliano me miró.

—¿Lo he leído bien?

—Sí, señor.

—Entonces he tenido la partida que quería. —Se volvió hacia los generales—. Ahora despedámonos. —Uno por uno, los generales besaron la mano por última vez. Muchos

lloraron. Pero él les ordenó que no lo hicieran—. Yo debería llorar por vosotros. Para mí terminan los sufrimientos, mientras vosotros, pobres diablos, estáis todavía en medio de ellos.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Cuando hubo salido el último de los generales, Juliano nos pidió a Máximo y a mí que nos sentásemos junto a su cama.

—Ahora conversemos —dijo, empeñando la frase que utilizaba siempre cuando por fin se encontraba a solas con sus amigos.

Luego Juliano nos llevó a una discusión sobre el Fedón. ¿Cuál es la exacta naturaleza del alma? ¿Qué forma toma ésta? ¿En qué forma vuelve a Serapis? Yo hablé de filosofía; Máximo habló de misterios. En última instancia, Juliano prefirió a Máximo antes que a mí, y no puedo quejarme pues yo soy frío y Máximo está lleno de esperanzas. Juntos repitieron las contraseñas de Mitra e hicieron crípticas referencias a la pasión de Deméter. Juliano extrajo de Máximo mucho consuelo. Como de costumbre, yo no podía expresar mi afecto por él; en cambio, como un maestro de aldea, cité a

Platón. Nunca estuve más fuera de lugar.

Poco antes de medianoche Juliano pidió agua fría. Calixto se la trajo. Cuando estaba a punto de beber, una negra y grumosa sangre manó a borbotones de su costado.

Lanzó un grito agudo y apretó la herida como si con su sola mano pudiese evitar que se le fuese la vida, y se desmayó. Los cirujanos trataron de cerrar la herida. Pero esa vez fue inútil: la hemorragia, cuando se detuvo finalmente, lo hizo por propia voluntad.

Durante algunos minutos Juliano yació con los ojos cerrados, respirando dificultosamente. Hasta hoy recuerdo cómo el vello de su pecho estaba manchado de sangre seca, como el cuero de un animal que acaba de ser muerto. Recuerdo el fuerte contraste entre el cuello tostado por el sol y el blanco marmóreo de su torso. Recuerdo esa absurda astilla de metal clavada en su costado, y recuerdo que pensaba: una cosa tan pequeña para terminar con la vida de un hombre y

cambiar la historia del mundo.

Por último Juliano abrió sus ojos.

—Agua —murmuró. Calixto le sostuvo la cabeza mientras bebía. Esta vez los cirujanos le permitieron beber todo lo que quiso. Cuando la copa estuvo vacía, se volvió hacia Máximo y hacia mí, como si tuviese algo particularmente interesante que decirnos.

—¿Sí, Juliano? —Máximo se inclinó ansiosamente—. ¿Sí?

Pero Juliano parecía haber cambiado de idea. Negó con la cabeza. Cerró los ojos.

Carraspeó con mucha naturalidad. Murió. Calixto, al sentir que el cuerpo que mantenía entre sus brazos se ponía flojo, saltó de la cama con un grito. El cadáver cayó pesadamente sobre su espalda. Un brazo oscuro y laxo colgaba del costado de la cama. La piel de león estaba empapada en sangre. Nadie podría usarla en el futuro, pensé adormecido mientras el cirujano

murmuraba:

—El Augusto ha muerto.

Calixto se echó a llorar. El sordomudo se quejó como un animal junto a la cama.

Máximo cerró los ojos como si le doliesen. No necesitaba ejercer sus dones para ver en el futuro y saber que los días de su grandeza habían pasado.

Envié a Calixto para que buscara a Salucio. Mientras esperábamos, los cirujanos extrajeron la lanza del cuerpo de Juliano. Pedí verla. Estaba examinándola cuando llegó Salucio. Echó una rápida mirada al cuerpo; luego se volvió hacia Calixto:

—Decid al estado mayor que se reúna inmediatamente.

De pronto, Máximo lanzó un fuerte pero melodioso quejido y huyó de la tienda.

Posteriormente me dijo que había visto cómo los

espíritus de Alejandro y de Juliano se abrazaban en el aire a escasa distancia del suelo de la tienda. La visión lo había transportado.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Después de cubrir el cuerpo con una túnica los cirujanos partieron, y tras ellos el sordomudo, a quien nunca se volvió a ver.

Salucio y yo estábamos a solas en la tienda. Le mostré la lanza que todavía tenía en mis manos.

—Esto lo mató —dije.

—Sí. Lo sé.

—Es una lanza romana —dije.

—También lo sé. —Nos miramos.

—¿Quién lo mató? —pregunté. Pero Salucio no

contestó. Tiró hacia atrás la tela que cubría la entrada de la tienda. Afuera los generales se reunían a la luz de una docena de antorchas que se movían en el caliente viento de la noche. El resinoso humo me irritó los ojos. Mientras Salucio se dirigía hacia los generales, le pregunté—: ¿Supo Juliano que era una lanza romana?

Salucio se encogió de hombros.

—¿Cómo pudo no saberlo? —dejó caer la tela de la entrada detrás de él.

Miré la figura que yacía sobre la cama. El cuerpo estaba amortajado en la púrpura, salvo un oscuro pie. Ajusté la túnica y sin querer toqué su piel; estaba todavía caliente.

Me asusté como un caballo ante una sombra en el camino. Luego abrí la caja de la que Juliano había sacado su discurso del lecho mortuario. Tal como imaginaba, las memorias y el diario estaban allí. Los robé.

¿Qué más? La reunión de esa noche fue tormentosa. Víctor y Arinteo querían un emperador de Oriente. Nevita y Dagalaifo deseaban uno de Occidente. Todos estuvieron de acuerdo en que fuese Salucio. Pero éste se negó. Es el único hombre a quien he oído decir sinceramente que el principado de este mundo no era para él.

Cuando Amiano insistió en que Salucio aceptase cuanto menos dirigir el ejército fuera de Persia, éste se mantuvo igualmente firme. Bajo ninguna circunstancia tomaría el mando.

En un paréntesis, las dos facciones estuvieron de acuerdo en continuar al día siguiente.

Víctor actuó durante la noche. Comprendiendo que él mismo no podía serlo, decidió crear un emperador fácilmente manejable. Su elección cayó sobre Joviano. En las primeras horas del 27 de junio Víctor hizo emborrachar a las tropas imperiales. Luego las incitó a proclamar Augusto a su comandante Joviano. Al

amanecer, el atemorizado Joviano fue llevado ante la asamblea por un centenar de jóvenes oficiales con la espada desenvainada. El plan se llevó a cabo. Antes que arriesgarnos al derramamiento de sangre y a la guerra civil prestamos juramento de obediencia a Joviano. Entonces el nuevo emperador y sus guardias realizaron un solemne desfile. Cuando los hombres oyeron el grito de «Joviano Augusto»

creyeron al principio que se trataba de «Juliano Augusto» y comenzaron a gritar vivas por la milagrosa recuperación. Pero cuando vieron la grotesca figura de su nuevo señor, con los ojos enrojecidos, soñoliento, encorvado bajo la púrpura que le caía mal, como algún pájaro exótico africano, los vítores se convirtieron en silencio.

El mismo día enterré personalmente al pobre Anatolio. Lo hallé tendido en el fondo de un profundo barranco. Hasta ahora no he tenido el ánimo suficiente como para decir a Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

Junio 2005

nadie que no fue muerto por los persas. Cayó del caballo y se rompió el cuello. Era un malísimo jinete, pero un magnífico compañero. Guardé su tablero de damas, pero lo he perdido —naturalmente— en el viaje desde Antioquía a Atenas. No me ha quedado nada.

Bueno...

El resto es historia conocida. Joviano firmó con Sapor una paz de treinta años. Estaba tan ansioso por salir de Persia y empezar a hacer fiestas en Constantinopla que aceptó todas las peticiones de Sapor. Cedió a Persia cinco provincias, ¡incluso nuestras ciudades de Singara y Nisibe! Fue un tratado desastroso.

Luego marchamos hacia Antioquía. En el camino, Procopio y Sebastián se unieron a nosotros. Hasta hoy nadie sabe la razón por la que Procopio no se había reunido con Juliano en Persia. Debió dar alguna excusa a Joviano, pero ésta nunca llegó hasta nosotros.

Afortunadamente, fue condenado a muerte unos años después, cuando intentó tomar Oriente.

Así es que hay una sorprendente justicia en nuestros asuntos, por lo menos en este caso.

Siete meses después murió también el emperador Joviano. El informe oficial dice que falleció mientras dormía al aspirar humos emanados de un brasero con carbón. Muchos siguen pensando que fue envenenado por Víctor, pero sé de buena fuente que murió de forma natural. Dormido tras una borrachera, vomitó y se atragantó hasta morir, una perfecta muerte para un glotón. Sorprendentemente Valentiniano fue nombrado emperador, y ése fue el fin de Víctor como fuerza política. ¿Recordáis lo contentos que estábamos cuando Valentiniano designó a su hermano Valente como Augusto de Oriente? Un hombre tan joven, pensábamos.

Bien, Valente estuvo a punto de conseguir mi cabeza. Logró la de Máximo, e incluso la vuestra corrió grave

peligro en determinado momento. Pero ahora los hermanos también han muerto, y vivimos bajo el gobierno del hijo de Valentiniano, Graciano, y de Teodosio, designado por el primero, quien a su vez morirá, y será sucedido por... A veces pienso que la historia del principado romano es una procesión interminable de personajes idénticos. Son muy parecidos esos hombres enérgicos; sólo Juliano era diferente.

Al final de vuestra justamente admirada oración fúnebre de Antioquía, sugerís que Juliano fue asesinado por uno de sus propios hombres, aunque sólo sea porque ningún persa solicitó la recompensa que el gran rey había ofrecido a quien matase a Juliano. Ahora bien, yo era una de las pocas personas que sabía con seguridad que Juliano había sido asesinado por una lanza romana, pero no he dicho nada al respecto. No tenía intención de comprometerme en asuntos políticos. Bastantes problemas tenía ese año en que Máximo y yo fuimos arrestados acusados de practicar la magia. ¡Yo un mago!

Afortunadamente fui absuelto. Máximo no. Aun así, el viejo charlatán se las arregló para tener la última palabra. Durante el proceso juró que nunca había usado de sus poderes con malicia. También profetizó que aquel que le quitara la vida injustamente tendría una muerte tan terrible que desaparecería de la superficie de la tierra todo rastro de su persona.

Máximo fue entonces condenado a muerte por el emperador Valente, que poco después fue muerto en la batalla de Adrianópolis por los godos que cortaron el cadáver imperial en trozos tan pequeños que nunca pudo identificarse ninguna de sus partes. Máximo fue afortunado en sus predicciones hasta el último momento.

Cuando por fin fui liberado de la prisión (os deseo que tengáis suerte en vuestra campaña a favor de la reforma penal), me dirigí directamente hacia mi casa en Atenas.

Guardé bajo llave los escritos de Juliano en uno de los cofres de Hípia y no pensé más en ellos hasta que

iniciamos esta correspondencia.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Posteriormente he pensado mucho en la muerte de Juliano. Teníais razón cuando insinuasteis que fue muerto por uno de sus propios hombres. Pero ¿por quién? ¿Y cómo? He estudiado con particular cuidado las últimas notas del diario. Desde el comienzo Juliano supo que había un complot para quitarle la vida, y era bastante evidente que sospechaba de Víctor.

Pero, ¿tenía razón Juliano? Y, si tenía razón, ¿cómo se realizó el asesinato?

Hace unos diez años el servidor de Juliano, Calixto, escribió una oda particularmente lacrimosa por la muerte del emperador. Nos envió copias a todos. Temo que nunca he escrito al autor una carta de agradecimiento por su bello regalo. En realidad, Calixto había desaparecido por completo de mi memoria hasta

que releí el diario y comprendí que si alguien sabía cómo había muerto Juliano, ése era el servidor que estaba con él en el momento en que fue herido.

Por supuesto, Calixto había jurado que no vio quién dio el lanzazo. Pero entonces tenía buenas razones para mentir; si hubiera complicado a alguno de los cristianos, éstos rápidamente lo habrían asesinado. Como muchos de nosotros, Calixto eligió el silencio. Pero,

¿no podría ser sincero cuando los principales responsables habían muerto?

Me llevó algunas semanas averiguar que Calixto vive en Filippópolis. Le escribí.

Respondió. El mes pasado fui a verlo. No os daré un informe completo de todo lo que dije.

Antes de usar algunos de sus datos, os pido que escribáis a Calixto pidiéndole permiso. Su relato es sorprendente; conocerlo es peligroso y mucho más escribir sobre él. Además debo insistir que bajo ninguna

circunstancia debéis comprometerme en vuestra narración.

Tras un aburrido viaje a Filippópolis en compañía de recaudadores de impuestos y diáconos eclesiásticos, fui directamente a casa de un antiguo alumno quien con mucha amabilidad se ofreció para alojarme; un gran ahorro, pues los posaderos del lugar son conocidos ladrones. La única ventaja de ser maestro en lo que ahora parece haber sido la mejor parte del milenio es que, independientemente de donde vaya, encuentro antiguos alumnos que me ofrecen alojamiento. Esto me permite viajar.

Pregunté a mi anfitrión sobre Calixto (no podía recordar de él otra cosa que el sonido de sus sollozos en el lecho de muerte de Juliano).

—Uno nunca ve a vuestro Calixto. —Mi antiguo alumno es un esnob. —Dicen que es bastante rico, y hay quienes van a su casa. Yo no.

—¿De dónde proviene su dinero?

—Concesiones comerciales. Dádivas imperiales. Se supone que es muy inteligente.

Nació aquí, sabéis. Era hijo de un esclavo en casa de uno de mis primos. Volvió hace pocos años, después de la muerte del emperador Valentiniano. Dice que tiene amigos importantes en la corte. Pero yo no sé.

Calixto evidentemente es rico. Su casa es mucho más grande y lujosa que la de mi ex alumno. Un criado sirio de sorprendente elegancia me condujo a través de dos grandes patios hasta un pequeño y umbrío atrio donde me esperaba Calixto. Allí fui saludado con suma afabilidad por un perfecto extraño. No recuerdo el aspecto que tenía Calixto, pero ahora es un hombre apuesto, de mediana edad, que aparenta algunos años menos de los que tiene. Es obvio que dedica gran parte de su tiempo al cuidado de su apariencia: cabello tupido y hábilmente teñido; cuerpo esbelto; modales un poquito demasiado buenos, no sé si entendéis lo que quiero decir.

—¡Cuánto me alegra volver a veros, querido Prisco!

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

Hablaba como si hubiéramos sido los más íntimos amigos, incluso iguales. Le devolví el saludo con esa cuidadosa timidez que la pobreza siente ante la riqueza. Recibió mi homenaje con naturalidad. Me pidió que me sentase mientras él mismo servía el vino, volviendo por lo menos a uno de sus antiguos trabajos.

Durante un rato nos informamos acerca de quiénes estaban vivos y quiénes muertos.

Para las personas de nuestra edad, la segunda categoría es más numerosa. Nevita, Salucio, Salustio, Joviano, Valentiniano, Valente están muertos, pero Víctor aún sirve en Galia y Dagalaifo en Austria; Arinteo se retiró últimamente a un suburbio de Constantinopla y se da a la bebida. Luego hablamos de Persia y de los días de nuestra juventud (¡o en mi caso de los tranquilos días

de mi madurez!). Nos lamentamos por los muertos. Luego desvié la conversación hacia la muerte de Juliano. Comunicué a Calixto vuestros planes. Se mostró evasivo. Le dije que estabais en posesión de las memorias. Contestó que supo entonces que el emperador estaba escribiendo esa obra y que a menudo se había preguntado qué se había hecho de ella. Se lo dije. Sonrió. Luego agregué:

—Además está el diario personal.

—¿Un diario? —Calixto se mostró sorprendido.

—Sí. Un diario secreto que el emperador guardaba en la misma caja que las memorias.

—No lo conocía.

—Es una obra que contiene muchas revelaciones.

—Estoy seguro de ello. —Calixto frunció el ceño.

—El emperador conocía el complot que existía para

quitarle la vida. Incluso sabía quiénes eran los conspiradores. —Algo en los gestos de Calixto me llevó a inventar esta mentira.

—No hubo conspiradores. —Calixto se mostraba suave—. El Augusto fue muerto por un jinete persa.

—¿Que nunca recibió la recompensa?

Calixto se encogió de hombros.

—Quizás también él fue muerto.

—Pero ¿por qué este jinete persa estaba armado con una lanza romana?

—Eso ocurre a veces. En una batalla uno toma a menudo lo primero que encuentra a mano. De todos modos, yo lo sabría. Estaba con Augusto, y vi al persa que lo hirió.

Eso era inesperado. Algo sorprendido, pregunté:

—Pero ¿por qué razón cuando Juliano preguntó si habíais visto a quién lo atacó, dijisteis que no habíais visto nada?

Calixto no parecía confundido en lo más mínimo.

—Pero yo vi al persa. —Parecía perfectamente razonable—. Y le dije al Augusto que lo había visto.

—Delante de Máximo y de mi, vos dijisteis que no habíais visto quién lo hirió.

Calixto negó con la cabeza con expresión tolerante.

—Ha pasado mucho tiempo, Prisco. Nuestras memorias no son lo que eran.

—¿Queréis decir que mi memoria se equivoca?

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Ninguno de los dos somos jóvenes.

Probé otra táctica:

—Indudablemente habéis oído el rumor de que un soldado cristiano mató al emperador.

—Por supuesto. Pero yo estaba...

—...allí. Sí. Y sabéis quién lo mató.

El rostro de Calixto se mostraba indiferente. No podía saberse lo que estaba pensando.

No tenía nada de extraño que tuviera tanto éxito en el comercio.

—¿Cuánto sabía el emperador? —preguntó de pronto con voz clara y cortante, muy distinta del tono fácil, casi indolente que había adoptado desde un comienzo.

—Sabía de Víctor.

Calixto asintió.

—Estaba casi seguro de que lo sabía. Uno era Víctor.

—¿Entonces vos conocéis la conspiración?

—¡Oh, sí!

—¿Estabais comprometido en ella?

—Mucho. Veréis, Prisco —dijo con una sonrisa triunfal—, yo fui quien mató al emperador Juliano.

Así es. El fin del misterio. Calixto me contó todo. Se considera uno de los mayores héroes del mundo, el anónimo salvador de la cristiandad. No podía dejar de hablarme. A fin de cuentas, había permanecido en silencio durante casi veinte años. Yo era su primer oyente.

En Antioquía se había organizado una intriga. Víctor era el cabecilla. Arinteo, Joviano, Valentiniano y posiblemente otros veinte oficiales cristianos estaban comprometidos. Habían jurado que Juliano no regresaría vivo de Persia. Pero, debido a su popularidad entre las tropas europeas, su muerte debería parecer efecto de causas naturales.

Víctor designó a Calixto como miembro del cuerpo de guardia y servidor de Juliano.

Al principio fue instruido para envenenar al emperador. Pero eso no era fácil de hacer.

Juliano gozaba de una salud excelente; se sabía que comía con frugalidad: una enfermedad súbita resultaría sospechosa. Finalmente se organizó una emboscada con los persas. Juliano ha descrito cómo fracasó. Entonces se decidió que Juliano debería morir en una batalla. Pero él era un excelente soldado, sumamente notable, siempre vigilado. Los conspiradores estaban desesperados hasta que Calixto insinuó un plan.

—Después de la batalla de Maranga, yo rompí las correas de su peto. —Los ojos de Calixto brillaron ante el placentero recuerdo—. Afortunadamente para nosotros, los persas atacaron al día siguiente y el emperador se vio obligado a luchar sin armadura. Él y yo quedamos envueltos en la retirada persa. Comenzó a retroceder, pero yo le grité, «¡Señor, por aquí!» Y lo

conduje a lo más fragoroso de la batalla. Por un momento pensé que los persas podrían matarlo. Pero estaban demasiado aterrorizados. Cuando lo reconocían, huían.

Entonces supe que Dios me había elegido como instrumento de su venganza. —El tono de su voz era bajo, tenía la quijada endurecida. —Estábamos atrapados. El emperador usaba su escudo para protegerse y abrirse camino entre la maraña de caballos y jinetes. De pronto se echó hacia el lado izquierdo y se subió sobre los estribos, tratando de ver por encima de las cabezas de los persas. Era mi oportunidad. Rogué a Cristo para que me diese fuerzas. Luego Re v i s a d o p o r H y s p a s t e s .

J u n i o 2005

clavé mi lanza en su costado. —Calixto se detuvo, esperando que yo lanzase alguna exclamación. Pero me limité a dirigirle esa mirada de vivo interés con que recompensó a los alumnos que logran cautivar mi

atención.

—Seguid —dije cortésmente.

Algo desinflado, Calixto se encogió de hombros.

—Conocéis el resto. El Augusto no notó que estaba herido hasta después de la huida persa. —Sonrió. —El Augusto incluso me dio las gracias por haber permanecido tan cerca de él.

—Tuvisteis suerte de que no sospechase nada.

Pero incluso mientras lo decía me preguntaba si Juliano había sabido o no la verdad.

Eso queda como el último misterio.

—Pero, ¿qué es la muerte? —preguntó Calixto, perdiendo inmediatamente todo el respeto que había provocado en mí como villano. Es un asno. Habló durante otra hora. Me dijo que Víctor quería ser emperador, pero que, al ver que era imposible, elevó a

Joviano hasta la púrpura. Luego el ambicioso Valentiniano ocupó el lugar de Joviano y ése fue el fin de Víctor. Mientras tanto, Calixto fue pagado generosamente por todos. Invirtió su dinero sabiamente y en la actualidad es un hombre rico. Pero no será feliz hasta que el mundo conozca su secreto. Sufre por lo que siente como un innmerecido anonimato.

—Decid a Libanio la verdad. Uno debe hacer aquello para lo que ha nacido. —Parecía piadoso. —Estoy orgulloso del papel que he desempeñado en la historia de Roma. Volvió la cabeza hacia mí, dejándome ver las tres cuartas partes de su rostro, en imitación del famoso busto del segundo Bruto. Luego añadió—: Pero debemos obtener permiso del palacio antes de que Libanio pueda publicarlo, y no tengo ninguna idea sobre la situación política actual. Bajo el gobierno de Valentiniano había jurado mantener el secreto.

—¿Sabía Valentiniano lo que habíais hecho?

—Oh, sí. Incluso me dio la concesión de sal para

Tracia. Pero me ordenó mantener silencio. Y así lo he hecho. Hasta hoy. Naturalmente, espero que podamos sacar todo a la luz, en interés de la historia.

Calixto me invitó a comer, pero preferí no tomar otra cosa de él. Dije que tenía que marchar. Me acompañó hasta el vestíbulo. Era todo gracia y tacto, aun cuando me reprendió por no haberle agradecido nunca la «Oda a Juliano» que me había enviado.

Me disculpé por mi negligencia. Pero luego dije:

—¿Cómo pudisteis escribir un trabajo tan afectuoso sobre el hombre a quien habíais dado muerte?

Calixto quedó totalmente sorprendido.

—¡Yo lo admiraba enormemente! Siempre fue bueno conmigo. Todas las palabras que he escrito sobre él me han salido del corazón. Después de todo, soy un buen cristiano, o trato de serlo. ¡Todos los días ruego por su alma!

Dudo que Teodosio os permita publicar esto. Pero uno nunca sabe. De todos modos, yo he terminado con todo y os pido, por favor, que me mantengáis apartado de los hechos.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

XXIV

LIBANIO, CUESTOR DE ANTIOQUÍA, AL
SEÑOR TEODOSIO, AUGUSTO DE ORIENTE

Antioquía, mayo de 381

Complazca a vuestra eternidad el saber que tengo la intención de componer una biografía de vuestro famoso predecesor el Augusto Juliano, empleando algunos de sus escritos privados que sólo últimamente han llegado a mi poder.

Puesto que mi oda «En venganza del emperador Juliano» ha gustado a vuestra eternidad, casi no necesito mencionar que tengo la intención de continuar mi obra vindicatoria precisamente en el mismo discreto estilo de la oda que tan graciosamente admiráis. Al comprender las implicaciones religiosas y políticas de esta obra, me siento llevado a recordar al Augusto no sólo mi perfecta (¡y obvia!) lealtad a su sagrada persona y a su sagaz política, sino que le aseguro que tengo la intención de narrar este relato maravilloso con la concienzuda delicadeza que el tema inspira y la época requiere.

Señor, aquellos que aprecian las viejas costumbres (aunque dispuestos a obedecer al pie de la letra vuestros justos y necesarios edictos) estarán por siempre obligados ante vuestra magnanimidad al permitirme escribir con amor y franqueza sobre un héroe cuyas acciones una vez resplandecieron, sobre una sorprendida y afortunada tierra, como el sol mismo, y cuya fama en nuestros días (aunque no comparable a la de vuestra eternidad) fue el escudo de Roma contra

los bárbaros. Es mi humilde deseo reflejar esa recordada gloria en las páginas de mi oscura aunque ferviente prosa.

Mi querido amigo, el obispo Melecio, que se encuentra ahora en Constantinopla, me ha dicho que llevará mi solicitud hasta vuestra eternidad con la misma alta elocuencia con la que durante tantas décadas iluminó las congregaciones de Oriente. Aceptad, entonces, oh, señor, el homenaje de alguien que está viejo y cerca de la muerte, y que no desea para sí otra cosa sino la verdad, y el decirla.

EUTROPIO, MAESTRO DE CEREMONIAS, A

LIBANIO, CUESTOR DE ANTIOQUÍA

Constantinopla, junio de 381

El Augusto ha leído vuestra carta con el interés que merece todo lo que vos escribís.

Me ha ordenado decirnos que no es posible en este

momento publicar una vida del difunto Augusto Juliano.

Os referís al obispo Melecio. Ha muerto. Tuvo un ataque la semana pasada durante una sesión del Concilio Ecuménico. Sus restos ya han sido enviados a Antioquía para su entierro.

Sin embargo tengo la libertad para deciros que antes de morir el obispo solicitó al Augusto que reconociese como legítimo a vuestro hijo natural Cimón. El Augusto está satisfecho por poder complacer la solicitud de este sagrado hombre. Los documentos están siendo preparados ahora en mi departamento y serán remitidos a través de su debido curso al conde de Oriente, quien a su vez los entregará al gobernador de Siria, momento en el que recibiréis la notificación oficial.

No os olvidéis, cuestor, de enviar al Augusto una edición completa de vuestras obras.

Él sabrá valorarlas.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

LIBANIO, A SÍ MISMO

Acabo de llegar del funeral del obispo Melecio, que se realizó en la Casa Dorada en la isla. No creo que hubiera podido soportar a la multitud en la plaza si no hubiera estado con Cimón. Parece que toda Antioquía estaba presente para decir adiós a su obispo.

La multitud me reconoció, como siempre, y abrió camino para que pasase mi litera.

Hubo algunos comentarios humorísticos sobre los «paganos» (una nueva palabra de desprecio para referirse a nosotros, los helenistas) que concurren a los oficios cristianos, pero simulé no oírlos. Dentro de la arcada Cimón me sacó de la litera. Últimamente he sufrido de gota no sólo en mi pie derecho, como de costumbre, sino también en el izquierdo. Aunque uso tanto una muleta como un bastón, apenas puedo cojear sin ayuda. Por fortuna, mi buen hijo Cimón me condujo con seguridad hasta dentro de la iglesia. También pudo

conseguirme una de las sillas reservadas para los amigos del gobernador (los cristianos permanecen de pie durante los oficios y sólo los grandes visitantes pueden sentarse).

Naturalmente, no vi nada. Puedo distinguir la luz de la oscuridad, pero muy poco más.

Conservo algo de vista en el extremo de mi ojo izquierdo, y si mantengo mi cabeza erguida y algo inclinada puedo ver lo suficiente como para leer un poco, pero el esfuerzo es tan grande que prefiero pasar mis días en el tenebroso y subterráneo mundo de los ciegos. En el interior de la iglesia vi pálidos círculos (rostros) y oscuras columnas (túnicas de duelo). El aire era muy denso debido al incienso y al inevitable y pesado olor de las masas reunidas en un día de verano.

Se dijeron oraciones y se pronunciaron panegíricos, pero creo que permanecí distraído durante el servicio. No podía pensar en otra cosa que en la seca carta del Sagrado Palacio. No voy a poder publicar. Ni siquiera

la legitimación de Cimón puede compensar el dolor de tan cruel golpe.

Mientras permanecía sentado en la caliente iglesia octogonal, el altar a mi izquierda y el alto pálpito de mármol a mi derecha, de pronto tuve conciencia de la voz del sacerdote que oficiaba. Como la mayor parte de las personas ciegas o casi ciegas soy sumamente sensible a las voces. Algunas me deleitan; otras (incluso algunas de amigos) me molestan. Esa voz particular, observé con algún placer, era profunda y resonante, con ese extraño apremio que siempre me resulta atractivo. El orador pronunciaba un panegírico a Melecio. Lo escuché atentamente. Las palabras estaban elegidas con cuidado; los períodos eran ingeniosos; el contenido convencional. Cuando el sacerdote terminó, me volví hacia Cimón y le susurré:

—¿Quién es éste?

—Juan Crisóstomo, el nuevo diácono, designado el mes pasado por Melecio. Lo conocéis.

—¿Lo conozco?

Pero el servicio había recommenzado y nos mantuvimos en silencio mientras el nuevo obispo bendecía a la congregación. ¿Quién era ese Juan «Pico de Oro»? ¿De dónde lo conocía? ¿Había sido uno de mis alumnos? Mi memoria no es la que era, además, he enseñado literalmente a miles de hombres y nadie podría recordar a todos. Por último, cuando las ceremonias terminaron, Cimón me levantó precisamente cuando el gobernador de Siria pasaba junto a nosotros. Lo reconocí por el color de su túnica. El gobernador se paró al verme.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Ah, cuistor, qué alegría veros con tan floreciente salud.

El gobernador es un asno, bienintencionado.

—Los viejos árboles sobreviven —dije—, pero no florecen.

De todos modos, se volvió hacia mi hijo.

—Espero que no sea prematuro el felicitaros por el favor del emperador.

Cimón estaba encantado; anhela los honores del mismo modo que algunos hombres anhelan la verdad.

—No, gobernador, de ninguna manera es prematuro. Muchas gracias. Mi padre y yo estamos encantados por la bondad del emperador.

—Debéis darme un consejo, Cimón. —Y el gobernador tomó a mi hijo del brazo y lo alejó, dejándome desamparado en la iglesia, ciego como Homero y cojo como Hefesto.

Confieso que tuve un momento de ira; Cimón debería haberse quedado conmigo. Podría haber fijado una cita para ver al gobernador en otro momento. Pero Cimón

es abogado, y uno debe ser tolerante. Aun así, me resulta difícil perdonarle cuando imagino que me encontraba solo en la Casa Dorada, incapaz de ver y apenas capaz de caminar. Inclinéme pesadamente sobre mi bastón, como una criatura de la noche cegada por el día, me arrastré hacia lo que creía que era la puerta. No había dado más que un paso cuando una firme mano me tomó del brazo.

—Gracias —dije a la vaga forma que estaba a mi lado—. Parece que me han abandonado, y necesito ayuda. No veo.

—Cualquier ayuda que yo os proporcione no es nada en comparación con la que vos me habéis dado. — Reconocí la voz del diácono Juan Crisóstomo.

Simulé recordarlo.

—Oh, sí, Juan...

—Ellos me llaman Crisóstomo. Pero vos me recordaréis como el hijo de Antusa y...

Lo recordé. Sabía perfectamente quién era.

—¡Mi mejor estudiante! —exclamé—. ¡Me lo han robado los cristianos!

Se echó a reír.

—No robado, encontrado.

—Así que mi Juan es el famoso Crisóstomo a quien el pueblo oye.

—Ellos oyen. Pero ¿entienden? Después de todo, soy un extraño para ellos. Durante diez años he estado en el desierto, solo...

—¿Y ahora habéis vuelto al mundo para ser obispo?

—He vuelto al mundo para predicar, para decir la verdad, como hacia mi antiguo maestro.

—Tenemos una visión diferente de lo que es la verdad
—dije con un tono más cortante del que pretendía.

—Quizás no tan diferente. —Nos habíamos detenido cerca de la puerta. Pude distinguir el flaco rostro de mi antiguo alumno. Juan empezaba a quedarse calvo y tenía una corta barba. Pero confieso que aunque mi vista hubiese estado en mejores condiciones, no lo habría reconocido; había pasado casi veinte años desde la época en que estudiaba conmigo.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Antes de abandonar Antioquía, el obispo Melecio me contó vuestro plan de escribir sobre el emperador Juliano. —Me pregunté si Juan podía ver en mi cerebro. ¿Por qué si no mencionaría algo que tanto me interesaba a mí aunque poco podía interesarle a él?

—Desgraciadamente, ya no es un plan. El emperador ha prohibido la publicación.

—Lo siento. Sabía lo que Juliano significaba para vos. Lo vi una vez. Deben haber pasado quince años desde

entonces. Fue antes de que fuese a veros para estudiar. Lo vi el día que abandonó la ciudad para ir a Persia. Yo estaba en medio de la multitud, en el foro, al borde del Ninfeo, cuando él pasó a caballo. Recuerdo que el pueblo le gritaba algo grosero...

—Félix Juliano Augusto —murmuré, recordando los gritos de la maliciosa multitud.

—Sí. Estaba tan cerca de él que podría haber tocado su caballo. Y aunque mi madre me había dicho que debía detestarlo, pensaba que era el hombre más espléndido que yo había visto en mi vida. Cuando miró donde yo estaba, nuestras miradas se encontraron, y sonrió como si fuésemos amigos. Yo me dije: este hombre es un santo, ¿por qué lo odian? Después comprendí por qué lo odiaban, pero nunca comprendí por qué él nos odiaba a nosotros.

No pude contener las lágrimas. Nunca fui tan humillado, ni me sentí tan ridículo. El más famoso filósofo de su tiempo, si puedo decirlo, estaba llorando como un niño

ante uno de sus antiguos alumnos. Pero Juan tenía tacto. No dijo una palabra hasta que la tormenta hubo pasado, y luego no hizo ninguna referencia a mi explosión senil. Me tomó del brazo y me condujo hasta la puerta, donde luego giró en redondo y señaló un elevado lugar sobre la pared opuesta.

—Trabajo nuevo —dijo—. Creo que es bastante bello.

Incliné mi cabeza para ver apenas lo que parecía la gigantesca figura de un hombre con los brazos extendidos.

—¿Lo podéis ver con claridad?

—Oh, sí —mentí. El mosaico de oro brillaba como el mismo sol en la luz de la tarde.

—Es Cristo Pantocrátor. El rostro es particularmente hermoso.

—Sí, veo su rostro —dije llanamente. Y lo veía: el oscuro y cruel rostro de un verdugo.

—Pero ¿no os gusta lo que veis?

—¿Cómo podría gustarme, si lo que veo es la muerte?

—Pero la muerte no es el fin.

—Es el fin de la vida.

—De esta vida...

—¡De la vida! —Me volví hacia él con firmeza—.

Habéis elegido la muerte, todos vosotros...

—No, no la muerte. Hemos elegido la vida eterna, la resurrección de la...

—Esa es una historia para contar a los niños. La verdad es que durante miles de años nosotros miramos lo que estaba vivo. Ahora vosotros miráis lo que está muerto, rendís culto a un muerto y decís a los demás que este mundo no es para nosotros, que lo que importa es el próximo. Sólo que no hay otro mundo.

—Creemos...

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

—Esto es todo lo que tenemos, Juan Crisóstomo. No hay nada más. ¡Si volvéis la espalda a este mundo, sólo hay un foso!

Hubo un silencio. Luego Juan dijo:

—¿No veis ningún significado en nuestra victoria? Porque hemos triunfado. Debéis admitirlo.

Me encogí de hombros.

—Ha terminado la edad de oro. También terminará la edad del hierro, y lo mismo sucederá con todas las cosas, incluso con el hombre. Pero con vuestro nuevo dios ha terminado la esperanza de la felicidad humana.

—¿Para siempre? —Me pinchó amablemente.

—Ningún invento del hombre puede perdurar eternamente. Incluso Cristo, su más dañina invención.

Juan no respondió. Estábamos fuera de la iglesia. El día era agradablemente cálido.

Gente a la que no podía ver me saludaba. Luego mi hijo llegó apresurado, me despedí de Juan y entré en mi litera. Durante todo el camino hasta Dafne, Cimón charló sobre su entrevista con el gobernador. Tenía esperanzas de gozar de la «preferencia del gobierno».

Estoy a solas en mi estudio. Ya he guardado los escritos de Juliano. Todo ha terminado. El mundo que Juliano quería defender y restaurar ha desaparecido... pero no pondré «para siempre», porque ¿quién conoce el futuro? Mientras tanto, los bárbaros están ante las puertas de la civilización. Pero cuando rompan el muro no encontrarán nada valioso que tomar, sólo reliquias vacías. Ha desaparecido el espíritu de lo que éramos. Así sea.

He leído a Plotino durante toda la tarde. Tiene el poder

de calmarme, y encuentro su tristeza extrañamente confortante. Incluso cuando escribe: «Vivir aquí con las cosas de la tierra es un sometimiento, una derrota, un fracaso del vuelo.» El vuelo evidentemente ha fracasado. Uno se somete. La derrota es segura. Incluso mientras escribo estas líneas, el pábilo de la lámpara se acaba, y se reduce la zona de la luz en la cual estoy sentado. Pronto el salón estará a oscuras. Uno siempre ha temido que la muerte sea como esto. Pero ¿qué otra cosa hay? La luz se fue con Juliano. Ahora no queda otra cosa que dejar que lleguen las tinieblas y esperar un nuevo sol y otro día, nacido del misterio del tiempo y del humano amor a la luz.

Abril de 1959 — 6 de enero de 1964, Roma.

Revisado por Hyspastes.

Junio 2005

BIBLIOGRAFÍA PARCIAL

JULIANO, *Las Obras del Emperador.*

AMIANO MARCELINO, *La Historia*.

LIBANIO. *Oraciones*: «El Elogio de Antioquía», «A Juliano», «Monodia sobre Juliano», «Epitafio sobre Juliano», «En venganza de Juliano», etc.

GREGORIO NACIANCENO, «Oración contra Juliano».

SOZOMEN, *Historia eclesiástica*.

SÓCRATES, *Historia eclesiástica*.

TEODORETO, *Una Historia de la Iglesia*.

BUNAPIO, *Vidas de los filósofos*.

Pausanias, *Viaje por Grecia*.

EDWARD GIBBON, *Declinación y caída del Imperio Romano*.

JACOBO BURKHARDT, *La era de Constantino el Grande*.

R.A. PACK, *Estudios sobre Libanio y la sociedad antioquena bajo Teodosio.*

T.R. GLOVER, *Vida y cartas del siglo IV*

J. BIDEZ, *La vida del Emperador Juliano.*

J.B. BURY, *Historia del Bajo Imperio Romano.*

FRANZ CUMONT, *Los misterios de Mitra.*

NORMAN BAYNES, «The Early Life of Julian the Apostate», *Journal Hellenic Studies*, vol. XLV, págs. 251—254.

G.E. MYLONAS, *Eleusis y los Misterios eleusinos.*

M.J. VERMASEREN, *Mitra: El Dios Secreto.*

GLANVILLE DOWNEY, *Antigua Antioquía.*

GLANVILLE DOWNEY, *Antioquía en la Era de Teodosio el Grande.*

STEBELTON H. NULLE, «Julian Redivivus», *The Centennial Review*, vol. V, n° 3.

Document Outline

-
- JUVENTUD
 - I
 - II
 - III
 - IV
 - V
 - VI
 - VII
 - VIII
 - IX
 - CESAR
 - X
 - XI
 - XII
 - XIII
 - XIV
 - XV
 - AUGUSTO

- [XVI](#)
- [XVII](#)
- [XVIII](#)
- [XIX](#)
- [XX](#)
- [XXI](#)
- [XXII](#)
- [XXIII](#)
- [XXIV](#)
- [BIBLIOGRAFÍA PARCIAL](#)